



Romón J. Sender

II

CRONICA DEL ALBA

Annotation

Cima de la labor creadora de RAMON J. SENDER (1901-1982) en el exilio, CRONICA DEL ALBA es un prodigioso edificio literario que constituye, a la vez, un valioso testimonio sobre la España de la primera mitad del siglo XX. La azarosa existencia de José Garcés -la circunstancia de que el personaje literario lleve el segundo nombre y el apellido materno del autor apoya la conjetura de que el ciclo es una autobiografía novelada que se despliega a lo largo de las nueve novelas que integran la obra y que se publican, en esta edición, agrupadas en tres tomos:

Tomo 1: «Crónica del alba», «Hipogrifo violento» y «La Quinta Julieta»

Tomo 2: «El mancebo y los héroes», «La onza de oro» y «Los niveles del existir»

Tomo 3: «Los términos del presagio», «La orilla donde los locos sonríen» y «La vida comienza ahora»

RAMON J. SENDER

Cronica del alba tomo II

«El mancebo y los héroes», «La onza de oro» y «Los niveles del existir»

CIMA de la labor creadora de RAMON J. SENDER (1901-1982) en el exilio, CRONICA DEL ALBA es un prodigioso edificio literario que constituye, a la vez, un valioso testimonio sobre la España de la primera mitad del siglo XX. La azarosa existencia de José Garcés -la circunstancia de que el personaje literario lleve el segundo nombre y el apellido materno del autor apoya la conjetura de que el ciclo es una autobiografía novelada que se despliega a lo largo de las nueve novelas que integran la obra y que se publican, en esta edición, agrupadas en tres tomos: Tomo 1: «Crónica del alba», «Hipogrifo violento» y «La Quinta Julieta»

Tomo 2: «El mancebo y los héroes», «La onza de oro» y «Los niveles del existir»

Tomo 3: «Los términos del presagio», «La orilla donde los locos sonríen» y «La vida comienza ahora»

EL MANCEBO Y LOS HÉROES

Esta vez las primeras páginas del libro son también del mismo José Garcés y no del editor como en los cuadernos anteriores. Al frente del manuscrito que sigue escribió Pepe el siguiente preámbulo con versos intercalados:

Igual que los anteriores, este relato es verdad. Los lectores que tengan un poco de memoria recordarán algunas circunstancias patéticas, que refiero tal como mi memoria me lo permite. Recuerdo algunos nombres, pero otros se me olvidan porque deben estar archivados en esa parte del cerebro donde repercute la onda explosiva de las granadas. Y se han disuelto quizás en la perplejidad de lo tremendo.

No tengo aquí colecciones de prensa que consultar. Soy fiel a mi memoria y espero que ella sea fiel a la realidad.

Entraba entonces en la adolescencia y comenzaba a amar a todas las mujeres y a odiar a todos los hombres. Sobre todo a mi padre. En aquellos días resucitaban con nueva pugnacidad las inquinas de mi infancia.

Tenía yo entonces no pocas dificultades y las peores se complicaban con la idea tan generalizada entre adolescentes de tener razón siempre. Ellos solos contra el resto del mundo.

A veces sentía la necesidad de escribir cosas en mis cuadernos de clase. Cosas, algunas de las cuales recuerdo a medias y reconstruyo ahora sobre una memoria fragmentaria. Eran versos como los siguientes:

Más poderoso que el tiempo y el espacio, la luna verde y el sol color topacio, el diablo y Dios iban, ni aprisa ni despacio, por el forro de mi escolar cartapacio.

Aquí había un eco directo de las conferencias del profesor de literatura sobre la cuaderña vía. El profesor parecía un hombre recortado en lacas chinas con su barbita apuntada, su cabello planchado y el gesto de una cortesía del siglo XVIII. Algunos días me parecía bien y otros lo odiaba como a los demás. Recuerdo a

veces pequeños detalles de mi vida, insignificantes, y se me presentan claramente como estampas iluminadas. Comenzaba a fumar yo a solas y siempre de noche y en mi cuarto con el balcón abierto. Al succionar, se iluminaba mi cara y la veía reflejada en el cristal:

Fumas ávidamente y en el cristal riela un resplandor de sangre. Tu luna de franela navega al otro lado del vidrio, y la estela de su luar enciende otra luar gemela.

Todo lo hacía entonces ávida y confusamente. Nunca han sido los términos de la confusión tan claros como entonces. Mi catolicismo iba tomando un acento lírico y pagano, que escandalizaba a la madre Adela cuando le escribía versos para que los pusiera sobre la puerta del refectorio de uno de sus asilos nuevos de niños pobres:

Penetran en la noche los párvulos del día cantando las canciones de cada mediodía y piden al azar devoto de la vía láctea el pezón rosado de la Virgen María.

La monjita me miraba pensando que podía muy bien estar loco. Mi madre le decía: —No. Pepe es el de siempre. Lo que pasa es que está en la edad del desarrollo.

Aquí, en el campo de concentración de Argelés, recuerdo esas cosas como los fantasmas de los muertos de la guerra deben recordar los días de su juventud. Viendo que había tenido poco éxito con mi primera estrofa, hice otra dedicada a los ancianos campesinos de otro asilo de la madre Adela que paseaban al sol en un patio del barrio de la Cartuja vestidos de pana labradora. Decía:

Cantan los viejos la memoria de Herculano, los potros blancos

se entrepersiguen por el llano y suena entre el rosal y el cabezo lejano la caramella de los hombres del somontano.

¿Por qué habían de acordarse los viejos de Herculano enterrada bajo las cenizas del Vesubio? Es que su asilo era un viejo palacio con mármoles romanos pálidos por la acción de los siglos.

Eran mis versos de entonces mejores que los de mi lejana Universiada y tocaban todos los resortes y todos los temas. He aquí una manera curiosa de entender la agonía después de haber visto el entierro de una jovencita en su ataúd blanco:

En el espacio que separa las esferas se encienden poco a poco las nociones postreras y se cierran los ojos de las hadas solteras entre las albas y las noches candeleras.

Ahora pienso que yo debía haberlo dejado todo para dedicarme a la literatura y al amor de Valentina. En aquel tiempo tenía alguna afición larvada que pudo tal vez desarrollarse.

Trato de recordar las cosas importantes. Quería dejar escrito lo más posible en relación conmigo, es decir, con este animal de Dios que tiene un horizonte más limitado cada día.

En aquella época, pensando en Valentina comenzaba a sentir algo nuevo y sombrío. Presentía que por algún motivo tendría que renunciar a ella. Yo, a Valentina. Si el presentimiento se cumplió o no, lo diré más tarde.

Entonces la familia de Valentina hablaba de enviarla interna a las Paulas de Zaragoza. Yo recibí esa noticia como una bendición de Dios. Y fui a la calle de Don Juan de Aragón y me acerqué al muro de piedra del colegio y lo besé sólo por haber sido asociado al nombre de Valentina. Luego vi que no la enviaban allí y que mi optimismo me engañaba.

Aquel año vi por primera vez una huelga general

revolucionaria. En Zaragoza, ciudad de tradición noblemente rebelde y combativa, la huelga fue violenta y hubo sangre.

Clamaban todos, y esparciendo sus clamores igual que esparce el viento las luces de colores, se iban diseminando por los alrededores plomos pequeños con sus muertes interiores.

Otras estrofas escribí entonces o más tarde que recuerdo a medias y que reconstruyo, siempre en cuaderna vía y en relación con aquellos sucesos de sangre:

El hierro con el hierro tus enemigos van, hombro arriba el airón de tu nombre izarán, con las telegrafías secretas se alzarán, cuando esperas que hablen todos se callarán.

Las balas sin camino a veces se florecen con los hongos del aire que entre las brisas crecen y los novios extraviados palidecen y en el columpio de la noche se estremecen.

El miedo y el odio y las extenuaciones del desconcierto forman sus manifestaciones cívicas, y en los fosos de las viejas prisiones alguien levanta el poste de las ejecuciones.

En la versión primera decía: —Dios enarbola el hacha de las ejecuciones—. Entonces ya comenzaba a exasperarme la idea de un dios indiferente y frío, sordo y neutral, que nunca responde a nuestras preguntas.

Tomaba una actitud crítica con la Iglesia, y al ver que Víctor Hugo llamaba a Dios el «panadero sordo», creía tener derecho a insubordinarme yo también con el dios de los judíos.

Al mismo tiempo que leía mis textos en el instituto, comenzaba a comprar en la calle los papeles impresos que se

ponían a mi alcance. Mi biblioteca entera cabía por entonces en los bolsillos de mi gabán. Por cinco céntimos compraba una obra de Valle-Inclán en «La Novela Corta», con la cabeza borrascosa del autor estampada en la cubierta. Me producía Valle-Inclán una especie de embriaguez, como si bebiera un vino antiguo y poderoso. Y un poco del asombro que suele darnos lo sombrío, tradicional y retórico.

Ahora, recordando aquellos tiempos, se me ocurren versos no muy diferentes. Creo que pueden ir delante de este cuaderno como escuadras de heraldos con la bandera de la derrota, pero no de la desesperación:

*Las ventanas abiertas al día dicen, ah, si las oyes el
clamor te ensordecera el miedo al miedo en tu alma
nacerá y una reflexión nueva te sobrecogerá.*

*Esta hora que vives es la única hora del viejo Cronos
que a sus hijos devora, es la misma que tienen la fauna y
la flora y tu corazón mudo y mi alma sonora.*

*El perro de la noche en el alba lloraba, el dolor de
las cosas se nos iluminaba y en la luz nuestra vida entera
se agrietaba.*

Por la grieta otro perro lejano contestaba.

*Entre las multitudes del buen amor llegó aquel
infante a quien ninguno presintió, por campos
seminados se nos extravió, en su cuna secreta la vida lo
ahogó.*

Ese infante no era yo, claro. En estas páginas trato de

demostrar que, a pesar de todo, yo vivía mi vida como cada cual y un poco mejor que otros chicos de mis años.

AQUÍ COMIENZA REALMENTE EL MANCEBO Y LOS HÉROES

La vida de estudiante en Zaragoza era como una anticipación de lo que iba a ser la sociedad con la gente adulta. Había tontos, locos, tontilocos, cerdos, vanidosos, delirantes pavos reales, pobres diablos y también algún chico inteligente y sensato. Como es de suponer, no eran precisamente éstos los más frecuentes.

Aquel otoño acabó la guerra con la victoria de los aliados. Mi padre había perdido, entre los bonos de guerra alemanes y algunos negocios desdichados, más de ciento cincuenta mil pesetas. Con ese motivo se hizo taciturno, arisco y frecuentaba más la iglesia. No iba a La Seo porque mosén Orencio (que también era germanófilo) se alegraba, sin embargo, del desenlace de la guerra porque él no había perdido nada y mi padre sí.

Los católicos españoles más acendrados eran partidarios del kaiser (protestante) y de un pueblo como Alemania, pagano violento y enemigo clásico de Roma. Tal vez el odio a la Francia liberal, que hacía tiempo había quitado a los curas el derecho a mangonear en la cosa pública y en el presupuesto, los hacía darse al diablo.

Recordaba el entusiasmo de mi padre años atrás cuando, volviendo de misa, compraba un periódico y veía que los alemanes habían destruido tres ciudades de la católica Bélgica.

Decidí, por fin, que el catolicismo español, como tantas otras

cosas, encubría una bárbara violencia de tribu en la defensa de alguna clase de privilegio social. A veces, ese privilegio era grande como en los millonarios, y a veces miserable y sórdido como en la pequeña burguesía. En mi padre era de una sordidez atenuada.

Los liberales exultaban de gozo con la victoria de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, el derrumbamiento del imperio ruso y la abdicación del kaiser mostachudo, arrogante y, según los bien enterados, bastante inferior al término medio de capacidad mental. Yo me sentía feliz a pesar de las pérdidas de mi padre, y a veces, precisamente por ellas. Ser un día pobre me parecía romántico. Lo mismo le pasaba a Concha. La novedad siempre es bien recibida por los niños aunque sea funesta.

Mi amigo Felipe era germanófilo, pero por oposición a su padre y por el gusto de coincidir conmigo se alegraba también del resultado de la guerra. Juan, el de la «Quinta Julieta», había profetizado aquella victoria de Francia, diciendo que el espíritu progresivo tendría que triunfar porque era la ley natural. Si ese espíritu no hubiera triunfado siempre a lo largo de los conflictos de la historia, haría muchos siglos que la humanidad se habría acabado. Como se ve, Juan era determinista a su modo. Tenía un amigo en los porches del paseo de la Independencia. Un vendedor de periódicos que se llamaba Angel Checa. Debía ser un hombre peligroso, al menos para la policía. Un día lo vi de lejos. Tenía los hombros altos, en forma de percha. Me pareció uno de esos hombres de dientes sucios que fuman medio cigarro puro y echan saliva amarilla al suelo de vez en cuando, haciendo una especie de inclinación cortesana. También uno de esos tipos silenciosos que juegan ruidosamente al dominó en el café. Luego vi que esto no era cierto.

Pero entonces yo no lo conocía aún a Checa. Juan el de la «Quinta Julieta» me había dicho un día: «Cómprale los periódicos

a Angel Checa, que tiene el puesto frente al cine Doré». Yo todavía no se los compraba, pero miraba a nuestro héroe al pasar. Era jorobado y la ropa le colgaba de los hombros angulosos como en los espantapájaros. «Un amigo de Juan», pensaba yo, intrigado. «¿Por qué no ha de ser también un amigo mío?»

El ambiente de la ciudad era confortador. A pesar de sus templos, sus catedrales, era una ciudad progresiva, con diputados no sólo liberales, sino republicanos. En el siglo XVI se había significado Zaragoza como una ciudad liberal enemiga de Felipe II, encubriendo y salvando a Antonio Pérez, combatiendo por sus fueros y contra la Inquisición y mostrándose siempre ágil y levantisca. Pero no era sólo Zaragoza, sino todo Aragón, incluida su vieja aristocracia, como los condes de Ribagorza, los de Luna, los duques de Villahermosa.

En nuestros días, la ciudad seguía siendo liberal. Los periódicos más importantes, como Heraldo de Aragón y La Crónica, eran liberales. La opinión media de la gente era, pues, contraria a los alemanes.

Sólo era germanófilo El Noticiero, diario de la grey beata, que leía mi padre. Yo compraba los otros dos y los llevaba a casa de un modo ostensible.

En el instituto, las clases duraban desde las ocho hasta las doce. También había allí mayoría de chicos partidarios de la victoria de los aliados. Así, pues, mi atmósfera era de optimismo y alegría, al menos por la mañana. Por la tarde —en mi casa—, depresiva y sombría.

Los chicos de ideas germanófilas solían ir en dos filas, conducidos por frailes maristas. Tenían fama aquellos chicos de ser disciplinados, beatos y, por el simple hecho de la protección de los frailes, un poco afeminados.

Había otro colegio de religiosos que llevaba sus estudiantes al

instituto, pero éstos —creo que los corazonistas— iban siempre sin escolta ni protección y muchos de ellos eran furiosos anticlericales.

La gran mayoría no íbamos a ningún otro centro de enseñanza sino al instituto. Estudiábamos en nuestra casa y por nuestra cuenta, lo menos posible, es verdad.

A todos los profesores les habíamos puesto apodos, a veces malsonantes, y ellos, que seguramente lo sabían, nos odiaban y trataban como a casta maldita que había que exterminar.

En cada clase seríamos alrededor de ciento diez o ciento quince.

Como suele suceder, en los primeros días cada chico consideraba a su vecino más importante de lo que era. Todos andábamos curiosos y se establecían amistades por afinidad y a veces por discrepancia y contradicción.

Entre los mayores había picaros que blasfemaban, tenían a gala padecer alguna enfermedad venérea y jugaban terriblemente a las cartas. Solían ser cuatro o cinco años mayores que yo y violentos y desdeñosos.

Al entrar en la clase, algunos dejaban el cigarrillo apagado en lo alto de un zócalo que cubría la parte baja del muro. Al salir, se había consumido del todo, dejando una huella ocre en la madera.

Había en las paredes de los retretes escritas muchas obscenidades.

Desde el principio yo comprendí que el instituto no tenía interés. La cultura —si tal cosa existía— debía estar en otra parte. Todo era incómodo y falso. Nadie leía la lección ni ponía fe alguna en lo que estaba haciendo. Se trataba de engañar a los profesores.

La cosa no tenía el menor atractivo.

Estaba el instituto en el costado izquierdo de una vasta manzana de edificios, todos dedicados a la enseñanza. Por el

frente principal que daba al Coso se entraba a la universidad (Facultades de Letras y Derecho). En un flanco hacia el río daban algunas clases de escuela Normal. En aquel lado había también un cuartelillo de policía.

La parte nuestra —el instituto— era limpia, moderna, bastante agradable. Los claustros de la planta baja o del piso superior alrededor de un vasto patio cuadrado, estaban cubiertos de cristales. En la primavera, cuando se sentía calor, abrían algunos paneles y entraba el aire perfumado por los árboles en flor.

A veces, yo me iba con otros dos chicos, que se llamaban Dolset y Gonzalvo, a pasear por las afueras en lugar de asistir a clase. Nuestros lugares predilectos eran las rondas con altas murallas defensivas, en las cuales se veía una lápida conmemorativa dedicada al general Palafox, héroe de la guerra contra Napoleón. Gozábamos del aire romántico de aquellos lugares. También íbamos a veces a la Puerta del Carmen, que mostraba en las nobles piedras labradas por los siglos las huellas de las balas de los mamelucos de Bonaparte.

Aquello me parecía a mí la realidad y la vida verdadera. En cambio, todo lo que se relacionaba con el instituto me parecía falso. Mi hermana Concha veía la cosa de otro modo: «Cuando termines el bachillerato tendrás tratamiento de don». Algo era.

Gonzalvo era un chico de maneras delicadas y facciones regulares y armoniosas. Era presumido y gustaba de vestir bien. Había en él algo depurado y decadente.

Dolset era, en cambio, feo y un poco brutal de apariencia, aunque de carácter suave y afable. Los tres juntos debíamos formar un grupo de veras incongruente. Gonzalvo, que tenía una voz fina y bien timbrada, quería dejar cuanto antes los estudios y hacerse tenor de ópera. Esto nos divertía a Dolset y a mí. No tenía

Gonzalvo, aparte de sus ambiciones artísticas, interés definido por nada serio.

—Gonzalvo no valdrá para nada en la vida —le decía yo a Dolset.

Y mi amigo discrepaba:

—Éstos son a veces los que valen para todo. Ya verás.

Gonzalvo parecía despreciar a la humanidad entera, que no tomaba en serio su talento precoz de cantante.

Dolset pensaba hacerse médico, y lo fue más tarde con cierta brillantez. La formación del trío Gonzalvo, Dolset y yo, no fue por elección espontánea, sino por azar. Dolset se sentaba a mi derecha y Gonzalvo a la izquierda, en una de las clases.

Entre los chicos había la manía sexual, claro. El único que no hablaba nunca de eso era Dolset, quizá porque se consideraba sin la menor probabilidad de éxito, tan feo era. Por esa misma razón, tomaba la vida más en serio. Era cuidadoso de su persona e iba siempre limpio y aseado.

Tuve algún otro amigo, casi siempre chicos nada brillantes e incluso mal vistos por los demás. Aquel año primero del instituto pensaba a veces que mis amigos no eran gente seria. No sabía yo escogerlos. Eran chicos un poco despreciados, cuya suerte yo compartía por el hecho de ir con ellos.

Eso no me daba tristeza alguna, pero sí una especie de miedo a mi propio destino, a veces.

En la clase, se sentaba detrás de mí un chico grandullón de ojos saltones negros y rasgados. Ojos de caballo o de yegua. Desde el primer momento aquel tipo, que se llamaba Luis, me fue desagradable. Buscaba muchachos más jóvenes que él y tenía un rasgo de carácter grotesco. Grande y caballuno como era, hablaba de su madre como un bebé. El hecho de que no tuviera padre le hacía referirse a ella constantemente. Ella le autorizaba o le

negaba las cosas.

—Si mi madre me deja...—solía decir.

Eso resultaba chocante.

Al salir o al entrar en el instituto me detenía a veces un momento a ver lo que escribía en sus rodillas el vendedor de pasteles de coco y quisquillas, autor teatral, señor Lasheras. Tenía gran fluidez y apenas si se veían correcciones ni tachaduras en su cuaderno.

—Para mí, el diálogo en verso —me decía con una expresión de falsa modestia— es natural como el respirar.

Yo leía por encima de su hombro:

«Leonor. —(*Suspirando*). Nunca mi prez se mostrara condescendiente con vos ...»

Y me alejaba con mis amigos haciendo comentarios. Yo respetaba a Lasheras. Dolset se burlaba de él. Gonzalvo, que no tomaba en serio la literatura, era cruel con Lasheras e improvisaba con una gran destreza versos que le recitaba por mofa:

*En las glaucas lejanías vislumbreo penumbreces y fulgores
y las tristurancias mías hacen llorar a los peces de colores.*

Lasheras lo miraba sin saber qué responder. Aquel género de poesía no era de Lasheras, es verdad. Los versos de Lasheras serían lo que se quisiera menos modernistas. No había «glaucas lejanías». Después, cuando Gonzalvo no estaba delante, el poeta dramático me decía: «Yo desprecio al vulgo ignorante, y más cuando se trata de un mariquita como Gonzalvo».

Era Gonzalvo hijo único y lo mimaban en su casa. No era un individuo equívoco, sino que lo parecía físicamente, aunque su manera de hablar y de conducirse era más bien atrevida y

descarada. Un día que fui a su casa, vi que en ella y con sus parientes se conducía como un pobre niño convaleciente de alguna enfermedad que le daba derechos y preeminencias. Era un chico raro.

Yo no sabía cuál de sus personalidades era la verdadera. Conmigo usaba a veces un género de procacidad más o menos ingenioso, pero siempre de carácter sexual. Por ejemplo, me preguntaba: —¿En qué se parece un bebé a un tapón de botella de champagne?

Y se respondía a sí mismo muy serio: «En que no puede volver a entrar por el lugar por donde ha salido».

Se atribuía las gracias ajenas, y como lo hacía con aquella expresión tan grave, a nadie le parecía mal. Decía en la clase de francés que había inventado la siguiente fórmula algebraica:

$$Pi * r / LN = BB$$

Había que pronunciarlo en francés: *Pi-erre sur Ele-ene igual Bébé*. Éstas eran bromas inocentes. Tenía otras que es imposible referir.

Avanzaba el invierno sin que sucediera nada extraordinario. Poco a poco yo comprendí que había dos mundos opuestos y contrarios. El de la calle (incluido el instituto), y el de mi casa. Todo lo que oía en la calle o con mis amigos estaba prohibido en casa, es decir, nadie lo habría dicho nunca en casa.

Por ejemplo, en casa se hablaba de amor (sobre todo mi hermana Concha), pero era un amor angélico. Apasionado tal vez, pero siempre sin sexo. Sin la menor conciencia sexual. Qué diferente aquel amor del que obsesionaba a mis amigos y a mí mismo.

La ciudad aburría a mi padre. A veces no podía más y aprovechaba cualquier oportunidad para ir al pueblo a cazar con

sus antiguos amigos.

Y me llevaba a mí, viéndome ya casi tan grande como él. La primera vez fue durante las vacaciones de Semana Santa. Por las ventanillas del tren se sentía la alegría contenida de la naturaleza en el vuelo ondulado de las cogujadas y en su manera de posarse, volver la cabecita y lanzar su breve canción: —Ajuñir, ajuñir...

Eso decían las cojugadas, según Escanilla.

Aquel pequeño pájaro color de tierra daba órdenes a los labradores. «A juñir», quería decir «a emparejar». Es decir, a uncir las mulas con el yugo para salir al campo y comenzar la jornada. Porque aquellas voces apresuradas y agudas de pájaro madrugador eran las primeras que se oían en el alba.

Las ropas de cazador que vestía yo eran de mi padre, y me iban bien porque tenía ya el mismo cuerpo que él.

En aquellos días mi padre comprendía que yo no era ya un niño y tampoco un hombre. Se daba cuenta también de que nuestra enemistad, al entrar yo en la adolescencia, se convertía o se podía convertir en algo penoso y duradero. Nunca me preguntaba nada de mi vida de estudiante, que parecía tenerle sin cuidado.

Nuestra relación no había, pues, mejorado. Unas veces yo odiaba a mi padre y otras trataba de comprenderlo. Me llevaba a cazar, no porque quisiera proporcionarme aquel placer, sino por exhibirme con los otros cazadores, como diciendo: «Eh, vean ustedes qué hijo tengo».

Entonces yo no comprendía que ese orgullo era una forma de afecto para mí.

En aquella excursión cazadora hubo un incidente que hizo más difícil nuestra relación. A su tiempo lo contaré.

Nos apeamos en una estación que no era la de nuestro pueblo. Sólo bajábamos nosotros, allí. El camino hasta la

Herradura —la finca del viejo primo de mi padre— lo hicimos a caballo. Ese segundo tío mío se llamaba don Hermógenes de la Cueva. Dos caballos nos esperaban atados a una reja en la parte trasera de la estación. Nosotros debíamos montarlos y dejarles la rienda floja. Ellos nos llevarían.

No se le ocurrió a mi padre preguntarme si yo sabía montar o no. Nadie aprende a montar en mi tierra. Se supone que cuando hay un caballo y una distancia larga, el menos experto se convierte en un jinete. Yo me sentía del todo seguro en mi montura. Cuando el caballo trotaba, el mismo movimiento del animal me obligaba a levantarme un poco de la silla y volver a sentarme cada dos pasos. Aquello era «montar a la inglesa», según decían los chicos. La cosa no podía ser más fácil. El galope era más cómodo que el trote. Ni yo me extrañé de mi habilidad, ni se extrañó mi padre.

Por el camino, mi padre fue hablándome de don Hermógenes, a quien yo había visto sólo una vez y por quien sentía amistad y simpatía. Era un hombre alto y ancho, todo huesos y sonreía fácilmente. La cara de don Hermógenes era juanetuda y tostada. Las córneas blancas de sus ojos se confundían a veces con las pupilas grises, según como venía la luz. Y aquel hombre tenía la inocencia y el candor de un niño. En un hombre tan grande y de apariencia tan masculina, aquel candor chocaba un poco.

Mi padre lo tomaba a broma. Quería burlarse de él, pero como don Hermógenes se burlaba de sí mismo, con frecuencia las bromas de mi padre se quedaban cortas como flechas con viento contrario.

A mí me gustaba don Hermógenes, y veía algo importante y noble a través de su ruidosa inocencia. La única vez que hablé con él me trató de igual a igual a pesar de mi corta edad. Y eso nunca lo olvida un niño. Tenía, aquel hombre tan grande, una voz

engolada y alta.

La Herradura era una finca al pie de las estribaciones de Guara. El río hacía allí una gran curva en forma de arco morisco, y de allí venía el nombre de la finca. A veces, decía don Hermógenes que había recibido La Herradura en herencia de su padre, y que como no tenía más que una en vez de cuatro cojeaba un poco.

Mi padre veneraba a la madre de don Hermógenes, que era vieja y sorda, pero que tocaba muy bien el piano, usando para oírse a sí misma una bocina de goma cuyo extremo ponía dentro de la caja. Este detalle lo citaba siempre mi padre cuando hablaba de los méritos de pianista de aquella dama.

Los caballos nos llevaron directamente a La Herradura, a pesar de que uno de ellos tenía manifiestas ganas de aprovechar la ocasión para visitar a sus amigos de otras fincas. Mi padre, que conocía el camino, lo castigó cada vez que quiso tomarse libertades, y llegamos a media tarde a La Herradura. No había todavía en La Herradura sino algunos viejos criados. El que hacía de mayordomo era un hombre que no nos conocía porque era de otro pueblo.

—¿No está don Hermógenes?— preguntó mi padre, quitándose parte de su equipo de cazador, y sin esperar la respuesta, añadió—: ¿Hay ojeadores?

—Todo está dispuesto. La caza y la gracia de Dios es lo que no debe faltar, que lo demás está a punto.

Por la gracia de Dios entendía el mayordomo la habilidad de los cazadores y su buena puntería. En el corral se oían ladridos. Un perro bastante grande que andaba suelto dentro de la casa, se acercó y puso su enorme cabeza en mis rodillas.

—Éste —explicó el mayordomo— es un perro muy campechano y en seguida se hace amigo de la gente.

Tenía el mayordomo una navajita en la mano. Y hablaba

calmo y tranquilo, sin dejar de trabajar en la hebilla de un arnés que necesitaba reparación.

—¿Y los caballos? —preguntaba—. ¿Se portaron bien?

—Sí —dije yo—. El de mi padre quería campar por sus respetos y seguir su intención, pero no le valió.

Rió el mayordomo agriamente:

—Es un animal quimerista.

—Con esto no hay quimeras —dijo mi padre mostrando la fusta.

Luego, como si no quisiera malgastar sus palabras se levantó, se puso a recorrer la casa, anduvo fisgando por los armarios, cogió una botella y un vaso, sacó el corcho con los dientes, se sirvió vino, dejó caer el corcho al suelo —que vino rebotando hasta quedar junto a la pata de mi silla— y bebió.

—De salud sirva —dijo el mayordomo.

Mi padre salió del porche, fue al corral, estuvo viendo los perros y acariciándolos, y entretanto yo me quedé con el mayordomo, que acabó de arreglar la hebilla, se guardó la navajita y fue, según dijo, a poner los caballos en el establo. Yo lo acompañé y le ayudé a darles el pienso de la tarde. Íbamos hablando. Le pregunté si había caza en aquellos lugares.

—En esta parte y en esta época del año no falta nunca.

—¿Jabalíes?

—Sí. Don Hermógenes hace plantar panizo en unos cuadros que hay hacia la clamar de Artal, y lo deja sin cosechar todo el invierno. Entonces los chabalins —el mayordomo decía esa palabra a la manera montañesa— bajan a comer, sobre todo, en tiempo de nieve.

—¿Hay nieve todavía?

—¿Que si hay nieve? La vertiente norte está blanca como en el mes de enero.

—¿Y los venados?

—Ah, éstos no vienen a la clamor. Son muy temerosos.

—¿De los cazadores?

—De los lobos.

—¿Y los jabalíes? ¿No tienen miedo los jabalíes?

Era una pregunta inexperta. El mayordomo me miró extrañado, debió pensar que yo era más joven de lo que parecía y dijo: —No. Los chabalins no tienen miedo de nadie. Llevan a cada lado del hocico dos colmillos como navajas, y tiran cada viaje que no hay lobo que se les pueda poner delante.

—Entonces los perros servirán de poco, digo, contra el jabalí.

—Sí que sirven, porque en la caza lo más importante es el rastreo. Primero los ojeadores a caballo, levantando clamor. Al lado, los rastreadores y los perros con su buena nariz. Ustedes aguardarán los chabalins a pie llano en los apostaderos. Eso es lo que harán sus mercedes, si a mano viene. El venado abunda más que el chabalin, pero la caza está prohibida cuando hay nieve. En tiempo de nieve es muy fácil cazar, porque los animales dejan tanto rastro que habría que estar ciego para no encontrarlos. El Gobierno sabe lo que hace, porque si estuviera permitido cazar en tiempo de nieve, hace muchos años que se habría acabado la caza. Eso es.

Me hablaba con el placer con que los campesinos hablan a los niños y les muestran su propio saber y experiencia.

—Entonces no cazaremos venados. Me alegro. Yo no puedo matar un ciervo —declaré.

—¿Por qué?

—Puedo matar un jabalí o un lobo. Son animales feos de veras y peligrosos, pero creo que no podría matar a un inocente venado.

—Como guapo lo es el venado. Pero la gracia del venado se la

debe al lobo. Gracias a la guerra que el lobo le hace, el venado está siempre alerta y se hace nervioso, brincador y fino de cabos. Es el miedo al lobo lo que lo hace tan lindo de mirar. El chabalin es feo, en eso le doy la razón. Pero si por la fealdad se matara a los animales, hace años que habría yo matado a mi suegra.

El mayordomo y yo reímos más de lo que se requería.

—También el jabalí es sabroso —dije yo.

—Más que la suegra, desde luego.

—Yo —dije mintiendo— maté dos lobos con rifle el año pasado. En el Moncayo.

—Ah —y me miró como si pensara que debía tomarme más en serio—. Su padre de usted está enfadado conmigo porque no lo he conocido. ¿Cómo voy a conocerlo si no lo he visto nunca? ¿Cuál es la gracia de su mercé?

—Garcés. Y yo me llamo igual que mi padre: José Garcés.

Dijo el mayordomo que conocía el nombre. Tal vez mentía. Con los campesinos nunca se sabe. Acabamos de dar el pienso a los caballos y fuimos a la cocina, donde ardía un gran fuego. Olía a lentisco y retama, de la que había gran cantidad medio quemada alrededor de los troncos.

Aquella casa estaba deshabitada la mayor parte del año. Muchos detalles a nuestro alrededor revelaban el abandono. Había un reloj de pared que no funcionaba. Los fuelles del hogar tampoco servían. Las cerraduras y picaportes ajustaban mal. Mi padre estaba hablando con un campesino —uno de los ojeadores de la cacería— sobre los venados. Decía el campesino que «había ciervos a manta» y cazarlos sería fácil, aunque por el momento fuera ilegal a causa de la veda y de la nieve.

Aquel campesino era un poco bufón. Para hacernos reír, decía que prefería quedarse en el pueblo al amor de la lumbre y de las faldas de su mujer.

—Cada cual tiene su hembra —dijo el mayordomo.

—Pero no como la mía.

Quería mi padre tirarle de la lengua:

—¿Qué le pasa a la tuya?

—Cuando me casé, todo el pueblo decía: se casa con la moza más fea. Y a lo mejor decían la verdad. Pero ella supo atraparme bien, como hay Dios, porque tiene mucho gancho y es la más puteta del pueblo.

Todos soltamos a reír, y el mayordomo salió a la defensa del campesino: —Al decir puteta, quiere decir lista y de mucha trastienda. ¿Verdad?

Viendo yo la manera de escuchar mi padre a los campesinos, pensé que prefería ir a cazar venados. Ya digo que nunca he podido concebir que se mate a un animal dulce e inofensivo como el ciervo. Los pobres ciervos que había visto en dibujos, estampas, juguetes de Navidad y sobre quienes había leído cuentos conmovedores, eran mis amigos.

Uno de los primeros libros que había ojeado en mi vida — cuando tenía seis o siete años— era un libro grueso, de viajes. En un grabado había un hombre desnudo, pequeñito y con un manojo de flechas en la mano. La estampa era en colores. Y debajo decía: un pigmeo. Aquel pigmeo me miraba de frente y su mirada me alucinaba. Un pigmeo. El hallar de pronto seres humanos que habían dado lugar a calificativos denigrantes, me parecía interesantísimo. Más adelante había un zulú. Y más todavía, hacia el final, un beduino. Yo había oído a veces decir a mi padre, refiriéndose a alguna persona: —Es un beduino.

Otras veces: «Un zulú. O un pigmeo». Y allí estaban. El pigmeo tenía frente estrecha, pelo rizado y patas cortas. Era pequeño y, sin embargo, su pelo blanqueaba ya.

En otra estampa del mismo libro había un hombre del norte,

un lapón, con mandíbula colgante y bocio. Al lado, un venadito muerto. Y al pie de la estampa decía: «Un cretino». Desde entonces, era para mí un acto de cretinismo matar un ciervo. Y esta noción tenía la inmensa autoridad de la letra impresa en un libro encuadernado en tela.

Hacía mi padre más preguntas sobre los ciervos a los campesinos.

Y comenzaron a llegar los otros cazadores. Venían a caballo y entraban con la ruidosa algazara de los hombres que llevan armas y que se reúnen solos (sin mujeres) para alguna clase de aventura.

Con ellos llegó don Hermógenes. Era un hombre grande, de voz y de gestos generosos. El más frecuente de éstos consistía en abrir los brazos y alzar los hombros para disculparse de algo. Yo no podía entenderlo, porque estoy seguro de que aquel hombre tenía siempre razón. Luego comprendí que se disculpaba de eso: de tenerla.

La cacería iba a durar dos días y el campo de operaciones se extendía por un valle muy vasto. Yo me hice desde el primer momento la idea de ponerme cerca de don Hermógenes, quien me había dicho: —No se aparte mucho de mí, si quiere tirar sobre seguro.

A veces me hablaba de tú como a un niño, y otras de usted.

Se pusieron a ultimar los detalles del plan. Pero mi padre tenía su idea. Con frecuencia mi padre tenía su manera de hacer las cosas contra la opinión de la mayoría. Y aquel día quería matar venados.

Don Hermógenes se oponía, no porque fuera tiempo de veda —no tenía mucho respeto por la ley—, sino porque en aquella época del año la carne de ciervo era correosa y dura a causa de los malos pastos y de las carreras salvajes que tenía que dar el pobre animal para salvarse del lobo.

Yo veía a mi padre en un grabado antiguo con su ciervo muerto al pie, como el lapón del álbum. Como el lapón cretino. Mi padre sería un cretino cazador con su ciervo caído al pie. Aquello me parecía perfecto.

Tuve una reflexión infantil, como me sucedía, a pesar de todo, muchas veces. «Llamar a mi padre cretino es un pecado que tendré que confesar con mosén Orencio.» Sin embargo, en aquello había una circunstancia amable. Don Orencio se alegraría de que yo llamara cretino a mi padre, porque no se llevaban bien. La falta de amistad entre ellos era recíproca y el cura disimulaba. Y cuando yo decía algo contra él en el confesionario, me reprendía, pero no dejaba de percibir en su acento una íntima complacencia. Don Orencio seguramente se confesaba aquella complacencia con otro cura, digo yo.

Algunos cazadores se acostaron temprano para madrugar. Mi padre, don Hermógenes y otros dos se quedaron bebiendo a los lados del hogar, sentados en enormes cadieras cubiertas con pieles de cordero.

A mí me mandaron a dormir. Yo me disculpé diciendo que no sabía dónde estaba mi cuarto, y el mismo don Hermógenes me condujo (alumbrando con un candil) a un habitáculo misterioso que olía a perro y donde en lugar de cama había un montón de pieles curtidas.

—Para un cazador como tú —dijo don Hermógenes dándome un golpe en la espalda—, éste es un dormitorio adecuado. Aquí duerme en verano el tuerto de Banastás.

Ese tuerto era el mejor rifle de la comarca, según decían.

Era verdad que me gustaba aquel lugar. La campana de la chimenea pasaba por allí, formando medio cono enorme sobre el muro y calentado el cuarto. Por un pequeño tragaluz junto a la chimenea, se podían ver los cazadores en la cocina. Con aquella

ventana abierta se les oía hablar. Todo lo que dijo mi padre aquella noche, lo oí yo.

Hablaron de mujeres, de caballos y de vinos. Don Hermógenes era solterón. En España un solterón, para ser simpático, tiene que ser o parecer un poco libertino. La gente quiere al solterón ligero de costumbres. Además, en todas partes los libertinos suelen ser buenas personas.

Don Hermógenes no fumaba y apenas si bebía vino. Uno de los cazadores, alcalde de Lascellas, al servir vino dijo: —Ese no es el vicio de don Hermógenes. Si se pierde, hay que buscarlo por otro camino.

El alcalde hablaba poco y parecía adormecido mientras no hablaba. A veces despertaba a medias, guiñaba el ojo y decía un refrán, casi siempre en verso. Don Hermógenes recogió la alusión: —La gente exagera —dijo—. Me gustan las mujeres. ¿Qué hay de malo en eso? ¿A quién no le gustan las mujeres?

El alcalde de Lascellas tragó el buche de vino que tenía en la boca e inició la canción de una zarzuela popular:

*Me gustan todas,
me gustan todas, en general...*

Y luego soltó uno de sus refranes:

Entre santa y santo pared, cal y canto.

—Yo, señores —confesó—, debo declarar que tampoco soy un esposo modelo.

El médico de Terreu, que era uno de los cazadores, comentó: —¡Un esposo modelo! ¿Quién se atrevería a decir tanto?

Aquel médico tenía fama de anticlerical, pero sólo por rivalidad profesional con el cura. «Si curo un enfermo —decía con

humor amargo— lo atribuyen a la Virgen María. Si se muere, me echan la culpa a mí.» El cura de su pueblo le robaba los éxitos profesionales.

El alcalde de Lascellas no se permitía libertades en su pueblo, pero hacía viajes de tapadillo a la capital de la provincia.

El donjuanismo en las aldeas era arriesgado. Había que andar con pies de plomo. Pero en la ciudad las cosas eran diferentes. Y los tres se quedaron mirando a mi padre, entre adulatorios y expectantes. Mi padre vivía en la ciudad. ¡Ah!, y a mi padre no le disgustaba la expectación de sus amigos, pero por el momento callaba. El médico, que bebía más que los otros (decía que aquello le iba bien al corazón), contó un cuento de sus tiempos de estudiante. Un cuento sucio, claro. Yo alzaba las orejas en mi escondite, pensando: las personas mayores se divierten contando cochinerías. Me gustaba oírlo y, al mismo tiempo, me sentía envilecido y culpable por escuchar. He aquí el cuento: un chico de catorce años fue a un prostíbulo y pidió una mujer que estuviera enferma de gonorrea para acostarse con ella. Pero, hombre, ¿qué capricho es éste?, le preguntaban. Y él insistía. A fuerza de preguntas consiguieron las mujeres hacerle hablar. «Es que yo quiero padecer la gonorrea —dijo— por razones muy particulares. Cuando me contagie yo, se las pasaré a la cocinera de mi casa, con la que me acuesto a veces. Ella se las transmitirá a mi padre, mi padre contaminará a mi madre, como es natural, y mi madre al profesor mío de latín. ¡A éste es al que yo quiero atrapar!»

Todos reían. El alcalde rió tanto, que la risa le dio hipo. Y para hacer cesar el hipo, se puso a beber más.

—Los que viven en la ciudad, como don José —insinuó el alcalde cuando pudo hablar—, éstos son los que gozan de la vida.

Pero mi padre callaba. El alcalde añadió, dando a su voz un tono misterioso, que si la capital de una provincia era un lugar de

disimulo, en cambio Zaragoza, la capital de la región, era una verdadera Babilonia. Y allí vivía don José, mi padre. Con eso, el alcalde no quería decir nada. Todos miraron a mi padre, quien callaba, reflexivo. Desde mi escondite, en los momentos de silencio, oía alentar el fuego y chascar alguna rama verde. Yo tenía miedo de que hablara mi padre. El alcalde, tal vez para estimular las confidencias, contó una aventura que le había sucedido.

—Pero ¿cuándo? —preguntó mi padre, mirando el estómago abultado del aldeano.

—¡Oh!, hace ya quince años.

Añadió que podía, sin embargo, haberle sucedido la semana anterior, porque en el hombre lo importante no era la edad, sino el empuje.

—Y las onzas —dijo el médico, burlón.

Mi padre no creía que las onzas fueran necesarias. Él no tenía experiencias galantes que contar, pero vivía en el mundo y tenía ojos y oídos. Veía lo que pasaba y escuchaba lo que le contaban. Sabía el caso de un amigo suyo que tenía en casa una doncella muy linda. El amigo le hizo la corte. Siempre es una comodidad tener la aventura en casa. (Estas palabras levantaron sospechas.) Le hizo la corte y la muchacha le dijo: «Yo soy pobre. Conmigo eso es cuestión de dinero».

—Una romántica —comentó el médico en broma.

Pero mi padre seguía refiriendo la historia. El amigo se sintió honesto y le dijo a la doncellita: «No me gusta mezclar el dinero con el amor. Si es por cariño, bien. Si no, ¿qué le vamos a hacer?». Oyendo aquello, yo creía ver a la muchacha bonita, la cocinera que teníamos cuando vivíamos en la calle de Don Juan de Aragón, con su figura juvenil, esbelto talle y busto atrevido. No quiero con esto acusar a mi padre. Tampoco digo que fuera culpable. Pero la imaginación tiene sus leyes. Y mi padre hablaba y yo seguía viendo

a la sirvienta que salió de casa embarazada.

—¡La venadita! ¿Era fina de tobillos? —preguntó el alcalde.

—Lo era.

—Así me gustan a mí.

Yo escuchaba con el aliento contenido, y mi padre hizo una larga pausa para dar énfasis a su revelación, encendió el cigarrillo con una ramita ardiente que tomó del hogar, echó el humo al aire y dijo por fin: —Pues al fin resultó una romántica. Se entregó sin dinero.

¡La venada! dijo entre convulsiones de gozo el alcalde.

—Lo malo del caso —añadió mi padre— es que resultó embarazada. Mi amigo se encontró con un problema grave. En aquella situación, no podía seguir la sirvienta bajo el mismo techo que la esposa, ustedes comprenden. Y la pobre se desgració y fue a parar a una casa de mala nota. Lamentable. Mi amigo es un hombre honrado, pero la fatalidad le hizo caer en una debilidad de veras miserable.

El alcalde de Lascellas dijo con una expresión caprina: —Me parece que lo conozco yo a su amigo.

Mi padre juró que se trataba de un amigo suyo y que tampoco había que culparle únicamente a él, porque la chica tenía relaciones al mismo tiempo con un militar. Yo pensé, ruborizándome: «Es la cocinera nuestra». Y el militar era el soldado de quien me había hablado un día Baltasar. El alcalde de Lascellas exclamó, con el vaso en la mano y en las mejillas el brillo de un viejo fauno: —Conozco el género.

Don Hermógenes alzó la cara y dijo, con una expresión cómicamente desolada: —De lo que se deduce, señores, que a los hombres no hay por dónde cogernos. Somos unos cerdos.

Yo pensé en aquel momento que no se podía justificar una confidencia como aquélla (suponiendo que fuera mi padre el

galán) sino como una estúpida manifestación de vanidad. Pero no creo que mi padre fuera culpable. En aquel momento lo creía, pero más tarde no. Hoy no lo creo.

En absoluto.

—¡Todos somos iguales! —sentenció el médico.

Mi padre lo miró de reojo y los otros volvieron a reír, especialmente el alcalde, quien había decidido que todo lo que se decía aquella noche tenía un doble fondo grotesco. Mi padre dijo que, para pecar, el hombre necesitaba a la mujer, y que había, por lo tanto, el mismo número de culpables masculinos y femeninos. Entonces los hombres eran unos cerdos, pero las mujeres pertenecían al género femenino de la misma especie. Y el médico aprobó con entusiasmo. El alcalde, sin dejar de reír e intercalando sus palabras entre los vanos de la risa, dijo: —Así era el mundo cuando yo nací, y así será después de que me muera.

Mi padre tomaba acentos nobles para disculpar todavía a su amigo. Como digo, yo no dudaba entonces de que mi padre era culpable. Y ese hecho cambiaba el orden de las cosas a mi alrededor, las hacía mejores para mí. Me envolvía en una aureola romántica. La cocinera que salió de casa de mala manera, como gustaba decir Baltasar, había tenido un hijo.

Aquel hijo podía ser, es decir, era mi hermano, y a la procacidad, al pecado (que era además un delito común) había que añadir la vergüenza de dar al mundo una vida inocente sin nombre, sin padre conocido. Un «borde», como decían los campesinos. Un bastardo, un expósito, un inclusero, como decía la gente educada. Un cunero, un hijo de tal, un desgraciado. Y sería hermano mío. Aquello me encantaba y me escandalizaba al mismo tiempo. Yo me veía buscando por el mundo a aquel hermano y haciendo las dos cosas memorables en la historia. Desde mi conversación con el pastor del castillo de Sancho Garcés, ligaba la

idea de la bastardía con la del valor físico. Tendría que buscar a aquel hermano entre los incluseros, a quienes ponían usualmente por nombre Gracia, Expósito y de la Cruz. Sería difícil, pero no imposible encontrarlo. Tenía yo que hallarlo y ser su amigo, aunque sólo fuera por afrentar a mi padre. Despreciaba a mi padre y le agradecía, sin embargo, que me diera motivo para aquel desprecio.

Como suele suceder, aquel escándalo pareció justificar de pronto todas las posibles miserias mías. Si fracasaba en los exámenes, si la gente y el mundo entero me creían un individuo inútil y nocivo, no importaba. La bellaquería de mi padre tenía la culpa, y pensándolo me avergonzaba y me enorgullecía a un tiempo. Quedaba abierta la puerta de las cosas prohibidas.

Comprendía de pronto que todo lo que las personas mayores decían sobre la necesidad de ser honrado, era falso y sin base. Y, aliviado por esta reflexión, me acosté en mi guarida, pero estaba seguro de que no podría dormir. La violencia de todo aquello me tenía despierto. Por otra parte, la perspectiva de una «cacería mayor» —así llamaban las de ciervos, jabalíes y lobos—, me excitaba. Mi padre —pensaba yo— se ha cubierto prudentemente hablando de «un amigo», pero asoma debajo de la piel de cordero la oreja del lobo. Pensando que en la inclusa tenía yo un hermanito, me compadecía a veces a mí mismo y al mismo tiempo me sentía más importante que antes. Este sentimiento, que era gustoso de veras, se lo debía a mi padre, a quien creía odiar en aquel momento. Ya digo que más tarde supe que mi padre era inocente. De momento, la contradicción me impedía dormir. La vida era complicada.

Pero yo era joven, y el sueño pudo más que todas las complejidades. Me dormí, y entre sueños oía a los cazadores, cuyas risas duraron algún tiempo. Por fin se marcharon, y la cocina

quedó en silencio. Por el ventanuco de mi cubil palpitaban los reflejos del fuego proyectados sobre el techo.

Lejos de los corrales aullaba un lobo. Le respondía un perro de nuestra jauría. Tal vez el lobo los venteaba a los perros. Los lobos no saben ladrar. El ladrido lo han aprendido en cautividad, es decir, desde que sirven al hombre y viven con él como perros. Pensaba en esas cosas y en los deslices de mi padre y me sentía feliz, en el duermevela.

Por fin, me dormí del todo.

Cuando desperté, amanecía. Habían llegado más cazadores, entre ellos algunos de nuestro pueblo que se alegraron de vernos a mi padre y a mí.

Salí yo vestido y equipado para la caza. Al verme entre la gente, comprendí que la revelación de la noche anterior no era tan escandalosa. Por la mañana, mi sensibilidad moral era diferente, y al aire libre menos exigente que bajo techado. Casi disculpaba a mi padre. Todos los reyes habían tenido hijos bastardos, y por eso no dejaron de ser reyes. Veía a mi padre ir y venir, y no le guardaba rencor. Tampoco le tenía respeto, es verdad. Y no dudaba un momento de que tenía la culpa de la desgracia de nuestra linda cocinera.

Mi padre quería ir a cazar ciervos, y don Hermógenes insistía en los jabalíes. Había, en la obstinación de mi padre, alguna malignidad contra don Hermógenes. Igual que el notario, había sido nuestro anfitrión partidario de Francia en la guerra. Mi padre pidió ojeadores de ciervos, y cuatro o cinco de los invitados que preferían también aquella clase de caza fueron con él, tomando todos un extraño aire de desertores.

Era don Hermógenes demasiado amable para forzar la voluntad de sus invitados. Así, pues, permitió que se formaran dos expediciones. Y si había multas que pagar (por la veda del ciervo),

cada cual respondería individualmente con su bolsillo.

Nadie creía que aquello sucediera.

Mi padre quería que yo fuera con él, y me llamó y comenzó a darme órdenes. Debía ir con un ojeador por la vertiente norte, siguiendo las huellas de los ciervos en la nieve.

—Pero todo eso está fuera de lugar —le dije cuando terminó—. Porque yo no quiero matar ciervos.

Tuvo de pronto mi padre la revelación de mi secreto desprecio. Palideció y después de una pausa preguntó: —¿Te rebelas contra tu padre?

Hasta aquel momento mi padre creía que tenía derechos de vida y muerte sobre mí. ¿De dónde sacaba aquello? Desde las revelaciones de la noche anterior, esos derechos me parecían más infundados que nunca. Mi padre me miró lentamente y dijo: —Está bien. Más tarde hablaremos.

No hablamos más tarde. Y no porque mi padre lo olvidara, sino porque deliberadamente lo evitó. No éramos ya un hombre y un niño, sino dos hombres que no podían estar de acuerdo. Se fue mi padre a los ciervos y nosotros, con don Hermógenes, a los chabalins, como decía el mayordomo.

No me tomaba nadie en serio como cazador. Veían en mí un niño todavía. Sin embargo, la providencia que vela por los humildes hizo que el primer jabalí lo matara yo, después de habersele escapado a don Hermógenes, que lo esperaba en su apostadero. Todavía no he salido de mi asombro. Cuando disparé sobre el jabalí un cartucho de postas, es decir, cargado con balines gordos, lo hice sin apuntar y más por hacer ruido y espantar al animal que con la esperanza de herirlo. Sin embargo, la descarga le dio de lleno y se levantó del cuerpo del animal una gran polvareda. Tenía la piel cubierta de tierra. Y allí quedó, revolcándose en su sangre. Los ojeadores lo cargaron en un mulo

mirándome a mí con respeto.

Al atardecer vi que mi padre no había matado nada y estaba rendido de fatiga y disgustado. Nosotros matamos tres jabalíes. El primero —el que maté yo— era grande y feo. Su cabeza enorme mostraba dos colmillos sucios y afilados. Lo llevaban dos hombres colgado por las patas en un grueso palo, y alrededor suyo brincaban y ladraban los perros.

Para llegar al radio de acción de mi rifle, el jabalí tuvo que pasar a muy poca distancia del lugar donde estaba emboscado don Hermógenes. ¿Cómo no disparó él? Don Hermógenes; contestaba, haciendo revelaciones de veras sensacionales: — Cuanto más pienso en eso, menos lo comprendo. Lo único que puedo decir es lo siguiente. Estaba yo en el apostadero, con mi rifle, y mentiría si dijera que estaba del todo tranquilo. Mi puesto carecía de defensa, digo de parapeto. Estaba emboscado en un romeral, metido entre los arbustos, y tenía mis nervios como las cuerdas de una bandurria. El jabalí, como saben ustedes, señores, es un animal de quien los lobos y los osos huyen. En África las hienas, según he oído decir, le huyen también. Un animal agresivo y valiente, el jabalí. Y yo estaba allí esperándolo. El mayordomo, con los ojeadores, trataban de enviarme a mí el primer animal que saltara. Y así fue, porque cuando comenzaba a aburrirme sentí en el suelo como un redoble lejano de tambor. Bueno, lejano, eso era lo que yo creía. Pero apenas si me recogí y eché mano al rifle, cuando vi que delante de mí las matas de romero se separaban con violencia y apareció, a menos de diez pasos de distancia, la cabeza del jabalí. Como yo estaba acostado en el suelo, aquel animal me pareció mucho más grande, digo más alto. Un cabezón enorme, tremendo, hirsuto. Y venía derecho sobre mí. Tan derecho que yo no sabía qué hacer. Era como en la guerra cuando viene una granada sobre un soldado. Todo lo que puede hacer es

encogerse y meter la cabeza entre los hombros. El animal venía sobre mí. No comprendo cómo no tropezó conmigo. Pero me vio y gruñó. Saltó por encima de mí o se ladeó, aunque esto último no lo creo, porque a la velocidad que llevaba le habría sido imposible.

—¿Y no disparó usted? —pregunté yo.

—Imposible. Absolutamente imposible, señor don Pepe. Definitiva y verdaderamente imposible. Mi estado de ánimo no me lo permitía. De mi estado de ánimo en aquel momento te darás cuenta y se darán cuenta ustedes, señores, si les digo que (aquí bajó la voz y miró a las puertas como si temiera que pudieran aparecer señoras) si les digo que me oriné en los pantalones. Palabra. Me oriné en los pantalones. No creo que sea yo especialmente cobarde, y, sin embargo, confieso que en aquel momento algo sucedió en mi vejiga y el líquido renal salió, él solo.

Eso del líquido renal divertía al médico, y como si su risa fuera una señal, rieron todos también a coro. Naturalmente, más tarde he pensado que el jabalí se le escapó a don Hermógenes sin que éste pudiera evitarlo, pero el vergonzoso detalle lo inventaba él, tal vez para hacer mi victoria más halagüeña.

Por ser yo quien lo había matado, la cabeza de jabalí me correspondía a mí, y regalé la mitad a don Hermógenes.

Mi padre, que en otra ocasión se habría alegrado de mi brillante bautismo de cazador, aquel día parecía indiferente. Entre él y yo se había levantado un muro de hielo. En lo alto de ese muro estaba el enorme jabalí y al pie la cocinera prostituida. En el centro colgados los calzones mojados de don Hermógenes.

El mayordomo despedazaba los jabalíes y envolvía la segunda mitad de la cabeza del mío en hojas de helecho, para enviarla a casa de don Arturo Ventura, de mi parte, como yo dije.

Iba y venía exultante de orgullo, pensando en la sorpresa de don Arturo y en la rabia de Pilar. Y también, naturalmente, en la

alegría de Valentina y de su madre.

Dormimos aquella noche como la anterior. Los perros ladraban en el hondo silencio de la noche.

Al día siguiente nos levantamos con el sol ya luciendo por el valle.

Mi padre quería volver directamente a Zaragoza, pero yo fui a nuestro pueblo en el mismo caballo en que había ido a la cacería. Quería gozar de mis laureles. Me acompañó don Hermógenes una parte del camino.

—Tu padre está enfadado conmigo —me dijo sonriente—, pero no importa. ¿Sabes cuánto ha pesado tu jabalí en bruto? Más de doscientos kilos. Diecinueve arrobas justas. ¡Hermoso animal!

Yo sentía simpatía por don Hermógenes porque le había dicho varias veces a mi padre —años atrás—, que le gustaría que yo fuera su hijo.

En el cruce de caminos, nos despedimos desde nuestros caballos.

Llegué al pueblo y fui a casa de Valentina. Entré con el caballo en el jardín, pero, oh, desgracia, Valentina no estaba y me recibió la cocinera secándose las manos en un mandil. Dijo que la señora y las señoritas estaban en misa. Pilar tampoco estaba. Menos mal. La perspectiva de un diálogo malintencionado con Pilar no me parecía atrayente.

—Ahí tengo —dijo la cocinera— la cabeza del guarro salvaje que le has traído de Zaragoza al señor. ¡Y bien cara que te habrá costado!

—¡Idiota! —le dije de veras ofendido—. ¡No la he comprado!

—¿La ha comprado tu padre?

La miré con los ojos fuera de las órbitas y le dije que el jabalí lo había matado yo. Ella se rió, incrédula, y se metió en la cocina.

Como he dicho otras veces, don Arturo tenía la oficina y los

archivos notariales en su misma vivienda, y estaba allí Con sus escribientes. Ocupaba tres habitaciones del lado principal de la casa, que tenía un balcón volado sobre la calle mayor.

Yo me acerqué a la cocina dispuesto a convencer a la cocinera de que el jabalí había sido mi víctima, y allí encontré la media cabeza envuelta en anchas y caladas hojas de helecho. Pensaba que desde los orígenes de la humanidad, aquella pieza de caza y aquel arbusto habían andado asociados. No en vano leía yo mis textos de prehistoria. El jabalí aparece en las pinturas rupestres, y el helecho era una planta que existía en el terciario.

La cocinera, sentada en una silla baja, picaba cebollas y decía: —El puerco, como feo lo es.

—Lo maté yo.

Ella no lo creía, porque se acordaba de mí cuando yo era pequeño.

—Pero ¿por qué no puedo yo matar un jabalí?

—Pues tú lo sabes mejor que yo, mira éste. ¡Si antier como quien dice eras un crío!

—¿Ah, sí? Acuéstate conmigo y verás si soy un crío o no.

Ella se puso colorada. Yo también. Nos quedamos un momento sin saber qué decir. En aquel silencio se oyeron los pasos de don Arturo que se acercaba. Por las mañanas vestía pantalón con polainas y zapatos duros. Pero llevaba un batín de seda azul claro que le parecía el colmo de la distinción, con sus anchas solapas y su cordón franciscano en la cintura. Así recibía a sus clientes. Los empleados, en cambio, iban rigurosamente vestidos de negro.

No debió verme don Arturo, porque yo estaba sentado en la sombra del rincón que daba a la despensa. Se acercó a la cabeza del jabalí, la descubrió, volvió a cubrirla, preguntó si el horno estaba a punto, habló de nueces, setas, clavo y otras cosas

indispensables para la salsa. Y preguntó si había vuelto la señora, a pesar de que era una pregunta innecesaria porque saltaba a la vista que no. Cuando iba a retirarse, me vio y se sobresaltó.

—Hombre, Pepe, ¿qué haces ahí? ¿Cómo es que no decías nada?

Se veía que estaba agradecido por mi regalo.

—Lo veía a usted muy ocupado, don Arturo.

Mi suegro me invitó a comer. Como es natural, acepté. Pero lo mismo que la cocinera, don Arturo no acababa de dar crédito a sus ojos.

—Este jabalí lo matasteis don Hermógenes y tú, ¿no es cierto?

—No. Éste lo maté yo solo. Yo solo, de un tiro con mi escopeta.

Conté lo que le había sucedido a don Hermógenes, en los mismos términos en que lo había hecho él. Al oír el desenlace, don Arturo no podía comprender y me hizo repetir mis palabras. Luego soltó una carcajada. Con la risa, se ponía su calva roja como un gran tomate. Cuando don Arturo volvió riendo a su oficina, me dijo la cocinera muy alarmada: —No sé por qué dices eso de don Hermógenes. Aunque sea verdad, no es decente. Es una vergüenza grandísima, digo un borrón en la familia. Sólo un niño pequeño habla de estas cosas. Un niño pequeño como tú.

—¿Por qué no duermes conmigo para ver si soy niño o no?

Ella había decidido ser valiente también. Y venciendo su rubor, dijo mirándome a la cara cínicamente: —Eso harías tú conmigo en la cama: dormir.

—Haz la prueba.

Callaba la cocinera y yo salí al jardín, vencedor. Mi caballo seguía con la silla puesta, las riendas en el cuello y el rifle enfundado y colgando del arzón. Yo quería que cuando llegara

Valentina lo viera así, en equipo de campaña, heroico y aguerrido.

Tenía el animal una cicatriz en un brazuelo, y decidí que habría sido causada por un jabalí en una cacería anterior. Pero don Arturo venía al jardín porque había olvidado ser amable conmigo.

—Las palomas mensajeras —me dijo entre receloso y agradecido— llegaron siempre a tiempo, ¿oyes? Con las cartas. Cada una con su carta en la pata.

Yo no supe qué decir y me quedé mirándolo como un bobo, lo que sin duda le gustó a mi suegro. Él callaba también, y yo veía en sus ojos y en su silencio esta reflexión: «Soy el padre de Valentina. Tú sabes que lo soy y piensas un día ser mi yerno. A mí eso no me parece bien. Por lo menos, es muy prematuro, Pero me has traído media cabeza de jabalí y no vamos a discutir. Especialmente, si tú te, abstienes de hablarle a mi hija de las ventajas del amor libre». Eso me decía con su silencio. Yo le hablé de la victoria de los aliados y, recordando a Juan de la «Quinta Julieta», insistí en las buenas consecuencias que aquel triunfo iba a tener para el progreso de la humanidad. Don Arturo no se dejaba conquistar tan fácilmente.

—Todo eso es verdad, pero ¿por qué escribías las cartas en clave? En mi vida he escrito yo una carta en clave. ¿Por qué tanto misterio?

—Porque alguien violaba nuestra correspondencia.

Viendo que el rostro de don Arturo se ensombrecía, añadí: «Alguna sirvienta de su casa, creo». Don Arturo dijo a media voz, con cierto énfasis: «Tú no tienes personalidad jurídica. Mientras seáis menores de edad la ley no protege el secreto de vuestras cartas. ¿No lo sabes, eso?». Y me miraba en silencio. Por si no estaba bastante claro, añadió —Ni las cartas tuyas ni las de ella.

Yo veía que quería llamarme «mocoso» —me estaba aplicando ese calificativo en su imaginación—, pero la cabeza de

jabalí se lo impedía. Recuperó su humor jovial y, antes de volver la espalda para marcharse a la oficina, me puso la mano en el hombro: —Bien, al menos mi tesis doctoral os servía el año pasado para cifrar las cartas. Y para alimentar a las cabras. ¿No es eso? Algo es algo.

Me golpeó la espalda y se marchó.

Entretanto, Valentina estaba en la iglesia, tal vez leyendo las palabras del alma enamorada y pensando en mí.

Até el caballo a la reja de la ventana de la cocina. Poco después llegaban doña Julia y sus dos hijas.

Valentina se quedó muda algún rato, porque ésa era la manera de demostrar su asombro. Doña Julia hablaba por las dos, Pilar respondió a mi saludo con un gruñido y se metió en la casa.

—Yo sabía que Pepe estaba cazando con don Hermógenes, le pedí a la Virgen de Sancho Abarca que viniera a vernos. Y míralo, madre. Ahí está.

—Un milagro, hija mía —dijo la madre, risueña.

Sin quitarse el velo, Valentina corría a agasajar al caballo. Le trajo agua en un cubo que pesaba demasiado. Tuve que ayudarla y lo dejamos en el suelo bajo el hocico del animal, que bebió sin sed y como por cortesía. Creía Valentina que dar agua al caballo de su novio era una obligación de toda novia que se estimaba. Sobre todo, cuando su novio volvía de una cacería o de la guerra.

Me miraba en silencio, me ayudaba en lo que estaba haciendo y sonreía como siempre produciendo dos hoyuelos, uno en cada mejilla. Había desarrollado alguna pequeña costumbre nueva. Por ejemplo, una cierta coquetería inconsciente que consistía en abrir y cerrar los ojos. Parpadeaba con sus largas pestañas y miraba en silencio.

—Pepe —decía su madre—, ya sé que tu jabalí es el más grande que se ha visto en esta comarca en muchos años, y que lo

mataste tú.

—De un solo tiro.

—El mayordomo me lo dijo. Lo encontramos en la calle. Por cierto que te andaba buscando.

Me miraba Valentina con las mejillas encendidas por la fatiga del cubo del caballo. Se veía que las caricias y atenciones que dedicaba a mi caballo eran dirigidas a mí. Y Valentina me decía que la cabeza de jabalí era lo que más le gustaba a su padre. Añadió que aquel mismo día la servirían a la mesa, porque el día siguiente era viernes, no se podía comer carne y su padre había dicho que si no la cocían, es decir —corrigió—, si no la asaban en seguida, comenzaría a descomponerse. ¿No era aquello exactamente lo que había dicho don Arturo? —preguntaba a su madre.

Era Valentina más esbelta aún y debajo de su vestido se insinuaban las dulces combas de las caderas. Sintiéndome obligado a hablar, porque el silencio y los párpados batientes de Valentina me confundían, dije: —Yo no he comido nunca jabalí.

—Yo tampoco —declaró doña Julia.

—Ni yo —añadió Valentina.

El único que conocía el sabor era don Arturo, quien decía haberlo comido «en gelatina».

Una vez más la madre nos dejó solos en el jardín. Yo recordaba los tiempos en que los grillos vivían allí como en un paraíso.

—Hace fresco —dijo Valentina.

Pero no se nos ocurrió entrar en la casa, donde estaba la pérfida Pilar, que ahora comenzaba a parecer una mujer con sus pechos y que a mí me intimidaba porque me hacía pensar en las estimulantes dobles planas de las revistas galantes. No podía tolerar que la rubia Pilar fuera deseable.

Valentina era la misma de siempre, con su piel trigueña que en las mejillas se hacía color ladrillo cuando se fatigaba. En lugar de entrar en la cocina donde estaba Pilar, tuvo la idea de subir al solanar donde (justificando el nombre) daba el sol matinal de lleno. Yo la seguí. Apoyados en la baranda, mirábamos el caballo.

—Vaya si hace fresco —repitió ella soplándose las manos.

No nos habíamos besado aquella vez al encontrarnos. La presencia de Pilar tenía la culpa, porque ella solía sonreír con el rincón de los labios como si supiera del amor, y sobre todo de Valentina y de mí, más que nosotros mismos. Sonreía Pilar con una ironía altiva y odiosa.

Valentina me miraba y decía:

—Eres más grande que cuando volviste de Reus. Yo te llego al hombro. ¿No has visto que te llego al hombro?

Luego me mostró dos álbumes que tenía en el solanar. Uno era de los baños de Luchón en Francia (se lo había dado yo) y tenía fotos de picos nevados y de puentes sobre ríos muy hondos. También me mostró un libro de aventuras de París que le había regalado su primo y que se titulaba La máscara de los dientes blancos. Había dibujos y fotografías, y yo me parecía en aquel momento a la «máscara de los dientes blancos». Ella miraba mis dientes. Desde que yo había comenzado a tener conciencia viril, me lavaba los dientes cada día y no necesitaba que me lo recordara mi madre. Sabía que entre los recursos de galantería, los dientes limpios tenían primerísima importancia. He aquí, pues, que la providencia me premiaba mi higiénica costumbre, y Valentina me llamaba «la máscara de los dientes blancos» con un acento de entusiasmo.

—Tú —le dije yo— creces como una espiga y eres la más bonita del mundo.

—Ya me gustaría que eso fuera verdad —dijo ella— ahora

que soy tu novia.

Parecían llegar las palabras a sus labios sin pasar por su entendimiento. Para lo único que necesitaba su entendimiento, al parecer, era para leer sus lecciones y para descifrar mis cartas en clave. Se acordaba de ellas y también del día que cazábamos palomas escondidos allí y hablando de gigantes. Parecía creer en los gigantes todavía, y eso me chocó un poco. Se lo dije, y ella se apresuró a explicar: —Sólo creo en los gigantes de madera y de cartón. Desde que vi los gigantes en Zaragoza, tan pacíficos y tan patosos, ya no les tengo miedo. Siquiera los cabezudos que acompañan a los gigantes con sus enormes cabezas y corren detrás de los chicos y les dan con sus zurriagas en las piernas, éstos sí que son temibles.

—¿Tú crees?

—La verdad, Pepe, estaba muy contenta de verlos desde el balcón. A mi balcón no podían subir los cabezudos. Y yo los veía dar a los chicos con el látigo y decía: ahí me las den todas.

Yo conocía a aquellos cabezudos de las fiestas del Pilar. Los más populares eran el Boticario, que llevaba un gorro redondo con una borla, el Verrugón, que llevaba un sombrero de tres picos, y una mujer con un nombre ominoso. Los chicos gritaban desde lejos:

*Al Verrugón
le picaban los mosquitos...*

El cabezudo más popular era, sin embargo, la mujer, a quien llamaban la Putica. Una mujer con un moño enorme sobre su cabeza de cartón. Era la que pegaba más fuerte. Naturalmente, el que se metía dentro de aquel disfraz era un hombre como los otros. Parece que al sentirse llamado «Putica» se enfadaba más, y daba cada golpe que levantaba ronchas.

Oyendo hablar a Valentina de los cabezudos, no podía yo menos de recordar a la Putica y a los chicos que gritaban aquel nombre objeccionable y echaban a correr. No me gustaba que Valentina hubiera oído aquella palabra fea. Cuando más ofendido estaba por la hipótesis, Valentina dijo como la cosa más natural del mundo: —El cabezudo que llamaban la Putica era el peor, ¿verdad?

Estoy seguro de que ella no sabía lo que quería decir aquella palabra, pero la había dicho. Y por un momento pensé que Valentina era diferente de los demás y por eso debía vivir en un lugar adonde no pudieran llegar las voces de los críos corretones y malhablados.

La Putica, ¡bah!

El sucio mundo no la merecía a Valentina, y para ella debía haber un lugar adecuado más alto que la Tierra.

La misma cosa han debido pensar alguna vez todos los adolescentes enamorados que en el mundo han sido. Y luego, con el tiempo, han tenido que cambiar de parecer. Ese es uno de los pequeños dramas de la adaptación a la realidad. La abdicación de una especie de limpidez sobrenatural.

Quería yo advertir a Valentina que no debía decir aquella palabra, pero no sabía cómo.

Casi siempre era yo el que llevaba la iniciativa de la conversación, pero aquella mañana hablaba tanto Valentina, con la alegría del encuentro, que a veces el ritmo de sus palabras no estaba de acuerdo con su respiración y le faltaba el aliento. Entonces, se interrumpía en medio de una frase y a veces de una palabra respiraba hondo, y decía: —Huy, qué tonta.

No siempre era fácil para ella, ni para mí, hablar. Mientras hablábamos, acodados en el barandal, todo iba bien, pero a veces nos mirábamos de frente y las palabras perdían sentido. Veía yo

sus pestañas largas y combadas, su nariz pequeña con las aletas finas, sus labios gordezuelos y sobre todo su expresión toda serenidad y confianza. Entonces yo sentía la elasticidad de la sangre en mis venas. No era exactamente deseo viril, sino presentimiento de una especie de plenitud secreta y difícil. Entretanto, el padre de Valentina podía besar a su hija, doña Julia también. Hasta Pilar la besaba por obligación y sin amor ninguno, todos los días antes de irse a dormir. Podía besarla yo, claro. Pero sospechaba que ahora mis besos tendrían que ser furtivos. Valentina, por otra parte, era de una naturalidad tan directa que a veces me cohibía. Cuando nos mirábamos de frente y sin hablar, ella recibía la influencia de mi perplejidad (como otras veces la de mi alegría, o mi impaciencia, o mi tristeza) y se quedaba también muda y con los ojos muy abiertos, parpadeando.

Yo recordaba los coros de ángeles (las dominaciones, tal como me lo explicó el hermano lego). Y cada ángel podría representar uno de los encantos de Valentina. Uno, la voz. Otro, la luminosidad de sus ojos, otro, la pureza de su rodilla, otro, la gracia de movimientos, porque Valentina no parecía andar sobre el suelo, sino el suelo ponerse debajo de ella. Otro, sus pestañas batientes, otro, su silencio, la inflexión de su voz cuando preguntaba. Otro, su impaciencia si alguien que no era yo le hablaba estando yo delante. Y cada una de aquellas circunstancias tenía una dimensión para la cual no había palabras. Pensaba yo estas cosas y la veía a ella parpadear.

Había otros ángeles, el del olfato, del sabor, del tacto, del oído, del avanzar, del regresar. El de la verticalidad, el horizontal, el durmiente, el insomne. Cada uno tan hermoso como Valentina, e igual que ella, aunque otro. Y cada uno, con su dimensión inefable también. Cuando ella me miraba de frente y muy cerca (como aquella mañana en el solanar), todos los ángeles hablaban

a un tiempo y yo me mareaba. O me miraban en silencio, todos, y era peor.

Sentía en aquellos momentos emociones semirreligiosas. El dios mío no tenía forma concreta, pero vivía y respiraba en cada uno de los ángeles de Valentina y en todos ellos juntos. Es decir, en aquellas cosas que merecían mi amor. Dios es (pensaba yo a veces) la suma de todo aquello que amamos: la novia, la gloria, el bien, la belleza, el poder (también el poder), la ilusión, la dulce esperanza, la pierna de Valentina que había querido besar yo en el carrusel y no me atreví, aunque la rocé con mi mejilla. También era Dios el vaso de agua de nuestra sed y el rayo solar en la nube.

Y también estaba Dios en las partes íntimas del cuerpo de Valentina. Yo no podía sino adivinarlas y me parecían hechas de la substancia misma de los ángeles, una substancia en la que Dios ponía lo mejor de su inventiva. Un día, hacía tiempo, había jugado con Valentina a las canicas, e hice un pequeño descubrimiento. Recuerdo que aquel día las cosas tenían halos amarillos alrededor. Yo no pude jugar, es decir no pude acabar la partida. Tenía una rodilla en tierra y la otra en el aire, lo mismo que Valentina. Y las canicas en el suelo formaban una figura geométrica romboidal con tres más alargándose desde un ángulo en línea recta. Muy parecido aquello a la disposición de las estrellas en la Osa Menor.

Era para mí una sorpresa descubrir que Valentina, además de ser única y angélica, tenía también promesas de voluptuosidad. Miraba yo con los labios entreabiertos y secos y en mi mano temblaba la canica de vidrio con espirales interiores de colores: amarillas, rojas, verdes. Todas las cosas placenteras en forma de recuerdo o esperanza estaban presentes en aquel momento: los aromas del agua de colonia de Valentina en el verano, contra los mosquitos que se afanaban y formaban, algunos atardeceres, pequeños enjambres bajo el signo estelar de Géminis.

Otras muchas cosas, como la brisa sobre la piel mojada cuando yo iba a nadar y salía del estanque de la ermita, todo desnudo.

El zureo de las palomas temprano, en la mañanita, aquellos días del verano sin escuela y durmiendo tarde.

La hora de la siesta, cuando el aire de mi cuarto en sombras era atravesado por un delgado rayo de sol que ponía un circulito de oro en el muro, y venía la graciosa niñera que olía a sudor y a hierbabuena y me hacía caricias muy íntimas y luego me decía: no lo digas, porque si lo dices haré san Miguel.

«Hacer san Miguel» era marcharse o ser despedida por los amos. Pero yo tenía una estampa de san Miguel con enagüillas, rodillas desnudas, montado en un caballo rubio.

Había otro san Miguel en la Iglesia, con alas, cara de niña y una espada levantada sobre el dragón.

Hacer san Miguel era perder el empleo, porque el día de san Miguel se hacían los reajustes de la servidumbre en todas partes. Para mí, hacer san Miguel era entonces vestirse de gala con encajes en el muslo y alas postizas a la espalda. Me habría gustado ver a la niñera así. Haciendo san Miguel a la hora de la siesta a solas conmigo en mi cuarto.

Yo no me atrevía a decir a mis padres las cosas que hacía la niñera y decirlo habría sido necesario para que la niñera hiciera san Miguel. (Es decir, se vistiera de enagüillas con espejito en el vientre.) Lástima.

Sin embargo, yo veía a Valentina con alas en la espalda y encajitos en el espacio breve que separaba (o unía) los dos muslos. Presente en aquel momento el cimbal vibrador de la torre mudéjar de las monjas clarisas. (Cuando jugábamos a las canicas.) Y las alondras madrugadoras decían siempre, según Escanilla «a juñir, a juñir». Sobre todo, en las mañanas con escarcha en los

hierros de mi balcón.

Había otras cosas que eran Dios y eran Valentina. Por ejemplo, el humo soñoliento de las fogatas de hojas secas.

La voz de la gata grande llamando a sus gatitos —que era parecida al arrullo de las palomas—, y a veces llamándome a mí o saludándome al encontrarnos.

El sonido de la gota de agua en el aljibe, después de una tormenta de verano con la luna grande otra vez sobre la barda.

Los juguetes de la noche de Reyes en el balcón, y el sonido de las caramellas que creía oír desde la cama.

La rosa del mes de junio, cuando mi padre miraba una de talle largo y repetía entre dientes, como enfadado: perfecta.

La luz filtrada por las vidrieras de colores de la iglesia de Santa Clara. El iris que reflejaban los vasos de agua sobre el mantel los días de cumpleaños con el violeta en un lado y el rojo en el otro. La luz devuelta por el agua del baño contra el techo en enjambres tembladores.

La mano hábil de la tía Ignacia alrededor de la cintura, vistiéndonos o desnudándonos y tal vez diciendo: ¡no hinchas! porque todos hinchábamos nuestra barriga cuando nos abrochaba.

El pecho suavísimo de la doncella que se casó y poco después era nodriza de mi hermano pequeño, y se desabrochaba y se mostraba rubia y fresca como un tulipán de miel.

Aquel resplandor dorado que ya de noche —después de haberse puesto el sol— se veía a veces en mi cuarto viniendo de no sé dónde.

Todas aquellas cosas rezumaban algún placer en mi memoria. Y los juegos del verano, cuando después de bañarnos en una tina de agua soleada, nos mirábamos los dedos con los pulpejos arrugados, riendo tontamente.

Pero además de estas emociones y otras muchas que se podrían sugerir difícilmente, había algunas imposibles de expresar. La vida era prodigiosa y había que merecerla. No podía imaginar cómo, pero suponía que habría esfuerzo heroico y sangre. También aquella sangre me parecía bien.

No se vertía la sangre para matar, sino para propiciar alguna clase de gloria detrás de la cual estaban los muslos de las muchachas.

Mi inclinación hacia el misterio de aquella carne dulcísima me parecía entonces culpable. No podía comprender que las mujeres, pobres de ellas, nos sufrieran en nuestras ansiedades y deseos a nosotros, brutales y feos.

Todas las mujeres me parecían entonces puras y nosotros (todos los hombres), codiciosos y canibalescos. Yo tendría que evitar mostrarme así con Valentina, y para eso debía sonreírle y decirle «amor mío». Pero no sabía yo decir esas cosas. Y disimulaba y palidecía.

Por el momento, allí en el suelo estaban las canicas vidriadas formando una figura como la Osa Menor. Yo la conocía muy bien la Osa, de los tiempos en que me interesaba por la astronomía y estaba largas horas sentado en el tejado, contra la chimenea, con los gemelos en la mano.

Miraba la Osa en el suelo y sólo veía los muslos de Valentina color ladrillo, pero mucho más claros que los brazos. Entre los dos muslos y en el lugar donde se reunían, había un delicado lenzuelo azul con dos encajes estrechitos, uno a cada lado. Es decir, aquellos no se llamaban encajes, sino entredoses. Mi hermana Concha hablaba de entredoses, vainicas, cenefas y otras importantes cosas.

Allí estaba yo con la rodilla en tierra, sin poder disparar mi canica (que me hacía daño en los dedos) y sin ver sino aquellos

entredoses bajo la sombra de su falda. El contacto con aquellos encajes u otros parecidos es el primero, tal vez, que experimentamos al venir al mundo, dormidos en el lecho natal contra el pecho de nuestra madre. Y allí estaban los muslos de Valentina. Frente a ellos, en el suelo, siete canicas distribuidas en forma de Osa Menor.

—Pepe, ¿qué esperas?

Entre ella y yo pasó entonces una abeja zumbadora pequeña flotante. Su zumbido resonaba dentro de nosotros en el sol de la siesta. La tía Ignacia sonreía en una ventana baja y gritaba: «¡Que han venido a buscarte, criatura!».

Pero ahora estábamos callados en el solanar, apoyados en la baranda. Llevábamos un rato callados, y yo miraba abajo un cuadro de coles azulencas y otro de coliflores, y en el aire las palomas y atado a la reja el caballo. El sol nos daba en la cara. Entre las hojas exteriores de las coles se veían cristalitos de la escarcha, luminosos.

Y pensaba cosas raras. Cosas tristes. No comprendo por qué se me ocurrían en aquel momento cosas tan deprimentes. Un día, ya no viviríamos ella ni yo. Tampoco las palomas ni los pájaros pequeños ni las cosas. Aquel solanar, aquella casa de Valentina, se acabarían. Desaparecerían, y la tierra sería igualada encima como si nunca hubiera construido nadie casa ninguna allí. Y llovería como suele llover encima de las tumbas del cementerio. Pero mirábamos al cielo. Había dos grandes nubes grises en forma de globo, con los bordes muy blancos. Valentina decía que siendo pequeña (ya no se consideraba tal) había visto a su abuela muerta en una nube como aquélla. Tenía su cofia de encajes blancos y abría y cerraba la boca.

—¿Por qué? —pregunté yo sin comprender.

—Eso yo no puedo decirlo. No lo sé. Aquel día hacía viento y

el viento arrastraba despacio las nubes que eran así como algodón. Y ella abría y cerraba la boca.

Había visto Valentina a la otra abuela, la del lado paterno, en otra nube, y ésta no cerraba y abría la boca, sino la mano con sus mitones blancos. Porque aquella abuela estaba siempre bordando o escribiendo cartas, y cuando se le engarabitaban los dedos se ponía a abrir y cerrar la mano en el aire. Con los mitones blancos, que tenía siempre puestos, y luego murió y Valentina la veía abrir y cerrar las manos en una nube.

Aquello no lo olvidaba Valentina, porque las cosas que hacían los demás le parecían a ella muy raras. Las nuestras, en cambio no podían ser más naturales.

Pensaba yo en aquel momento que besar a Valentina en los labios debía ser una gran delicia. Pero don Arturo daba grandes voces en la cocina. Hacía visitas para inspeccionar el proceso de cocción del jabalí. Y se apasionaba y alzaba la voz como en un informe forense. A través de aquellas voces de don Arturo yo me sentía victorioso en la vida. «Pero si sale don Arturo y nos ve ¿qué dirá?» Don Arturo no diría una palabra entonces, porque su estómago estaba lleno de jugos anticipados. Y Valentina hablaba. Nunca me había hablado tanto, Valentina. En el aire zumbaba otra abeja que se acercaba a veces al cabello de Valentina, toda dorada en el sol, con dos de sus patitas colgantes como si se fueran a desprender.

En el solanar se arrullaban las palomas mensajeras que habían llevado mis cartas de amor.

Nos sacó de nuestra gloria silenciosa la voz del mayordomo de don Hermógenes, que se presentó con su caballo en la puerta del jardín. Le acompañaba un perro joven de largas orejas. Lo dejó conmigo (para que no peleara con los del pueblo), dijo que vendría a buscarme a mi casa (donde yo iba a dormir aquella

noche) al día siguiente temprano, y que si me parecía iríamos después a la estación cazando por la ribera derecha del río con otros dos amigos. Hablaba el mayordomo desde la puerta del jardín sin entrar, y cuando se fue dejó el perro con nosotros. El animalito se llamaba Napoleón, a pesar de lo cual tenía una expresión humilde y al menor signo de atención mía se arrojaba a mis pies con las cuatro patas en el aire. Entonces se veía su vientre rosado y alguna pulga pasando rápida para esconderse otra vez en el pelaje.

La presencia del perro nos sacó a Valentina y a mí de nuestro arrobo y cambiamos opiniones, noticias y recuerdos de la visita de mi novia a Zaragoza. Luego me enseñó un reloj de sol que había construido su padre allí en el solanar y que, según dijo, estaba descompuesto. Yo no comprendía cómo se podía descomponer un reloj de sol, pero si ella lo decía, debía ser verdad.

Llegada la hora de comer, doña Julia nos llamó. Presidía la mesa como siempre la humanidad obesa del notario, quien me preguntó por mi padre y por sus hazañas de cazador. Yo me apresuré a decir con cierta fruición que la cacería había sido para él un completo fracaso.

Al darse cuenta don Arturo de que yo gozaba hablando mal de mi padre, me hizo otras preguntas insidiosas a ver hasta dónde llegaba, pero yo comprendía que se ponía en juego la dignidad familiar y me contuve, aunque difícilmente. El notario pareció al mismo tiempo decepcionado y satisfecho de mí.

Entonces, don Arturo se puso a contar la aventura de don Hermógenes con todo el realismo con que se la había contado yo. Valentina se reía como una loca, su madre sonreía nada más y Pilar cerraba su hocico de gato rubio, miraba a otra parte y parecía pensar: «¡Qué mala suerte tener un padre tan ordinario!». Cuando tenía don Arturo una ocasión para burlarse de alguien, la

aprovechaba en seguida como un chico mal educado. Tal vez, pienso ahora, se trataba de un deseo de venganza de hombre demasiado gordo.

La cabeza de jabalí —la mitad, cortada longitudinalmente— se presentó en la mesa en su chocante naturaleza original, y eso permitió a don Arturo hacer alardes de maestresala, trinchándola y sirviéndonos a los demás. Él se reservó un trozo enorme que sacó de detrás de la oreja. A Valentina no le gustaba ver en la mesa la cabeza del animal con algunos de sus detalles anatómicos, pero disimulaba.

—Es un cerdo —decía abriendo mucho los ojos.

—Un cerdo salvaje —corregía don Arturo, sirviéndose vino.

Yo añadí:

—Con colmillos así de largos.

Y mostraba el cuchillo. Como la mandíbula inferior no la habían sacado a la mesa —¡lástima!—, nadie me contradijo. Valentina tragaba un bocado con dificultad y bebía agua.

—Es verdad, que yo los he visto —decía.

Al repetir esta frase enfáticamente, se oyó dentro de la boca del notario un leve chasquido. Se levantó mi suegro encogido sobre un lado y se fue al cuarto de baño. Pero después, volvió con una bolita de plomo blindado en la mano izquierda y con otra en la mejilla.

—Creo —dijo muy dramático— que me he quebrado un diente.

Cuando las relaciones con mi suegro parecían entrar en la vía propicia y amistosa, tenía que romperse un diente contra un balín de mi rifle. El destino me era contrario, Pero las contrariedades del mundo eran pocas para oponerse a la voracidad de don Arturo, quien dejó el balín en la mesa y suspiró. La verdad es que don Arturo no se había roto diente alguno. Miró a su alrededor los

platos servidos y se detuvo a contemplar el de Valentina, que estaba casi sin tocar: —¿Por qué no comes?

Valentina tomaba el tenedor con un gesto heroico, pero sin el menor deseo de hacer uso de él. Mirando los restos de la cabeza de jabalí, dijo: —Tiene nariz.

—Claro que tiene nariz. ¿Por dónde iba a respirar el animal si no tuviera nariz? ¿No la tienes tú?

Aquello era peor. Valentina miraba la del jabalí arrugando un poco la suya.

—Y algunos pelos —añadió—. No lo han afeitado muy bien que digamos. ¿Verdad, Pepe?

Su madre le retiraba el plato a Valentina y ordenaba a la cocinera que le hiciera una tortilla francesa. A mí tampoco me gustaba mucho el jabalí, pero comí. Hay platos exquisitos que sólo nos gustan cuando llegamos a la madurez.

A medida que comía, don Arturo iba enrojeciendo en los pómulos, luego en la frente y en la nariz. Finalmente, en las orejas. Parecía difícil que se pudiera poner más rojo, pero todavía la sangre enviaba nuevas oleadas cuando reía, cuando hablaba demasiado o cuando se indignaba. La indignación contra mi balín había sido cancelada. Miraba el balín limpio al lado de su plato sobre el mantel, y explicaba que aquél era el que había matado al animal, dado el lugar donde se alojaba. Cuando hablaba así, Valentina volvía a arrugar su naricita.

Yo me puse a hacer elogios de la inteligencia del jabalí, animal de la familia del elefante. Sin citar mis fuentes (que en este caso eran las palabras que Escanilla nos dijo un día desde el pescante del coche), declaré que el cerdo es el más inteligente de los animales domésticos. Después de él venía la cabra, luego el gato, después el perro, tal vez después el burro, luego el caballo...

—¿El burro delante del caballo? ¡Lo dudo! —gritaba don

Arturo.

Valentina dijo enfáticamente que ella había visto carros llevados por una fila de tres caballos o mulos y delante de ellos enganchado, y para señalar el camino, iba un borriquito. «Eso quiere decir, papá —añadió muy segura de sí— que el borriquito puede ser el jefe del caballo, ¿verdad?»

Don Arturo ya no escuchaba. Metía en su boca tres alcaparras en vinagre, que tomaba de un plato de entremeses, cogiéndolas por los rabitos. Yo me abstuve, como era natural, de situar a la mujer en orden de méritos con los animales. Y por mantener la iniciativa del diálogo, me puse a hablar de las plantas sensitivas que acuden a donde está el hombre y cambian con nuestra vecindad.

Cité a Félix de Azara, el marino y naturalista aragonés del siglo XVIII. Trataba de atraer la atención de don Arturo, pero éste sólo se interesaba en su plato y me respondían doña Julia y Valentina. Recordaba yo para mí lo que había oído decir en mi casa sobre doña Julia y su marido. Parecía que éste había tenido dificultades de dinero en sus tiempos de estudiante antes de terminar la carrera, y su novia doña Julia le ayudó y gracias a ella pudo hacer las oposiciones a notarías. Según mi hermana Concha, don Arturo había estado muy enamorado de otra mujer antes de conocer a la suya. El verdadero amor de don Arturo había sido otra mujer, que lo abandonó con traición y engaño. Así como otros enamorados en ese caso se suicidan o se entregan al alcohol o a otros vicios extenuantes, don Arturo decidió entregarse al código civil, cuyas trescientas páginas aprendió de memoria. Y, al lado de aquella orgía intelectual, desarrolló un apetito insaciable. Un apetito de carne y salsas y buen vino.

Por eso, tal vez, cuando don Arturo había comido y bebido a su gusto, se enternecía y llamaba a su esposa «mi ángel tutelar».

Acabada la comida, el notario se fue a su estudio a dormitar en un diván, la madre salió a regar las flores. Pilar se puso a leer una revista y Valentina y yo discutimos sobre materias graves. Una de ellas —nada menos— la iglesia donde nos casaríamos un día. Estábamos de acuerdo en que el amor libre no estaba bien y era necesario el matrimonio. Así, pues, nos casaría mosén Joaquín y, puestos a elegir la iglesia, después de nombrar todas las del pueblo, propuse yo la ermita de San Cosme y San Damián, antigua y de bastante fama, que estaba precisamente cerca de la Herradura. Valentina aprobó mi idea con entusiasmo.

—Estando tan lejos la ermita —decía razonable como siempre— sólo se molestarán en venir a la boda los amigos verdaderos.

No gustaba ella de la gente hipócrita, como Pilar, por ejemplo. Yo tampoco. La cocinera, al oír lo de San Cosme y San Damián soltó a reír con un fondo maligno que yo no sabía cómo entender. Se asomaba a la puerta y me miraba con sorna. Yo despreciaba en todo caso el mundo de las cocineras. Pero ella volvía con sus risas. Más tarde supe que aquella ermita era la que preferían para casarse las campesinas que no habían tenido paciencia para esperar o no habían podido resistir la impaciencia del novio. Es decir, que las mujeres que se casaban allí estaban visiblemente encintas. Solía suceder entre campesinos y gente humilde. La cocinera representaba, una vez más, la procaz realidad interfiriendo en nuestro sentido angélico de las cosas.

Aquel día doña Julia me recordó un hecho notable. Me recordó que yo tenía tres años cuando fui a su casa a celebrar con otros niños la fiesta del bautizo de Valentina. Lo decía doña Julia con la regadera en la mano, porque volvía del jardín. ¿No te acuerdas?, me preguntaba. El día del bautizo de Valentina, yo estaba en su casa con otros niños y tuvimos chocolate y picatostes

y agua gaseosa con un azucarillo color rosa metido en el vaso. Un azucarillo como una esponja, grande, que se disolvía.

Yo creo recordar aún hoy la canastilla con lazos de seda color rosa, en la que se veía la carita de Valentina y su boquita plegada en forma de punta de flecha, los ojos dormidos y los dos puños con uñas pequeñísimas cerrados uno a cada lado del rostro. La besé, sin perder de vista los jarabes de colores ni el pastel que había en la mesa. Creo recordar también que había una niñera muy joven de doce o trece años, cerca de la cuna, vestida de blanco. Yo, según doña Julia, miraba al bebé como un objeto precioso. En realidad, lo había sido para mí, Valentina, siempre.

Volvimos a hablar de Zaragoza y de nuestras memorias de aquella ciudad. La «Quinta Julieta» había hecho en Valentina menos impresión que en mí, pero se acordaba muy bien del busto de Bizancio, del cuervo parlante y de las ranas que lanzaban por la boca chorros de agua a una gran altura. También se acordaba de Juan, el hombre que hablaba con las plantas.

Mi despedida de Valentina no fue triste. No había nada triste entre nosotros, ni siquiera las despedidas. Era sólo un cambio de condiciones en nuestra gozosa relación. «Ahora —parecía pensar ella sonriendo con los ojos— Pepe se marcha y la conversación se acaba, pero estaremos pensando el uno en el otro y enviándonos cartas con palomas mensajeras o por correo ordinario.»

Antes de separarnos le dije que, en el futuro, cuando recibiera una carta mía, levantara el sello de correos con cuidado porque debajo, en el sobre, yo escribiría algo muy secreto, tal vez algo que nadie más que ella debía leer. Lo escribiría con letra muy pequeña, pero ella podría leerlo en todo caso con una lupa. Al mismo tiempo yo pensaba qué cosas terribles podría haber en nuestra vida que necesitaran ser dichas de aquel inquietante modo.

Fui a dormir en mi antigua casa y, por primera vez, comprendí lo que es la soledad en una enorme mansión desierta. Todo era rumores y ruidos y chasquidos de muebles. Creí, algunas veces, que llamaban a la puerta de mi cuarto, oía pasos por la escalera. Por fin me dormí, ya muy tarde.

Y me despertaron los aldabonazos de los cazadores de don Hermógenes. Poco después salía yo también a caballo y marchamos por la ribera hacia la lejana estación. Los otros tres jinetes me dejaron a mí un extremo, como se suele hacer con el cazador más joven. Yo seguía con la imagen de Valentina en mi recuerdo, y comenzaba a sentir tristeza por la separación.

Íbamos entre la carretera y el río, por una ancha faja de más de un kilómetro, donde poco a poco los plantíos se hacían raros hasta desaparecer y convertirse todo en retama y mata baja.

—Esta tierra —habló el mayordomo— rezuma agua salobre.

—No es salobre —dijo otro—, pero aunque sea agua dulce se aguachinan los plantíos y todo se malmete.

Yo dije, al azar, recordando el álbum del pigmeo donde había leído nociones de agricultura: —Tal vez sería buena esta tierra para arroz.

Me miraron extrañados, porque nadie cultivaba arroz en la región y no tenían la menor idea de lo que aquello podía ser. Pero la verdad es que unos años después los campesinos plantaron arroz en aquellos terrenos, y algunos se hicieron ricos.

El mayordomo hablaba todavía de los jabalíes muertos dos días antes, cuando vimos una liebre avanzando delante de nosotros a grandes saltos. Los perros que llevábamos no eran buenos para las liebres (eran más bien perdigueros) y había que contar sólo con los caballos y las escopetas. Yo disparé, pero la liebre estaba lejos. Mi disparo levantó una bandada de doce o quince perdices a poca distancia, con un fragor parecido al que

podía hacer un motor de aviación. Aquello nos asustó a todos, incluidos los perros y los caballos. No dio tiempo a nadie a disparar, porque el vuelo de la perdiz es muy rápido.

A partir de aquel incidente la caza tomó un aire grotesco y risible. El mayordomo culpaba a los perros de negligencia, y le lanzó a uno de ellos un rebencazo, alcanzándolo en el lomo. Resentido, el animal se negó a cazar. Se adelantaba tanto que si levantaba algún pájaro era a una distancia muy superior a alcance de nuestras escopetas. Parecía hacerlo a propósito. El otro perro hizo causa común. Se conducía con una inteligencia superior a lo que se podía esperar de dos animales, y a veces se juntaban y parecían hablarse al oído un momento. Luego miraba hacia atrás y avanzaban corriendo, para ponerse fuera de nuestro alcance. A mí, todo aquello me hacía reír, pero el mayordomo juraba que los iba a matar y los ofendía insultando gravemente a sus madres.

Saltaron dos perdices más y disparamos todos sin consecuencias. Lo curioso fue que mientras cargábamos otra vez las armas, volaron tres más y nadie tuvo ocasión de tirar. Lejos, los perros parecían reírse de nosotros.

Nunca habíamos visto más caza, ni cazado menos.

Como digo, todos reíamos de nuestra torpeza, menos el mayordomo, que acusaba a los perros, como él decía, de «mala leche».

Íbamos a cruzar el río para acercarnos al coto de Ramírez, donde tenía que dar el mayordomo un recado en relación con la invernada de los ganados. Nos metimos en el agua y los perros se quedaron atrás sin decidirse a seguirnos. Miraban pensando que tal vez volveríamos, por lo cual no valía la pena molestarse en vadear el río. Cuando vieron que seguíamos tierra adentro, uno de ellos pareció dispuesto a nadar, pero se quedó con una mano dentro del agua y la otra levantada en el aire mirando a su

compañero. Por la expresión, los perros parecían estar diciéndose: «¿Adónde van esos imbéciles?». El mayordomo estaba fuera de sí y les arrojó dos o tres pedradas sin alcanzarlos. Los perros buscaron algunas lajas secas para avanzar lo más posible a pie enjuto. Desde lejos, y viendo aquellas precauciones, el mayordomo llamaba a los perros «maricas» y «daosportal» Por fin, los perros nadaron con la barba sobre el agua, gimiendo para llamar nuestra atención sobre el sacrificio que hacían sin que nosotros, ingratos e ineficientes cazadores, lo mereciéramos.

Al llegar a la orilla se sacudieron, arañaron el suelo con las patas traseras y avanzaron mateando, resueltos, al parecer, a ocupar su puesto de exploración.

Yo hallé en el morral restos de la comida de la cacería anterior y arrojé a los perros un trozo de pan que estaba mojado con jugo de carne asada. Iban los animales golosamente a comerlo, cuando el mayordomo les arrojó el caballo encima: —¿Qué hace usted? —me dijo escandalizado—. ¿No sabe que si comen pierden el olfato y no cazarán?

Conocía muy bien lo que sucedía con los perros de caza porque había sido sotamontero en casa de Ramírez, siendo joven. Se apeó, los alejó con el rebenque y cogiendo el pan lo dio a comer al caballo. Los perros, decepcionados, corrieron hacia nuestra vanguardia y siguieron mateando, pero demasiado lejos otra vez.

Cuando poco después saltó otra liebre, uno de los perros se quedó mirándola con las orejas nerviosas y el otro alzó la pata sobre un romero, visiblemente dispuestos a exasperarnos a todos. Luego salió corriendo para ponerse otra vez fuera de nuestro alcance. Yo los disculpaba: —Son perdigueros. ¿Qué quiere usted que hagan con una liebre?

—Su obligación —gritaba el mayordomo— es seguir el rastro

¿Cuándo se ha visto a un perro ponerse a mear cuando salta la liebre?

Yo disimulaba la risa, para no exasperarle.

No cazamos nada, y a las dos de la tarde estábamos muertos de hambre. Cuando llegábamos al coto de Ramírez nos salió a encuentro una mujer de mala apariencia. Era la guardesa y dijo que estaba sola.

—La paz de Dios —dijo el mayordomo con cierto retintín.

—Así sea.

—Traemos más hambre que una caravana de gitanos.

—Lo siento —dijo ella—. Esto no es una fonda y, además, hoy es viernes de cuaresma.

Descabalgamos. El mayordomo se acercó a la guardesa y le dijo: —Vamos, Marta. ¿Es que no nos conoce? Somos cuatro hombres con las tripas vacías.

—Hay maneras y maneras. Digo de acercarse a mi casa.

—¿Tiene jamón?

—No —dijo ella mintiendo—. No hay jamón.

—¿No tiene carne en adobo? Buenas conservas de tocino debe tener y buenos perniles colgados.

—Aunque los tuviera, ya digo que no es día para comer carne en tierra de cristianos. Y no se come carne debajo del techo de mi casa.

—La comeremos aquí afuera, digo, en el cobertizo si es por eso. Tengo dispensa del papa.

—¿Dónde?

—En el forro de los calzones.

Acababa de decir esto el mayoral, cuando en el corral de la casa se oyeron dos tiros de escopeta y un fuerte alboroto de gallinas. Casi al mismo tiempo, salió otro cazador con tres de ellas colgadas de las patas.

La guardesa puso el grito en el cielo. De vez en cuando, decía entre dientes palabrotas terribles. El mayordomo le respondía muy cortés, pero empleando palabras igualmente malsonantes. Los demás aguantaban la risa.

En un momento las gallinas estuvieron limpias, descuartizadas y puestas en dos grandes sartenes sobre el fuego del hogar. El aceite comenzó a hervir y a mezclarse con la grasa amarilla. La guardesa iba y venía murmurando: —¡En viernes de Pasión! ¡Y las tres mejores gallinas del corral que me han matado!

—Usted disimule, señora Marta —decía el mayordomo guiñándonos un ojo—. Se pagarán en lo que valen y en otro tanto.

Yo, a la sombra de un árbol, sentía en mis piernas la flaqueza del hambre.

La señora Marta, mujer de pelo gris y de anchas caderas, iba y venía rezongando todavía entre dientes. Un pastor que se había acostado en la cadiera de la cocina la veía atenta a su faena. De vez en cuando, con una cuchara de madera, la vieja sacaba un poco de caldo y lo probaba. Luego añadía sal, aceite o vino blanco. Cuando parecía que la carne estaba ya a punto, la vieja cocinera sacó medio higadito, lo probó y lo comió. Luego sacó otro medio y tres riñones. Al ver que los comía también, el pastor se levantó despacio, salió a la puerta y dijo: —Eh, vengan pronto, porque esta vieja nos va a acabar de emporcar el Viernes Santo.

Nos acercamos y fuimos instalándonos en la cocina. El campesino pone su decoro en la lentitud de los movimientos que se relacionan con el comer. Comimos y bebimos, reposamos la comida media hora, pagamos y volvimos a montar a caballo. La guardesa no quería recibir sino la mitad del dinero que le ofrecía el mayordomo, y por esa pintoresca razón volvieron a pelear. Al final el mayordomo cogió el dinero que ella le devolvía y montamos todos a caballo.

Los perros nos habían abandonado. Nosotros, sin perros y con el estómago lleno, tampoco teníamos ganas de cazar. La guardesa rezongaba a nuestras espaldas sobre el pecado que habíamos cometido y el mayordomo le gritó alegremente: —Abur, en el infierno nos encontraremos un día.

En la estación devolví el caballo al mayordomo. También la escopeta y las municiones. Nos despedimos y me quedé solo en el andén. No había ningún otro viajero. Tal vez tampoco bajaría nadie del tren en aquella estación. El hecho de que el tren se detuviera sólo para mí, halagaba un poco mi vanidad.

Fui a sentarme en un banco que había debajo del gran reloj, pero me dolían los huesos. La falta de costumbre del caballo. Me costó algún trabajo sentarme. Y después, levantarme, también.

Ya en el tren, pensaba que Valentina y yo podríamos vivir en la casa de la guardesa —yo guarda y ella mi mujer—. Ni ella ni yo necesitaríamos más. Pero la gente se había puesto de acuerdo para que yo tuviera que estudiar ocho o diez años lejos de ella, solo, aburrido y triste. Al parecer, la sociedad no necesitaba enamorados, sino ingenieros, abogados, médicos, *etc.* Una vez más, el mundo de los mayores era incongruente. Y aquella incongruencia resultaba abyecta. Mi padre, por ejemplo, haciendo revelaciones «en tercera persona» a sus amigos. Y habiendo permitido que un hijo suyo natural (yo me negaba entonces a aceptar que pudiera mi padre ser inocente) creciera sin nombre en un hospicio público. Un día encontraría yo a aquel pobre muchacho y nos miraríamos sin conocernos. Aquello me parecía a un tiempo criminal, diabólico, triste y vagamente confortable.

A veces pensaba que mi padre era de veras mi enemigo, pero la verdadera enemistad vino más tarde.

Al llegar a Zaragoza me dediqué a estudiar porque se acercaban los exámenes. Mi sistema de estudiar consistía en

familiarizarme con los sumarios y los índices de los textos y atrapar lo sustancial de los dos o tres capítulos principales. Pasé sin pena ni gloria.

Había mucha agitación obrera aquellos días en Zaragoza, y de pronto se declaró la huelga general revolucionaria, La temible huelga general. Zaragoza respondía a los estímulos de Madrid y la vida de la nación estaba casi paralizada. Yo, lleno de curiosidad, iba y venía por Zaragoza queriendo verlo todo.

Como al iniciarse la huelga general se había declarado el estado de guerra, las tropas patrullaban por las calles. En la plaza de la Constitución, frente al hotel Europa, había un escuadrón de caballería, y yo pensaba en mi amigo Baltasar que había vuelto al pueblo y oía por fin cantar los pajaricos en las huertas.

El escuadrón, con los soldados montados, esperaba inmóvil allí horas y horas. Esperaban órdenes para cargar sobre la multitud, si esa multitud aparecía. Felipe no creía que llegara el caso. Según él, sacaban las tropas sólo para asustar a la gente. Y Felipe no estaba asustado. Yo tampoco. Sólo se asustaban nuestros padres.

Felipe tenía novia. Ni más ni menos que yo. Aquélla era la razón de que nos viéramos menos. Yo le pregunté si la quería mucho, y él dijo que sí aunque «no para casarse». En eso se diferenciaba de mí. Fuimos juntos a ver el escuadrón destacado frente al hotel Europa. Los caballos habían ensuciado mucho aquel lugar, antes tan limpio, y su estiércol se acumulaba, lo que daba de pronto a aquel rincón civilizado un aire muy aldeano y agreste.

Moscas grandes zumbaban alrededor, y en aquellas moscas sentía yo lo bárbaro y terrible de la guerra.

La plaza estaba desierta. Los comercios cerrados y los que tenían que estar abiertos por obligación, como las farmacias, las panaderías y algunos otros, tenían las puertas entornadas.

No circulaban coches ni tranvías.

La huelga había sido completa y la vida de la ciudad estaba paralizada. Yo salía de casa continuamente, con el pretexto de comprar periódicos si llegaban de Madrid, pero ni los periódicos habían sido impresos ni los trenes circulaban.

El paro había sido general, no sólo en Zaragoza, sino en toda España.

Pasaba yo largas horas en el balcón que daba al Coso. La placa de la compañía de seguros sujeta con grapas de hierro en la barandilla misma y con fuertes tirantes de acero que se empotraban en distintos lugares del muro, era como un parapeto. Salía yo con mis gemelos y en el Coso desierto, en las patrullas vigilantes, en el silencio de la ciudad y en la arena amarilla que habían arrojado sobre las amplias aceras, en todo aquello veía la presencia de una arriesgada y amenazadora aventura. Nunca había visto nada igual, y lo excepcional de la situación me hacía feliz.

Buscaba ansiosamente alguna clase de violencia y de tragedia, y la encontré donde menos la esperaba.

En aquel lugar del Coso, adonde afluían callejuelas de todas partes, principalmente de barrios humildes, obreros y artesanos, aparecieron de pronto algunos grupos de trabajadores. Al principio no parecían tener relación entre sí, pero de pronto se unieron y formaron una masa considerable. Al mismo tiempo, se oyó un cornetín de órdenes con el toque de atención y, sin dar lugar a más, sonaron seis o siete disparos de fusil.

Habían disparado los soldados de una patrulla de caballería con sus cortas tercerolas. Los grupos se disolvieron y quedó en tierra, sobre el asfalto, en medio de la calle, un herido. Al principio yo creí que estaba muerto, pero lo vi incorporarse y volver a caer. Perdía sangre y estaba muy pálido. Yo dejé el balcón.

—¿Adónde vas? —preguntó mi padre.

—Hay un herido abajo.

—¿Y qué vas a hacer tú? Hay equipos sanitarios para eso.

Yo me asomé otra vez al balcón. Y dije:

—Los sanitarios no acuden y el herido se mira las manos llenas de sangre y no sabe qué hacer.

Propuse bajar y traer al herido al portal de nuestra casa. Allí le auxiliaríamos.

—Te he dicho —repitió mi padre irritado— que no te metas en lo que no te importa. El caso de ese hombre es lamentable, pero él se lo ha buscado.

Entretanto, frente a mi casa se desangraba el herido y los vecinos no querían saber nada. Mi padre tampoco. Detrás de los balcones de un entresuelo vivía el empresario de la plaza de toros. Su hija debía estar, como las mujeres de mi casa, en las habitaciones interiores, asustada por los disparos. Era una figurita de marfil, delicada y perfecta. Encima, vivía una mujer de rostro grave y gran trasero. Había cerrado las maderas de sus balcones.

En mi casa todo estaba cerrado también menos el balcón donde yo vigilaba. Volví al interior y pedí a mi padre una vez más que me dejara bajar. Mi padre negaba: —Figúrate que el herido muriera en nuestras manos —decía—. La ley es fría y compleja. Habría declaraciones y complicaciones legales.

—¿Qué importa eso? ¿Qué le importa la ley al hombre que se está muriendo?

—Soy tu padre y te ordeno que te estés quieto en casa.

Me quedé un momento indeciso en la escalera y luego eché a correr hacia abajo. Cuando estaba en el rellano del piso inferior, mi padre se asomó a la barandilla diciendo algo que no entendí. Luego oí el golpe de la puerta al cerrarse con violencia. Corrí a la calle. Al llegar al lado del herido, éste estaba muerto y yo miraba

con recelo las casas de alrededor cerradas y frías como un enorme anfiteatro vacío. Comprendí por primera vez en mi vida que la calle es un lugar de intemperie y riesgo. Al comprobar que el pobre hombre había muerto, no me atreví a tocarlo. Un muerto ya no es un hombre, sino esa cosa terrible y sin lógica alguna que la gente mete en un hoyo en la tierra y sobre el cual se arrojan flores y oraciones y se dicen palabras elogiosas. Es admirable y esforzado morir, y la gente habla bien del que ha muerto. Mi generosidad de niño tropezaba con aquellos ojos abiertos y empañados. Otras veces, en algún caso parecido, había sido mi crueldad también de niño, es decir, arbitraria y sin normas. Me separé despacio del cadáver y volví a mi casa.

Todo el día estuvo el pobre hombre allí. No sé cuándo lo recogieron ni quién se lo llevó.

Mi padre evitaba cruzar conmigo la mirada.

La huelga duró varios días, al cabo de los cuales se reanudó la vida normal poco a poco. La prensa daba noticias sensacionales y hablaba de violencias en Madrid y en Barcelona. Sobre el hombre muerto en el Coso, frente a nuestra casa, no decía nada. En vano buscaba yo la noticia en los periódicos. De ese hecho deduje que habían sucedido otras violencias como aquélla, de las que tampoco hablaba la prensa.

Poco después fui a la «Quinta Julieta y supe que Juan estaba en la cárcel como preso gubernativo. Más tarde lo pusieron en libertad, y cuando lo vi me habló de las cosas de la vida ordinaria como si no le hubiera sucedido nada. Le conté lo del obrero muerto con una indignación sincera, y él me preguntó: —¿No conoces todavía a Checa? Digo a ese que tiene un puesto de periódicos frente al Salón Doré.

—No. No he ido a verlo aún.

Me disculpé con mi trabajo de estudiante. Deseaba

acercarme a Checa y al mismo tiempo tenía miedo. Suponía que desde el momento en que lo conociera mi vida cambiaría, para bien o para mal. Y repito que tenía miedo.

Como si la providencia quisiera aligerar la atmósfera dramática de aquellos días con cosas grotescas y risibles, el viejo Escanilla, que no había estado nunca en Zaragoza, llegó con el propósito de conseguir un soto de mi padre para trabajarlo «a medias». Llamaban soto a una tierra de regadío junto al río, y el buen viejo contaba ocurrencias cómicas que decía que le habían pasado a él. Se daba cuenta de que nos caía en gracia y, sin perder su aire cachazudo, hacía un poco el bufón.

Mi padre, sin dejar de reír, decía:

—Ese Escanilla sale a los suyos. Todos han sido en su familia farsantes y embusteros.

Yo creo que le dio el soto a Escanilla por aquellas bromas. Y más tarde, Escanilla nos mandaba cestos de frutas mucho mejores que las de la ciudad.

Al volver Escanilla al pueblo yo le di una larga carta destinada a Valentina, donde le informaba de la huelga general y de mi intervención para salvar la vida del obrero herido. «Esfuerzo baldío —añadía —por desgracia.» El mismo día escribí otra carta y la eché al correo. En ella prevenía a Valentina sobre la que debía entregarle Escanilla, para que no se la robara su hermana Pilar. En una esquina del sobre escribí con letra muy menuda: «¡Viva la revolución!». Cubrí ese grito subversivo con el sello, que mostraba sobre fondo azul la mueca borbónica de Alfonso.

En aquellos días mi padre comprendió que yo no le tenía respeto alguno. Cada día nuestros altercados eran peores. Pero hay algo más grave que las discusiones agrias: los silencios. Un día me dijo, de pronto: —Estoy harto de tus silencios de doble intención. ¡Lo quieras o no, soy tu padre!

—Y yo tu hijo. Tu hijo legítimo, menos mal.

—¿Qué quieres decir? ¿No tienes el valor de tus opiniones?
¿Qué quieres decir?

Callaba yo y callaba mi padre, y el diálogo quedaba cortado de un modo absurdo y dejaba entre los dos un gran espacio vacío que cada cual llenaba con su imaginación.

Los negocios de mi padre iban mal, y el malestar y la irritabilidad que aquello le causaba agravaba nuestras relaciones. El día que mi padre comprendió la causa de mis reservas —las confidencias de la Herradura— comenzó a odiarme, según creo. Su odio era secreto también y mucho peor que el que se produce a veces entre personas extrañas. Al parecer, se sentía culpable, aunque ya digo que probablemente no tuvo nada que ver en el desgraciado incidente de la cocinera. Mi reacción no fue de rencor, sino de indiferencia, desdén y alejamiento.

Naturalmente, era peor.

Aquel verano, un amigo de la familia, que se llamaba Fernández, compañero de mi padre en desventuras financieras —había perdido también dinero con los bonos alemanes—, que era director de una empresa de droguería, farmacia, fotografía, perfumería y ortopedia, vino a comer a casa y después de la comida me llamó aparte y hablamos. Era un hombre grande, hermoso, muy parecido a lo que los americanos consideraban el modelo de belleza viril. Hablaba de un modo lento, aplomado, seguro de sí. Escuchándose, un poco.

La manía de aquel hombre consistía en meterse en las vidas ajenas y arreglar los asuntos de los demás. Algunos conocidos nuestros debían a su intervención favores especiales que a menudo tenían algo que ver con la armonía interior de la familia. Yo sentía cierta admiración física por aquel hombre. Parecía un atleta griego. Pero había alguna razón —tal vez su ocasional

solemnidad— por la cual yo no llegaba a tomarlo del todo en serio.

—A tu padre —dijo echándose atrás en el sillón y mirando al techo— le han ofrecido para el otoño un puesto de cierta importancia fuera de Zaragoza. Está pensando en dejar sus negocios y aceptar. Es el puesto de secretario del ayuntamiento de Caspe. No es Caspe una aldea ni una ciudad de poco más o menos. Es una población grande con gloriosa historia. Si tu padre acepta, no me extrañará lo más mínimo que toda la familia vaya a vivir allí.

—¿Y la compañía de Seguros en la cual trabaja ahora?

—Va a ser disuelta y su cartera de pólizas asimilada por otra compañía: La Catalana.

Mi padre llevaba meses diciendo de un modo ligero y amenazador que La Catalana —compañía rival— se iría a pique y que la empresa suya le compraría su «cartera de pólizas». Sucedió exactamente lo contrario y yo me alegraba.

Fernández seguía hablando y, a través de sus palabras, entre las cuales sonaban como graves campanadas las frases rituales — la juventud reflexiva, las responsabilidades del ciudadano y del hijo mayor, mi futuro, los reveses económicos de mi padre, el honor de la familia— a través de sus palabras, digo, yo pensaba en la histórica ciudad de Caspe. La ciudad del Compromiso. ¿El Compromiso? ¿En qué consistía el famoso compromiso? En la Edad Media se trataba de coronar un rey. Andaba a todo el mundo en facciones y peleas. Fue por cierto aquella la época —hacia el año 1313— cuando las ordenanzas del castillo de Sancho Garcés fueron escritas (digo las que encontramos en los subterráneos y copié de memoria más o menos fielmente en el primero de estos cuadernos). Me habría gustado saber en aquel momento de parte de qué bando estaban los señores del castillo de Sancho Garcés Abarca, pero habría tenido que buscar libros de historia y ésa no era mi inclinación. Oyendo hablar a Fernández, pensaba sin embargo en todo eso.

—En esas circunstancias peculiares —decía Fernández— tu

padre aceptaría sin duda el nombramiento. Si acepta, será para ir allí en octubre. ¿Te gustaría a ti quedarte aquí, en Zaragoza, y seguir yendo al instituto? Tu padre no va a pagar el internado en los jesuitas y menos la pensión de una casa de huéspedes, que son centros de corrupción. Pero si este verano vienes a mi farmacia, en dos o tres meses aprenderás bastante, y en octubre me comprometo a encontrarte empleo aquí en Zaragoza. Podrías entonces trabajar interno en una farmacia y acudir a las clases y tener además un pequeño sueldo. Todo de un modo razonable y decoroso. ¿Eh?

—Durante estos tres meses de verano, ¿qué seré yo en su farmacia?

—¿Qué vas a ser? Un aprendiz. ¿Es que quieres entrar como ingeniero jefe de laboratorios?

La empresa tenía laboratorios donde fabricaban varios específicos contra el reuma, las enfermedades del hígado y riñones y el estómago.

«¿Laboratorios?», me dije yo entre dientes sugestionado.

Aquella palabra —laboratorios— me sonaba bien. Yo no sería un aprendiz de comercio, sino un hombre de ciencia como Lavoisier, de quien nos habían hablado en el instituto. Con una bata blanca y mis preparaciones para el microscopio. Me dejaría crecer la barba cuando la tuviera, porque eso hace bien en un sabio. Vigilaría las cristalizaciones, trabajaría en silencio por el bien de la pobre humanidad irredenta. Y Valentina sería mi adorable auxiliar. Aquello era distinto. Entre Valentina y yo redimiríamos del dolor a la pobre humanidad.

Acepté y Fernández se levantó, puso su mano en mi hombro, me miró con la satisfacción de su victoria y añadió: —Puedes ir a la farmacia cualquier día. Por ejemplo, el lunes de la semana próxima a las ocho de la mañana.

—Está bien.

Cuando se marchó Fernández y me quedé solo, tuve de pronto la impresión de haber sido engañado y estuve pensando si debía o no presentarme el lunes en la farmacia. Concha me preguntó: —¿Es de veras que vas de aprendiz a una droguería?

—No. Voy a trabajar a un laboratorio químico.

Busqué libros y leí en dos días muchas cosas sobre mineralogía y química orgánica que me permitirían hacer un buen papel en la farmacia el lunes, según pensaba. Además, hice una exploración discreta del lugar adonde iría a trabajar. Me acerqué a la farmacia por el arco de Cinegio y después por la amplia calle de Don Jaime, que también se llamaba calle de San Gil porque estaba allí la parroquia de ese nombre. Y estuve investigando de lejos, otra vez de lejos. La casa hacia esquina. Tenía grandes puertas que daban a la calle de Don Jaime. Aquellas eran las puertas de la droguería donde vendían, no sólo productos para las farmacias de toda la provincia, sino también sulfato de cobre para las viñas y desinfectantes para los establos. Allí estaba la parte gruesa y vulgar del negocio. En el mismo edificio, pero en lugares distintos, había tres departamentos: la perfumería, en la que trabajaban dos muchachas bastante lindas con vitrinas llenas de poéticos anuncios, la fotografía, que era atendida por un joven pariente de los dueños y que tenía cámaras alemanas con objetivos muy complejos, televisores como el que decía tener Planibell (y nosotros no habíamos visto), carretes de film y otras cosas. También recibían allí negativos para revelar. En una esquina estaba la tienda para ortopedia y prótesis, con piernas articuladas y bragueros para herniados. Aquello, digo tenía un aspecto más decoroso, es decir, menos comercial.

Pero la farmacia era todavía mejor. Ni siquiera había un lugar abierto al público ni el horrible mostrador para apoyar las manos

mientras se decía al cliente: ¿qué desea, señor? Para decir eso había que tener la cara pasiva, fría y atenta de los comerciantes. Por otra parte, era necesario discutir y regatear con los clientes sin irritarlos, porque los clientes tienen razón. El lugar donde entraba el público era un gabinetito tapizado lindamente, con un diván de terciopelo azul y dos sillones. Todo en una dulce media luz. La puerta que daba a la calle tenía grabado en los cristales el caduceo de Mercurio, es decir, la varilla rematada en dos alas con dos culebras enroscadas en direcciones contrarias.

Todo resultaba más técnico que mercantil. Era como la antesala de un doctor o de un dentista próspero. Había siempre revistas para entretener la espera. Y nosotros, es decir, los empleados, no teníamos necesidad de salir de allí, porque había en uno de los muros dos taquillas pequeñas, bastante separadas entre sí. En una de ellas se recibía la receta del médico y se tasaba. Mientras la preparaban los empleados, el cliente aguardaba leyendo una revista y cuando recibía la medicina iba a la segunda ventanilla y pagaba. Todo en una manera bastante impersonal. La providencia velaba por mí.

El saloncito tenía otras cosas delicadas. Entre las dos taquillas había una palmera enana con una cinta azul celeste. En esa cinta estaba escrito con letras góticas un proverbio de Hipócrates sobre la salud. Aquella palmera estaba siempre verde, y una vez que se puso enferma la curaron con productos de la farmacia como si fuera una persona. Yo decía: lo que necesita es sol. Pero los otros decían que necesitaba nitrógeno.

Los primeros días anduve por allí lleno de curiosidades. Había un encargado de más de cuarenta años con cara de actor dramático, un poco gordo, pero ágil de movimientos. Me recibió extrañado. Se llamaba Linares. Había otros dos dependientes, maduros ya. Olvidaba decir que había también un aprendiz. Un

chico más pequeño que yo, aunque de mi edad misma, con pelo rubio de panocha, cara pecosa, boca ancha y burlona y perfil de picardía. Mis lecturas sobre mineralogía no me sirvieron para nada, con él. Era vivo y movedizo como un mono de la selva africana, aunque con pelo rubio. Yo me decía, mirándolos de uno en uno a todos: menos mal, ninguno tiene aspecto de comerciante. Y repasaba mentalmente mis nociones de química mineral o de química orgánica. Y pensaba en las sales, los ácidos, los álcalis, los alcaloides, *etc.* A veces, decía al azar la fórmula del ácido nítrico, pero nadie me hacía caso.

Llamaban al otro aprendiz por el nombre de su pueblo. Letux. Era atento, trabajador, activo. Su aire de pícaro quedaba desmentido en seguida por su conducta. Era uno de los chicos más responsables que he visto en mi vida. Me recibió con simpatía.

—¿Entras con sueldo? —me preguntó—.¿No? Yo tengo tres duros mensuales de salario.

El primer día no sabía qué hacer. Hablando al desgaire con el jefe, le dije otras fórmulas de ácidos y él me respondió: —Puedes distraerte mirando los frascos en las estanterías y aprender su colocación, para saber dónde hallarlos cuando sean necesarios.

Yo buscaba en vano las redomas misteriosas, los cristalitos de las preparaciones, los microscopios. El laboratorio, en fin. No veía sino una larga mesa de mármol blanco, separada en dos a lo largo por una doble estantería e infinitos frascos con tapón de cristal: tinturas de yodo, de benjuí, de belladona, de acónito, de genciana, *etc.* Algunos frascos tenían debajo del letrero una calavera y dos tibias. Venenos. Aquellas calaveras me sonreían a mí y yo pasaba revista a las hileras de frascos, botellas, tarros, redomas —millares de ellos— como un capitán a sus ejércitos. Aquellos frascos no eran soldados, pero la mayor parte podían causar la muerte.

Eso daba a mi presencia en aquel lugar un cierto aire

trascendental. Tenía al alcance de la mano mi muerte y la de otras muchas personas. Menos mal. La humanidad debía agradecerme que no hiciera uso de mi poder.

Cuando aquella noche volví a casa, fue lo primero que dije. Concha me miraba con admiración y decía que yo olía a farmacia y que aquel olor le parecía importante. «Entonces —le dije yo en broma— no debes decir que huelo, sino que trasciendo.»

Por la noche leí otra vez mis libros de química. Al día siguiente, volví a la farmacia y hacia media mañana estaba diciéndole al jefe Linares la fórmula del agua oxigenada y el nombre científico del benzonaftol, que era un producto de la clase de los metabenzamido-semicarbácidos (lo había aprendido de memoria), cuando el buen Linares me dijo, señalando un fregadero lleno de morteros y espátulas sucias, que había que limpiar todo aquello. Yo no sabía qué responder cuando Letux, con los brazos remangados, se puso a la tarea sonriéndome con su ancha boca, que podía ser burlona, pero conmigo era bondadosa y noble.

—En un momento lo limpio yo todo, ya verás.

Estaba Letux contento de sí mismo, pero más aún de tenerme a mí a su lado. A mí, que era más alto y que sin embargo necesitaba ser instruido en mil cosas importantes que él sabía aunque era más pequeño. Yo le dije la fórmula del agua oxigenada, pero él volvió a sonreír y dijo con aire protector: —Eso aquí no vale. Eso es bueno para la consultas de los médicos importantes, cuando un obispo o cosa así se muere.

—¡Oh!

Fregó Letux con una pericia admirable todos aquellos cacharros, los puso en orden y después me llevó al almacén que había en la parte trasera del edificio. Aquel local había sido algunos años antes un cine. El primer cine que hubo en Zaragoza.

Tenía el escenario lleno de sacos de bicarbonato de sosa, la sala de butacas (sin asientos en el centro, pero sí a los lados) ocupada con mil materias distintas apiladas de modo que formaban calles, las gradas superiores de la entrada general con millares de cajas y frascos de aspirina, fenacetina, antipirina. Yo miraba todo aquello y pensaba: «A pesar de lo que dice Letux, por esta parte del edificio deben estar los laboratorios y los hombres de ciencia». Aquellos hombres con barba, entre los cuales era necesario saber las fórmulas de los productos.

Resultó que los laboratorios no estaban allí, sino fuera de la ciudad, y en ellos trabajaban sólo ingenieros químicos o simples obreros. Nosotros, como dijo Letux con orgullo, estábamos en un plano intermedio. Y añadía filosóficamente: —En la vida es lo mejor, ¿no te parece?

Yo no respondía. Prefería pensar en mí mismo como hombre de ciencia. Y le dije que el benzonaftol era un metabenzamidosemicarbácido. Letux abrió grandes ojos y no dijo nada.

Al cerrar la farmacia por la noche, Letux salía con un palo de hierro que tenía al final un gancho sesgado. Con aquel gancho había que atrapar las hembrillas de los cierres metálicos y bajarlos con grande estruendo sobre las ventanas y las puertas. Me invitó a salir con él para aprender. Le seguí receloso. Letux bajó algunos cierres y luego me ofreció el palo a mí, como un caballero podía ofrecer a otro la lanza en un torneo.

—No, gracias —le dije mirando a un lado y al otro, receloso de que pudiera verme alguna muchacha conocida.

—Pero es fácil. No hay más que engancharlo arriba y tirar.

No podía imaginar Letux que aquello fuera para nadie un motivo de humillación. Yo, después de recordar a Juan el de la «Quinta Julieta» y sobre todo al obrero que murió heroicamente frente a mi casa, tomé el palo, enganché la hembrilla de la

persiana y la hice bajar de un golpe. El ruido me ensordeció un momento.

—¿Ves? —repetía Letux orgulloso de mí—. Ya te dije que es fácil.

Pero me humillaba todavía la idea de que una mujer como doña Julia, por ejemplo, me viera dedicado a aquella tarea.

Comprendía, sin embargo, que el trabajo en la farmacia tenía dignidad. Allí estaba el admirable Letux, sonriente, altivo, rubio, en su limpia blusa yendo y viniendo como una rata blanca siempre ocupado y siempre gozoso. Le daban el nombre de su pueblo, como a los héroes antiguos. Como a los filósofos griegos: Tales de Mileto, Zenón de Citio. Y así. A veces me decía Letux, refiriéndose a Linares con un gran respeto.

—Ahí donde lo ves, gana cincuenta duros mensuales.

No había para Letux en el mundo un rey ni un pontífice que se pudieran igualar a Linares con sus cincuenta duros. Y un día, tal vez Letux sería como él. No podía pensarlo porque se mareaba. Eso decía el buen Letux.

En la farmacia estábamos siempre de pie. No había sillones ni sillas. Había sólo dos o tres taburetes y tan altos como los de los bares, de asiento pequeño y redondo. Cuando Linares, que como he dicho era un poco gordo, no podía más, se sentaba allí, respiraba hondo y se frotaba lentamente los muslos. Solía sentarse, no sólo para descansar, sino para fumar. Con los párpados entornados y cierto escepticismo de hombre que se acerca a la vejez y no tiene grandes esperanzas, chupaba su cigarrillo largamente y miraba salir el humo con voluptuosidad. Tenía observaciones originales como, por ejemplo, cuando decía que de noche no podía fumar en la oscuridad porque necesitaba ver salir el humo para disfrutar de su cigarrillo.

Cuando terminaba de fumar, iba a la estantería próxima,

tomaba un tarro grande, sacaba una pastilla verde de mentol y la arrojaba a su boca. Letux, si estaba cerca, solía imitarle y me decía muy grave, ofreciéndome el tarro destapado: «Esto es muy bueno para las fosas nasales».

Los otros dos empleados adultos iban y venían silenciosos. Uno escribía versos y el otro, que era alto, espigado, muy blanco de piel y muy negro de pelo, tenía parientes aristócratas. Los dos se consideraban muy por encima de su trabajo.

Letux tenía ciertas reservas sobre ellos. El que escribía versos admiraba a Valle-Inclán. Le había recitado a Letux algunos poemas de Valle-Inclán de memoria. Se llamaba Mérida y era llamado, por Linares, Mérida. Esto no le gustaba al poeta, quien se lo corregía pacientemente una vez y otra. Me dijo Letux que el otro auxiliar se llamaba Beltrán de Urrea y era de origen noble. Lo compadecía porque estaba enamorado de una mujer de mala vida. Y concretaba: —De una dueña de una casa pública. Como lo oyes.

Luego añadía detalles. «Una casa de cierto lujo, según dicen, que yo no sé dónde está. Yo no voy a esos sitios.» Lo decía alzando las cejas, importante. Y añadía bajando la voz: «Yo no voy nunca. ¿Para qué? Entrás en una casa de ésas, te descuidas y si a mano viene te dan un sifilazo».

Palabras nuevas: un sifilazo. Y mi imaginación se ponía a trabajar laboriosa y barroca. Un sifilazo. Yo imaginaba a la dueña del prostíbulo detrás de una puerta con una escoba impregnada en una materia llena de bacilos, que al entrar Letux le refregaba aquella escoba por la cara hasta que, no pudiendo ya contener la respiración, Letux aspiraba verdaderas procesiones de microbios, todos ellos silbando mientras se instalaban en sus lugares predilectos. Porque sifilazo me parecía a mí una palabra pariente próxima de «silbido». Y los bacilos debían entrar silbando. Y corrían sin dejar de silbar por todos los canales y vías urinarias.

Mientras yo pensaba en esas complejas asociaciones, Letux añadía: —A veces, don Beltrán se lleva un frasquito de permanganato y también otras cosas, para su querida. El señor Linares lo ve y no le dice nada. Es muy señor, Linares, como te decía. Además entre amigos hay que ayudarse. Y son productos baratos, tú sabes. El señor Linares es el mejor jefe posible, para un empleado como yo. No, lo que es eso, yo he tenido suerte en la vida.

Luego veía una pirámide de morteros, matracas, tarros y probetas en el fregadero y corría una vez más a hacer la incómoda tarea. Desde su lugar de trabajo, Letux me llamaba, me daba dos paños blancos y me decía: —Tú seca las espátulas, si quieres.

Lo hacía por tenerme a su lado y seguir la conversación. Y también para que los otros vieran que compartía con él las faenas bajas. Letux hablaba: —Don Beltrán bebe los vientos por su prójima.

Bajando más la voz, añadía: «La mayor parte de las noches duerme en la casa de niñas. ¿No ves las ojeras que trae por la mañana?». Para Letux, las ojeras eran un signo de haber pasado la noche en una casa de prostitución junto a la escoba de los sifilazos.

Yo secaba las espátulas, cuidadoso, pensando en los metabemamidos-enlicarbácidos. Y notablemente decepcionado, como se puede pensar. No alcanzaba a ver un solo microscopio por parte alguna. En su lugar, pirámides de morteros de cristal sucios, de pomadas, emplastos y vaselinas.

Yo no cobraba sueldo y se suponía que me pagaban con los conocimientos que adquiría. Pero nadie me enseñaba nada más que Letux. Recuerdo que al preparar un jarabe de quinina, me pidió que pesara el polvo de una balancita de precisión y que lo pusiera en un frasco de agua destilada. Yo agitaba el frasco en

vano. La quinina no se mezclaba ni se disolvía. Entonces Letux vino, grave e importante, tomó una varilla de cristal, la metió en un frasco de ácido sulfúrico, alzó la varilla sobre mi botella, dejó caer en ella una gota y la quinina se disolvió como por arte de magia. Luego puso el tapón, lo cubrió con un poco de papel de estaño, escribió la etiqueta, la pegó en el frasco y me miró triunfador.

Mélida era perezoso y a menudo llamaba a Letux para hacerle preparar sus recetas. A veces Mélida recitaba versos (suyos o de Valle-Inclán) y no decía quién era el autor. En la confusión salía ganando. Yo le oí decir los siguientes, que aprendí de memoria:

Era una reina de raza maya, era un bosque de calisaya y era de noche, daba el bulbul sobre mi frente su melodía y en los laureles que enciende el día daba mi alma su grito azul.

Me hice amigo de Mélida y escuché sus versos y los de Valle-Inclán. Ponía la mayor atención.

—¿Qué es un bosque de calisaya? —le preguntaba.

Y él decía que había recitado aquel poema porque precisamente tenía relación con la quinina, y tomándome del brazo me llevaba frente a una fila de anchos tarros de porcelana. En uno de ellos había un letrero que decía: «Quina calisaya». Eran hayas de aquel árbol, que al parecer se produce en la América Central.

Y Mélida añadía, luminoso:

—¿Ves? Era en un bosque de calisaya.

Yo creía que aquellos versos eran suyos. Nadie le regateaba la gloria allí, entre nosotros.

Iba Mélida absorto en sus consonantes y sus ritmos. Un día me dijo de pronto, con una espátula llena de pomada mercurial en la mano: —¿Sabes? No hay consonante para la palabra indio.

Con la espátula en el aire se respondió a sí mismo: —Se podría formar una consonante con dos palabras. Por ejemplo, «la última nota que el violín-dio».

Y puso la pomada en una cajita redonda, advirtiéndome: «Esto es para las ladillas». Yo no sabía lo que eran las ladillas y tuve que acudir a Letux, quien me lo explicaba con aire doctoral.

Cuando volvía a casa por la noche, observaba que mi trabajo me daba algún prestigio con mi familia, lo que no dejó de extrañarme. Dispuesto a cultivar aquella disposición, hablaba de los orígenes de la quinina y de la manera de disolverla en agua. Algunas noches escribía a Valentina diciéndole que trabajaba en los laboratorios de química más importantes de la ciudad y que manejaba venenos muy activos. Le copiaba algunos versos de amor que me dio Mélida y que no puedo poner aquí porque no los recuerdo. Naturalmente, yo decía que eran míos.

Debajo del sello, en el sobre, ponía: «Tuyo hasta más allá de la muerte». Otras veces: «Te doy mil millones de millones de besos». Y al día siguiente volvía al trabajo, y la necesidad de llegar a hora fija me daba una sensación de orden y de ciudadanía adulta.

Sin embargo, don Beltrán, Mélida y yo nos considerábamos superiores al ambiente. Los únicos que estaban en su elemento eran Linares y Letux, es decir, el jefe y el aprendiz. Más tarde, vi en la vida que los españoles suelen pensar siempre en otra cosa de la que hacen. Pero en aquel momento yo hacía preguntas en relación con el poema de Valle-Inclán que Mélida volvía a recitar: —¿Qué es bulbul?

—Ah, ése es el nombre que los indios mayas dan al ruiseñor. En Guatemala.

Y añadió, muy seguro de sí:

—Guatemala cae lejos. No estoy seguro, pero es por las islas

Filipinas, más o menos.

Linares el gordo era una buena persona. Admitía la superioridad de Mérida (así seguía llamándolo) en materia de arte poética. Y la de don Beltrán en materia nobiliaria. El único que no le era superior en nada era Letux. Pero admiraba también su agilidad de ardilla y su disposición siempre alegre. Estaba Letux tan agradecido al destino, por el simple hecho de haber nacido, que a veces se reía a solas consigo mismo mientras trabajaba.

Ocasionalmente iba yo a llevar alguna medicina a algún enfermo importante. Y si pasaba cerca del Salón Doré, miraba el puesto pero todavía no me atrevía a acercarme.

En la farmacia, Linares nos contaba a Letux y a mí algún cuento en relación con la farmacia y sus tareas. Aunque el trabajo en las reboticas se había modernizado un poco, había algunas cosas que seguían haciéndose a la manera antigua. Una de ellas era la emulsión de aceite de hígado de bacalao con glicerofosfatos de cal y de sodio. Para llegar a conseguir la mezcla había que estar algunos días dando vueltas tenazmente a una masa amarillenta en un gran mortero.

Como se puede suponer, Letux tenía a su cargo aquella misión. Era una tarea torpe, desairada y de veras fatigante. La única faena de la cual escapaba Letux si podía. Linares nos contó que una vez un aprendiz estaba preparando aquella emulsión y cada dos o tres horas iba muy cansado al lado del farmacéutico y le decía «creo que ya está». Sin molestarse en mirarla, el farmacéutico decía que no. Y el chico seguía dándole al mortero. Después de seis horas de no hacer otra cosa, llamó al boticario y le pidió que fuera a ver la emulsión.

—¿Está ya? —preguntó esperanzado.

—No, no.

—¿Cuándo estará?

Por decir algo el farmacéutico dijo:

—Cuando huele a ajo.

El aprendiz estuvo el resto del día dándole al mortero y oliendo con frecuencia aquella mezcla que, naturalmente, no tenía por qué oler a ajo. Cuando por la noche fue a su casa, cogió algunos ajos en la cocina y al día siguiente los llevó a la farmacia, los machacó y los vertió en la mezcla. Agitó un poco la masa y fue contento a llevarle la buena nueva al boticario: —Ahora huele a ajo.

El buen hombre fue a ver, extrañado, comprobó que era verdad y dándose cuenta de lo ocurrido dijo: —Bien, pues ahora hay que seguir agitándola hasta que el olor a ajo desaparezca.

Lo que ocupó al aprendiz durante un par de meses.

Linares se acercaba a veces a Letux cuando preparaba alguna emulsión un poco difícil, y le decía: —Qué, ¿huele a ajo?

A veces, Letux nos hacía un refresco con bicarbonato de sodio y ácido cítrico. Mientras lo tomábamos nos hablaba con entusiasmo de sus padres, gente campesina que esperaba mucho de él.

Me llamaba la atención en un estante un gran tarro oscuro que tenía un letrero misterioso: Maná. ¿El maná que Dios envió a los israelitas en el desierto? Un día destapé el tarro. Había una mezcla extraña de colores: negro, rojizo o gris, no del todo trabados. La pasta tampoco era homogénea y parecía a veces algo así como saltamontes machacados hasta formar una pulpa viscosa. Esto de los saltamontes era una sugestión que acudía a mi mente después de haber leído en algún lugar que el famoso maná había sido una nube de langostas que cayó sobre los judíos (ellos comían esos insectos con delicia) cuando estaban a punto de morir de hambre.

Cada vez que miraba aquella pasta (que se empleaba como

vehículo para diversas medicinas), me convencía más de que la relación del maná con los saltamontes era cierta.

Un día lo dije y todos, Linares, Beltrán, Mélida y Letux se mostraron de acuerdo en que la religión católica era un engañabobos. Creían en Dios, pero los curas eran para ellos una patulea de simples o de pillos. Más bien pillos. La facilidad con que todos se mostraron de acuerdo sin discutir una cosa tan obvia, me dejó de veras impresionado. El mundo de fuera de mi casa era un mundo nuevo. Estaba inclinado a pensar que aquellas buenas gentes que trabajaban para vivir tenían razón. Sin darme cuenta, me hice anticlerical, también. Y cuando me di cuenta, tuve la impresión de haber crecido.

Iba los domingos a la «Quinta Julieta» yo solo (ya no salía con mi hermana casi nunca) y hablaba con Juan. El me preguntaba: — ¿Has visto a Checa?

—No. No tengo tiempo.

Le expliqué lo que hacía y añadí que los trabajadores eran la única gente noble de la creación.

—¿Noble? No hay nadie noble en la creación. Ni siquiera los obreros.

Me prestó un libro: Memorias de un revolucionario, de Kropotkin. Y me dijo una vez más que si quería leer prensa de veras interesante, debía acudir a buscarla al puesto de periódicos de Checa.

Yo iba a veces al Salón Doré, que estaba de moda. Al entrar o al salir miraba a Checa de reojo y pensaba: ese hombre será pronto amigo mío. Porque estaba decidido a acercarme a él, aunque no sabía cuándo. Por el momento, no me atrevía.

Las puertas del Salón Doré eran doradas y había un alarde de oralina por todas partes que justificaba el título. A veces, ponían a los lados bastidores de cartón con muñecos gigantescos que

representaban a los protagonistas de las películas. Eran grandes estafermos con mandíbula cuadrada como Fernández, y bigotito engomado.

Tenía el Salón Doré focos luminosos que hacían destacar la portada barroca, y cuando los muñecos de anuncio eran altos, el techo de los porches parecía más bajo.

Enfrente de aquel pórtico de oro había una columna gruesa como la pilastra de un puente romano. Y como digo, allí estaba el puesto de periódicos del jorobado Angel Checa, que tenía una cara pálida y larga, un poco febril.

Por fin, un día fui a verlo.

Tres de los frentes de su columna estaban cubiertos de revistas y periódicos. Había también folletos de cubierta llamativa. Y otros que no exhibía Checa y guardaba de la pública curiosidad en un cajón. No muy limpio, el cajón. Yo miraba aquel cajón, intrigado, por una de cuyas hendiduras vi salir un día una cucaracha.

Vestía Checa discretamente, como un empleado de oficina, y tenía su joroba en la espalda un poco desviada hacia el lado derecho. El pecho, abombado también. Se veía que si hubiera podido erguirse sobre su cintura, habría sido un hombre alto. De este modo resultaba pequeño, aunque no demasiado. En sus ojos lucía una especie de nerviosa impaciencia. Tenía una cabeza impresionante de veras, de una extraña nobleza.

Yo le dije que era amigo de Juan el de la «Quinta Julieta». Pero aquél no parecía impresionado. Me respondía sin mirarme: —¿Ah, sí? ¿Continúa Juan hablando con las flores y con las cebollas? Yo no atiende a nadie por ser amigo de éste o enemigo de aquél. Aunque a Juan lo estimo, es verdad. Lo estimaría más si no fuera un sindicalista podrido de reformismo.

Seguía mirándome y después de un largo silencio preguntó:

—¿Por qué ha venido usted a verme? ¿Se puede saber lo que quiere usted de mí?

—Prensa revolucionaria. L'Esquella de la Torratxa y El Socialista, de Madrid.

Sonreía, irónico, Checa.

—¿A eso llama usted prensa revolucionaria?

Se extendía la sonrisa hasta mostrar una doble hilera de dientes blancos y firmes, con el colmillo izquierdo superior cubierto de oro.

—Bien —dije yo un poco aturdido—. El socialismo es el socialismo. ¿No cree?

—El socialismo estatal —corrigió Checa gravemente— es más reaccionario que el partido maurista, los requetés y la Acción Ciudadana. ¿Son éstos los periódicos que le recomienda Juan?

Yo veía desplegados allí: El Motín, Gcminal, Talión. Checa preguntaba: —¿Tiene usted principios? ¿Lee usted prensa ácrata?

Yo no sabía lo que aquella palabra significaba. Dije al azar que en aquellos días estaba leyendo a Kropotkin, y eso hizo cambiar a Checa de opinión sobre mí. Diciéndolo, yo recordaba que tenía el libro escondido en casa.

—Parece usted hijo de burgueses.

Lo decía como si me llamara «hijo de perra».

—¿Eso está mal?

Mientras acomodaba un periódico en su sitio —colgado de una cuerda— me respondió sin mirarme: —Ni mal ni bien.

No era fácil tratar con él. A veces parecía inferior a mí y de pronto se revelaba tan superior, con sus ojos sombríos y su cara de Cristo, que me quedaba sin aliento. Vi que usaba botas con elásticos, botas pequeñas con dos tiras de tejido elástico. Hasta entonces, yo sólo había visto aquella clase de botas en los militares retirados y en los bailarines profesionales andaluces. Dos

clases de personas que me parecían poco dignas de estima.

Pero llegaban otros clientes y yo me alejé con mis tres periódicos. El Talión, que se imprimía en Huesca y llevaba un título a toda plana diciendo: «Sr. Melquíades Alvarez, vaya usted a hacer puñetas», otro semanario titulado Germinal, que se imprimía en Zaragoza, y Tierra y Libertad, de Barcelona. Tuve la tentación de comprar El Motín, pero en la cubierta había un dibujo demasiado escandaloso: una monja embarazada mirando al suelo ruborosa y a su lado un cura gordo diciéndole finezas. Yo pensaba que aquel periódico no podía llevarlo a casa.

En aquellos días la historia política del mundo se desarrollaba muy de prisa. Algunos meses antes se había producido la caída de la monarquía rusa y la proclamación de la república en Moscú y en San Petersburgo. Poco después vino el triunfo del bolchevismo. Luego, con el fin de la guerra, se hundió el kaiser en medio de grandes conmociones sociales. Todo aquello a mí me parecía excitante, pero mi temprana edad y mi falta de cultura me impedían apreciar su significación.

Fui a casa con mis periódicos. La familia estaba dividida en relación conmigo. Mi hermana Concha me miraba como a un hombre de ciencia. El olor de farmacia que llevaba en mis ropas le gustaba y le parecía intrigante y prestigioso. Nunca me hablaba de la farmacia, sino de «los laboratorios».

Mi madre veía con respeto mi cambio de vida. Maruja y Luisa decían que yo era «mancebo de botica», pero Luisa lo decía sin malignidad. Mi padre no hablaba de aquello para bien ni para mal. Tampoco me hablaba de otras cosas.

Yo, sospechando que a mi padre le gustaba verme desgraciado e insatisfecho, le negaba ese placer, mostrándome siempre contento. Cada día sus reacciones me interesaban menos. Llevando conmigo los periódicos revolucionarios, el sentido de las

cosas cambiaba un poco en torno mío y mi padre resultaba anticuado y sin interés.

Cuando encontraba a Biescas, paseábamos juntos como siempre. Al pasar un día cerca del puesto de periódicos de Checa, el jorobado y yo nos cambiamos un saludo y Felipe, alarmado, me dijo que aquel vendedor de periódicos ponía bombas al paso de los trenes y también —esto no lo creía, pero lo había oído decir— se acostaba con su propia hermana. Estas palabras de Felipe me causaron repugnancia y una cierta inhibición, pero pocos días después decidí que eran mentira y mi reacción en favor de Checa fue apasionada y cálida.

Yo admiraba de veras a aquel hombre contrahecho que iba frecuentemente a la cárcel y de quien la gente decía tantas barbaridades. Ir a la cárcel sin haber robado ni matado a nadie me resultaba heroico. Y dar lugar al odio de los tontos no me parecía lamentable, ni mucho menos.

Comprendía que mi simpatía por el obrero muerto no tenía mérito para Checa. Cuando le hablé de aquello, me miró con indiferencia y se limitó a decir: «Ya veo». Mis protestas le parecían obvias y triviales. Iba poco por la «Quinta Julieta». No tenía tiempo, entonces. A veces, pensaba en el busto del hermano lego proyectándose en el agua rizada por la brisa como si aquellos fueran los signos de otra vida, de una especie de paraíso perdido.

La lectura de los periódicos revolucionarios no me decía nada realmente nuevo. Podía decir, como Escanilla después de oír al predicador de la cuaresma: «Eso ya quería decirlo yo». Pero los artículos más serios —los editoriales— no los entendía del todo y la primera impresión fue de desaliento. Al parecer, ya había cometido dos ligerezas con Checa. Una, considerar revolucionarios a los socialistas estatales. Otra, hablar de mi amor por los obreros —exclusivamente— y no por la humanidad. Yo no entendía

aquello.

Recordando al obrero herido que se vació de sangre delante de mi casa, yo me creía capaz de todo. De combatir y de matar o morir en la lucha. Pero la necesidad de leer libros —que me parecían abstrusos— para entender el «reformismo sindicalista» o el socialismo estatal o la dictadura de clase como tendencias reaccionarias, no lo acababa de comprender. Detrás de las diferencias entre los obreros y la humanidad y de aquellas pasiones de Checa, se me presentaron hileras de libros que había de leer.

Eso me descorazonaba.

Sólo leía con gusto «La Novela Corta», que por cinco céntimos me daba una obra completa de algún escritor famoso. Aquellas novelas con su diversidad de tonos, desde Valle-Inclán a Hoyos y Vinent pasando por Eugenio Noel y por Sellés y otros autores menores como Insúa o Unamuno, me ofrecían una gama rica de acentos, estilos y formas de sensibilidad. Devoraba todo aquello y evitaba acercarme de nuevo a Checa. Era capaz yo de morir en un choque callejero con la policía —pensaba—, pero no de discutir sobre el reformismo sindicalista.

Algunas obras de «La Novela Corta» eran de un decadentismo enfermizo. Otras, de un decadentismo embriagador (las de Valle-Inclán). Lo leía todo, y cuando algún autor no me gustaba, lo atribuía a ignorancia mía y a falta de educación literaria. Porque la letra impresa fuera de los libros de texto me parecía entonces ungida de divinidad. Mis conversaciones con Mélida no hacían sino avivar más esa devoción.

En mi casa acudía con frecuencia a las Memorias de Kropotkin, que escondía debajo del colchón. Mi hermana Concha andaba escasa de libros y había hecho dos descubrimientos muy dispares: Juliano el Apóstata, de Merekhovski, y El coche número

trece, de Javier de Montepin. Los dos la encantaban, aunque —advertía prudentemente—, por razones muy distintas. A veces tomaba prestado (de debajo de mi colchón) el libro de Kropotkin. La pobre tenía una gran confusión en su mente. El libro le parecía bien. La atmósfera de la familia del príncipe le gustaba. No sabía ella que hubiera otros príncipes que los de sangre real en Rusia, y creyendo que Kropotkin lo era, sus hechos tomaban mucho más relieve. Su rebeldía la deslumbraba sin entenderla. Tampoco entendía que en un libro tan gordo —decía ella— no se hablara de amor.

—¿Y eso qué importa? —decía yo.

—Hijo, ni siquiera se entera uno cuando se casa. En una página aparece soltero. En la siguiente dice que está casado y se acabó. ¡Qué corazón de piedra!

Mi hermana, que no podía resignarse a aquella indiferencia, me hacía preguntas tratando de comprender, y yo creí hallar una explicación convincente: —Hablar de su amor en un libro que se entrega al público, sería como vender por tres pesetas los secretos más dulces de su corazón.

Ella se quedaba satisfecha.

Yo le hablaba de la ruina próxima de nuestra familia, insistiendo en los tonos sombríos, y ella me oía, suspiraba y pensaba en los Smart Brothers, que debían estar tal vez en Madagascar saltando de un trapecio al otro y visitando en sus horas libres las oficinas del Palacio de Justicia.

Por entonces, mi hermana no tenía flirt alguno y estaba un poco melancólica. Se vestía de oscuro e iba a misa con frecuencia, pero el rosario se convertía en un brazalete, el velo le iba bien y lo llevaba caído por delante hasta la nariz, lo que daba al brillo de los ojos un cierto misterio. Es decir, que la religiosidad no excluía la coquetería.

Me había hecho atrás yo en mis tendencias rebeldes, por pereza. La sabia naturaleza ha dispuesto que los años de la adolescencia, años de pasión y de ciegos impulsos, vayan acompañados de la pereza física. Nuestros huesos crecen cada noche, nuestros músculos tardan en adaptarse a ellos y con frecuencia los impulsos más arrebatados concluyen en la indecisión, la vaguedad y el desperezo. De otro modo una gran parte de los adolescentes acabarían de mala manera.

Iba cada día a la farmacia. Don Beltrán, que llevaba una sortija antigua de los tiempos románticos, me daba la impresión de ser un tipo raro capaz de suicidarse. Tal vez llevaba en aquella sortija tan grande un veneno. Robado de la farmacia, claro.

En aquellos días recibí una carta de Valentina en la que me decía que la iban a mandar a un colegio interna, pero no a Zaragoza, sino más lejos. Eso me llenó de alarmas y temores. Le escribí una carta triste, patética, con todas las ardientes locuras de un chico de buena imaginación. Debajo del sello, en el lugar secreto, puse la fórmula química del cianuro de mercurio (que busqué en un libro). Y debajo, un corazón atravesado por una flecha. Aquello quería decir que estaba dispuesto a matar con veneno o puñal a quien tratara de separarnos.

A ella le pareció muy natural, y en su respuesta puso debajo del sello el mismo corazón atravesado por una flecha.

En la farmacia estaba ya familiarizado con el orden de los frascos. Había una solución de cianuro potásico que era tan activa que bastaba con una gota en el ojo de un buey para matarlo en pocos minutos. Aquello de la gota en el ojo del buey me impresionaba de veras. Y cuando veía un buey me acordaba del cianuro.

Yo no hacía en la farmacia sino ayudar a preparar algunas fórmulas. Es verdad que aprendía bastante gracias al sonriente

Letux. Y al poeta Mérida.

En aquel trabajo, como en todos, el problema era el de la familiaridad y confianza con el embeleco profesional. Nadie es buen operario si no llega a sentirse dueño de sí y del objeto de su actividad. Y, en ese sentido, tres meses me dieron alguna capacidad, aunque no toda la que necesitaba para afrontar el día en que tuviera a mi cargo una farmacia. Esto es precisamente lo que sucedió en el otoño, cuando mi familia se fue a Caspe, la ciudad del Compromiso.

Yo no había creído que ese día llegara. En mi familia no se hablaba de Caspe y yo estaba lejos de sentirme capaz de regentar una farmacia. Pero a fines de septiembre el señor Fernández me llamó a su oficina y tuvimos el siguiente diálogo: —¿Te gusta tu trabajo?

—Peor sería cargar maletas en la estación —respondí. Me miré fijamente y dijo con desdén: —Ya me había figurado que eras desagradecido. Y no sólo conmigo, sino con tu padre.

—¿Por qué he de estarle agradecido a mi padre?

—Por haberte dado el ser.

—Yo no tenía interés en que nadie me diera el ser.

Esto hizo sonreír a Fernández y aquella sonrisa le dio de pronto una expresión inteligente. Pero volvió a aparecer en su cara la máscara congelada: —Tu padre dice que eres cínico y tozudo. También dice que hay que quebrarte la voluntad.

Oyendo a Fernández tenía la impresión de que lo que quería era quebrarme la columna dorsal. Y sentía una mezcla de horror y de ira primitiva viéndome jorobado como Checa. Pero Fernández seguía: —En estos tres meses te has capacitado para ganarte la vida. Y no se trata de ir a la estación a cargar maletas, sino de un trabajo limpio y respetable que además te dejará tiempo para estudiar.

La cabeza de Fernández era noble. Mi hermana Concha le habría encontrado una gran belleza. Para mí, era sólo un hombre que tenía la manía de disponer de la vida de los demás. Y seguía hablando: —¿Qué edad tienes?

—Catorce años.

—¿Quieres ir a Caspe?

—No.

Eso pareció gustarle a Fernández. Dijo que tenía un empleo para mí en Zaragoza. Conocía Fernández muchas farmacias, con cuyos dueños tenía relaciones a lo largo y a lo ancho de la provincia. Podía darme un empleo en las cumbres de los Pirineos o en los hondos valles del caudaloso Ebro.

—Depende del sueldo —dije yo.

Fernández sonrió esta vez fríamente. Abrió la mano y su sortija golpeó por azar el pie de una lámpara de escritorio haciendo un ruidito. ¿Cómo me atrevía yo a poner condiciones? Yo debía tener confianza en él. Si aceptaba el empleo, pasaría a vivir interno en una farmacia con la comida, la habitación y tres duros mensuales. Todo aquello representaba un sueldo casi de persona mayor.

Teniendo en cuenta que saldría por las mañanas para asistir a las clases del instituto en tiempo académico.

—¿Qué farmacia es? —pregunté.

Cerrando un momento los ojos, Fernández me dijo que yo carecía de libertad, de iniciativa, que estaba sometido a la «patria potestad» a causa de mi menor edad y que tenía que aceptar ciegamente lo que quisieran darme.

—Cuando hayas aceptado —concluyó— te diré el nombre de la farmacia. ¿Aceptas? Bien. La farmacia es la de don Ignacio de Villanueva y Reinos, en el número diez de la calle de San Pablo, entrando a la derecha. Cerca de la calle de Escuelas Pías. Un buen

lugar, una buena familia, un buen empleo. A tu edad habría querido yo una colocación tan buena.

Yo me sentía íntimamente halagado. Me gustaba descender en la escala social. Con el último número de *Germinal* en el bolsillo, no sólo me parecía noble descender y ser un obrero más sino que podía también discrepar y ser en cierto modo como un pirata o un pretendiente al trono de un país imaginario.

Aquel día, al salir del trabajo me fui a dar una vuelta por la calle de San Pablo. El emplazamiento de mi lugar de trabajo me parecía muy importante. Iba calculando: dos reales diarios de sueldo. En la farmacia no voy a gastar nada y el domingo por la tarde, que estaré libre, podré gastar tres pesetas cincuenta ¿Qué hacer con ellas? Ah, era complicado gastar dinero.

En mi casa no se ocupaban mucho de mí, atareados con la preparación del viaje. La única que parecía darse cuenta de la importancia de aquel cambio en mi vida era mi madre, quien me miraba con tristeza. Un día me dijo que desde aquel momento yo iba a ser un estudiante pobre. A mi hermana Concha le parecía romántico que fuera yo un estudiante pobre y me hablaba de casos como el mío que había visto en algunas novelas. Los estudiantes pobres hacían siempre cosas extraordinarias.

Mi madre me compró dos blusas blancas como las de los doctores que trabajan en los laboratorios. Esas blusas de sabios se abrochaban atrás. Las de los comerciantes, delante. Había que distinguir. Además, mi madre me regaló cincuenta pesetas. Mi padre, el día mismo que salía la familia para Caspe, me hizo un largo discurso sobre los deberes morales de un «hombre» en la sociedad y me preguntó si quería algo de él. Yo sabía que podía pedirle alguna cosa y que me la daría. Había visto en una vitrina de cosas raras en la sala de recibir, un puñalito con funda de cuero y nácar que tenía el mango muy largo y la hoja muy corta. El mango

era de una materia como jaspe oscuro con incrustaciones de ámbar y la hoja, de acero deslumbrador como cristal, no era plana, sino poliédrica y con estrías a lo largo. Contando aquellas estrías, un día resolví que eran siete.

Y desde entonces decía a mis amigos que en mi casa había un puñal de siete filos. Los gavilanes, muy elaborados, eran de plata.

Yo codiciaba aquel objeto más que ningún otro en el mundo. Y cuando mi padre me preguntó si quería algo, dije: —Me gustaría que me regalaras el puñalito de los siete filos.

Mi padre estaba perplejo:

—¿Para qué? ¿A quién quieres matar? ¿A nadie, dices? Entonces ¿para qué quieres ese puñal?

—Como recuerdo de familia.

Me miraba mi padre, curioso y extrañado. Sombras vacilantes pasaban por sus ojos y yo creí advertir que a mi padre no le importaría mucho que yo hiciera alguna barbaridad. Comprendo ahora que esa reflexión era un poco monstruosa, pero no estaba ni mucho menos fuera de lugar en aquel momento, ya que yo tenía la impresión de que querían deshacerse de mí. El caso es que mi padre fue a buscar el puñalito, me lo entregó con las dos manos como si fuera un objeto religioso y dijo: —El señor Fernández y mosén Orencio tienen el encargo, de velar por ti. Acude a ellos si tienes alguna necesidad.

Luego me abrazó sin amistad alguna.

Veía yo mi cambio de fortuna pensando en La vida es sueño. Aquel mismo día fui a la farmacia con una pequeña maleta en la que llevaba mi ropa interior, las dos blusas blancas y el puñalito. Sin pena ni gloria. Recuerdo que por el camino entré en un zaguán para sacar de la maleta el puñal y guardármelo en el bolsillo interior de mi chaqueta. Lo hice porque la maleta podía extraviarse o ser robada. Todo podía concebirlo yo en el mundo

menos la pérdida de aquella preciosa daga. «Una daga florentina», había dicho mi padre un día.

Al principio, la farmacia me pareció muy triste. En la rebotica había necesidad de tener luz encendida todo el día, lo que al cabo de una semana era deprimente.

La familia del boticario vivía encima de la farmacia, en el entresuelo de la misma casa, al que se podía entrar por una escalera oscura en la rebotica. La familia estaba formada por el matrimonio y dos hijas solteras. El boticario me hablaba pocas veces de cosas que no tuvieran relación con el trabajo. Y cuando me hablaba, era para mostrar su infinito escepticismo. No era el escepticismo de un hombre fuerte, sino más bien de un enfermo, aunque no podía imaginar yo cuál era su enfermedad ni creo que tuviera ninguna. Era alto, gris, con bigote blanco que parecía despegársele del labio. A mí me miraba a veces como si pensara: pobre muchacho ¿Qué culpa tienes tú de que te hayan traído también a esta vida absurda y sin lógica? Era un hombre liberal pero lo que dominaba en su carácter era la fatiga moral y el escepticismo.

Con el menor pretexto se escapaba y me dejaba a mí solo en lo farmacia todo el día.

Creía el boticario que las mujeres eran animales ridículos y que la creación entera había sido un error. Una vez su mujer, que parecía una ratita negra de hocico intrigante y fisgón, le habló de ir a confesar y comulgar y de la vida eterna, y el boticario poniendo una gota de láudano en un terrón de azúcar para su hija Lorenza (le dolían las tripas), dijo: —Yo no quiero vida eterna ninguna. He tenido bastante con ésta, y espero que cuando estire la pata se acabe la función pare siempre.

Aquello representaba cierta valentía que me gustó. No tenía miedo a la muerte y ni siquiera a la «muerte eterna». Yo le miraba

desde entonces con simpatía, pero nunca entablamos amistad alguna —tampoco tenía el boticario amigos fuera de casa— y el pobre hombre iba y venía como una sombra elusiva y amarga.

El primer domingo fui a buscar a Felipe y pasamos la tarde juntos, sin que yo le dijera nada de mi nueva vida. Cuando volví a la farmacia y no a mi casa, el hijo del comerciante se quedó viendo visiones. Estábamos junto a la gran vitrina que tenía un Mercurio volador con el caduceo y las dos serpientes en lo alto.

—Chico —dijo él—. Siempre estás mudándote.

—No. Ahora no vivo con mi familia, sino solo.

Miraba Felipe la casa de arriba abajo, tratando de comprender.

—Es que estudio química —añadí— y necesito cierta práctica. Para eso vengo a esta farmacia. Mi familia se marchó y ahora estoy solo. Más vale estar solo que mal acompañado.

Supuso Felipe que yo había peleado con mi familia, y me miraba con entusiasmo. Pero quería saber más.

—¿Manejas las medicinas, digo todas las cosas necesarias para sanar a las personas?

Yo le dije algunas fórmulas de ácidos y el metabenzamido..., etc., que lo dejó asombrado. Añadí lo de la gota de cianuro en el ojo de un buey. Felipe no veía necesidad alguna de matar bueyes con gotas de cianuro en los ojos, pero seguía rendido de admiración. Yo disimulaba mi verdadera situación de mancebo de botica, no sólo por vanidad, sino principalmente para no decepcionarlo, ya que me admiraba tanto.

No le había dicho a Felipe nada de la horrible aventura del obrero muerto frente a mi casa, ni tampoco de los periódicos que compraba en el puesto de Checa. Tampoco le había mostrado el puñalito de siete filos. La daga «damasquinada y florentina» que recordaba las del Renacimiento y que formaba parte de mi vida

secreta. Esos secretos daban a mi persona fuerza y relieve ante mí mismo.

La farmacia era en su parte exterior destinada al público, muy limpia, brillante, con anchos escaparates. Parecía todavía más luminosa por la multitud de grandes tarros de porcelana que cubrían tres de los muros. El mostrador pequeño, en el centro, con más aspecto de tribuna de orador que de lugar de transacciones. Detrás, una puerta con cortinas verdes comunicaba con la rebotica oscura donde, como dije, había luz artificial todo el día. Más adentro, la rebotica adquiría cierta claridad bajo un tragaluz de cristales. Aquel tragaluz consistía en el pavimento de un patio formado con losetas cuadradas de vidrio. Bajo el lucernario había una mesa de comedor y varias sillas.

Tres veces al día me traían una bandeja con comida. Por la calidad de la comida —bastante buena— y algunos detalles del servicio (cubiertos de plata y servilletas frescas) yo deduje que aquella familia debía pertenecer a la burguesía acomodada. Eran de Asturias y debían tener fortuna porque la farmacia sola no les habría permitido vivir.

La mujer del boticario era amarilla, reseca y entrometida. Pero buena persona. Tenía sus manías como cada cual, pero un fondo bondadoso. De las dos hijas, una gordita se llamaba Felisa y otra más delgada, Lorenza. Esta solía estar enferma a menudo. Las dos, ni bonitas ni feas, Felisa me miró desde el principio con buenos ojos. Lorenza era la niña mimada de su papá y despreciaba a todo el mundo.

Como dije, el boticario escapaba siempre que podía y me dejaba solo. Cuando las clases comenzaron en el instituto, no tenía más remedio que quedarse en la farmacia por las mañanas y cuando yo volvía se marchaba hasta el día siguiente. La salud de todo el vecindario del barrio quedaba en mis manos inexpertas.

No puedo recordarlo ahora sin una sensación de culpabilidad.

Dormía en un cuarto que tampoco tenía luz natural, en la rebotica. A veces, en la madrugada sonaba el timbre nocturno y tenía que levantarme a preparar alguna receta.

Escribí una carta a Valentina bastante ridícula, cuyo recuerdo me avergüenza todavía ahora: «Inolvidable Valentina: Grandes noticias. Ahora vivo solo y trato de capacitarme y ser un día útil a la humanidad. También trato de estar en condiciones de afrontar la lucha por la existencia. Tal vez me capacito para dar días de gloria a la ciencia. No lo sé. Aunque lo supiera, no sería yo la persona indicada para decirlo, tú comprendes.

»Mi última visita a tu familia, con motivo de la cacería, fue de veras encantadora. Tu padre casi se reconcilió conmigo. Tu madre, como siempre. De Pilar no digo nada ahora, sino que es linfática y escrofulosa y le convendría poner una gota de yodo en la sopa cada día en el almuerzo.

«También tu padre podría adelgazar si suprimiera hidratos de carbono. En cuanto a tu madre y a ti misma, sois las dos únicas personas de veras saludables y, como decía Hipócrates, mens sana in corpore sano.

»Estoy bien en mi nueva vida de investigador de los secretos de la naturaleza. Aunque siendo un poco oscuro mi dormitorio, estoy a veces triste y veo los adoquines de la calle mojados por la lluvia, pensando en lo que hablábamos aquella mañana del solanar, el día del jabalí.

»A propósito de la vida humana, tengo en mi mano la de centenares de personas. Al alcance de mi mano hay pequeñitos frascos que... (aquí repetía lo del ojo de buey).

»A veces, mientras yo trabajo con el microscopio, dos vecinas que se llaman Lorenza y Felisa ponen música en su gramófono y hay un disco que dice:

Catalina, yo te adoro...

»Desde donde yo estoy, parece que dice Valentina y no Catalina. Y la voz se parece a la mía. Entonces yo dejo el microscopio y escucho.

»En el instituto, los chicos de este año parecen más pequeños, pero es porque yo he crecido. Un día acabaré la carrera y entonces nos casaremos, pero entretanto, todo se pone en contra de los verdaderos enamorados en este mundo, es decir, en contra mía.

»El año pasado oí decir que iban a traerte a las Paulas, interna. Por un lado, me alegré, y por otro creí que debía lamentarlo. Las chicas internas en ese colegio están encerradas como en una cárcel. Pensar que para vernos tendrías tú que ir al dentista y sufrir las molestias relativas a esa determinación, me parece bastante triste. Más tarde me dijiste que no vienes a las Paulas, sino que te llevan a otra parte. ¿Cuándo? ¿Dónde? Dime lo que sepas, por favor, porque como tú comprendes, en estas cosas lo peor es la incertidumbre. A veces pienso que podría haber una solución para nosotros, aunque parezca un poco utópica. Por ejemplo, podría haber una epidemia y morirse la humanidad entera. Entonces nos quedaríamos solos, solos y juntos tú y yo. Pero ¡ay!, la farsa de la vida se opone.

»Di a tu madre que ...».

Al llegar aquí alcé la pluma y el rostro. Estaba en la rebotica, junto al gran libro con folios numerados donde se apuntaban las recetas, y mis ojos se fijaron una vez más en el estante de las calaveras y las dos tibias (arsénico, estricnina, sublimado corrosivo, cianuros de varias clases). Como la imaginación es libre, yo pensé por un momento que con los venenos existentes en el mundo podía llevarse a cabo la difícil empresa en la que soñaba poco antes. Pero era —me repetía a mí mismo— una utopía. Esta

palabra la había aprendido recientemente y estaba yo todavía en mi luna de miel con ella.

Entre los muertos había incluido, sin darme cuenta, a doña Julia, y eso me produjo luego cierto sentimiento de vergüenza.

Sonó el timbre de la puerta y salí. Un cliente. Era una señora de unos treinta años. Me hizo confidencias extrañas sobre su vida íntima, como si yo fuera un doctor (la mitad de lo que dijo no lo entendí) y me pidió un somnífero. Se fue y yo volví a mi carta, de veras satisfecho de mí mismo.

»Di a tu madre —escribí— que pienso mucho en ella y que ella y tú sois las únicas personas a quienes quiero de verdad en mi vida. Siento reverencia por ella y amor por ti. A veces la imaginación vuela, loca. Valentina mía, ¿qué hacer?

»Si por casualidad tus padres decidieran otra vez enviarte a las Paulas, no dejes de decírmelo con tiempo para ir a la estación. Yo dejaría las clases y el trabajo del laboratorio para ir y ser el primero en decirte: Bienvenida a esta histórica urbe, para iluminar la vida de este pobre trabajador de la ciencia». Esta última frase me pareció un hallazgo, porque todo lo que decía era verdad, y, sin embargo, reflejaba prestigio y grandeza.

Terminaba diciendo: «Tuyo que no te olvidaré nunca. —Pepe».

Ya no ponía posdatas. Mi estilo epistolar iba madurando, pero era, como suele suceder en la adolescencia, rígido e inferior a mi estilo verbal.

En el sobre hice con cuatro rayas finísimas de lápiz un pequeño rectángulo del tamaño del sello de correos. Y en aquel rectángulo escribí con letra muy menuda: «Mi amor por ti es como un torrente de luz que puede oscurecer la del sol». Luego puse con todo cuidado el sello encima y vi que quedaba cubierto. Aquello no lo descubrirían ni Pilar ni don Arturo aunque estuvieran

espiándonos. En las cuatro esquinas del rectángulo puse cuatro estrellitas. Cada una era un beso.

La próxima vez pensé que sería mejor poner tres sellos de cinco céntimos en lugar de uno de quince. Así tendría tres veces más espacio.

Entre semana no salía casi nunca de la farmacia. Alguna vez iba al lugar donde había trabajado antes como aprendiz a buscar algún producto raro que no teníamos. Y charlaba con Letux, quien, al verme a mí «tan bien colocado», se sentía preterido. Y tenía razón. Él sabía más de farmacia que yo.

El tercer domingo libre me fui por la tarde a los porches del paseo de la Independencia. Lloviznaba. Me detuve cerca del puesto de Checa sin saber qué hacer. Las calumnias que había oído contra él no las creía, pero dejaban en mi oído un eco infausto y me acercaba con reservas y resistencias.

Los porches estaban llenos de gente. Los paseantes ordinarios y los que acudían escapando de la lluvia. A pesar de ser Zaragoza una ciudad grande, con más de un cuarto de millón de habitantes, tenía algunas costumbres de aldea y la gente, con lluvia o sin ella, iba cada día a pasear a los porches. Una multitud silenciosa iba hacia arriba y hacia abajo en dos corrientes paralelas y opuestas, como en una noria o en una cadena sin fin. Los jóvenes de sexo contrario se cambiaban miradas curiosas, tiernas, ávidas o indiferentes. De aquel paseo salían muchos noviazgos.

Veía Checa desfilas la multitud y, a veces, hacía un comentario corrosivo, en el fondo del cual había cierta benevolencia, sin embargo.

Aunque Checa amaba a la humanidad, parece que no sentía gran entusiasmo por sus componentes. Me miró y dijo la frase odiosa: —Mancebo de botica. ¿No es eso? Entonces, ¿usted viene de familia humilde?

No sabía qué responder. Le expliqué mi situación y él me escuchaba irónico. Luego dijo: —Yo no puedo quejarme. He sido mucho más pobre. Mi madre fue pobre y yo, naturalmente, conocí la escasez. No cualquier escasez, sino la verdadera, es decir, la indigencia, la penuria, la miseria.

—¿Tan pobre era usted?

—¡Ah, sí! De chico yo conocí el hambre, la desnudez, la piojera. Algunos compañeros míos han tenido y tienen lo que se llama un mal pasar, pero un pasar, más o menos. Yo y mi madre éramos mucho más pobres. Éramos dos menesterosos. El hambre y el frío eran nuestros únicos amigos.

Hacía una pausa y añadía, con los ojos iluminados: — ¡Grandes y poderosos amigos el hambre y el frío! Ellos me enseñaron a ser honrado, es decir, honrado a mi manera.

Pareció un momento confuso con sus propias palabras y como si se arrepintiera de hablarme en aquel tono, pero en lugar de rectificar siguió: —Es importante eso. El hambre y el frío me dieron la fuerza que tengo hoy, si tengo alguna. —Como no estaba seguro de que yo le entendiera, añadió—: Nada hay en el mundo más poderoso que la inocencia del pobre. Sobre todo, cuando ha sido ofendida.

Yo seguía sin decir nada, y Checa continuó: —Y la inocencia es ofendida siempre, con cada paso que da la gente, con cada mirada y con cada palabra.

Soltó a reír y, cambiando de tema, dijo otra vez las palabras intolerables: —Mancebo de botica. No hay por qué avergonzarse. Todo trabajo es honrado. Además, ha habido mancebos de botica famosos, Ibsen, por ejemplo.

Yo no sabía quién era Ibsen. Él me miró con ironía otra vez, luego se pasó la mano por la mejilla, la llevó hacia atrás, comprobó que su oreja estaba donde siempre y dijo: —Tanto vale uno como

otro, y nadie vale nada en resumen de cuentas.

Luego tomé una revista, la abrió y mostró una foto conmemorativa de la inauguración de un ferrocarril treinta años atrás, en 1887. La revista tenía una sección retrospectiva y Checa contemplaba la foto y decía: —Mire usted esta gente. Aquí delante está el gobernador civil de entonces, con sombrero de copa y una banda terciada en el pecho. Este otro debe ser un diputado. Aquí el ministro de Fomento y Obras Públicas, más allá el arzobispo. El ministro acaba de soltar su discurso. Un buen discurso.

—¿Cómo lo sabe usted? Podría ser un discurso malo.

—No, no. Un ministro puede ser estúpido, pero no mal orador. La oratoria es como el traje. ¿Concibe usted un ministro mal vestido? Por lo mismo, no se puede concebir un ministro sin elocuencia. Este hombre con cara de memo acaba de hablar —y Checa tomó un tono rimbombante— de la ciencia redentora, del trabajo benemérito, del progreso hacia el mañana, de la voluntad de acción y de perpetuación y, finalmente, de los desvelos de su partido en general y de él personalmente en la tarea nunca bastante alabada de hacer patria. Los discursos políticos acaban con una alusión a la patria, así como los discursos de los obispos con una alusión a Dios. En lo único que piensa el ministro cuando habla de la patria, es en hacer buen efecto al rey y a los jefes de partido, para ascender en su carrera. Y el obispo, en sus riñones y en su hígado, que funcionan mal a fuerza de comer bien.

La multitud salía del cine, y yo le pregunté a Checa si no entraba alguna vez en el Salón Doré teniéndolo tan cerca.

—No. La gente —dijo con cierta gravedad— va al cine a hacerse la ilusión de que vive una vida intensa mezclándose en los problemas que le presentan en la pantalla. Yo no necesito ilusión alguna. Yo estoy en el centro de los tiempos y las edades. Bueno,

entiéndeme. Tú tienes derecho a sentirte también situado en ese centro del universo. El núcleo de la noche y del día está en un motorcito por el que se rigen el cielo y la tierra. Y ese motorcito lo tengo yo aquí —señalaba su corazón—. También la gente va al cine para ver alguna mujer medio desnuda. No es fácil ver los muslos de la hembra sino en la alcoba o en la pantalla. Bien, yo prefiero la alcoba.

—¿Está casado?

—No, pero tengo mi mujer, es decir, mi compañera.

Éste es —pensé yo— como Planchat, el de Reus. Mi amigo volvía a mostrarme la foto conmemorativa: —¿Ve usted lo que pasa aquí? La mitad de la gente está satisfecha de ser lo que es. La otra mitad se sostiene por la envidia. Y es una envidia ridícula y sin base, porque los que parecen felices no lo son. ¿Qué tiene de envidiable el ser ministro, obispo o gobernador? Se dirá que éstos han triunfado en la vida, pero no hay tal triunfo. ¿Quién los conoce hoy? ¿Quién recuerda siquiera su nombre? Y murieron hace sólo veinte años, tal vez.

Yo miraba la foto, abstraído, y Checa seguía: —Los que no han llegado a la supuesta cumbre están rabiosos, y los que han llegado ya están sólo tristes con su sombrero de copa en la mano, viendo que aquello no valía la pena. Pero nadie es feliz. ¿Usted cree que alguno de éstos es feliz?

—Hombre, según.

Yo pensaba que, con Valentina, en un palacio, en una choza de guardabosques podría ser feliz. Había cosas envidiables, deseables de veras.

—¿Qué cosas, por ejemplo? ¿Dinero?

—No, necesariamente. Pero estar solo con la mujer que uno quiere y tener un poco de independencia...

—Usted es muy joven —dijo Checa— y no seré yo quien le

agüe la fiesta. Se ve que está usted enamorado. Tanto mejor para usted. Pero volvamos a la inauguración de este ferrocarril. ¿Ve a estos tipos tan seguros de sí? Pues ni uno solo de ellos vive. Ni uno solo está vivo ahora. Polvo en el polvo. Huesos y andrajos debajo de la tierra. Nosotros tampoco viviremos dentro de poco, ni usted ni yo.

Veía pasar la gente por los porches y había en su mirada una expresión de frío sarcasmo: —Dentro de pocos años no vivirá ninguno de éstos.

—¿Y qué? Muchos de éstos quizá no merecen vivir.

La expresión de Checa cambió de pronto. Mostraba una especie de atención penetrante: —Es verdad. No merecen vivir. Son todos —añadió con un ligero gesto de repugnancia— gente que sólo vive por su sistema digestivo. Gente digestiva. Hay que comer, claro, y descomer. Hasta que el hombre descubre esos dos placeres y los cultiva, por decirlo así, con fruición, hay la posibilidad de lograr algo del hombre. Después, hay que dejarle rumiar su comida como las vacas, y, como ellas, esperar su fin. Y además, hay que tener cuidado, porque por asegurarse la continuidad de esos dos placeres, ese hombre es capaz de las mayores bellaquerías, ¿No me entiendes? El hombre que lleva algo aquí —y señalaba su cabeza— no se da cuenta de las aficiones ni de los displaceres del cuerpo. Los tolera, pero no los cultiva.

Tenía miedo yo de parecerle a Checa una persona digestiva, y él se dio cuenta y me explicó: —La gente como tú, digo, de tus años, suele ser honrada y limpia.

Mirábamos subir y bajar el río humano de los porches, y yo pensaba: «Esos deben ser los digestivos». Checa volvía a hablar de ellos.

—No vivirá mucho ninguno de ellos —añadió, pensativo.

Dentro de algunos años, todos estarán debajo de tierra con sus huesos fríos, amiguito. Si yo me pusiera encima de este cajón para hacerme más visible y les dijera: un momento, deténganse ustedes un momento. Se hace hora de ir a comer. Y pronto será hora de defecar. Miren el reloj. Pueden ir marchándose ya. Pero no olviden que dentro de unos años, que pasarán tan de prisa como pasaron los que han vivido, estarán ustedes con el sucio hocico contra una tabla podrida y nadie se acordará de ustedes. Habrán dejado menos huella que la que deja un pájaro en el aire. Si les dijera eso, saldrían aullando, espantados. Y algunos, tal vez, querrían matarme. Sin embargo, eso que yo les diría sería una verdad elemental como el a, b, c. Con las demás verdades, por ejemplo las verdades revolucionarias, pasa igual. Entretanto, mire usted aquel babieca con su sombrero de ala ancha y una chaqueta de terciopelo, que dice que es escultor, y que lo es dos horas cada día para los pobres diablos que vienen a pasear por los porches. Algunas chicas, también digestivas y culibajas, lo miran con arrobo y piensan que se parece al héroe de las películas que están dando ahora en el Doré. Antes de ir a dar con el hocico en la tabla de pino del ataúd, querrían que ese tontivano las manoseara un poco, y como no lo conseguirán, morirán de viejas, creyéndose fracasadas y haciendo ofrendas de su virginidad primera (ya perdida) al Espíritu Santo. Porque en eso del sexo, hasta al Espíritu Santo lo quieren engañar.

Sacó Checa dos cigarrillos, me dio uno, encendimos y continuó.

—Todos estos que pasan delante de nosotros no valen el cartucho que gastaríamos en matarlos. ¡Mire usted qué caras! Aburrimiento, envidia y sexo. Unos tienen sólo el recuerdo y otros la esperanza del sexo. Y entretanto, nada entre dos platos. ¿Sabe usted por qué? Porque muy pocos se acuestan con la mujer que

aman. Cada cual se acuesta con la mujer que los acepta, con la que pueden conseguir por las buenas. Para tener la que querrían sería necesario matar seis o siete rivales, robar un banco, Imponerse por todos los medios al grupo social en el que viven. ¿Lo hacen? No. Pero con valentía o cobardía, el sexo pide lo suyo. Y entonces el acto amoroso se convierte en una evacuación más. Los americanos llaman al acto de orinar el número uno, al defecar el número dos. Habría que añadir el número tres. El amor, para el noventa por ciento de la gente, es una evacuación. Y el parto, otra. El número cuatro.

Hizo Checa un gesto de asco:

—Número uno, número dos, número tres y número cuatro. Y un día, la cabeza vacía contra el ataúd vacío: cloc. Los meten dentro, echan tierra encima y se acabó. Otro vendrá poco después a estos porches subiendo con la multitud y bajando con la multitud, la cara de frente y los ojos de soslayo. El sexo tiene su fiebrequita. Por lo menos, su curiosidad. Y los dos actos cruciales y capitales formando el eje de su pobre vida: Digestión y evacuación. Las cuatro evacuaciones. No son todos así. Hay algunos como yo y como usted, pero cuando tratan de hacer algo inteligente, a mitad de camino, ¡cloc!, dan con la cabezota en el ataúd. Al agujero. En la orilla de ese agujero, los curas han levantado misterios y fantasías. Los curas son los sacerdotes de esa humanidad digestiva que sirven a los del comer y descomer los sueños ya hechos para que no se molesten. Y les prometen una eternidad comiendo y defecando (y lo otro también) después de la resurrección de la carne. Porque los digestivos no podrían tolerar la religión si no les prometiera una eternidad, repitiendo las placenteras aptitudes que tienen ahora: número uno, dos y tres. Y suprimiendo, además, como hacen ahora si pueden, el número cuatro, que es un placer moral dudoso y un dolor verdadero.

Entonces (después del valle de Josafat), no serán necesarios los anticoncepcionales.

Se le había apagado el cigarrillo a Checa y volvió a encenderlo. Llevaba un mechero pequeño de plata que revelaba de pronto alguna clase de sibaritismo en sus costumbres. Y seguía hablando: —¡Pobre gente! Mírelos cómo pasan. Mire cómo aquella hembra me mira y tuerce su lindo hocico.

—Para nosotros —dije yo— habrá también un ataúd y un ¡cloc! Eso no hay quien lo evite.

—Sí, claro, pero yo, como cualquier hombre que se estima, tendrá que hacer algo, empujar un poco a la gente hacia adelante, es decir, a un nivel donde se pueda ver tal como es y tratar de mejorarse. Yo haré algo para ellos, yo. Ya veremos lo que pasa. Algo pasará. En esos casos, siempre pasa algo.

Había que tratar de salvar a la gente, según Checa, de su falta de imaginación. De vez en cuando, sucedía en la historia un hecho escandaloso a través del cual se planteaba la redención de los digestivos. Algunos de esos hechos habían sido de veras grandiosos. La muerte de un inocente clavado en una cruz, por ejemplo. Pero los hombres digestivos tienen un don de perseverancia monstruoso y, poco a poco, han hecho que todo aquel sacrificio vaya a reforzar los antiguos patrones básicos de su vida: el placer número uno, el dos y el tres. Volvieron a llevar las aguas a su molino y hoy, en nombre del amor, se cultiva el odio; en nombre de la paz, se hace la guerra, y en nombre del sacrificio y de la modestia y continencia, veinte mil curas bien mantenidos, por ejemplo, comen a dos carrillos, fornican a calzón quitado y sueñan en la degollación de todos los hambrientos que no se resignan a la miseria propia ni a la de sus compañeros, y que discuten los privilegios de la Iglesia.

En aquel momento llegó un obrero con gorra de visera y

bufanda Recogió un paquete de veinte ejemplares de Tierra y Libertad, que Checa arrolló y ató con una cuerda, y cambiaron algunas frases. El acento de Checa era diferente con él. El idioma, se diría, también que era otro.

—¿Qué hay, ciudadano? —preguntó Checa.

—Na.

—¿De na?

—De na. Y un día y otro día, una noche y otra noche. Y cada día ídem de lienzo. La vida es puerca.

—No. La vida está bien. Pero es de otros la vida.

—¿Y el sobrino?

—En la trena.

—¿Quince días?

—No; esta vez lo van a mandar al penal. Ha habido juicio y sentencia.

—A mí me iría bien un poco de esa música. El tiempo sobra en el penal. Entre nosotros, hay muchos que lo han aprendido todo en el penal. Y lo bueno que tiene estar en presidio es que ya no tiene uno miedo de que lo encierren. Tampoco los muertos deben tener miedo de morirse. Algo es algo.

—Pues ya lo sabes, la puerta está abierta para los hijos de puta y también para los hijos de banquero.

—Especialmente para los hijos de puta.

—Eso es. Como yo.

—Por mí no queda. Desde el caso del pavigallo, digo, desde que cayó el de la chaleca colorada.

Yo ponía atención y no entendía una palabra. Y el obrero de la gorra grasienta añadía: —El de la puntilla en la manga. La cosa estuvo buena. Pam, para, pam. Y averigua quién te dio.

—El pavigallo —repitió Checa muy serio— recibió lo suyo. Después de Pascua Florida.

—La cosa ha traído cola. La genoveva siempre trae cola.

El obrero se había puesto el rollo de periódicos debajo del brazo, con un gesto que me pareció de ama de casa, y dijo: — Cuando la hormiguita se sale de la procesión, es para hacer algo.

Aquel obrero se llamaba Lucas y no parecía un hombre fuerte. Su oficio era auxiliar de tapicero. Una temporada estuvo trabajando en un taller de muebles de época. Aprendió entonces a distinguir y hablaba, a veces de los muebles renacimiento y de los Victorianos y de los chipendale. Como digo, Lucas no era oficial, sino ayudante.

Toda su vida había sido ayudante de algo.

—Cuando la hormiguita se sale de la procesión —repetía con un guiño—, es para hacer alguna cosa memorable.

—Eso le decía aquí al joven.

Hasta aquel momento no nos había presentado Checa. Y Lucas se dirigió a mí: —En Rusia el camarrupa gordo dio el espiche.

—Y aquí lo dará un día —dijo Checa—. Cuando llega la marca el agua sube en todas partes. E inunda las ciudades del interior.

—Como la nuestra.

—El gallipavo cayó a la puerta del palomar: para, pam, pam. Fue un buen trabajo aquel.

—Por lo que reza con menda, ese trabajo no me sienta bien. Al fin, la vida es la vida y la muerte es la muerte.

—La muerte sirve a la vida —dijo Checa volviendo al acento grave—. Todo sirve a la vida.

—A la puerca vida.

—No. La vida está bien. Sólo que es ajena. La picadura en el tobillo es algo. Y el gallipavo, a veces, cae con sus púrpuras. Entonces... la vida ha ganado algo. Todos hemos ganado algo.

Al oír esas palabras, creía descubrir que hablaban tal vez del cardenal Soldevilla, muerto a tiros por los sindicalistas

recientemente como venganza —se decía— por el asesinato del jefe obrero catalán, Salvador Seguí. Aquello me intrigaba terriblemente. Pero se hacía tarde. Yo tenía ganas de marcharme y no quería irme solo. Recuerdo que en aquellos tiempos no sabía despedirme de la gente. Sabía cómo afrontarla, pero no cómo despedirme. Al ver que el obrero se marchaba, le pregunté hacia dónde iba y dije que yo llevaba la misma dirección. Nos despedimos de Checa y, como no era cosa de meterse en la corriente cansina de los digestivos, salimos de los porches. Una lluvia fina y casi imperceptible mojaba el menudo adoquín. El obrero protegió amorosamente su paquete de periódicos dentro de la chaqueta. Yo calzaba buenos zapatos y él sólo alpargatas de cáñamo, que con la lluvia se mojaban. Caminaba rápido y silencioso, echando los pies adelante con una especie de agilidad descoyuntada. Hablaba de Checa.

—Tiene buena cabeza —afirmó con verdadero entusiasmo—, pero tiene otras cosas más abajo que son tan buenas como la cabeza. Y esas cosas nunca estorban. Y menos, en los tiempos que corren.

Era Lucas un hombre enteco. Llevaba los hombros un poco levantados como si quisiera esconder entre ellos la cabeza, con un gesto de tortuga. Se veía que formaba parte de los resignados y de los vencidos. Pensé: «esas cosas de más abajo son las glándulas viriles, y no ha dicho el nombre vulgar por respeto a mí. ¿Qué respeto? Al fin y al cabo, yo no era una niña con quien había que cuidar las palabras». Dije yo el nombre vulgar para declarar enfáticamente que aquellas glándulas eran lo único importante en la vida. Lucas se apresuró a negar. ¿Qué hace un hombre con sólo glándulas viriles? El caballo tenía mucho más de eso que el hombre y, sin embargo, el hombre lo montaba y lo castigaba. Concluyó señalando su propia cabeza: —El campanario es lo que

cuenta.

Yo me preguntaba si Checa consideraba a Lucas o no entre los digestivos. Parece que no coincidían en todos sus puntos de vista. Más tarde supe que para Lucas el proletariado era lo único que contaba. Para Checa, era el pueblo y la humanidad entera. Circunscribir a los obreros manuales el destino del universo, era adulación demagógica. «Tú verás —le decía— en lo que acaba Rusia con su revolución proletaria y sus marxistas.» Según Checa, los únicos que contaban en Rusia eran Kropotkin y Makno. Y estaban al habla. ¿Cómo sabía Checa si estaban al habla o no? Pero Checa, desde su pilastra de los porches frente al Salón Doré, parecía enterarse de todo lo que pasaba en el mundo. Es verdad que muchos revolucionarios que viajaban de Barcelona a Madrid o al revés, se acercaban a verlo. Últimamente había estado Wilkens de Asturias, que volvía de Rusia donde vio a Kropotkin y a Makno. Wilkens era un joven vivaz y andariego que se dedicaba a las tareas más irregulares para dar dinero a la revolución.

Escuchaba yo estas cosas asombrado, y Lucas seguía: «El puesto de Checa frente al cine es algo más que un puesto de periódicos». Y tomaba un aire de misterio para añadir: —El padre de Checa acabó levantándose la tapa de los sesos. Hay quien dice que Checa se cargó a su padre, pero eso yo no lo creo. Era Checa entonces muy pequeño. Y se dicen mucha, cosas de Checa. Le han puesto fama y su nombre suena. Entonces le cuelgan todas las cosas tremendas que suceden, sean verdad o mentira. Y lo calumnian. Dicen de él todo lo que les pasa por la mollera. Como puerca es puerca, la gente. ¿No crees?

Yo recordaba a la multitud subiendo y bajando por los porches. Algunos, al llegar a la altura del puesto de Checa lo miraban, con una especie de curiosidad despegada, como diciendo: «Ya sabemos quién eres. Ten cuidado. Tú no eres como

nosotros. Ten mucho cuidado». Checa devolvía terne la mirada y parecía responder: «Tened cuidado vosotros, los digestivos, que yo sé también quiénes sois».

Mientras caminábamos bajo la lluvia, hablaba Lucas de la revolución francesa, que era su fuerte. Le gustaba Robespierre, cuyo nombre pronunciaba con todas sus letras a la manera española. Pero yo no lo oía. Estaba pensando que tal vez yo tenía un hermano bastardo en el hospicio —si mi padre me hubiera demostrado su inocencia en aquella cuestión me habría decepcionado mucho— y que aquel hermanito mío probablemente vendería periódicos también un día como Checa.

—¿Es Checa miembro de alguna organización? —preguntaba —. ¿Sí? ¿Es el presidente? Allí donde está Checa, tiene que ser el primero. A mí me gustaría entrar en esa organización. Porque yo soy de los vuestros.

Lucas me miraba de reojo:

—Eso dicen algunas personas. Eso decía el jefe de policía los días de la huelga. Era de los nuestros, sólo que en teoría. Y en la práctica, pues nos sacudía cada vergazo que temblaba el misterio.

Iba yo con la mano en el bolsillo y contaba mis monedas haciendo cálculos.

—Te convido a un vaso de vino en alguna parte —dije.

Volvió Lucas la cabeza, alertado como un pájaro.

—¿Conoces la casa de Pascual? Vamos, que está cerca. Con esta lluvia, un poco de vino caerá bien.

Caminábamos de prisa y, cuando entramos en la taberna, que era bastante grande, nos sacudimos como perros mojados.

—Aquí el vino es más barato —dijo mi amigo, con una expresión de sordidez que me encogió el corazón.

Todas las mesas estaban ocupadas, y nos acercamos a un rincón donde había un tonel puesto de pie. Dejó encima su

paquete de periódicos y fue al mostrador. Trajo dos vasos de vino, queso y pan. Los dejó encima del tonel y de pie fuimos comiendo y bebiendo. Pero, de pronto, Lucas hizo un gesto de dolor y, un poco encogido, fue a buscar una silla y la trajo. Se sentó y, un momento después, pareció sentirse aliviado.

—Tengo una hernia —dijo.

Sentado al lado del tonel y yo de pie, debíamos dar una impresión rara.

—Trabajo —dijo con una voz opaca—, pero no puedo hacer esfuerzos porque, si se me estrangula la hernia, lío el petate.

—¿Por qué no te operas?

—Es que en ese caso tendría que ir al ejército y cumplir los tres años de servicio. El remedio sería peor que la enfermedad. Esta es la cuestión entre nosotros, digo los pobres. Sufrimos bastantes miserias y luego no nos atrevemos a buscar el arreglo, porque cualquier cambio es siempre para peor. Miseria por miseria, bien estoy.

Añadió que, si no fuera por la hernia, sería oficial tapicero y ganaría más y tendría incluso una ocupación permanente. De momento no hacía más que chapuzas.

Alrededor de nosotros la gente hablaba de toros, de mujeres o de vinos, lo mismo que la burguesía. La gente humilde imitaba a la burguesía y ésta a la aristocracia. En cuanto a la aristocracia, en sus círculos cerrados trataba de imitar a la plebe. Yo tendía la mirada alrededor, incómodo.

—Todos éstos —dije con desdén— son gente digestiva.

No sabía Lucas lo que aquello quería decir, y yo comprobé con orgullo que Checa hablaba conmigo un lenguaje diferente que con él. Más tarde pude ver que Checa hablaba de modo distinto según las personas. Y lo hacía siempre con una extraña pericia y seguridad.

—Checa es pobre y jorobado —dijo Lucas—, pero lleva siempre su genoveva en el bolsillo y es lo que él dice: morir por morir, lo mismo me da una muerte que otra.

Bajando la voz, añadió:

—La policía le tiene miedo a Checa.

Entre tanto, yo calculaba los vasos que podíamos beber con mi dinero y Lucas iba y venía trayéndolos del mostrador. Mucho vino para mí. Andaría yo por el quinto vaso cuando le dije a Lucas que quería vengar al obrero muerto frente a mi casa. Yo lo vengaría. Yo, con mis manos.

—Las manos no bastan. Hay que tener algo más.

Saqué del bolsillo interior mi puñal y lo mostré disimuladamente. Pasó Lucas los dedos por la hoja amorosamente, luego acarició la larga empuñadura incrustada de nácar con las iniciales de mi padre, que eran iguales que las mías, grabadas en plata bajo los gavilanes. Lo volvió a su vaina y dijo: — Buen empeño. En caso de necesidad, te darían cincuenta pesetas, como hay Dios.

No era la reacción que yo esperaba. Lucas era un vencido, un enfermo. Un héroe no empeña su arma. Aunque sólo fuera, en mi caso, un héroe potencial. Pero se acabó mi dinero y salimos. Pregunté a mi amigo qué podíamos hacer para vengar al obrero muerto, y Lucas suspiró y dijo: —Por el momento, lo que hay que hacer es destruir el Estado.

¿Cómo se podría destruir el Estado? Yo llevaba en el bolsillo Germinal y pensaba leerlo al llegar a casa. Tal vez en aquel número, todavía fresco de tinta, se diría la manera de acabar con el Estado. Eso, «por el momento». ¿Y después, qué?

Vivía Lucas en el barrio de San Pablo y caminamos juntos hasta mi farmacia, que estaba cerrada, como todos los domingos. Abrí con mi llave el candado que cerraba la persiana de metal,

mientras Lucas no acababa de salir de su asombro.

—¡Anda, la osa! ¡Eres un mancebo de botica!

Mientras yo me disponía a entrar añadió, codicioso: —
¿Podrías hacerme un favor? ¿Puedes darme una camiseta?

Era una petición extraña, pero, en fin, yo tenía camisetas en mi baúl, fui a buscar una y la saqué envuelta en un periódico. Lucas miraba el envoltorio sin comprender: —¿Tan grande?

Lo que Lucas quería era un preservativo. Cuando se aclaró el equívoco, yo le recordé que aquello costaba dinero y no podía dárselo porque no era mío. El hecho de que me lo pidiera me chocaba bastante, aunque lo hiciera con un eufemismo: una camiseta. ¡Bah! Por aquel deseo de Lucas, mi amigo, yo me sentía un poco vejado. Todo se hacía de pronto incómodo en nuestra relación.

Lucas soltó la carcajada, me dio la mano y se fue, repitiendo: «Dice que no es suyo. No puede dármelo porque no es suyo». Y reía calle arriba, en las sombras de la noche. Yo pensaba ofendido: «Debe de estar borracho, el pobre.»

El incidente me hizo cavilar aquella noche. Tal vez yo debía habérselo dado. Sin embargo, recordando a los clásicos griegos, pensaba que la verdad no puede sufrir con su propio aumento (era una experiencia mental que hacía a veces) y trataba de ver adonde me llevaría mi obligación de dar un preservativo a cada revolucionario. Imaginaba una multitud de obreros esperando en fila delante de la farmacia para obtener un preservativo gratis, y no me parecía moral aquello. Si no estaba bien con diez mil, tampoco estaba bien con uno. Y Lucas había pedido «una camiseta». Bah, el eufemismo era ridículo. Yo le había mostrado mi amistad ofreciéndole una de las mías, y no era eso lo que quería. Bien. No era culpa mía.

Por otra parte, teóricamente yo podía argumentar que la

revolución necesitaba soldados. No había que abusar de las camisetas.

Finalmente me acordaba de una vecina vieja que se pasaba el día en su balcón frente a los cristales de mi farmacia. Los ojos de aquella vecina ya vieja y seguramente enferma parecían vigilar me con una fijeza obstinada. Era fea, triste y denegrida. Yo la llamaba «la pioja». Y le tenía miedo. En invierno, detrás de los cristales. Más tarde, en verano, sentada en una silleta en el balcón, se estaba las horas muertas. No sonreía nunca. Debía estar medio paralítica, la pobre. Pero sus ojos eran sombríos y escrutadores. Era, «la pioja», como la imagen de la justicia burguesa que me espiaba.

Aquella noche en la rebotica, antes de acostarme, hice un experimento que había aprendido con Letux. Pulvericé una pastilla de clorato de potasa, la mezclé con unos cristalitos de permanganato, puse una pulgarada de azufre y luego con una varilla de cristal mojada en ácido sulfúrico dejé caer una gotita, apartándome prudentemente. Aunque se trataba de pequeñísimas cantidades, la explosión produjo una esfera de fuego blanco, bastante grande, que me socarró las cejas. En el corazón de aquella esfera había una luz purísima mucho más radiante —pensaba yo— que la del sol. Pero aquella luz duraba poco tiempo. Era deslumbradora, pero se extinguía en seguida. Un día descubrí que aquella misma luz la podía producir quemando oxígeno puro. Es decir, el oxígeno puro no ardía, pero proyectando un chorro de aquel gas sobre una cerilla encendida, ésta tomaba las mismas cualidades luminosas que la explosión de permanganato y de clorato de potasa. El descubrimiento me pareció soberbio.

Teníamos nosotros un tanque de hierro cilíndrico, cargado de oxígeno y puesto de pie en un rincón. Y pensaba utilizarlo para

producir a voluntad la luz de las auroras. Es decir, las auroras artificiales.

Entretanto, pasaban los días.

Me había hecho un poco amigo de las hijas del farmacéutico, especialmente de Felisa, la gordita. Esta suspiró un día en la sombra de la rebotica y retuvo mi mano cuando le di una cajita de glicerofosfatos de cal para su hermana. Yo la retiré, alarmado, sintiéndome un poco ridículo porque en el instituto, cuando se quería burlar un chico de la timidez sexual de otro, decía de él que era el casto José. Me aparté de Felisa torpemente, ofreciendo a Valentina el sacrificio de mi dignidad viril de mancebo de botica.

A pesar de mi rechazo, Felisa buscaba ocasiones de estar conmigo a solas. Pocos días después daban en el Salón Doré una película en colores con la vida de Cristo. Decidieron ir las dos hijas del boticario conmigo, por iniciativa de Felisa. El boticario se quedaría en la farmacia. Al salir con las dos muchachas vi en la casa de enfrente los ojos de «la pioja». Me miraban a mí y miraban a las hijas del boticario, indiferentes, lejanos y fríos. Yo me sentía culpable. Al llegar al cine, ellas querían pagar su entrada, pero yo me adelanté. Era un «caballero». Con mis tres duros mensuales de sueldo.

Como siempre, la vida de Jesús era conmovedora. Recuerdo especialmente la escena de la crucifixión, cuando queda clavado en la cruz sobre un cielo tormentoso, en agonía. En aquel momento la orquesta del cine tocaba la parte de Peer Gynt que se refiere a la muerte de Assa, y aquella melodía triste y dulcísima unida a la imagen de un hombre inocente crucificado, mientras el lienzo que cubría las ingles de Jesús se movía agitado por un céfiro natural, me impresionaba de veras. Aquel céfiro en los cendales daba a la escena un verismo tremendo. Yo había visto a Jesús crucificado en los grabados y las esculturas. Pero siempre inmóvil.

Y, entonces, no sólo se movía un poco del lienzo, sino también su cabello ensangrentado. Y sus labios, diciendo algo. La música de Peer Gynt era angustiosa y dulce, amarga y acariciadora. De las dos chicas, la gorda, Felisa, lloraba y me cogía una mano. La flaca, refiriéndose al cuerpo estatuuario y atlético de Jesús, me dijo: —Ya ve usted. Si Jesús hubiera querido, con lo fuerte que era, no habrían bastado todos esos soldados romanos para sujetarlo. Pero no quiso.

Parecía Lorenza una chica razonadora y práctica.

—Es posible —dije retirando la mano que me había cogido Felisa y pensando en Valentina.

Me preguntaba yo si aquellas dos mujeres pertenecían o no al género digestivo. Checa lo sabría con la primera mirada. Pero cuando salimos (Felisa secándose aún los ojos húmedos de lágrimas, no sé si por mí o por Jesús), el puesto de periódicos estaba cerrado.

Volví a mi farmacia.

Sintiéndome desgraciado en aquella oscura rebotica, pensaba a veces en mi familia, pero nunca en mis padres, sino en mi abuelo, a quien no había visto hacía años. Pensaba escribirle una carta, pero no era mi abuelo esa clase de personas que recibe cartas hablando de afectos y otras cosas vanas. Para él, una carta era la noticia de una muerte o de un negocio —un contrato de compra—. Yo no le escribía pero, como digo, pensaba en él.

Su pueblo parecía, desde el balcón de mi cuarto, en la aldea, una bandada de becasas blancas posadas en la orilla.

No era el pueblo con cuyos chicos peleábamos a través del río, sino otro que había más arriba, es decir, cuatro o cinco kilómetros al norte.

Desde la rebotica oscura, el pueblo de mi abuelo me parecía una especie de lugar ideal adonde, sin embargo, no valía la pena

ir, ya que Zaragoza era una ciudad grande con tranvías y automóviles y las calles mejor pavimentadas que muchas habitaciones interiores de mi aldea o de la de mi abuelo.

Cuando pensaba en mi abuelo, lo veía —cosa rara que algún día explicaré— con las manos en el aire y bailando el bolero. Un baile que ya no bailaba nadie. El bolero. ¡Bah! Pero ya digo que otro día lo explicaré.

El domingo siguiente me apresuré a ir a los porches. Con Checa estaba un hombre aburguesado hablando de cuestiones financieras. Le había comprado El Economista y cambiaban opiniones. Hablaba Checa del presupuesto nacional, que anunciaba inflación. Se veía que el cliente de El Economista tenía respeto por Checa. Y le pedía su consejo sobre algunas materias concretas.

Cuando ese cliente se marchó, mi amigo cerró su puesto de periódicos y me dijo que iba a alguna parte. «Le acompañaré», dije yo, alegremente.

Pero Checa me miró con gravedad y dejó caer estas palabras: —Si vas conmigo por la calle, te fichará la policía. Y si la policía te ficha, te arrestarán cada vez que haya un motín en la calle.

Yo sentí cierta alarma y volví a la farmacia confuso, no por miedo a la policía, sino por la negativa de Checa. Me encerré en la rebotica y estuve pensando cosas deprimentes. Las relaciones mías de cada día eran con personas cuya frecuentación me causaba displacer y ninguna ventaja circunstancial. Trataba sólo con personas digestivas, como la familia del boticario, o amenazadas, como Lucas y Checa, de ir a la cárcel en cualquier momento.

Los «digestivos» me daban sólo tres duros de sueldo y los otros me ofrecían la perspectiva de ir a la cárcel. Ese camino no era el más adecuado para casarme un día con Valentina.

Pero ¿qué podía yo hacer para remediarlo?

Encima de la rebotica, en su cuarto, Lorenza tocaba el gramófono. Había entonces algunas fuertes emociones en mi vida ligadas a recuerdos musicales. Por ejemplo, el pasodoble de Moros y Cristianos me recordaba el muslo desnudo de Valentina en el carrusel del parque de Santa Engracia.

El pasaje de la muerte de Assa en Peer Gynt me recordaba a Jesús en la cruz y me conmovía también, aunque de otra manera. Para mí, Jesús había sido asesinado por los curas, ya que sus mayores enemigos habían sido los sacerdotes del templo de Jerusalén, vestidos también con sotana y solideo. (Como los de ahora.) Estas dos sensaciones eran las más fuertes —por el lado musical— en aquellos días. Y, sin saber cómo, ligaba la melodía de Peer Gynt al recuerdo de la sangre del obrero muerto en la calle. Los curas solían decir que la Iglesia era el cuerpo de Cristo. La Iglesia bendiciendo a los verdugos y adulando a los duques no podía ser el cuerpo de Cristo, que andaba por los caminos del mundo sin una piedra donde apoyar la cabeza. Los obispos tenían buenas almohadas de plumas en sus camas de alabastro con colchas de seda. El cuerpo de Cristo eran los hombres humildes, sobre cuyas espaldas inocentes pesaba el mundo entero. Jesús había sido uno de ellos. Era Jesús un hombre inocente al que aplastaba con todo su peso ominoso la sociedad de los digestivos.

Siempre pesa la creación entera sobre el hombre puro.

Aquel día estaba yo triste, porque había recibido una carta de Valentina donde me decía que mi hermana Maruja le había escrito desde Caspe revelándole pérfidamente que yo era un miserable mancebo de botica en Zaragoza. Y añadía Valentina que llamarme a mí mancebo de botica demostraba la ignorancia de Maruja. La pobre Valentina me creía a mí por encima del mundo entero y yo se lo agradecía mucho, aunque tenía que aceptar que Maruja

estaba en lo justo.

Como mi padre me había dicho que acudiera a mosén Orencio si necesitaba algo, fui un día a pedirle veinticinco pesetas sólo por ver cómo reaccionaba (yo no tenía verdadera necesidad de ellas). Naturalmente, don Orencio me negó el dinero. Dijo que yo tenía las necesidades de la vida cubiertas.

—Las de la vida, sí. Pero no las otras.

—¿Cuáles son las otras?

Yo estaba indignado y dije, alzando la voz: —La exterminación de los purpurados.

Estando reciente el asesinato del cardenal Soldevilla, mis palabras debían sonar bastante raras y alarmantes. Mosén Orencio me miró, confuso, y por fin vi que la luz de sus ojos iba tomando una dirección agresiva y venenosa.

—¡Miserable! —gruñó—. ¿Con qué granujas andas?

Acudía el ama y se quedaba en la puerta mirando como una gata asustada.

—Esas palabras te costarán caras —decía mi tío, rojo de ira— porque le escribiré a tu padre.

Había un gran Cristo en la pared y, por una asociación inconsciente, creí que se movía el lienzo que cubría las ingles de Jesús y también su cabello. Un céfiro imaginario entraba en el misterio de aquel cuadro y actuaba como en la pantalla del Salón Doré. Salí sin las veinticinco pesetas. Detrás, repetía mosén Orencio: —Hoy mismo escribiré a tu padre: ¡Golfo! Tú vas a ser un día la vergüenza de la familia.

Por la tarde encontré a Lucas, quien me dijo que Checa no estaba en Zaragoza porque había ido a la Cartuja Baja, donde celebraban una reunión plenaria los comités de la federación local de sindicatos.

Una reunión clandestina, claro.

Decidí ir a la Cartuja yo, a pie y sin dinero. Pensaba que una vez allí, Checa y los suyos me recibirían amistosamente. No comprendo lo que yo buscaba en aquella aventura, como no fuera una protesta contra mosén Orencio y mi deseo de hacer algo esforzado.

Mi disposición al sacrificio. Al placentero sacrificio. Ir a pie a la Cartuja —veinte kilómetros—, era cosa seria.

El caso es que salí por la carretera del mediodía y anduve los veinte kilómetros sin detenerme un momento a descansar. Estuve una hora en la Cartuja, sin hallar a nadie en las tabernas ni en otros lugares a los que me asomé. Tuve cuidado de no preguntar en ninguna parte por Checa, y cuando me convencí de que había perdido el tiempo, volví sobre mis pasos. Hice otros veinte kilómetros al regreso, sin poner en mi pobre estómago otra cosa que un trago de agua de una fuente pública.

Mi fatiga me gustaba. Me consideraba un verdadero mártir de la causa. En mi bolsillo interior llevaba la daga florentina, damasquinada, de los siete filos.

Cuando llegué a Zaragoza y a la farmacia era cerca de medianoche. Estaba tan fatigado, que me acosté sin acabar de desnudarme. En cuanto me quité las botas y me recosté en la cama, me quedé dormido. Al día siguiente tuvo que despertarme el boticario una hora después de la acostumbrada para abrir las puertas de la calle. Fuera, había algunas personas esperando. No entendía el boticario que yo durmiera vestido y cruzado en la cama.

Como he dicho otras veces, la farmacia era pobre. Y el boticario tenía pocos escrúpulos. «Si alguien viene a comprar cocaína o morfina —me dijo un día— y la paga bien, se la vendes. A seis pesetas el gramo.» La cocaína pesa poco y un gramo era una cantidad no tan pequeña como se podría pensar. Formaba en la

balanza de precisión un montoncito respetable. Pero así y todo, era cara. Los viciosos fueron enterándose y acudían. A veces venían de noche, a las dos o a las tres de la mañana. Era bastante incómodo. Una noche vino una mujer con el pelo amarillo, los párpados pintados, un perrito pequinés en el brazo y cierto aire sonambúlico.

Hablaba con acento extranjero y debía tener treinta o treinta y cinco años. La primera vez vino con un hombre de aire afable y un poco derrotado. Como yo había sido despertado en pleno sueño, salí con el cabello revuelto y la cara un poco congestionada. Ella me miraba en éxtasis, mientras yo ponía la cocaína en una bolsita de papel de seda y decía.

—Seis pesetas, señora.

—Seis millones de pesetas te daría yo a ti —y añadió un comentario absurdo—: con el pelo alborotado parece una muchacha.

Yo la miré indignado, y el hombre que la acompañaba la disculpó con un gesto, como si dijera: está loca.

Aquella impertinente observación venía en fin de una mujer. Y la mirada de aquella hembra era tan amorosa para mí, por un motivo u otro, que no me atrevía a protestar. Además, según me había dicho el boticario, los cocainómanos eran gente degenerada e irresponsable.

Estaba bien. Podía decir lo que quisiera.

Aquella mujer debió haber sido hermosa, pero había en su rostro un detalle odioso. Su nariz parecía independiente del resto de su persona. Se inflamaba o disminuía, se ponía roja o blanca según estados de ánimo que sólo ella —la nariz— conocía. Aquella mujer, tal vez sorbía la cocaína por la nariz, y el contacto con aquel alcaloide había irritado e inflamado las mucosas. Hablaba como si estuviera resfriada y su pobre nariz, que en tiempos debió ser

delicada y estilizada, parecía un apagavelas.

Y yo le parecía una muchacha. Y por eso le gustaba. Las cocainómanas eran así.

Algo había en ella de frágil y frustrado que reclamaba simpatía, a pesar de todo. Una noche que vino sola, mientras yo le ofrecía la bolsita de papel de soda, ella me acarició el rostro murmurando ternezas y diciendo que parecía, no una muchacha, sino un niño. Añadió, bajando la voz, que le gustaría pasar a descansar adentro. Yo me puse colorado y dije que no, y entonces ella, sin dejar de mirarme con ternura, preguntó: —¿Quizá tiene novia mon beguin?

Yo afirmé con la cabeza y, ella se deshizo en exclamaciones de admiración por mi fidelidad. Con todo aquello me sentía bastante humillado. Yo tenía catorce años y ella podía ser mi madre, es verdad. Pero, frente a aquella hembra de la nariz autónoma, me sentía mucho más pequeño. Aquello me irritaba contra mí mismo. Otro día vino a la farmacia hacia el mediodía, cuando yo volvía del instituto, y se llevó la cocaína sin pagarla porque, según dijo, se había dejado el dinero en el hotel. Al marcharse se detuvo en la puerta un momento, deshaciéndose en gorgoros graciosos de pájaro mientras que la silenciosa vecina de enfrente —la pioja— miraba desde el balcón, impasible y atenta. Yo me quedé indeciso y confuso.

Vivía la cocainómana en un hotel-pensión del paseo de la Independencia que se llamaba Parisiana. El farmacéutico, al saber que yo le había dado crédito a aquella mujer, se puso furioso y me envió al hotel a cobrar.

—Además —dijo muy serio— no vuelvas a darle cocaína a nadie si no pagan a toca teja.

El hotel era un lugar donde se hospedaba gente bohemia y trashumante con algunos medios. Me dijeron cuál era el número

del cuarto y allí fui, aunque no me hacía ilusiones sobre el resultado de la gestión.

Comprendía que aquella mujer de la nariz inflamada pagaría si tuviera dinero, pero no debía tenerlo nunca. Era honrada y lo deducía de aquella afabilidad suya, que era fatal e inevitable y revelaba alguna clase de miseria. Y de amor por mí. Una mujer que me quería tanto, tenía que merecer alguna clase de respeto.

El cuarto era grande y estaba desordenado y revuelto. Detrás de ella apareció el perrito ladrando. El enfado de aquel minúsculo ser gruñidor tenía gracia.

Dije a lo que iba y ella fue a la mesilla de noche, buscó en el fondo de un cestillo que había en la mesa. Entretanto me llamaba «mon chéri». Yo sabía que no hallaría nada. Por fin, dijo que su esposo no volvería hasta la noche. Al decir mi marido, decía «bi barido» y su pobre nariz inflamada resaltaba más. El perrito seguía gruñendo. El cuarto olía a cerrado, a perfumes agrios y creo yo (si la memoria no me engaña) que a orines viejos. Tenía ganas de marcharme y me fui por fin con las manos vacías, después de negarme a las invitaciones a «pasar y sentarme» que reiteró la mujer rubia una y otra vez. La nariz de aquella mujer me intimidaba.

Ya en la calle fui a ver a Checa y le dije lo que me pasaba.

—Esos son espías —dijo él—. Espías franceses. A esos pobres diablos los pagaba el kaiser con el dinero de los idiotas que compraban bonos de guerra, Se acabó el káiser, se acabaron los bonos de guerra y se acabaron los espías.

Si aquello era verdad, la mujer rubia de la nariz opulenta era una de las causas de la ruina de mi padre. Eso la hacía simpática para mí y a veces un poco siniestra. Checa decía algo sobre la iglesia, la policía, la falsa cultura, el militarismo, la guerra. Otra vez la guerra. Siempre la guerra en puerta. Mientras existiera el

Estado, habría guerras y espías y gente como aquélla.

Escuchaba yo, absorto. El desdén de aquel hombre para todas las cosas que los demás veneraban, me parecía admirable.

La gente digestiva no iba a los porches hasta media tarde. Por la mañana eran los porches una calle como las otras, con los comercios concurridos, y cuando el sol era fuerte, en verano, bajaban unas persianas de esterilla que cubrían los huecos de los arcos. Quedaba entonces aquel lugar sumido en una suave penumbra. Pero no era verano, entonces. Yo no podía resistir y le conté de pronto a Checa mi excursión a la Cartuja en busca suya.

—¿Por qué hizo usted eso? —preguntó muy grave.

—Lucas me dijo que estaban celebrando allí sus reuniones y quise ir a ofrecerme por si podía ser útil. Digo útil a la causa.

—A Lucas —dijo Checa sin oír lo de la causa— habrá que cortarle la lengua un día, porque no sabe callarse. Yo le enseñaré a callar, a Lucas.

Lo defendí y hablé de su pobreza y de su hernia.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Recordaba que Lucas no quería operarse por miedo al servicio militar. Entonces sus deficiencias de carácter debían ser culpa del Estado, también. Entretanto, pasaban algunas mujeres hermosas que nos miraban un momento distraídas.

—A tu edad —dijo Checa arrastrando perezosamente las palabras— tú no tienes por qué ser útil a la causa.

Pero Checa pareció arrepentido de hablar de aquel modo y cambió de conversación. Miraba los bastidores de propaganda del cine: Jesús atado a la columna, y dijo con aire soñador: —Cristo era el anarquista más puro que ha conocido la historia. Los cristianos de la primera época eran buenos revolucionarios. ¿Sabes lo que decía san Pablo? Decía que el que no trabaja no tiene derecho a comer. Anda a repetir eso a la iglesia de San Gil en

la misa de doce, con todos los digestivos y las digestivas vestidos de fiesta y llenos de joyas. Verás lo que te responden. Si no tienen derecho a vivir, porque sin comer no se puede vivir, toda esa gente que vive en las casas del paseo de la Independencia, los do un lado y los del otro, deberían ser ahorcados. En nombre de san Pablo, pues, podemos comenzar ahora mismo.

—¿Eh?

—En una misma noche los podríamos ahorcar a todos, según san Pablo, claro. Y según la ley natural.

Yo pensaba en ahorcar por el momento sólo a don Arturo. Hablé de los notarios y Checa dijo de ellos, ironizando, cosas tremendas. Luego conseguí que Checa hablara mal de los curas, de los gerentes de las casas de comercio como Fernández, de los boticarios, de todo el mundo. En cuanto a los profesores...

—Esos —dijo Checa con desdén— sirven al que les da el mendrugo. Los únicos intelectuales que merecen respeto son los que, desafiando al mundo, vienen a nuestro lado en plena batalla. Salvochea, Ferrer, Kropotkin, Reclús, Tolstoi, Zola, Proudhon, Max Netlau, Luisa Michel...

—¿Una mujer también?

—Una mujer. Ha habido muchas dulces criaturas que han venido a nuestro lado.

Yo pensaba en Valentina. Si ella venía a mi lado, todo sería mejor en el mundo, al menos para mí. Estaba claro que por el camino ideal de Checa mi relación con Valentina podía ser más fácil. Le dije a Checa que, con sus ideas y la destrucción del Estado, mi vida sería un edén, y Checa declaró que no había edén en parte alguna de la creación y que después de destruir el Estado habría sólo condiciones un poco más lógicas, pero nada más.

Cuando me separé de Checa, aquella mañana, iba pensando: ¿destruir el Estado? ¿Y después no habría edén alguno? Me perdí

en un laberinto de hipótesis. Lo que pasa —decidí— es que Checa no quiere que nadie viva de ilusiones, y en eso tiene razón. Pero edén, lo habría. Vaya si lo habría.

Estuve algunos días recordando aquello con desánimo. Por un lado, para tener conmigo a Valentina tenía que estudiar diez años «con aprovechamiento», como decían los maestros. Por otro, había que destruir el ejército, la marina de guerra, la policía, la iglesia combatiente (no la orante), la universidad, los tribunales de justicia, las cárceles, los palacios de los nobles y algunas otras cosas como la hacienda pública y los bancos. Había que destruir todo aquello para hacer posible un estado de cosas más propicio que no sería todavía la felicidad. Aunque tuviera a Valentina. Pero en eso Checa se equivocaba. Había un edén. Claro que lo había. Lo único lamentable en todo aquello era que mi única arma para acabar con el Estado era el puñalito de nácar y ámbar de siete filos.

El futuro no se presentaba fácil para mi amor.

Contestando la carta de Valentina hice en el sobre, como otras veces, un recuadro con lápiz del tamaño de tres sellos de cinco céntimos, y escribí dentro: «Tu padre, Pilar y otros elementos digestivos deben ser ahorcados, según san Pablo». Luego me asusté un poco, rompí el sobre y escribí otro poniendo en el recuadro de los sellos: «Te beso en todo tu cuerpo bonito desde la frente a los pies». Pero volví a romperlo y escribí el tercero diciendo: «Mataré con cianuro a quien te aparte de mí». También me pareció excesivo y en el último, por fin, me limité a poner: «Sin ti yo no podría vivir, Valentina. Te envío muchos besos en los labios». Hasta entonces yo le había enviado besos, pero sin decir dónde. Diciendo «en tus labios» el aire se encendía a mi alrededor.

Luego pensé que, cuando estuviera a solas con Valentina, la

besaría en los labios y en la espalda y en las rodillas y, algún día, en todo su cuerpo.

Un domingo por la mañana encontré en la calle a mosén Orencio, que iba con el manteo recogido y, a pesar de sus años, caminaba con alguna gracia torera. Cuando me vio se detuvo en seco. Yo no pude hacerme el desentendido. Mi tío se acercó, me tomó del brazo y me dijo: —Te perdono tus impertinencias de la última visita. Al fin, eres mi sobrino y yo sé que no tenías intención ofensiva. Ven conmigo.

Me llevó a una reunión de las Conferencias de san Vicente de Paúl que se celebraba en una casa próxima. Había quince o veinte mujeres y dos o tres hombres, todos con un aire sórdido de beatos. Mi tío se sentó en la presidencia, hizo un discurso en tono menor y después un hombre pasó con una bolsa de terciopelo, y cada uno dejó caer en ella algún dinero. Yo no puse nada. Me parecía ridículo aquel sistema de recoger dinero para caridad, en una ciudad donde había tanto rico y donde todos ellos eran o declaraban ser católicos. Desde la presidencia, mi tío me vigilaba.

Alguien contó las monedas y se levantó a decir que la cantidad total era de catorce pesetas y treinta y cinco céntimos. Mi tío volvió a hablar, declaró que aquella organización de caridad me aceptaba a mí como uno de sus miembros (yo no lo había solicitado) y que lo que necesitaban precisamente era elementos jóvenes y, sobre todo, varones que infundieran energía y dinamicidad al ejercicio de la piedad cristiana. Luego, en mi nombre puso en la mesa una moneda de cinco pesetas, que sacó de su bolsillo. Yo lo miraba con ironía, porque sabía que era bastante tacaño. Cuando el acto terminó, pensé que mi tío me dejaría en paz, pero me cogió del brazo, me llevó a un cuarto próximo y me dijo, señalando con el gesto a un grupo de señoras: —Vas a ir con este comité a distribuir los bonos.

Eran tres mujeres narigudas y negras como tres cuervos disecados. Él siguió diciendo, al ver que yo no comprendía: Los bonos son unos vales con los cuales pueden comprar alimentos las familias pobres que vais a visitar.

Salimos todos juntos, pero mi tío se fue a su casa mientras nosotros entrábamos en otra de apariencia muy pobre. Yo pensaba que mi tío gastaba en vinos, al cabo del año, más de lo que la congregación de san Vicente de Paúl recogía en todo el distrito. Pero subía la escalera con los tres cuervos, lleno de curiosidad.

Apareció una mujer de unos cincuenta años, que seguramente en la vida ordinaria era agria e intemperante, pero que simulaba en aquel momento cierta dulzura.

El cuervo paulino más viejo hizo un pequeño discurso, preguntó por el padre que estaba enfermo, por el hijo (accidentado en la fábrica y herido, pero que acababa de salir del hospital), y al saber que éste último caminaba ya, aunque con muletas, retiró una de los tres vales que habían sacado de la cartera donde los llevaba todos. Es decir, que iba a dar tres bonos, pero decidió dar sólo dos. Yo vi que uno de los vales era por la cantidad de cuarenta céntimos y el otro por treinta y cinco. Todo lo que podían comprar con aquello era un pan y medio litro de leche. Y la que parecía presidir a las paulinas volvió a hablar. No decía el nombre de Dios sin suspirar, como si la existencia de Dios en los cielos le causara a ella una gran fatiga.

Y solía decir en los pequeños apartes: «Somos míseras larvas del pecado». Ella parecía una larva de algún insecto grande, ya muerto y amortajado y puesto de pie sobre ruedas. Porque debajo de sus largas faldas parecía no tener pies.

Estaba yo abochornado y, por una rara tendencia compensatoria, tenía ganas de reír.

Al ver los vales, la mujer torció el gesto.

—¿Qué sucede? —preguntó la larva del pecado.

—Nada, señora. Ustedes son verdaderas santas, pero los tenderos son como son y quieren explotarnos, sabiendo que esto es una caridad de las señoras. El vale es poco, pero muchos pocos hacen algo, y ellos sólo se cuidan del interés del dinero. Así que nos dan en artículos menos de su valor.

La larva del pecado estaba dispuesta a defender la importancia de aquellos dos vales, con los cuales creía estar ganándose la vida eterna, pero se limitó a decir: —Yo transmitiré su queja a la superioridad.

—No, no —dijo la mujer asustada—. Si no es queja ninguna. Eso lo decía porque pienso que a las señoras les gusta estar enteradas de lo que sucede con esa caridad que hacen. Y si nos dieran la limosna en dinero, sería mejor. Eso es.

Las tres urracas se levantaron. Yo no me movía del asiento. La larva del pecado se dirigió a mí: —¿Viene usted?

—No, señora.

—¿Se puede preguntar por qué?

—Usted puede preguntar si ése es su gusto. Pero yo no estoy obligado a responderle.

—Tendré que dar conocimiento al capítulo.

Las mujeres estaban confusas por el hecho de que yo me quedara en aquella casa. Era como una deserción. Pero yo me sentía culpable delante de aquella pobre mujer, a quien se suponía que habíamos ido a ayudar. Salían las urracas y no querían salir sin mí.

—¿Viene usted, o no? ¿No? ¿Cómo se lo explicaremos a su tío don Orencio?

—Como ustedes quieran.

Todavía no se iban. Yo alcé la voz y dije, incorporándome a

medias en la silla: —¿Es que no saben marcharse? ¿Es que están clavadas en el suelo por sus pies sucios de beatas?

Entonces se fueron las larvas del pecado escaleras abajo, escandalizadas. Yo dije a la pobre mujer, señalando los bonos: — ¿Eso es todo lo que traen? ¿No es una miseria?

—Y que lo digo, ¡Ah, las viejas putas! Mal rayo las parta.

Reímos de buena gana.

Le dije mi nombre y dónde vivía, le advertí que si necesitaba alguna medicina fueran a mi farmacia, pero que no tratara con el boticario sino conmigo, porque yo... Me contuve a tiempo, antes de decir que no les cobraría nada. Ella comprendió, sin embargo, y vi la gratitud en sus ojos. Más que las medicinas gratis, me agradecía que yo fuera un trabajador también y que renegara de los cuervos paulinos. Yo quería marcharme, pero no sabía cómo. En aquella edad mía, esa dificultad me confundió bastante durante algo más de dos años. No sabía cómo separarme de las personas. Por fin, le tomé a la mujer las dos manos, se las estreché con fuerza, y le hice apuntar mi nombre y el de mi farmacia. Luego me fui, un poco avergonzado a pesar de todo.

Suponía que mi tío mosén Orencio no querría saber más de mí cuando se enterara del incidente. Por otra parte, yo había observado algún cambio en su manera de tratarme. Al saber que ya no era hijo de familia sino un vulgar mancebo de botica, me trataba con desvío. Era posible que se sintiera disminuido por el descenso de su sobrino en la escala social. Así era él.

El segundo año en el instituto (que era el cuarto del bachillerato) fue corno el anterior, más o menos. Cuando Lasheras, el vendedor de pastelitos de coco y quisquilla que se instalaba frente al instituto y escribía dramas, supo que yo trabajaba en una farmacia, pareció decepcionarse un poco, igual que mosén Orencio. Todos querían que yo fuera más importante,

para recibir algún reflejo y brillo de mi importancia.

Más tarde supe que así suele ser siempre en la vida. En sus buenos tiempos, Lasheras había estado en Madrid y estrenado un pasillo cómico en un teatrillo de la calle de Carretas. Aquella era su gloria. Pero creía firmemente en sus dramas, que tenían, según pensaba, verdadera calidad y hacían reír a llorar al público.

—Por esa sola razón —decía latanero y misterioso— el artista se equipara con lo más alto.

Y lanzaba una mirada de reojo a las nubes.

Alguna de sus obras eran quizá casi tan buenas como las peores de Lope de Vega. Pero resultaban pastiches fuera de nuestro tiempo y no se representaban sino en el Centro de Obreros Ferroviarios, que tenía un teatrillo adonde iban los domingos las familias de los socios con sus hijos. Naturalmente, Lasheras no cobraba derechos de autor, es decir, los cobraba en aplausos y otras satisfacciones de vanidad.

Los éxitos de Lasheras en aquel teatro eran disminuidos por el bajo nivel del público. Iban los obreros con sus hijos pequeños y esto irritaba a Lasheras, porque a veces algún bebé de pocos años lloraba o hacía observaciones en voz alta. Por ejemplo, cuando un traidor avanzaba con el puñal en el aire para herir en la espalda a su descuidado enemigo, nunca faltaba un niño de cuatro o cinco años que mostraba sus buenos sentimientos y avisaba a la víctima dando grandes voces. Como es natural, la gente reía.

Y con frecuencia, los efectos se frustraban. ¡Ah, la injusticia del destino con los hombres superiores! El público de obreros suponía que aquellos dramas no valían gran cosa, y de ser escritos en prosa no los habría tolerado, pero por respeto a la sonoridad del verso y recelo de su propia incultura, callaban y aplaudían.

Como se puede suponer, las obras de Lasheras estaban llenas de madres solteras, crímenes nocturnos, niños abandonados en

noches de nieve y cosas parecidas. Había también reyes cazadores que se extraviaban en el bosque y llegaban a una pobre choza de leñadores. Los versos sonaban tan bien a veces como los de Calderón:

Cazando, el rastro perdí por entre uno y otro roble y como vi tan cansado el caballo y me acordé desta venta, en ella entré, donde cebada me han dado...

Como se ve, a veces tenía anfibologías cómicas como esa tic la cebada, que no se sabía si la había comido el caballo o el jinete.

Era feliz, Lasheras, en un mundo donde tantos poderosos son desgraciados. Con su carrito de mercancía y sus dramas. Cuando el telón bajaba después del último acto, los aplausos eran más sonoros que el llanto o la risa de los bebés, y Lasheras salí al proscenio a saludar. Era un hombre pequeño y gris, de expresión bondadosa y tranquila. Su cara era descarnada y flaca de asceta o de muerto.

Al día siguiente, lunes, yo lo veía otra vez en la puerta de instituto con su carrito y un paquete de periódicos debajo de brazo.

—¿Qué hay, Lasheras?

—¿Qué ha de haber? —decía, indignado—.Aquí está la prensa local sin abrir el pico.

Le constaba que los críticos habían asistido al estreno e incluso habían aplaudido, pero no hablaban. Lasheras no los había visto, pero un bedel del instituto que se llamaba Guadalaxara (con x) y que no perdía un estreno de Lasheras, estuvo en la sala y los vio aplaudir, a los críticos. Ése no era necesariamente un argumento valioso. Guadalaxara era hombre de expresión seca y adusta, pero muy bondadoso y amable. Y a veces mentía por piedad.

Habían aplaudido los críticos, pero no escribían por envidia. En España, al talento se le niega el pan y la sal. Luego, Lasheras disparataba un poco y decía que le habían pedido del extranjero tal o cual obra para traducirla y representarla. Olvidaba pronto el desaire de los periódicos y sacaba un cuaderno escolar, impoluto y virgen, en cuya primera página escribía: «Acto primero. Escena primera». Y si no acudían compradores importunos, acababa aquella primera escena —en limpias redondillas— en menos tiempo del que tardo yo en decirlo.

Había entre los chicos de mi clase, como dije antes, un grandullón dos años más viejo. Se llamaba Luis —el de los ojos de yegua— que era un saco de rencores y malignidades. Llevaba su miseria al extremo de envidiar a Lasheras. Cuando éste iba a estrenar un drama, el Centro Ferroviario imprimía carteles de anuncio. Aunque eran innecesarios porque al teatro sólo se podía entrar por invitación, Lasheras insistía mucho en ellos —quería ver su nombre en letras de imprenta— y no había más remedio que imprimirlos y pegarlos en las calles.

El mismo día que los pegaban, el nombre de Lasheras desaparecía de todos los carteles, porque Luis se tomaba la molestia de visitarlos uno por uno y cortar aquel nombre glorioso con una hoja de afeitar. Lasheras me decía, mostrando el cartel mutilado que había frente al instituto: —¿Lo ves? Así los han dejado todos: sin mi nombre.

Desarrolló una manía persecutoria que en ningún caso ha estado más justificada. Yo no le dije quién era el autor de aquellas bellaquerías, porque supongo que Lasheras lo habría matado. Tal vez Lasheras habría hecho un acto de justicia, porque más tarde Luis fue un pobre ejemplo de degeneración. Entre los chicos había de todos los estilos. El peor era tal vez un tal López, hijo de comerciantes ricos que tenían una tienda de ropa blanca de lujo.

Había tenido una enfermedad de pequeño y, aunque le hicieron varias operaciones, se quedó cojo y llevaba una bota peraltada.

Era agudo y vivaz, más que inteligente, y tenía formas extraña, de vanidad que otros chicos no comprendíamos. Por ejemplo, le parecía distinguido tener parientes franceses y decía que iría un día a París a estudiar. El objeto de sus estudios no lo había decidido.

Aquel chico tenía una facilidad extraña para envilecer a cualquiera, y después de su revelación escandalosa reía con una risa gutural, seca y corta. Era una risa muy espontánea y gozosa, con la cual —con aquel placer orgiástico— parecía poner el sello de la autenticidad a los disparates que decía. Estos eran a veces terribles. A uno de los profesores le engañaba la esposa, otro era homosexual, otro había asesinado a su suegra para heredarla...

Los vicios menores los distribuía generosamente entre los profesores auxiliares. Uno prestaba dinero con intereses usurarios, otro estafaba en el mercado de los libros de texto, los demás eran gentes de negocios no matriculados (profesión ilegal), o por lo menos tenían enfermedades venéreas. No dejaba a nadie sano. Atribuía perversiones y suciedades a toda la gente que no lo trataba a él con las consideraciones a las que creía tener derecho.

A ese individuo —que también parecía más viejo que los otros— yo le dije inocentemente que trabajaba en una farmacia, que conspiraba contra el orden monárquico y que tenía un puñal de siete filos. Como esto último no lo creía, se lo mostré. Le causó admiración.

López tenía algo faunescos, y a veces abrazaba una estatua de bronce que había en una fuente del patio del instituto. Era una estatua de una muchacha de tamaño natural con los hombros y los pechos desnudos. Llevaba un cantarito de agua en la cadera, inclinado, y de él caía un chorro en la taza de la fuente. Allí

bebíamos, a veces.

Ponía López las manos en los pechos de la estatua, mientras hacía gestos lúbricos con los ojos en blanco para hacernos reír. Entre Luis y López había intereses sobrentendidos. No sé cuáles. Tal vez cierta solidaridad de comerciantes ricos. Luis se hizo médico y pediatra. Cada vez que oía yo decir eso de pediatra o pediatría relacionado con él, entendía algo como pederasta. Por ventura, llevaba en sí la clave de su fracaso, aunque a veces confundía ocasionalmente a algún tonto. Era un tipo de veras sórdido. Hice dos amigos nuevos, además de Gonzalvo y de Dolset. De mis dos nuevos amigos, uno era el hijo del profesor de griego de la universidad. Hombre respetable y respetado en el mundo académico. Se llamaba José María y tenía la pasión de la letra impresa. Quería hacerse editor profesional y promover talentos nuevos —decía gravemente—. También descubrir libros antiguos y hacer ediciones de lujo con reproducciones de códices vicios y palimpsestos. Esto último de los palimpsestos lo tomaba especialmente a pecho. Por el momento, hizo una revista de la cual me nombró a mí redactor. Yo recibí el nombramiento con asombro. Los amigos de José María teníamos que ser escritores o tratar al menos de serlo, porque, de otro modo, perdíamos su amistad.

Era un chico tranquilo, de inclinaciones nobles. A veces venía a mi farmacia y miraba todo aquello, admirado de que siendo tan joven pudiera yo tener a mi cargo la salud de todo el vecindario y ganarme la vida como un hombre. La multitud de tarros de porcelana, con letreros en latín, le sobrecogía.

—Chico —decía conmovido—. Tú eres el único de nosotros que sabe ganarse la vida.

Como prueba de gratitud, yo le contaba que Felisa, la hija gordita del farmacéutico, me hacía la corte cogiéndome a veces la

ramo en el cuarto oscuro al fondo de la rebotica, cuando por azar coincidíamos allí. Como es natural, yo no le hacía caso, pensando en Valentina. Estas cosas sólo se las contaba a José María, porque sabía que él podía apreciar el mérito de mi fidelidad a Valentina y no se burlaría de mí. El me miraba de veras como a un ser superior.

Pero en el fondo, José María sólo se ocupaba de su revista. Se llamaba El Escolar. Tenía de todo. Anuncios —los de las casas proveedoras de su familia—, sátira social y política, crítica de libros y de teatro y otras secciones importantes. Aunque parezca raro, cubría los gastos de la impresión.

En el primer número —¡oh, justicia!— escribimos un artículo largo sobre el teatro de Lasheras cuya última obra, titulada La venganza fracasada o el perdón sin consecuencias, era una tragedia filosófica que nos dio mucho trabajo. Por fin, parafraseando a veces la crítica que Larra escribió sobre Los amantes de Teruel en el siglo pasado, llegamos a un fin decoroso. Ni que decir tiene, Lasheras compró la mayor parte de la edición para enviar ejemplares a las cortes europeas. Y me miraba a mí como a su salvador. Se aprendió gran parte de mi artículo de memoria, y solía repetir en éxtasis las siguientes líneas: «... y ese mismo amor que pudiera haber hecho dichosos a los amantes, es lo único que desbarata su felicidad». No sabía Lasheras que estaba citando a Mariano José de Larra, en lugar de citarme a mí. Es verdad que yo había firmado honestamente con un pseudónimo.

Confieso que aquel amigo mío con aficiones editoriales hizo mucho por inclinarme a las letras, y si no he sido escritor (aunque en realidad y a última hora lo soy, ya que estoy escribiendo estas páginas) no ha sido por su culpa. Yo adquirí en aquel tiempo, al lado de José María, un sentido romántico de la literatura y un respeto por la letra impresa que me han durado hasta hoy.

El otro amigo mío, militar en ciernes, era aficionado a decir agudezas. Tenía la nariz en la misma línea de la frente, como las estatuas griegas. Se llamaba Santandreu. Cuando vio que escribía en El Escolar, me dijo: —Si vas a ser escritor no te envidio, porque al final de los artículos los escritores ponen «prohibida la reproducción». Eso es lo que no me gusta a mí de los escritores, que prohíben la reproducción.

Aquella broma le parecía muy atrevida, y reía satisfecho de su propio ingenio.

Santandreu esperaba ganar gloria con la espada. Tenía ya ese carácter profesional del ejército que parece hecho de inocencia y de una cierta brutalidad primitiva. Su posible grandeza consistía en el desprecio de la vida. Y no tenía enemigos. Pero no le faltaban problemas. Estaba enamorado de las cinco muchachas que asistían a las clases y que se sentaban en un banco aparte, frente a nosotros.

Estaba enamorado —decía muy serio— de la primera, porque tenía cara de fruta en sazón, de la segunda, porque tenía un perfil berebere, de la tercera, por lo que veía en sus piernas dulcemente torneadas, de la cuarta, por todo, y de la quinta, porque parecía la novia ideal de Bécquer. Lanzaba a cada una miradas adecuadas a la gradación de sus sentimientos. A veces, el profesor le hacía una pregunta y Santandreu respondía como el que despierta de un sueño.

Santandreu, José María y yo éramos amigos. Pero yo tenía mi mundo secreto, el de mi amistad con Checa, y en él me sentía (precisamente por el secreto) más poderoso y en cierto modo superior a todos los demás.

Llevé el primer número de El Escolar a Checa, quien lo ojeó y rehusó ponerlo en su puesto de periódicos porque, según dijo, «aquello no era serio». Para el segundo número escribí un artículo

sobre Las memorias de un revolucionario, de Kropotkin, y puse un anuncio gratuito de aquel libro en El Escolar. José María no tenía prejuicios. Un libro bueno era para él nada más —y nada menos— que eso. Lo mismo publicaría un artículo sobre el papa de Roma y otro sobre el moro Muza mientras tuvieran calidad, según decía gravemente.

Mis opiniones sobre Kropotkin me dieron de pronto en el instituto una reputación de hombre peligroso. En aquel artículo sobre el príncipe ruso, yo decía: «No hay un hombre inteligente y honrado en el mundo que al leer el libro de Kropotkin no esté de acuerdo con el escritor. Los hombres más sabios y más honestos tendrán que darle la razón, desde Jesús de Galilea hasta Víctor Hugo, pasando por san Agustín, Cervantes y Espronceda. Y, sin embargo, ese hombre —Kropotkin— está proscrito de la sociedad. Algo hay en la sociedad que no anda bien». Me dijo José María que a su padre le había gustado mi artículo sobre Kropotkin.

También le gustó a Checa. En realidad yo lo escribí pensando en él, a quien agradecía su propósito de destruir el estado capitalista que tanto nos perjudicaba a Valentina y a mí en nuestros amores.

Armábamos los estudiantes grandes polémicas sobre las cosas más triviales. Por ejemplo, discutíamos con Luis y López y también con Gonzalvo sobre la extensión que la ciudad tenía cuando estaba en manos de los árabes. Luis creía que era muy pequeña, desde la Magdalena a la calle de Predicadores, siguiendo la orilla del río. Pero yo argumentaba que en tiempos del rey Marsilio y del romance de don Gaiferos debía ser Zaragoza tan grande como ahora, ya que uno de sus extremos estaba en La Seo y el otro en La Aljafería. Del uno al otro había una extensión fabulosa para una ciudad medieval. Los edificios que se conservaban de entonces no dejaban lugar a dudas.

Ninguno de nosotros había estado nunca dentro de la Aljafería, el hermoso alcázar árabe, y decidimos ir el jovial Santandreu, el reflexivo San Pío, Gonzalvo, movedizo e inquieto como el mercurio, y Luis, el pintoresco bellacón de los ojos grandes y muy parecidos a los de una yegua.

Leíamos en la clase de literatura el romance de don Gaiferos como espécimen carolingio, y sabíamos los versos donde Melisendra dice, desde la ventana de la Aljafería:

Caballero, si a Francia ides

por Gaiferos preguntad y decidle que su esposa se le envía a encomendar.

Y también la parte que comienza:

Medianoche era por filo los gallos querían cantar cuando el infante Gaiferos salió de captividad.

Anduvimos alrededor de la Aljafería —no nos dejaron entrar — buscando la ventana donde estaba Melinsendra y por la cual, o por un balcón volado que no hallamos, debió la dulce enamorada, según la leyenda, descolgarse para caer en los brazos de don Gaiferos y huir a Francia nada menos que en el caballo de Roldan. Un caballo invulnerable e invencible.

No conseguíamos identificar los lugares. Como siempre, Luis estaba atento a envilecer el tema. Yo dije que muchas heroínas de la literatura antigua se llamaban con nombres alusivos a la dulzura, es decir, a la suavidad y armonía de carácter. Por ejemplo, Melibea, que quiere decir «dulce como la miel». De ahí venía también Dulcinea, la novia de don Quijote.

Y Melisendra, la esposa de don Gaiferos, con el mismo prefijo. Mis amigos celebraban aquella observación. Pero Luis revolvía sus ojos de caballo overo (no he visto en mi vida ojos como aquéllos) y después de decir que mi observación era una tontería, cuando vio que todos se ponían de mi parte declaró que yo había leído aquello en una enciclopedia.

Vivía aquel sujeto en el paseo de la Independencia, cerca del hotel de los espías, y era un poco más viejo que nosotros. Era un «perdigón», es decir, uno que perdía el curso con frecuencia y andaba un poco retrasado.

—En una enciclopedia, no —dije, exasperado—. Lo he leído en el testamento que tu abuela le dejó al director del museo.

—¿Qué abuela?

—Tu abuela la tuerta.

—¿A qué director de museo?

—Al conde don Cornelio de la Pata de Cabra y del Rebuzno. Gonzalvo se retorció de risa.

Entonces Luis dijo que estaba ofendiendo a su familia y quería que peleáramos. Yo me engallaba también, pero los amigos intervinieron y nos separaron.

Después dije a José María:

—Ha tenido suerte, porque en caso de pelea tal vez habría sacado yo la daga de siete filos.

Se la enseñé y mi amigo dijo, impresionado: —Chico, no lles eso encima.

Al preguntarle días más tarde el profesor de literatura a Luis algo sobre el Quijote falso de Avellaneda, el bellaco aprovechó la oportunidad para repetir textualmente mis observaciones sobre los nombres de las heroínas españolas de la antigüedad.

—Eso está muy bien—dijo el profesor—. ¿Dónde lo ha leído?

—Se me ha ocurrido a mí días pasados visitando la Aljafería.

Un estudiante preocupado por el paralelismo de aquellos nombres y yendo a ver solitario los grandes monumentos, no se veía cada día. El profesor buscó la lista de la clase, marcó algo al lado del nombre de Luis (sin duda una buena calificación) y le dijo además que si escribía dos páginas sobre aquella materia, él haría que se publicaran en una revista cervantina.

Después de la clase, todos felicitaban a Luis y le decían: «Estás aprobado aunque no abras un libro en el resto del curso».

Desde entonces, Luis evitaba encontrarse conmigo. Pero si tenía que afrontarme, lo hacía con la expresión de cinismo del que piensa: «Puedes llamarme belleco si quieres, pero mi truco me ha salido bien». Yo le di una patada en el trasero y él, perplejo, se

llevó la mano al lugar ofendido y se quedó un momento sin saber qué hacer. Luego nos separaron. Gonzalvo desde entonces llamaba a Luis «el caballero de la mano en el culo».

El bedel Guadalajara (con x), como dije antes, era hombre viejo, reseco y bondadoso. Era el único que creía en Lasheras y en su talento de autor dramático.

Tenía Guadalajara el aspecto un poco arcaico.

Un día me contó cosas que valen la pena de recordarse. En su familia todos eran bedeles desde hacía siglos. Su padre, su abuelo, su tatarabuelo. En los registros de la universidad y del instituto, había Guadalaxaras hasta el siglo XV. Y su tatarabuelo, a fines del siglo XVIII, era un corchete de la policía universitaria y trataba de mala manera a los estudiantes. Estos, hartos de sus amenazas, arrestos y castigos, decidieron vengarse un día. Mejor dicho, una noche. Cayeron sobre él, lo amordazaron y lo llevaron hacia el llamado Quemadero, donde solían celebrarse los autos de fe de la Inquisición. Un poco más lejos y hacia el río Huerva, había una explanada donde arrojaban los animales muertos. Un muladar.

Los estudiantes abrieron el vientre del cadáver de un caballo y encerraron dentro al corchete atado de pies y manos, de modo que su cabeza quedara fuera —para respirar— y debajo exactamente del rabo del caballo. Luego cosieron la piel del cadáver cuidadosamente, sin dejar de cantar el Dies Irae, y cuando terminaron, se fueron.

El pobre corchete quedó allí toda la noche, preso en la más extraña prisión que los hombres han podido imaginar.

Al amanecer, se acercaron algunos perros a comer carne muerta y viéndolos Guadalajara, temeroso, comenzó a gritar: «¡Fuera de aquí, fuera de aquí, perros!». Llegaban más animales hambrientos, pero no se atrevían a meter los dientes en aquel caballo que hablaba palabras humanas por debajo de la cola.

En torno al pobre corchete se formó una regular asamblea de perros. Entretanto Guadalajara, para tenerlos a raya, volvía a gritar: «¡Fuera, perros!».Y repetía aquello una y mil veces.

Acudió un notario del rey, que levantó acta y con ella fue al tribunal del Santo Oficio, quien mandó que las autoridades civiles llevaran el caballo ante el santo tribunal, y el animal muerto fue llevado en procesión a la casa de la Inquisición acompañado de beatas con cirios encendidos. El pobre Guadalajara creía estar muerto y en el infierno, y de vez en cuando se unía a las oraciones de las beatas con gritos histéricos. La gente se santiguaba desde los balcones diciéndose: «Un caballo muerto que habla».

En la casa de la Inquisición llevaron el animal ante el tribunal, y entonces vieron al corchete y lo sacaron.

El bedel me contaba aquel episodio como otros refieren las hazañas militares de sus antepasados, y decía que desde aquel día los corchetes se acabaron en la universidad y los Guadalaxaras fueron pasando a ser bedeles. Y lo fueron de padres a hijos, sin que se interrumpiera la cadena de la cual mi amigo era el último eslabón.

Desde que yo supe todas aquellas cosas estupendas, miraba a Guadalajara como a uno de los palimpsestos de los que hablaba José María San Pío. Parecía encuadrado en pergamino de caballo, aquel bedel.

En el instituto las cosas fueron de mal en peor. Los chicos de sexto año, los más grandes, se declararon en huelga, insultaron al director, agredieron al profesor de química en el laboratorio (aprovechando la oscuridad de un experimento con sales de plata) y se declaró la huelga. Abandonamos las clases, gritamos en los pasillos y abucheamos al director.

El incidente en el laboratorio de química tuvo gracia. El profesor era completamente calvo y uno de los estudiantes le dio

una palmada de arriba a abajo en su cabeza monda. Una palmada que podía ser amistosa (según me dijo el que lo hizo) aunque, en todo caso, representaba una falta de respeto. Una especie de caricia de perro.

En la oscuridad, el profesor dijo, nervioso: —Señores, hagan el favor de encender la luz, porque hay entre ustedes alguien que me quiere mal.

Y encendieron la luz.

Aquellos días yo me agitaba mucho y el director me echó la culpa a mí, tal vez porque hasta él había llegado mi reputación de secuaz y correligionario del príncipe Kropotkin. Eso me molestaba y me halagaba al mismo tiempo. Pero los desórdenes alcanzaron cierta gravedad. Un día asaltamos el tranvía donde acababa de montar el director y rompimos los cristales. El pobre director salió corriendo, hasta que pudo alcanzar un coche de alquiler. No pensábamos agredirle, sino sólo asustarlo.

Todos me echaban la culpa a mí, a causa de mi artículo sobre Kropotkin. Yo no había hecho sino secundar la huelga, cuya iniciativa salió de no sé dónde. En vano, el bedel Guadalupe declaró ante el director en favor mío. Por fin, resuelta la huelga y vueltos a la normalidad, el director me llamó y me dijo que yo era el culpable de todo. Añadió que perdería los cursos y que podía trasladar la matrícula a otro instituto. Me negué, con lo cual debí tomar un aire de reto y desafío.

—Entonces —dijo el director, altivo—, aténgase a las consecuencias.

Perdí todos los cursos aquel año. Me suspendieron en todas las asignaturas. Creía José María que era una terrible injusticia y Santandreu hablaba de darle «un recorrido» al «boque». Así llamábamos al director, que tenía una barbichuela. El discreto Guadalupe me decía que yo debía trasladar la matrícula al

instituto de Teruel. Y se lamentaba de mi mala suerte más que yo mismo.

Todo esto me dio cierto prestigio con Checa, quien daba por sabido que yo era el agitador. No quise desengañarle, viendo que adquiriría prestigio con él. Me invitaba a veces a una cerveza en un salón de billares que había en un rincón de la plaza de la Constitución. Todo era verde allí: los tapetes, los marcadores de tantos, las cortinas de las puertas, las pantallas de las lámparas y una visera que el encargado llevaba atada a la nuca con una goma. Yo iba algunos domingos por la tarde.

En el vestíbulo había un cerillero que vendía revistas y cigarros y también, bajo mano, postales iluminadas donde la pornografía tomaba aspectos tan faltos de gracia y tan nauseabundos que no se podía decir que hubiera en ellas ninguna incitación al vicio. Aquel sitio —La Perla— era uno de los más concurridos. Tenía una atmósfera aburguesada, grave, cómoda. Iban militares retirados o en activo de la escala de la reserva y, entre los jóvenes, algunos estudiantes de medicina. Los militares se apoyaban en los tacos de billar hablando de Africa y, los más viejos, de Filipinas y de Cuba.

A Checa, todos lo conocían allí, y lo trataban con familiaridad. Nunca lo vi jugar al billar. Generalmente, iba a llevar o a recoger algún recado o a citarse con alguien en alguna otra parte. Aquel lugar era para Checa un lugar de paso.

El primer día estuve tomando café con un cabo de artillería del regimiento ligero número 9, que era oficial de correos en la vida civil. Se llamaba Nicolás Godoy, su cuartel —el cuartel del Carmen —estaba en la calle de la Soberanía Nacional, y era hombre de cierta cultura. Los habituales de las mesas de billar eran muy diferentes del cabo Godoy. Sus diálogos me parecían ligeramente estúpidos: —Las chavalitas tiernas para menda —

decía un teniente retirado.

—El escarolero —apuntaba otro oficial.

—Por la banda, tú.

—¿Quién?

—Tururú. Limitada.

—Por tres llandas.

—Este se tira un lujo.

—Recodo, señores.

Aquella debía de ser gente digestiva de la más baja. Cuando el cabo Godoy se fue con Checa, yo me quedé solo y entré en una habitación misteriosa donde se tallaba monte. El suboficial que tallaba parecía un sacerdote de un rito antiguo, y aquello era como asistir a una misa. Las palabras que decía el suboficial —un veterano de Melilla— eran incomprensibles para mí, como las de los jugadores de billar: —Hagan juego, señores.

—Juego.

—No va más —y con la baraja boca abajo, añadía—: pago el entrés, la puerta, la pinta, la contrapinta, el elijan y el salto.

Yo alargué el brazo entre dos jugadores (la mesa estaba del todo ocupada) y puse una peseta al dos de copas. Los otros hacían sus puestas también en silencio.

Salió mi carta y, cuando me disponía a recoger mi ganancia, se me adelantó un viejo alférez.

—Eh —dije yo—. Ese dinero es mío.

El alférez volvió la cabeza a medias y gruñó: —Señor, entre caballeros no se discute.

Y se guardó mi peseta y la que el tallador le había pagado.

Estaba yo indignado, pero nadie parecía prestar atención al hecho. Seguía el juego y yo me sentía en ridículo. Me incliné sobre el alférez y le dije al oído: —Usted me ha robado dos pesetas. Es usted un ladrón.

Salí pisando recio como si con cada pisada dijera al alférez: «le espero ahí fuera». Me quedé en la puerta, esperándolo. El alférez no se movía.

—Ese muchacho —dijo mascando su cigarro— es templado. Tiene su geniecito.

Pero no me tomaba en serio. No me afeitaba aún. Es decir (y esto era peor) me afeitaba con una cerilla con la cual quemaba, pasándola sobre mis mejillas, una pelusa casi indiscernible.

En la sala de billares volví a ver a Checa hablando con otro cabo de artillería del mismo regimiento. Me presentó. El cabo se llamaba Antonio Peña y daba una impresión reposada e inteligente. Tampoco era profesional sino del cupo obligatorio, como Godoy. Y también parecía hombre culto.

Aquellos dos cabos eran muy amigos entre sí. Yo dije a Checa lo que me acababa de suceder, y el jorobado explicó con la mayor indiferencia: —A eso le llaman levantar un muerto.

Checa esperaba a un sargento que estaba en los lavabos. En La Perla, mi amigo Checa hablaba con el estilo de los militares. A las dificultades les llamaba «pegas», a las misiones incómodas, «paquetes», el coronel era «el abuelo barbón». Recuerdo que ese coronel del regimiento 9 de artillería se llamaba Vicario, lo que hacía reír al cabo Godoy. A veces, los militares aludían al coronel sin nombrarlo, con el gesto de mesarse su propia barba inexistente e imaginaria. Checa lo hacía también ocasionalmente.

Salió el sargento de los lavabos hablando de la «espoleta» — la cabeza— y de si alguien había perdido o no el «estopín», es decir, la mente. Se refería al cerillero, con quien acababa de tener una discusión. Como digo, Checa hablaba el lenguaje de aquella gente, igual que un día había hablado el lenguaje financiero con el cliente que le compraba El Economista, y el lenguaje de los proletarios más miserables con Lucas. Conmigo hablaba el idioma

de los estudiantes. ¡Cosa más rara! Pero esto no representaba ningún cambio interior. Por dentro, era Checa duro, firme y único. Eso era lo que me atraía en él. Aquel día, recuerdo que estuve hasta media tarde con Checa: —¿Entonces, usted no juega a las cartas? ¿Ni bebe vino? —le pregunté. —No, pero soy esclavo de otros vicios.

Y mostró el cigarro. Yo le dije que aquello no podía ser un vicio de importancia. El respondió, torciendo el gesto: —Lo es todo entre nosotros.

—¿Entre quienes?

El no respondía. Por fin, me miró de arriba abajo y dejó caer las palabras siguientes: —Los camaradas que se dedican a ciertas tareas deben ser puros de cuerpo y de alma. Intachables por su conducta, lo mismo que por su pensamiento.

Sentía yo algún misterio y calculé que aquellas «ciertas tareas» debían ser el terror. Según él, un terrorista debía ser puro como una virgen vestal de la antigüedad.

—¿Por qué tienen que ser tan puros? —insistía yo.

No le disgustaba a Checa hablar de aquello conmigo. Y respondió: —Puros como los ángeles, si los ángeles existieran.

Yo no decía nada. Comprendía Checa que necesitaba oír más, y añadió: —Son vidas que se sacrifican. Y las vidas que se dan al sacrificio, a cualquier clase de sacrificio, deben ser así, ¿comprendes?

Oyéndolo, yo pensaba en las religiones antiguas.

Checa me explicaba que, siendo el terror una actividad difícil de justificar moralmente, sus agentes debían ir a él limpios como una patena porque, de otro modo, a su acto se le podrían atribuir motivaciones que representaran alguna clase de degradación criminal.

—No es fácil encontrar hombres dignos de eso —concluía

Checa.

—¿Usted puede distinguirlos de los demás, digo, identificarlos?

—A mí no me pasa desapercibido un hombre que reúne bastantes cualidades y virtudes para dedicarse al terror.

Yo pensaba en Juan de la «Quinta Julieta», que debía ser de ellos aunque de momento discrepara doctrinalmente de Checa.

Más tarde me estuve en mi rebotica pensando que el terrorista debía ser una especie de ángel exterminador. Como el arcángel del taller del hermano lego de Reus, con su dulzura sobrenatural y la espada levantada en el vacío. Además, según Checa, el terror purificaba todavía al terrorista. Es decir, que el ángel exterminador salía de su acto más angelical que nunca.

Así creía yo entender las palabras de Checa. Algunos domingos volvía a salir con Felipe Biescas. Un día me dijo que tenía que ir a la iglesia de San Pablo, que estaba cerca de mi farmacia. Me extrañó, porque no era Felipe amigo de ir a misa, y me dijo que iba a dejar allí una carta para su novia. Ella no podía recibirlas en su casa, y Felipe las dejaba hechas mil dobleces en un rinconcito entre la pila del agua bendita y el muro. Su novia iba a misa acompañada de su madre y, al tomar agua bendita, recogía la carta. Aquel truco de enamorado hizo crecer mucho a Felipe en mi estimación.

Yo había estado antes en San Pablo. Aquella iglesia me daba a mí la impresión de estar en otro país, y era algo así como el templo de los tesalónicos o los efesios a los que san Pablo escribía cartas, o como los templos que figuraban en El asno de oro, de Apuleyo. Este libro lo había leído en la biblioteca de la Universidad, de cabo a rabo. Las partes pornográficas en latín eran de veras escandalosas. Allí en la iglesia de San Pablo podía haber imágenes paganas como las de los santeros de Apuleyo, vueltas a

consagrar y puestas en aquellos enormes nichos bárbaros.

A aquella parroquia, la gente la llamaba la parroquia del gancho, porque tenía en lo más alto de la torre mudéjar una media luna bizantina doblada por los siglos, que parecía un gancho. La parroquia del gancho, a la que se entraba, no subiendo escaleras, sino bajándolas —había, creo yo, dos o tres peldaños descendentes— tenía una nave central muy ancha y un poco chata, con una especie de vulgaridad antigua. La Seo olía a incienso y era noble. El Pilar olía a rosas y era comfortable. San Gil olía a almizcle y era intrigante. La Magdalena a humedad y a ratas. San Pablo olía a sardinas y era, sin embargo, un olor religioso.

Entre mis nuevos amigos del instituto había un jovencuelo espigado que se llamaba Gascón de Gotor, cuyo padre, don Anselmo, era un arqueólogo conocido. Aquel muchacho sabía cosas de arte y de historia por habérselas oído a su padre: Al hablar un día de la iglesia de San Pablo me dijo: «Esa iglesia la han saqueado los curas. Han vendido pinturas y retablos que les han producido mucho más que los treinta dineros de Judas. Han desaparecido recientemente siete retablos: una Purísima Concepción, un san Martín partiendo la capa, el Santo Sepulcro, san Joaquín, un Ecce Horno, san Pablo, los niños de Tebas... en fin, que la administración de esa parroquia era hasta hace poco una merienda de negros».

—¿Cómo lo sabes?

—Mi padre me lo ha dicho.

Yo lo escuchaba un poco extrañado, porque su padre tenía fama de ser bastante religioso.

—¿No es tu padre... católico?

—Sí, pero los que hacen esas cosas —explicó, repitiendo sin duda también palabras de su padre— no representan a la Iglesia sino a la Bestia, digo a la bestia negra de Roma. Porque la Iglesia

es el cuerpo de Jesús, según dicen, pero es también la bestia negra de Roma.

—¿Cómo son compatibles las dos cosas?

—Ah, ése es el gran problema. Yo he renunciado a entenderlo.

Aquel chico tenía un padre intelectual, y la vida de su familia se desarrollaba en una atmósfera hecha al sentido crítico de la realidad. Yo lo envidiaba. Gascón de Gotor y José María eran mis mejores amigos. Le envidiaba al primero aquel padre barbado, con gruesas gafas de concha, que escribía libros sobre las custodias procesionales y las catedrales, y que hablaba de la bestia negra de Roma sin dejar de ser religioso. Aquella contradicción me parecía explicar muchas cosas difíciles.

La iglesia de San Pablo me parecía a mí la sede natural de la bestia negra y, sin embargo, merecía alguna clase de respeto, no sabía cuál. Mi amigo Gascón de Gotor me había dicho: «Si vas a San Pablo algún día, pídele al sacristán que te deje bajar a la cripta».

—¿Qué hay en la cripta? —pregunté.

—No quiero decirte nada. Tú lo verás.

Mi amigo Felipe y yo fuimos aquel domingo y, así como él pensaba en la carta de su novia, yo tenía puesta la imaginación en la cripta misteriosa. El gran tamaño de los nichos, en los que estaban las capillas bajo un muro pardo y desnudo, me parecía que tenía algo que ver con las catacumbas romanas. La nave central era chata y honda. Se me ocurrió que algún día había sido aquel lugar una piscina pública romana —o tal vez musulmana— donde la gente depravada celebraba sus saturnalias.

Vimos al sacristán, que pasaba haciendo sonar con el roce sus pantalones de pana campesina bajo la sotana. Yo me acerqué y le pedí que nos permitiera visitar los subterráneos.

Ésa no es cosa para que la vea cualquiera—dijo receloso—. ¿Quiénes son ustedes?

Felipe se apresuró a hablar de un abad de Miraflores que era tío suyo. El hecho de ser sobrino de todo el mundo le era muy útil a mi amigo. Por no ser menos, yo mentí declarándome sobrino de don Anselmo Gascón de Gotor, ya que no podía ser su hijo, lo que me habría parecido mejor. El sacristán hacía memoria: —¿Ese señor de Gotor es el que escribe en los papeles? ¿Sí? ¿Y por qué quieren ver las momias?

¡Ah!, había momias. Felipe me miró lánguidamente (las momias le ponían mal cuerpo, según me dijo después) y yo, hallando un punto de apoyo para convencer al sacristán, dije: — Mi tío me ha encargado que las contemos.

—Hay veintisiete —dijo el sacristán, con sequedad.

—¿Hombres? ¿Mujeres? Eso es lo que hay que averiguar.

Vacilaba el sacristán y preguntó nuestros nombres. Felipe dijo el suyo.

—¿El de la tienda de tejidos?

—Al por mayor y menor —explicó Felipe, mirando con ojos expertos la sotana raída del sacristán—. Yo tengo mis ideas sobre el negocio, que son muy distintas de las ideas de mi padre. Quiero decir que mis amigos tienen allí trato especial.

—¿Cómo? —preguntó el sacristán, percibiendo alguna clase de promesa—. ¿Qué trato especial?

—Hombre, usted lleva una sotana raída. Es decir, zurcida, porque a simple vista estoy contando los hilos del enrame del remiendo.

—¿Y qué?

—Pues que en mi tienda hay de todo. Estambres, alpaca, seda, lana, algodón, vicuña, paño de Béjar, orillo, cordoncillo, piezas enteras y retales con rebaja. Tenemos todo, desde el

brocado hasta la estracilla y la pana. Desde el raso chorreado hasta la cretona estampada. Desde el piqué hasta el madapolán. Yo hago precios especiales para mis amigos, naturalmente, cuando no está mi padre en la tienda.

—Entonces ¿nos da la llave o no? —me impacienté.

—No es necesaria la llave, señores —dijo amistoso—. Pero cojan un cirio. No hay luz. Vengan por aquí.

Felipe se excusaba y decía que el único interesado era yo. Pero el sacristán insistía una y otra vez, lo cogió por el brazo, nos dio dos cirios encendidos y nos llevó a una capilla en cuyo fondo había un boquete a ras del suelo. Cuando bajamos y nos vimos Felipe y yo en un lugar que no era cripta sino un vulgar sótano de trastos viejos, yo dije: —¿Por qué ese tío es tan agrio?

—Se emborracha los sábados y al día siguiente está con la cruda. Yo lo conozco.

Me di cuenta de que Felipe hablaba con los ojos cerrados. Yo pensé que tenía miedo a ver las momias. El sótano era una especie de aljibe seco y vuelto a llenar, no de agua, sino de aire frío y también de cajas y trapos mugrientos. Y de algo como grandes monos desnudos y secos. Algunos eran pequeños y parecían más bien ranas gigantescas. Había más de veinte. Eran al menos cuarenta y tenían todos largas pelambreras, de modo que por ellas no se podía saber si eran hombres o mujeres. Por la cara, tampoco. Todos tenían la boca abierta y se veían dentro sombras tremendas.

Yo dije pérfidamente: «Aquí no hay momia ninguna. Sólo hay muebles viejos». Y Felipe abrió los ojos y ahogó un grito. Luego se quedó con los ojos abiertos. Demasiado abiertos. Estábamos rodeados de momias.

La piel de aquellos seres, que a distancia parecían monos, debía ser gruesa y sonora como la de los tambores viejos. Algunas

momias estaban desnudas del todo y yo miraba el lugar del sexo. No se podía deducir nada, porque en todas ellas había allí un agujero negro.

Un agujero polvoriento y negro.

Yo no tenía ganas de seguir allí, pero Felipe tenía menos, y eso me estimulaba a continuar, a pesar de todo, para molestarlo con mi falsa calma.

—¿Qué hacen estos muertos aquí? —preguntaba Felipe.

—No los dejaron entrar en el cielo ni en el infierno —dije yo.

Había muchas momias, con ataúd o sin él, acostadas o recostadas en el muro. Todas del mismo color negruzco de pergamino. El pelo parecía de una materia vegetal, como lino teñido. Algunas eran calvas. Otras necesitaban un corte de pelo desde hacía siglos. Pensaba: «Si estuviera yo aquí solo y tuviera que quedarme una noche entera, probablemente me volvería loco». Pero estando con Felipe, era capaz de defenderme de las momias pensando en el miedo de mi amigo. Una de las momias más completas estaba en un ataúd sin tapa, horizontal en el suelo, y dentro del ataúd había unas pequeñas vasijas de barro que contenían alguna sustancia. Felipe no podía poner los ojos en ningún lugar sin tropezar con restos humanos. Si uno de los dos hacía un movimiento y su sombra o la mía se movían en el muro o en el techo, algún cabello de nuestras cejas se ponía de punta. Como una defensa, yo me ponía a pensar en otras cosas.

Pensaba en don Orencio, en sus comilonas, en sus buenas botellas y sobre todo en su inmenso sentido práctico. Mi tío Orencio era estúpido en todo, menos en las cosas que se referían a su comodidad personal y física. En aquello era un genio.

Conseguía don Orencio lo que quería, casi siempre adulando en el justo momento a la persona adecuada. Al marqués de Urrea (de quien era amigo) o al arzobispo. O a un político local de fuste

o, como decía él, «de ínfulas». Para él, todo era tener ínfulas o carecer de ellas. El obispo las tenía en las grandes misas de pontifical. Las ínfulas son las dos cintitas que flotan detrás de la mitra o de la tiara. Tal vez mi tío sospechaba que, eligiendo con cuidado los objetos de su adulación, podría llegar a tener ínfulas también. Tonto en todas las cosas, pero genial en las que se referían a su propio bienestar, era un fiel servidor de la bestia de Roma.

Luego, yo olvidaba a mosén Orencio y, recordando al pobre obrero muerto frente a mi casa, creía oír la melodía triste de Peer Gynt.

En un muro había una lápida con letras romanas que decían algo de san Blas. Ese es uno de mis nombres de pila. Tengo cuatro, y Blas es el tercero. San Blas era el abogado de las enfermedades de la garganta. Se lo dije a mi amigo, y Felipe carraspeó.

Allí en el sótano, mi amigo quería defenderse de las momias, tal vez, y me hablaba de Matilde. Al principio, yo no sabía quién era aquella Matilde, hasta que él me dijo que se llamaba así la mujer que iba por la «Quinta Julieta», la madre del niño ahogado en el estanque. Casi la había olvidado yo a Matilde. El nombre sugería una mujer de media edad, un poco gruesa (no gorda), alta, con el cabello color de cáñamo, ojos claros y un aspecto reposado y suave.

Matilde, la loca. ¿O no estaba loca? En realidad, no parecía estarlo, según Felipe, y nadie diría a primera vista que lo estuviera. Allí, delante de las momias, Felipe creía que Matilde no estaba loca.

Yo retrocedía de espaldas poco a poco hacia la puerta. Al darse cuenta, Felipe dio un salto y se puso detrás de mí. Aunque yo no tenía miedo, el pánico de Felipe me hizo sentir hormigueo en la nuca. En fin, salimos y vimos al sacristán que había cambiado

de expresión y estaba sonriente.

—La momia más bonita —nos dijo— no está abajo, sino en una hornacina del altar mayor. Revestida con alba y casulla. ¿No quieren verla?

—Otro día —dijo Felipe, cuya cara había tomado un color verdoso.

—Ahora —dije yo, implacable.

Y echamos a andar detrás del sacristán, quien nos llevó delante de una caja de cristal dentro de la cual se veía un cuerpo bastante bien conservado. El rostro parecía curtido por el sol y tenía un aspecto sonriente y casi animado, es decir, vivo.

—Éste —dije yo, recordando a Checa— debe ser del tiempo de los árabes y no tenía nada de digestivo. Este no era de los del número uno, ni dos, ni tres. No tenía nada evacuatorio. Por eso quizá lo van a canonizar un día.

Me miraban el sacristán y Felipe, como ofendidos. Yo dije: «Vámonos». Al vernos en la calle, Felipe y yo respiramos con delicia el aire de la mañana.

Mi luna de miel con la familia del boticario —si es que existió— había pasado. Yo creo que Lorenza, la hija delgada, me despreciaba un poco y hablaba mal de mí. O tal vez Felisa, a quien yo desairaba. Probablemente, hablaban mal de mí las dos. Aunque ¿qué podían decir? La mujer del boticario también había cambiado de maneras conmigo. Como tenían una vida retirada y sin accidentes, la madre creaba artificialmente esos accidentes con su pobre imaginación ratonil. Y me espiaba. Debió de pensar que les robaba, y su vigilancia fue tomando aspectos pintorescos. La idea de que yo robaba a aquella familia no me ofendía en sí misma, porque me parecía absurda.

La puerta de cristales de la farmacia tenía arriba un resorte y una campana, y por eso, cada vez que alguien abría, la mujer del

boticario se enteraba muy bien desde su entresuelo. Cada dos veces que se oía la campana (al entrar y al salir), la boticaria enlutada y fisgona calculaba que había hecho yo una venta. Y, de vez en cuando, bajaba, y en el libro del mostrador, donde yo las apuntaba, las iba contando con el dedo índice. Cada dos golpes de campana una venta. A veces su cuenta coincidía con el libro y a veces no. Había personas que entraban y salían sin haber comprado nada. En esos casos, ella me miraba con una expresión de zorra recelosa y a mí me daba una risa incontenible.

Aquella mujer se pasaba el día en su habitación, sobre la puerta de la farmacia, contando los campanillazos.

Así como la mujer del boticario era toda orejas, Felisa, la hija gordita, era toda manos y ojos. Debía de ver en las sombras del fondo de la rebotica, como los gatos. Junto a la escalera que conducía a su casa me abrazó un día. Yo me disculpé diciendo que había gente esperando. Era desairada mi resistencia, pero estaba dispuesto a afrontarlo todo, incluso el ridículo.

—¡Cruel! —me dijo Felisa con acento romántico.

El primer domingo volví a los porches, pero había observado últimamente que el jorobado me evitaba. No como a un enemigo, sino simplemente como a un niño. Yo me sentía herido. Algunas mañanas, con el pretexto de asistir al instituto como oyente (ya que tenía derecho, según el convenio verbal con el farmacéutico), me iba de paseo. Generalmente iba a un lugar que llamaban el Campo Sepulcro. No el Campo del Sepulcro, lo que parecía más lógico, sino exactamente el Campo Sepulcro. Había allí tropas haciendo la instrucción, chicos jugando y, algunos días, vendedores ambulantes de caramelos, helados, quisquillas y pastelitos de coco.

Entre picaros y vagos había también algunos militares retirados, muy viejos, que comentaban los ejercicios de la tropa.

Al grupo de esos militares retirados (todos con un gran bigote flotante y algunos con perilla o mosca) acudía a menudo un vagabundo con una guitarra. El número de fuerza de sus conciertos era una jota que llamaba «la jota de los sitios», y se refería al asedio de la ciudad por Napoleón. La guitarra describía los heroicos combates de aquellos tiempos. Primero redoblaban los tambores contra la madera sonora y, sin dejar de mantener el ritmo, se oían las trompetas en la cuerda prima. Aquellos toques de corneta los conocían los viejos muy bien. Alguno decía, al oírlos: artillería de plaza. O bien: caballería ligera. Otros aún: infantería.

Había dos viejos que discutían y que se molestaban el uno al otro, no se sabe si en serio o en broma.

—Usted es teniente, pero carlista, digo, de la puerta falsa.

—En la reserva, me dieron el grado de capitán. Usted era de los de la reina, pero sentó plaza como pipiolo.

—No digo que no.

—Y se reganchó por amor al chusco.

—Tampoco digo que no. Pero mire usted aquella línea atacando.

Entretanto, el guitarrista continuaba. La melodía de la jota se confundía con el zumbir de las granadas, que imitaba el buen hombre arrastrando el pulpejo de un dedo y haciendo vibrar la cuerda. Luego, con la muñeca contra la madera, imitaba el sonido de la explosión lejana y, al mismo tiempo, con otras cuerdas seguía la jota, unas veces cantada y otras bailada. El ritmo de esta última era más vivo. Yo escuchaba en éxtasis.

El guitarrista decía que se oía en la música la voz del general Palafox arengando a sus soldados. A mí me gustaba aquella jota de los sitios. Creía oír los mosquetes españoles y los franceses y los tambores de la infantería y hasta sentía el brillo de las bayonetas,

cerrando los ojos, igual que le pasó a Prat cuando miraba a Marte por el telescopio, en Reus.

A veces creía oír también los gritos de los mamelucos de Napoleón que caían bajo nuestra metralla.

El pobre guitarrista recogía algunas monedas de cobre y se iba feliz.

—Los dos fuimos caloyos, compadre —decía uno de los viejos —.Yo, voluntario, y usted, de reemplazo. La única diferencia es que los cristinos beneficiaban plazas en rancho. ¿Caían siete en la línea? Pues en el papel seguían devengando haberes a beneficio del capitán.

—Ustedes corrían el campo mejor. Digo, los carlistas.

—De cabo de escuadra me tengo andadas algunas leguas. Con Cabrera me gané los galones de sargento.

—El tigre del Maestrazgo.

Una de aquellas mañanas encontré en el Campo Sepulcro (nombre que venía de los millares de inhumaciones que se habían hecho allí de soldados de Napoleón) nada menos que a Lucas, el de la hernia. Cuando me vio, vino a mi lado.

—¡Eh! ¿Has venido también a ver a Checa?

—¿A Checa?

—Sí, va a venir. ¿No lo has visto?

Llegó cuando las tropas que habían desplegado en guerrilla se recogían en un ala, formaban en orden cerrado y luego rompían filas para descansar.

En aquel momento apareció Checa y se fue con Lucas hacia un extremo del campo. Yo quise ir con ellos, pero Lucas me dijo: «Mira, más vale que te quedes donde estás. Espérame, que yo volveré».

Se oyó un toque de corneta. No era un toque de ordenanza, sino un sonido arbitrario y como en broma. Como si alguien

estuviera soplando en el metal por capricho. Lucas alzó la cara y dijo: —Ese es Pelegrín.

El corneta, con aquel toque, decía algo a Lucas y a Checa, quienes salieron de prisa en dirección a la orilla del Huerva. Poco después había allí —yo los veía desde lejos— un grupo de soldados y civiles jugando al tejo. Checa iba y venía y se le veía arrojar su tejuelo y reír con los otros.

—¡Eh, tú!—le decía a uno—. ¿Cuándo despellejamos la cabra?

Los otros reían. El cabo Godoy estaba allí y decía por lo bajo: —Antes que entre la primavera.

—Un poco de pupila, leche —dijo un sargento malcarado—; si no, como hay Dios que nos la buscamos.

Checa lo miró de reojo y le respondió a la manera melillense: —¡Rutina!

Seguían jugando. Yo me fui al lado de Lasheras, que estaba sentado junto a su carrito, sin perder de vista a mis amigos. Imitando las bromas de Checa, dije al vendedor ambulante y autor dramático: —¡Eh, Calderón de la Barca!

Esto le ofendió, aunque poco después pareció olvidarlo.

Estaba escribiendo. Yo veía en su cuaderno una hoja llena de diálogo en verso sin una sola corrección y me asombraba un poco más de lo necesario, para desagraviarle. Él se sentía halagado y decía: —Para mí, escribir en verso es tan natural como para los otros en prosa.

Luego servía un cucurucho de quisquillas a un soldado. Este lo abría, miraba dentro y decía que eran pocas. Lasheras torcía el gesto y echaba en el cucurucho tres quisquillas más.

Con su aire estoico de siempre, Lasheras me explicaba: —La humanidad es así. Cuando un hombre lleva un arma, ya se sabe.

Era antimilitarista, al parecer.

—Lo que no comprendo —añadía, intrigado— es que Checa y otros hombres de luces vengan cada día a jugar con los soldados.

Por encima de su hombro yo leía:

«Pedro.— ...*Felón, malvado, cornudo, decidme vuestro apellido si es que venís, como dudo, de linaje conocido.*

(Desenvainan las espadas)

Don Beltra. —*Yo os mostraré, majadero, que no preciso decirlo, dígalos por mí el acero de vuestra sangre teñido si es sangre de caballero.*

(Riñen.)»

Trató de convencerme de las ventajas del oficio de dramaturgo y me reveló algunos secretos de la profesión. En el teatro, sólo había veintisiete situaciones dramáticas, que se venían repitiendo desde los orígenes de la humanidad. No recuerdo cuáles era esas situaciones, aunque él me dijo algunas.

Así estuvimos cerca de media hora. Luego se oyó un cornetín de órdenes. Lasheras dijo, sacando punta a su lápiz: —Tocan llamada. Ahora van a volver a trabajar los soldados.

Me fui yo otra vez hacia el grupo donde el artista vagabundo tocaba la jota de los sitios, cuando vi que Lucas y Checa se acercaban despacio. Venían con dos o tres soldados, hablando y riendo alegremente, y no había duda de que simulaban ligereza de ánimo. Fui a su encuentro, y Lucas me dijo quiénes eran aquellos soldados. Uno se llamaba Pascual, otro Paulino y el tercero Valeriano. Este último dijo, mirándome: —¿Este zagal es compañero?

Yo dije sinceramente: «Querría ser, pero no tengo merecimientos para tanto». Lo dije recordando lo que un día me había dicho Checa sobre la pureza de los revolucionarios. Pero

Checa no quería hablar de aquello y cambió de tema. Los soldados fueron a sus unidades. Yo fui con Lucas y Checa hasta la plaza de Aragón, donde nos detuvimos, y Checa me dijo: —¿No tienes otra cosa que hacer sino venir con nosotros?

—Está bien, me iré —dije yo, molesto.

—No lo tomes a mal, muchacho —añadió Checa, afable—. Es que lo digo por tu bien. A mí me gusta que vengas con nosotros, pero te puede perjudicar.

Me dio una palmada en la espalda y yo me fui despacio a mi farmacia, pensando otra vez que no tenía las condiciones necesarias de pureza para unirme a los ángeles destructores. Pero ¿qué ángeles eran aquéllos? ¿Dónde estaban? Y ¿cuándo y dónde iban a comenzar su tarea destructora?

Pocos días después vino a verme Matilde, que era, como yo había imaginado, una graciosa hembra de media edad, color de miel.

Lo fantasmal de aquella mujer no era nada inquietante.

Había oído hablar tanto de ella, que me pareció una antigua amiga. Se dirigía a mí como a un hombre adulto. No pocas de las mujeres que venían a la farmacia me trataban así. A veces me decían que se habían casado sin amor, que el marido les había contagiado una enfermedad (de la que gracias a Dios estaban curadas), y me pedían consejos como a un médico o a un confesor. Venían también a veces a última hora de la noche prostitutas feas y viejas, algunas de las cuales se interesaban por mí y querían pasar a la rebotica con fines profesionales. Una vez más, yo me mostraba descortés y un poco ridículo, como José en casa del faraón.

Naturalmente, yo pensaba en Valentina. Pero ahora —es decir, aquel día de Matilde —pensaba también en la pureza de algunos amigos de Checa, a cuyo grupo me habría gustado

pertenecer.

Lo primero que me dijo Matilde fue que quería marcharse de Zaragoza cuanto antes. Yo recordaba que ella viajaba de un lado a otro huyendo del mar, y le dije: —¿Por qué? En Zaragoza no hay mar.

—No, pero hay tres ríos: el Gállego, el Ebro y el Huerva. Y todos los ríos van a dar en la mar. Además, hay anuncios de playas veraniegas, marineros con permiso que andan por las calles con su uniforme. Yo tengo que irme a otra parte. A Jaca, por ejemplo. Yo sé que usted tiene parientes en Jaca.

—Cerca de Jaca hay un pico que se llama Collarada. Desde lo alto de aquel pico —le dije, indiscreto —en los días claros, y con gemelos, se ve el mar por la parte de Fuenterrabía, el Cantábrico.

—¡Qué le parece! —dijo ella, asustada.

—Pero si va usted a Jaca, no necesita subir a Collarada.

—Eso es lo que usted cree. Yo necesito saber lo que pasa en las altas regiones. Digo en las del aire. En el valle siempre sucede lo mismo, es decir, que los hombres quieren tocarme y venir conmigo. Yo no diría que no, pero si tenemos un niño... ¿adónde ir sin que el mar nos alcance? Ése es el caso. Yo iré a Jaca y subiré a Collarada, y si desde allí se ve el mar, me iré hacia la Val de Onsera o de Arán o de Andorra.

—¿Y si no se ve?

—Si no se ve el mar—dijo ella, nerviosa— me quedaré en Jaca y me casaré con un montañés de esos que crían caballos. No lo conozco aún, a ese montañés, pero seguro que lo conoceré cuando vaya allí.

Miraba los grandes tarros de porcelana blanca que llenaban tres de los muros de la tienda. Y trataba de leer los letreros latinos en caracteres góticos de oro: «Extractas tebaicus», «Altea», «Citrus medicalis», «Eucaliptus globularins», *etc.*

—Yo he estado antes aquí —dijo soñadora— y he hablado con usted. En realidad, todos los hombres son antiguos conocidos míos.

Se rascaba el codo izquierdo y seguía:

—Hay gentes que creen que estoy loca. Eso decían delante del juez. Que yo estoy loca. Usted, ¿qué cree? Dígame la verdad. Yo he venido aquí a que me diga usted la verdad, porque Felipe Biescas me dijo que usted era el hombre más penetrante, sabio y honrado del mundo. Usted, ¿qué cree?

—Que no.

—¿No estoy loca?

—Digo que no soy el más honrado del mundo.

Tenía yo las dos manos apoyadas en el mostrador, y Matilde se inclinó y mojó mi mano derecha con saliva. Yo tuve el deseo de secarla contra mi blusa, pero no lo hice por cortesía, estando ella delante.

—Salivitas —dijo ella, sonriendo de un modo extraño.

Aquella era la manera que tenía de invitar de un modo inconsciente al beso.

—Es verdad —dije yo por decir algo—. Salivitas.

—Algunas personas se ríen de mí por eso.

—¿Cuando les moja la mano?

—Sí. Usted no se ríe. Ni pone cara de extrañeza.

—No. No me extraño. Aquí, en este mostrador, no se extraña uno de nada.

—Es decir, que viene gente de todas clases. Incluso alguna que está peor que yo. Júrelo. Mujeres peores que yo. Y sin embargo, no es fácil que haya mujeres peores que yo. Tuve un hijo y se me murió porque no supe defenderlo.

—¿De quién lo tuvo?

—¿De quién iba a tenerlo? ¡De mi marido!

—¿Dónde está su marido?

—En el fondo del mar.

—¿Y cómo no supo defender a su niño?

—En definitiva, un estanque es un mar pequeñito. El agua es el agua y es lo mismo. Todas esas aguas de los parques son parientes del agua grande de la mar.

Miraba un tarro de porcelana y leía con dificultad las letras góticas.

—Menta piperita. Yo he estado antes aquí pero ¿qué más le da a usted? Nada, claro. Usted con su vida, yo con la mía, cada cual con la suya. Nada. Pero el caso es que vivimos juntos en la misma ciudad y a veces nos visitamos.

No sabía yo entonces que aquella mujer, cuando no tenía amor ninguno, estaba bastante loca. Si tenía amor, ponía en él toda su locura y en las demás cosas era razonable y normal. Pero si no tenía amor, la locura se extendía por todos los accidentes de la vida ordinaria. Entonces, digo, en aquel momento, no debía tener amor.

—La vida es triste —dije yo, por decir.

—Será triste, pero es dulce como una tarta de bizcocho y chantilli. Hay pasteles que tienen en el centro una torreta y en lo alto de torreta hay una pareja de novios. Ella de blanco y él de negro. Allí estábamos mi novio y yo, en lo alto del pastel, pero nadie venía a la boda y se hacía tarde, muy tarde; ¿qué iba yo a hacer? Mi abuelo murió en el mar, mi padre también. Y mi marido. Entonces, yo escapé tierra adentro con el niño, y llevaba conmigo la parejita de novios de alfeñique blanco y de alfeñique negro. Digo, la que estaba en lo alto del pastel. La novia y el novio. ¿Cómo? ¿No lo cree? Se lo voy a probar ahora mismo.

Abrió el bolso de mano y sacó una cajita que parecía haber contenido una pluma estilográfica. Dentro, envueltos en algodón,

estaban la novia y el novio de alfeñique. Ella, con su velo por encima de la cabeza y su hociquito color rosa.

El novio, vestido de frac como un caballereite, con los botones de la camisa pequeñísimos y brillantes.

Puso Matilde los muñequitos sobre el mostrador, de pie. Cada uno tenía debajo un alfiler agudo que se clavaba fácilmente en cualquier parte. Y ahí estaban, formalitos y serios. Yo los miraba, y ella los olvidaba de pronto y leía desde lejos el letrero latino de uno de los tarros blancos que parecían urnas cinerarias: —Cannabis tenacissima.

—De ahí —dije yo por decir algo una vez más— sacan la esparteína.

—Y eso, ¿para qué sirve?

—Creo que es... para enfermedades del corazón.

—Todas las enfermedades son del corazón.

—Pues...

—Digo las mías. Yo salí del Ferrol con mi niño, primero en tren y luego en autobús. Vine a Zaragoza para estar a la misma distancia del Cantábrico y del Mediterráneo. Por el camino me decía mirando al bebé: a éste no lo atraparé el mar. ¿Ha visto usted que el mar es baboso como un perro enfermo de rabia? Baboso y espumoso. A mi bebé no lo atraparía el mar puerco, todo espumas verdes. El mar que crece con la marea y se mete en todas partes. El criminal mar que todo lo traga. Cuando veía en el tren un periódico con una foto marinera y barcos, tiraba el periódico por la ventana. Cuando en la fonda veía un cuadro en la pared, con el mar, me marchaba. No es que lo odie. Yo creo que es mi amigo. A veces los amigos matan también, ¿verdad? Es el caso. Aquí, en Zaragoza, conocí a un hombre, pero aquel hombre se asustó cuando le puse escupitina en la mano. Usted dirá: ¿por qué hace eso? Es la prueba. La prueba de la humedad marinera. Si el

individuo se seca la mano, eso denota que es hombre indiscreto y que tiene repugnancia. También puede indicar en algunos casos que ha sido, o es, o podría ser marinero. No se ría usted, que no es una tontería. Al marinero, la piel mojada le parece mucho más mojada que al hombre de tierra adentro. Para él todo debe ser sólido y seco, menos el mar. Bueno, yo conocí un hombre, es verdad. Y era un hombre hermoso que pensaba que estaba loca. Pero él no sabía, el pobre, que el amor es la locura o no es nada. Entonces, conocí a otro que no se asustó con las salivas y que me quería y quería al bebé. Pero un día descubrí que había marineros en su familia. ¿Por qué no me lo había dicho el primer día? ¡Ah!, eso era importante. Todas las cosas lo son, porque en la vida, el bien o el mal dependen sólo de alguna cosa pequeña. Por ejemplo, en el caso de la muerte del niño, todo dependió de los barquitos de los otros chicos. Había una brisa pequeña que rizaba el agua. Y uno de los barquitos de un mocosuelo que estaba cerca, se alejó de la orilla entrando a sotavento, como se suele decir entre los marineros. Mi niño gritaba y señalaba aquel barquito aventurero con la mano. Le digo la verdad, aquellos gritos de entusiasmo de mi niño me desgarraban el alma. Y el niño se fue detrás de su grito. Y se ahogó. Eso es.

Recogía la parejita de novios de alfeñique, los metía en su bolso como dispuesta a marcharse. Pero antes dijo: —Ahora sólo quiero que me venda usted un buen somnífero. A eso vine en realidad.

—¿Qué somnífero?

—El más activo.

—¿Éste?

—No. Ése ya lo conozco. Otro que se llama Morfical. ¡Cómo! ¿Que no se vende sin receta? Ya veo. También usted se asusta. ¿Cree que yo me voy a matar? ¿Sí? ¿Y en qué se basa usted para

pensar una cosa como ésa?

—Nunca hay una base para eso. Se hace y se acabó.

—... no se acabó. Nunca se acaba ya nada.

Mientras hablaba Matilde, yo veía en la calle, al otro lado de la vitrina, la nariz de la cocainómana rubia. Por lo visto, esperaba que se marchara Matilde, y ésta no se iba. Me miraba Matilde y quería decir algo aún. Tal vez le pasaba como a mí, que no había aprendido a marcharse de los sitios. En ella era raro, porque debía tener doble edad que yo, al menos.

—Yo duermo sola —me dijo de pronto.

—Es natural.

—No es natural. Y tampoco duermo realmente sola, porque en la almohada tengo bordado el nombre de mi niño.

Dio dos pasos hacia atrás. Ahora sí que se marchaba. Me acordaba yo del busto blanco del hermano lego sobre el agua, en la columna de cemento gris de la «Quinta Julieta». Todavía en la puerta, Matilde —después de abrirla y hacer sonar la campana— se quedó indecisa. Miraba a la cocainómana y me miraba a mí. No se iba. Tampoco volvía a entrar. La cocainómana, impaciente, entró ladeada y sesgada con un gesto de disculpa, como el que suelen hacer en los pasillos del tren las mujeres para entrar en el lavabo, cuando hay un hombre junto a la puerta.

Contemplaba yo todo aquello impaciente.

Matilde salió a la calle, pero se quedó a su vez en la vitrina, mirando hacia adentro. Miraba a la cocainómana, cuya nariz debía haber llamado su atención. Enfrente, la mujer paralítica —la pioja— la miraba a ella desde su balcón. Y yo miraba a la mujer paralítica desde mi mostrador, a través de los cristales de la puerta.

La mujer de la nariz me pagó la última cocaína y me pidió otro gramo a crédito. Yo le dije que tenía instrucciones del

farmacéutico y que no podía dárselo. Ella pareció dudar un momento. La nariz de aquella mujer me sonreía, independientemente del rostro.

—Un gramo sólo, mon chou.

Y, con aire resignado, se sacó un brazalete de oro y lo dejó sobre el mostrador.

—No, señora —dije yo, avergonzándome un poco.

Añadí que si la farmacia fuera mía, le daría lo que quisiera a crédito. Pero, por desgracia, no lo era. Estando en éstas, oí al boticario que andaba por el interior y dije a mi cliente: —Un momento.

Cogí la pulsera y entré en la rebotica. Dije a mi patrón lo que sucedía y él sopesó la alhaja, fue al frasco del ácido sulfúrico, le dio un toque con el tapón mojado, contemplé el metal un momento y luego dijo: —Dale un gramo a crédito, conservando la pulsera como una prenda.

Salí yo y le dije la decisión del farmacéutico. Ella quería más de un gramo y, como aquello era cuestión mía, le guiñé un ojo y en lugar de un gramo pesé dos. Eso podía hacerlo yo, porque la decisión del boticario con la pulsera era una decisión de avaro. La pulsera valía mucho más.

Cuando tomó el sobrecito de papel de seda, ella me sujetó la mano con las dos suyas y la besó como si yo fuera un obispo.

Luego se fue. En la calle, Matilde y ella se miraron con curiosidad, y luego se fueron por caminos divergentes.

El verano iba pasando, vacío y lento.

Entré en el otoño con una sensación vaga de incertidumbre y fatiga. Pensaba en Valentina. Le escribí dos veces y no me contestó. La falta de respuesta me llenó de inquietudes. Era probable que no estuviera en la aldea. Tal vez la habían llevado por fin a un colegio interna. ¿A cuál? ¿O se había restablecido la

censura postal en su casa? Si no me escribía, era porque no podía materialmente. ¿En qué consistía aquella materialidad?

Llegó diciembre con vendavales y fríos. Algunas tardes había lluvia semihelada, la incómoda garúa, y delante de mí farmacia se arremolinaban en el aire los pequeñísimos copos de nieve como granitos de azúcar. Yo no iba al instituto, no iba a la biblioteca de la universidad. ¿Para qué? Lo lamentaba sólo por mi hermana Concha, ya que su ilusión de que yo tuviera un título académico y pudiera, al final del bachillerato ser llamado don, se veía frustrada.

Peor para ella. A mí me daba lo mismo.

Estaba el farmacéutico contento conmigo. Me dejaba en la farmacia trabajando todo el día y parte de la noche, aunque —eso sí— sin aumento de sueldo. Yo no se lo reprochaba. La farmacia era un negocio miserable.

Buscaba a Checa los domingos, pero no lo encontraba, y si lo encontraba estaba distraído y lleno de quehaceres. Entonces me iba a un café que había al final de los porches. Un café inmenso que se llamaba Ambos Mundos y era un bosque de columnas, espejos, cajas esféricas de níquel (como yelmos de guerra) que había pegadas a las columnas y que se abrían y cerraban con un golpe seco. A veces, aquellos recipientes estaban entreabiertos y mostraban una boca boba.

El ruido de cristales y cucharitas me gustaba. Y la gente que concurría me parecía por algún motivo digna de admiración. He conservado toda mi vida la tendencia infantil a considerar mejores que yo a los hombres que veo y a quienes no conozco. Por fin, llegó una carta de Valentina. Todavía estaba con su familia, pero la iban a llevar al colegio del Sagrado Corazón, nada menos que en Madrid. Una escuela de lujo. Yo sentía que ella subía socialmente, mientras yo bajaba, y aquello me daba una especie de angustia secreta. La reflexión más angustiosa era la de que Valentina,

teniéndome a mí por novio, desmerecía al lado de otras chicas de su edad, incluso de Pilar. Yo, como novio, era poco brillante. Un mancebo de botica. ¡Bah!

Valentina no me decía cuándo iban a llevarla. No lo sabía aún. Se alejaba de mí socialmente y moralmente, y también físicamente, en el espacio. Entretanto, mis horizontes eran más turbios cada día. En el café de Ambos Mundos conocí a un joven más viejo que yo, taciturno y melancólico. Parecía de origen social humilde. Pero —¡oh sorpresa de aquel mundo de columnas y esferas niqueladas! —era escritor y en ese oficio ganaba dinero.

Se llamaba Sánchez Bosqued y era el inventor de una serie de aventuras cómicas de dos detectives: Cocoliche y Tragavientos, que se encontraban en todos los puestos de periódicos menos en el de Checa, para quien aquello no era serio. Sánchez Bosqued escribía novelas como Lasheras, el del carrito de los helados escribía dramas, pero con la diferencia de que sus detectives se vendían y su autor no trataba de inquietar con su producción a las cortes europeas. Cuando mi amigo José María lo conoció, decidió que aquel género de literatura no iba con su gusto. Sánchez Bosqued suspiró al oír aquello y se marchó, silencioso como una sombra. Yo lo incorporé a la masa de los digestivos, aunque no estoy seguro de que lo fuera.

Siempre lo he recordado con respeto y con amistad.

A veces, estando solo en mi rebotica, me sentía deprimido y pensaba que parecía atraer a las personas bajas y de humilde condición. En sí mismo no me importaba. Pero en relación con Valentina me parecía un síntoma que podría serme funesto con el tiempo. Me hacía amigo fácilmente de la gente que por algún motivo era digna del desprecio de los «digestivos». Y los «digestivos» mandaban en el mundo.

El invierno estaba encima. Pasaron las Navidades sin cánticos

mi fiestas, sin regalos ni calor de familia, yo solo en mi alcoba ciega y sin luz natural. No eché en falta la Navidad familiar y enero llegó frío, turbio, con cielo bajo. Cuando el tiempo estaba lluvioso, se diría que Zaragoza ganaba en belleza o al menos en trascendencia y en profundidad. El agua de lluvia le lavaba la cara a la urbe y ozonizaba el aire. El asfalto, los cristales, el metal de los faroles públicos, las muestras jaspeadas de la tienda, las cúpulas de las torres, los tejados de los palacios históricos, todo sacaba sus colores rosa, gris o rojo. Zaragoza llovida era un cuadro recién barnizado y fresco. Sin descontar sus peculiares misterios antiguos. A mí, los días turbios de invierno con cielo bajo, poca luz natural y los focos eléctricos de los comercios y los cafés encendidos me parecían impregnados de un extraño, lujoso y decadente —morbosamente gustoso—romanticismo. Todavía era para mí romántica la apariencia externa de la civilización.

Llevaba ya más de tres semanas sin ver a Checa cuando un día, al abrir la farmacia por la mañana, sentí algo inusual en la calle de San Pablo. Había como un aire de extranjería en la luz. Era como si Zaragoza fuera de pronto Sebastopol, Rotterdam o Sidney, en la lejana Australia. Sin acabar de enterarme, volví a entrar en mi farmacia y me puse a preparar una receta de glicerofosfato de cal con óxido de hierro, para alguna persona anémica. En lugar de cincuenta grageas hice cien, y las sobrantes las puse en una estantería, al alcance de mi mano y para mi uso. Tomaba cada día un par de ellas.

Además de aquella costumbre, que tal vez me ayudó a entrar en la adolescencia sano y fuerte, solía fabricar refrescos químicos con bicarbonato y ácido cítrico y los tomaba de vez en cuando. También hice un licor con alcohol etílico, tintura de benjuí y sacarina. Ya entonces, en lugar de producir explosiones de permanganato y clorato que, pequeñas y todo, dejaban humo en

el aire, abría la espita del tanque de oxígeno y encendía un cirio de llama larga. En la oscuridad de aquel rincón de la rebotica, donde estaba el tanque cilíndrico vertical, las luces de la combustión eran nacaradas y puras y me sugerían las auroras boreales. El oxígeno lo usaba yo, además —es decir, lo respiraba—, como tonificante, de vez en cuando.

Cuando me sentía deprimido y triste, inhalaba quince o veinte bocanadas de oxígeno puro y me encontraba otra vez animado y activo. Pensaba: estas inhalaciones equivalen a un paseo de dos horas por un bosque después de una tormenta. El tanque de hierro era, pues, mi pinar y mi vacación de altura. Naturalmente, todas estas cosas las hacía a espaldas del farmacéutico.

Aquel día no necesitaba oxígeno para animarme. Algo sucedía en la ciudad y repercutía en mis nervios. El boticario solía bajar de su casa hacia las nueve y media, gris y deprimido como si hubiera tenido sueños extenuantes. Abría el cajón, sacaba todo el dinero (no más de cinco o seis pesetas), y se iba con él a la calle, al café. Era la única persona que había conocido en mi vida que fuera al café a una hora tan temprana.

Aquella mañana volvió en seguida y, contra su costumbre, lleno de noticias y de ganas de hablar. «Las tropas están acuarteladas —me decía moviendo su bigote escarchado— y no se han publicado periódicos.» Era verdad. Ni el Herald, ni El Noticiero ni La Crónica habían salido. El boticario subía la escalera llamando a su hija predilecta: —¡Lorenza!

Decía a voces que había que comprar víveres de reserva y que las mujeres no debían salir. Iría a comprarlos él. Al amanecer había sido declarado el estado de guerra y el capitán general, señor Ampudia, era el amo absoluto de la ciudad. Patrullas de caballería iban y venían.

La portera de la casa acudía constantemente con noticias, que supongo que fabricaba en sus concilios con las vecinas: —Han volado el puente de piedra.

Un vecino dijo: «Han puesto una bomba en el templo del Pilar». Algunos aseguraban que habían matado al nuevo arzobispo, y yo pensaba: «¿Qué manía es ésta con los arzobispos?». Más tarde vi que era mentira. Pero durante la mañana, las noticias que traía la portera, todas falsas, despertaban en mí un confuso sentimiento de culpabilidad. Según el farmacéutico, no había periódicos porque a medianoche había llegado a las imprentas de los diarios una patrulla de soldados con armas y ordenaron «en nombre del pueblo» que los obreros se fueran a sus casas. Patrullas parecidas fueron a la central de teléfonos y de telégrafos para impedir que salieran informaciones sobre lo que sucedía en la ciudad. También fueron a ocupar las tres estaciones de ferrocarril. Todo se hizo sin incidentes y cumpliendo las instrucciones de Checa. De mi amigo Angel Checa, el vendedor de periódicos. En cuanto a los obreros de algunos sindicatos, se habían declarado en huelga, y otros no. Lo que había sucedido, según supe después, era que el pleno de comités de la local de sindicatos no llegó a reunirse entero por la premura de la convocatoria. En aquella reunión incompleta, Checa exigió la huelga general sin decir para qué. Y, naturalmente, los delegados se resistían.

—Yo sé muy bien para qué —decía Checa—, y eso debía bastaros. Yo lo sé, y no puedo decirlo por ahora, por razones de conspiración.

—No es necesario que lo digas todo. Di el hecho sin dar pormenores.

—Pues bien —confesó Checa, excedido—. Se trata de la sublevación armada.

Hubo un silencio súbito y luego algunos rumores recelosos.

—¿Dónde están las armas? —preguntó con sorna un delegado.

—En los cuarteles —dijo secamente Checa

—La penetración en los cuarteles, por el momento, es imposible.

—Yo digo que no lo es —insistió Checa.

—Hay que jugarse la cabeza en eso.

—Jugársela y perderla —añadió Checa, riendo—. Pero así es como se hace la penetración en los cuarteles.

Y no hubo acuerdo de huelga general. Como Checa tenía prestigio y juró que él ponía la cabeza en la empresa y que la experiencia valía la pena, acordó el pleno dejar en libertad de acción a los sindicatos locales, de modo que según los acontecimientos, cada organización hiciera lo que le pareciera oportuno.

Así es que hubo huelga, pero no general.

A veces, desde la puerta de la farmacia y en el silencio de la ciudad, medio paralizada, se oían disparos lejanos. El farmacéutico, acariciándose los bigotes, repetía: —Si los artilleros sublevados sacan los cañones y los llevan al cabezo de Buena Vista, sólo Dios sabe lo que nos puede suceder.

Toda la ciudad se quedaría, según él, a merced de los revolucionarios. Porque el cuartel de artillería ligera, en la calle de la Soberanía Nacional, tenía muchas baterías, y podía barrer Zaragoza de cabo a rabo en pocos minutos. Eso decía el boticario. Yo escuchaba esas noticias con la boca seca y deseando salir de la farmacia cuanto antes.

Al principio suponía todo el mundo que la sublevación del cuartel había sido completa y unánime. Alrededor de la medianoche, las autoridades de Zaragoza se creían perdidas y en

manos de los revolucionarios. La alarma fue tal, que el gobernador no se atrevía a echar mano de otros regimientos, porque temía que todo el ejército estuviera contaminado. Ninguna de las autoridades civiles, militares ni religiosas de la ciudad durmió aquella noche.

Las cosas sucedieron de la siguiente manera: Checa, de acuerdo con dos cabos de la guardia, entró en el cuartel a las once de la noche, mató al oficial de guardia, que era un niño casi —el alférez Anselmo Berges— y al sargento Antonio Antón (también de guardia) que, aunque estaba comprometido, quiso resistir a última hora. Arrestó al capitán de cuartel, que era la autoridad suprema en aquel momento.

Dueño Checa de la guardia, mandó tocar asamblea y, reunidos los soldados, les arengó. Pero no los convenció a todos. Ni siquiera acudieron todos. Mientras Checa les hablaba, un grupo de sargentos comenzó a disparar desde una de las galerías que rodeaban el patio. Y la lucha se generalizó dentro del cuartel.

Muchos se pusieron de parte de Checa. Pero otros resistían, y algunos suboficiales y sargentos contrarios al movimiento fueron encarcelados. «A esos hijos de la gran cabra hay que apretarles el pasapán», decía Checa, y luego añadía, dirigiéndose a otros dos sindicalistas —un metalúrgico y Lucas— que le acompañaban: «¿Véis vosotros cómo se consigue la infiltración en un cuartel? Lo que hacemos aquí se puede hacer cualquier día en todos los demás cuarteles de Zaragoza. Y de España. Pero hay que dar la cara y jugárselo todo».

Mientras estuvieron dentro del cuartel, nunca llamó Checa a sus compañeros civiles por sus nombres, para que no pudieran identificarlos después. Los hizo salir antes de amanecer por la misma razón.

A medianoche el fuego se generalizaba. La guerra en el

interior del edificio le parecía a Checa lamentable, aunque la había previsto. Y se dirigía a pecho descubierto a los focos que resistían, diciéndoles insultos y amenazas. Y sin disparar. Llevaba la pistola en la mano y no disparaba. No comprendía nadie cómo las balas lo respetaban.

El cuartel era un enorme edificio rectangular, aislado por los cuatro costados. Las ventanas enrejadas y la vigilancia ejercida desde algunas garitas y torreones impedía que nadie entrara ni saliera sino por la puerta principal.

La ocupación de los periódicos y de los centros de comunicación se hizo fácilmente. El resto de la noche lo dedicaron, las fuerzas de Checa, a reducir los focos dentro del cuartel y a enviar comunicaciones a los secretarios de los sindicatos para que declararan la huelga. «No hay tiempo —le decían—. Hay que reunir el comité.» Algunos sindicatos que estaban ya advertidos declararon la huelga sin más.

La acción se desarrollaba en la madrugada, sin demasiadas complicaciones. Toda la noche se combatió en el cuartel, y el cabo Godoy fue herido de un balazo en el pecho y otro en el cuello. Los sindicalistas civiles huyeron por orden de Checa —uno de ellos, herido también— y se escondieron en la ciudad viendo la cosa perdida.

Al amanecer del día siguiente no se podía saber nada a ciencia cierta. Llegaban a la farmacia noticias de todos los orígenes y colores, y en vano trataba yo de obtener síntesis verosímiles y de componer a mi manera un panorama de conjunto. Imposible. Por un lado, las mentiras de la portera, y por otro mis nervios, me lo impedían.

El boticario se puso a analizar el agua de beber —la portera decía que la habían envenenado—, y en un descuido, yo me acerqué y eché dentro del tubo de ensayo un poco de arsénico. Al

encontrarlo, el boticario llamó a su mujer y a sus hijas y comenzó a dar voces y a hacer grandes gestos. No había que beber el agua de la llave. Con una probeta cubierta con la cartulina donde había anotado sus resultados, fue a la tenencia de alcaldía del barrio y después al Ayuntamiento. Nadie le hacía caso. Se negaban a creer que las aguas estuvieran envenenadas, y el jefe del laboratorio municipal miró a mi farmacéutico como a un provocador.

Con eso de las aguas envenenadas estuve yo solo todo el día en la farmacia.

Se había declarado el estado de guerra, aunque no sacaban las tropas temiendo, como creo haber dicho, que estuvieran en parte o del todo dispuestas a hacer causa común con los rebeldes. Los que patrullaban por la ciudad eran los temibles guardias civiles. A caballo o a pie. Entretanto, en el cuartel del Carmen moría la gente. Por momentos el combate arreciaba, y la ciudad entera parecía escuchar el estruendo con la respiración contenida.

Duró aquella confusión no más de veinticuatro horas, al cabo de las cuales la vida de la ciudad volvió a sus cauces normales. Las primeras ediciones de los periódicos trajeron la información completa de los hechos. El Noticiero daba su información matizada de embustes. Decía que Checa, después de matar al alférez Anselmo Berges de un tiro en la cabeza, «lo había cosido a puñaladas». Mentira. Era incapaz Checa de una cosa así. Diciéndolo, El Noticiero confiaba en causar un efecto de indignación saludable en los oficiales que leyeran la noticia.

Pero, ¡ah!, dos líneas más abajo aparecía de pronto un título con grandes letras negras que decía: «El jefe de la sedición muere en el patio del cuartel». Y ese jefe era, ni más ni menos, mi amigo Angel Checa. Ya no vivía. Lo había matado la guardia civil. Más tarde conocí la información completa y no la versión oficial.

Fue como sigue. Hacia la madrugada, cuando era evidente

que la sublevación había fracasado, Lucas propuso a Checa retirarse y éste soltó a reír.

—¿Tú no sabes que en nuestras batallas no hay retirada? ¿Dónde voy a retirarme? Sólo hay dos lugares para mí: el depósito de cadáveres o el sillón del gobernador.

—Pero esto está perdido. ¿Para qué continuar entonces?

—Para que aprendan los que vengan detrás. Aprenderán a evitar las faltas y yertos que hacemos nosotros. El caballo no tropieza dos veces en la misma piedra. El buen revolucionario tampoco.

Checa había sido en aquella empresa superior a sus compañeros civiles. Los militares que se habían comprometido con él eran valientes, con excepción del sargento de guardia, que a última hora se arrepintió y a quien tuvo Checa que matar.

Cuando Checa se sintió herido, hizo que lo llevaran al cuerpo de guardia y allí lo instalaron acostado en un diván. Cerca estaba el cadáver del oficial, y Checa hablaba dirigiéndose a él: —Tu vida seguramente ha sido limpia como la mía. Perdona, muchacho. A los dos nos ha tocado la mala suerte y aquí estamos. Dentro de poco yo tampoco viviré y, en definitiva, tú y yo habremos sido víctimas de los otros, de los de arriba. España está mal y ni tú ni yo tenemos la culpa. Tú has dado la vida por ella, y yo voy a darla también. Por España. Muriendo tú, se elimina un obstáculo. Muriendo yo, se levanta un ejemplo. Los dos por un mundo mejor.

Añadió, dirigiéndose a los otros: «Yo he hecho mi parte y me voy tranquilo. A ver cómo hacéis vosotros la vuestra, y no tengáis miedo. Morir es poca cosa. Casi un juego de niños. Lo difícil y lo grave es vivir. A ver cómo lo hacéis vosotros, compañeros».

No tardó mucho en morir. Después de muerto, tenía una expresión plácida y serena. Algunos periódicos presentaban a Checa como un iluminado y decían que una vez herido dijo a sus

compañeros: «Como veis, no es difícil dar el primer paso. Yo lo he dado y no ha salido mal. El que yo caiga no importa. Estaba previsto. Los que vengan después darán el segundo paso y espero que saldrá mejor». Lo que dijo realmente antes de morir fue esto: «Echadme a mí la culpa de todo, porque a mí ya no podrán hacerme nada». Fue, en fin, una muerte digna de él. Yo lo admiraba, pero allí con el periódico delante, me sentía acoquinado y sin aliento. En una foto se veía el cuerpo de Checa cubierto con una manta. Por un lado asomaba un pie calzado.

Me espantaba, hasta más no poder, la idea de haber sido amigo de aquel hombre cuyo nombre se imprimía en grandes letras en los diarios. Me sentía orgulloso y aterrorizado. Ahora, por el hecho de haber sido abatido a tiros, me parecía Checa — aunque sólo en pequeños paréntesis de confusión— culpable. Estaba yo secretamente acobardado y, en el fondo, aunque no creía las calumnias que se imprimían contra aquel hombre, estaba perplejo por el hecho de haber estrechado tantas veces la mano del héroe muerto que asomaba en la foto por debajo de la manta.

Cuando todo quedó en paz, se formó un tribunal de guerra que juzgó rápidamente a los más comprometidos. Dos días después de la muerte de Checa, el tribunal dictó sentencia. Había siete condenas de muerte y otras muchas de prisión. Cuando leí el periódico, se habían cumplido ya las ejecuciones. Leí la información ávidamente. Allí estaban los nombres de las víctimas, en una pequeña columna, con letras un poco mayores que las otras:

«Cabo Nicolás Godoy, de veinticuatro años.

Cabo Antonio Peña, de veintitrés años.

Soldado Pascual Galve, de veinte años.

Soldado Francisco Oliva, de veintitrés.

Soldado Paulino Aubego, de veinticuatro.

*Soldado Valeriano Aznar, de veintitrés.
Trompeta José Pelegrín, de veinte».*

El Noticiero decía que antes de ser ejecutados, todos confesaron y tomaron la comunión devotamente. Los otros periódicos no decían nada de eso. Era mentira.

Yo sentía mi boca seca y bebía agua constantemente. Pensé que no podría comer pero la desgracia me aumentaba el apetito de una manera inexplicable —otras veces me ha sucedido en la vida— y comí como siempre. Después oí al boticario hablar con su hija Lorenza. Y ésta decía extrañada, leyendo el periódico: —¿Sólo siete penas de muerte?

En la reseña de las ejecuciones había un detalle odioso. El cabo Godoy, incapaz de caminar porque se encontraba gravemente herido, fue llevado al lugar de las ejecuciones sentado en una silla y atado a ella de pies y brazos. El otro cabo, Peña (con quien había yo también hablando una vez en los billares de La Perla), fue con su brazo en cabestrillo y arengó a los soldados antes de que éstos dispararan. El periódico no reproducía sus palabras, pero más tarde supe que había dicho a los soldados del pelotón: —Disparad contra los jefes, y ayudaréis a hacer una patria mejor para vuestros hijos.

Aquel día algo se desintegraba dentro de mí, como la luz al pasar por el prisma. Mi prisma era como aquel día turbio de enero con gotas de agua resbalando a veces por el cristal de la vitrina, despaciosamente. Algo dentro de mí maduraba, y una parte importante de mi conciencia se sentía escandalizada para siempre. Todavía lo está hoy. Tal vez hoy más que nunca. Yo había tenido contacto con aquellos hombres, y mi estado de ánimo de aquel día y mis sentimientos son fáciles de recordar, pero expresar mi pensamiento de entonces exigiría un esfuerzo de imaginación del

que me siento incapaz por ahora.

Lo único que puedo decir es que no salí de la farmacia en muchos días. Hubo jornadas de cielo bajo, la lluvia persistente y fría. Había ramalazos de viento húmedo del Moncayo y los meteoros mismos que parecían llorar me separaban a mí del mundo. Pensaba constantemente en Checa, pero a veces tenía paréntesis de duda e incluso reservas mentales. ¿Morir yo? ¿Para qué? ¿No podría suceder que estuvieran equivocados mis amigos? Pero así y todo, el heroísmo es prestigioso y hay un nivel donde el reo de muerte siempre tiene razón, cualesquiera que hayan sido sus delitos. La lluvia en los cristales me invitaba a pensar las cosas más monstruosamente deprimentes. Pero mi resistencia a salir de la farmacia no era sólo desesperación, era también miedo. Un miedo que hasta entonces yo no había querido confesarme a mí mismo. ¿Cobardía? Creo que no. Yo, amigo superviviente de Checa y de sus compañeros, quedaba en la ciudad solo y sin defensa. Por no tener, ni siquiera familia tenía. Mientras que los otros tenían hermanos. Digo, los mismos revolucionarios. Checa tenía un hermano y una hermana, según los periódicos.

Estaban casi todos los revolucionarios en la cárcel. También Lucas estaba detenido, aunque sin cargos concretos. Pensaba que lo mismo podía estar yo, y me acordaba de aquel montañés amigo de Felipe el de Monflorite, que había acudido a ver la ejecución de su hijo. Mi padre tal vez se encargaría un traje nuevo para venir a presenciar mi fusilamiento, pensaba yo entonces con evidente injusticia. Aquellas reflexiones locas las hacía yo a solas, y con ellas me amedrentaba más. Pero no era cobardía.

El mismo día que murieron mis amigos, la multitud indiferente de las cinco de la tarde subía y bajaba por la «noria» de los porches del paseo de la Independencia, caminando en dos canales paralelos contrarios. Los digestivos. A todos los

identificaba un conformismo de defensa, mientras mis amigos morían en el cuartel del Carmen. Los digestivos aún no habían dado con la cabeza contra el ataúd. Mientras fusilaban a los siete héroes, la multitud de vientres secretorios iba arriba y abajo, segura de sí, firme en sus bobos placeres número uno, dos y tres.

En aquellos momentos, no era que me diera miedo la muerte. No. Mi miedo venía de otro origen. Si hubiera podido hacer algo por Checa, lo habría hecho sin vacilar. Pero aquel súbito y escandaloso y brutal hecho de asomarse a la historia (eso creía yo entonces) como amigo de los héroes del cuartel del Carmen, me tenía perplejo. Los héroes ejecutados y muertos ya. Al jorobado del Salón Doré, después de su muerte, yo lo imaginaba condenado otra vez en otra parte, juzgado por otro tribunal de pobres diablos digestivos en el mundo de los espíritus puros. Y otra vez ejecutado para ser juzgado de nuevo en espíritu —en lo que quedara de espíritu vivo aún— en otra parte. Yo, desnudo, débil, infantil, tímido, impotente, ignorante y sobre todo solo, tenía un pánico cerval a mi propia cobardía, a que alguien la mostrara en público y la ofreciera a la consideración del mundo. Pero estoy seguro de que no era cobarde. Estaba escandalizado, y eso era todo.

El único refugio que me quedaba a mí por el momento era mi amor por Valentina. Tenía que verla cuanto antes. O por lo menos, escribirle. No me atrevía, sin embargo, a exponerle mis problemas por correo, sabiendo que mi correo podía estar vigilado por la policía desde los tiempos en que andaba con Checa. Además, en aquel momento yo no sabía dónde estaba Valentina, lo que aumentaba mi confusión.

Habría querido ver a Juan el de la «Quinta Julieta», pero estaba en Barcelona. Lucas, el tapicero, seguía en la cárcel. Y yo no salía de la farmacia. La idea de ir a los porches, ver el puesto de Checa cerrado, y contemplar a la gente digestiva subiendo y

bajando, me producía la impresión inhibitoria de la que hablaba antes: una sensación vaga de riesgo y de culpa. Mi miedo no alteraba mis convicciones en lo más mínimo, lo que tiene cierto mérito si se piensa que aquella extraña gente de los porches parecía a veces tener razón en su instinto animal de sobrevivencia.

La lluvia en los cristales de la farmacia tenía algo de homenaje a mis amigos muertos. La familia del boticario me miraba con recelo —Lorenza con desdén— y en cuanto a Felisa, yo no la quería y eso la obligaba a ella a odiarme. Un día le dije: —Tengo novia, Felisa. Por eso no puedo quererte a ti.

—¿Novia? ¿Qué novia será la tuya? ¡Me gustaría verla! Y rió con una gran altivez irónica.

A partir de aquello le tomé un gran odio y nuestro aborrecimiento se hizo recíproco, aunque el mío, por razones fáciles de comprender, era sólo defensivo. Veía yo que las mujeres digestivas podían ser violentas y decididas y tenían su lado tremendo. Por una razón ignorada, cuando decidí que Felisa era una «digestiva», la imaginaba siempre sentada en el retrete. Aquello acabó por hacérmela indiferente y odiosa. Otro día oí a Felisa decir la palabra fea —las cuatro letras— hablando con su hermana y refiriéndose —horror— a mi novia.

Caí, enfermo, con un catarro gripal que me duró dos semanas y me dejó muy débil. El boticario se portó bien. Atendió la farmacia y me cuidó a mí.

Pero yo tenía fiebre alta. Y al salir de mi enfermedad me sentía débil. Supongo que el boticario fue a ver a Fernández y éste debió escribir a mi familia. Me invitaron a ir a reponerme a Caspe. Yo respondí que prefería ir a la aldea (pensaba en Valentina y en si la habían sacado o no de allí) y mi padre escribió a la tía Ignacia para que me cuidara hasta que me encontrara bien. El médico de la aldea, que era mi antiguo amigo, decidiría si yo estaba en

condiciones o no de volver a la farmacia. Era esto, al menos, lo que decía mi padre. Pero yo me burlaba leyendo su carta. ¿A la farmacia? Ni la farmacia ni Zaragoza estaban en la ruta de mi futuro.

Necesitaba la ayuda de alguien, y ahora pensé seriamente en ir a la aldea y hablar con la tía Ignacia (que para mí era más importante que mi padre) y estar unos días cerca de Valentina, si estaba en la aldea.

En caso de que no estuviera, yo podría tal vez ir a ver a mi abuelo al pueblo próximo. Hacía años que no había estado allí y por eso mismo parecería más justificada la visita.

Lo que no podía hacer era seguir en Zaragoza.

Además, estaba realmente enfermo, yo. De veras enfermo. Y pensaba lo mismo (es decir, con la misma indiferencia) en curarme que en morirme.

Fui a la aldea muy deprimido, con los bolsillos llenos de recortes de periódicos en los que se hablaba de Checa, del cabo Godoy, de Pelegrín y de otros amigos o conocidos.

Cuando llegué y supe que Valentina no estaba, recibí una sorpresa tremenda. Me acosté en mi cama fría mientras oía a la tía Ignacia andar con sartenes y ollas y pensaba que lo mejor sería no levantarme ya nunca. A veces, decidía ir a casa de Valentina y pedir explicaciones a don Arturo y a doña Julia. Comprendía que esto sería absurdo, pero me resignaba a duras penas. Y entonces pensaba que lo mejor que podría hacer sería cazar otro jabalí, tal vez más de uno, y enviárselo a don Arturo. Tres jabalíes, una multitud de jabalíes vivos, llevándolos en rebaño al corral de don Arturo, que se los iría comiendo de dos en dos. Mientras pensaba estas cosas, la tía Ignacia me miraba flaco y pálido, y decía: «Para eso valen las ciudades, para matar a los hombres, en la flor de la edad». Oyéndola decir esto de la muerte, me asustaba yo un poco.

Y ella añadía: —¿Por qué no te acuestas abajo, en la cama de tu padre?

Yo fui bajando con movimientos diferidos, como si estuviera más enfermo de lo que realmente estaba. Fui al cuarto de mis padres, extrañado de que no se me hubiera ocurrido a mí instalarme allí desde el primer momento, aunque sólo fuera por facilitar los movimientos de la tía Ignacia, que tenía que subir y bajar escaleras. Sentía aún, de un modo inconsciente, cierto respeto por aquella habitación y aquella cama donde seguramente había nacido. Me dejé caer en ella sin desnudarme. La maternal tía Ignacia me cubrió las piernas y encendió fuego en la chimenea.

Al día siguiente vino el médico, me reconoció y me recetó bromoformo. Yo sabía que aquello era un desinfectante pulmonar, y me quedé dudando y pensando: «¿Estaré tísico?»

Aquella noche nevó, y al día siguiente estaba todo blanco. La tía Ignacia llenaba la chimenea de bienoliente leña y prendía fuego. Aquél era el cuarto más caliente de la casa. El resto del enorme edificio —el caserón de los ecos, ahora— era una nevera.

Iba la tía Ignacia y venía enfadándose a veces consigo misma y diciendo palabras torpes para hacerme gracia. Se oían danzar las llamas, hervir el calderete de agua y reír a la tía Ignacia, con esa alegría comunicativa que da la contemplación de una buena fogata. Como otras veces, aquella mujer me decía cosas a un tiempo alegres y lúgubres. Me preguntaba de pronto: —¿Qué cavilas? Siempre estás cavilando y no es bueno eso, digo yo.

Hablamos de las novedades de aquella casa vacía. Los gatos de algunos años atrás ya no estaban. La tía Ignacia me iba dando informes. Uno, el rubio, se murió. Es decir, debió matarlo un perro, porque desapareció y al limpiar el lagar más tarde, lo encontraron muerto, con una herida en la cabeza detrás de las orejas. Los otros «se extrañaron», según decía ella, es decir, se

fueron a otra parte.

De los caballos, el viejo había muerto también de una manera no menos triste.

—¿Cómo? —pregunté yo, impaciente.

—Pues hijo, el pobre estaba viejo y enfermo y lo llevamos a nuestra cuadra, pero no valía para nada. Mi marido, después de marcharos vosotros y viendo que el animal consumía y no trabajaba, lo llevó al muladar y le dio una «cazada», es decir, un golpe con el cazo de la azada, en la cabeza. Allí lo dejó por muerto. Pero, al día siguiente, el pobre animal apareció en la puerta de nuestra casa otra vez. Caminaba que daba pena, cojeando y haciendo reverencias.

Yo no podía oír aquello y cambié el tema: —¿Y don Joaquín? —pregunté—. Quiero ir a verlo.

—Tendrás que ir al cementerio, hijo mío. Falleció en la paz del Señor.

La tía Ignacia, creyendo que la muerte del capellán de Santa Clara no me importaba mucho, siguió hablando del pobre caballo viejo: —El animal, que no se había muerto con la cazada, volvió a casa y yo le dije a mi marido: ahí está en la puerta. Anda, déjalo entrar al calor de la cuadra. Mi marido erre que erre. Que si no valía la paja que comía y menos la cebada. Por fin, pude yo más y llevé el animal al pesebre, le puse su pienso y allí se murió en tres días después.

—¡Pobre! —dije yo, a punto de lágrimas.

—Calla, hombre —dijo ella con los ojos húmedos también—. Hay animales que tienen más *concencia* que las personas. ¿Qué dirás tú que hizo el pobre caballo? Entró en la cuadra y allí se estuvo tres días y tres noches sin comer. Yo le llevé paja, pienso de hierba y alfalfa y hasta un mueso de azúcar. No comió nada, como si quisiera darle una lección al mostrenco de mi marido, o bien

como si hubiera determinado morirse. Sólo bebía agua de vez en cuando.

Don Joaquín, el caballo, los gatos. Todos morían a mi alrededor. Unos como Checa, heroicamente, y otros lastimosamente. Todos menos yo. Y Valentina no estaba en el pueblo. Era como si me la hubieran robado o como si se hubiera muerto también. Mi aldea ya no era mi aldea, sino una población extraña en un país cualquiera. Fui a buscar un libro y me puse a leer al lado del fuego. La tía Ignacia fue a la farmacia con la receta del médico, y poco después me trajo el bromoformo. Lo olí y me pareció intolerable. Entonces lo arrojé al fuego, donde hizo una gran llamarada. La tía Ignacia me miraba, pensando que me parecía a mi abuelo paterno, el que, según malas lenguas, se jugó la mujer a las cartas.

Me puse a mirar por la ventana, y por encima de los tejados nevados de las cocheras veía un panorama blanco y extenso. Como yo no había dormido en aquella habitación, el paisaje me parecía nuevo.

Lo miraba, paseaba por el cuarto, iba al lado del fuego, leía un poco, volvía al balcón. El patio y los tejados de las cocheras estaban nevados. Más allá se veía otro patizuelo, éste abierto por un lado sobre el camino. Todo nevado. Contra los ribazos se había acumulado una cantidad todavía mayor de nieve. En el segundo patizuelo estaba el aprisco de las cabras y corderos del tiempo de mis bisabuelos. Aquel lugar se había convertido más tarde en una fábrica de mosaicos vidriados, y aunque hacía más de cincuenta años que no producía nada, seguían llamándole así: la fábrica. Había en aquellos lugares la esterilidad de un olvido de muchos años.

Frente a la puerta de la «fábrica» se veían las herramientas de partir leña, tal como el marido de la tía Ignacia las había dejado

allí el día anterior: un banquillo de serrar, una estraleta de mano —clavada en un tronco, con nieve en el mango—, algunos leños esparcidos aquí y allá. La tía Ignacia y su marido vivían allí, en una casa modesta de adobe y ladrillo al lado del patizuelo que se abría sobre la carretera. Esta se alejaba vacilante y desvalida entre dos filas de árboles sin hojas, con ramas esqueléticas y frías de las que la brisa hacía caer a veces un polvillo de nieve como harina.

El poste del telégrafo tenía su gorrito blanco de algodón, también.

En aquel segundo patizuelo y sobre el muro maestro de la casa de la tía Ignacia, había una especie de torreta de ladrillo rematada por un tubo de estufa con su caperuza cónica. El tubo era mucho más alto que la torreta y la choza, y lo sujetaban dos alambres para defenderlo del viento. A pesar de aquellos alambres —que se sujetaban en el tejado—, el tubo negro estaba bastante torcido. Salía por él un humo aborregado y denso.

Imaginaba yo dentro de la choza al marido de la tía Ignacia sentado al fuego, asando caracoles en el calivo —le gustaban mucho— y tratando de olvidar la muerte del caballo. Más lejos, sobre el extremo de los viejos apriscos, se veía otro tubo de estufa, pero sin humo. Aquellos tubos negros en medio de la nieve, daban al paisaje un tono de sordidez. No estaban allí cuando nosotros vivíamos en la aldea. El marido de la tía Ignacia los había sacado de los viejos sótanos donde había estufas, cunas de niño, lámparas rotas, maniquíes de mimbre y herramientas viejas.

No se alejaba el camino en línea recta, sino que cruzaba el paisaje y lo atravesaba para perderse al fondo hacia la izquierda. Por aquel camino habíamos ido varias veces al castillo de Sancho Abarca. Todo blanco, menos algún ribazo defendido de la nevada, que mostraba el ocre de la tierra húmeda.

No nevaba ya, pero el cielo era más oscuro que la tierra.

Vi a un hombre calzado de abarcas y envuelto en un tapabocas que lo cubría desde las rodillas a la cabeza. Pasó despacio por el segundo patizuelo, se acercó a la puerta de la choza, sacudió los pies contra el muro y llamó. Yo pensé: ése debe ser Escanilla, que va a preguntar al marido de la tía Ignacia si es verdad que yo he venido al pueblo y para qué. Era curioso, Escanilla.

No se veía su cara. Por entre los pliegues del tapabocas, que era grande como una manta, salía la fumarola de aliento.

Todo lo podía imaginar Escanilla, menos mi situación de ánimo. Yo quería lo que se dice dejar de vivir, dar con el hocico contra el ataúd como los vulgares y comunes individuos de la digestión y de las tres evacuaciones (yo sólo conocía dos). Por eso, de pronto me puse una chaqueta impermeable de mi padre que encontré en un armario y unas botas viejas y, sin nada en la cabeza, sin guantes y casi sin abrigo, salí a la calle. La verdad es que hacía demasiado frío. En uno de los bolsillos de la chaqueta impermeable había un par de calcetines nuevos de lana. De buena lana del Pirineo, amarillenta y peluda. Mi madre solía ponerlos en las chaquetas de caza, por si acaso, para una urgencia inesperada. Era incómodo y peligroso llevar los pies mojados.

Aquellos calcetines me recordaban que iba a pasar mucho frío y que necesitaba algo en mi estómago antes de salir de casa.

Al volver a mi cuarto encontré otra vez a la tía Ignacia que venía precisamente con una tortilla de patatas, jamón, tostadas y café con leche.

—De los que comen —dijo ella, alegre y lúgubre como siempre alguno se salva.

Comí de pie, yendo y viniendo del fuego al balcón. Veía el tubo de estufa echando humo sobre el cielo nuboso.

—Buen fuego tiene tu marido —le dije yo.

—¿Quién, ése? Un día va a quemar la casa. Nunca tiene bastante calor.

Se burlaba siempre en público de su marido, pero lo hacía para disimular los privilegios que el hecho de ser esposa de aquel hombre —el más guapo del pueblo— le daba. Le dije también que acababa de llegar alguien a verlo. Debía ser Escanilla. Ella se asomó y vio las huellas en la nieve. «No es Escanilla —dijo—, que él no calza abarcas. Debe ser el mediero de las corralizas de Gratal.»Y añadió que cuando se reunían su marido y él, se «enzorran como puercos».

Por la huella en la nieve sabía la tía Ignacia quién era el que llegaba a su casa. La abarca era un calzado de cuero hecho especialmente para los caminos mojados y para la nieve. Un calzado que sólo se hacía en los Pirineos. Si el castillo de Sancho Abarca se llamaba así, era porque aquel rey (Sancho Garcés, emparentado por matrimonio con los árabes y gran guerrero) había hecho calzar a sus tropas las clásicas abarcas para cruzar los Pirineos en invierno. Y le quedó el sobrenombre —Abarca— para siempre. Era, pues, Sancho Garcés Abarca. Y Escanilla no las usaba.

Después del almuerzo me sentí con fuerzas para desafiar al tiempo y salí dispuesto a todo. Las protestas de la tía Ignacia no bastaron para retenerme. Iba a buscar la pulmonía, como digo, y comencé a caminar por la nieve en dirección al campo. No tardé en alejarme del pueblo. Iba sin rumbo y en los ojos me dolía el ampo de la nieve.

Anduve hasta que se hizo de noche, lo que sucedió hacia las cuatro y media. El crepúsculo fue largo y de una languidez dramática, lleno de grises de diferente densidad.

Al cerrar la noche yo estaba bastante lejos del pueblo y en lugar de volver directamente fui hacia el río y traté de pasar al

otro lado, pero el hielo era quebradizo y hacia el centro, donde la corriente era más viva, el agua no se había helado. Tuve que volver, y lo hice fuera de camino, gozando con mi propia desesperación y pensando en una Valentina lejana que, tal vez, cuando se quedaba sola, sentía añoranzas de su casa, es decir, de nuestra infancia, tan reciente aún.

Pasé cerca del cementerio y me detuve un momento a mirar desde la tapia, que en algunos lugares era muy baja. Allí estaba, según me había dicho la tía Ignacia, mi antigua profesor. Hacía más frío a la orilla del cementerio que a la orilla del río. Era como si la brisa se enfriara más entre las cruces. Pensé que me gustaría estar con don Joaquín, pero tal vez no estaba mi profesor en parte alguna. Tal vez después de morir, ninguno estaba en ninguna parte. Sobre la tumba crecía la hierba y sobre ella caía la nieve. Con ella iría cayendo también el olvido. Un olvido que hacía más frías las brisas del invierno.

El camposanto estaba desierto, es decir, habitado por las cruces con los brazos abiertos. Aquella soledad de las cruces nevadas me hacía daño, y me fui.

Me habría gustado saber si el pastor que ponía su vino a refrescar en su sepulcro antiguo vivía todavía o había muerto. Si murió, estaría enterrado en Ejea de los Caballeros, y yo no podía ir a visitar su tumba porque estaba demasiado lejos y no tenía coche ni caballo. Vi una bandada de tordos negros en los hilos del telégrafo, listos seguramente para emigrar a otras latitudes menos frías, porque los pájaros viajan de noche. Se irían a tierras andaluzas, de palmeras y olivares. Yo seguía caminando. Aquella intemperie desolada me parecía mejor que la de mi casa deshabitada y la de Valentina, sin ella. Con sus solanares y sus palomas, pero sin ella.

Es decir, sin nadie.

Caminaba a veces con nieve al tobillo y, de vez en cuando, con nieve hasta la rodilla. Estaba tentado de sentarme y ponerme aquellos calcetines de lana cruda de mi padre, cuyo contacto me confortaba dentro del bolsillo. Acabé por ponérmelos en las manos, sobre los guantes.

El blanco de la nieve hería mis ojos, aunque no tanto como durante el día. A veces, veía un pájaro negro en la nieve —otro tordo— y luego, por un fenómeno parecido al de la fotografía miraba a las sombras y veía aquel mismo pájaro, pero blanco. Tenía los pies mojados, las rodillas frías, en el pelo tenía nieve helada —que se había desprendido de algún árbol— y caminaba como un pobre animal cansino, pensando en mis amigos muertos, en el pobre caballo que, herido por su amo, volvía a la puerta, buscando un poco de amistad y de calor.

Pensaba también en Checa. Desde aquel lugar, Checa me parecía un caballero antiguo de las gestas medievales. No era obrero ni revolucionario, ni sindicalista ni anarquista. Era un héroe inclasificable. En el recuerdo, Checa no tenía joroba. ¿La había tenido alguna vez? Toda su presencia se concentraba en los ojos. Aquellos ojos me habían mirado a mí y se habían llevado a la sepultura, impresas en lo profundo, las siluetas de otros amigos y compañeros. La mía, entre ellas.

También mosén Joaquín y también el gato rubio y el pobre caballo. Mi imagen se congelaba en el fondo de aquellos ojos, donde había causado alguna impresión y debajo alguna huella. Y que estaban ahora cubiertos de tierra o de nieve en «ninguna parte» y para siempre jamás. También las aves que en aquel momento me miraban se llevarían mi imagen a alguna tierra menos fría. Todas las cosas mortales que me rodeaban se llevarían la memoria de mi ser físico y moral. La idea de que la imagen mía muriera un día (cuando todos aquellos hombres, animales, aves y

hasta árboles y rocas se disolvieran en la nada) me parecía cómoda, en aquel momento. Lejos, en la torre mudéjar de Santa Clara, un cimbal helado también tocaba a oración.

Fin de
«El mancebo y los héroes»

Añado estos versos porque parece que el autor los escribió pensando en el paisaje nevado con el que termina esta parte cuarta de sus curiosas memorias.

Nadie conocerá su propio regresar porque en el universo todo es avanzar, nieves para el regreso no las tiene el azar que hasta el morir es una forma de comenzar.

Caminando en la nieve todo lo dejarás después bajo la noche te arrodillarás una por una tus dudas apagarás al candelero del amor te acogerás.

Cada mentira es una parte de la verdad y esta noche de nieve es la realidad donde Dios mismo ignora si es una falsedad o un hecho —o ambas cosas— su propia eternidad.

Si tú quieres, las manos de nieve del altar los ángeles heridos que no pueden volar y la niña que tiene miedo de comulgar todos irán contigo después de despertar.

El camino en la nieve cada cual lo hallará una voz de su herida abierta brotará por esa voz amiga lo reconocerá pero en el día infausto también se perderá.

Dime cuál es la cifra secreta de tu afán, yo te confiaré el signo de mi clan y la delicia donde aparejados van la nieve con el fuego y el ángel con satán.

LA ONZA DE ORO

Pepe deja la casa vacía y fría de sus padres y se va a la de los abuelos maternos en el pueblo próximo, al otro lado del río. Esta segunda aldea, cuyo nombre no pone el autor, pero sería fácil identificar, ya no es la aldea idílica de Crónica del alba.

Desde lejos, aquella aldea próxima parecía un lugar tranquilo y paradisíaco —una bandada de palomas blancas posadas en el alcor—, pero de cerca era muy diferente. Pepe iba pensando en Checa, que quería mejorar el mundo con alguna clase de esfuerzo abierto o secreto, legal o clandestino, pacífico o sangriento.

También Pepe quería cambiarlo, el mundo, pero matar y morir como Checa le parecía un escándalo innecesario. Él había conocido y asimilado la verdad de Checa sin violencia. Tal vez todos los hombres podían llegar a lo mismo de la misma manera. Acongojado por los terribles hechos de Zaragoza, caminaba en la tarde hacia la casa de sus abuelos. Creía que iba allí para evitarle molestias a la tía Ignacia y para alejarse de sus padres, que lo llamaban. En realidad, iba a salvarse de las noches interminables con crujidos de muebles, ruidos extraños y temores que a un tiempo le inquietaban y le avergonzaban. Y buscando alguna energía nueva a la sombra del viejo Luna.

A pesar de todo, no debemos olvidar que Pepe tenía catorce años. Es decir, iba a cumplir quince. Ridícula edad, los quince, para un hombre.

En la soledad de aquellas noches —en la vieja casa paterna— conoció por vez primera el insomnio que más tarde había de torturarlo tanto. En la casa del abuelo esperaba dormir bien, bajo el ala oscura y protectora del anciano, que era todavía, y a pesar de todo, un ala de águila.

Creo que este poema hallado entre los papeles del autor va bien aquí:

Los vencidos en sangre van siguiendo por filo de la noche hacia la vana y general idea del mañana.

Un jorobado en su perfil incierto de granadas de plata coronado y el pecho encanecido descubierto nos habla aún de sus eternidades sobre los ampos de la nieve nueva, y por debajo de las soledades del caminar, los ríos van pasando llenos de sangre aún y aves heridas.

El cielo crece y la ilusión se puebla de miradas de espanto y exterminios que lucen en la comba de la niebla.

Checa ha muerto y tú quedas en la mustia alameda de los supervivientes a solas con tu muerte y con tu angustia, sin Vatentina que se fue muy lejos aunque tal vez, te espera en la penumbra solar y equinoccial de los espejos.

Regresas al solar de tus abuelos con tus ojos desnudos como nunca (en tu memoria aquellos caramelos de la infancia, color de la grosella, y el cascabel del látigo que silba y la oruga con cara de doncella).

Tal vez el Checa resucitará, pero tu mano en la de ayer culpable realidad sin gozo se estará.

Otros te encontrarán en el impuro tiempo en que

estás aún, insobornable, con más memorias tristes que futuro, enamorado, gozador e inerte, jugando a las crueldades sin sazón para la vida ni para la muerte, (diciendo tu blasfemia o tu oración con una vaga placidez culpable y una grande fatiga amortizable).

No había querido Pepe contestar las cartas que su padre le escribió ordenándole que fuera con su familia. En cambio, se fue al pueblo de al lado, caminando por la nieve y pensando, no sin cierta dulce resignación, que tal vez enfermaría gravemente —una neumonía— y moriría en algunos días. O bien —todo era posible en un mundo tan extraño— caería también sangrientamente y su nombre se incorporaría a la inmortalidad de los seres como Checa, a quienes la prensa dedicaba páginas enteras, y tenía miedo y no sabía si aquellas formas de inmortalidad eran un castigo o un premio para su nombre de joven enamorado, que llamaba a la vida y veía acudir a la muerte.

A veces suponía que lo dramático de su situación lo hacía más merecedor del amor de Valentina.

La casa de su abuelo era un refugio para los tiempos tempestuosos, su abuelo era la única persona de la familia que lo había querido sin tratar de comprenderlo. Iba a su casa con la seguridad de dar una gran alegría a aquel hombre viejo, aunque también estaba seguro de que esa alegría no la manifestaría el abuelo, que era grande, indiferente y frío.

Si había algún calor en sus entusiasmos, no solía demostrarlo con palabras, sino con largos silencios y con una especie de atención sostenida. Era su abuelo un viejo raro y magnífico. A su lado se sentía Pepe un poco mejor.

Al viejo Luna —así lo llamaban en la aldea— no le asustaba nada en la vida, y si llegaba el caso y se enteraba de las extrañas

relaciones que Pepe había tenido en Zaragoza, no le haría la menor objeción.

La muerte de Checa le parecía entonces a Pepe una puerta dorada y más grande que la del Salón Doré, llena de estampidos y de sangre vertida. Una puerta que daba a ninguna parte.

AQUÍ COMIENZA REALMENTE

LA ONZA DE ORO

A medida que caminaba y veía mis huellas en la nieve, pensaba que si me seguían sería fácil encontrarme, como a los ciervos en las cacerías de invierno. Pero ¿quién iba a seguirme? ¿Tal vez la guardia civil? El hecho de que los guardias civiles, que hasta entonces habían sido amigos míos y trabajaban en la oficina de mi padre, se convirtieran de pronto en mis perseguidores, me impresionaba.

La misma voz oscura de otras veces parecía decirme: mira las cosas como son. No sueñes ni fantasees. Las cosas son al tiempo más graves y más simples de lo que tú piensas.

Mientras me acercaba al puente sobre el río, iba pensando en mi abuelo, que debía tener ya cerca de los noventa años, pero caminaba todavía sin apoyarse en el bastón, que llevaba cogido por la mitad. Vestía de calzón corto con trencillas negras en las rodillas y en las mangas. Nunca usó corbata, pero sí camisa almidonada los domingos con la abertura escarolada. Era mi abuelo alto, huesudo y cenceño. No reía. Parece que no lo había visto nunca reír nadie en su casa ni fuera de ella. Tampoco hacía reír a los otros. Nunca decía nada ingenioso. Mi abuelo no era ingenioso, sino violento y veraz.

Y un poco misterioso, aunque para mí fuera claro y diáfano.

La mujer —mi abuela— era un ser tan lejano y contrario a mi abuelo, que yo no podía imaginarlos juntos. El refrán según el cual los que duermen en el mismo colchón acaban siendo de la misma opinión, no tenía que ver con ellos.

Solía ella discrepar de lo que decía él y, sin embargo, hacía diligentemente su voluntad sin la menor objeción. Era tan absorbente mi abuelo, que ella tenía miedo a ser enterrada viva

en la realidad de él, y aprovechaba cualquier ocasión para decir: «aquí estoy yo, ¿no me ves?». Y se hacía notar a fuerza, no de energía, sino de fragilidad.

Había sido mi abuelo presidente del sindicato de riegos, de la cofradía del Rosario que organizaba y cantaba las albas al amanecer, y de la junta de ganaderos de la comarca. A su edad, a veces sonreía estando solo y hablando consigo mismo: «Está visto que voy a quedarme para simiente.»

Es decir, que no se iba a morir nunca, como esas legumbres que no se cosechan sino que se dejan para aprovechar luego las semillas en los planteros.

Sabía cuentos para los casos en que le parecía necesario e ilustrador contármelos. A mí. Sólo a mí.

En verano venía a mi cuarto al amanecer: —Levántate, que vamos al huerto —me decía.

La mañana era fresca y las higueras blancas —así las llamaban— estaban llenas de frutos fragantes con el relente. Subía a alguno de aquellos árboles y poco después bajaba con el estómago lleno y con media docena de higos para mi abuelo, picados por los pájaros, que eran los mejores porque las aves entienden más que los hombres de la sazón de las frutas.

Me lamentaba de no tener más sitio en mi estómago, y mi abuelo me miraba y reía divertido. «Estos higos —decía— tienen también su historia. Todas las cosas tienen su historia en la vida.» Contaba que iban una vez Jesús y los apóstoles por un collado, cuando pasaron frente a unas higueras. San Pedro se acercó y estuvo comiendo y cuando no podía más, dijo: —Señor, ¿por qué no hiciste al hombre con dos estómagos?

Jesús dio la siguiente respuesta:

—No tienes dos estómagos, Pedro, pero desde ahora las higueras blancas tendrán dos cosechas cada año.

Por eso, la primera cosecha maduraba en el día de ese santo, más o menos.

No le vi nunca leer un libro y ni siquiera un periódico. Según él, la letra impresa no decía más que embustes. Y cuando no creía las palabras de alguien, lo acusaba de mentir «más que las gacetas».

Aunque no había leído libros, sabía historia y geografía aprendidas de sus antepasados por tradición oral.

Me contaba cómo los navarros y los aragoneses les dieron una terrible paliza a los franceses en el lugar llamado Roncesvalles. Mi abuelo no conocía otros franceses (vecinos fronterizos) que los vendedores ambulantes que llegaban con peines y espejitos y cintas y perfumes para las mujeres. También venían capadores de gatos y cerdos.

Me decía cómo en Roncesvalles los españoles mataron a un tal Roldán, que era pariente del rey gabacho. Había que oír a mi abuelo referir los incidentes de la batalla como si la hubiera presenciado. Los navarros habían dispuesto en las laderas del desfiladero grandes cantaleras, que soltaron en un momento dado. Luego, bajaron detrás de los pedruscos con hachas y picas y no dejaron títere con cabeza. Roldán tocaba un cuerno y clameba —así decía mi abuelo, que cuando se apasionaba hablaba muy a lo montañés— para que acudiera el resto del ejército, pero los otros estaban ya en Francia y lo oían indiferentes.

Así los españoles exterminaron hasta el último francés.

Mi abuelo creía que la batalla de Roncesvalles había sido cosa reciente, de los tiempos de su bisabuelo.

Quería mucho a su hija —mi madre— pero pasaban años sin tener noticias de ella, a pesar de lo cual cuando se reunían parecía que se hubieran separado el día anterior. Es verdad que los aragoneses son gente dura y que en mi familia el sentimentalismo

habría sido considerado una debilidad.

Los campesinos españoles consideraban meritorio llegar a una extrema vejez. Vivir tantos años con alguna honra y respeto siempre entre la misma gente —resentimientos incluidos— es difícil.

Cuando hablaba de mi tío mosén Orencio, mi abuelo solía decir: «Ese don Faldeta se metió cura porque le gustaba oír historias cochinas de mujeres en el confesionario». No lo estimaba.

El pueblo de mi abuelo era menos importante que el nuestro. Recordaba yo que mi hermana Concha solía decir, mirándolo a lo lejos desde el solanar de casa: «¡Qué lindo, parece una bandada de tórtolas!». Daba la impresión a distancia de ser un lugar paradisíaco.

Tenía un palacio ducal (el de los duques de S., que vivían en Cataluña). El palacio era enorme y el mayordomo de los duques lo cuidaba como si estuviera habitado. Hubo una época en mi infancia —teniendo alrededor de seis años —que lo estuvo durante un verano. Habitó el palacio aquel verano un principito de Castilla, es decir, un hijo del rey, aunque en el pueblo y entonces nadie sabía que lo fuera. Era un niño de unos siete años, delicado y rubio, acompañado de una señora de aire noble que pasaba en la aldea por ser su madre y que era en realidad hermana del duque de S.

El pequeño príncipe era bastardo, y solía vivir en Barcelona con los duques. No estaba muy fuerte de salud y lo llevaron aquel verano al pueblo, a ver si se reponía.

Estaba yo en la aldea de mi abuelo al mismo tiempo que el principito. Mi abuelo me decía: —Han traído a ese chico para que se ponga fuerte, porque ha tenido la escarlatina. El chico se llamaba Jaime.

Mi abuelo, que no me decía nunca una palabra cariñosa, me daba sin embargo todos los caprichos. Una mañana, yendo al huerto, vimos a Jaime jugando en la calle frente a su casa con un diávolo. Yo no había visto nunca cosa igual. Mi abuelo me preguntó si quería aquel juguete, yo dije que sí y se lo quitó al chico. Seguimos nuestro camino como si tal cosa y al ver que Jaime protestaba, mi abuelo se volvió hacia él, le dijo algo y le arrojó unas monedas.

Más tarde, el secretario del Ayuntamiento vino a casa acompañado de la dama de Barcelona y también del niño. Venían a reclamar el juguete. Los chicos nos hicimos amigos y Jaime me regaló el diávolo para siempre, según la fórmula sagrada. No hubo, pues, conflicto alguno y las personas mayores se reían sin comprender.

Desde entonces, el niño solía venir a casa cuando había alguna gata recién parida, por cuyos hijos sentía afición.

Recordaba yo aquella noche mi amistad con el principito, sin dejar de caminar bajo el cielo oscuro por la nieve hacia el pueblo de mi abuelo.

Caminando por la nieve recordaba esos detalles incongruos que suele haber en las amistades infantiles. Jaime y yo jugábamos, y tengo en la memoria un episodio bastante singular. Aquella era la edad de los juegos sexuales, y a veces nos acostábamos en la hierba del parque en un lugar pendiente, nos abrazábamos y nos echábamos a rodar hacia abajo. Unas veces estaba él encima y otras yo. Él era delicado como una niña, pero nada tímido, y cuando estaba encima de mí, me oprimía con su bajo vientre y con toda su fuerza. A mí no me parecía impertinente aquello, aunque me extrañaba un poco.

Era precoz el príncipe, sexualmente. Por cierto que no he vuelto a saber nada de él. He oído hablar de un hijo del rey que se

crió en el alto Aragón y vino varias veces al pueblo de mi abuelo, pero no lo he vuelto a ver nunca.

Por entonces, él iba a mi casa y yo iba a la suya, que tenía una galería muy grande donde Jaime ponía sus juguetes de guerra: acorazados y cruceros con nombres históricos. También algunas docenas de soldados de infantería de marina. Había en los graneros grandes montones de habas secas que se empleaban como pastura para los cerdos, y bombardeábamos con aquellas habas los navíos y los ejércitos de costa. A veces, también sin dejar de jugar, nos desabrochábamos y comparábamos nuestros sexos tensos. El sexo nos interesaba, aunque no comprendo por qué, ya que no obteníamos ningún placer, y tal vez se trataba sólo de jugar con cosas prohibidas.

Yo inicié a Jaime en un rito que en mi pueblo practicábamos todos los niños y al que llamábamos «ponerse leche de higuera en el bolé». Éste era el glande, pequeño y difícil de abrir o de descubrir a nuestra edad. La cosa consistía en coger un tierno brote de higuera y romper un peciolo o tallo, del que se desprendían dos o tres gotas de leche blanca-azulina agria y un poco cáustica. Aquellas gotas las poníamos en nuestro glande. Con eso creíamos que se curtía, que lo podríamos abrir ya sin mayor dificultad en el futuro y que hacíamos, en fin, una cosa de hombres. Supongo que los chicos del paleolítico hacían ya eso, y que debía ser una especie de conjuro seminal.

Se lo dije a Jaime y fuimos al huerto donde había higueras (en todas partes las hay en mi tierra). Yo puse leche de higuera en mi glande y él me imitó. Luego comentaba, muy serio: —Ya ves, si no hubiera venido aquí, no habría aprendido nunca una cosa como ésa.

Un poco escocía, pero la gracia estaba en aguantarse.

Como decía antes, los chicos a esa edad no obtienen del sexo

ninguna clase de placer real ni imaginario. Por eso se puede hablar de él como hablo ahora. El sexo de los niños es vegetal y neutro como el de las plantas.

Pero el recuerdo más vivo de aquella época no era el de Jaime, sino el siguiente. En el piso bajo de la casa de mi abuelo había un cuarto enorme que llamaban el salón, con alguna clase de decorado antiguo. A pesar de su nombre, el salón tenía uno de sus extremos dedicado a almacén de leña. El resto quedaba despejado y libre.

Junto a la leña había una mesa vieja y, en ella, dos o tres cabezas de madera que habían servido para poner en ellas pelucas de mujer o tal vez de hombre, en el siglo XVIII. Había también el inevitable maniquí, un reloj de caja que no funcionaba y una especie de misterioso cajón alargado y tapizado de panilla verde como un pequeño ataúd. En un extremo del cajón se veía una manivela negra con perilla de color marfil.

Era aquel cajón un instrumento de música bastante desvencijado. Un aristón que todavía tocaba una o dos piezas dándole al manubrio. Dentro de aquel ataúd estaba la música encerrada y dormida. En la pared había colgados dos pares de castañuelas (pulgaretas, decía mi abuelo) y debajo una gaita montañesa con sus faldetas de cretona estampada.

Recuerdo que entonces tenía miedo de aquella gaita con faldetas que parecía un bebé, y que cuando mi abuelo soplaba en ella producía un zumbido misterioso y luego notas altísimas y vacilantes, como si el bebé llorara. En lugar de cara, tenía el bebé una zoqueta plana de madera a la que aplicaban una flauta. Todo aquello me parecía mágico y un poco peligroso. La gaita era como un niño que se hubiera muerto y la caja del aristón forrada de pana, su ataúd. Y los dos tenían música.

A los cinco o seis años me sentía atemorizado por aquellos

flautistas ya fallecidos, que tenían faldetas y un cuerno por el que soplaban el tañedor.

Recordando esas cosas, caminaba por la nieve y, mientras cruzaba el puente, pensaba que era penoso seguir en la casa de mis padres porque, además de los ruidos nocturnos, vivir allí sin Valentina y sin que la familia de Valentina me invitara a ir a verlos parecía insufrible.

Otra vez recordaba los hechos sangrientos de Zaragoza, y pensaba que los hombres mataban a los hombres y que yo huía de aquella sangre vertida, roja y humeante. Y llegaba a la aldea yo solo y espantado. Entretanto, ¿dónde estaría Valentina? «Cuando llegue la primavera, volverá a su casa y de un modo u otro nos veremos. Si sus padres se declaran francamente en contra mía, yo seré capaz de prender fuego a la casa.» Temía que don Arturo me pusiera la proa al enterarse de que ya no estudiaba, de que era un simple mancebo de botica y andaba huyendo de la policía.

Pero el recuerdo más vivo de mi infancia en casa de los abuelos no lo he dicho aún. En un cuaderno anterior aludí a él, pero no lo expliqué. Un día salíamos de casa. Era mi abuelo de una solemnidad natural muy adecuada a sus numerosas presidencias, y tenía a veces un aire un poco siniestro. En la aldea lo trataban con deferencia y le cedían el paso.

Aquella mañana de verano se oía en la torre el crotorar de las cigüeñas, y era una mañana dulce, color de miel. Mi abuelo, al pasar frente al salón se detuvo un momento y abrió la puerta. Entramos. Los pasos hacían eco. Fue a un cajón polvoriento, sacó de él un bastón con mango de cuerno y estuvo examinándolo. Íbamos a salir cuando se detuvo, indeciso: —¿Has sentido alguna vez tocar el aristón?

Yo no sabía siquiera lo que era el aristón. Mi abuelo se acercó a la caja forrada de panilla verde y cogió la manivela: —Voy a tocar

un poco, para que la música no se tome de moho.

Dio cuatro o cinco vueltas a la manivela sin que se oyera nada, y luego comenzaron a salir sonidos violentos y arcaicos, pero de un modo vibrador y acompasado: —Es el bolero —dijo.

Después de escuchar un rato, me dio el bastón y me ofreció la manivela: —Anda, toca tú. Voy a enseñarte cómo se baila el bolero.

Daba yo vueltas a la manivela y mi abuelo salió al centro de la sala con una mano en la cintura y la otra en alto. En el centro comenzó a bailar despacioso, pero ágil. Alzaba una pierna, la bajaba, daba dos pasos en dirección contraria, luego una carrerilla diagonal para detenerse de pronto con los pies juntos y hacer un pequeño zapateado. Seguía bailando a lo largo y a lo ancho del salón. Yo le daba a la manivela y miraba muy interesado. Mi abuelo tenía más de ochenta años, pero yo pensaba: parece un novio el día de su boda. En la pared estaba colgada la gaita con sus faldetas y con su cara plana de niña muerta. Su música, sin embargo, estaba viva, sólo que dormida.

—Ahora viene la mudanza, mira.

Saltaba sobre un pie, alzaba el otro con un gesto de una rara delicadeza. Las trencillas de su rodilla y de las mangas de su chaqueta se sacudían en el aire. Bailaba mi abuelo, sin embargo, tan seriamente como un cura dice su misa. Se escorzaba, ofrecía la mano a una pareja ideal con la otra en la cintura, avanzaba, retrocedía, saltaba en el aire volviendo al mismo tiempo su cuerpo a un lado, e iniciaba la segunda mudanza. Yo pensaba: ése es el baile de los martelos que se baila la noche de novios.

—Mira, zagal —decía mi abuelo, visiblemente satisfecho de sí.

A pesar de sus ochenta años, su espina dorsal seguía flexible. Yo le daba al manubrio y él me decía: —Más de prisa, muchacho,

que parece que tocas con desgana. Esta es la mudanza segunda.

Y volvía a girar sobre un pie alzándose al mismo tiempo gallardamente con un gesto insolente. «Ese debe ser el paso de esponsales», pensaba yo. Admiraba a mi abuelo y me preguntaba si algún día sabría bailar yo tan bien. Saber bailar el bolero me parecía indispensable para obtener alguna clase de estimación, especialmente de las damas. Porque con las damas se bailaba el bolero, creía yo, y había que aprenderlo antes de que fuera demasiado tarde y llegara la hora de casarse. Porque, por la noche, cuando los novios se quedaban solos, debían bailar el bolero, como mi abuelo.

Mientras atendía el baile, veía las cosas de mi alrededor, especialmente la gaita colgada del muro con sus faldetas de cretona. Me parecía una vez más un bebé gritador. Es decir, una niña gritadora, que el día de la boda iría delante con un canastillo echando flores en la alfombra delante de los novios.

—¿Qué es eso? —decía mi abuelo—¿En qué piensas? Mira ahora la contradanza. Éste es un baile de señores.

Sin moverse del sitio, hacía un extraño trenzado con los pies levantándose un palmo del suelo en dos brincos verticales. Y la música y el baile continuaban. Yo pensaba: esos movimientos son más bien del baile de la octava del Corpus. No de la boda, sino de las estaciones del Corpus, que yo las había visto.

Habría querido salir a bailar con mi abuelo, pero ¿quién tocaría el aristón? Habría que seguir dando al manubrio de aquel pequeño ataúd forrado de terciopelo. Y mi abuelo paseaba diagonalmente por la sala, para dar de pronto tres pasos corriendo y el último con un solo pie y la otra pierna doblada. Y allí comenzaba otra vez un poco de zapateado, encorvándose ligeramente para erguirse otra vez con la mano en la cintura y la mirada arrogante. Allí giraba dos veces sobre sí mismo, haciendo

cada vez una reverencia, y luego regresaba al centro del salón con pasos de minueto.

—Éste es —decía— el paso de los pijaitos.

En el centro bailaba mejor que en los extremos, porque sin duda se sentía más responsable de sus movimientos.

—Así es, zagal, el remate. ¿Oyes? Éste es el remate floreo.

Y hacía algunos giros más con una mano en lo alto y la otra a la espalda, para terminar con dos pasos atrás y una reverencia.

Al hacer la reverencia última se ponía la mano derecha abierta contra el pecho, muy galán. Y decía: «ésta es la venia final».

Duró el baile media hora. Y con la respiración acezante vino mi abuelo y me ofreció la mano para salir.

—Ahora no bailan así —me dijo— porque las costumbres cambian.

En el silencio, volvieron a oírse las cigüeñas en la torre de la iglesia. Salíamos a la calle y mi abuelo decía: —En mis años cariñosos yo bailaba así, pero no le digas a la abuela que he bailado. Las mujeres no entienden. Si tu abuela te pregunta si hemos ido a misa —dijo, después de un largo silencio— dile que sí. Las mujeres son cortas de alcances y es mejor no discutir con ellas. Hay que decirles que sí y hacer lo que uno quiere.

El pueblo de mi abuelo me parecía distinguido porque mi amigo el príncipe —que vivía en él— hablaba haciendo los diminutivos en «ito», como en las ciudades, y no en «ico» o en «er» o «eta», como en la aldea. Iba pensando en estas cosas cuando llegué de noche al pueblo. Como era de noche (lo había calculado antes de salir de casa), los campesinos curiosos no me verían.

Mi abuela me miró extrañada y dijo, con cierta escandalizada alegría:

—¡Ya se ha escapado de casa otra vez, el pillo granuja mal criado!

Declaró mi abuelo que hacía bien en acordarme de ellos, y que si quería quedarme a vivir allí, tanto mejor.

Vivíamos en una plazuela que tenía un humilladero de piedra, y por eso se llamaba la plazuela de Santa Cruz, aunque la gente solía decir «de los Lunas». Parecía mayor la plaza porque de los cinco edificios que la encuadraban, uno se había quemado hacía años, y el terreno fue igualado. Por el hueco que dejó la casa desaparecida se veía una sierra lejana y, en ella, un vano o cortadura que se llamaba el salto de Roldán. Según la gente, Roldán, huyendo de los españoles, saltó desde aquel lugar con su caballo en la memorable jornada de Roncesvalles. Y no se mató, a pesar de tener la sima un kilómetro de ancha. Cuando me lo contaba mi abuelo, añadía: «son fantasías de las gacetas».

Era, la cocina de mis abuelos, inmensa, con un hogar bajo donde se cocinaba, flanqueado de grandes bancos de respaldo labrado, cuyo nombre era muy parecido al que tienen en Cataluña: cadieras. Comíamos mi abuelo y yo en una mesita supletoria, que habitualmente estaba plegada contra el respaldo de la cadiera. La abuela nos servía. Luego comía ella, haciéndose servir de una criada a quien reprendía a cada paso sin causa aparente.

Al reflejo del fuego, mi abuela veía en mí una palidez que no le gustaba, y me miraba con una gran compasión. Yo me sobresaltaba y recordaba la rebotica de la calle de San Pablo sin luz natural, donde viví un año entero.

En todo caso, mi abuelo estaba contento de mi visita, aunque no lo decía. Después de cenar aquella noche, se oyó a alguien gritar en el patio: «Ave María».

—Es Benito, el Barón —dijo la abuela, contrariada e incómoda—. Tan preciso es aquí como el zancarrón de Mahoma.

Era un hombre maduro con cara de chico, mofletes hinchados, rosetones de color púrpura en las mejillas, cejas altas que le daban un aire estúpido y ojos inexpresivos, que recordaban los de los cerdos. Me miraba como un bobo y repetía: «¿Éste es el chico que suele escaparse de casa?».

Sin quitar la mirada de mí, dijo aquel hombre algo del precio de la alfalfa, le propuso a mi abuelo un negocio y después de calentarse las manos en el fuego, nos deseó buenas noches y se fue un poco remolón.

—A verte a ti ha venido —dijo mi abuela, adusta—. Es un revisalsero, entrador pocasustancia.

Más tarde supe cosas tremendas. Del incendio de la casa quemada en la plazuela donde vivíamos, se había hablado mucho en tiempos pasados. Yo no sabía nada entonces, porque cuando sucedió no había nacido aún. Era el año de gracia —como decían mis abuelos— de 1902. Vivía entonces en la misma plazuela, nuestra vecina la Barona con sus tres hijos ya mayores. El nombre de la familia era García Barón y, como había otros García en el pueblo, para diferenciarlos los llamaban por el segundo apellido.

Los tres hijos de la Barona eran de pelaje castaño claro y al mayor, que no tendría aún los treinta, le salían canas en los aladares. También tenía las pestañas blancas.

La casa de los Barones estaba cubierta de hiedra que, bruñida por la lluvia, verdeaba alegremente. La nuestra era de piedra oscura, más grave y también más grande. Ellos eran campesinos y mi abuelo, ganadero, profesión que solía dar tipos de hombre un poco más aventureros y violentos.

La Barona acostumbraba decirles a veces a sus hijos: —No hay mujeres para vosotros en el pueblo.

Sus hijos eran demasiado bien plantados, y no le gustaban a mi abuelo. Decía de ellos que eran fachendosos sin tener de qué.

Al más joven, que se llamaba Miguel, le dio un día de bofetadas en la puerta de nuestra casa y después le dijo: —Te pego porque puedo pegarte.

Durante algún tiempo yo no supe qué sentido dar a aquellas palabras, y ahora pienso que con ellas quería decir mi abuelo que era su padre. (Su padre adulterino, claro.) Lo curioso es que cuando Miguel nació mi abuelo había cumplido ya los sesenta y cinco.

Tenían los Barones en casa una criada pariente que se llamaba Vicenta. Con el pretexto de que era de la familia, no le pagaban salario y andaba azacancada día y noche. A falta de otra cosa, la chica obtenía satisfacciones de vanidad. Se mostraba orgullosa de lo bien criadas y rollizas que estaban las mulas de labor. Era un poco simple, y solía repetir: —En mi casa no se escatima el ordio.

El hijo mayor de la Barona trabajaba duro, sabiendo que la hacienda era suya. Benito, el segundón (el que vino a casa la noche de mi llegada), se ganaba el pan ayudando en el campo, pero en invierno se dedicaba a soñar en una boda de conveniencia. «Un hombre —decía a veces hablando consigo mismo— vale algo para las pobres mozas en estado de merecer.» En cuanto a Miguel, el hijo tercero, estaba en la ciudad y era sargento.

Iba Benito a cazar con frecuencia, porque le gustaba estar solo y hacer ruido con los disparos y oler luego el cartucho quemado, que tenía una fragancia exquisita.

Una buena boda, esperaba Benito.

Pero no se presentaba. Juan, el hermano mayor, lo miraba en las largas veladas del invierno y le decía, de pronto: —Creo que podrías aprender un oficio o sentar plaza de soldado, como Miguel.

Entretanto, mugía en la chimenea el viento, poco amigo de los sembrados del otoño, que reseca la tierra y la destemplaba.

Crepitaba el fuego también en casa de los Barones. El roble daba chasquidos secos, el olivo tenía savias fluidas que producían como sopletes de gas, y el pino ardía «sudando resina». Aquél era pino.

Benito respondía, al fin:

—Yo no tengo la culpa de haber nacido con los pies planos.

Cuando Benito caminaba mucho, se le inflamaba el nervio del corvejón, y no valía para la milicia. En las quintas lo declararon inútil.

El hermano mayor y el segundo no se entendían. Algunos días, Benito salía de casa y vagaba al azar por el pueblo, con los ojos febriles. Cuando lo veían los otros, pensaban: «ahí va Benito, el segundón de la casa de la Barona, que ha debido pelear otra vez con su hermano».

A veces, Benito iba a la tienda del Manco, donde tomaba una copa de anís. El Manco era hombre sonriente que se consideraba superior a los aldeanos por el hecho de haber estado en la cárcel, y trataba de hacer hablar a Benito, pero él se daba cuenta y tenía cuidado con sus palabras. A Benito no le gustaba realmente el licor, pero gastar dinero en público le parecía que lo hacía más hombre.

Una noche, hacia 1902, estando la vieja Barona sola en la casa, llegó la Prisca, vecina de finos cabos con pelo de cáñamo y ojos azules. Iba a pedir prestada la almud.

La vieja Barona recelaba de las mujeres solteras porque creía que todas estaban enamoradas de sus hijos.

Prisca pasó a pedir la almud a su vecina. La Barona era curiosa. ¿Para qué querían la almud las vecinas, si no tenían maíz ni avena ni lentejas y ni siquiera mijo que medir?

—¿Vais a medir avena? —preguntó rascándose con una mano en el dorso de la otra—. ¿O panizo?

—No sé lo que mi madre quiere medir.

Llevaba en la mano la mantilla plegada todavía —venía de la iglesia—y en la mantilla un alfiler prendido que tenía como cabeza una palomita de cristal. La Barona fue al cuarto de amasar, puso ladinamente dentro de la almud en un rinconcito un poco de miel randa, para que se pegara allí una muestra de lo que la madre de Prisca midiera, y al volver con la almud parloteaba para disimular su ardid: —La cabida es de seis libras largas de lentejas o bien de habas, según el peso.

La almud, recipiente de madera en forma de pirámide trunca, con su asa, tenía los rincones interiores ocultos a la vista. Lo que quedara pegado al rincón estaría allí cuando le devolvieron la almud. Ella necesitaba saber lo que los vecinos medían o contaban.

La Paula se fue al granero con la almud, diciéndose: «La Barona se cree muy superior a nosotras. Desde luego, como rica, lo es».

En el granero (un desván vacío con un montón de maíz rubio en un rincón) la señora Paula pensaba: «Mi vecina la recia Barona daría cualquier cosa por saber lo que voy a medir ahora». Y, animada por una sospecha, metió la mano fisgadora en el recipiente y fue tanteando los rincones con el pulpejo del dedo índice. En el cuarto rincón sintió la gota de miel. Al principio se escandalizó, luego fue calmándose y por fin pensó: «Mi vecina no sosiega imaginando lo que hacen los demás». Volvió a la cocina sin medir el panizo y, dejando la almud encima de la mesa se estuvo contemplándola y sintiendo un rencor antiguo. La Barona, siempre igual.

La señora Paula había tenido mejores tiempos, y en su familia

hubo algunos lujos de los que quedaba memoria. El mayor estaba representado por siete onzas isabelinas de 1848 de oro de ley con el busto de Isabel II. Las siete onzas, no más grandes que la uña del dedo pulgar, eran la mitad justa de las catorce que el padre de la señora Paula y su abuelo pusieron en la bandeja del arra nupcial cuando se casaron, como arancel simbólico. Después de la boda, el cura no se quedaba las monedas, sino que las devolvía. Cuando la abuela murió, quedaron en la casa dos nietas solteras y tuvieron que partir las onzas: siete para cada una. Hacía cuarenta y ocho años que conservaba las suyas la señora Paula. Y ahora pensaba que si pusiera una de aquellas onzas pegadita en la miel de la almud, perdería la moneda —ocho duros— pero ganaría bastante en la estimación de los Barones. En la cama, estuvo dando vueltas y pensando en aquello.

Por las noches las cosas eran diferentes y la fantasía solía volar. No dejaba de calcular la señora Paula la extrañeza de la Barona cuando encontrara una onza isabelina pegada a la miel. Pero, en fin, era una tontería. Sin embargo, siguió pensando en aquello toda la noche, y al amanecer se levantó, fue al armario, sacó de la cajita de sándalo una de las monedas y la puso dentro de la almud, sobre la gota de miel. Luego, se estuvo contemplando el recipiente con el asa pulida por las toscas manos de cuatro o cinco generaciones de campesinos, y diciéndose: —¡Qué cosa tonta es una almud!

Cuando oyó a Prisca ir y venir por la cocina, pensó: «Los Barones creerán que hemos estado midiendo, no panizo, ni alubias, sino onzas de oro».

Devolvió Prisca la almud, sin saber lo que había hecho su madre, y cuando la Barona se puso a fisgar y descubrió la onza, se quedó un momento absorta, corrió al fregadero y lavó la moneda para quitarle la miel y ver si el oro era simulado o verdadero. Ya

limpia, la hizo saltar y repicar en la piedra. Cantaba el oro de un modo delicado y ella escuchaba con la boca seca. Y decía: —La Paula no ha tenido nunca donde caerse muerta. Este oro tiene que ser tramoya y filfa.

Se quedaba en éxtasis mirando un ramo de hiedra colgante que la brisa movía en el marco de la ventana. Del asombro y la ofensa fue pasando a la admiración. Gracias a Dios estaba sola, y cuando los hijos volvieran habría tenido tiempo —cinco horas— para digerir la sorpresa.

La sobrina había ido a lavar y no volvería hasta media tarde.

Se asomó al umbral, miró la casa vecina que, bañada de sol, parecía tener el alero de oro, y volvió a entrar sin barrer el zaguán. Aquel día no barrió el zaguán, pensando en la onza de oro pegada a la almud. Almudes de onzas, miles de onzas.

Verdad es —comenzaba a dudar— que la Prisca nació el día de la Candelaria, que da buena suerte.

Los hijos volvieron al mediodía y, viendo Juan a la madre taciturna y nerviosa, le preguntaba: —¿Qué le pasa? ¿Qué mal bicho le ha picado?

La madre se encerró con él en la sala:

—Juan, hijo mío —le dijo—. Ya vas entrando en años. Así no puedes seguir toda tu vida. Digo, soltero.

—¿Ha pensado en alguna novia?

—He pensado en la Prisca —y diciéndolo la Barona hacía avanzar y retroceder su cabeza con un gesto de tortuga, que era su manera de mostrarse nerviosa.

Tales fueron las burlas y bromas de Juan, que ella acabó por sacar del bolsillo la moneda de oro, ponerla en la mesa y decir: —¿Ves esta onza? Pues la Prisca tiene centenares y millares como ésa.

Se miraban en silencio y allí estaban los dos, satisfechos de

pronto de ser la madre y el hijo, y agradecidos el uno al otro por ese hecho de cuya importancia no se habían dado cuenta hasta aquel momento. La madre le explicó lo que había sucedido con la almud, y Juan la escuchaba asombrado.

Al volver aquella tarde del río, la sobrina miraba a su alrededor olfateando algo. No sabía qué pensar. Era como si hubiera —según decía— un fantasma escondido en alguna parte.

Al día siguiente, Juan habló de su posible matrimonio con Prisca a Benito, quien soltó a reír burlándose, y entonces su hermano le descubrió el secreto de la almud. La mayor parte de la tarde la pasaron los tres haciendo cálculos sobre el origen y la posible cuantía de la fortuna, que permitiría a la señora Paula, si quisiera, comprar la hacienda de mi abuelo y la de los Barones.

Quiso hacerle la corte a su vecina y, después de los primeros días de confusión, comenzaron a parecerle naturales a Prisca sus atenciones. Como cualquier otra mujer, ella creía merecerlas. Mi abuelo elogiaba el buen sentido de Juan, que hacía la corte a una chica sin dote pero buena y bonita.

Un domingo antes de que Juan declarara su amor a Prisca, apareció Benito en casa de mis abuelos y dijo que iba a adelantarse y a pedir la mano.

—Esa manera no es propia —le advirtió mi abuela—. Tienes una madre, y es ella quien debe ir en lugar tuyo.

La noticia se extendió por el pueblo. Las mozuelas solteras no querían creerlo, y la que parecía más indignada era Vicenta. Creía que era una ofensa a la dignidad de la familia. Algunas mozas decían que Benito había cortejado antes a la Prisca y que ésta le había dado calabazas.

Por aquellos días, Benito evitaba la taberna del Manco y los lugares donde se reunían los campesinos los domingos. Iba otra vez Benito al monte con su escopeta y su perro. Se sentía de veras

ignorado por la Prisca, y le gustaba pensar en sí mismo como en un amante desdeñado, aunque no lo era.

Por fin, la Barona pidió solemnemente la mano de Prisca para su hijo mayor, y la señora Paula dio las gracias y dijo que en aquella cuestión su hija diría la última palabra. Esa palabra fue afirmativa. Al extenderse la noticia, los mozos del pueblo parecieron descubrir de pronto que Prisca tenía atractivos. La señora Paula pedía a Dios que se enamorara Juan de veras y que no se sintiera más tarde engañado por la falta de onzas de oro. Pero no estaba segura de que Dios la oyera, y eso le producía a veces una secreta angustia.

Desde el día siguiente a la petición de mano, la señora Paula y su hija se pusieron a coser trapos y a preparar el equipo, con la atareada calina con que se hacen esas cosas en las aldeas.

Mi abuelo repetía entre dientes: «Todavía no los he visto yo a éstos, casados».

El invierno pasaba. Las chimeneas ya no echaban humo negro de troncos pesados de olivo, sino humo claro de ramilla de lentisco.

En aquellos días oyó la señora Paula alguna alusión de la Barona al fácil futuro que tendrían los novios, a quienes no les faltaría ninguna de las venturas de este mundo. La señora Paula, pensando en el engaño de las onzas, se asustó un poco y quiso decir la verdad, pero no se atrevió. Era agradable que con razón o sin ella sus vecinos la consideraran rica.

El noviazgo siguió su curso y muchos mozos de la aldea, aún ignorando la ilusión de las onzas de oro, envidiaban a Juan porque el amor ponía más bonita a Prisca.

Los preparativos de las bodas en las aldeas son lentos y laboriosos. Pasó la primavera, llegó el verano y se aproximaba el otoño. Era aquél un septiembre dorado y calmo. En octubre se

casarían los novios.

Tuvo Juan la idea de hacer un regalo a la junta de mozos que organizaba las diversiones de la gente soltera, en los días de las fiestas anuales del pueblo. Un regalo en nombre de Prisca. Dijo que compraría seis docenas de cohetes voladores, otras seis de carretillas —culebrinas—, ocho bombas reales y tres ruedas de colores o «castillos de quema». El último de estos castillos con una estampa que se desenrollaría al final y llevaría el nombre de Prisca y el suyo propio entre un ramillete de flores.

Contaba Juan con aquella estampa rodeada de bengalas y surtidores de estrellas, para impresionar a la gente. El ofrecimiento fue comentado, sobre todo entre los mozos del gasto. Al difundirse la noticia de que Juan iba a gastar dinero en fuegos de artificio, se produjo alguna clase de rivalidad. El competidor era Pedro el de la plaza, hijo de un matrimonio más rico que los Barones y medio pariente de ellos; un mozo bastante inocente y cándido. Su novia era también de una notable falta de agudeza. Los vecinos decían de ellos: «Dios los cría y ellos se juntan». Pero los querían. Prometió Pedro para honrar a su novia otras seis docenas de cohetes voladores, tres ruedas fijas o girándulas y ocho bombas reales.

Benito, el segundón, le dijo a Pedro que su hermano pensaba desafiarlo al polvorín del moro. Eran desafíos amistosos. Hacían un círculo en cada extremo de la plaza con lechada de cal. Ese círculo, de unos tres metros de diámetro, era el castillo. Se lanzaban culebrinas encendidas del uno al otro castillo. Aquellos proyectiles iban describiendo zigzags, engañando con su dirección dudosa y echando detrás chorros de chispas. Los combatientes solían arrojar aquellos proyectiles de dos en dos, de tres en tres y a veces más. Cada uno pretendía hacer salir al otro de su círculo, a fuerza de torrentes de chispas y de estampidos. La cosa tenía sus

aspectos más bien cómicos. El polvorín del moro.

Todo el pueblo solía acudir. Hacían apuestas. Las temerosas mujeres se ponían en ventanas y balcones. Los hombres, abajo. Los chicos, en todas partes, provistos de bengalas de colores y de culebrinas sordas, es decir, sin petardo.

El primer día de la fiesta hubo misa mayor, enramada de flores para las chicas decentes y colgaduras de huesos de burro en las ventanas de las mozas que tenían mala fama. Hubo también comida en el Ayuntamiento, presidida por mi abuelo, que era entonces alcalde. Las rondallas iban y venían. El segundo día hubo dances en la plaza y pirámides de mozos. Benito se negó a tomar parte en aquellos festejos. Las mozuelas lo miraban de reojo y comentaban su desánimo y su desvío: —El mal de amores que lo consume.

Si se daba cuenta, respondía Benito entre dientes con una procacidad, aludiendo a los «riñones». Mal de riñones.

Cuando la pirámide de mozos estaba ya formada, un zagal trepaba por ella, desplegaba en lo alto una bandera y recitaba los gozos de doña Petronila, que eran muy largos y que acababan con una broma, siempre la misma. El zagal decía:

... y ahora les contaré el caso que vi en las Almunias Altas, iba a carrier con mi madre y oí un ruido que bajaba que creí que por el seso venta alguna cabaña como la del señor Luna aquí presente en la plaza, pero al llegar más adelante ya vi de qué se trataba, era Martín el Donato con catorce o quince cabras.

Llevaba poco rebaño pero buena cencerrada.

El caso es que no son d'él, casi todas son ampradas.

Martín, el mozo dulero, el del tocho y las abarcas, si quieres tú por los cuernos ganarte a la rabadana disminuye las esquilas y aumenta más la majada.

Aquel romance era todos los años el mismo, pero los campesinos reían como si fuera nuevo. Sorprende un poco la inocencia de esos campesinos que, sin embargo, llevan en el cinto la navaja cerrada y tienen en los ojos una luz de acero, azulina, y consideran meritorio haber estado en la cárcel.

Por la noche se celebró la primera fiesta de fuegos artificiales y el desafío de Pedro y Juan. No quería Prisca presenciar la pelea —le daba miedo—, pero acudiría cuando encendieran los castillos de quema, para gozar de la gloria de ver su nombre y el del novio entre bengalas de luz rosada y surtidores de estrellas.

Se anunciaba una noche memorable.

La gente joven se instaló entre las columnas de los porches, dejando espacio para los contendientes. Vicenta, la criada, iba y venía diciendo que ganaría la pelea su primo.

Mi abuelo me contó lo sucedido con tantos detalles que ahora, es decir, casi cuarenta años más tarde, me parece estar viéndolo como si lo hubiera presenciado. Los mozos se arrojaron los primeros proyectiles. Alguna culebrina se desviaba a veces para seguir aquí y allá a un espectador neutral, a cuya espalda se pegaba mientras él corría en vano y causaba la risa de los demás.

La plaza olía a pólvora, olor cáustico que quedaba en la memoria como un olor de infancia.

Todo el pueblo estaba en la plaza.

Arrojó Pedro tres buscapiés juntos, y vio cómo saltaba Juan dentro de su castillo, para eludirlos. Se habían atado los pantalones por el tobillo, para evitar que alguno de aquellos proyectiles se les metiera dentro. Pero no habían podido precaverse contra otros peligros.

Llevaba Juan un paquete de culebrinas en cada uno de los bolsillos interiores de la chaqueta, con las mechas hacia arriba. Las sacaba también de otros bolsillos y, antes de arrojarlas, las cebaba

con un cigarro que llevaba en los dientes.

Estaba la noche llena de explosiones, pero a veces había un paréntesis de silencio y se oían en la huerta los grillos monorrimes del verano.

Mi abuelo decía a sus vecinos en el balcón: «esto no se repetirá otro año, porque es peligroso». La casualidad le dio la razón del modo más dramático. Alguna chispa prendió en las mechas de los buscapiés que llevaba Juan en el bolsillo interior, el fuego se transmitió a todos y de pronto se vio al mozo saltando por la plaza envuelto en un torbellino de fuego. Nadie se atrevía a acercarse a ayudarlo. Por fin, Pedro fue sobre él y, tomándolo por la espalda, volvió del revés la chaqueta, de modo que los surtidores de chispas de los bolsillos interiores, en lugar de dar contra su cara o su pecho, dieran al aire. Todos los buscapiés, empujando violentamente la chaqueta hacia abajo, la pegaban a los hombros de Juan, quien seguía saltando sin acertar a arrojarla de sí. Las explosiones le hicieron bastante daño. En la parte baja del rostro tenía, además, terribles quemaduras. Mientras algunos vecinos arrojaban mantas sobre Juan, para apagar sus ropas encendidas, la rueda acabó de quemarse, cayeron de la torre las campanadas de las once y entre bengalas y estrellas los nombres de los novios aparecieron y quedaron allí presidiendo la fiesta. El Manco decía en su taberna: —¡Qué vida más adrede!

Llevaron el herido a la ciudad y en el hospital pudieron salvarle la vida, pero quedó deformado por las cicatrices, con los ojos desgarrados y llorosos, el labio superior alzado sobre los dientes y el cuello de un color tumefacto. Verlo producía grima, como decía mi abuelo.

Entretanto, en la aldea, la Prisca no salía de casa sino para ir a misa el domingo.

Cuando Juan volvió al pueblo, curado, no parecía el mismo.

Evitaba ver a Prisca, pensaba en su hermano Benito y en las onzas, y callaba. Había decidido Juan romper el compromiso con su novia y dejarla en libertad, pero iba aplazando aquella amarga diligencia. Un día, tuvieron los hermanos palabras fuertes, y llegaron a cambiarse algunos golpes. Salieron de la pelea cada uno con un ojo negro y Juan, con un dedo roto. Quién sabe lo que habría pasado si la madre no hubiera ido a llamar a mi abuelo, quien acudió, dijo a grandes voces que aquello era una gran vergüenza y, no logrando nada con las palabras, los apartó a golpes y puntapiés.

Juan renunció a casarse con Prisca, se lo hizo saber y la pobre respondió que pensaba irse a la capital y meterse monja. Benito pensaba: «Monja, bien, pero... ¿y las onzas?».

Como imaginaba que irían a parar a la iglesia, dijo en la tienda del Manco algunas cosas contra «la gente de sotana». El Manco reía y le servía más licor, para tirarle de la lengua. Pero Benito, cauteloso, callaba.

Aquel invierno se presentó frío y ventoso. El humo de las chimeneas no subía quieto en el aire, sino que era desgarrado en largas vedijas mientras el viento helado llevaba y traía el sonar de las campanas.

La pobre señora Paula no estaba tranquila. Sin saber por qué, todas las tardes atrancaba la puerta con cuidado. Algunas noches se las pasaba rezando y escuchando los rumores de la brisa en las puertas, cuyos goznes no aceitaba hacía tiempo porque esperaba que el rechinar sería un aviso.

Y pensando en la almud y en la onza, se decía: —¿Quién me puso en la cabeza una ocurrencia como aquélla?

Tenía miedo a veces, pensando en la desgracia de Juan y en la boda deshecha. Algunas noches pasaba a casa de mi abuelo con su hija, porque la soledad la asustaba. Estaba temerosa de que

quisieran robarle las onzas que no tenía.

Las desgracias no habían acabado. Tuvo Juan un «ramo de locura», poco después de la Navidad, y se mató arrojándose a una sima honda de la cual no se podía salir vivo ni muerto. Para que no hubiera duda, dejó el bastón clavado en la orilla, con la chaqueta al pie y la boina colgada del bastón. Dejó también un pañuelo bordado por la Prisca, con sus iniciales en una esquina. Las chicas de la aldea lloraban al referirse a aquel pañuelo bordado, que el alguacil había encontrado atado al bastón y flotando con la brisa.

La vieja Barona pasó largos meses de oscura y solitaria desesperación. A veces, iba a casa de mi abuelo y lloraba en su hombro.

Quien se mostraba más inconsolable en todas partes —en la calle, en la casa y en la iglesia— era Vicenta. Recordaba los dichos de Juan y miraba de reojo a Benito, pensando: ¿qué hará ahora que ya no es el segundón, sino el amo?

Después del suicidio de Juan, hubo un gran silencio en el pueblo.

Pocos días más tarde, Benito salía al campo con gran aparato de mulas y arreos de labranza, precedido por el perro ladrador. Mi abuelo lo veía pasar y gruñía: —Podría esperar algunas semanas, antes de salir echando roncadas como un voceras.

Vicenta rezaba el rosario por la noche con la Barona y, al final, añadía oraciones «por el alma de Juan, que vaga por la intemperie de los difuntos sin paz ni reposo».

Benito fue un día a esperar a la muchacha al salir de misa, y le dijo: —Ya no soy el que era antes, Prisca. Las cosas cambian en la vida. ¿Es verdad que te metes monja?

—Sí, pero no sé cuándo, porque mi madre está vieja y enferma y necesita alguno que la cuide.

—Otros te necesitan también sin estar enfermos —dijo

Benito, de un modo extraño que sonaba falso.

Ella se quedó sorprendida y tardó en contestar, pero por fin encontró las palabras: —Muerto Juan, no me necesita nadie más que mi madre.

Benito no se sintió contrariado por aquellas palabras. En definitiva, la Prisca le importaba poco. Se diría más bien que le tenía sin cuidado. Pero ideaba su plan, Benito. Cuando vio que las tres tiendas de la aldea comenzaban a poner máscaras de cartón colgadas alrededor de las ventanas, pensó que se acercaba el carnaval. Antes de poner en ejecución su plan, para el cual necesitaba disfrazarse y pasar desapercibido, recordó que el perro de su casa podría «sacarlo por el olor» y revelar a los demás quién era y para evitarlo, lo llevó un día al campo y lo mató de un tiro.

Comentaba aquello Vicenta, espantada:

—¿Por qué matarlo al pobre, si nos tenía tanta voluntad?

Dijo Benito que lo había matado porque venteaba el fantasma de Juan por la noche y aullaba lúgubrementemente.

Vicenta imaginaba entonces el alma del perro acompañando al fantasma de Juan por los montes, en los días del árido invierno.

Otra medida de precaución de Benito, antes de los carnavales, fue estudiar los accesos de la casa de la Prisca, suponiendo que la puerta principal estaría cerrada y atrancada.

No era difícil saltar la tapia del corral.

En la taberna y en su casa dijo que pensaba ir a la ciudad durante los carnavales a ver a su hermano Miguel, el sargento, y algunos se extrañaban, porque Benito no era hombre de afectos familiares y nunca se había entendido con sus parientes. A la madre, sin embargo, le parecía bien aquel propósito de su hijo. Toda la aldea sabía que Miguel era hijo adulterino de mi abuelo, pero de aquellas cosas no hablaban las personas decentes.

La semana de carnaval y las fiestas de septiembre eran las

únicas ocasiones en que la aldea olvidaba su silenciosa calma y los mozos su cuidadosa prudencia, sobre todo los mozos pobres y sin tierra.

La situación había cambiado mucho desde las fiestas de septiembre, y Prisca no veía a Benito con buenos ojos, porque sabía que había comentado la muerte de su hermano muy fríamente.

El sábado anterior al domingo de carnaval, Benito se fue hacia la ciudad en la diligencia, pero se detuvo en un cruce de caminos. Desde allí, anduvo hasta una paridera desierta que estaba a media hora del pueblo.

Una choza de pastores al pie de una colina, que tenía por un lado el color rojizo de la tierra húmeda y por otro, brillos lunares de cuarzo y mica.

En la paridera, que pertenecía a los Barones, el amanecer no tardó en llegar nuboso y con cielo bajo. La casa era del color de la tierra, y también la luz que entraba por los cristales sucios de las ventanas. Del mismo color eran algunos aperos de labor abandonados en un cobertizo. Cerca de allí había un poyo de tierra y una cruz recordando un asesinato.

No tardó en comenzar a llover.

Encontró Benito, como esperaba, ropas de mujer en la paridera, y se vistió de destrozona. Con la máscara de cartón en la mano, miraba la lluvia: —Esta agua —dijo, experto— viene tempranera.

No se veía el pueblo, porque se interponía una cadena de lomas del color también de la tierra húmeda.

Cuando en febrero amanecía un cielo como aquél, había que echar la tranca en el establo y «aprontar el batiaguas». Buscó por la paridera y encontró uno azul, enorme, con varillas de fino cerezo.

Ventoso y mugidor, el invierno silbaba en el alero lúgubrementemente. Benito veía caer las aguas de temporal de la primavera: «Igual que el año pasado, el carnaval llega metido en agua». No le gustaba que el pueblo se embarrizara, porque se disponía a recorrerlo de punta a cabo dando brincos y alaridos y obligando a los chicos y a los perros a meterse rápidamente en sus casas.

Pensó en su hermano. Solía sucederle cuando estaba solo, con lluvia en las ventanas y cierzo en el alero. Cuando murió, su hermano Juan pareció como si se ennobleciera en la memoria de Benito. Las malas palabras que habían tenido cuando pelearon por causa de Prisca no fueron venenosas, y los golpes entre hermanos no dejan rencor y, si lo dejan, la muerte lo cancela todo. Lo malo era que se hubiera matado arrojándose a una sima y que su cuerpo siguiera insepulto, porque la sima era inaccesible.

A veces decía entre dientes, Benito: «Desgracia fue el marcharse de este mundo, pero el muerto al hoyo y el vivo a las onzas». Cerca de la paridera había abierto una pequeña zanja en la tierra. Junto a ella había una enorme piedra cuadrada, para cubrir el hoyo una vez depositado en el fondo el saco de cuero que llevaba cerrado con dos anillas y que estaría, cuando lo enterrara, lleno de onzas. Más de diez mil, cabían en aquel saco.

El hoyo lo había hecho pensando que el oro era demasiado escandaloso y chillón. Desde un olivo de hojas metálicas, un tordo ladeaba la cabeza para mirar a Benito disfrazado de mujer. El pájaro dio un grito y voló a otro árbol más lejos.

—¡Hijo de puta! —dijo Benito, como si el ave le hubiera ofendido.

Pensó que tal vez sería mejor quedarse todo el día en la paridera y presentarse al oscurecer en casa de Prisca, sin hacerse ver antes en el pueblo.

La lluvia venía a aislarlo del mundo y a encerrarlo en una enorme jaula. «Yo no necesito ir al pueblo, sino cuando sea de noche.» Desde la muerte de Juan había estado Benito observando las costumbres de su vecina. Prisca iba al oscurecer a la iglesia para rezar el rosario, hiciera nubló o raso, lloviera o nevara. Al acabar el rosario, el sacristán tocaba tres campanadas en la torre y los feligreses se iban.

Seguía lloviendo.

—Si no fuera por mi madre —dijo Benito, entre dientes— hace años que habría dado yo una buena escandalera en el pueblo.

No se sabía si lo decía agradeciéndole a la madre su protección, o reprochándosela.

Vestido de destrozona (solían hacerlo muchos mozos entre los más algareros de la aldea) y aislado del pueblo por la lluvia, se sentía solo en el mundo.

—La gente dice que tengo mal de amores.

Burlándose de la gente, añadía, con una sonrisa amarga: — ¡Mal de riñones, tengo!

Lo mismo si estaba enfadado que si estaba contento, Benito, para decir algo importante, tenía que aludir a los riñones. Lo hacía pensando en otras glándulas. Los que lo oían pensaban también en ellas.

Viendo llover, se decía: «Yo moriré un día como cada quisque, pero entretanto vivo, y eso no lo pueden impedir ni el alcalde ni el viejo Luna ni el cura ni el sursum corda. Vivo y seguiré viviendo. Solo, es verdad. Yo solo en este lado de la vida y todos los demás en el otro, que es donde está lo bueno. Siempre está lo bueno en el otro lado de la tierra.

«En este lado estoy solo como un hongo. Yo. ¿Por qué nací? Mis padres quisieron divertirse un día y aquí estoy. Yo soy el

resultado, un resultado miserable.

»Mi hermano Juan me odiaba a mí antes de que yo naciera. Tenía cuatro años y decía, tocando el vientre hinchado de mi madre: si cuando nace es un lobo con pelos, le pegaré un tiro.

«Maldita sea su estampa.

«Después, ya mayores, cada vez que hablaba de dinero me salía con que yo tenía que marcharme a otra parte y aprender un oficio.

»Estoy detrás de la lluvia, el viento o el frío. Sólo yo, aquí. Mi madre se queja de que está sola, mi hermano Miguel dice que tiene ganas de volver al pueblo, porque en la ciudad se encuentra solo. ¡Solo y vive en un cuartel con otros cuatro mil! Pero ése no es más que medio hermano.

Hijo de otro, aunque lleve el nombre nuestro. Es la estampa del viejo vecino. Es hijo de los cuernos de mi padre.

»Todo Cristo está solo en el mundo o piensa que está solo — se decía Benito— y yo también. Yo, ahora, en esta paridera, porque la lluvia me tiene encerrado. Cuando escampe, iré al pueblo y si tenía que haber treinta máscaras, con la mía habrá treinta y una y yo iré y vendré con el tolondrón de las esquilas.

»Antes era el segundón, pero ahora soy el amo. Mi medio hermano, digo, el pequeño, tiene ya su conque. Con dieciocho duros al mes, tiene ya su conque en la ciudad. El hijo de los cuernos de mi padre grita frente a una fila de soldados y campa como un rey.»

Invitado mecánicamente por sus propias palabras, recité una vieja canción pensando en otra cosa:

Villacampa siempre campa por los campos de Aragón...

La cruz y el poyo de tierra que se veían cerca recordaban el asesinato de un partidario del viejo Villacampa. De los brazos

horizontales caían gotas de agua tembladoras y azulinas.

«Yo soy el heredero ahora, pero vestido de máscara, como los pobres, correré por la plaza mayor. Y por la noche le daré el susto a la madre de Prisca. Es ella tan poca cosa, que bastará con que le haga “bú” para que suelte las onzas. Todas las onzas. Veinte almorzadas de onzas peluconas.

»Con ellas me iré lejos, y le quedará a Miguel el patrimonio entero. Suerte que tendrá, el mocoso. ¿Será por haberlo engendrado el viejo Luna? Bien, todo para él, para que lo labre, lo escarde, lo siegue y lo trille él.

»La lluvia hace parecer las cosas más tontas. Cae el agua en pocetas y charcos, remoja la hierba, saca brillo de las pedrizas y el mundo parece más pequeño. Si no fuera por mi madre, hace tiempo que me habría malmetido. Nací y aquí estoy. No era cuando nací un lobo peludo, pero hay días que vivo como si lo fuera. Y pienso que mi hermano Juan me habría pegado un tiro muy a gusto. El día que me rasuro y me pongo camisa blanca, parezco otro, pero todo Cristo conoce a todo Cristo en el pueblo, y saben que tengo la sangre negra.

»Yo necesito mi conque, también para irme lejos. Y allí, ni Dios me conocerá. La labranza, para mi hermanito Miguel, hijo del vecino y de mi madre.» Se quedó mirando al cielo, con una expresión de fatiga. «Parece que afloja la lluvia, y yo necesito mis buenos cencerros alrededor del cinto. Vamos a ver si los de la cabaña están por ahí. Si los paso a mi cinturón, voy a hacer una escandalera bastante guapa.

»El que me vea se preguntará quién puedo ser yo. Nunca se enterarán porque piensan que estoy en la ciudad, pero yo seré un zataperros cabrón como cualquiera otro.

»Bien embarrizado estará el pueblo, pero a mí no me importa porque llevo botas de tachuelas. Y allí iré yo, Benito el de la

Barona. Si alguno me conoce, no podré salir adelante con mi negocio. Ojo, pues. La cara tapada, los meneos emprestaos y la voz falsa, para que ningún hijo de puta me saque por la palabra.»

Se alegraba de haber matado el perro, así no lo denunciaría reconociéndolo por el olor en medio de la calle.

El olivo solitario, de ramas retorcidas, mostraba sus hojas breves, duras y brillantes como recortadas en hojalata.

Aquellos días de lluvia, los patos acudían a los cobertizos sacudiendo su rabo mojado. Y la vida entera era como una jaula. Cada hilo de agua era un barroto que le recordaba a Benito que estaba preso.

La lluvia arreciaba otra vez.

«Estar aquí encamado como una liebre, no es para mí. Si me quedo aquí me voy a aguachinar y me van a salir hongos en los riñones. Onzas de oro. Parece que las estoy viendo bailar en mi mano. Por cada una me darán en la ciudad ocho duros y dos reales. Dos reales más, porque las onzas tienen premio y es por una ley que ha salido. Cuando lleve la primera onza al banco, el empleado me preguntará si tengo más. Yo le diré: más tengo, sí señor. ¿Como cuántas? Yo mentiré: pues no las he contado, pero tres almorzadas largas. Sólo llevaré algunas onzas cada vez: diez o doce. Que el oro es escandaloso y gritador.»

Pero, entretanto, necesitaba comer algo, y cuando comía tenía que beber sus tres vasos, y si la botella no tenía más que dos, iba a la bodega a buscar el tercero en la espita del barril. Todo lo podía tolerar, menos que le faltara un vaso de aquellos tres en la comida. Iría a casa del Manco, compraría pan, queso, vino y se iría a comer a solas en alguna parte.

Obligado a esperar bajo la lluvia, acababa por pensar en sí mismo con cierta admiración. «Cuando era crío, mi padre me pegó una patada y yo se la devolví, y entonces mi padre dijo: este

cachorro es mío, que me devuelve la dentellada. Y aquí estamos. Yo era suyo, pero ha sido necesario que mi hermano se tirara a la sima para que yo tuviera con qué vivir. Poco me importa a mí tener la hacienda. Ahora que la tengo, se me da un cajigo de ella. Hostia bendita, todo lo que me dan con la hacienda es la obligación de trabajar de sol a sol para el resto de mi vida. No. El hijo de mi madre quiere algo más que un campo de sembradura y tres huertas.»

Se ponía la careta, por el gusto de comprobar que le cubría las mejillas, las sienes, la frente, la boca y el cuello hasta las orejas. No había manera de conocerlo. Y la máscara tenía dos asas detrás de las orejas. Y también una goma que se ajustaba en la nuca. La máscara era de esas tumefactas, con una tufa de pelos canosos sobre la frente.

Los tres meses últimos los había pasado en la aldea, solo y lastimero como una lechuza. Ahora iba a recuperar aquel tiempo con veinticuatro horas de algazara. Los cencerros iban a sonar guapamente. Un día de irresponsabilidad. Y de otras cosas.

Era zurdo. Debía hacerlo todo, pues, con la mano derecha, para no dar indicio alguno.

Poco después vio que el cielo se clareaba. Salían las alondras pardas con su moñito, alegres de sentir otra vez el aire seco. En las gotas que colgaban de los codos de las ramas, la luz ponía iris tímidos que temblaban con la brisa.

Un sol amarillo asomaba con cautela y volvía a esconderse.

«Este agua viene contraria —repitió—, pero poco se me da a mí. La hacienda mía está en casa de la Prisca, con las onzas a punto de vendimia. La vendimia será esta noche, y nadie lo sabe más que yo. Nadie lo sabrá nunca más que yo.»

Cubrió los cencerros con las manos, para que no hicieran ruido, y marchó al pueblo tomando un camino indirecto, con

movimientos que parecían de mujer embarazada. Ya no llovía.

Con la cara cubierta y hablando con voz de falsete, entró en la aldea. Después de comprar pan y llenar la bota de vino blanco en la tienda del Manco —que no lo reconoció—, se la puso dentro del pantalón sobre el vientre, de modo que sacando la cánula por la bragueta parecía orinar. Vertía el líquido sobre un vaso hasta que éste se llenaba, y entonces bebía su contenido y ofrecía a los otros, entre la algazara de los campesinos. El vino tenía el mismo color de la orina.

Las canaleras goteaban alrededor, y en el huerto del cura los cipreses mojados parecían más negros y luctuosos.

Aquello del vino resultaba un poco indecente y el alguacil quiso denunciarlo, pero cuando Benito mostró el odre y dijo con su falsa voz que la ley no prohibía a nadie llevar una bota de vino y usarla como quisiera, y que si decía lo que sabía de la vida el alguacil y de la muerte de su suegra, iban a tener que oír nuevas peores que las de Judas Iscariote, el alguacil se encogió de hombros y se fue. Nadie lograba identificar a aquella ocurrente destrozona que orinaba un vino sabroso.

Vestido de mujer, sacudía sus cencerros y, dando voces atipladas, pensaba: «¿Mal de amores?». Pero de aquello no había que hablar, porque lo reconocerían. Nada de mal de amores ni de riñones.

Llevaba también un pañuelo en la cabeza, atado bajo la barba.

Otros mozos se habían vestido de mujer y, con cencerros en la cintura y una escoba en la mano, salían a la calle dando brincos. Eran «azotaperros», pero los chicos para quienes la palabra azotar era inusual —tal vez demasiado delicada— no lo entendían y decían «zataperros». Es verdad que los perros huían de las calles céntricas, espantados.

Algunos «zataperros» aullaban mejor que los perros mismos.

Los chicos más delicados insultaban desde lejos a las destrozonas, con expresiones arcaicas que sólo empleaban en aquellos días. Desde una esquina gritaban, por ejemplo:

... Zapatero farolero, chilindrón potroso!

Y salían corriendo como liebres.

Benito bebía su azumbre de vino y respondía con falsa voz las preguntas que le hacían: —¿Quién eres?

—El mismo que viste y calza.

—¿Cómo te llamas?

—Como mi abuelo.

—¿Eres de este pueblo?

—Soy de dos leguas más abajo de Alcorcón, donde dicen que nací cuando me parió mi madre.

Lo miraban de hito en hito y nadie lo reconocía.

Un poco mareado por el vino, corrió Benito arriba y abajo. Sonaban los cencerros, a veces agitaba las caderas, quieto en una esquina para hacer que siguieran sonando, con movimientos que eran, de veras, indecentes. Necesitaba descansar a menudo, porque sus pies planos se resentían y el nervio del corvejón se le inflamaba. Y había que disimular. El disimulo era todo en la vida.

Al llegar la noche agotado el vino, puso la bota vacía en la punta del palo de la escoba, ajustándolo al gollete, y le prendió fuego. Tardó en encenderse bastante, pero cuando el fuego entró en contacto con la pez del interior, la bota se convirtió en una antorcha que iluminaba un gran espacio en torno a la destrozona.

Verlo correr con aquella antorcha y oír el estruendo de las esquilas y la voz falsa, era grotesco de veras.

Había caído ya la noche cuando acudió a casa de Prisca. Al ver la puerta cerrada, dio la vuelta y entró por el corral. Después de

apagar la antorcha en el suelo, la dejó en el patio y al subir, encontró en el rellano a la señora Paula.

—¿Qué es esto? —dijo ella, asustada—. ¿Quién eres y cómo has entrado?

Subía Benito la escalera con la careta color de rosa y un mechón de falso pelo de estopa sobre la frente. Daba la impresión otra vez de una mujer embarazada.

—Una visita de cumplido, eso soy —dijo arreglándose las almohadas que simulaban los pechos—, ¿eh? Una visita para la viuda dorada de onzas. ¿No me conoces?

No sabía ella si reír o pedir auxilio. Y la destrozona añadió: —El dinero. Vengo por el dinero isabelino. Las onzas.

—¿Y si no te las doy? —dijo ella, pensando en las seis que tenía en la caja—. ¿Qué sucederá?

—Esto —dijo Benito sacando un cuchillo enorme.

Ella gritó y miró hacia la puerta de la calle, con ganas de huir.

—No grites —dijo Benito, con su voz natural—. Si te estás quieta, no te pasará nada. Dame las onzas y me marcharé.

La voz lo había denunciado, pero no se daba cuenta.

—Benito, por el santo Cristo de los milagros —dijo ella, más asustada al saber quién era— quítate esa máscara y no hables con esa voz de estantigua, que me das miedo.

—Se engaña, no soy Benito —dijo él, con voz falsa otra vez. Deme las onzas. Todas las onzas, hasta la última.

Mirando al cuchillo, la señora Paula accedió: —Está bien, te daré las onzas, Benito.

—Yo no soy Benito.

Corrió ella al armario y volvió con las monedas.

—Tómalas y de salud te sirvan. Por mí no lo sabrá nadie. Anda, Benito, márchate antes que vuelva mi hija.

Se irritaba Benito mirando las monedas de oro: —Yo no saco

el cuchillo por seis onzas sino por seiscientas, por seis mil, por todas las onzas de oro que tienes en casa. Vamos, que en el remejer de las tabas te va la vida, vieja zorra.

La señora Paula no podía entender que el hijo de su vecina la insultara de aquel modo.

—No me hables con la careta puesta ni con esa voz de escuerzo. No tires los vasos, Benito, y no faltes al respeto a una pobre mujer, que yo estaba en la alcoba de tu madre el día que naciste.

Fue a contarle lo que había sucedido con la almud, pero sentía aún el gozo de que los vecinos la creyeran dueña de onzas de oro. Y comenzó a gimotear: —Márchate, Benito, con las onzas. Si son muchas o pocas, no es cosa para sacarla a la luz, y menos en este momento.

Benito la tomó por un brazo:

—Cinco almorzadas de onzas. La almud llena. Quiero comprar una cama de oro para la Prisca y para mí. La almud llena y otro tanto.

Alargó la mano: «Cinco almorzadas nada más, con eso me conformo». (Una almorzada es la cantidad que cabe en el hueco de las dos manos juntas.) Ella gemía...

—Mira, hijo... No hay más onzas que las que tienes ya.

Pero al decirlo, la señora Paula daba a su acento un matiz de falsedad para que Benito creyera que estaba engañándole. Porque todavía le gustaba que los vecinos la creyeran rica. Él gritaba, codicioso: —Quiero comprarme un coche con colleras de plata. Vengan las onzas. Cada vez que me obligues a pedir las —dijo, fuera de sí— te abriré en el cuello un ojal.

Empujó el cuchillo sobre la garganta y, como no tenía completo dominio de sus movimientos porque había bebido demasiado, el acero entró en la piel e hizo una pequeña herida.

Aunque era superficial, comenzó a salir sangre. La mujer gemía en voz baja, sin atreverse a gritar. Enardecido por la vista de la sangre, Benito insistía: —¿En qué armario están? Tengo que echar censos y pintarla en Barcelona como los ricos. Cascabeles de oro les pondré a los caballos de mi coche.

Ella negaba ahora que hubiera onzas, pero como antes había fomentado de algún modo la sorpresa de Benito, éste ya no la creía. Insistía ella y, viéndola tan firme, dijo Benito que no quería sino dos almorzadas. No cinco, sino dos. Si le daba dos almorzadas de oro, se marcharía del pueblo por un año entero. Si le daba más se marcharía a América, lo que sería mejor para ella.

—¿De dónde voy a sacarlas yo las onzas?

Y miraba sus propias manos manchadas de sangre. Benito pensó: «Ahora, la vieja no tendrá más remedio que denunciarme, porque acudirá el médico y los médicos en estos casos avisan a la justicia». Por la ventana entreabierta penetraba la vibración larga de una campanada. Luego otra. Eran las señales de la bendición del rosario. No tardaría en volver Prisca.

Y miraba Benito la sangre, repitiendo:

—Sólo cincuenta, señora Paula, pero ahora mismo.

Aunque decía blasfemias, el hecho de llamarla señora hizo pensar a la anciana que comenzaba a ganar la partida, con sangre y todo. Pero se equivocaba. «Prisca vendrá —pensaba Benito—, verá la sangre y entonces pedirá auxilio y acudirá la gente.» El primero en llegar sería el viejo Luna, que lo tomaría del pescuezo y lo entregaría a la guardia civil como si fuera un gato.

Vio tres llaves en un pequeño aro de metal sobre la mesa, y con ellas abrió la alacena y otro armario que había enfrente, pero sólo encontró ropa de cama olorosa a membrillo.

Las onzas no aparecían, y lo único que le interesaba ya a Benito era ocultar su acción. Se acercó otra vez, ella percibió en

sus movimientos la decisión fatal y quiso gritar, pero Benito cercenó aquel deseo con un golpe de izquierda a derecha. La anciana cayó al suelo para no levantarse, y Benito murmuró: — Sólo te pedía cincuenta onzas, pero tú prefieres soltar la vida.

En aquel momento oyó abrir la puerta de la calle. Benito se escondió detrás de una cortina que cubría un armario. También allí olía a membrillo.

El corredor era ancho, pavimentado con loseta roja. Y se oían los pasos de la muchacha.

—Madre —dijo la Prisca—. ¿Por qué huele el patio a pez?

Benito se preguntaba cómo había podido entrar la muchacha, si la puerta estaba atrancada. Olvidaba que en la puerta grande había otra pequeña, y que ésta se abría con un picaporte.

—¿Por qué hay humo en la casa? —decía Prisca—. ¿Por qué no enciende la luz? Ay, la picara madrecita, que se esconde.

Nunca había visto Benito a la muchacha en aquel estado de ánimo tan infantil. Se quedó callada Prisca y encendió un bulbo eléctrico que había en un extremo del pasillo, envuelto en gasa azul.

—Madre —gritó, un poco inquieta—. ¿Por qué huele a humo?

Como siempre que volvía de la iglesia, la Prisca llevaba su mantilla doblada en la mano y sobre la mantilla, el alfiler con la cabeza de cristal simulando una palomita.

—Madre —volvió a llamar, y su voz era como el balido de una recental—. ¿Por qué no me responde?

Debió tener un presentimiento y volvió sobre sus pasos. «Va a ir a casa de los Lunas a avisar y a pedir ayuda —pensó Benito— y el viejo me entregará a la guardia civil.» Salió de su escondite. A pesar de su máscara y de su voz, Prisca lo reconoció en seguida, por esa clarividencia que suele dar el peligro.

—¿Qué haces aquí, Benito, y dónde está mi madre?

—No te hagas de nuevas —dijo él, con su voz falsa— y dame el oro que hay en la alacena.

Se oyeron pasos en la calle, y Benito tuvo miedo de que ella gritara pidiendo auxilio. Le atenazó la garganta. Era una garganta suave y tibia. Quería Benito evitar que Prisca gritara mientras se oían pasos en la calle. Eran pasos con abarcas de cuero claveteadas. El hombre que fuera pasaba despacio, muy despacio. Quizás era Martín, el de la broma del dance, aquel pobre pastor que llevaba más cencerros que cabras.

Cuando se alejaron las pisadas, soltó Benito la garganta de Prisca, que yacía medio derribada en el suelo. Al soltarla, se dio cuenta de que la pobre se había debatido mientras caía, y le había arañado en la mano hasta hacerle sangre.

Tan lastimosa era la expresión de Prisca, que el deseo masculino que comenzó a despertar cuando la tenía atenazada por la garganta se convirtió en verdadera compasión: —Pobre muchacha—dijo, entre dientes—. ¡No sabías tú lo que te aguardaba cuando entraste por esa puerta!

Muertas Prisca y su madre, la destrozona recorrió la casa buscando las onzas. No encontró más que algunas monedas de cobre y una de plata, en un aparador de la cocina.

Comprendió que había que huir, y fue bajando la escalera con el aliento contenido, por si alguno de los peldaños de madera crujía. Había recobrado la calma (a través de los vahos del alcohol) y al ver la bota de vino al final del palo de la escoba, tuvo una idea. Encendió otra vez los restos de la antorcha y con ella prendió fuego a la caja de la escalera, que era de pino barnizado, y después a la leñera de la cocina.

Salió corriendo y, al amparo de las sombras, fue en busca de la paridera. Desde allí pensaba marchar a la ciudad y dar el pego,

según decía. Para evitar que los cencerros hicieran ruido, se quitó el cinturón y lo arrojó con las esquilas. Siguió corriendo, silencioso y desembarazado. De vez en cuando se volvía a mirar y veía encima de la aldea una nube iluminada con el reflejo de las llamas.

Se oían las campanas llamando a los vecinos para ayudar a extinguir el incendio y las voces lejanas del alcalde —mi abuelo— en la plazuela. Y se decía Benito: «Yo iría a carrear agua como los demás, pero mi familia cree que estoy en la ciudad con mi medio hermano Miguel». Se disculpaba con esas palabras, de un modo absurdo.

Todavía se hablaba a sí mismo con voz de falsete, sin darse cuenta.

Arrojó la máscara, por fin. Pero sucedió algo que con el tiempo llegó a ser un extraño prodigio. Se le quedó en la cara una expresión de carnaval parecida a la de la máscara, con las cejas demasiado altas y el belfo saledizo. Una cara de hembra preñada, solía decir él mismo, mirándose al espejo. «La misma expresión de la careta, como hay Dios», repetía.

En la ciudad, donde su hermano Miguel apenas si lo reconoció, pasó algunos días, se gastó las seis onzas y por fin volvió al pueblo.

Cada día se parecía más a la careta que llevaba la noche de los asesinatos. Nadie sospechaba, sin embargo, lo que había sucedido. La gente suponía que habían perecido madre e hija en un incendio casual. Poco a poco, el mismo Benito fue derribando los restos de las paredes maestras —no quería que nadie interviniera en aquello, porque todavía esperaba hallar en alguna parte las onzas de oro— y por fin, convencido de que no había nada, dejó que sacaran de la plazuela las cenizas y los escombros y quedó el suelo allanado y liso, como si nunca hubiera habido casa alguna.

Hablaba la gente de la trágica suerte de aquellas dos mujeres, pero la memoria se iba extinguendo, también.

Cuando yo fui a la aldea, Benito parecía llevar aquella máscara de carnaval todavía. Los días de cierzo fino y frío se le ponían las mejillas coloradas, y entonces tenía incluso los dos rosetones de pintura, uno en cada pómulos.

Yo iba y venía por la aldea pensando en aquello. Me lo había contado mi abuela. En las tardes soleadas, la aldea parecía el lugar más idílico del mundo, a pesar de todo.

Lo sabían en mi casa porque, dos años después del incendio, Benito fue y le contó a mi abuelo su propio crimen.

—¿Se lo has dicho a alguno más? —dijo mi abuelo, mirándolo de hito en hito.

—No, señor. Usted es el primero. No sé por qué se lo digo, pero ahora resuello mejor.

—¿Se lo has dicho al cura, digo, en confesión? ¿No? ¿Por qué me lo dices a mí, entonces? ¿No sabes que si te denuncio a la guardia civil te vale la vida?

—Usted me vio nacer, como el que dice —suplicó Benito—. Usted estuvo en mi bautizo y en el de todos los vecinos, porque es el más viejo del pueblo. Usted no denuncia a nadie. Yo sé que un día le dio un caballo y dinero a otro que había hecho una muerte y buscó su amparo, hace años. Y con ese caballo y ese dinero se fue a Francia y se salvó.

—Era un caso distinto —dijo mi abuelo, después de reflexionar un rato—. Aquel hombre mató a otro en una riña, cara a cara y de hombre a hombre. Si te denuncio a ti, te vale la vida. Yo no hago esas cosas. Pero tú, sal de esta casa.

Poco después murió la Barona. Cuando mi abuelo fue a verla, estaba ya en la agonía. La Barona le tomó las manos y le suplicó: —No denuncies a mi hijo, te lo pido con un pie en la sepultura. No

eches ese borrón sobre la familia.

Ah, el hijo se lo había contado a su madre, también.

Lo curioso es que, después de llegar yo al pueblo, estando en la taberna del Manco, éste me contó los dos crímenes de Benito con todas las circunstancias y detalles. La puerta de la taberna estaba abierta, y vimos entretanto pasar a la pareja de la guardia civil. El Manco se calló y esperó que los guardias se alejaran para continuar.

La gente atribuía el cambio en la cara de Benito, a que se había quitado algunos dientes y le había quedado una raíz que le producía inflamaciones y lo desfiguraba. Era una expresión de perplejidad un poco idiota. Aquel pueblo ya no era un lugar idílico, con su palacio ducal y su principito bobo que venía a pasar algunos veranos y que, jugando a rodar por el césped, apretaba su pelvis contra la mía. Era más bien —pensaba yo— un lugar a la sombra de cuyos chopos Satanás dormía su siesta con un ojo abierto.

Tal vez era así en todas partes, volvía a pensar yo, asustado.

Sin embargo, me daban ganas de quedarme a vivir allí, porque al menos la sombra de mi abuelo me protegía. Aquí —me decía— seré Luna el Joven. Mi abuelo era Luna el Viejo. Fuera de allí, mis amigos no mataban como Benito, sino que morían. En Zaragoza caían muertos a balazos.

Tendría que adquirir yo un aire ausente, distraído y violento como mi abuelo, si eso se podía obtener por imitación. Tal vez tendría que aprender el bolero, para bailarlo en los «años cariñosos».

Terminaría el bachillerato en alguna parte. Por ejemplo, Teruel. Pero ¿cómo iría yo a Teruel?

La tutela de mi padre no la quería yo de ningún modo, porque desde Zaragoza le había escrito una carta ofensiva, definitiva y final. En cuanto a mi abuelo, me dijo que tendría su ayuda para

todo menos para ir a estudiar a la ciudad. Aquello de estudiar era para él una especie de aberración. De paso, me proponía que me quedara en su casa y que el verano próximo subiera con las cabañas a los montes de Jaca, no como rabadán y ni siquiera como mayoral, sino como amo. Yo le decía a todo que sí, pensando en otra cosa.

Iba y venía por el pueblo. Las nieves desaparecieron y se comenzó a sentir en el aire el dulce aliento de la primavera. A veces encontraba, al volver una esquina, a Benito, con su cara inexpresiva de mujer preñada.

La casa de mi abuelo tenía una planta baja, un segundo piso y falsas, pero la mitad de las falsas eran habitables también, y allí tenía yo mi cuarto.

Entre la casa y el río no había huerta como en mi pueblo, porque la orilla era rocosa y levantada, y sin tierra laborable. La huerta estaba lejos, fuera del pueblo, y comenzaba a la distancia de un kilómetro y medio, más o menos. Yo creo que, en su origen, el pueblo había sido un castro guerrero. Desde la torre de la iglesia se dominaban las dos riberas del río en una enorme extensión, y aquella torre, en su base, había sido torre albarrana o torre del homenaje, con sus enormes bloques graníticos.

Las brisas que se percibían en los balcones de mi cuarto, eran brisas «de monte», y no de regadío. Es decir, brisas secas y de altura.

La casa era tal vez más honda que alta, es decir, que tenía sótanos y bodegas a una profundidad mayor que la altura del terradillo de las palomas.

En el patio (con entrada de carretas) había una puerta grande que daba a la bodega y otra, más pequeña, al lagar de aceite, donde había una enorme pila de piedra muy antigua, tal vez prehistórica.

La bodega tenía, al nivel mismo del patio, dos amplios lagares circulares de piedra tallada, cerrados con tablas que se ajustaban exactamente a un reborde interior. Allí pisaban las uvas, en el otoño, los vendimiadores.

Cuando había quedado por lo menos el primer lagar lleno de mosto, cerraban todas las ventanas de la bodega (había varios respiraderos a, flor de tierra, con cristales empañados de telas de araña).Y ponían en la puerta estopa mojada, cubriendo las junturas para que no saliera el anhídrido carbónico de la fermentación.

En aquellos días, era peligroso bajar a la bodega y, naturalmente, no bajaba nadie. Si entraba alguno con un candil encendido, éste se apagaba y si el que lo llevaba se quedaba allí más de dos minutos, perdía el conocimiento y si no lo auxiliaban, moría. Todas estas dramáticas circunstancias añadían al ritual antiquísimo de la vendimia un misterio, que hacía en cierto modo del vino una bebida meritoria y sagrada.

Desde el nivel de la superficie del lagar, se bajaba a las bodegas por una rampa, dejando a un lado el muro circular de los lagares y contorneándolos. Allí se veía la parte baja del lagar, con enormes grifos sobre una poceta de piedra, colocada de modo que se podían poner cubas de diferentes tamaños para llenarlas.

Al principio, el vino era espumoso y dulce: mosto. Cuando era de uva blanca y se conservaba dulce después de la fermentación, se llamaba garnacha. La mejor era la que se hacía con uvas alargadas y transparentes, que llamaban «de muslo de dama».

En la bodega había dos naves grandes con enormes barriles, a los dos lados, de distintos tamaños, cada uno con su cubeta al pie de la espita.

No sólo había vino, sino carne y otras cosas de comer, para que se conservaran frescas en verano. También había viandas

delicadas en las falsas, donde mi abuela acumulaba tinajitas con aves de caza en adobo, y otras con lomo de cerdo o con frutas en conserva.

Las cosas buenas estaban en lo más hondo o en lo más alto de la casa.

Había todavía un solanar, donde cada año mi abuela ponía en cañizos horizontales una gran cantidad de higos blancos (los que le gustaban a san Pedro), para que se fueran secando al sol. Despedían una especie de sudor melado que se iba condensando, y cuando estaban bastante secos, mi abuela, ayudada de dos o tres vecinas, aplastaban los higos con las palmas de las manos, frotadas con harina para que la miel no se pegara.

También mi abuela hacía —poniéndolos igualmente en cañizos— orejones de durazno, que eran riquísimos en invierno.

La casa de mi abuelo olía en la planta baja a buen vino o a mosto fresco y, en el piso principal, a manzanas y membrillos que ponía mi abuela en los armarios de la ropa blanca. Alrededor de mi cuarto olía a frutas en conserva. Este último aroma, yo no sé porqué lo identificaba con el sol. Por ser las frutas del color de los rayos solares y haber estado expuestas a ellos mucho tiempo, aquella fragancia era para mí en cierto modo la del sol mismo.

En aquellos días escribí una larga carta a Valentina, pero no la eché al correo. Volví a escribirle otra. El hecho de escribir aquellas cartas me dejaba un poco más tranquilo. Pensaba: «Este verano, Valentina volverá al pueblo y será mi novia como siempre». Pero a veces dudaba. Su padre, don Arturo, comenzaba a parecerme una verdadera dificultad. Ya no era un niño, yo. Pensaba en mí mismo como en un hombre. Tenía quince años, y la experiencia de la sangre vertida en Zaragoza me daba cierto escepticismo de hombre maduro. El padre de Valentina ya no podía tener conmigo la tolerancia que se tiene con un niño.

Pero, pensando en Valentina, todo volvía a ser dorado e idílico, igual que en los tiempos en que estudiaba con mosén Joaquín en el convento de Santa Clara, igual que en los tiempos del castillo de Sancho Abarca. Valentina (no necesariamente su presencia, sino sólo su recuerdo o su nombre) tenía el don de transformar la realidad alrededor. La vida iba pareciéndome seria y grave. Sólo las personas verdaderamente meritorias podían gozar de ella.

Por desgracia, a la ausencia de Valentina se unía el recuerdo heroico, pero triste, de Checa, y la miserable historia de Benito, que todo lo ensuciaba.

Yo pregunté:

—¿Por qué no lo denuncias a la guardia civil, de una vez?

Mi abuela se unía a mi pregunta y nos quedábamos los dos esperando la respuesta del viejo, quien nos miraba desde las cuencas donde lucían sus ojos de esparver: —Vaya una salida. Id vosotros a denunciarlo. ¿Por qué no vas tú, mujer?

Ella negaba, y entonces mi abuelo se dirigía a mí: —¿Y tú?

Negaba también, y el abuelo alzaba entonces su nariz de viejo patriarca: —¿Es que pensáis que los demás no valen tanto como vosotros?

Además, él había prometido a la madre de Benito, en su lecho de muerte, no denunciarlo nunca.

En casa de mi abuelo había varios gatos, bastante salvajes. Sólo se acercaban a mi abuela. Mi abuelo no les hacía caso. Cuando oía en las falsas el rumor de una nidada de gatitos — alguna gata que había parido—, le decía a mi abuela que subiera y les llevara leche. Yo me encargué de aquellas tareas y, como siempre, los gatos se hicieron mis amigos a los pocos días de llegar.

En la parte de la casa que daba a los roquedos del río había

dos grandes corrales, uno techado y lleno de leña cortada y apilada. Todavía, a pesar de su edad, mi abuelo se entretenía a veces con el hacha o el mallo y las falcas (pequeñas cuñas de hierro) partiendo leña. Se ponía para eso unas espinilleras de cuero sin curtir que tenía colgadas en una estaca, porque las falcas saltaban a veces y podían darle en las piernas y lastimarlo.

Había gallinas y algún recental de cordero, de cabra e incluso de vaca. Eran animales con algún defecto constitucional, abandonados por las madres, que mi abuela criaba con biberón hasta que podían comer. Eran los «pencos». Todos los años, los pastores traían algunos, que dejaban en casa. Una vez destetados, comían hierba seca e iban creciendo.

Aquellos animales estaban destinados a morir y ser asados al horno en alguna de las fiestas del año: Pascua florida, Pascua granada, Navidad, el Corpus o los cumpleaños de los abuelos. Por eso yo los miraba con compasión, cuando venían a mí.

Un día que me lamenté de que matara mi abuelo a uno de aquellos corderitos, él me miró duramente: —¿Serías tú capaz de pasar hambre antes que matar un cordero? ¿Digo, antes de degollarlo y comértelo? Si tuvieras hambre, te lo comerías como cada cual. Entonces ¿por qué hacer tantas lástimas?

Mi abuela me miraba con simpatía desde que vio que yo no gustaba de aquellas carnicerías.

Mi abuelo bebía poca agua y siempre en verano. Solía decir que el agua era muy buena para las ranas, y todos los años en septiembre y en la mesa tomaba un vaso y decía: «Esta es la última agua que bebo hasta el mes de junio del año que viene».

Y era verdad.

Pero mi abuelo no se emborrachó nunca o, al menos, nadie recordaba haberle visto con un vaso de más.

Cada semana venía una lavandera fuerte y musculada, de

ojos claros y como desvaídos en lejía, que debía ser de la edad de mi abuela, aunque parecía más joven. Tenía un hijo de unos veinte años, muy cuidadoso en el vestir y pulcro de maneras, que por tener buena letra y saber contar y otras cosas notables, hacía oficios de burócrata en tiempo de censos o empadronamientos. Era de una gravedad un poco rara a sus años. Su ambición era salir del pueblo y conseguir algún empleo en la capital de provincia.

Mi abuelo decía no sé si en broma: «Es de la casta de los que medran, porque va siempre muy curioso (quería decir limpio) y sabe agarrarse a la iglesia».

Mi abuelo solía burlarse de los «tinterillos» —así los llamaba—, pero nunca lo vi burlarse del hijo de la lavandera. Le pregunté por qué y me dijo: —Viene de cuna pobre. No hay que burlarse de los humildes.

La lavandera trabajaba duro para ayudar a su hijo, y mi abuelo y el cura hacían gestiones para conseguirle un empleo de listero en las obras de Riegos del Alto Aragón.

Además de la lavandera y de la hornera (que venía a hacer el pan una vez a la semana), había un criado ya viejo que había sido pastor y que se había jubilado a sí mismo y quedado en la casa. Es decir, entonces estaba en la tierra baja. Su sobrino, que tendría poco más o menos mi edad, era rabadán, pero tuvo que dejar el oficio y subir también a casa del amo, por una desgracia que le pasó.

—¿Qué desgracia? —le pregunté yo un día.

Y el chico, que tendría más o menos mi edad y vestía como los montañeses con abarcas, calzón y faja, me dijo, muy serio: —Perdí el chuflo.

—¿El qué?

—El chuflo. Un rabadán sin chuflo está perdido. Ni los perros ni los otros animales obedecen a un hombre que ha perdido el

chuflo.

Nos quedamos callados, yo con ganas de reír.

—¿Cómo es posible? Nadie lo pierde, el chuflo.

Y silbé. El mozo negó con la cabeza muy serio: «Ese chuflo no vale. Anda al monte y llama así a los perros y al boque, y verás cómo no acude nadie. Ese chuflo no lo he perdido —y silbó dos veces igual que yo—. El que he perdido es el chuflo grande, el de la majada».

Trató de silbar con un dedo entre los dientes, luego con dos, pero no le salía. Yo contenía la risa viendo las humorísticas proporciones de su desgracia. No recuerdo el nombre de aquel chico. Lo llamaban «el chulo», que era como el paje agrícola o el aprendiz de labrador. Cuando su tío salía de viaje —a las cabañas bajas o a la capital de la provincia—, le encargaba el muchacho que le comprara una navaja de siete puntos, porque se consideraba ya un hombre, y al volver le preguntaba si la traía y el viejo le decía que no, pero que le traía otras dos cosas.

—¿Cuáles? —preguntaba «el chulo», lleno de curiosidad.

—Te traigo un «siseñor» y un «mandusté».

Aunque al principio nos hicimos amigos, luego vi que aquel chico era demasiado inocente para su edad. Me confesó que había creído en los Reyes Magos hasta hacía poco, a pesar de que nunca le traían nada. Su tío le solía decir: —Es que no vas a esperarlos como corresponde.

Según el viejo burlón, había que ir al encuentro de los Reyes Magos por la carretera de Francia, la noche del día 5 de enero, llevando en la mano una caña verde. El muchacho quiso ir más de una vez, pero no encontraba cañas verdes en ninguna parte (sólo estaban verdes en la primavera y en el verano).

En vista de todas estas cosas, yo lo trataba de una manera casual y sin amistad. Estaba en esa edad en que se desprecia

cualquier clase de inocencia como si fuera un crimen.

Pero no había chicos de mi edad en el pueblo. Así, pues, iba con gente más vieja, porque a los pequeños, como se puede suponer, no los creía merecedores.

El secretario del ayuntamiento era un hombre refinado y burgués, cuyo hijo, de nueve o diez años, se hizo amigo mío. Un día que era la fiesta del cumpleaños del muchacho, fui a su casa y nos dieron azucarillos y galletas, y el chico, que estudiaba violín y se pasaba el día rascando las cuerdas y sacando de ellas unos sonidos horribles, tocó para nosotros. En pleno concierto llegó su maestro, que era un italiano (al menos le llamaban el italiano) que caminaba doce o quince kilómetros para venir a darle clase dos veces por semana.

Recuerdo que estando yo allí llegó una ronda de mozos al pie de la casa y estuvieron tocando la jota. El italiano cogió el violín del chico, salió al balcón y cuando la rondalla daba la entrada al cantador, tocó la canción con el violín. El instrumento parecía otro. Daba sonidos de cristal, purísimos y diáfanos. Acabadas las canciones, entraron en la casa, y la esposa del secretario y una hija, ya grande, les obsequiaron con dulces y vino.

Aquel pequeño violinista no parecía tener grandes aptitudes. Escribiendo estas líneas, lo estoy viendo delante de un atril rascando las cuerdas y llevando el compás con el pie derecho. La punta del zapato se alzaba y caía según el ritmo de la pieza.

Igual que en la corte, la buena educación en la aldea consiste en no ver ni oír. Nadie vivía sino para pensar en el vecino y apasionarse con su vida y hechos y, sobre todo, con las historias escandalosas y secretas, pero se diría, viéndolos, que nadie sabía nada de nadie y que nadie se ocupaba sino de sus propios asuntos.

Los campesinos podían encontrarse y hablar tres veces cada día durante treinta años, haciéndose el desentendido

precisamente sobre aquellas cuestiones que les quitaban el sueño y en las cuales pensaban día y noche. Se suele hablar del fingimiento de la corte, pero los cortesanos más cautos tendrían algo que aprender en las aldeas.

La ventaja de mi abuelo era que, estando por su fortuna (aunque no era mucha) encima del juego ordinario de intereses, y por su edad, a salvo de provocaciones e impertinencias, se permitía decir la verdad. Aunque no toda, claro. Siempre hay un límite en el respeto que debemos a los otros. Callaba a veces a punto de decir una palabra excesiva. Callaba, pero nunca sustituía aquella palabra excesiva por otra comedida y falsa.

Yo tenía algún libro de los que necesitaba para el quinto curso de bachillerato. Me pasaba las horas muertas en mi cuarto ojeándolos y leyendo aquí y allá lo que me interesaba, sobre todo en materia de historia. Cuando llevaba demasiado tiempo en mi cuarto, mi abuela subía y me decía, igual que la tía Ignacia: —Tú estás siempre trabajando con el cerebro, y eso no puede ser bueno para la salud.

Tenía yo ganas de que llegara la primavera y, con ella, las golondrinas. Había un desván, al lado de mi cuarto, con la ventana abierta, para que se ventilaran los racimos colgados en bastidores de caña dispuestos contra el techo, y los melones de invierno envueltos en sacos de paja y colgados también. Las golondrinas aprovechaban aquella ventana abierta para albergarse allí, y en el alto friso de madera salediza había más de cincuenta nidos de barro y de paja (el mismo sistema del adobe) por el momento deshabitados, pero que se ocuparían, según decía mi abuela, cuando llegara mayo.

En cuanto a los juegos de los chicos de la aldea, era la época del trompo y de otro juego cuyo nombre había debido llegar de fuera de España quién sabe cuándo y que, corrupto y todo, seguía

sonando extranjero: el «frendix». Un cuadrado en la tierra hecho con rayas en cuyo centro se ponían monedas o bien carpetas de naipes. Con unas chapitas de hierro pesadas y recortadas (en la carretería de Sixto se encargaban de hacérnoslas) los chicos jugaban a sacar del cuadro los codiciados objetos, según normas y regulaciones complicadas.

Naturalmente, yo estaba por encima de aquello, hacía tiempo. Yo era un chico grande.

En mi libro de historia, que de vez en cuando leía, encontraba palabras que se quedaban vivas y sonoras en mi recuerdo y a las que atribuía las vagas grandezas o miserias de mi fantasía.

Una de esas palabras era el nombre de un general de la antigüedad en el Asia Menor y en tiempos del Antiguo Testamento: Holofernes. No es que mi texto se ocupara de las tradiciones —tan remotas— del pueblo judío, pero había una fotografía de un cuadro romántico (tal vez de Delacroix) en la que aparecía Holofernes degollado por Judith, la mujer más hermosa de Bethulia.

Holofernes. Yo lo imaginaba siempre descabezado, pero no muerto, caminando con su cabeza barbuda debajo del brazo y diciendo cosas raras, con una voz grave y sonora.

Lo único que me gustaba realmente de todo aquello era el nombre: Holofernes, que me parecía bellísimo. Se lo puse a uno de los gatos, que parecía tener una cabeza postiza y separada del tronco por rizos a los dos lados de las anchas mandíbulas.

Desde el balcón de mi cuarto a veces veía mi pueblo natal y buscaba la casa de Valentina, pero por la tarde tenía el sol de frente y no se podía ver. Por la mañana solía haber una ligera neblina sobre el río, que cubría el paisaje por aquel lugar.

En casa de mi abuelo se hacía una comida importante (la del mediodía). Nos sentábamos los tres a la mesa y servía Agueda, la

mujer del viejo pastor retirado, que pasaba la mañana haciendo faenas en casa. Por la noche, la comida era ligera y la tomábamos en una de las mesitas plegables que había en el respaldo de las cadieras, sentados en pieles de cordero. Al amor del fuego se estaba bien, sobre todo cuando se oía el cierzo en la chimenea.

Durante el verano, solían mis abuelos cenar en el porche que comunicaba la cocina con las leñeras, al aire libre.

Águeda era vieja, pero no lo parecía. Tenía una especie de juventud perpetua que se observaba mejor en la lozanía de su nuca, con el cabello levantado hacia arriba y recogido en una toca. Águeda pensaba que yo era alguien importante en la ciudad. No se había dado cuenta de que aún no me afeitaba. A pesar de la apariencia tímida y casera de aquella dulce persona —casada en segundas nupcias con el pastor—, había corrido mundo. Había estado en el Brasil.

Veinte años atrás fue con su primer marido y con otros, contratados todos por una compañía que les pagaba el viaje «a descontar de su trabajo». Una vez allí, estuvieron algunos años en las condiciones más penosas que se pueden imaginar. Vivían en el interior de la selva y no tenían ni siquiera misa los domingos —decía ella—. Para salvar aquella inhumana omisión, le ponían a su marido una enagua y otras ropas parecidas a las del cura y, encima de unas cajas con velas encendidas y misal y vinajeras más o menos auténticas, el pobre hombre imitaba los movimientos y murmuraba latines parecidos a los de la misa.

Los otros escuchaban de rodillas.

Me contaba la mujer con todos los detalles cuál era la vida en aquellos lugares. Habían sido engañados por negociantes aventureros. Trabajaban de sol a sol sin poder salir nunca a flote, porque estaban «alcanzados» en la cantina y en el economato.

—¿Y qué le pasó a su marido? —le pregunté yo.

—Lo mató una culebra.

Lo dijo con una gran naturalidad y me impresioné terriblemente.

Sería grande la culebra.

—Como grande lo era, puede usted decirlo. Acudieron otros a la clamor, pero mi marido estaba ya tronzao y la mitad dentro de la culebra. Son unos culebrones como no se ven en tierra de cristianos. Aquel animal tenía más de dieciséis varas. A veces se tragan una vaca entera, pero antes hacen la rosca alrededor del cuerpo de la vaca y la aprietan, y cuando han roto todos los huesos, se la van tragando. Ponen mucho tiempo en eso. Días ponen en eso. Hay muchas tierras diferentes en este mundo, y todas son peores que el pueblo donde uno nació.

—¿Todas?

—Aquí, por lo menos, la gente tiene sentido y las culebras son pequeñas. Tan pequeñas, que se las lleva una cigüeña por los aires al nidal para dar de comer a sus hijos.

Estábamos de acuerdo. Ella y yo creíamos que las culebras deben ser pequeñas.

—Además, en el Brasil había unos calenturones y un solarazo que ni siquiera de noche se podía resollar. Es el país del fuego, y por eso se llama Brasil, como que todo es brasa. Tierra de mucha verdura, pero poca substancia, la verdad. Los venenos de Satanás están detrás de cada mata.

A veces, aquella mujer pensaba que la suerte de su marido se debió a un castigo de Dios, por haberse atrevido a vestirse de cura y a celebrar la misa sin tener letras y ni siquiera la coronilla rasurada. Yo reprimía la risa y trataba de disuadirla, pero a ella le gustaba que hubiera un motivo sobrenatural.

Aquella mujer se llamaba Abarca, de apellido. A mí me intrigaba. Yo le dije que a lo mejor venían, ella y su familia del lado

paterno, de un rey de Navarra que se llamaba Garcés Abarca. Ciertamente que, a pesar de su pobreza, aquella mujer tenía a veces silencios, miradas y gestos u omisiones que aludían a un señorío vicio y caduco. El pelo gris era como un halo. No me extrañaría que fuera descendiente de alguna clase de realeza medieval. Hay mucha gente humilde en España que viene de reyes y no lo saben. Y si lo saben, se encogen de hombros y dicen alguna broma. La mujer me dijo: —Si eso es verdad, no nos luce mucho el pelo por lo presente.

Incidentalmente, la mayor parte de la gente campesina era hermosa. Con excepción del Bronco, todos mis conocidos eran gente de buenas proporciones, agradables de ver. El Bronco, además, no era realmente campesino, sino oficial carretero en el taller de Sixto, un buen artesano que fabricaba los mejores arados de la comarca.

No halagaba mi abuelo a nadie, pero tampoco los maltrataba. Tenía para los demás ese respeto que se tienen entre sí, en el bosque, los animales de una misma especie. No tenía vida afectiva, y si la tenía, la disimulaba de tal forma que nadie esperaba de él una mirada tierna, y mucho menos una palabra dulce. Estaba satisfecho de sí, de su casa, de su familia, de su pasado, no esperaba nada de su futuro. Y exigía a los demás que estuvieran a un tiempo satisfechos y desesperanzados, también. «Ni miedo ni esperanza», como decía el clásico latino.

En la casa de mis abuelos había otras cosas que ver. Entre las aves del corral había un pato que había incubado Agueda, la mujer del pastor, llevando siempre el huevo en la mano cerrada (con el calor natural). En el momento en que el pato nació, tenía ella el huevo entre las manos. Lo primero que el animalito vio al nacer fue a aquella mujer, y sin duda creía que era su madre.

La seguía por todas partes y entraba en la cocina, a veces. La

mujer se quedaba mirando al pato y decía: —Mucho he visto en este mundo, pero todavía me faltaba verte a ti.

El pato movía el rabo y seguía detrás.

Otras veces he dicho que aunque aquel pueblo era vecino del mío, la divisoria del río parecía equivaler a, cientos de kilómetros de separación. En el pueblo de mi abuelo las costumbres eran de monte, es decir, de tierra alta.

Los santos que tenían importancia allí y a los que la gente rezaba, eran santos visigóticos o romanos. Por ejemplo, la fiesta de la Candelaria en mi pueblo no era nada y en el de mi abuelo mucho. Santa Petronila y santa Orosia, que en mi pueblo eran ignoradas, al pasar el río tomaban importancia. Lo mismo se podría decir de santa Nonila y santa Alodia.

En el lado izquierdo del río abundaban los castillos, y en el lado derecho no los había o eran más bien viejas almunias y casas de labor fortificadas.

En nuestro lado —es decir, el de mi abuelo— la arquitectura histórica era románica, con piedra de granito tallada tosca, pero inspiradamente. En el derecho, era más bien mudéjar, con mucho ladrillo rojizo que con el tiempo se había hecho gris, pero que con la lluvia tomaba matices rosáceos.

El carnaval tenía importancia en el pueblo de mi abuelo, y no tenía ninguna en el mío. También en el de mi abuelo se conservaban algunas costumbres antiguas, como las pirámides de hombres engalanados el día de la fiesta y los dances, con recitados en verso, mejor que en el mío. Mi pueblo era más rico y más civilizado, y el otro, más pintoresco.

Del pueblo de mi abuelo emigraba gente a América, pero no del mío. En el mío era una vergüenza tenerse que marchar a las Américas, y aunque el emigrado volviera con dinero, todo el mundo lo compadecía. Yo había estado antes en el pueblo de mi

abuelo, pero no pude darme cuenta de estas cosas hasta entonces, porque era demasiado pequeño y mi pueblo o el de al lado o el del moro Muza me habrían parecido iguales.

Escribí mi última carta a Esteban, el herniado amigo de Checa, a Zaragoza, pero la volví a leer y decidí romperla, porque sospechaba que en las estafetas de correos de aquellos pueblos abrían las cartas que les inspiraban curiosidad y las leían. Lo mismo hice con otras cartas que escribí a otras personas, incluso una al hermano lego del convento de Reus.

Las únicas que guardaba después de haberlas escrito y decidido no echarlas, eran las que iban dirigidas a Valentina. Para mí, en aquellos días el recuerdo de Valentina comenzaba a ser el de una criatura irreal en un mundo también irreal, donde todas las cosas habían sido mejores. Eran tan buenas, que tal vez yo no las merecía, y por eso las había perdido o estaba perdiéndolas. Pero otros días pensaba que las merecía y que un día volvería a encontrar a mi novia y a ser feliz a su lado.

Cuando pensaba en Valentina y en mi amor y relacionaba mis sentimientos con los de otras personas por sus esposas —por ejemplo, mi abuelo—, tenía la impresión de que todos se habían equivocado en la vida, y que sólo yo y Valentina teníamos razón. Todos habían hecho alguna gran tontería cuyas consecuencias estaban pagando, menos yo. Yo sería en el mundo el primero que acertaría con mi amor y mi matrimonio. Quién sabe. Tal vez, en el fondo, era verdad que mi amor y el de Valentina eran el amor ideal y más o menos utópico que la naturaleza reservaba para alguna clase de meritoria pareja excepcional. Nosotros éramos aquella pareja. Pensaba todo esto serena y tranquilamente, y lo creía de veras.

A pesar de la monotonía de la vida en la aldea (intolerable para cualquiera menos para los aldeanos), yo me encontraba a

gusto. Al lado de mi abuelo, la vida tenía sentido y dirección.

En un viejo desván donde había periódicos atrasados y cartas con matasellos de 1860, encontré un libro, una novela de Pérez Escrich, titulada Amparo. La leí en dos o tres sesiones. Me pareció bastante amena y, recordando que la mujer que tenía el estanco del pueblo me había pedido que le prestara libros, le llevé aquél. No sé qué le sucedía a aquella buena mujer, a quien se le había puesto cara de lagarto después de algunos años de viudedad, pero cuando me veía ponía los ojos en blanco y refiriéndose a la novela decía: —Todo es amor y todo es señorío.

Aunque a mí me habían divertido aquellas aventuras de un artista y un caballero noble, que coinciden en su amor por la misma mujer y que en lugar de matarse trataban de aceptar virtuosamente los hechos, hasta renunciar prácticamente a su amada el artista y morir víctima de su renuncia, mientras que el noble victorioso se dedica a difundir la obra del muerto y a enaltecer su memoria, yo comprendía que el libro valía poco o nada.

Aquella manera de entender el mundo era ridícula, y mi abuelo habría dicho que eran garambainas y ganas de malgastar el tiempo y el papel. No comprendía yo quién había llevado aquel libro a casa de mi abuelo. Tal vez mi abuela, en el fondo, era una romántica.

Después de leerlo, la estanquera aparecía detrás del mostrador con su gran cabellera suelta y un prendido de falsos diamantes en la oreja. Suspiraba y me decía frases delicadas como: —La manera de opinar del autor me hace pensar en un mundo lleno de doradas sugerencias.

Entretanto, a fuerza de ver al pobre Benito (el doble asesino) en la calle, acabé por acostumbrarme a él. Me llevó a su casa varias veces. Vivía con su prima Vicenta, yo creo que como marido

y mujer. El día que me contó sus miserables hazañas lo hizo sin recatarse de Vicenta, que entraba y salía. Cuando terminó, le pregunté: —¿No tienes miedo ahora?

—Sí que tengo miedo. Mi prima Vicenta dice que mi hermano Juan y el perro y las dos mujeres y mi madre, es decir, los cinco muertos, vienen a llorar a la puerta del corral. Algunas noches no duermo, sino que agarro una bota de vino, me voy al cementerio y me siento en la tumba de mi madre. Allí me la paso bebiendo hasta que amanece. La gente cree que estoy un poco tocado, pero me siento solo en el pueblo y busco el arrimo de mi madre. ¿Qué tiene de particular? Allí está mi madre, en el cementerio, y allí voy yo.

—Lo que hay en el cementerio ya no es sino un puñado de harapos y de huesos —le dije yo, cruelmente—. Eso es todo lo que queda de tu madre. Pero tal vez el cementerio es un lugar a propósito para ti. Contaste tus crímenes a tu madre, a Vicenta y a mi abuelo y a mí. ¿Por qué no se los cuentas también a la guardia civil? Eres un criminal, Benito. Peor. Un puerco. Eso eres: un cerdo.

Probablemente para amedrentarme, sacó una navaja y la abrió despacio: —Algunos me insultan, y hacen mal. Debían pensar que lo mismo pagaré por haber matado a dos que a tres.

Se puso a limpiarse las uñas. Yo pensaba: este tío es un peligro público, tal vez está loco. Se lo dije a mi abuelo y él negó: «No está loco, sino que lo aparenta por si acaso».

Pocos días después, encontré otra vez en la plaza a Benito, quien se me acercó y siguió hablando como si fuera la misma conversación del día anterior: —Los días de aire quieto y llovizna —dijo, con aire fatigado— se me pone el cuerpo mejor, y por la noche duermo. Pero hay días secos y con viento, y esos días todo cambia. El aire revoca el humo de la chimenea para adentro, y yo

te digo que el diablo me entra en el cuerpo. Me dan ganas de mugir como las vacas cuando llaman a sus terneros.

Iba a su casa, y aunque yo creía que se había despedido, volvía a salir con la almud en las manos: —Todo comenzó con esa almud —me decía.

Es verdad que siempre aparece en el centro de las tragedias un objeto grotesco, alrededor del cual se forma y agita el remolino de la sangre. Benito, bajando la voz, añadió: —Todos me pueden insultar. Sólo hay uno en el pueblo a quien yo le sacaría los hígados de buena gana. Yo, con la punta de la navaja.

—¿Quién es?

—El Bronco. A ése, más vale que no lo mientes, si hemos de ser amigos.

Cuando iba al cementerio y se sentaba en la sepultura de su madre, aparecía el Bronco, se apoyaba de bruces en el muro, que por aquel lugar era bastante bajo, y se estaba mirándolo horas y horas sin decir nada.

—Como un juez —decía Benito, fuera de sí—. ¿Cuándo se ha visto que un borde que no conoció a su padre se dé tantos aires?

Algunos días, la pareja de la guardia civil, con su comandante —cabo— iba y venía por las afueras para amedrentar a los cazadores y leñadores furtivos.

No tardé en encontrar al Bronco. Estaba aquel día en la plazuela y me miraba de un modo feroz y al mismo tiempo indeciso. Era un joven de unos veinte años. Por fin, le saludé con un gesto y él dijo, como el cuervo de la «Quinta Julieta»: —Hola.

Tenía algo de pajarraco funesto.

Se acercó y me mostró una cicatriz apartándose los pelos de la cabeza. Luego me mostró otra encima de la oreja: —¿Las has visto? —yo afirmé—. Pues me las hiciste tú. Dos peñazos con onda desde la otra orilla del río.

—Hombre, yo...

—Sí, tú, con un cantal de media libra.

Un momento sospeché que quería vengarse y reñir, pero fue todo lo contrario. Aquello era un antecedente ideal para la amistad, al parecer.

El Bronco era, como dije, oficial de la carretería de Sixto, que tenía el taller en la plaza y estaba siempre atareado construyendo o reparando arados, trillos, volquetes, carros. A veces yo pasaba por la plaza y veía al Bronco en el taller sosteniendo con largas tenazas un ato de hierro calentado al rojo —rusiente, decía él—, para sujetar el timón del arado nuevo.

Había en aquel taller también un chico de mi edad, que solía estar frotando con papel de lija los teleros alineados contra un muro. Teleros son los palos que sostienen a los lados del carro la lona que los cubre.

El trabajo en aquel taller tenía la misma gravedad ritual que solía tener, según dicen, entre los artesanos de la Edad Media.

Tendría el Bronco cinco o seis años más que yo, era oscuro de piel, como un mulato, tétrico y mohíno, con nariz de trompa, donde los sonidos tomaban una rara y profunda sonoridad. La mancha oscura de su cara (con dos cejas tremendas que se unían) se aclaraba un momento cuando alzaba los ojos para mirar a alguien, y entonces el claro azul de las córneas y el brillo de la retina negra eran como un relámpago.

La voz del Bronco sonaba demasiado sorda. Más tarde he visto la misma voz en algunos jorobados.

—A ése —decía refiriéndose a Benito— habrá que aplicarle la ley, pero por detrás del juzgado.

Al Bronco le interesaban otras cosas mucho más que Benito. Le interesaban las mujeres. A todas las consideraba enemigas suyas, pero sin dejar de odiarlas con el rencor más venenoso, un

día elegiría a alguna de ellas para casarse. De noche la tendría en la cama a su alcance. De día le daría de palos. Porque la mujer seguiría siendo su enemiga, al parecer, hasta la muerte. ¡Cosa más rara!

Yo no entendía aquello ni otras cosas que decía, pero las dos cicatrices de pedradas mías le daban derecho a ser amigo mío, y con frecuencia íbamos juntos. Además, mi abuelo no lo miraba mal al Bronco. Ni bien ni mal.

Cuando vi que el Bronco recelaba de mi abuelo y no se atrevía a entrar en mi casa, yo le dije: —Mi abuelo te tiene amistad, Bronco.

—Es que yo me hago valer con él. Todo consiste en eso.

No era tonto, pero su astucia era animal, como la de un raposo escarmentado. Más de una vez pude darme cuenta de que penetraba fácilmente en las intenciones de los demás. Como he dicho, el Bronco tenía miedo del «viejo Luna», a pesar de todo. Un día, estando yo con mi abuelo en la puerta de casa, vino el Bronco a decirme algo, pero se quedó a una prudente distancia. Así y todo, cuando mi abuelo se volvió a mirarle, el Bronco dio un salto atrás poniéndose a la defensiva.

—Bronco —dijo mi abuelo con acento tutelar—. Tú estás mal enseño conmigo. Yo te tengo ley —La ley de la verga del buey —dijo el Bronco apartándose más.

—Bien —dijo mi abuelo—. Peor para ti, escuerzo del demonio.

Entonces —cosa rara—, el Bronco se acercó a mi abuelo y le dijo sin recelo alguno: —¿Cuándo me prestará el trabuco?

Mi abuelo tenía un trabuco cargado con un par de kilos de cabezas de clavos, balas loberas y otras municiones a la cabecera de la cama. De vez en cuando lo daba a disparar a alguien, y por la molestia le pagaba dos o tres reales. Luego, lo cargaba otra vez y

lo dejaba en un rincón de su alcoba.

—Eres tú poco hombre para eso. De un culatazo te rompería el esternón.

Se alejaba el Bronco receloso, mascullando entre dientes una canción procaz. Todas sus canciones eran procaces y obscenas.

El Bronco, por el hecho de ser llamado así, trataba a veces de desmentir a la gente y mostrarse afable. Al menos conmigo no era nada bronco.

Se obstinaba en que las pedradas que lo hirieron en la cabeza durante las batallas en el río las había lanzado yo. Eso me parecía absurdo.

Cuando estábamos solos me hablaba de mujeres. Para mi amigo, la mujer era sencillamente un aborto del infierno. Y, sin embargo, no sólo era deseable, sino indispensable. No las miraba nunca de frente, sino de reojo, y cuando habían pasado se volvía a ver cómo balanceaban las falditas a un lado y otro —él decía cómo meneaban el solomillo— y decía entre dientes cosas raras con un miserable acento gutural. A veces solía cantar monótonamente — como un zumbido de moscardón— una canción descriptiva muy larga, donde hablaba de las aventuras de una hembra y un macho tan extraños como el mismo Bronco.

La verdad es que si uno pensaba en cómo se crió el Bronco (hambriento, medio abandonado, insultado, rencoroso y silvestre), resultaba meritorio que hubiera salido tan bien, es decir, tan relativamente civilizado. Pero la barbarie se traslucía en su deseo de sorprender y decir cosas inusuales, a veces en prosa y otras en verso y con música. Me refiero a su canción de siempre. En aquella canción descriptiva, la hembra tenía todas las iniciativas del pecado, como se puede suponer.

Cantaba el Bronco sin abrir los labios, que eran finos y movedizos —cosa rara— y que se plegaban a veces con una

insinuación de perfidia. La voz tomaba sonoridad en la trompa de las narices. En horriblos versos, decía que una señora le había invitado a subir a su casa y que subían, ella delante y él detrás, primero por los branquiles y después por la escalera. El Bronco era —cosa rara— inocente, según el estribillo, que se repetía con cierta frecuencia. Subían, pero ¿para qué?

*No sé para qué sí
ni para qué no,
ella bien lo sabía
pero yo, no.*

En la canción, la mujer lo hacía entrar en un cuarto y cerraba la puerta. Desde luego, en el cuarto había una cama y debajo de la cama estaba el fantasma de Ramonillo, el trabucaire, que fue amante de aquella hembra antes de que lo matara la guardia civil, y que entraba por la chimenea —según decía— los viernes.

El fantasma del trabucaire intervenía también, y al referirse a él, la canción cambiaba un poco de ritmo:

*Y el fantasma debajo de la cama le decía,
así le clamaba: torontaina,
sácame el caracol de la vaina.*

¿Qué caracol? ¿Qué vaina? Aquella irracionalidad me molestaba, y acababa por no prestar atención. Le daba un cigarrillo para que se callara, y se lo encendía. Era un curioso fumador. A la segunda bocanada le cambiaba el color de la piel, que se hacía un poco amarillento en la frente. Y me miraba como ebrio. Entonces decía: —Lo que necesitas tú es una buena moza rocera, de las que yo conozco.

A veces decía cosas tremendas sobre algunas mujeres de la

aldea. La romántica estanquera, por ejemplo, se dejaba las uñas largas y en punta como navajas, con una intención oculta. Siempre, en lo que hacían las mujeres, había una segunda intención peligrosa. En este caso se afilaba las uñas con una lima porque, cuando el hombre estaba en lo mejor, ella rompía delicadamente el conducto seminal y le hacía verter fuera. Así no quedaba embarazada.

—¡Son muy secretas y falsas las hembras!

Por eso él les miraba las manos antes de tomar una decisión.

Yo estaba seguro de que el Bronco no había tenido nunca una mujer en los brazos.

Un día pasó a nuestro lado una muchacha y le dijo algo, entre amistosa e irónica. El Bronco, con su voz más sorda, murmuró: — ¡Mira que si a mano viene, te echo un brinco sin gramar, cardelina!

Un brinco sin gramar (sin bramar, sin advertirla). Era una bestia apocalíptica el Bronco.

Hablaba con admiración de mi abuelo. Si mi abuelo lo insultaba, tomaba el insulto como un airón de gloria. Parece que mi abuelo le dijo un día: Cállate tú, Bronco, borde; hijo de un revolvino.

Aquello de revolvino (una de las ocurrencias raras de mi abuelo) le gustó al Bronco. Mi abuelo quería decir un remolino de polvo, de esos que se forman en días tormentosos.

Siendo chico solía decir el Bronco que su padre era un bucardo del monte. Había quien creía que el Bronco barruntaba las tormentas, y como no reía nunca, imitando sin duda la taciturnidad de mi abuelo, algunos le tenían miedo, realmente. Yo no, porque el Bronco me distinguía con su confianza y me había dicho un día: «Tengo un carácter atravesado y lo aparento peor todavía, porque el día que no me tenga miedo la gente, se reirá de

mí y me tratará como al palillo de la gaita, Si eso llega, ¿tú sabes qué sucederá? ¿No? Pues yo sí que lo sé, y más vale que no lo diga». Yo pensé que si se reían de él, tendría que matar a alguno para restablecer el crédito. El Bronco era así.

Los dos pueblos vecinos se odiaban. En cada lado del río inventaban cosas los unos contra los otros. Contaba el Bronco que en la cúpula de la iglesia de mi pueblo había crecido una mata de hierba. Y como cada día se hacía más grande y no sabían cómo remediarlo, se nos ocurrió construir un andamio y levantar con poleas y cinchas un burro hasta la cúpula, para que el animal se comiera la mata de hierba.

Y se la comió. Eso decían en el pueblo. El Bronco añadía, por si acaso: —No es que yo tenga tirria a los de tu pueblo, y menos a ti.

No quería comprometer una amistad que había comenzado tan bien, como la nuestra, es decir, con dos pedradas en la cabeza y derramamiento de sangre.

En mi pueblo, la última cosa que se decía contra los vecinos era un poco cruel y tenía relación con el triste caso del hijo mayor de la Barona. Juan se arrojó a un precipicio, adonde no podían bajar a auxiliarle y de donde no podía salir. Se mató al caer, pero contaban en mi pueblo que el pobre Juan quedó con vida dos o tres días y que, compadecidos, llevaron al cura para que lo confesara desde la orilla del precipicio a grandes voces.

Y una vez confesado, le preguntaron si se arrepentía, lo absolvieron, le pegaron un tiro por piedad, después se santiguaron y volvieron al pueblo.

Las soluciones de un lado y de otro no eran inteligentes, pero sí bastante originales. En la calumnia, nosotros éramos más sanguinarios, y ellos más humorísticos e inocentes.

Otras veces, sin embargo, era al revés.

A juzgar por lo que recitaba o cantaba el Bronco sobre las mujeres, el sexo debía ser una fatalidad horrenda, pero afortunadamente las mocicas que pasaban con el cántaro en la cabeza o en el anca, parecían más angelicales que otra cosa.

Algunos domingos, el Bronco se marchaba al campo con una espuerta, se metía en los brazales con el agua a las rodillas y se ponía a pescar ranas con las manos. Las mataba de un golpe contra el borde del cesto, y se veían luego las entrañas asomando por la boca abierta. Cuando había cazado cien, las llevaba a la taberna, y el Manco se las compraba para freír los muslos y servirlos como aperitivo. Luego, el Bronco mismo se las volvía a comprar fritas al tabernero y, comiendo y bebiendo, se emborrachaba.

Una vez borracho, volvía a las andadas, es decir, a la larga canción descriptiva donde el fantasma del trabucaire, Ramonillo, decía debajo de la cama:

*Torontaina,
sácame el caracol de la vaina.*

Me hice amigo del cura párroco del pueblo, que era un hombre de media edad, de aire sencillo. Cuando le hablé del caso de Benito, me dijo un poco impaciente: —Tu abuelo era alcalde cuando pasó la desgracia de la Paula y la Prisca. Pregúntale a él.

Parecía un hombre bondadoso el cura. Pero odiaba al coadjutor y éste le pagaba en la misma moneda. Jesús dijo: «Amad a vuestros enemigos». Pero no dijo: «Arriad a vuestros colegas de trabajo», ni «a vuestros amigos». En público, se trataban con una deferencia obsequiosa. Se veía que habían hecho propósito de enmienda cada día, al levantarse, pero su inquina era más fuerte que todas las reflexiones.

La verdad es que, con el tiempo, les unía la costumbre de su

odio, como a otros les une la amistad.

El cura y yo nos llevábamos bien porque había sido muy amigo de mosén Joaquín, cuya memoria veneraba. Hablábamos de él. Por este cura (que tenía el raro nombre de Espiridión) supe que mosén Joaquín había estado orgulloso de mí.

Dije a mosén Espiridión que el año último había seguido mis estudios trabajando al mismo tiempo como práctico de farmacia y que pensaba ir a Teruel, pero no sabía cómo. El cura recordó que en un pueblo de la provincia de Teruel había un colegio de escolapios, cuyo director era amigo suyo. Y había farmacias en el pueblo. A aquel colegio iban los profesores de Teruel a examinar a los estudiantes, y si yo quería, escribiría a su amigo y tal vez habría para mí un empleo en una farmacia. Yo no había hecho decisión alguna, pero dije que sí.

La idea de estudiar estaba entonces, sin embargo, lejos de mí. Si no había de casarme con Valentina, ¿qué sentido tenía estudiar o hacer nada práctico en la vida?

El Bronco no iba nunca a misa. Mosén Espiridión me dijo que era un pobre ser despreciable.

—¿Le parece a usted mejor Benito? —le pregunté inocentemente.

—Dios lo tenga de su mano a Benito. Se confesó, y de un modo u otro está purgando su crimen.

La gente miraba a Benito y unos decían que tenía cara de cerdo y otros de mochuelo albino. Yo creía que se parecía a la cara de la gaita cuando, para las fiestas, cubrían la zoqueta plana de madera con una caperuza de raso blanco.

Muchos creían que la cara de Benito había tomado el carauter —así decían algunos— de la máscara por intervención del diablo, y eso daba a los crímenes un aura sobrenatural. Algunas mujeres se santiguaban al verlo. Otras volvían sobre sus pasos en

la calle para no cruzarse con él.

Todos los años, para las fiestas, el cura hacía un sermón recordando el desafío del castillo del moro, que tan trágicas consecuencias tuvo, y de paso hablaba de los crímenes que muchos hombres llevan escondidos en la conciencia, por los cuales pagan de maneras indirectas que sólo Dios entiende.

La gente miraba a Benito, que seguía de pie con su cara inmóvil, inexpresiva y dos rosetas en las mejillas. El pelo comenzaba a blanquearle y recordaba el tufo de estopa que llevaba la máscara de carnaval. El coadjutor suspiraba y pensaba desde el presbiterio: milagro. Pero el párroco era partidario de la erisipela. Creía que Benito padecía esa enfermedad.

A veces estaba en la iglesia el cabo de la guardia civil, quien miraba también a Benito como los demás, pero sin comprender las alusiones. Era una de las tres personas del pueblo que no sabían lo que había hecho Benito. Él y los otros dos guardias. Benito los saludaba tristemente al pasar.

Benito solía ir a la taberna del Manco, bebía y hablaba recordando el tolondrón de los cencerros y la escoba y la bota llena de vino blanco (del color de la orina) que vertía en un vaso para darlo a beber. Y estando yo en la taberna del Manco, una tarde, Benito comenzó a recordar aquellos sórdidos hechos cuando llegó el Bronco.

—¿Qué hablas ahí, zopenco? —le dijo.

Se disculpó Benito diciendo que en todo caso la broma del vino blanco había sido una pasada de mala crianza. El Manco contaba las monedas de cobre y las dejaba caer al cajón por una rendija del mostrador, cuando nosotros tres salimos. Ya en la calle, el aire del atardecer estaba turbio de niebla. Benito quiso echarle el brazo por la espalda al Bronco, pero éste lo impidió con un movimiento.

—Poco a poco —dijo, amoscado—. Nosotros no hemos comido nunca en la misma mesa. Tú les debes la vida a todos en el pueblo, hasta al perro que ladra en la esquina. ¿Qué vale un hombre como tú, que no tiene el garguero en el cepo porque todos, hasta el más miserable, te tienen lástima y guardan el secreto? ¿Eh? ¡Hasta Martín el de las cabras! Hasta los hijos de puta del vecindario.

—Yo no he dicho que tú lo seas. Lo es el Salmuera.

—Bien, el hijo del Salmuera —añadió el Bronco, implacable— te dio un soplamocos. ¿Se lo has devuelto? Un hijo de la Barona que no devuelve los soplamocos, es qué está muerto. Los muertos se van solos a la fuesa.

Sin despedirse de Benito echó el Bronco a andar conmigo cantando por lo bajo el sonsonete del fantasma del trabucaire:

... Torontaina

sácale el caracol de la vaina

Quedó detrás Benito, hablando y manoteando en el vacío. Luego, lo oímos dirigirse a su casa. El Bronco me decía: —¿Tú ves cómo le he cantado las cuarenta? Pero no lo denunciemos porque los guardias son forasteros y hablan como en la ciudad y cobran del Gobierno y no tienen por qué saber lo que hacen los vecinos del pueblo. Hay otras razones menos aparentes. Por ejemplo, la de tu abuelo. Él tiene sus motivos. Ah, lo que es eso...Tu abuelo es muy secreto y no dice nada a nadie. Pero yo lo sé. Yo sé por qué no denuncia a Benito, pero no me preguntes, porque no te diré más. Si te lo dijera, pelearías conmigo, y eres el único amigo que tengo en el pueblo. Fíjate que no digo el mejor, sino el único. Y es lo que yo digo, no vamos a pelear por una pamplina. Es que tu abuelo tiene su interés. La gente dice: sería una vergüenza, pero tu abuelo se calla y piensa lo que piensa. Honrado es lo que

piensa, no te digo que no.

Le di otro cigarrillo y se lo encendí (él no tenía nunca tabaco ni cerillas). Comenzó a fumar y a ponerse amarillo.

Mientras hablábamos, pasó una aldeana ya madura que tenía fama de rica.

—¿Sabes cómo hizo el dinero? —dijo el Bronco—. En Barcelona en una casa de niñas.

Lo sabía todo, el Bronco, en la aldea. Sus ojos de mochuelo pardo —no albino— lo veían todo. Y callaba.

Pocos días después resultó que a Benito lo encontraron en el cementerio echando espuma por la boca y caído en tierra. Lo llevaron a su casa.

Cuando pudo hablar, contó que, estando sentado en la sepultura de su madre, oyó cantar a una lechuza y fue a marcharse, porque creía ver ojos de gatos o de fantasmas alrededor, y cuando se levantó, alguien le agarró de la chaqueta y lo retuvo, y entonces perdió el conocimiento. Allí lo encontraron.

Según Benito, era su madre que lo llamaba a la tumba. La verdad es que en la losa había dos candelabros de hierro forjado incrustados y atornillados. Y el forro de la chaqueta de Benito se enganchó en uno de ellos y, cuando fue a levantarse, tuvo la sensación de que lo agarraban. La chaqueta estaba rota, y él creía que la habían roto las uñas de su madre que lo llamaba desde la tierra.

No había quien lo sacara de eso.

El carácter de Benito cambió en aquellos días, y se hizo llorón y bondadoso. Ahora pienso que cuando iba a pasar la noche a la sepultura de su madre, lo que hacía era desvivirse en el real sentido de la palabra, y quería volver inconscientemente al útero de su madre y desaparecer «hacia atrás» en el tiempo, sabiendo que hacia adelante todo habría de serle funesto. Quería, en suma,

anular y borrar su propio nacimiento, si podía.

Yo fui a verlo un día a su casa y lo encontré a cuatro manos en el suelo, frente a un agujero del muro. Al verme se puso el dedo en los labios reclamando silencio, y luego me explicó que había una ratita preñada que estaba preparando el nido para dar a luz, y que le había robado un calcetín viejo. Se veía el calcetín metido a medias en el agujero.

—La ratita está preñada —repetía.

Llevó cerca del agujero algunos trozos de estopa y de borra, para ayudar al animal a formarse el nido.

Aquello sonaba a manía y a locura.

Por entonces comenzó un período de sequía que alarmaba a los labradores, precisamente cerca de la primavera y cuando los sembrados necesitaban más el agua. Se hablaba de hacer rogativas públicas, que consistían en una novena en la iglesia y después una procesión sacando el Cristo. El cura párroco no era partidario de molestar al Cristo pidiéndole milagros con demasiada frecuencia, pero el coadjutor insistía en eso. La discusión se alargaba y pasaban las semanas sin llegar a un acuerdo.

Un día, iba yo con el Bronco cuando pasó a nuestro lado un joven acompañando a una labradora hermosa. Yo creía conocerlos de vista. El Bronco saludó con un gesto y dijo: —Vaya bueno, Martín y la compañía.

Era Martín el donato, el de las bromas de las fiestas. El Bronco bajó la voz para hacerme una confidencia: —Va a casarse, pero su madrastra fue a avisar a la novia.

—¿A avisarla de qué?

—De que no puede casarse Martín —respondió el Bronco hurgándose el oído con el dedo meñique—. No tiene cosa, hombre. De veras que no tiene. Cuando era pequeño se l'en comió el tocino, la cosa.

Aquella expresión del Bronco («se l'en comió el tocino») con toda su barbarie natural, era para mí un reflejo bastante directo y franco (y cruel) de lo que, en el fondo de aquellas aldeas de apariencia tan idílica, se escondía a veces. Lo cierto es que Martín se casó más tarde y tuvo hijos.

Pasaban los días y el cura y el coadjutor no se ponían de acuerdo sobre las rogativas. La sequía aumentaba, entretanto. Mi abuelo salía a la calle y venteaba el aire como un animal antiguo.

Yo iba haciéndome el confidente de mi abuelo, quien me mostraba poco a poco el mundo de sus afectos. Quería bastante a mi madre, no tanto al hijo casado, que estaba en la tierra baja con

los ganados, y nada o casi nada a mosén Orencio. Para él, la vida era un juego de necesidades.

O el hombre vence a las necesidades, o las necesidades lo vencen a él. Todo lo demás era broma y ganas de hablar.

Mi abuelo había vencido a las necesidades hacía tiempo.

La boda de su hija —mi madre— con mi padre no le produjo entusiasmo, pero la familia de los Lunas era montañesa y la de los Garcés era ribereña. Y un refrán altoaragonés dice:

Muller d'arriba con home d'abaixo casa arriba.

Me hacía preguntas sobre mi familia y, como se puede suponer, yo no hablaba mal de mi padre, porque aquello le habría parecido irreverente a mi abuelo. Él podía hablar como quisiera de su yerno y delante de mí se contenía, sin embargo, y sólo censuraba aquellas formas de conducta de mi padre que eran comunes a otras gentes.

Ni él ni yo decíamos nada que pudiera rebajar o envilecer a mi padre.

Al ver que yo me lamentaba de la vida en la farmacia, mi abuelo alzaba las cejas: —Al parecer ya no estás allí. ¿Dónde estás ahora? ¿No estás a gusto? ¿Sí? Pues ya lo sabes. Aquí tendrás siempre cama, vestido, un plato a la mesa tres veces al día y un puesto al lado del fuego en invierno. Dinero, no. Eso te lo tienes que ganar tú, dentro de mi casa igual que fuera. La vida es la vida, y eso de pescar truchas a calzón seco no es razonable.

En mi casa de la aldea próxima había dejado ropa interior y algunos libros, que la tía Ignacia me envió con un propio. Cuando vio los libros, mi abuelo me miró de reojo, con sorna. Creía que tenían que ver con mi trabajo en la farmacia, y que ésa —la farmacia— era mi cartera. Cuando me veía protestar contra la farmacia y sin embargo estudiar en alguno de mis textos del

bachillerato, le parecía mi conducta contradictoria. Yo no trataba de explicarle su error. Al principio había pensado hacer la vida del campo, salir a caballo, ir a las cabañas del valle a ver a mi tío. Pero sentía pereza.

No era muy religioso mi abuelo, y se burlaba un poco de las rogativas de los curas para pedir la lluvia. Sin embargo, cuando era alcalde puso una multa a un vecino ateo que, al pasar la procesión con el Cristo, abrió un paraguas aunque el ciclo estaba raso. Aquello era una burla y una provocación contra la fe de los otros. Mi abuelo respetaba y hacía respetar la fe.

—Ante todo —solía decir— hay que procurar que las cosas marchen como es debido.

En aquellos días escribí más cartas a Valentina, que tampoco echaba al correo. (No tenía la dirección de mi novia.) No pongo aquí ninguna de aquellas cartas porque no las recuerdo bien y, además, eran demasiado tristes.

Me di cuenta de un hecho curioso. A medida que avanzaba la primavera, las impresiones terribles de mi vida en Zaragoza (el Checa, sus amigos muertos) se iban haciendo más ligeras. Era como si la vida me dijera: ya pasó todo, olvídalo y alégrate ahora que los árboles se cubren de hojas y los pájaros cantan.

Había una gran chopera verde entre el pueblo y el río, que al atardecer se poblaba de pájaros. Algunas tardes fui allí, y con el puñalito de gavilanes de plata grabé las iniciales de Valentina en un tronco. Luego miraba el puñal y me burlaba de mí mismo y de mi romanticismo, pensando en el sólido buen sentido de mi abuelo.

También me pareció que mis preocupaciones en relación con Valentina y su familia eran exageradas. Un día decidí ir a ver a doña Julia y averiguar por ella la dirección de mi novia, la fecha en que saldría del colegio y otros datos que podrían interesarme.

Sabía que doña Julia me recibiría con gusto. Como cualquier madre, ella quería a los que querían a su niña.

Pero estaba por medio don Arturo, el notario. Era como un dragón con el vientre hinchado y lleno de leyes.

Decidí pedir prestada la escopeta a mi abuelo, montar a caballo y dirigirme cazando hacia la casa de Valentina. Si cazaba algo que valiera la pena, se lo regalaría a don Arturo. Si no cazaba nada, volvería a casa de mi abuelo sin haber visto a la familia de Valentina.

Yo debía salir de casa al punto del día, es decir, a las cinco y media. Mi abuelo sacó una licencia de caza para mí pidiéndola al secretario del Ayuntamiento, que me la envió con su hijo el horrible violinista.

A todo esto, en la aldea no se decidían aún a hacer las rogativas, y el párroco y el coadjutor discutían durante el paseo diario por el soto de Abenoza. Paseaban de dos a cuatro durante el invierno. El lugar donde pasean los curas suele ser el mejor de la aldea. En invierno, un arrabal orientado al mediodía, bien soleado, con el camino de los cierzos del norte interceptado por altas tapias o por densas arboledas. En verano, paseaban de seis a ocho por la parte que llamaban el trinquete, donde había un frontón para jugar a la pelota. Era un lugar donde no daba el sol, abierto a un paisaje montañoso y nórdico. Desde allí se veía muy bien el «salto de Roldán».

Con los curas solían pasear el boticario y el secretario del Ayuntamiento. También iba el maestro, que representaba en la aldea las luces liberales, pero no siempre. El maestro no era hombre polémico ni provocador en sus opiniones, pero todos sabían que recibía El Liberal de Madrid. El cura párroco lo trataba con respeto, admirándose a sí mismo por su tolerancia.

El coadjutor, en cambio, no lo saludaba. Creía que no había

que contemporizar con el liberalismo corruptor.

El grupo de paseadores del verano era un poco menos intransigente, porque en los meses del calor solía haber algún veraneante de Barcelona, generalmente amigo o pariente de los administradores del duque. Y eran, sin excepción, gente de ideas progresivas. Los curas se las toleraban porque eran personas con medios económicos y respetuosas con la iglesia. El liberalismo de invierno, encarnado por el maestro y por algún amigo suyo, les parecía intolerable.

Yo fui una tarde a pasear por el soto de Abenozza, con la tertulia de invierno. Por entonces no había entrado todavía en relación con el liberal y corruptor maestro, y ese hecho me hacía simpático ante los curas y el boticario. En cuanto al médico era, según decían, peor que el maestro. «Es tan materialista —solía repetir el coadjutor sin darse cuenta de su contradicción—, que en su casa invoca a los espíritus con un velador.»

El médico era amigo de mi abuelo. También lo era del administrador del duque. Gran cazador, tenía perros muy buenos. Era viudo y había cortejado a la hija del administrador, bonita y presumida, pero veinticinco años de diferencia eran muchos y aunque nadie sabía exactamente lo que pasó, las relaciones se rompieron sin dejar de seguir siendo el médico amigo de la familia de la chica.

Ese médico era hombre de decisiones súbitas. A veces estaba con un grupo en la plaza y sin más, decía: «Bueno, me voy» y se iba dejando a su interlocutor con la palabra en la boca. Rápido, vivaz, inesperado, parecía moverse por secretas corrientes eléctricas. Por si eso no bastaba, se llamaba Indalecio y los campesinos lo llamaban Andalocio (extraña palabra que era el nombre que la gente inculta daba al relámpago), Andalocio. Y como los campesinos lo hacían inocentemente, el médico no se

enfadaba.

La hija del administrador del duque era hermosa, en un estilo delicado. Tenía una doncella con un nombre raro, que al Bronco le parecía excitante: Cristeta. Las dos últimas sílabas le parecían sugestivas a él, probablemente, como a mí. Yo creo que el Bronco estaba un poco enamorado de ella. Se notaba en el mal humor con que respondía a sus saludos en la calle, porque ella no pasaba nunca a su lado sin decirle algo. Eran hermanos de leche, es decir, que la madre del Bronco había sido nodriza de ella.

Cuando Cristeta pasaba cerca de nosotros y le decía algo, el Bronco respondía con un gruñido. Un día Cristeta, irguiendo el busto le gritó, sin detenerse: —Cuando más te enfadas me gustas más, Bronco.

Y mi amigo respondió, de un modo montaraz y torpe: —¡Mal se te cueza la cena!

En fin, yo acudí al paseo de los curas. Estaban con ellos el secretario y el veterinario. Quería averiguar yo cuál era la opinión de aquellos cuatro hombres sobre Benito y, especialmente, sobre aquella manera que tenía el pueblo de encubrir sus crímenes. Pero parecía difícil plantear ningún tema el primer día, porque estarían los cuatro alerta y recelosos conmigo. Iba yo a decirle a mosén Espiridión que habían llegado a casa dos docenas de plantones de almendros-desmayos, para el huerto de su abadía. Los había encargado mosén Espiridión al cura de Alquézar, que había inventado aquel injerto para proteger las flores tempranas del almendro, tan sensitivas al viento y al frío. A mi abuelo le había traído los plantones el recadero de los ganados de la tierra baja.

Mosén Espiridión me preguntó:

—¿No conoce usted a estos amigos?

Era de mal gusto responder, cuando le hacían a uno esa pregunta, con el no seco con que respondemos hoy. En fin, yo dije,

como solía decir mi abuelo: —No los conozco sino para servirlos.

Íbamos en una ancha fila, yo en un extremo al lado del coadjutor. Luego el secretario del Ayuntamiento, después el párroco y al otro extremo el veterinario.

—¿Quién trajo los plantones? ¿Baltasar?

Yo no sabía quién era Baltasar y, según lo que dijo el cura, resultó que era mi amigo el soldado de caballería que conocí en Zaragoza.

Con cierta alegría les dije que en la capital íbamos Baltasar y yo juntos muchas veces, y al oírme hablar de las añoranzas de aquel soldado y de las ganas que tenía de «sentir cantar los pajaricos en la ribera», el veterinario sonrió. Dijo que conocía a la familia y que eran gentes de buen pasar.

Siempre que se habla de alguien entre los campesinos de cualquier parte, sobre todo en Aragón, se suele decir antes que ninguna otra circunstancia su nivel económico: gente de buen pasar. O gente rica. O bien que aparenta y no tiene. O que no se dejaría ahorcar por veinte mil duros. O que vive al día, o que tiene el riñón cubierto. Las fórmulas son infinitas.

Yo iba a dirigir la conversación hacia Benito y sus crímenes cuando el secretario, que parecía astuto y ladino, me preguntó: —¿No estudias para farmacéutico? Al menos, trabajabas en una farmacia.

Sin esperar la respuesta, se puso a decir que en un plantío del administrador del duque se había producido cornezuelo de centeno. He aquí por dónde aquella enfermedad del centeno que arruinaba la cosecha, iba a valerle a su dueño buen dinerito, porque la onza de cornezuelo se pagaba a tres pesetas y se empleaba para ayudar a parir a las mujeres, porque producía contracciones espasmódicas en la matriz. El veterinario dijo que también se usaba con los animales, especialmente las vacas.

—Los campesinos —decía el veterinario— pagan medicinas caras para sus animales, más a gusto y mejor que para las personas.

Yo pensaba: una vaca vale dinero, pero una hija, por ejemplo, no. Y ellos son pobres y es natural. Saqué a colación el tema de Benito, pero el secretario se puso a hablar de cosas políticas. Era el único en el grupo que recibía periódicos de la corte, entre ellos La Gaceta de Madrid, con los decretos y las reales órdenes de cada día. Se interesaba en la marcha del mundo. Por cierto que se puso a contar que un niño suyo de cinco años que comenzaba a deletrear, lo hacía con los errores naturales, y el título del diario oficial lo pronunciaba así: «La caqueta de Madrid». El secretario, que en otras cosas era retorcido y agudo, no podía comprender que las gracias de su bebé no les interesaran a sus amigos. Preguntó luego si sacarían el Cristo en la procesión y si pondrían alfombras en los lugares donde la imagen iba a pasar. Eran simples sábanas, una detrás de otra, cubriendo el pavimento. Sobre aquellas sábanas echaban hojas de laurel y mirto.

En aquel momento el coadjutor sacaba la «suegra» —así llamaban los curas al breviario de lectura diaria obligatoria— y se apartaba un poco, musitando sus rezos en voz baja. El secretario del ayuntamiento y yo nos separamos también del grupo, acortando el paso para quedarnos detrás. El secretario sorbió aire por la nariz dos veces ruidosamente, y bajó la voz: tengo algo que decirte. Ha llegado al municipio una comunicación de Zaragoza en relación contigo. ¿Qué has hecho en Zaragoza?

—Nada —respondí.

Luego comprendí que era la respuesta de los niños culpables. El secretario no me creía. Me preguntó la edad y, al saber que acababa de cumplir los quince, torció el gesto y dijo: —Vaya. El hecho es que la policía se interesa por ti.

—Más valdrá que guarde el secreto, porque mi abuelo no comprendería esas cosas —dije, tratando de disculparme—. Es decir, las entendería mal.

Reía el secretario con un gesto torcido de hemipléjico: —Yo, en tu caso no me preocuparía por tu abuelo. Estoy seguro de que el viejo se sentiría orgulloso si supiera que la policía te tiene entre cejas. Yo lo conozco, a tu abuelo.

—Así y todo. La policía suele perseguir a los criminales —dije naturalmente preocupado.

Aproveché aquella ocasión para hablarle de los crímenes de Benito.

—¿Qué crímenes? —preguntó él extrañado—. Es verdad que Benito se acusa a sí mismo, pero no sería el primer caso de un hombre que se acusa de crímenes que no ha cometido. Hacen falta testigos, pruebas, evidencias.

Se puso a hablar de mi abuelo. El secretario había ejercido su empleo siendo mi abuelo alcalde. Y no hubo entonces un solo campesino castigado —ni siquiera multado— durante su alcaldía. La guardia civil le llevaba denuncias escritas por hacer leña ilegalmente, por cazar con trampa, por riñas, por violaciones, y mi abuelo rompía el papel en las narices de la guardia civil sin leerlo y luego decía: —Ahora fuera de aquí.

El secretario parecía no querer hablar de los crímenes de Benito delante de mí. Y seguía contando cosas de cuando mi abuelo era alcalde: —Después de echar a los guardias a la calle llamaba a los interesados y les calentaba las orejas diciéndoles las verdades más crudas. Al que había violado una chica lo hacía casarse con ella y a los que cometían pequeños hurtos por ser pobres, les decía: «Que no vuelva a suceder esto de que te descubren los guardias. Hay que hacer esas cosas por la noche y cuando no hay luna». Luego les daba un duro y los echaba a la

calle.

Seguíamos paseando. El secretario y yo íbamos los últimos. Delante iban el párroco y el boticario. Se veía que el cura era comodón y voluptuoso, con sus zapatos anchos que echaba un poco hacia afuera. El boticario era un poco encorvado, alto de hombros, la mirada baja y anchos brazos gesticulantes de maníaco.

A un lado, concentrado a medias en la lectura, el coadjutor con su «suegra». Era hombre seco y pegado a sus cánones y a sus sacramentos. Y detrás iba el veterinario con el párroco, soplando en la pipa vacía.

Aquellos hombres eran algo así como los purgadores universales. El veterinario daba purgas a los caballos y a las vacas, el boticario a las personas. El cura purgaba las almas, amenazando con el infierno, que era su fuerte en los sermones, y el coadjutor prometiendo el cielo a través del purgatorio (es decir, una purga post mortem) y evitando el uso de la amenaza del infierno, en el que no creía, tal vez por llevarle la contraria a su jefe. Todavía estaba el secretario, que parecía el más civilizado de los cinco, con sus secretos y su risa un poco hemipléjica que inspiraba un vago respeto.

También purgaba a la gente, con multas y tributos...

Le pregunté por Jaime, el niño que había pasado años antes alguna temporada en el pueblo.

—Creo —dijo, vacilante— que ha ingresado en la escuela de huérfanos de la Armada o algo así. Una escuela de nobles.

Yo creía que aquel hombre sería capaz de guardar mi secreto digo: el de la policía de Zaragoza. Eso me tranquilizaba.

Volví a casa. Cuando pasaba por el patio frente al salón recordé a mi abuelo bailando el bolero para mí, y pensaba: ahora no lo haría porque soy demasiado grande para presenciar una

cosa así, y tal vez él demasiado viejo para bailar.

Aunque esto último lo dudo.

En todo caso, yo no le pedí nunca que bailara. A veces iba al salón y me acercaba a la caja de música e incluso le daba dos o tres vueltas a la manivela. El bolero era lo único que sonaba con afinación.

Las rogativas se organizaron. El párroco accedió por fin, pero había pequeños problemas de detalle. Durante la procesión tenía que andar de espaldas incesando al Cristo. Como la alfombra que cubría el trayecto tenía arrugas y desniveles en los lugares donde una sábana se juntaba con otra, era fácil tropezar. Se unía a la fatiga de caminar de espaldas el riesgo de caer (no sería la primera vez), y era una perspectiva que no le hacía feliz. Había otra costumbre cuando sacaban el Cristo. Un campesino, que hacía de Longinos en la procesión del Jueves Santo, iba montado en una yegua blanca y vestido de centurión romano. La yegua caminaba de espaldas, de modo que Longinos fuera dando frente al Cristo crucificado. El mérito estaba en que aquel campesino llevaba una lanza en la mano con la que apuntaba al costado de Jesús, y la punta debía estar todo el tiempo a algunos centímetros de la imagen. Pero, naturalmente, sin tocarla.

Tenía el campesino el brazo derecho muy fuerte, y aguantaba toda la procesión en aquella actitud, con la pesada lanza en el aire. El caballo estaba, por su parte, bien adiestrado y caminaba hacia atrás.

El cura párroco dudaba entre ir con el incienso o llamar a Longinos. Si acudía Longinos, el cura llevaría la custodia, es decir, que no tendría que incensar ni caminar de espaldas. La custodia pesaba bastante, pero le ayudaba a sostenerla un cordón que le colgaba del cuello.

En fin, optaron por Longinos.

El día de la procesión, los niños de las escuelas fueron en dos filas con cirios encendidos. De vez en cuando gritaban a coro dos o tres veces seguidas mirando al cielo: «¡Agua!». Luego cantaban. Al oírles repetir «¡agua!» yo pensaba: quizá Dios la concederá para que lo dejen en paz, es decir, para que los niños no le molesten más. Porque era como cuando piden algo en casa a la madre.

Desde que comenzó a salir la procesión, el cielo pareció encapotarse por oriente, y poco después se alzó una ligera brisa y las esperanzas del cura párroco crecieron. Por fin, el coadjutor vio en las botas amarillas del farmacéutico una manera de pisar (con la punta hacia adentro) que era toda una revelación.

Detrás de las mujeres penitentes venía otra imagen en su peana: la Virgen de Sancho Garcés Abarca, es decir, no la legítima sitio una copia.

Yo tenía alguna esperanza puesta en ella. Aunque me parecía irracional obtener la lluvia por aquellos medios, mi alma ha estado siempre abierta al milagro y en el fondo de todo aquel soberbio espectáculo con Longinos y su caballo andando hacia atrás, la lanza alzada contra el costado herido de Jesús, esperaba que podría suceder algo. Sin dejar de considerar a la gente supersticiosa, deseaba el milagro.

Lo que sucedió rebasó todas las previsiones y fue de veras lamentable. La tormenta estalló cuando la procesión regresaba a la iglesia. Pero en lugar de agua cayó granizo. Había en la plaza charcos de granizo blanquísimos.

Las rogativas dieron resultado, pero no de acuerdo con las circunstancias. Algunos decían que aquello había sucedido porque Longinos tocó con la punta de la lanza el costado de la imagen y ésta se enfadó, pero Longinos juró que no había tocado el cuerpo de Jesús y muchos vecinos testificaron en su favor.

En fin, la procesión ni fue un fracaso ni tampoco exactamente

lo que se dice un éxito.

Benito se había presentado como miembro de la cofradía para llevar la peana según costumbre, pero le dijeron que no era preciso porque estaban apalabrados ya los cuatro. Benito comprendió que no lo querían ni como cargador de la peana y ni siquiera como uno de los fieles que iban en fila con el cirio en la mano. Sospechaban que su presencia sería contraproducente. Se quedó vestido de fiesta con el chaleco rameado en el atrio de la iglesia. «Más valdría —se decía, amargo— que yo hubiera sido cuando nació un lobo peludo y que mi hermano me hubiera pegado un tiro, como quería.»

Estaba yo intrigado pensando si los que fueron a la procesión creían de veras en lo que estaban haciendo.

Me encontré al Bronco y a Benito en la plaza cuando todo había terminado. El Bronco miraba en su mano algunos granizos, y decía que cada uno tenía dentro un pelo, y que cuando era chico le dijeron que era un pelo del diablo.

El domingo siguiente fue dulce y soleado. Uno de aquellos domingos en que los hombres se vestían de nuevo, se rasuraban y luego no sabían qué hacer. Se presentía el verano en todas las cosas, pero no era el verano aún.

Encima de la plaza, el azul del cielo era como el de los adas de la escuela. A veces sobre aquel fondo azul pasaba un ave toda bañada en sol tardío.

Las partidas de birlas eran a media tarde. Perico, el de la plaza, ganaba aquel día y los otros le decían: «¿Qué, Pedro, salió furo el toro?». Era una broma antigua. Pedro fue un año a las fiestas de Huesos a comprar un toro para la vacada de su padre, quien le dio ciento quince duros. Los mismos que Pedro se jugó y perdió.

Volvió a casa sin toro y, a las preguntas de su padre,

respondía, alzándose de hombros: —Salió furo y se escapó.

El padre le dio una paliza con las riendas del caballo que lo dejó medio muerto.

El Bronco quería pasear y salimos hacia las afueras. Encontramos a Benito y el Bronco lo invitó a acompañarnos. Era raro aquello, porque el Bronco no quería a Benito. Salimos los tres a las afueras por el callejón del Horno.

Aparecieron tres mocitas vivaces y una le sonrió al Bronco. La otra no quiso mirar. Las dejamos adelantarse y, viéndolas de espaldas, el Bronco comentó: —Saben muy bien mover el traste las perdiganicas. Y es que las madres les enseñan.

Como las mozas llevaban varias faldas superpuestas había el riesgo de que quedaran colgadas desairadamente, como en una percha. Y desde niñas las madres les enseñaban a caminar de modo que las faldas fueran a un ladito y luego al otro, graciosamente. Y mantenían el ritmo. Un ritmo decente y sugestivo. El Bronco decía: —Los enseñan para engacharnos y echarnos el yugo al cuello.

Cuando yo comparaba el estilo que tenía el Bronco de desear a las mujeres y el que tenía yo de querer a Valentina, me quedaba confuso, sin saber a qué atribuir una diferencia tan monstruosa.

Aquella tarde me aburría y me volví a casa, dejando solos al Bronco y a Benito.

Parece que el Bronco estuvo ofreciéndole a Benito una cuerda encerada que tenía y diciéndole: «No es que yo quiera que te ahorques, pero por un si acaso».

Al día siguiente el Bronco le envió la cuerda a Benito a su casa. Contándomelo se reía de un modo siniestro y decía: «Ya sabe por qué se la envió». Repetí una vez más que había que denunciarlo a la guardia civil, y el Bronco me dijo que en aquel caso la justicia se incautaría de la mayor parte de los bienes del

reo, y eso tendría que perjudicarle a alguien.

Más tarde repetí esas palabras en mi casa y pregunté a mi abuelo a quién perjudicaría, pero mi abuelo cambió de tema.

Por entonces, Benito volvió a su antigua costumbre de ir con una bota de vino a sentarse en la tumba de su madre. Parece que el Bronco iba también y se estaba acodado en la tapia horas y horas sin decir nada. Benito, enervado y fuera de sí, le preguntaba: —¿Qué pasa? ¿Qué haces ahí?

—Te miro a ti, hijo de la Barona.

—De la señora Barona —corrigió Benito.

—De la excelentísima señora Barona —repitió en broma el Bronco—. ¿Te parece bien?

—¿Y qué sacas con mirar?

—Como sacar no saco nada.

—¿No has visto nunca un hombre?

—Como tú, no.

—¿Qué me pasa a mí?

—Eso digo yo. ¿Qué te pasa a ti, Benito? Ni la horca te quiere.

El de la cara inflamada no decía nada, y el Bronco pensaba en la cuerda y se ponía a gruñir por lo bajo. Luego cruzaba los brazos, se apoyaba en la tapia que por aquel lugar estaba muy baja y seguía mirando. Lo que le interesaba al Bronco era ver cómo un hombre de buena familia y con su hacienda saneada, como Benito, iba entonteciendo y degenerando.

Planeaba yo mi excursión al pueblo natal para ver a la tía Ignacia y a otros viejos amigos, pero sobre todo para ir a casa de Valentina. Iba dejándolo siempre de un día para otro, pensando que cuanto más tardara más se acercaría el tiempo de las vacaciones de mi novia, pero supe algo que me hizo anticipar los planes. Me dijo el secretario que don Arturo había sido ascendido en su cartera, después de unas oposiciones que hizo en Madrid

cuando llevó a Valentina al colegio, y que a consecuencia de aquello se iría pronto con su familia a Bilbao. El secretario, rendido de admiración, añadía: —Un notario en Bilbao gana sus dos o tres millones al año. Digo y me quedo corto.

La situación se complicaba. Al día siguiente ensillé el caballo de mi abuelo e iba a salir cuando llegó una mula montañesa en la que cabalgaba nada menos que Baltasar, el soldado de Zaragoza. Traía varios paquetes y recados para mi abuelo, y al saber que yo iba al pueblo, dijo: —Espérame y nos iremos juntos.

En cuanto salimos comenzó a hablarme de sus amigos y conocidos de Zaragoza. Primero me dijo que la cocinera que salió embarazada de mi casa había ido a Barcelona, lo que no quería decir que prosperara, porque ir a una ciudad mayor no representaba necesariamente una mejora. Pero podía ser que la muchacha, a pesar de todo, hiciera dinero porque no era tonta. Yo comprendí que entre los campesinos cualquier manera de hacer fortuna tenía prestigio y merecía respeto. Incluso para Baltasar, que parecía tan honrado y discreto. Yo quería salir de dudas: —¿Quién dirías tú que es el padre del hijo que tuvo nuestra cocinera? Yo creo que es mi padre —dije bajando la voz.

Salíamos del pueblo, yo en mi caballo y él en su mula.

—Podría ser. Es lo que yo digo: el señor y el criado, ante la mujer son lo mismo. Ante la hembra y ante la muerte, no hay categorías. Además, el tenerla en casa a la mujer es un aliciente que no es para despreciar. Pero como te digo, podría ser y podría no ser. Además, casos he visto de un hombre honrado que de pronto ha quedado entrampillado por una buena lagarta. Y ya digo que yo no soy de éstos, porque sé resistir.

—¿Tienes novia?

—De esas cosas más vale no hablar. El querer es como el agua en una cesta, y la boda entre la casa y la iglesia se deshace, y

yo conozco de pasada un pariente tuyo que en el mismo altar dijo que no. Tú dirás: ¿por qué llevó la novia hasta el altar si iba a decir que no? Pues a la novia se le enganchó un encaje del vestido en un banco de la iglesia y se desgarró un poco. Ella hizo un gesto que fue como si sacara a relucir su carácter verdadero, digo el que tenía escondido. Y es lo que pensó tu pariente: si el día de la boda, por una tontería como ésa mi novia tiene ese gesto, ¿qué pasará en la vida ordinaria? Y dijo que no, y allí mismo se deshizo la boda. Un hermano de la novia anduvo algún tiempo diciendo que iba a matar a tu pariente.

Yo lo sabía. Era un tío mío por el lado paterno, que vivía en Barcelona, soltero. Baltasar insistía: Más te valdrá callar y respetar a tu padre. Peores casos son los de los recién nacidos que no van al hospicio, digo, como el Bronco y el Salmuera. Siquiera en mi pueblo no hay bordes.

Llegamos a la orilla del río y seguimos hacia abajo, buscando un vado, Baltasar decía: —Tampoco hay crímenes. En nuestro pueblo hace años que no se ha cometido un crimen.

—Es verdad.

—Eso va a rachas. Además, en nuestro pueblo hay más tierra de regadío y todos tienen su pasar. Cuando el hombre come y bebe y calza cuero, no tiene ganas de matar a nadie. Benito no ha pagado sus crímenes y tu abuelo es el que tiene interés en que no pague, según he oído decir. Es posible que unos piensen blanco y otros negro, porque así es la gente, pero lo que yo digo es que aunque tu abuelo no diga nada, cada uno en el pueblo conoce su interés.

Seguíamos nuestro camino paralelo al río. Mi caballo tenía el humor andarín y obligaba a la mula a avivar el paso. A mí me gustaba oír la voz honrada de Baltasar: —¿Cuándo se ha visto —decía— que un hijo tenga razón contra su padre? Yo en tu caso no

diría nada, porque lo de tu padre pudo ser y pudo no ser. Y tu padre es tu padre y tu abuelo es tu abuelo. Y tampoco quiero hablarte a ti de manera que tú puedas levantar fantasías en tu magín. Eso no. Ni contra el uno ni contra el otro.

Llegamos a un lugar con badinas y juncos donde a veces, según Baltasar, saltaban patos y becadas pescadoras. Preparé la escopeta, pero Baltasar seguía hablando: —En el pueblo de tu abuelo la guardia civil no saca nada en limpio cuando hay una muerte. La gente que declara dice siempre lo mismo: el que lo mató fue un forastero que se fue por el camino de Francia. Entretanto, Benito va y viene con la cabeza como una devanadera y por la noche los pies se le van solos al camposanto. Pero hasta los muertos se sobresaltan, digo yo. Además, su hermanico Miguel se quiere casar, según he oído. Con el sueldo de sargento no hay para mantener familia, ¿verdad? Algo tiene que pasar en el pueblo para arreglar ese asunto, y eso lo saben hasta las ratas.

—¿Tú lo conoces, a Miguel?

—Carne y uña, somos. En la ciudad él era sargento y yo soldado, Miguel es templao y ligero de genio y no le gusta la milicia ni tampoco la ciudad, pero es lo que él dice: ¿qué va a hacer en el pueblo el hijo tercero de una familia mediana de labranza, sino ir a trabajar al jornal? Y él no es persona para vivir de jornalero, eso no.

Desde mi caballo yo veía mi pueblo al otro lado del río. Se veía la torre y entre las casas aparecían tufos de árboles con el verde jugoso de la primavera. Había llovido desde el día de las rogativas un par de veces y todo estaba fragante.

Cuando nos acercábamos al vado para cruzar el río saltó una becada y yo apronté la escopeta y disparé. Pero mi caballo no estaba acostumbrado y se encabritó. Caí en la glera, y el animal saltó como un bucardo y escapó hacia el pueblo. Baltasar me

miraba desde su mula, y yo, sentado en el suelo, miraba la becada que huía ilesa por el aire con su vuelo blando de ave pescadora.

—¿Te has hecho mal? —preguntó Baltasar—. Por el caballo no te apures, que conoce muy bien el camino del establo. Anda, sube y vamos a volver.

Me parecía desairado regresar a casa desmontado, pero Baltasar insistía porque al ver llegar el caballo sin jinete mi abuelo pensaría que me había pasado algo y movilizaría a la gente para venir en mi busca. Tomamos la dirección del pueblo. Iba yo explicando que la escopeta tenía los gatillos muy sensitivos y que no hice más que tocarlos y salió el tiro.

—Los tiros —corrigió Baltasar—. Porque salieron los dos.

Abrí la escopeta y vi que tenía razón. Los dos cartuchos quemados.

—Ahora comprendo el tremendo culatazo que me dio.

Con eso quería justificar que la becada se escapara ilesa. Baltasar, por otra parte, me ayudaba diciendo que el caballo es un animal sensitivo. El disparo desde la silla se transmite a los oídos del animal por el aire, pero también por el cuerpo, es decir, a través del cuerpo del jinete y del suyo. Así es que el caballo oye el estampido dos veces. Esto lo había aprendido Baltasar en el cuartel. Y un caballo que no está entrenado y acostumbrado a los tiros, es peligroso. A los caballos del regimiento los acostumbraban a oír disparos de rifle y de cañón y las explosiones de granadas, para que se les quitara el resabio.

—Además —concluyó —ese animal está muy consentido. Y es güito.

Güito es igual que furo. Aunque la distancia entre mi pueblo y el de mi abuelo no era grande, había alguna diferencia en la manera de hablar. El pueblo de mi abuelo tenía cierta tendencia a las formas montañesas. Así en mi pueblo un caballo salvaje era

güito, y en el de al lado era furo. Es decir, rebelde.

Regresamos al pueblo con el aire mustio de la decepción.

Mi abuela salió, extrañada. El caballo no había vuelto aún. Por la manera de explicarse Baltasar, comprendí que me llevaba a casa, más por mostrarse oficioso y hacer méritos con mis abuelos que por acompañarme a mí.

En aquel momento vi llegar a dos campesinos trayendo de las riendas al caballo piafante. Venían alarmados y cuando mi abuelo les dijo que el jinete era yo, los campesinos que se habían acostumbrado a la idea de que hubiera un accidente, parecieron un poco decepcionados. También se mostraban oficiosos por mi abuelo más que por mí. Me miraron un momento con cierta sorna.

Mi abuelo me advirtió que debía haber llevado la yegua negra, que era mejor para la caza. «Ella misma —añadió— corre detrás de las liebres como un galgo.» Luego entró en la casa conmigo y me llevó a un cuarto donde solía hacer las cuentas y pagar a los peones. Entornó la puerta, se sentó y me invitó a sentarme a mí. Luego me dijo: —¿Qué clase de amistad tienes tú con el Bronco? Quiero decir, si le das confianzas.

—Él se las toma, a veces.

—Ya veo. No serán muchas, porque él tiene miedo a la sombra de esta casa. ¿Tú sabes que Benito ha ido a entregarse a la guardia civil? Ahora vas a ir tú a casa de Benito y le preguntarás lo que pasó en el cuartelillo, y vendrás a decírmelo punto por punto. Como Benito se lo contará también al Bronco, irás más tarde a ver si hay diferencia entre lo que te ha dicho a ti y a él, ¿oyes?

Me levanté y fui saliendo. Encontré a Benito en el umbral de su casa y en cuanto me vio comenzó a hablarme, excitado, y me invitó a entrar. Sobre la mesa de la cocina estaba la almud. En un rincón vi a Vicenta, llorosa.

—¿Qué le pasa? —dije.

Ella miró a Benito:

—Nada. Es que mi primo ha ido a entregarse.

—¿A entregarse adonde? —pregunté haciéndome el tonto.

Lo que había sucedido, según me contaron los dos quitándose a veces la palabra de la boca el uno al otro, fue lo siguiente: Benito salió de casa con la almud y Vicenta le dijo que no le convenía salir aquel día, porque tenía cara de pazguato o de memo. Vicenta solía decir cosas como aquéllas. No tenía respeto por su primo. Oyendo aquellas cosas, yo reía.

Salió Benito con la almud pendiente de la mano. Se presentó en el cuartelillo y preguntó por el cabo, a quien le dijo: —Soy Benito García Barón, y vengo a entregarme.

El cabo lo miró extrañado y miró también la almud. Benito dijo: —Esta almud tuvo la culpa de todo.

Entonces contó lo sucedido con todas las circunstancias y el cabo miró la almud y metió dentro la mano, como si buscara algo.

—La miel se secó con los años —dijo Benito— y las onzas las gasté. Las seis onzas. Porque eran seis.

El cabo le devolvió la almud y le dijo:

—Si quiere que yo tome en cuenta esa confesión, tiene que traer a dos testigos que firmen para llevar la denuncia al juzgado.

—Los asesinatos no se hacen con testigos, cabo.

—No, pero tiene que traer a dos vecinos del pueblo que respondan por usted.

Benito se marchó, desconcertado. Tres minutos después sabía eso el alcalde, pero el cabo de la guardia civil sospechaba que Benito estaba loco. Sabía que por la noche se oían en su casa gritos, voces de Vicenta y ruidos de muebles arrastrados. Eso, las noches que Benito se quedaba en casa, es decir, que no iba al cementerio. Eso del cementerio también parecía locura.

Algunos decían que Benito había querido matar a su prima.

La guardia civil preguntó al médico, y éste fue a ver a Benito y habló con Vicenta, quien se negó a decir lo que sucedía en las noches cuando se oían ruidos. El médico fue después a ver a mi abuelo y le dije que sólo podía asegurar que Benito se conducía como un loco, pero no sabía si lo era o no.

—¿En qué se conoce que un loco lo está? —preguntó mi abuelo.

—Pues en lo que hace, pero hay personas cuerdas que hacen locuras también.

La cosa quedó en el aire, y Benito no hallaba testigos que quisieran firmar diciendo que estaba cuerdo ni tampoco que estaba loco. Benito fue al Bronco a pedirle que firmara, y él dijo que como no tenía todavía diecinueve años, su firma no valía para cosas de justicia. Luego el Bronco me dijo a mí una vez más: —Nadie firmará por Benito, porque es el interés de tu abuelo.

Es decir, no decía el interés, sino la interés.

Al Bronco le había dicho Benito que en el cuartel confesó sus crímenes y que el cabo escribió en un papel todo lo que Benito dijo y luego le pidió que firmara. Entonces Benito se arrepintió y negó, y ahora el cabo andaba buscando dos firmas de vecinos para que la denuncia tuviera valor. Nadie quería firmar.

Cuando yo conté a mi abuelo las dos versiones (tan diferentes) mi abuelo se levantó, cogió el bastón y el sombrero y me pidió que lo acompañara. Por la calle iba hablando solo. Fuimos al cuartelillo y preguntó al cabo si había recibido la confesión de Benito.

—Sí, señor, ¿viene usted a firmar por él?

—Según. Veamos ese escrito.

El cabo lo tomó de la mesa y se lo ofreció. Mi abuelo, según su costumbre con los papeles de justicia, lo rompió sin querer

darse cuenta del gesto de protesta del cabo. Luego dijo: «Benito está loco, es un peligro para el vecindario y habrá que enviarlo al manicomio de Lérída».

Dijo estas palabras tres veces. Una en el cuartelillo y dos en la calle a los que le preguntaron. El mismo día repetía aquello el pueblo entero. Cuando salió del cuartelillo, mi abuelo y yo nos cruzarnos con Cristeta. Yo me volví a mirarla, sonriente, y mi abuelo se dio cuenta y dijo: —¡Buena moza! ¡Ah, si yo tuviera veinte años menos!

Calculé que con veinte años menos mi abuelo tendría setenta y dos.

Entretanto, Benito iba y venía pidiendo a las gentes que firmaran denunciando sus crímenes a la guardia civil.

Nadie le hacía caso.

Había ido varias veces al cuartelillo y, la última vez, el cabo lo echó de mala manera.

El criminal fue al cura y éste le dijo que habiendo recibido en confesión la noticia de los crímenes, no podía ir a denunciarlos a la guardia civil, porque sería tanto como violar el secreto, que era sagrado.

El Bronco me decía que Benito se había arrodillado el día anterior en medio de la plaza y gritando: «Yo las maté y le prendí fuego a la casa. Yo». Viéndolo con aquel aire alucinado, no sólo no le hacían caso, sino que algunos se reían en sus narices. Otros lo miraban con una perplejidad temerosa.

Luego el Bronco añadió:

—Anoche quiso estrangular a la Vicenta.

—¿Te lo ha dicho ella?

—En el manicomio de Lérída —seguía sin contestarme— los locos están en jaulas como los monos, uno en cada jaula, y así hasta trescientos. Cuando gritan todos juntos es como en las

grandes tronadas de agosto, y entonces el capellán, que está loco también, se desnuda y va en cueros por delante de las jaulas rezando el trisagio.

El trisagio lo rezaban en la aldea cuando había tormenta.

El Bronco, al hablar de la locura de Benito, era feliz porque creía que aquello convenía a mi abuelo. Benito venía a vernos y decía: «no estoy loco, lo que pasa es que el Bronco quiere que me ahorque».

Aquellos días veía entrar al médico en mi casa y a mi abuelo encerrarse con él. Luego salían los dos hablando muy animados, y el médico, con un cigarro habano encendido y oliendo a coñac. A todo esto, ni el médico firmaba nada, ni Benito encontraba testigos, ni lo arrestaba la guardia civil, ni lo llevaba nadie al manicomio de Huesca ni al de Lérida.

Y, por la noche, Benito se iba todavía al cementerio. Las noches frías llevaba una manta.

Según la Vicenta, llevaba también un revólver, por si alguien quería asomarse al fosar a molestarle. Eso decía, pero el revólver iba sin cargar, porque Benito no tenía balas. Por la mañana temprano, Benito volvía a su casa, friolento, con la manta sobre la cabeza como una pobre mujer. Destemplado por el relente se detenía en la taberna del Manco y bebía tres o cuatro copas de aguardiente para entrar en calor. Entonces se quitaba la manta y comenzaba a hablar mal de todo el pueblo, que no quería poner su firma al pie de la denuncia.

El campo estaba en plena y temprana floración y yo supe de pronto la gran noticia: Valentina había vuelto a su casa, aunque no había llegado aún la época de las vacaciones. Ensillé la yegua negra y me fui corriendo a mi pueblo. Pasé el puente al galope y me dirigí a mi antigua casa. La tía Ignacia y su marido me vieron llegar con alegría. Viendo la yegua sudorosa, el marido de la tía

Ignacia exclamó, tomando las riendas: —¡Dios me valga! ¿A quién ha encorrido usted por esos montes?

En mi pueblo decían «encorrer» por perseguir. La tía Ignacia le respondió por mí: —Al mismo diablo, ha encorrido. Y lo ha enganchado por el rabo. Y no será la primera vez.

Hablaba ella feliz, mirándome de arriba a abajo: —Yo no te pregunto a qué vienes, porque eso lo están pregonando las calandrias de poste en poste del telégrafo.

La miraba escrutador y ella se daba cuenta y añadía, bajando la voz: —Anda, ladrón de caminos reales, que el gordo de las polainas no está.

—¿Cómo? —dije yo, iluminado.

—Se ha ido a Bilbao porque va a poner allí su oficina, según dicen. Anda, que allí está Valentina, toda para ti.

Salí sacando chispas de las pedreñas del suelo (así decía la tía Ignacia, después). Llegué en un instante a casa de Valentina, y ella salió a abrirme porque me vio desde el balcón. Valentina había crecido, parecía otra, pero en seguida comprendí que era la misma, que había pensado en mí y que me esperaba.

—¿Por qué no me escribiste? —le pregunté, después de besarla en la mejilla.

—Te escribí y me devolvieron las cartas.

Viendo que no estaba don Arturo, yo no acababa de creer en mi suerte. (Hay un Dios para los enamorados, pensaba.) En un pasillo había varios cajones clavados y cerrados para enviar por ferrocarril, y uno abierto y mediado de libros: colecciones legislativas, enciclopedias, la Alcubilla; en fin, lo más indispensable de la biblioteca de don Arturo.

Doña Julia tardaba discretamente en aparecer, quizá para dar tiempo a nuestras efusiones, y abracé a Valentina y la besé en los labios suave y dulcemente. Dos veces sentí su respiración tibia

contra el labio superior, porque el beso duró el tiempo de dos inhalaciones.

Al oír los pasos de doña Julia me separé, muy pálido. Valentina estaba, en cambio, roja como una manzanita.

Doña Julia, a pesar de su ánimo cordial y tutelar, no pudo evitar sin embargo una sombra de inquietud. Pero viendo a Valentina ir hacia ella, sonrió con una larga sonrisa que era para los dos: para Valentina y para mí.

Parecía pensar: «ya sé que peleas con tu padre con motivo o sin él, y que es posible que un día no seas el marido ideal para mi hija. Pero recuerdo que en la fiesta del bautizo de Valentina tu beso fue el primero y el único que recibió mi niña de una persona extraña. Aquel beso te da derechos, creo yo. Y esos derechos, Dios los bendiga. Hay cosas hermosas en la vida, pero no para todos. Sólo son para los que las merecen, de modo que mucho cuidado».

Todo eso creía ver en los ojos de doña Julia.

La dicha no podía ser completa y apareció Pilar. «Hola», me dijo, como si nos hubiéramos visto poco antes. Por decir algo yo le pregunté: —¿Qué te parece eso de irte a Bilbao? Yo siento que vayáis a vivir allí. Cae lejos, Bilbao. ¿Cómo veré yo a Valentina?

—Vendremos los veranos, ¿verdad, mamá? —preguntó mi novia.

La madre no contestó y su silencio me dio mala espina. Pilar fingía buscar algo, lo encontró (un cestito de labor), protestó porque la casa andaba revuelta y ninguna cosa estaba en su sitio, y salió del cuarto. Yo estaba contento. El optimismo me rebosaba y todo el mundo me parecía digno de amor, hasta la misma Pilar. Le habría dado un beso en cada mejilla a Pilar y otro a la cocinera.

Como esperaba, doña Julia me invitó a comer.

Y nos dejó otra vez solos. Tenía que hacer y no quiso que la ayudáramos. Ella, Pilar y un empleado de la notaría iban apilando

libros y poniéndolos en cajas.

Yo era otro. Veía de nuevo mi vida diáfana y clara. Todo era fácil. Aunque los chicos no solían acabar el bachillerato hasta los diecisiete años y yo sólo tenía quince y además me faltaban unas diez asignaturas que aprobar (todas las de los cursos quinto y sexto), dije a Valentina: —Para septiembre habré aprobado el último año.

Estaba radiante, Valentina, y fue a decirlo a su madre. Oí a doña Julia que preguntaba: —¿Pero no lo suspendieron en Zaragoza?

Y Valentina respondía muy segura:

—Eso decía Maruja en su carta, pero ¿sabes lo que te digo? ¡Que no creas una sola palabra de lo que dice Maruja! Tiene el pelo rojo. Y hay un refrán que dice: «Ni perro ni gato de aquel color».

Yo, al oírlo, recordé que Pilar era pelirroja y pensé que, seguramente había oído las palabras de Valentina. Esperé con el aliento contenido y sólo pude oír el ruido de un martillo contra un cajón de madera. Valentina iba a buscar sus cartas y volvía con ellas. Estaban atadas con una cinta y olían muy bien: «¿Sabes? Están perfumadas porque las guardo en una caja que ha tenido pastillas de jabón».

Yo, viéndola tan alta, pensaba: «ahora ya no iríamos al carrusel aunque estuviéramos en Zaragoza, ni ella descubriría su muslo ni yo lo rozaría con mi mejilla». Cada año las cosas cambiaban.

Me consideraba insolidario de los demás miembros de su familia. Al fin —pensaba— gente digestiva. El más digestivo era sin duda don Arturo. Después seguía Pilar y luego, en una manera más atenuada pero no menos real y verdadera, doña Julia. Ella una digestiva bienoliente. El notario y Pilar, no.

La desgracia de Valentina por haber nacido en el seno de aquella familia de gente digestiva, tenía que compensarla yo a fuerza de amor.

En aquellos días, si pensaba en los hechos sangrientos de Zaragoza, comenzaba a juzgar las cosas de otro modo. Checa era un iluminado objeccionable, pero merecía respeto porque pagó con su propia vida. Y me avergonzaba yo (novio de Valentina) de haber sido su amigo, sin dejar de admirarlo. De pronto y sin transición, recordaba las cosas que Checa me había dicho de los burgueses en general, y no podía menos de sentirme agradecido y feliz. Entonces me ponía a pensar que si Valentina se hiciera anarquista como Luisa Michel, mis problemas quedarían resueltos. Me tomaría de la mano y saldríamos de su casa cualquier día juntos para siempre. Valentina dormiría a mi lado, yo sentiría su aliento en mi piel desnuda. No querría ni podría dormir de pura felicidad, para no perder un minuto de la inmensa gloria de ver y sentir a Valentina en mis brazos. Cuando mis ideaciones llegaban a este punto, cerraba los ojos y trataba de distraerme, porque me mareaba.

Así, pues, mi recuerdo de Checa por un lado era amargo y casi vergonzoso, y por otro, eficaz y casi glorioso.

Me prometí a mí mismo acabar el bachillerato en septiembre. Como fuera y donde fuera. Tal vez tendría que pactar con mi padre (que me odiaba sin duda o que yo creía que me odiaba). O quizá volver a casa de mi abuelo. En todo caso, yo debía demostrar a los demás y probarme a mí mismo que si me ponía a hacer las cosas en serio, podría hacerlas mejor que los otros y con menos esfuerzo. No estaba seguro de mi superioridad sobre mi padre, pero sí sobre el notario. En cuanto a mi abuelo, él pertenecía a otro mundo. No nos podíamos comparar. Él era como un viejo dios que en secreto bailaba el bolero para mí.

Valentina y yo íbamos y veníamos, y la cocinera nos miraba con una luz de ironía en sus ojos. Adivinaba yo que estaba pensando en la ermita de San Cosme, donde sólo se casaban las campesinas que estaban embarazadas. La mirada de la cocinera envilecía un poco mi amor, como lo habría envilecido la presencia del Bronco. O el nombre sólo del Bronco. Más valía no pensar en él.

Sin embargo, mirando a Valentina me decía: «No debo verla como un ángel, sino como un ser humano. Ni pensar que estamos en el cielo, sino en la tierra con todas sus impurezas». Y en aquellos momentos me sentía orgulloso de mi relación con Checa y con el Bronco, y de los secretos que conocía de la vida de Benito. Pensaba que podría hablar de aquello a todo el mundo, porque aquello era la vida. A todo el mundo, incluso a mi novia. Y también podría hablarles de mis discrepancias con mi padre (cuya frivolidad y cuyos errores en materia política y económica me parecían de pronto casi respetables).

A todo esto teniendo a Valentina a mi lado no se me ocurría preguntarle por su vida en Madrid. Cuando por fin le pregunté, ella me dijo: —Todos creen que estuve en Madrid, pero estuve nada más en Chamartín de la Rosa, con mi tía la madre Rosaura.

No sabía Valentina que Chamartín de la Rosa es un barrio de Madrid, un barrio exterior.

Como las dos mujeres necesitaban ayuda, me quité la chaqueta y me puse a ayudarlas. Valentina, también. Yo acarreaba libros, me sentaba encima de las cajas para ayudar a clavarlas, preguntaba a mi suegra dónde debía poner tal o cual carpeta de papeles. Y todos trabajábamos.

Pilar era la única que parecía incómoda con nuestra presencia, pero no tanto como otras veces. Iba con un martillo y, como le gustaba clavetear y hacer ruido, ponía algunos clavos

extras en las cajas que habían sido ya cerradas por el empleado de la notaría, un hombre de media edad que se había quitado la chaqueta, pero no el chaleco, y que llevaba gemelos con piedras relucientes.

Pilar se dio un golpe en un dedo, tiró la herramienta y se llevó el dedo a la boca. Yo dije, queriendo hacerme el gracioso: —¡No sabes tú lo que molesta eso, Pilar!

Ella me miró de un modo inolvidable. Con un rencor antiguo y fermentado: —Eres malo, tú —dijo muy convencida.

Me gustó la manera infantil de decirlo. Como una niña pequeña, lo dijo. Yo comprendí que mis palabras habían sido crueles. Pero me sentía feliz, y la gente feliz es o puede ser cruel.

Cuando recibía un paquete de libros de doña Julia, a veces le cogía las manos. Cuando me encontraba con Valentina a solas en la biblioteca, la besaba a hurtadillas y ella reía como un pajarito, y los dos teníamos la impresión de hacer algo prohibido y gustoso. Valentina aprendió a buscar pretextos para que nuestro encuentro se repitiera con frecuencia. Y me decía, muy extraña, abriendo grandes ojos: —¿Sabes que me gusta que me beses, Pepe? ¡Quién iba a pensarlo!

Oh, la vida era gustosa y fácil. Y mía. Volvía a ser mía, la vida.

Algunos libros los tiraban a un rincón y mi suegra me dijo que se los daban al empleado de la notaría, a quien llamaban don Néstor. Uno de los libros era un compendio de derecho foral aragonés y otro un manual jurídico moderno, y como yo tenía en el sexto año de bachillerato un curso de derecho, dije a Valentina que me convenía leerlos. Valentina, sin más, los cogió y fue a ponerlos en la bolsa forrajera que mi caballo tenía al lado de la silla.

Luego vino a mi lado y nos reímos muy a gusto, porque todo lo que fuera tener ella y yo secretos nos parecía como en los

tiempos de nuestra lejana infancia.

Los tomos del Alcubilla los ponía todos juntos y por eso había que advertir al dárselos a mi novia: —Alcubilla.

Y Valentina los daba a su madre repitiendo la palabra deliberadamente mal. En lugar de Alcubilla—nombre del autor—decía «alcobilla» o «alcobita» y se reía ella sola, con eso. Su madre se reía también, contagiada.

Seguía Pilar con el dedo en la boca, y yo le dije desde mi escalera que si lo ponía en vinagre se le reduciría la inflamación. Me extrañó ver que me hacía caso y que se iba a la cocina.

Detrás de una fila de libros apareció una ratonera, una jaulita de alambres. Dentro había un ratoncito vivo y escuálido. El pobre debería llevar allí algún tiempo. Di a Valentina la ratonera, con un gesto de secreta inteligencia, y ella se la dio a su madre, diciendo: —Alcubilla.

La madre se llevó un gran susto. Yo dije que el animalito debía tener hambre y sed, y la madre me miró como si estuviera loco. Nadie quería tocar la ratonera y yo la llevé al jardín. Allí abrí la trampilla y el ratoncito salió alegremente y se escapó. Valentina, al oír hablar de la sed del ratón se acordó de mi caballo y fue a buscar el cubo. Nos entretuvimos en aquella tarea. Cuando oímos a la madre gritar nuestros nombres, fuimos corriendo. Valentina se disculpaba: —Es que estábamos dándole agua.

—¿Al ratón?

—No, al caballo.

—¡Mira tú que darle agua a un ratón! —decía Pilar, acabando de vendarse el dedo—. ¡Y con un cubo!

—No es verdad —dijo Valentina.

—¡Yo lo he visto!

—Era al caballo —protestaba Valentina.

Estuvimos trabajando toda la mañana. A la hora de comer,

don Néstor se lavó las manos, se puso la chaqueta, dijo que volvería después de la siesta y se marchó haciendo una inclinación grave para doña Julia.

Poco después fuimos a comer.

Había que lavarse las manos, y en el baño estuvimos Valentina y yo juntándolas en el agua y jugando con una pastilla de jabón que se nos escapaba entre los dedos. En aquellos contactos resbaladizos había cierta voluptuosidad.

Seguía riendo Valentina con el menor pretexto, cosa rara porque solía ser reflexiva y silenciosa. Yo veía que su madre se alegraba también con aquellas risas sin motivo de su niña. Es decir ¿sin motivo? El motivo era yo.

Por mi parte me sentía tan dueño de mí y tan liberado que durante la comida decidí ser del todo franco y contarles a aquellas mujeres mi vida en Zaragoza, ocultando sólo mis relaciones con Checa y sus amigos. Declaré paladinamente que era práctico de farmacia (la expresión mancebo de botica, aunque estuve a punto de decirla varias veces, no fui bastante valiente para dejarla salir de mi pecho) y que podía vivir sin ayuda de mi padre. Confesé que mi familia había bajado de nivel a causa de los malos negocios de mi padre (a quien me permití proteger diciendo que era demasiado generoso y que le faltaba —ésta era una frase de Felipe Biescas— duplicidad y astucia) .Yo haría mi carrera solo y sin ayuda de nadie. Cuando más enfática era mi voz, se oyó la de Pilar: —De esas cosas, la verdad, no se habla en la mesa. ¿Verdad, mamá?

—¿De qué cosas? —decía doña Julia, extrañada.

Yo entonces seguí hablando de las aventuras en el instituto de Zaragoza, de las huelgas que no había organizado, pero me hicieron pagar a mí y, en definitiva, de lo poco que me importaban las medidas disciplinarias, porque (repetía una vez más) terminaría

el bachillerato cuando quisiera. Pilar no me creía, su madre quería creerme y Valentina me miraba con sus grandes ojos, orgullosa de mí y esperando que dijera más cosas, fueran o no verosímiles, para darle ocasiones de estar de acuerdo conmigo.

Dije entonces que había estado enfermo en Zaragoza y que preferí ir a reponerme en casa de mi abuelo, me puse a hablar del pueblo vecino como si fuera un lugar remoto de la India o del Turquestán. La verdad es que se trataba, como he dicho, de un pueblo muy diferente del nuestro.

Conté que mi abuelo tenía noventa y tantos años y todavía hacía la vida ordinaria y habitual. Estuve pensando si contar o no que había bailado el bolero para mí cuando yo era un niño, pero decidí callarme.

Hablé largamente de otras cosas, incluso del boticario con sus botas amarillas, que crujían de un modo u otro para anunciar la lluvia. Me escuchaban todos, hasta Pilar. La doncella, a veces, en lugar de irse a la cocina con los platos, se quedaba en la puerta para oír el final de una frase mía.

Pregunté a mi suegra si mi abuelo era cliente de don Arturo, y ella me dijo que todo el mundo en la comarca lo era, porque no podía haber más que un notario y a él tenían que acudir todos. Mi abuelo había ido dos o tres veces a hacer escrituras de compra de tierras para pastos. Siempre a comprar y nunca a vender.

Valentina decía cosas que no eran ya infantiles. Por ejemplo, yo había hablado de la máscara de Benito, es decir, de la mascareta de carnaval, y Valentina decía que si era milagro no veía cuál era la utilidad (es decir, el carácter y significado del castigo). La cara del criminal se convertía en la máscara misma del carnaval, pero ¿para qué? El hecho de cambiársele a él la forma de la cara no era una denuncia. Así, pues, ¿por qué aquella transformación?

Doña Julia me quitó la palabra de la boca, diciéndole: —Es un castigo para que se acuerde y sufra y se arrepienta.

Yo decía que si mosén Joaquín viviera, nos explicaría el caso mejor, y miraba a mi novia, que no podía comprender que el arrepentimiento pudiera ser una expiación, porque tampoco podía entender el crimen. Ningún crimen. Yo dije que todo aquello había sucedido antes de nacer Valentina, y por eso no podía comprenderlo. Después de estar ella en el mundo, las cosas eran diferentes y no podían suceder monstruosidades como aquéllas. Su madre me miró conmovida. El tema, en todo caso, resultaba incómodo. Por eso tal vez doña Julia cambió de conversación y dijo que en el colegio de Chamartín de la Rosa había tenido Valentina calificaciones muy buenas.

—Eso es verdad —saltó Pilar— pero a su edad no tiene importancia, porque no estudian todavía en serio.

Decía Valentina que Bilbao era una ciudad grande con tranvías y barcos y submarinos que andaban por las calles. Doña Julia intervino: —Vamos, Valentina.

—Confundes —dijo Pilar— Bilbao con Venecia. Y has tenido buenas notas en Geografía. Así va el mundo.

Aquella expresión de Pilar —«así va el mundo»— me pareció graciosa.

—Yo he visto fotos de Bilbao —dije, y era mentira— con mástiles de barcos entre las casas. Porque allí está la ría que entra en la ciudad y da la vuelta entre los distintos barrios, y en la ría hay barcos anclados, de modo que si tú no lo sabes, Pilar, lo siento por ti, pero lo que dice Valentina es verdad. Los barcos andan por dentro de la ciudad, digo, en Bilbao.

En el silencio que sucedió a mis palabras se oyó a la cocinera que decía a la doncella, refiriéndose a mí: —Se enfada ya como un señorico.

Yo me ruboricé, y todos se dieron cuenta. Pilar me miraba de reojo, burlona, y yo pensé: «Ojalá te cases con un tipo como el Bronco». Ella volvía a mostrar los dientes: —Es que tú, Pepe, vienes con unas conversaciones que se diría que eres una persona de mal vivir. Que si los crímenes de Zaragoza, que si los de Benito, que si la máscara, que si está loco o no lo está. A nosotros ¿qué nos importa eso?

—En casa de un abogado no creo que esas conversaciones estén fuera de lugar —dije.

—Los notarios —explicó Pilar, altiva— no se ocupan de problemas penales, sino civiles.

Yo me sentía poderoso y deseaba mostrar mi poder. Lo mejor sería exagerar la nota en el sentido del «mal vivir», para molestar a Pilar. Bien, yo hablaba, no sólo de los crímenes de Benito y de la mascareta de carnaval, sino de los sucesos del cuartel del Carmen de Zaragoza. Y sintiéndome un poco fuera de mí y sin control, conté lo sucedido con todos los pormenores y dije que conocía a los fusilados. Saqué recortes de periódicos (porque vi que Pilar no me creía) los mostré y leí algunos.

—Un loco —dijo Pilar, refiriéndose al Checa—. Como era jorobado, odiaba a la humanidad. Eso es lo que yo leí en el periódico.

—Eso dices ahora, pero si la sublevación hubiera triunfado, como en Alemania o en Rusia ¿qué dirías? Dirías que Checa era un genio y que, a pesar de su joroba, era hermoso. Pues bien, yo lo digo en todos los casos, porque era un hombre inteligente y puro. Para hacer ciertas cosas, hay que ser un hombre o una mujer puros. Tú, por ejemplo, no podrías nunca compararte con Luisa Michel.

Valentina añadía, feliz:

—¡Claro que no!

Miraba doña Julia a Valentina, extrañada de que conociera aquel nombre, y yo continué y dije todas las cosas que normalmente debería haber callado. No comprendo ahora por qué hablé tanto y tan inadecuadamente. Tal vez porque de un modo inconsciente quería reducir a alguna clase de congruente unidad mi vida contradictoria de aquellos días. Y hablé del príncipe Kropotkin y de otros grandes hombres de cultura superior que pensaban como yo. El príncipe Kropotkin, sobre quien yo había escrito y publicado un artículo en Zaragoza. Era alguien aquel príncipe, era amigo del emperador de Rusia, y sin embargo prefirió la amistad de los pobres y los revolucionarios.

—Al emperador de Rusia y a su familia los han asesinado —dijo Pilar.

—Es lamentable —dije yo—, pero ¿qué otra cosa podían hacer los revolucionarios?

—Claro —dijo Valentina—, los mataron y bien muertos están. Es lamentable, pero ¿qué se le va a hacer?

La madre palideció un momento. Pilar se quedó con la boca abierta y yo volví a hablar para cubrir el asombro de ellas: —Lamentable, pero inevitable, como dice muy bien Valentina. Kropotkin era un hombre superior y un hombre puro. Si Pilar no lo sabe, tanto peor para ella, que ignora también lo que es la ría de Bilbao. A mí me suspendieron en Zaragoza en las cuatro asignaturas del curso quinto porque había escrito un artículo en favor de Kropotkin (lo saqué del bolsillo y lo puse en la mesa, dando un golpe). Entonces entré en relación con Checa y los suyos, que eran personas muy superiores a las que trata Pilar y entre las cuales Pilar sería un cero a la izquierda. Y si intervino o no intervino en la sublevación, es cosa que yo sé y nadie más, y no voy a decirla a todo el mundo con la excepción de Valentina y doña Julia, que merecen mi confianza.

Pilar se levantaba de la mesa:

—¡Tu confianza, bah! ¿Quién te ha pedido a ti tu confianza?
—y hacía un gesto de supremo desdén.

Yo también me levanté.

—No pidiendo mi confianza demuestras ser muy prudente,
Pilar.

Doña Julia me miraba como a un ser verdaderamente peligroso —era lo que yo buscaba— y decía, con una voz tranquila: —Puesto que al parecer merezco yo tu confianza, dime, Pepe. ¿Interviniste de veras en la sublevación?

—No, al menos en nada importante. Pero la policía cree otra cosa.

—¡La policía! —gruñó Pilar, incrédula—. La policía no pierde el tiempo con niños.

Yo alcé la voz:

—En el ayuntamiento de este pueblo y en el de al lado hay comunicaciones secretas de la policía de Zaragoza en relación conmigo. El secretario me lo dijo y a mí no me extraña. Así, pues, se diría que estoy escondido en casa de mi abuelo esperando que amaine el temporal para ir a Teruel a terminar mi bachillerato y a hacer después lo que yo tenga por conveniente. Porque en Teruel, como en todas partes, hay mucho quehacer. No son las conferencias de san Vicente de Paúl las que resolverán el problema social. No son esas viejas urracas, larvas del pecado, sino hombres valientes como Checa y otros. Eso es. Y si soy un niño todavía, como dice Pilar, pues en ese caso puedo decir que la policía se ocupa de los niños y a veces les tiene miedo la policía.

El silencio que siguió a mis palabras me impresionó a mí mismo. Y quise poner el toque final: —Porque Jesús era anarquista. El primer anarquista que ha habido en el mundo. Y muchos que lo veneran en la iglesia lo volverían a crucificar si lo

encontraran en la calle.

—Hijo ¿qué dices de Jesús? —preguntaba doña Julia.

—Jesús era anarquista.

—Yo también lo soy —dijo Valentina, con una especie de condescendencia.

Pilar había salido del comedor y yo alzaba la voz para que llegara hasta ella dondequiera que se encontrara. «Además san Pablo, a quien las beatas veneran, escribió y así está en la Biblia, que el que no trabaja no tiene derecho a comer.» Como el almuerzo había terminado, doña Julia quiso aprovechar aquella oportunidad para liquidar el escándalo: —Pepe, eso me recuerda que tenemos que seguir poniendo libros en las cajas. Si san Pablo tenía razón, hay que obedecerle ahora mismo.

Se levantó y salí con ella. Doña Julia trataba de tomar las cosas a broma, pero no lo conseguía del todo. Mientras íbamos a la biblioteca, me tomó del brazo y me dijo, muy seria: —¿Eso que dices de la policía es verdad? ¿Sí? Pero hijo, eso es grave.

—Todo es grave o leve, según como se mire.

—Yo tengo que mirarlo como madre de Valentina que soy.

—No se preocupe, porque para hacer feliz a la mujer que uno quiere —añadí muy inspirado— no es preciso encerrarse entre cuatro paredes a acumular dinero y a comer a dos carrillos, ni tener vientre, ni calzar polainas. La mujer es feliz con el hombre, lo mismo en un país extraño y en el exilio que en la prisión.

Ella suspiraba y decía: «Es posible, pero tienes suerte, Pepe, de que no está mi esposo en casa. La verdad es que te habría roto un hueso. Y yo te curaría pensando en mi fuero interno que don Arturo tenía razón». Yo pensaba: «Claro, doña Julia es una esposa fiel y no puede hablar de otra manera en ausencia de su marido». Pero fingí no haber oído y me puse a trabajar. Valentina discutía en el comedor con Pilar. Entretanto, doña Julia y yo íbamos

empaquetando libros y hablando de otras cosas. Ella sacaba temas diferentes, pero yo volvía siempre a lo mismo.

Las mujeres juzgan a los hombres al margen de la circunstancia social, es decir, como en los lejanos tiempos de las cavernas o de la selva virgen.

Y doña Julia me miraba —anarquista o no— con cierto respeto involuntario. Era lo que yo buscaba. Al cambiar de tema, doña Julia dijo: —Tus viejos amigos se mueren, Pepe. ¿Te acuerdas de Clara la del callejón de las Monjas? Pues se murió ayer, Dios la tenga en su gloria.

Yo dejé un paquete de libros en las manos de doña Julia y me quedé contemplándola: —¿Murió Clara, la prima del obispo? ¿Lo sabe Valentina?

—Sí, ella fue quien me lo dijo anoche.

Valentina no me había dicho nada porque, al parecer, cuando mi novia y yo nos encontrábamos olvidaba todo lo que no fuéramos ella y yo. Olvidaba hasta la muerte de Clara.

La gente de mi infancia moría igual que habían muerto los gatos de mi casa y el caballo viejo. Entre los pájaros que me veían en el jardín del notario, quizá no había uno solo de los dulces tiempos de nuestra infancia.

Eso me daba tristeza, pero después de haber hablado de la policía y de mis aventuras, me sentía más fuerte que mis nostalgias.

Llegó el empleado de la notaría y, mientras se quitaba la chaqueta, dijo: —La gente está acudiendo al callejón de las Monjas para ver a Clara muerta. Generalmente, a las mujeres de edad avanzada, aunque sean solteras las entierran con ataúd negro ¿no es verdad? Pues yo vi que llevaban a casa de la Clara un ataúd blanco lleno de sedas rizadas y de cristalinos colgantes y cintas. Y me han dicho que ella lo dispuso así en su testamento.

El ataúd blanco era el ataúd de las vírgenes.

Doña Julia sonrió y dijo: «La Clara, siempre la misma. La verdad es que cada uno muere como ha vivido. ¡Ataúd blanco! ¡Qué te parece, a sus años!».

Yo pensé que debíamos ir al entierro. La Clara había dicho cosas amables al vernos pasar a Valentina y a mí cogidos de la mano. Ella, desde su balcón, con la flor en el pelo. Nunca olvidaba yo aquella voz conmovida y tierna con que exclamaba para sí: «Míralos, que parecen dos tortolitos!». Otras veces decía: «Dos esposarios en pequeño». Llamaba esposarios a los novios comprometidos para casarse.

Más que las palabras, lo que recordaba yo era la entonación llena de natural amistad y complacencia. Era como un arrullo de paloma. Cuando hablaba mal de mi padre y decía que le robaba parte del dinero de su pensión, parecía un poco loca, la pobre.

Fui a ver a Valentina, que seguía en el comedor ayudando a Pilar a limpiar cubiertos de plata, y le dije: —Creo que deberíamos ir mañana al entierro de Clara.

Valentina tenía algún recelo:

—Pilar dice que Clara era una bruja.

Declaré que aquello era una boba superstición, fuimos en busca de su madre y le expuse el caso.

—Pero, hijos. Comenzáis a ser demasiado grandes para ir solos.

—Puede venir la doncella —dijo Valentina—, porque yo le oí decir que le gustaría ir al entierro.

La doncella acudía secándose las manos:

—Yo dije que me gustaría ir, para estar segura de que metían en su sepulcro a la Clara y no podía salir volando en una escoba.

—Bueno, en todo caso —decidió doña Julia—, mañana a las nueve irá usted con Valentina al entierro.

—¿Nos quedaremos a los funerales? —preguntó la doncella —. Porque a lo mejor, como era prima del obispo, tendrá funerales.

—No sé. Haga como digan los chicos.

Mi suegra me llevó aparte y me dijo:

—Mira, Pepe, tú estarías bien si no fueras tan extravagante. Allí donde estás te significas por una razón u otra, y a los pocos minutos todo el mundo mira en tu dirección. Y cuando todo el mundo espera que digas o hagas algo notable, lo único que se te ocurre es decir que Jesús era anarquista y que los demás, es decir, todos menos Valentina y tú, son gente digestiva.

—Usted tampoco lo es.

—Gracias, pero ¿por qué no tratas de pasar desapercibido en la vida?

En aquello podía tener razón.

—Es que la vida... —comencé otra vez, con el aire de quien tiene muchas cosas todavía que decir.

Ella hizo un gesto de desesperación. Comprendí que debía gratitud a mi suegra y me callé. Aunque parezca raro, el hecho de estar con Valentina no me daba valor físico, sino que me debilitaba de algún modo. Me daba valor, Valentina, en su ausencia. Pensando en ella, sería capaz de hacer alguna proeza difícil. Estando juntos, me sentía sólo enamorado e inerme. Es verdad que la mujer que amamos nos quita energías en un sentido, aunque nos las da en otro. Tal vez es así con todas las cosas de la vida.

Pasé el resto de la tarde con ellas y por la noche fui a dormir a mi casa vacía. Me acosté en la cama grande y estuve viendo arder el fuego de la chimenea.

Tardé en dormirme. Me levanté dos o tres veces. Vi desde la ventana las estrellas de la Osa Mayor, que me recordaron las

intimidades de Valentina (el día de nuestros juegos a las canicas), y al oír rumores en la escalera, salí a investigar. Valientemente.

Debían de ser las ratas. Estando Valentina en el pueblo y habiendo yo pasado el día con ella, no tenía miedo. Los fantasmas de la noche podían hacer crujir los muebles, el viento podía gemir en lo alto de la chimenea, los gatos hacerse la corte en los tejados y las ratas buscar calcetines viejos para sus nidos. Me dormí dulcemente pensando en mi novia.

Desperté hacia las siete, con la impresión de que tenía que hacer algo importante y divertido. Por una razón u otra, la muerte y el entierro de Clara no tenían para mí dramatismo alguno.

La circunstancia de que Clara fuera pariente del obispo, me hacía pensar que no tendría graves dificultades en el otro mundo.

Tal vez habría para ella un balconcito con tiestos floridos donde el sol del más allá luciría ni frío ni caliente. Yo creía entonces, como creo ahora, que hay un más allá donde las luces son como las de nuestros sueños, unas luces no justificadas por ninguna estrella, salidas del fondo de nuestros recuerdos o de nuestras esperanzas. Una luz como esas que vemos a veces en el atardecer, los días de tormenta, cuando todas las cosas producen sombras que no son negras, sino de un gris ligeramente plateado.

A las ocho y media fui a buscar a Valentina, y la encontré ya vestida esperándome. Pilar y su madre llevaban dos horas trabajando con los libros de don Arturo.

Era una mañana plácida, con un gran cielo azul y olores de primavera en el aire.

La doncella y yo nos tratábamos como personas adultas. Y los dos hablábamos a Valentina sin darnos cuenta como si fuera una niña, es decir, con cierta dulzura protectora.

Para Valentina igual que para mí, el entierro de Clara era un juego y una diversión. No podíamos disimular nuestro gozo. Ahora

pienso que todo aquello era posible por ser blanco el ataúd. Si hubiera sido negro, tal vez no habríamos ido.

Caminábamos de prisa como si nos faltara tiempo. En el pueblo había un silencio matinal de domingo y de vez en cuando se oía el cimbal grande de Santa Clara que daba una campanada larga y vibradora. Después, cuando la vibración cesaba, se oía el cimbal pequeño que daba dos campanadas ligeras y secas. La torre de Santa Clara tocaba a muerto y después, cuando llevaran a nuestra amiga a la parroquia grande, tocarían las campanas de la alta torre que se oían a más de quince kilómetros de distancia. Yo creía haberlas oído desde la torre de Sancho Abarca, pero no lo juraría porque mis oídos y mis ojos obedecían entonces a mi fantasía más que a la realidad exterior.

De la torre llegaba aquel indeciso y tímido doblar que realmente parecía una alusión a la muerte, pero una alusión sin dramatismo. Escribiendo ahora estas notas, recuerdo que aquellas alusiones a la muerte (de la torre de Santa Clara) eran ligeras y poéticas. Era como si los ángeles de las potestades cantaran a coro:

quando caeli movendi sunt et terrae

con los labios distendidos por la sonrisa. Ya es sabido que cuando la gente habla o canta al mismo tiempo que sonrío, lo que dice toma una tonalidad diferente.

Así cantaban las potestades para Clara.

Y así tocaban las campanas. Cuando llegamos al callejón de las Monjas, vimos mucha gente esperando. Nos abrimos paso. La doncella no tenía ganas de entrar en la casa y se quedó fuera.

En el patio, en el que no habíamos estado nunca, había, como suele suceder cuando alguno se muere, una mesita con un tintero,

una pluma y dos o tres pliegos grandes de papel que se iban llenando de firmas. Como es de suponer, la mayor parte de la gente que acudía al entierro no lo hacía por Clara, sino por dar una prueba de respeto y estimación al obispo.

Valentina hablaba en voz baja y miraba con grandes ojos, un poco asustada. Escribió su nombre, luego tomé la pluma de su mano y escribí yo el mío. Tenía entretanto la impresión de que estaba Clara detrás de mí, mirando nuestras firmas por encima de mi hombro y riendo como siempre para decir: —Con lo que a mí me roban de la pensión de mi primo el obispo, le han hecho por fin al galancico pantalones largos.

Estábamos al pie de la escalera y no sabíamos si subir o no. En el aire había un olor de flores marchitas, en el cual yo sentía la presencia del misterio.

En los ojos de Valentina había el temor de que fuera necesario subir y ver a la Clara tendida y amortajada. La verdad es que a mí tampoco me gustaba y cuando íbamos a salir a la calle, vimos que bajaba la vecina viuda (la que solía sacar a la terraza las ropas del difunto marido cuando soplaba viento del norte). Iba enlutada y aunque no lloraba, llevaba un pañuelo en la mano.

Al vernos, se nos acercó y dijo, con una expresión de satisfecha condolencia: —Subid, hijos míos. La pobre Clara parece que tiene veinte años menos.

Subimos y en lo alto de la escalera, en el mismo rellano sobre dos banquillos, estaba el ataúd destapado. Junto a él, en el suelo, se veía la cubierta blanca. Todo era blanco: la cruz forrada de seda, las franjas que colgaban alrededor con flequitos rizados, las cintas, el pequeño bastidor del que salían cuatro palos horizontales para los que iban a llevar el ataúd. Todo blanco. A un lado del féretro había tres mujeres enlutadas sentadas en un sofá. Al otro lado, dos hombres en sillas de respaldo alto. Parientes y

vecinos: el duelo.

Valentina y yo no esperábamos hallar el cuerpo de Clara tan cerca ni tan pronto, y nos quedamos un momento confusos. Es verdad que Clara parecía una doncellita. Vestida de blanco, tenía las manos juntas y en ellas una rosa natural. En cuanto a su expresión, era de una placidez impresionante. «Lástima —pensé yo— que no haya subido la doncella de Valentina porque, si viera a Clara muerta, no volvería a pensar que era bruja.»

Parecía una muñeca grande, un poco demasiado grande para jugar con ella.

Hice lo que vi hacer a otros. Me incliné un poco ante las personas del duelo y dije la frase habitual: —Les acompaño a ustedes en el sentimiento.

—Gracias —dijeron a coro ellas y ellos.

Quiso Valentina repetir mis palabras, pero lo dijo aturdida: —Yo también acompaño a ustedes en el pensamiento.

Y luego quiso rectificar pero decidió que no valía la pena, porque le habían dado también las gracias igual que a mí.

Fuimos bajando y tuvimos que hacernos a un lado para dejar pasar a cuatro hombres enlutados que subían. Eran los portadores del féretro. Uno de ellos llevaba un atornillador en la mano. Cuando pasaron, Valentina me dijo, con los ojos muy abiertos: —¿Has visto? Llevan un atornillador.

Yo dije que era para ajustarle los tornillos a la pobre Clara, pero me apresuré a aclarar: —Digo, los tornillos del ataúd ¿comprendes?

No ponían clavos, sino tornillos, porque de ese modo no había que clavetear con un martillo, lo que siempre resultaba un poco irrespetuoso para el muerto.

Al salir, encontramos a la doncella que esperaba, aburrida. Valentina, un poco ebria de su propio atrevimiento, dijo que había

subido, que la Clara parecía estar dormida, era más bonita que nunca y sonreía dulcemente.

—Ya lo sé, ya lo sé —decía la doncella— pero a mí esa sonrisa de los muertos me escama. ¿Puede alguno alegrarse de haberse muerto? Ah, que no me vengan a mí con ésas.

Propuso la doncella ir a la iglesia y esperar allí a la comitiva. Se veía que no le gustaba la idea de ir detrás del ataúd por las calles, mezclada con la masa de los campesinos. Valentina me miró buscando una respuesta, y yo dije que iríamos acompañando a la pobre Clara, con la demás gente.

La doncella se apoyaba en un pie o en el otro, resignada. Llegaba más gente. Al lado de la puerta se veía un hombre grande, cargado de espaldas, con la expresión de no haber dormido bastante o de haberse emborrachado la noche anterior. Aquel hombre llevaba un trombón enorme, reluciente y limpio.

—¡Qué te parece! —dijo la doncella extraña—. Le dan a la Clara entierro de piporro.

Aquella distinción no la tenía todo el mundo.

Por fin llegaron dos curas precedidos por un sacristán con sotana y roquete, que llevaba una cruz alzada. Los curas iban también con los ornamentos del caso, y los dos monaguillos con la cubeta del agua bendita y el hisopo.

Al llegar a la casa, los curas comenzaron a rezar a coro. Luego se oyeron murmullos dentro y la doncella dijo en voz baja, muy excitada.

—Ya la sacan.

Estábamos los tres apoyados en el muro de enfrente, que daba por cierto al corral exterior de mi casa. Entre nosotros y la casa de Clara se instalaban en semicírculo los curas con el sacristán y los monaguillos. El hombre del trombón acomodaba el instrumento y parecía prepararse a soplar.

Apareció el ataúd llevado por cuatro hombres. En aquel momento los curas comenzaron a cantar a coro. El trombón los acompañaba dando crudas notas que en la callejuela sonaban como los bramidos de un dragón. Los hombres se quitaron los sombreros.

De un modo espontáneo se organizó la marcha. Delante, el sacristán con la cruz alzada y un monaguillo al lado. Detrás, el féretro. Habían elegido mal a los portadores, que eran de estaturas diferentes, y el ataúd iba un poco desnivelado. La pobre Clara debía llevar los pies más altos que la cabeza, y tal vez estaba dando con ella contra la madera.

Iban detrás los hombres que habíamos visto en el rellano poco antes. Parientes de Clara. Luego, los curas revestidos y el segundo monaguillo con el cubo y el hisopo.

El hombre del trombón acompañaba con sus bramidos la canción de los curas. Estos daban poco volumen a la masa de sus voces y el trombón con sus po-po-po se acomodaba más o menos a la melodía. Al oír el trombón, acudían por las calles transversales algunas personas, corriendo. Apareció también delante de un grupo una oca desorientada, que se puso a caminar detrás de las personas que formaban el duelo. Ver la oca sola caminando en medio de la calle con una gran solemnidad y delante de los curas era de veras gracioso.

Blanca la oca como el ataúd de Clara, parecía haber sido puesta allí a propósito.

La doncella miraba al hombre del trombón como si envidiara aquella distinción a la Clara. «Todo eso por una miserable bruja», parecía pensar.

No lejos de mí vi a la antigua niñera mía que solía venir a mi cuarto a abrir la ventana o a cerrarla, y se acercaba a mi cama y me hacía caricias muy íntimas cuando yo era pequeño. Era la que

me decía después: «No lo digas a nadie porque si lo dices haré san Miguel».

Como dije en otra ocasión, yo no sabía lo que era hacer san Miguel y la imaginaba con alas y una espada en alto y un pie desnudo sobre el vientre del dragón.

Ver aquella muchacha tan cerca y casada y con su marido me producía una impresión rara, en el fondo de la cual había como un secreto escándalo.

Naturalmente yo pensaba: «Ahora ella es mayor y yo también, y si estuviéramos solos como entonces nos conduciríamos de una manera bien distinta». No niego que esa posibilidad me halagaba, pero al mismo tiempo me hacía sentirme culpable teniendo al lado a Valentina. Pensando que si alguien me hacía caricias como aquéllas debía ser Valentina, la miraba y ella sonreía con una expresión familiar y sumisa, parpadeando por coquetería.

La idea de que Valentina me hiciera aquellas caricias me parecía lejana e irreal. Hubo un tiempo en que pensaba en Valentina como en las imágenes de las dobles planas de las revistas galantes, y eso me parecía encantador e intolerable. Quizá por la costumbre de ver identificado el amor carnal con los niveles canallas de la vida, Valentina no debía mezclarse en aquellas cosas. Aquel día pensaba que si Valentina se mezclaba en ellas, entonces el llamado vicio se convertiría en una circunstancia no sólo virtuosa sino divina.

Nada podía ser canalla si intervenía Valentina. La palabra canalla venía probablemente de canis, de perro. (Yo sabía mi latín.) Cuando Valentina acariciaba a un animal, cualquiera que fuera, éste quedaba ungido de alguna cualidad celestial.

En el entierro de la Clara y bajo los bramidos del hombre del trombón, la presencia de la san Miguelita parecía un raro

epigrama.

Seguía solemnemente la oca detrás del cortejo y, de vez en cuando, estimulada quizá por el hombre del trombón, daba también su cuá-cuá. Valentina reía a carcajadas y apoyaba su cabecita en mi brazo.

Pero no fue ése el único incidente pintoresco. Al llegar a la calle Mayor sucedió algo inesperado. Una parte de la gente que seguía detrás del ataúd echó a correr en distintas direcciones al mismo tiempo que una voz alarmada gritaba: «¡Quietos! Esténse quietos». Valentina y yo nos quedamos donde estábamos, sin saber lo que sucedía. La doncella también, aunque pálida de emoción y dispuesta a correr al menor indicio. Alguien dijo a nuestro lado: «Un toro de la Ripamilán, que anda suelto». La ganadería de la Ripamilán era de toros bravos de lidia. Y apareció el animal negro en el centro de la calle y no lejos de donde estábamos nosotros, en medio del claro dejado por los fugitivos. La doncella decía que aquello era una brujería que hacía la Clara después de muerta.

Casi toda la gente del entierro había huido. Quedaban los cuatro hombres con el ataúd blanco, y los curas y los monaguillos y el sacristán y la cruz alzada.

Nosotros nos apartamos poco a poco hasta quedar pegados al muro. Valentina muy cerca de mí. El toro estaba a menos distancia del ataúd que de nosotros, y por fortuna no miraba en nuestra dirección. Es decir, miró una vez y yo cubrí con mi hombro a Valentina.

La calle, que era muy ancha, estaba del todo desierta, con excepción de los portadores del ataúd blanco y las personas del servicio religioso.

—¡Quietos! —gritaba otra vez alguien desde no sé dónde.

Los toros acuden a todo lo que se mueve. Estábamos

inmóviles como estatuas y la doncella dijo: —Ya sabía yo que tenía que pasar algún desavío.

Los del ataúd blanco estaban atentos a vigilar el toro. El ataúd se desnivelaba y cayó un ramo de flores al suelo. Este movimiento llamó la atención del animal. El hombre del piporro había dejado de soplar. ¿Cuánto tiempo estuvo el animal (piel negra, ojos negros, pezuñas negras, cuernos negros, un poco más claros en los extremos) mirando al ataúd de Clara y a sus portadores?

Valentina se apretaba contra el muro como si quisiera incrustarse en él. La doncella quería salir corriendo. Yo le dije en voz baja: «Por mucho que corras, el toro corre más y te alcanzaría antes de llegar a la esquina». Pensaba entretanto que si tuviera una capa, un trapo como defensa, todo podría ser más fácil —en caso de que el animal se fijara en nosotros—. Pregunté a la doncella, siempre en voz muy baja: «¿Cuántas faldas llevas?». Ella preguntó a su vez, extrañada: «¿Y eso qué tiene que ver?». Yo repetí y ella dijo impaciente: «Otra que moler, las que llevo más son». Yo, sin quitar la vista del toro, dije: «Si tienes más de una falda, quítate la de encima y dámela». Ella se sentía ofendida: «Otra qué rediosla, es una basquiña nueva que estrené el día de Sancho Abarca».

No había solución por aquel lado. La doncella estaba dispuesta a dar la vida antes que la falda nueva.

En aquel momento, la voz que nos mandaba estarnos quietos volvió a sonar mucho más cerca. El que hablaba iba a caballo y se quedó esperando en la bocacalle. Poco después se oyeron cencerros lejanos y el jinete dijo: —Son los cabestros, pero no se muevan que el animal no hará nada.

De espaldas al toro los del ataúd parecían congelados. El cura, el vicario, los monaguillos y el sacristán tenían la misma actitud de estatuas. Un mismo pánico nos inmovilizaba. En lo alto sonaban

las campanas doblando a muerto. Yo vi que el sacristán cambiaba de posición, dispuesto probablemente a usar la cruz como defensa si el caso llegaba.

La criada murmuraba algo todavía en defensa de sus faldas.

El toro oía los cencerros de los mansos cada vez más cerca, pero, seguía interesado en el ataúd. Y comenzó a caminar tranquilamente en la dirección de los curas. En aquel momento, el jinete se alzó en los estribos y gritó: —¡Toro! ¡Eh, toro!

El animal se detuvo y volvió la cabeza. Por la manera de sonar los cencerros se podía deducir que los cabestros llegaban corriendo y estaban ya cerca.

Algo sucedió entre nosotros y el toro se volvió en redondo, con una rapidez que a mí me sorprendió porque no parecía que fuera tan ágil. La doncella ahogó un grito y yo cubrí con mi cuerpo el de Valentina. El toro nos miraba a los dos y avanzó un poco en la dirección de la doncella, pero evidentemente no por ella, sino porque oyendo los cencerros, hacía movimientos desorientados y al azar.

Los cabestros tienen sobre los toros un poder y una influencia de veras misteriosos. En cuanto aparece un cabestro, el toro bravo pierde su pugnacidad y se hace inofensivo. Todo lo que quiere el toro es pegar su flanco al del cabestro y marchar con él, pacíficamente. Fue por fortuna lo que sucedió. El toro lanzó un mugido que hizo estremecerse a Valentina detrás de mí, y salió decidido al encuentro de sus hermanos tutelares, trotando.

Una cosa ocurrió que compensó la dramática aparición del toro: la oca. En la confusión se la vio aparecer de nuevo, un poco atropellada por la comitiva del entierro. Los curas volvieron a cantar con un acento tembloroso y flojo, y el hombre del piporro a soplar también, ahora a pleno pulmón.

Ya tranquila, nuestra doncella recommenzó con su cantilena: la

Clara había tenido suerte, si no en su vida, por lo menos en el entierro.

Cuando nos acercábamos a la plaza, una viejecita gritó desde una esquina, con un acento que podía ser de risa o de llanto: — Adiós, Clara, que bien fachendosa fuiste siempre. Dios me valga, que todos salen a verte, hasta el toro malo de la Ripamilana. Si a mano viene, tu buen clavel llevas en el moño, y con los cuatro ramplones en las ansas de la caja, vaya que se diría que eres una muerta de suposición.

El entierro se había detenido un momento, para que los curas rezaran sus motetes y dieran al ataúd un asperges más. La vieja de la esquina continuaba: —Prima del obispo, llevas buena pallada de gentío. Raro se me hace que no resucites de gozo. Yo no tardaré en seguirte por el mismo camino, que aunque soy más joven nunca tuve tu remango, pero bien seguro que no llevaré cruz alzada ni piporro, bendita sea la Virgen de Sancho Abarca, que nunca tuve yo rentas de la mitra ni del mitro.

Había vuelto el entierro a ponerse en marcha, y la viejuca seguía por un lado de la calle mirando al ataúd y hablando como si la pobre Clara pudiera oírla: —Muchas canciones, pero no veo las velas encendidas ni los hachones del caso. Yo prefiero echar los cuatro cuartos en cera bendita, que el humo sube al cielo y favorece a las ánimas del purgatorio. Dios me perdone, amén.

Yo preguntaba a la doncella: «¿Por qué dice que llevan a la Clara cuatro ramplones?». La doncella me decía que en el pueblo de aquella mujer (que no era el nuestro) decían «ramplones» a los varones importantes y bien vestidos. Una distancia de cinco kilómetros bastaba para hacer usos diferentes y nuevos. En nuestro pueblo, ramplón quería decir raído y miserable.

Soplaba tan fuerte el hombre del piporro, que la oca debió asustarse y huyó escandalizada.

Valentina me había cogido de la mano y no hablaba. Estaba todavía asustada también y pensando en el toro.

En éstas, el entierro llegó a la plaza.

Las campanas de la iglesia mayor eran de una rara solemnidad, que no le iba bien a la Clara ni a su alegre ataúd lleno de espejitos y cintas rizadas.

El entierro llegaba a la iglesia y yo apretaba la mano de Valentina, evitando mirar a la san Miguelica —mi antigua niñera— porque si la miraba la deseaba, sin remedio. Aquel deseo mío seguía pareciéndome culpable y, sin embargo, era difícil de evitar.

La vida es compleja.

Al llegar a la iglesia dejaron el ataúd sobre un túmulo negro que había frente al altar mayor. Los hombres que lo llevaban quedaron de pie, dos o cada lado.

La doncella, cuando vio que cuatro muchachas se acercaban al ataúd y quedaban a los dos lados tomando cada una la cinta de seda que pendía del costado más próximo, dijo: «Esas chicas están ahí porque van a desembrujar a Clara antes de presentarse ante Dios. El cura rezará oraciones especiales, para eso».

La doncella tenía fama de embustera en los dos lados del río, es decir, en los pueblos de una ribera y de la otra.

Había misa de réquiem y alguien cantaba el Dies Irae con acompañamiento del famoso trombón. Mi antiguo adversario Carrasco solía cantar los dos primeros versos del Dies Irae con una letra burlesca e indecente. En la oquedad del templo, el trombón resonaba de tal forma que hacía oscilar las llamas de los cirios. Buen instrumento, el trombón, para decirle adiós a la vida. La voz de Clara diciendo adiós sin trombón apenas se habría oído, entre nosotros.

Cuando los curas dejaron de cantar, el hombre del trombón hizo un solo impresionante con la melodía del miserere de «El

Trovador». Aquel hombre no suplicaba la clemencia de Dios, sino que la exigía de un modo perentorio, inmediato y amenazador. La doncella, visiblemente aburrida, tarareaba entre dientes y, cuando el trombón terminó, chascó la lengua y repitió una vez más: — ¡Vaya la Clara, que la entierran a pedir de boca!

Veía yo algunos santos alrededor. Junto a las columnas y en sus pedestales de oralina parecían mirar el túmulo y el ataúd. San Juan, en un gesto de baile y el dedo índice levantado, parecía interesarse en la Clara, lo mismo que san Antón, que estaba enfrente y tenía a sus pies un pequeño cerdo. Los santos con animales siempre me han parecido más humanos que los otros.

En la columna siguiente estaba san Roque con su perrito sentado. Un perrito foxterrier (así los llaman ahora, pero en español son ratoneros). Los aldeanos tenían un dicho para san Roque y el perro, pero no lo recordaba yo exactamente, y sólo sabía que solían decir que las cosas más frías de tocar eran las narices del perro de san Roque y el trasero de la mujer del sacristán.

Valentina rezaba a mi lado. Yo no tenía ganas de rezar, y buscaba otros santos con tradición folclórica. La Magdalena estaba en una hornacina, no lejos de san Juan, y yo recordaba las albas que los campesinos cantaban y que, aunque piadosas, venían de los tiempos ibéricos y paganos anteriores al cristianismo. Al amanecer, algunos grupos de campesinos, según el turno de la hermandad, iban a cantar albas a las esquinas de las calles. Algunos decían «acudir pastores con vuestro vellón — que está sin vestidos— nuestro Redentor».

Pero otras veces, sobre todo en el verano, que era tiempo de paganías y faunalias, yo los oía cantar cosas referentes a san Juan y a la Magdalena que eran inocentemente procaces:

San Juan y la Magdalena iban a comer melones...

Lo que hacían, además de comer melones, era poco edificante. Y a veces, aquellos cofrades le cantaban también alguna picardía a Clara, en la esquina de su callizo.

Uno de los que llevaban el ataúd era cofrade de la hermandad de las albadas y sabía inventar coplas picantes. Sin embargo, allí estaba rindiendo homenaje a la mujer de quien tantas veces se burló.

Valentina seguía rezando y la doncella miraba de reojo a las personas más próximas. Me dijo en voz baja: «Ha venido hasta el sargento de la guardia civil».

Estábamos en las sillas de la familia del notario, que tenían sus iniciales marcadas con clavitos dorados. Yo ocupaba la de don Arturo, con las letras A.V. Valentina, la suya propia, marcada V.V. Y la doncella ocupaba la de su señora, marcada J. V. Aquellas sillas de iglesia con respaldo alto y asiento tapizado las llamaban reclinatorios. Valentina dijo que estaba recitando la oración del alma enamorada porque la sabía de memoria. En cambio yo no había aprendido mi parte, es decir, las respuestas de Dios.

Añadió Valentina que si yo me muriera, ella se metería monja y allí, en el convento, esperaría recitando las voces del alma enamorada hasta el día de su muerte. «El convento de santa Clara es casi como el cielo, y a las que mueren las entierran con una palma blanca encima y sin piporro alguno. Esa música a mí no me gusta. ¿Y a ti?»

—Tampoco. Parece de circo.

La doncella decía: «El hombre que sopla cobra cinco duros con misa y dos sin ella, y tiene que ganárselos. Que sople recio, el ladrón». Parece que aquella música no gustaba realmente a nadie, pero si no se oía en un entierro, la gente pensaba que la familia del muerto era «tacaña». El músico no era eclesiástico ni sacristán, pero lo mandaban llamar como chantre cuando había misas de

mucho vuelo, porque tenía una gran voz de bajo.

Valentina me preguntó qué haría yo si ella se muriera. Le respondí muy convencido: —No. Tú no puedes morirte.

De verdad, era algo que no podía imaginar. ¿Se puede concebir que se apague el sol, que desaparezca la tierra bajo nuestros pies? Para mí, aquella criatura era de veras inmortal. Ella decía: —Casos se han dado de chicas de mi edad que se han muerto. Y más jóvenes.

—Si tú murieras, yo me mataría —dije, lenta y serenamente —.Te lo digo aquí, delante de Dios.

—No, eso no, porque cometerías un pecado y luego no podríamos estar juntos en el cielo. ¡Tú no te das cuenta, Pepe!

Yo no estaba seguro de creer en el cielo. Valentina repetía: —Si tú murieras, yo estaría en el convento de santa Clara pensando en ti. La verdad es que tendría tantos recuerdos de ti, que no habría bastante tiempo en toda mi vida para recordarte del todo. Porque hemos tenido una vida más llena de ocurrencias que muchas personas mayores. ¡Mira que desde el día de mi bautizo hasta ahora! ¡Los millares de veces que hemos estado juntos! Pues ¿y en Zaragoza?

Volvió su cabecita hacia mí:

—¿Piensas volver a casa de tu abuelo?

—Hoy mismo, Valentina. Me esperan.

—¿Me escribirás desde allí?

—Sí, pero no creo que haya correo. Está demasiado cerca para que haya correo. En todo caso, yo vendré a verte. Tardo menos en venir que en escribirte.

—Más vale que me escribas también. Así yo esperaré al cartero por las mañanas en el balcón. ¿Qué te parece? Pilar se pondrá furiosa, porque ella no recibe cartas nunca.

En aquel momento alzaban la hostia y nos arrodillábamos. El

hombre del trombón tocaba la marcha real. A veces le fallaba una nota, y el error era más disonante bajo las bóvedas. Cuando terminó, nos levantamos, y en el silencio se oía al hombre abrir y cerrar la llave del trombón para hacer salir el agua de su aliento condensado.

En aquel momento alguien me tiró de la chaqueta por detrás, y al volverme vi al Bronco.

—¿Has venido al entierro? —le pregunté.

—No. Es que tu abuelo me ha mandao a echar una carta al correo.

—¿Por qué al correo de este pueblo?

—Esas cosas yo no las pregunto. Ni debes preguntarlas tú tampoco.

Miraba a la doncella —que estaba de espaldas— con curiosidad y añadía, bajando la voz: «Esa sigue de criada en casa del notario y su madre era de mi pueblo. Las llamaban las perdiganas. Yo tengo jugado muchas veces con una hermanica de ella».

No me gustaba ver que el Bronco y Valentina respiraban el mismo aire, aunque fuera el de la iglesia, que todo lo purifica: —Márchate —le dije— y espérame en la plaza. Nosotros iremos al cementerio y luego yo te buscaré. ¿Para quién era la carta de mi abuelo?

—Yo no miré la dirección.

Mentía, evidentemente, pero seguí preguntando: —¿No sería para mi padre?

—No, de eso estoy seguro. Tú comprendes que si fuera para tu padre o tu madre él no tendría por qué disimular.

Se marchó sin decirme más.

Los parientes de la muerta se ponían en una ancha fila delante del féretro. Quería decir con aquello que no irían al

cementerio. Unas dos docenas de personas pasaron y fueron dando la mano a los cinco. Luego se marcharon y sólo nos quedamos los que íbamos a acompañar a Clara hasta su sepultura.

El trombón se oía fuera de la iglesia. Los cuatro hombres ocuparon sus puestos a los dos lados del ataúd. El túmulo sobre el cual estaba el féretro tenía abajo, cerca del suelo, grandes calaveras pintadas. Uno de los hombres encogió la pierna y se rascó el tobillo un poco asustado, como si alguna de aquellas calaveras de grandes dientes le hubiera mordido.

Las muchachas que tomaban las cintas blancas eran cuatro, y yo conocía a dos de ellas de vista. Me sonrieron con timidez, como si sospecharan que la sonrisa en aquel momento y al lado del ataúd fuera irreverente.

Aquel templo no era el nuestro (Valentina y yo solíamos ir al de santa Clara), pero allí nos habían bautizado a los dos y no pude menos de pensarlo al pasar junto al baptisterio. Valentina sabía todos los nombres que tenía yo: José, Blas, Antonio y Rafael, este último para que el arcángel famoso fuera mi custodio en los viajes. Los nombres de Valentina eran también cuatro: Valentina, Fernanda, Julia y Sanchoabarca o bien Abarca, como solían decir las que llevaban aquel nombre. Algunas campesinas, sin embargo, preferían llamarse Sancha y Sanchica. Yo oía con recelo ese nombre desde que leí el Quijote y supe que a Sanchica, la hija de Sancho Panza, se le fueron las aguas cuando supo que su padre era gobernador.

Pero estábamos otra vez en la plaza. La doncella se resignó a ir hasta el cementerio, aunque pensando que estaba haciéndole un gran honor a la Clara. Vi lejos al Bronco. El hombre del trombón iba más de prisa (todos parecían querer llegar cuanto antes al cementerio) y acomodaba el ritmo de la música al de sus pies.

Sobre la plaza pasaron las sombras azules de dos aves: las

cigüeñas. La llegada de las cigüeñas a la aldea era cada año al final de la primavera, y, a veces, un poco antes. Los campesinos recibían la pareja de cigüeñas con alegría, y los chicos salían de la escuela alborotando (el día que llegaban las cigüeñas el maestro daba vacación). Al ver el entierro los chicos dejaban de gritar y se quitaban la gorra.

El cementerio no estaba lejos.

Llegamos. Cuando echaron las primeras paletadas de tierra sobre el féretro, comenzamos a salir. Valentina tenía las pestañas húmedas porque había llorado un poquito al ver bajar el ataúd al hoyo.

Fuimos a su casa, desayunamos y yo me despedí de mi novia, monté en el caballo y volví a la plaza en busca del Bronco, quien me esperaba en la puerta de la taberna. Desmonté y le di un cigarrillo. Aspiró la primera bocanada poniéndose, como siempre, un poco amarillo, y dijo: —Mañana irás a otro entierro en mi pueblo.

Lo miraba yo sin decir nombre alguno, un poco alarmado.

—¿Benito?

Afirmó el Bronco, muy satisfecho, y como explicación hizo el gesto del que se pone una cuerda alrededor del cuello.

—Precisamente la sogueta estaba bien encerada y se la di yo. ¿No te acuerdas? Hace dos o tres semanas, se la di. Eso me va a valer a mí algunos machacantes.

—Entonces —dije reflexivo— la carta de mi abuelo era para Miguel. ¿No es eso?

—Ni más ni menos —afirmó el Bronco—. Tu abuelo mira por su sangre —añadió que la cuerda del ahorcado era suya y que la partiría en tres y vendería cada pedazo en un buen puñado de duros. Me prometía convidarme.

Monté otra vez a caballo y me dirigí al pueblo. Encontré a mi

abuelo con una expresión de calma satisfecha. Me dijo: «Miguel el de la Barona va a venir a Zaragoza. Espero que seréis buenos amigos». Sólo eso.

—Parece que hay entierro mañana —dije.

—No; como se ha ahorcado, el cura no quiere darle sepultura cristiana, así es que no hay entierro ninguno.

La hacienda de los Barones pasaba entera a Miguel. Mi abuela me dijo: «Tu abuelo, ahí donde lo ves, es más blando que un pedazo de pan». Él sonreía, suspiraba y decía, como si hablara consigo mismo: «Ahora las cosas son cabales. Ahora es diferente».

Yo veía en sus ojos una reflexión que no era nueva en él: «La vida es un asunto serio y difícil».

Cuando yo me detengo en plena primavera
(en esa hora en que la sombra crece)
inmóvil, como suelen las figuras de cera, observo
que en mi alma se enardece
una geometría de rosas y de pájaros.

Pero podría ser que un poquito más tarde, cuando
el cielo se viste de Ecce Homo
apagada por fin la colina que arde,
se derrumbara mi optimismo, como
esa sombra que cae sin ruido en la laguna.

Aunque a mi edad de entonces —esa edad en que
canta el ángel rubio de las potestades— la fe era nueva,
y ahora cada uno se espanta de ver que en el azar de las
edades
está prevista toda la luz de los vivientes.

Y me retiro un poco a contemplar el llanto de los
niños en la de ayer vereda,
y en todos esos niños resucita el encanto .de mi
niñez, en la que sólo queda
la yegua de mi abuelo trotando por la orilla.

Eso será bastante hasta el Dies Illa
si consigo en el centro de la estancia
del castillo interior, junto con la Sibila y el espanto
prudente de mi infancia,
la exactitud de los cristales de la nieve.

Valentina, en el centro de la memoria mía me mira
y parpadea confiando
en el Dios uno y trino, el de la alegoría que
conociendo el cómo y el cuándo
se calla y se alimenta con nuestra incertidumbre.

Y el abuelo nonagenario y bailador

pasa por mi recuerdo repitiendo
que la vida es difícil y que a su alrededor la sangre y
el puñal iban abriendo
las perspectivas de un mañana necesario.

Sólo mi pobre abuela tal vez lo conoció
y era contrario a lo que parecía,
débil como tú mismo, lector, o como yo,
pero en secretos de su varonía
fiel a su propia sangre como la luz al fuego.

LOS NIVELES DEL EXISTIR

En este sexto cuaderno trata el autor de reconstruir el tiempo que pasó en aquella pequeña e irregular ciudad olivarera del Bajo Aragón, edificada a los dos lados de una cañada o torrentera.

Era una ciudad atareada que tenía un castillo, como cada población española que se estima. Allí, lo mismo que en otras partes, el castillo era la cumbre de la colina, la cima alta desde donde se vigilan leguas de perspectiva gris, verde, azulenca.

Yo lo conozco bien, ese castillo. Es un castillo del año mil, y no es una manera de hablar, sino un hecho, va que en el siglo XII era conocido y figura en los códices de la época como castillo de Alcannit, nombre musulmán de la ciudad. Alcannit era una alusión a la forma de la ciudad, alargada al pie de la colina, con castro y formada casi exclusivamente por una calle descendiendo en calcárea cañada por donde los días de lluvia bajaba un torrente, lavando el pavimento de canto rodado. Por esta cañada debió subir el Cid, camino de Valencia. El Cid, hijo bastardo de Diego Laínez:

...y aquel que bastardo era era el buen Cid castellano.

Rescató la fortaleza de los moros Alfonso I el Batallador, hombre seco de catadura y mal hablado, cubierto de mallas de acero, oliendo a caballo sudado y cuero y moho de hierro. El castillo fue más tarde sede y residencia de la orden de Calatrava, por donación de Alfonso II.

*Sáleselo a recibir
el maestre de Calatrava, caballero en yegua negra que ese día
bien ganara...*

En el panteón granítico del castillo descansan los restos de Juan de Lanuza. Los muros agrietados y mutilados, las torres no ofrecen mucha seguridad. Otras torres

a su gran pesadumbre se rindieron

pero ésas no se habían rendido aún, entonces.

Sepulcro de sepulcros, dice un cronista, orgulloso de las piedras labradas de su país. Y sigue diciendo, más o menos: El palacio, la sala de armas, dormitorios y otras dependencias por donde pasaban con sus jubones de piel de corza los Téllez de Girán y mucho antes los capitanes del Cid, se desmoronan, pero en cambio continúan en pie, suntuosos, devotos y sombríos a un tiempo —que son cualidades de la arquitectura románica— el templo calatravense, la torre del homenaje, el sarcófago del virrey de Aragón, la gran cisterna, las puertas románicas (bajas y labradas, donde la humilde emoción religiosa sustituye a la arrogancia guerrera) y casi todo el palacete del infante don Felipe, que era de esos con torres de piedra y escudo real en la puerta, más alcázar que castillo y más retiro de amantes que alcázar.

El cuerpo central del castillo es de estilo aragonés. En la arquitectura, como en el cuerpo físico, los aragoneses son macizos, recios (palabra que parece hecha para ellos), bien trabados de osamenta. La cabeza pequeña y el cuello ancho al nivel de las orejas y del vértice del maxilar.

Si hay arcos son de acomodo románico, más firmes que voladores. Aunque hay también uno gótico, más reciente —siglos XV y XVI— en la torre del homenaje, y muchas ojivas.

Las pinturas de la torre del homenaje y del claustro, y sobre todo algunos bajorrelieves, son como excrecencias de la piedra.

Las puertas tapiadas tienen estilos graciosos y permiten

imaginar un conjunto como un decorado románico de ópera.

El rey don Jaime, convencido, dice un cronista, por las reflexiones que le hicieron sus capitanes Nuño, Fodalguer y don Vasco, resolvió intentar la conquista de Valencia y antes de comenzar la guerra recibió las banderas, que fueron bendecidas allí. Más testimonios romanceados:

Cubierta de oro y seda y guarnecida de damas, está la antigua Alcannit, sus terrados y ventanas ocupados por doncellas y las calles y las plazas sembradas de caballeros con sus empresas y cañas.

La iglesia del castillo de Alcannit fue consagrada en el siglo XII a santa María Magdalena, la antigua hetaira que se enamoró de Jesús como nosotros, es decir, nosotros en espíritu y ella, tal vez, en carne también, que las mujeres sólo aceptan la virtud si la piel y los ojos le adscriben alguna clase de gozo. De otro modo, se desentienden y, tal vez, hacen bien.

El cementerio es uno de los lugares más amenos del castillo. España ha sido siempre una de las naciones del orbe donde hay más maneras de morir, ya que no de vivir. Pocos países han rendido tanto homenaje y servidumbre a las parcas. Ocho siglos de guerras constantes contra los moros, sin contar las anteriores y las que vinieron después. Esos cementerios tienen una intemperie igual a la del Juicio Final en el valle de Josafat, Todos los enamorados donceles iban a ver a sus damas cuando

en el medio del camino oyen doblar las campanas...

Todo era muerte y amor en España. El amor es la circunstancia más alta e intensa de la vida, y desde ella se ve la vertiente del otro lado con las riberas cenicientas del Leteo.

El cementerio del castillo es un lugar de privilegio. Para ser enterrado allí había que ser guerrero o fraile y haber vivido en los tiempos del cuero y la loriga oxidada. En el tiempo de las aljamas, de las albardas de cuero (mudéjares) y de las adargas con enseñas pintadas. Tiene el cementerio, alrededor, arcos desnudos tan bajos, que parecen bóvedas de cripta.

El castillo ocupa la cima del cerro, en cuya ladera norte se extiende la población olivarera y artesana o industrial, o más bien industriosa, descendiente civil y pacífica de la que vio tantas gestas y hechos de sangre.

La vaguada y torrentera de la loma es la calle principal. En el centro de la población está la plaza del Ayuntamiento y la Casa Consistorial con porches de arquería gótica y nervaduras delicadas. En forma de rectángulo irregular, el otro extremo de la plaza lo ocupa la Colegiata, pero sesgada de modo que no da frente al Ayuntamiento, como si desdeñara el mundo civil y municipal.

No es ahora el castillo una verdadera fortaleza, sino más bien un palacio con reliquias históricas de los siglos XI y XII, vides, almorávides sectarios, verdugos al servicio del señor, sayones y carrascos en el nombre-sacrosanto de Dios. Los sepulcros han sido profanados muchas veces por los que buscaban en la muerte ayudas de costa para la vida. Pero en vano, que el oro andaba escaso en los tiempos heroicos y hacía falta para pagar mesnadas y comprar espías. Sin embargo, algunos merodeadores de las noches sin luna hallaron tal vez rosarios en las muñecas de aquellas momias, engastados en oro con un diamante en la crucerita y los padrenuestros en marfil y en turquesa azul. Arrancar aquellos rosarios de la muñeca de una momia requería tanto valor como arrancar el pendón de la mano del alférez moro. No maltratemos, pues, a aquellos ladrones.

Dentro, los muertos vagan aún por las escalerillas estrechas y

los vastos salones de corte. Hay de pronto muestras de grandeza brutal mística o guerrera que desdican del alcázar propiamente dicho. Por ejemplo, la puerta dovelada del siglo XIII, entre dos cubos bajo maticón y saeteras que se conservan como el primer día. Esa puerta es anterior al alcázar, que se construyó más tarde para albergar a las diputaciones del Reino (es decir, de los tres reinos), las mismas que en Caspe, luego, celebraron la asamblea famosa y acordaron el no menos famoso compromiso. Documentos firmados con el refrendo de la espada y el puñal en el Cinto y con una letra vacilante y graciosamente iletrada.

Es más viejo y misterioso el recinto recatado de la capilla. En ella se cometieron deslealtades sangrientas, y los viejos curas de mula y parasol, que antes fueron de rocín y, adarga, se veían y se deseaban para dar absoluciones a tanto notable granuja. De ellos vienen casi todos los pobladores de Alcannit, que gracias a la paz y a la buena vida de los valles aceiteros, han prosperado en salud, moral y en buenas y civiles virtudes de vecindad. En tiempo de guerras la violencia, la astucia y la perfidia son inevitables. Lo que es pecado en la paz, es virtud, o al menos necesidad, en la guerra. Los hechos de sangre se celebran con alegría:

Míralo por dónde viene el infante vengador, caballero a la jineta en un potro corredor, ensangrentada la mano de la sangre de un traidor y en la otra, enristrado un venablo cortador...

Los Lunas del lado de Pepe Garcés eran parientes de don Martín. No se saca grande gloria siendo descendiente de aquellos tipos reñidores toscos, incultos y ambiciosos que vivían del sudor de los pobres y que no dejaron en la historia sino piedras labradas y sepulturas. Pero son los únicos testimonios que nos quedan del pasado y no estimamos su parentesco por grandeza, sino por lejanía comprobada, es decir, por una dimensión poética.

Mediodía era por filo las doce daba el reló comiendo está con los suyos el infante de Aragón...

Como ha dicho Pepe Garcés, son los Luna gente ganadera y de montaña. Probablemente vienen de los que fueron degollados en cadalsos o sitiados en castillos. En aquella ciudad del Bajo Aragón se encontraba Pepe trabajando como mancebo de botica otra vez y pensando en Valentina, que veraneaba con su madre en las alturas pirenaicas.

He hablado yo del castillo —repito— porque Pepe apenas si lo nombra. Parece que no le interesaban sino sus propios problemas, que ya no eran entonces infantiles ni mucho menos, como verá —¡ay!— el que leyere.

Cuando Pepe Garcés escribía este cuaderno en el campo de concentración francés, se daba cuenta de que se acercaba el fin. A veces escribía con una serenidad de alucinado angélico, a veces con una pasión de hombre enloquecido por aquella fiebre que había de matarlo poco después.

Quiero advertir que con este cuaderno recogí algunas notas del autor hechas al correr de los recuerdos. Una dice: «El color de la piel de las gentes de esta ciudad es más diáfano y rosado porque toman mucho aceite de oliva, que es bueno para el hígado, donde el vino del Alto Aragón produce la amarillez o la motenez hepática».

En otro lugar: «La chica de costumbres ligeras es desprestigiada y despreciada en tierra montañosa, pero puede prosperar y hacer carrera en la tierra baja (volver a trazar el carácter de Isabelita acercándose más a la realidad). Es cuestión de oportunidad y de rehabilitarse por el dinero».

«En los castillos roqueros del Alto Aragón, a veces viven raposas o gerifaltes y águilas, y se encuentran leyendas de

fantasmas que se aparecen por la noche con la propia cabeza bajo el brazo. En los castillos de la tierra baja sólo suelen encontrarse detritos fecales. Es una manera de entender la democracia, el ir a aligerar el vientre a aquellos históricos lugares.»

Otras notas son más vagas: «Etimología prerromana de Alcannit, pero alterada por los árabes. Ver diccionario de...».

Naturalmente, en el campo de concentración no había diccionarios. Lástima. A Pepe le gustaban las etimologías. Un día escribe: «Vienen perros. Vienen y se acercan a las alambradas del campo. Miran desde fuera y no pueden entender que los hombres sean tratados tan mal y vivan peor que ellos. Esos perros de la mirada reflexiva no son perros, sino canes. Porque cuando los romanos fueron a las Galias y, sobre todo a España, encontraron los perros guardianes y cabañeros indígenas con el nombre ibérico —perros—, pero los romanos y, sobre todo, las romanas traían canes perfumados y rizados. Así, pues, hubo desde entonces un perro culto que se llamaba can y otro inculto e indígena que se llamaba «perro».

En otro lugar de sus notas vuelve al tema: «... los derivados de can (cínico, por ejemplo, o canino) no son tan denigratorios como lo es el calificativo perruno».

Pongo aquí estos versos asombrado, una vez más, de tanta serenidad en días tan agitados por el peor de los presentimientos:

Los ciegos ignoraban que había alondras nuevas entre los olivares y las glebas.

*Entre mi sombra y ella había la presencia
de las alondras de la providencia.*

*La alondra presurosa de la terraza abierta iba a una luna no
del todo muerta.*

*En el sueño sentía
la pluma adolescente de la alondra rozándome la frente.*

*El incienso se iba
sobre los promontorios con las alondras de los ofertorios.*

*Cuántas cruces entonces alzando en los ribazos de las
alondras sus paganos brazos.*

*Al ras de los cipreses de la oscura avenida ¡cuánta alondra en
su voz entretenida!*

*Por el alba vidriosa la alondra de los vados ensayaba sus
vuelos ondulados.*

*Las alondras inquietas aún adormiladas,
eran en el espejo reveladas.*

*En filo del tejado
—delicada rareza—
la alondra con la flor de la cereza.*

*El cielo quiere estrellas y el alma esperanza y el niño esa luna
redonda que no alcanza y el ave de los días la consabida granza y
el odio quiere sangre y el amore probanza.*

*Por entre estas páginas andan las alondras y dan su reflejo y
su fresca humedad las aguas de los altos ventisqueros.*

*Escucha el ibón, ibón, ¿de dónde traes tus caudales?
Vienen de los barandales dales, dales, de Olorón.*

AQUÍ COMIENZA VERDADERAMENTE

LOS NIVELES DEL EXISTIR

A mediados de mayo, Valentina y su familia salieron para Bilbao y yo para una ciudad del Bajo Aragón, donde había obtenido el puesto de mancebo de botica que pidió para mí el cura del pueblo de mi abuelo. Al mismo tiempo, me recomendó también el cura al rector del colegio de los escolapios.

Valentina y los suyos iban a pasar el verano en las montañas del Alto Aragón, en un hotel de Panticosa, en las crestas de los Pirineos. Don Arturo comenzaba a sentirse importante y triunfador. Había en Panticosa sanatorios antituberculosos de lujo, donde los enfermos se morían frente a los glaciares, bajo un soleado cielo azul, pero también había hoteles para gente sana que gozaba más de su salud al lado de un lago de agua de nieve, pensando en los agonizantes ricos, cuya fortuna no les servía ya para nada.

Conozco aquellas alturas. Tengo parientes en Jaca, en Sallent, en Benasque, en Boltaña y en Aínsa, ciudades montaraces y bucardizas. Y también en Fraga, y son todos ariscos, pugnaces y —cosa rara— las mujeres bastante anticlericales. Cuando pienso en esos territorios creo escuchar canciones campesinas:

En el valle de Gratal ha llorecido la aliaga, adiós, niña de la val, adiós, ibones de Fraga.

Ibón es el nombre que se da en el Alto Aragón a las fuentes manantiales, y los latinistas dicen que viene de libón —trago—, pero yo creo que esa palabra puede ser muy bien una corrupción de Epona, la divinidad griega que vivía junto a los manantiales con estanque donde podía beber un caballo.

En esa misma tierra de Fraga una parte de la comarca habla catalán y la otra castellano, con algunas formas primitivas. Por ejemplo, asina en lugar de así y o en lugar de él.

*Ea, mancebicas,
danzároslo asina,
que o pardal se casa con a cardelina.*

Hacia los altos de Aínsa se habla más primitivo aún, con ecos de barbarie que a mí me suenan bien:

*O cura de las Colladas toca la misa a martelladas y o cura de
san Feliú toca la misa e non la diú.*

El Bajo Aragón es más rico, más algarero y parlanchín. A medida que se sube montaña arriba, se va haciendo la naturaleza y la gente de Aragón más silenciosa. Hay días de aire quieto en las alturas de Gratal, en que el silencio nos pone el corazón en un puño. Hay lugares tan grandiosos que dan ganas de llorar. No de tristeza ni de alegría, sino de una especie de locura que nos viene cuando tenemos la sospecha de haber rebasado lo humano y de encontrarnos en esos espacios neutros donde se es más que hombre y menos que Dios, y sólo se puede callar y llorar, o tal vez dar alaridos como los lobos.

Por fortuna, en las faldas de aquellos picos blancos hay aldeas con mozas, mocicas y mocetas:

*Mocica de los gratales, la de la risa y el planto, con el sol te
escribo coplas, con la luna te las canto.*

Se habla de la montaña aragonesa con giros y voces que recuerdan los tiempos de Alfonso el Sabio, y hay profesiones —

todavía hoy— increíblemente primitivas y pintorescas, por ejemplo, los raboseros (cazadores de raposas). Dice una canción de dance con ritmo sincopado:

*Esos son, éstos,
donde los ves,
los raboseros
de Banariés.*

Estaba en la tierra baja. ¿Ciudad? ¿Villa? Lo que yo puedo decir es que se trataba de una pequeña ciudad alejada de Caspe —donde vivía mi gente —por una distancia no mayor de treinta millas, y que así como Caspe tenía dos ríos —el Ebro y el Guadalopec—, la ciudad donde yo estaba sólo tenía este último. Por ella pasaba el tren de Zaragoza a Levante (a algún lugar entre Castellón y Tortosa, tal vez a Tortosa misma), mientras que por Caspe pasaba la línea general de Madrid a Barcelona. También en lo que se refiere a historia, Caspe era más importante. A mí me gustaba pensar todo esto porque en Caspe vivía mi familia. Yo no había estado aún en Caspe ni tenía ganas de ir, sin embargo.

En la pequeña ciudad adonde fui no había verdaderos pobres. Todo el mundo tenía un decoroso pasar y se contaban algunas docenas de olivereros ricos. El ambiente se mostraba reposado, seguro y con una especie de reserva de felicidad que la gente usaba o no, según las ocasiones, y que parecía distribuida por el municipio.

Era aquélla la primera vez que yo iba solo a una ciudad desconocida. En el centro de la ciudad y en la calle Mayor, junto a la plaza donde el edificio del Ayuntamiento mostraba sus maineles góticos, estaba la farmacia del licenciado don Alberto, hijo único del médico más importante de la ciudad, y eran los dos caballeros amables a su manera y, según decían, muy ricos. Yo iba a la

farmacia con el puesto de auxiliar, igual que en Zaragoza, pero en condiciones económicas diferentes. La farmacia me daba sólo habitación gratis y un salario mensual de quince duros, es decir, dos pesetas cincuenta diarias. Por doce duros al mes me preparaba las dos comidas diarias una familia campesina, a cuya casa (que no estaba lejos) tenía que ir yo dos veces cada día.

Así, pues, de mi salario me quedaban libres tres duros cada mes. Para vicios, como suele decirse, o para el desayuno.

Pero yo no tenía vicios aún, y el desayuno me lo preparaba en la farmacia. Un desayuno sintético. No fumaba. En Zaragoza había fumado a veces, pero sin placer y sin inhalar el humo. En realidad no fumaba, sino que, como otros chicos, quemaba el tabaco para dárme las de hombre.

Iba allí con la idea de acabar el bachillerato asistiendo a las clases de los escolapios. Me faltaban varios libros —casi todos del sexto curso— y no pensaba comprarlos, pero esperaba que algún otro estudiante me los prestara antes de los exámenes.

Eran el padre médico y el hijo farmacéutico las mejores personas que se pueden encontrar en la vida. A veces pienso con cierta angustia si les sucedería algo lamentable durante la guerra civil porque la ciudad estuvo casi todo el tiempo en manos vindicatorias. Es posible que los dos se salvaran, ya que eran bastante liberales y no había en ellos nada de beatería ni de reaccionarismo. Por otra parte, tal vez el padre médico había muerto ya.

Cuando yo lo conocí debía andar en los sesenta años y al comenzar la guerra civil debía tener ochenta. Prefiero pensar que había muerto. Se llamaba don Bruno y llegaba, se sentaba miraba alrededor y suspiraba: —Los huesos se endurecen demasiado a mis años.

Luego hablaba de sus enfermos, pero aquel tema era poco

ameno y me hacía contarle mis aventuras de estudiante en Zaragoza.

Me escuchaba sonriente y atento.

En cuanto llegué, me hice algunos amigos. El primero —pero el que menos me interesaba— era Eliseo V., hijo del secretario del Ayuntamiento. Este era amigo de mi padre, quien había dicho a veces, según su estilo: «Don Víctor es hombre de misa diaria». Con eso quería decir que era un dechado de virtudes, aunque después de las experiencias de Zaragoza con su asociado industrial de comunión diaria, seguramente mi padre lo pensaría dos veces antes de prestarle dinero. Por otra parte, don Víctor no era hombre que pidiera prestado a nadie. Todos en la familia eran gente responsable y, además del empleo relativamente importante del padre, tenían fortuna.

El secretario del Ayuntamiento, que antes habla sido abogado en Zaragoza, no era caballero sino más bien lo que los franceses llaman un sieur. Llevaba, como ellos, barba corta y muy cuidada. Yo sentía respeto por él y si no llegaba a sentir devoción era porque entre su amable persona y la mía se interponía la de su hijo Elíseo.

Los primeros domingos después de mi llegada, venía a buscarme Elíseo con una especie de disimulada curiosidad, y salíamos juntos. Solíamos subir de paseo al castillo, que estaba en un calvero en el centro de la ciudad. Las murallas bajas se perdían entre las calles y, una vez arriba, se veía el pueblo tendido alrededor y además, una extensión campestre de más de veinte leguas. Los días claros se habría visto Caspe si no se interpusiera el cauce del río Guadalupe que, a lo largo, ofrecía un horizonte neblinoso a causa de la evaporación. Ya se lo decía un día a Elíseo, cuando él me respondió de una manera de veras inesperada: — Veo que tú te peinas hacia atrás.

—¿Eh? —dije yo, perplejo.

Él me miraba con una atención rara:

—Te peinas hacia atrás porque eso hace la frente más alta y despejada, ¿no es verdad? Anda, confíésalo. Yo me peino con raya a un lado.

En aquel justo momento —cuando me hizo esa chocante observación—, yo iba a explicarle por qué las piedras labradas que había sobre la gran puerta exterior del castillo se llamaban matacanes. Pero me quedé con la mano suspendida en el aire, señalando aquel lugar y sin saber qué responder. Era la primera vez que alguien me invitaba a pensar en mí mismo de una manera decorativa. Elíseo se conducía en aquel momento como una mujer, pero una mujer inútil para mí, puesto que era sexualmente inadecuada. No es que tuviera mi amigo ningún rasgo femenino, pero iba a estudiar para abogado del cuerpo jurídico de la Armada y vestiría un uniforme atractivo para las mujeres. Entonces se casaría con una rica. Para esto habría que preocuparse de los problemas de la apariencia física, incluida la manera de peinarse.

Aquella tarde, estando los dos apoyados en un repecho al borde de la enorme explanada del patio de armas con la ciudad a nuestros pies, me dijo, tomando una expresión condescendiente: —Tú trabajas para ganarte la vida. Comprendo que tu futuro sea más difícil que el mío, aunque también más meritorio.

Aprovechaba la oportunidad para humillarme. Por fortuna, a mí ese tipo de humillaciones no me hacía la menor mella. Me acordaba de Checa y callaba. Era Elíseo un chico limpio y bien vestido, muy blanco de piel y castaño de pelo, que iba a las procesiones con alguna clase de insignia en el pecho: la cinta y la medalla de los luises, por lo menos. Mientras llegaba la ocasión de tener otra condecoración en el uniforme blanco de la Marina (sin haber intervenido en operaciones de guerra, porque odiaba la

violencia), desfilaba el día de Corpus cerca del palio, bajo el escandaloso voltear de las campanas.

No sentía yo amistad por aquel chico, pero tampoco sabía qué idea hacerme de él. Sin embargo, cuando venía a verme yo me entretenía oyéndolo divagar sobre lo humano y lo divino, siempre de una manera parcialmente razonable y parcialmente incongrua. No era sincero conmigo, ni tampoco yo lo era con él.

Un día, con su uniforme blanco —insignias doradas— encontraría la hija virtuosa de un padre rico. Peinado con raya a un lado. Entretanto, me miraba a mí y pensaba si mi pelo peinado para atrás o a un lado me daba un aspecto u otro.

Sin embargo, cuando lo veía entrar en el amplio vestíbulo de la farmacia me alegraba, a pesar de todo. Era el más burgués de mis amigos. Por él yo conocía el punto de vista y la opinión de aquel sector social de la ciudad. Porque comenzaba a sentir la necesidad de conocer y dominar por el conocimiento la ciudad grande o pequeña en la que vivía.

El farmacéutico era muy joven. Acababa de salir de la universidad y no tendría más de veinticuatro años. No se parecía a su padre. Era de cara flaca, larga nariz, color blanco lechoso, ojos hundidos, miope (gafas gruesas) y belfo un poco colgante. Como se ve, no era un Apolo. Su fealdad —con labios de camello— resultaba realzada por la manera extremadamente cuidadosa de vestirse. Los chalecos de fantasía eran su debilidad. En la puerta de la farmacia, con la chaqueta abierta, la mano en el bolsillo del pantalón, recostado ligeramente en el quicio y mostrando el chaleco de gamuza que era, como todos sus chalecos, diferente de los que usaban los demás mortales —recto y horizontal por el remate inferior, es decir, sin los dos picos acostumbrados— causaba sensación en las muchachas casaderas.

Por lo menos, él creía que causaba sensación.

Tal vez era verdad y, en todo caso, cualquiera de las muchachas en estado de maridar lo habría aceptado con entusiasmo, ya que era uno de los tres hombres de la ciudad que iban a ser realmente ricos a la muerte de su padre. Y si no era agraciado, era al menos joven y limpio.

El boticario estaba consciente de la codicia de las muchachas, y cualquiera en su caso lo habría estado. Pero en mi patrón el recelo tomaba a veces caracteres un poco exagerados: —La hija del doctor Viñuales me quiere atrapar, pero ¿qué se figura? Hace muchos años que el hijo de mi madre no se chupa el dedo.

No se chupaba el dedo, pero se mordía las uñas. Fumaba mucho y me encargaba que le hiciera los cigarrillos en las horas libres, para lo cual tenía una maquinita y paquetes de tabaco mezclados de Cuba y Holanda, con gotas de ron o de brandy que los perfumaban. Yo se los hacía, pero a veces ponía el tabaco demasiado apretado dentro del cigarrillo y él no podía succionar porque estaba mal dotado en materia neumática (era estrecho y hundido de pecho), y entonces aquellos cigarrillos insuccionables me los regalaba a mí y me rogaba que en lo sucesivo los hiciera menos apretados.

Supongo que era un carácter un poco humorístico para algunas personas, pero no para mí, con quien se confiaba del todo. Aquella confianza me permitía ver sus interioridades, y claro está que con el conocimiento había una amistad y una gratitud implícita. Yo lo estimaba, aunque no tanto como a su padre.

Cuando venía don Bruno, que era todos los días porque entraba a la farmacia a descansar de sus correrías de médico, yo observaba que tenía una piel tostada y no lechosa como la de su hijo, una cara llena y ovalada, los ojos bien situados (no hundidos) y mayores, la nariz no tan larga y bien dibujada, y la boca sin belfo alguno colgante. No sólo parecían personas de distinta familia el

padre y el hijo, sino incluso de distinta raza y país. Si había que comparar a don Bruno con algún animal, tenía que ser un león viejo, noble, fatigado y tolerante.

Sin embargo, don Bruno amaba a su hijo. Le había comprado la farmacia, le daba dinero y le había prometido un coche (en aquellos tiempos no lo tenía casi nadie). Yo pensaba: qué diferente el caso mío. Me parezco mucho a mi padre y sin embargo, se diría que él no quería tener nada en común conmigo. Elíseo le habría gustado más a mi padre. Es verdad que yo no aspiraba a ponerme un uniforme ni a casarme con una mujer rica. Valentina lo sería un día seguramente, pero la riqueza de mi novia la veía yo como una dificultad, más que otra cosa.

La idea de acabar el bachillerato cuanto antes me animaba a estudiar, y por la noche pasaba una o dos horas cada día leyendo los libros del quinto año. En el sexto había química (de la que tenía ya algunos conocimientos prácticos), agricultura, lógica, historia natural y rudimentos de derecho. Sólo la historia natural me asustaba un poco, porque allí no bastaba con leer los índices y divagar ingeniosamente. Había que conocer grupos, especies y familias minerales, vegetales y animales. Allí habría que trabajar de veras y saber distinguir un espécimen de otro, sobre la mesa del profesor.

Era interesante aquel burgo como lugar de estudio, porque había un elemento de fraude para los exámenes. Los profesores de Teruel solían ir al colegio de los escolapios a examinar a los estudiantes, y eran benévolo.

El colegio no me parecía serio, no sé si por hallarse en período de formación o de decadencia. Tenían un vasto edificio como suelen tenerlo las comunidades religiosas, pero no había orden ni responsabilidad en el trabajo y la atmósfera no inspiraba mucho respeto.

Quizá por haber estado antes en un colegio de primer orden como era el de Reus, aquél me parecía demasiado objeccionable.

No era sólo en lo académico y pedagógico. Había cuatro o cinco frailes severos e incluso uno —que yo no conocía aún— del que decían que era santo. Lo llamaban «el santo del paraguas», y tardé en averiguar por qué. Casi todos se conducían bien con nosotros, pero advertí que había un padre José (trataba con chicos más pequeños que yo, es decir, en cursos inferiores) que tenía una expresión de cabra rijosa y que solía acariciar a sus alumnos, especialmente a los que llevaban aún pantalón corto y las piernas desnudas. Hay una edad en que la naturaleza no ha establecido aún sus distinciones genéricas, y el chico de once o doce años tiene rodillas redondas y muslos de doncella. Esos eran los que el pobre fraile buscaba. Acariciaba a algún muchacho delante de nosotros y si lo mirábamos extrañados, el fraile respondía con una ancha sonrisa inexpresiva, de una desagradable dulzura femenina. Era un hombre de edad media, con una especie de locura faunesca, y su risa me recordaba esas máscaras simbólicas que representan a Taha en las alegorías del teatro, siempre sonrientes e inmóviles.

Desde el primer momento el fraile se dio cuenta de que yo lo había entendido, pero sus perversiones eran tan escandalosas y tan incómodas de denunciar, que todos aparentábamos no ver nada.

Por esa razón y por las que he dicho antes, no tenía gran respeto por los escolapios, quienes tenían la reputación de ser demasiado duros con los estudiantes (les pegaban bárbaramente) o demasiado dulces, como aquel pobre pederasta.

Iba yo solo de vez en cuando —no todos los días— a los escolapios, porque no estaba matriculado como alumno regular. Me habría costado dinero y no lo tenía. Me trataban como a un

chico aventurero y necesitado, aunque no necesariamente pobre, con una especie de admiración que no me disgustaba y de la cual pensaba abusar algún día cuando llegara el momento.

No sé cómo aquel fraile faunesco no dio algún escándalo vergonzoso. Tampoco entiendo que sus compañeros no se dieran cuenta. ¿Es posible que fueran tan inocentes? ¿O había en la comunidad esas costumbres homosexuales frecuentes en los monasterios, por las cuales el que más y el que menos se sentía culpable y no se atrevía a arrojar la primera piedra?

En aquella población, donde todas las cosas comenzaban a tomar un aire desmalazado como yo imagino que debían ser las comunidades judías o moriscas en la Edad Media y especialmente en el levante español (estaba bastante cerca de Tortosa y del Mediterráneo y se sentía a veces en el aire el reflejo del mar), allí, digo, no me extrañaban ni el colegio de los escolapios, ni el fraile faunesco, ni la falta de rigor en los estudios.

Aunque parezca extraño, la diferencia con Caspe —que conocí más tarde— era enorme. En Caspe había algo de la severidad castellana y de la gravedad del Alto Aragón.

En el Bajo Aragón se sentía, a través de la ligereza de las costumbres, alguna clase de ocio vicioso que gustaban todos, incluso los más pobres. El azar hizo que conociera algunos detalles chuscos de un género de relaciones humanas que no había visto en parte alguna. Por ejemplo, en la casa de campesinos donde comía, habitaban hasta quince o veinte familias. La casa era enorme, con apariencias de castillo antiguo, y el patio de piedra rodada del que partían muchas escaleras en distintas direcciones era grande y tenía puerta cochera. Una vez más era una de esas casas españolas que, si ahora tienen un vecindario plebeyo, han conocido tiempos mejores. Yo comía siempre solo y, en realidad, no conocí en aquella casa sino a la mujercita ya vieja que me

servía. Era pequeña, con muchas faldas todas estampadas y acampanadas sobre medias blancas limpiísimas y zapatos con hebilla. Tenía su jubón oscuro los días de fiesta y su camisa escarolada, y era regordeta pero ágil y movediza. Llevaba el pelo blanco cuidadosamente peinado, de modo que no se veía nunca un cabello fuera de su lugar. Si a esto añadimos una carita saludable de manzana reineta (un poco arrugada), la voz aguda y sin control, coloreada también como sus faldas, y unos ojos a un tiempo graves y amistosos, tendremos la figura casi completa.

Me servía unas comidas exquisitas y, cuando se trataba de legumbres (en cada comida tenía tres platos), después de servir las cogía una alcuza y las rociaba con un aceite refinado de oliva que sabía muy bien. Yo veía que ella gozaba con mi buen apetito y seguramente se divertía preparando mi comida cada día, como las niñas pequeñas que juegan a las cocineras. Estaba acostumbrada quizás a cocer grandes calderas para la comida de las peonadas, en la época de allegar la aceituna.

Era la vivienda modesta y francamente campesina, es decir, de jornaleros, pero los suelos estaban brillantes, los utensilios de cocina resplandecían en los aparadores y, desde el primer momento, comprendí que vivir en aquella atmósfera podía ser confortable y que el marido o hijo o quien fuera que gozaba de los cuidados de aquella viejecita debía ser un hombre afortunado.

Pues bien, un día mientras yo comía, la viejecita a quien llamaban señora Bibiana salió al rellano que daba sobre el patio y desde allí dio una gran voz llamando a otra vecina. La otra se asomó y entonces la señora Bibiana, con la mayor naturalidad, preguntó: —¿Ha venido el tío P... floja?

—No señora, pero no tardará mucho ya —le respondió la otra.

La señora Bibiana entró y siguió sirviéndome como si tal cosa.

Yo aguantaba la risa y pensaba quién sería aquel vecino a quien caracterizaban por una circunstancia tan poco gallarda.

No hay que ver en estas cosas sino la inocencia angélica de la plebe, en quien la preocupación de las formas no ha adulterado aún la espontaneidad del carácter. ¿Qué necesidad tenía la señora Bibiana de medir sus palabras, si era seguramente la mejor madre o esposa del mundo y si cuidaba tan generosamente a su único huésped, es decir, a mí? Con formas o sin ellas, con una voz controlada o no, en realidad aquellas gentes eran irreprochables a su modo y cumplían su misión en la Tierra decorosamente.

Su misión era el culto de lo primario elemental.

Los artesanos eran honestos, y lo mismo los pequeños hortelanos y labradores. Su mundo no era el mío, y en él se podía llamar tío P... floja a un vecino sin que éste se ofendiera y sin que nadie se alarmara. La palabra, a fuerza de ser usada, había llegado a perder su procacidad para todos, quizá. Pero yo llegaba de fuera y mi oído se escandalizaba.

Yo disimulaba la risa con el mayor cuidado y, con no poca dificultad, porque en aquel incidente habría sido ella —mi risa— lo único de veras indecente.

Ya digo que ese y algún otro detalle de mi vida en las primeras semanas me dieron una impresión nueva de la gente y las cosas. Es probable que fuera aquella la primera vez que entraba en contacto directo con el verdadero pueblo yo, solo en la vida y sin la protección ni el escudo de la familia. La gente era irregular y simple, pero no peligrosa. Nunca he creído en la peligrosidad de la gente ineducada y vulgar. Porque no son tontos, y sólo la estupidez es peligrosa.

Ahora pienso que juzgando en su conjunto las costumbres de los tres pueblos campesinos donde había vivido, se podría decir que el de mi abuelo era gótico, el de mis padres románico y aquél

mudéjar. Tal vez cada uno de los cuadernos donde he hablado de ellos tiene el carácter que corresponde al lugar.

Zaragoza es barroca, estilo que va bien a la mayor parte de las ciudades cuando alcanzan una cierta extensión y complejidad. La historia dice que Zaragoza fue siempre una ciudad visigótica, pero yo no lo veo, al menos en su arquitectura y en la manera de conducirse la gente. Lo son algunas ciudades del noroeste, especialmente León. Zaragoza no es gótica, sino barroca.

Otros detalles que hacían la vida de aquella nueva ciudad para mí menos merecedora de respeto, eran los siguientes: en el castillo encontraba siempre que iba, especialmente en el recinto de los sepulcros, detritos humanos. Parece que algunas personas —muchas personas o sólo dos o tres, pero muy reincidentes— preferían aquel lugar para aligerar el vientre.

Otras cosas podría añadir. A la farmacia solía venir un hombre de unos sesenta años, fuerte, que arrastraba un poco la pata reumática. A pesar de sus enfermedades y de las aspirinas y salicilatos que tomaba constantemente, era de una rara jovialidad.

Mirando un día varios frascos y cajitas alineados cada uno sobre la receta correspondiente me dijo: «Muchacho, no hay que equivocarse. Porque una vez un boticario recibió dos recetas, una para un fraile de un convento (era una purga) y otra para un viejo que se casaba y quería portarse bien la noche de novios (un afrodisíaco). Pero equivocó los frascos y los dio cambiados. Así, el viejo novio estuvo toda la noche yendo y viniendo al excusado, con gran sorpresa y decepción de la novia, y el fraile andaba persiguiendo por los claustros a los novicios y dando grandes voces». Contando esto, el viejo reía a pesar de sus dolencias.

La farmacia estaba en la calle Mayor, pero la rebotica y las dependencias interiores, que eran muy profundas, iban a dar al lado opuesto de la manzana sobre una plazuela. Allí tenía yo mi

cuarto, en la planta baja. En la plazuela estaba la colegiata, con su fachada renacentista de piedra y mármol y algunos muros que tenían labores mudéjares, si mal no recuerdo.

Frente a la colegiata había un antiguo teatro que ya no se usaba, y que los sábados y los domingos se convertía en cine. Como estaba tan cerca de mi habitación y era muy barato, yo solía ir y prefería la hora en que había menos gente, es decir, temprano por la tarde. Allí veía películas mudas muy malas, mientras una pobre pianista de gran cabellera color ceniza tocaba Los millones de Arlequín, La casta Susana o Carmen.

Mis ideas sobre la fidelidad masculina habían cambiado mucho. Me avergonzaba de mi castidad recordando la afición que me mostraba en Zaragoza la hija del farmacéutico y pensaba — idea muy española— que podía gozar de cualquier oportunidad sin comprometer mi alma de enamorado de Valentina. El amor era una virtud y el sexo una fatalidad viciosa. Lo pensaba con una tremenda sensación de culpabilidad, aunque no había caído todavía en pecado.

Mi dormitorio estaba cerca de la puerta de la calle y era muy espacioso. No tenía que preocuparme de barrerlo ni de hacer la cama. En España no se concibe que un hombre haga una cama ni limpie una habitación sino en el Ejército y en la cárcel, y por eso hasta en casos de personas tan humildes como yo (mancebo de botica), había siempre alguna mujer para atender a aquellas faenas. Todas las noches, cuando llegaba a mi cuarto lo veía limpio, la cama en orden y agua fresca en la jarra del lavabo. Nunca supe quién lo hacía.

Otro detalle debo contar por extenso porque fue, al fin, la gran aventura de mi vida adolescente y contribuyó mucho a la sensación de placentera irregularidad de mi vida. Un día estaba yo en el cine —un domingo a primera hora de la tarde— y la sala a

oscuras. En aquellos tiempos no ponían aún luces sordas sobre las puertas ni otras señales en las salas de los cines. La oscuridad era, pues, completa con excepción de la pantalla. Yo me había instalado cómodamente en el centro de la sala casi vacía. No había nadie a mi derecha ni a mi izquierda, lo que me daba una gustosa sensación de holgura y señorío.

Delante de mí había tres muchachas a quienes no podía ver en la oscuridad, pero por sus cuchicheos y sus risas deducía que eran muy jóvenes.

Sentí la mano de una de ellas en mi rodilla y nuevas risas sofocadas o francas. Entonces, asombrado y sin comprender, me creí en el caso de ponerme en el mismo nivel y comencé a bromear. Malditas las ganas que tenía (llevaba dos o tres días escribiendo a Valentina cartas que no echaba al correo porque nunca me parecían bastante adecuadas), pero creía que estaba obligado como varón a responder de la misma manera. Le cogí la mano a la atrevida muchacha y le dije: —Desde ahí te atreverás a hacer picardías, pero no desde más cerca.

—¿Qué dices? —preguntó con voz cristalina.

—Que no eres bastante valiente para venir aquí.

—Anda el señorico —dijo ella, cómicamente ofendida—. Pues no quiere poca comodidad. A ti es a quien te corresponde venir a mi lado, si quieres. Si yo fuera ahí, sería el mundo al revés.

No esperé que lo repitiera aunque, según decía antes, no tenía grandes deseos de mezclarme con aquellas chicuelas que a primera vista parecían campesinas analfabetas. Bien es verdad que para lo que yo las quería, sabían tanta filosofía como Sócrates, como se suele decir.

Pero así y todo.

Fui al lado de la más atrevida, que estaba en un extremo y se llamaba Isabel. Con ella había otras dos, y la del extremo contrario

tenía ya sus veintiocho o treinta años. Esta daba una impresión experta e inquietante, y me miraba en los intervalos entre dos películas —cuando encendían la luz— con cierta altiva ironía, como si pensara: «No me interesas porque eres tú un pipiolo, para mí».

La chica que estaba a mi lado se llamaba Isabel, era linda, pizpireta y parecía arrepentida de sus libertades, pero sólo cuando encendían la luz. Con la luz apagada se atrevía a todo. Tendría dieciséis años y sus pechos eran pequeños y duros, sin sostenes ni excesivas telas defensoras. Además, como llevaba una blusa abierta en la cintura, yo metía mi mano por debajo y la acariciaba desnuda.

Al principio me sentía terriblemente culpable pensando en Valentina, pero luego descubrí con espanto que aquel sentimiento de culpabilidad añadía algún aliciente al pecado. Estaba ya de una vez para siempre marcado por la señal ibérica y en general común, quizás, a todos los pueblos católicos, según la cual uno pasa a ser miembro de la comunidad esquizofrénica que cultiva el amor como virtud y el sexo como vicio. Comprendí que aquella circunstancia me alejaba de Valentina más que todas las intrigas del irreductible don Arturo. Si la cabeza del jabalí me había acercado momentáneamente a él, los pechos de Isabelita me alejaban, y la culpa del alejamiento la tenía yo.

Entre dos mordiscos a los labios de la muchacha, sentía el vértigo de una desesperación de veras mortal. Y... placentera.

Era bonita la chica. Su piel, como mármol tibio. Cogía ella mi sexo con una mano frenética y yo le mordía suavemente los labios. Fue aquélla mi iniciación en las cochinerías de los cines, donde todos los jóvenes españoles encuentran una compensación para su castidad católico apostólico romana. Ciertamente que no era gran cosa, pero en la adolescencia se aprovecha todo.

Al terminar la función, la amiga mía tenía las mejillas arreboladas y yo debía estar pálido. Habíamos hecho todas las cosas que pueden prácticamente hacerse en una sala pública con las luces apagadas.

Al salir miraba yo la puerta de mi casa, que estaba cerca, y pensaba que sería posible tal vez tener allí en mis brazos a Isabelita desnuda. Pero la más vieja de sus amigas, que se llamaba Trinidad, nos vigilaba con una expresión que podría ser de recelo. Y la tercera de las chicas parecía muda. No dijo una sola palabra. Miraba con ojos redondos y perplejos como un búho.

Me había dicho Isabelita en el cine:

—Esa chica grande es Trinidad, prima segunda mía. La llaman Trinidad de los huertos.

Imaginé yo —y más tarde vi que había acertado— que Isabelita admiraba a su prima porque se atrevía a acostarse como Dios manda con hombres hechos y derechos, es decir, que ya había pasado el período de las libertades en las salas oscuras.

Hice yo prometer a mi amiga que vendría al cine el domingo siguiente, pero un poco más tarde, porque así, cuando saliéramos estaría ya oscura la calle y tal vez sería más fácil, si venía sola, hacerla entrar en mi cuarto.

Yo no había tenido aún mujer alguna en mis brazos.

Aquel día, cuando me quedé solo en mi cuarto, estuve pensando en Valentina con no profundo sentimiento de culpabilidad.

Como decía antes, en España lo mismo que en todos los países católicos, el amor es una virtud y el sexo un vicio. En aquel caso el vicio era Isabel y la virtud Valentina, mi pobre Valentina lejana, que dormía sus siestas vernaes frente a los glaciares y al lago de aguas frías, en una altura blanca y azul de ángeles y de hielos caminadores.

A veces es fácil para mí reconstruir lo que en aquellos días pensaba, pero no lo que sentía. Aunque mis ideas las recuerdo también sólo en lo esencial.

Acostado aquella noche en mi cama, en aquel cuarto que no era parte de un hogar, sino aislado y frío como una celda carcelaria, oía el viento contra las torres de la colegiata y era de pronto el mismo viento de los valles de Aragón, el viento de las grullas transhumantes, el de los vados con hielos tardíos de marzo. El viento, también, de los vagos sueños infantiles con azucareros blancos en las montañas y un Dios vagamente propicio que parecía entretenerse bordando las toallas del baño y marcando nuestra ropa interior.

En el silencio de mi cuarto y con la finura de reacciones que da el abuso sexual —siquiera vicioso—, gozaba de todo aquello en zonas de mi sensibilidad que habitualmente no usaba. Por eso la reacción era más aguda y el camino desde la sensación —el mugido del viento— al sentimiento, al afecto, a la idea, a la noción relativa de las otras cosas, a lo inefable religioso —a lo que los curas llaman el espíritu—, se hacía por una escala nueva y casi virgen o virgen del todo.

Ahora, desde la altura de mi experiencia humana, pienso que aquél era uno de esos caminos —por decirlo con cierta pedantería— entre lo inmanente y lo trascendente en la dirección de un dios inalcanzable, pero sin duda gozadero para mi alma voluptuosa, sin necesidad de adularlo como hace la gente en sus oraciones. Transfería a lo religioso mi problema con Valentina.

Pensaba en aquella muchacha —Isabelita— desnuda y la imaginaba en mis brazos, allí, en la misma cama, con una especie de deslumbramiento. Pensaba también que la vida tenía soluciones para todas las cosas, incluso las más difíciles, y que la mejor era la mujer. El placer de la mujer abarcaba todos los

niveles del ser y los satisfacía todos. (Era, al menos, lo que yo pensaba entonces.) Con ella podíamos andar caminos abstractos y concretos aunque estuvieran cruzados a menudo de señales falsas, porque en el entenderlas está el mérito y, a veces —todavía—, lo que es falso en un nivel es verdadero en otro más alto.

Ese camino es como la escala de Jacob, y tiene ángeles que se descuelgan del cielo como en un ejercicio de circo usando trapecios invisibles.

La escala de Jacob se deshace de pronto y quedan sólo algunas piernas obstinadas en el aire y un ala de plumas negras y amarillas. Reconstruir a un dios legítimo por esas señales es difícil, pero no imposible, como los arqueólogos que reconstruyen con un solo diente el esqueleto entero del megaterio.

Reconstruir a Dios partiendo de un solo dolor nuestro es difícil, pero no es imposible. Yo podría intentarlo, eso. También puedo reconstruirlo, a Dios, en el rumor del viento contra las torres de las colegiadas, pero no siempre hay colegiadas y a veces hay que reconstruirlo partiendo de hechos bien diferentes: por ejemplo, los muladares a los que van a dar con sus huesos y su piel hinchada los animales pobres. Porque hay animales ricos y pobres. Qué pena, los pobres animales pobres que van sin esperanza junto al campesino acongojado en esas aldeas españolas donde nunca llueve.

O bien las voces proyectadas a ras del suelo por las vestales que cuidan del frío sagrado y que recuerdan los balidos de las ovejas recientes, y se confunden y nos confunden.

Las otras también, las vestales del miedo, que dicen que esos balidos vienen de las almas que no pueden elevarse porque el aire está impregnado del vaho de la sangre.

Para ver si eso es verdad o no, hay que arrodillarse y poner el oído en la tierra y oír el tenue siseo de la escarcha que va

cediendo bajo el sol y las alondras.

Pero el lugar mejor para esos ejercicios no es la tierra laborada, ni el paisaje de la hortelanía ni la ribera ni la mar.

Es, por ejemplo, aunque el lector se extrañe, el polígono de tiro que hay en las afueras de algunas ciudades aprovechando la oquedad natural de un barranco. (En este momento yo pienso en el polígono de tiro de Melilla.) Olvido decir que aquella aventura del cine contribuyó también a mi idea mudéjar de la urbe, o lo he dicho tal vez, pero vale la pena repetirlo.

Yo era entonces demasiado infantil para resistir la tentación de la arrogancia masculina y le conté al boticario mi aventura aunque considerablemente modificada para desorientarlo, porque bien estaba que conociera mi victoria pero no los términos exactos de ella, ya que era un macho, es decir, un posible rival.

La primera impresión del boticario fue de sorpresa y luego de una cierta envidia de galán sin fortuna. Él quería saber nombres, porque decía que conocía a toda la gente de su pueblo, yo le revelé —pérfido de mí— el nombre de Trini la de las Huertas. Entonces mi patrón frunció las cejas y puso un gesto agrio: —Esa mujer —me dijo— es una grandísima lagarta. Una mujer de cuidado. Todo el mundo la conoce —añadió sonriendo a medias—. Es una mujer con mucha trastienda, y hay que recelar porque tiene sus trucos.

—¿Qué trucos?

—A lo mejor —explicó, distendiendo sus labios de camello de nácar— está embarazada y quiere encontrar un editor responsable para lo que nazca. A mí no me atrapan fácilmente, por muy avispadas que sean esas mujeres. A mí, no.

Parece que tenía razón y que Trini era esa moza fácil de todas las ciudades pequeñas que concentra en su generosa persona las malquerencias de los puritanos. Había tenido varios amantes y

quería hacer compatibles los respetos de una sociedad convencional y los placeres del libertinaje, lo que en una ciudad pequeña es imposible. Mi patrón tardaba en decir la palabra definitiva y por fin la sustituyó con un eufemismo: —Esa mujer es una raspa y yo, en el caso de usted, andaría con pies de plomo. Una raspa.

Después de un largo silencio, mi patrón preguntó: —¿Dónde se ven ustedes? ¿O es demasiado preguntar?

—No nos vemos todavía en ninguna parte. Supongo que en el campo, nos veremos, si llega el caso.

El amor ilícito de los campesinos suele tener por techumbre el cielo estrellado y por lecho las agujas mullidas y bienolientes de los pinos. Yo era mancebo de botica y pobre como un jornalero del campo. Además, no quería confesar al boticario que mi conquista se llamaba Isabel y que esperaba llevarla al cuarto donde dormía.

Todavía hoy me maravillo de aquella habilidad precoz según la cual, en lugar de decirle a mi patrón que mi amante potencial era Isabelita, le dije que era Trini. Un viejo atavismo me hacía mentir en aquella delicada cuestión.

El boticario tenía pánico de Trini, y por su manera de hablar de las relaciones sexuales sospecho que no conocía otras experiencias que las de algún burdel de Barcelona o de Madrid. Más bien de Madrid, en cuya universidad había estudiado. Lo más cómico es que yo advertía, en su manera de hablar, como una reserva de admiración y de reconcomio. Tal vez de envidia. A él lo perseguían las muchachas casaderas (algunas muy hermosas, es verdad) para llevarlo al altar vestidas de blanco, y él las esquivaba prudentemente y se hacía valer. A mí me buscaban las pícaruelas de la ciudad con fines menos egoístas. No estaba yo en edad de casarme ni de sostener un hogar. Me buscaban porque la edad lo requería, y las vírgenes lo son para dejar de serlo y los

adolescentes quieren besar y ser besados por adolescentes. Mi patrón tal vez me tenía envidia, pero era en todo caso una envidia sin veneno.

—Tenga usted mucho cuidado con esa calandracca —insistía, mirándome a través de las gruesas gafas que aumentaban monstruosamente sus ojos.

Yo pensaba que no tratándose de Trini la experta sino de la tierna Isabelita, no había que tener cuidado alguno.

Sin embargo, a veces me acordaba de la escoba de los sifilazos, de Letux.

La pobre Isabelita era como una fruta temprana, y no podía haber en ella bacilos demasiado mórbidos y mucho menos los espiroquetas vulgares. Tal vez ella era casi inmaculada y si no lo era del todo se debía a mí, probablemente. Como ve el lector, ya comenzaba yo, macho incipiente, a hacerme ilusiones y a construir paraísos.

Como decía antes, el sexo es pecado en España, es decir, el amor magia blanca y el sexo magia negra. El sexo el demonio, y el amor el ángel.

Valentina era mi virtud y en cambio Isabelita mi vicio juvenil. La pobre Valentina comenzaba a ser víctima de los prejuicios de su clase social. Eran casi ricos y debían hacerse «casi inaccesibles». Todo en España es casi, menos los hombres y las mujeres del pueblo, que son lo que quieren ser, franca y totalmente, con todas las consecuencias. Como Checa, el mártir Checa, en quien pensaba cada noche al acostarme, como otras personas piensan en san Juan o en san Felipe.

Soñaba yo con Isabelita que vendría sola al cine un poco más tarde, el domingo próximo. No conocía yo de ella sino sus senos y sus muslos —y sus labios—, y su lengüecita de serpiente gustosa y viva. Nunca pude imaginar que tuviera la lengüecita de una virgen

un sentido sexual. Iba aprendiendo.

Mientras llegaba el domingo, tuve que atender tareas mucho menos agradables, por ejemplo cocer flor de azufre en un recipiente de cobre y un infiernillo de petróleo. Como los vapores que salían de aquella mixtura eran de un olor a huevos podridos insoportable, el boticario me dijo que pusiera el infiernillo y el pequeño caldero en la puerta de la parte trasera del edificio, es decir, en el umbral que daba a la plazuela de la colegiata. Así los malos olores que infestarían aquella parte de la ciudad no serían relacionados directamente con la farmacia, sino más bien con el templo.

En mi casa, la gente que habitaba el edificio entraba y salía por la puerta de la calle Mayor y no por la plazuela de la colegiata, porque esta puerta se usaba sólo para los servicios. Mi patrón vivía con su padre en la casona provinciana donde había nacido, bastante apartada de la farmacia, en la parte más alta de la ciudad.

Toda aquella gente estaba lejos de mi apestosa tarea.

Aquel cocimiento de azufre tratado después con algún otro ingrediente, iba a convertirse en una pomada contra la sarna de los animales o de las personas. En la farmacia de Zaragoza donde había estado antes, no había vendido nunca nada contra la sarna, pero al parecer en las pequeñas ciudades mudéjares había sarna como en la Edad Media.

Durante tres días mi barrio entero olió a demonios coronados.

En la calle Mayor, frente a la farmacia, había un almacén de muebles, y el hijo del dueño, que era amigo mío, se pasaba el día en la tienda. A veces hablábamos a través de la calle. Era un joven de aspecto ordinario, pero tenía sus rarezas. Se escribía cartas a sí mismo, las echaba al correo y, cuando llegaban, las leía con una

expresión intrigante y satisfecha. Eran cartas recordándose algunas cosas que tenía que hacer: por ejemplo, ir al sastre a probarse un traje, llamar a los carpinteros restauradores para barnizar algo o poner una pata nueva a un mueble.

Cuando vio que aquellas cartas intrigaban a sus empleados — un aprendiz y un oficial—, les dejaba que pensaran lo que quisieran y, naturalmente, ellos pensaban que eran cartas de mujeres. Se llamaba, mi vecino, Santiago.

Parece que, estimulado al ver que aquellas cartas que se dirigía a sí mismo intrigaban en el taller, comenzó a escribirlas de apasionado amor, en papel perfumado y firmando con el nombre de una mujer: Felisa. A veces me enseñaba a mí alguna de aquellas cartas, con un gesto de satisfacción y superioridad.

El que me puso al corriente de aquella manía de Santiago fue un chico de la escuela de los frailes escolapios, que se llamaba Tadeo y que era un pequeño monstruo de fealdad. Bueno, no tan pequeño, porque era el más alto de todos nosotros. Tadeo andaba siempre buscando dinero, y había tenido un incidente de cierta gravedad en su familia. Tenía una tía vieja y soltera que adoraba, como suele suceder, a un canario cantador. Fue Tadeo a pedirle a su tía cinco duros para alguna secreta e importante necesidad, y como su tía se los negaba, abrió la jaula, cogió el canario y lo acercó a su boca. Dijo, con aquella voz suya a veces cavernosa y a veces quebradiza: —Si no me das los cinco duros, me como el canario.

Su tía corrió a quitárselo:

—Deja a Mimosín en paz.

De acuerdo con su amenaza, Tadeo se comió el canario. Se oyó el último grito del pobre animal dentro de la boca, mi amigo lo masticó sin prisa, lo tragó, fue tranquilamente al trinchero, se sirvió un vaso de vino, lo bebió y se fue pisando fuerte mientras su

tía, caída en un sillón, era presa de un ataque de nervios. En intervalos regulares suspiraba: —Mimosín..., Mimosín querido..., ¿qué, han hecho de ti, Mimosín?

Pero el canario estaba acabado sin remedio, y, cuando Tadeo vino a la farmacia minutos después y me lo dijo, le aconsejé prudentemente que tomara un vaso grande de leche porque le ayudaría a digerir las plumas. Él se encogió de hombros como si pensara: ¡Bah, canarios a mí!

La tía quiso vengar la muerte de Mimosín y acudió a su hermano, el padre de Tadeo, que era el notario del pueblo, pero éste le dio la razón en todo y luego se rió a solas de la ocurrencia de su hijo y no le dijo nada.

Un día vino a la farmacia mi vecino, con una carta de Felisa en la mano. Yo miraba la carta de reojo y Santiago la dobló y se la guardó, como si quisiera decir: «Tu curiosidad es impertinente y no conseguirás la menor confidencia mía».

Daba Santiago la impresión de ser un joven furiosamente entregado a los placeres solitarios. Yo le recomendaba pildoritas de alcanfor, que son anafrodisíacas.

—¿Pildoritas? Yo no necesito nada. Yo me siento mejor que nunca —decía.

Solía llevar nueces en el bolsillo y partirlas y comerlas mientras hablaba. Yo sabía que ese fruto era un estimulante sexual, pero Santiago nunca atendía consejos. Estaba muy satisfecho desde que su padre había cambiado la razón comercial «Avendaño, mueblista», por «Avendaño, e hijo, mueblistas».

No solía yo ir a misa. Mi patrón no era muy católico y no se le ocurría ofrecerme, el domingo por la mañana (la farmacia estaba abierta hasta el mediodía), tiempo para asistir a alguna de las misas que se celebraban en la colegiata. Yo no iba. Pero me asomé alguna vez para comprobar lo que me había dicho Elíseo, es decir,

que era un templo muy meritorio por su antigüedad.

No sabía entonces nada de arquitectura y apenas distinguía un estilo nuevo de otro antiguo, aunque delante de las obras de arte antiguas o modernas tenía reacciones.

Por ejemplo, cuando vi años más tarde El Escorial pensé en el arquitecto y me hice una idea de él. Un hombre con calzas rojas y barbas grises y rollos de papel bajo el brazo.

Esa idea mía de Herrera parecía un poco más autorizada por el hecho de que vivía yo en un parador que tenía el nombre del arquitecto, en una placita bautizada también con él. Fue Herrera un hombre de largos y hondos silencios, iguales a los del monasterio y de la plazuela de su nombre.

Todos decían que el estilo de El Escorial era demasiado frío. Yo pensaba para mí: Sí, tan frío que quema.

La casa donde yo vivía era de piedra y de la misma época de la construcción del monasterio, con un enorme patio casi medieval, habitaciones cuadradas de alta techumbre y muros encalados y austeros. Nadie hablaba pero, cuando hablaba yo, mi voz tenía eco en todas partes.

Mi parador tenía balcones de granito, con bolas ásperas en las esquinas.

Allí dormía yo mi sueño de hombre joven y, de día, pensaba en Herrera a través de su obra. Tenía una idea gratuita, pero muy concreta y favorable de Herrera, a través de sus estructuras de piedra. Era un místico de la forma, es decir, un hereje a lo divino, granítico extático.

Luego leí crónicas históricas y biográficas y conocí a Herrera documental y más directamente. Tuve que rectificar. Entre el autor que concebí, ideador y constructor de El Escorial, y la figura histórica, había diferencia. Si pudiera conocer personalmente a Herrera como hombre vivo y tratarlo como a un vecino o amigo,

supongo que tendría que rectificar otra vez.

Esas rectificaciones escalonadas son todo lo que la sabiduría puede darnos, y en su sencilla complejidad nos ofrecen el fenómeno de nuestro conocer de la creación.

Y de su autor.

Por la naturaleza exterior y la nuestra íntima, nos hacemos una idea de Dios.

Luego lo vamos conociendo y tenemos que rectificar, no importa si para mejorar esa idea o empeorarla. Lo que cuenta es la rectificación.

Esas rectificaciones y reajustes se hacen sobre la base del conocimiento de lo nimio y de lo trivialmente exacto, en lo que se basa también el descubrimiento poético.

Por ejemplo, dos y dos son cinco y demostrar por qué. (Yo no tengo ya tiempo para intentarlo.) No sé por qué me permito estas divagaciones. Lo único interesante de mi vida no es lo que pensaba entonces, sino lo que hice y vi y viví.

Debía limitarme a mi relación. En aquella época yo tenía presentimientos de orden metafísico y, aunque no sabía en qué consistían, gozaba de ellos o sufría con ellos como cada cual.

Mientras llegaba el domingo, comencé a tratar de mezclar en mi imaginación a Isabelita y a Valentina, es decir, a confundirlas físicamente. Es posible que tuvieran algún parecido, porque Isabelita era también de color trigueño con una piel tensa y perlada.

No conseguía hacer de ellas una sola persona, pero la posibilidad de lograrlo me embriagaba y me daba una rara locura.

No pensaba en otra cosa. Aunque me hubiera olvidado de Isabelita, el boticario me la recordaba sin querer: —¿Va usted a ver a Trini el domingo? —me preguntaba, con su voz metálica y aguda.

La mujer en quien él pensaba y la que recordaba yo eran diferentes.

Todos los amantes campesinos se citaban en la alameda, allí donde la ciudad comenzaba a hacerse agrícola. Un poco más lejos era ya campo agreste. Y mi patrón repetía lo mismo, aunque variando el calificativo de la Trini: «Es una mujer muy zorra». Oyendo al boticario, yo pensaba en Trini como en una de aquellas cortesanas famosas de la historia, aunque limitada al escenario mediocre de un pequeño burgo. Otras veces, el boticario me decía: —Mucho ojo con esa pescueza.

Nunca dijo la palabra «puta», que tal vez le parecía indigna de sus labios de farmacéutico graduado en la ilustre universidad de Madrid.

A veces venían gitanos a la farmacia. Es decir, gitanas, porque ellos no se atreven a entrar en lugares limpios y de aspecto más o menos rico y procer. No se atrevían, porque sospechaban que habría alguno que les saldría al paso en la misma puerta y no les dejaría entrar. Con las gitanas había un poco más de tolerancia, por el simple hecho de ser mujeres.

Y sobre todo, si eran bonitas.

Pueden ser muy salvajes, las gitanas, aunque sean jóvenes y lindas. Recuerdo que una vez vinieron cuatro o cinco —siempre van en cuadrilla— y a la más bonita yo le dije un piropo. Ella me miró con iracundia y dijo a la que tenía al lado: —Tú, pásame la navaja.

Entonces le dije que si iba a matar a todos los hombres a quienes ella gustaba, pronto se acabaría la población masculina. Ella se calló, mirándome de reojo con sus ojos verdes, amenazadora.

Luego se pusieron a hablar del busnó, de si había que hacer o no hacer daño al busnó, y de las fatigas que el busnó les hacía

pasar.

El busnó es el macho cabrío y también el diablo y el marido engañado y, por extensión, el hombre que llevaba barbichuela, como el padre de Elíseo. Es probable que se refirieran a él, porque como secretario del Ayuntamiento debía a veces tomar medidas contra los gitanos.

Seguía dándome la ciudad la impresión de un lugar donde cada cual hacía su propia ley. Más tarde supe que en el siglo XVI una dama importante, Ana Enríquez, hija de los marqueses de Alcañices, fue penitenciada por la Inquisición en el mismo auto de fe en que fueron quemadas las personas más conspicuas del famoso proceso de los Cazalla. Se la acusaba de haber dicho que no había que confesarse con los curas, sino directamente con Dios, y que la Iglesia era un engañabobos. Aquella inteligente mujer podría muy bien haber nacido allí.

La proximidad del domingo me llenaba de esperanzas y también de sentimientos anticipados de culpabilidad en relación con Valentina. Yo le escribí varias cartas, una de ellas con una cita de Séneca: Curas leves loquuntur, ingentes stupent.

Que quiere decir que las emociones ligeras se expresan y las profundas no pueden decirse. Así me pasaba a mí con ella. Le hablaba también del castillo, y trataba con eso y otras cosas de prestigiar el lugar donde vivía.

Pero los castillos del Alto Aragón eran más viejos, y se confundían con la piedra basamental y se llamaban rocas fuertes. Había ermitas cerca, a veces, y si la ermita parece una avanzada del castillo, éste tiene a menudo carácter religioso. Hay por allí coplas que suenan a la baja Edad Media:

*De la ermita del Pueyo a la almendrera,
ha perdido a niña
o que teneba.*

En el Bajo Aragón se habla ya como en las ciudades modernas, pero en la parte del Alto Esera y en los lugares donde veraneaba Valentina se canta a veces:

*Bailamos el alacay
con el chillo y el tambor, si damos la cara al cierzo lo
bailaremos mejor.*

Otras veces la canción es un refrán ligado a los vientos y las nubes que dañan o que hacen bien, según lo que traen, y así, cerca de Jaca se dice:

*Nube que baixas d'Ansó si eres agua ven acá.
si granizo, tente allá.*

Otras encontramos de pronto una estrofa que parece una raíz aún tierna y húmeda de los más elementales brotes de la más antigua y vieja y universal poesía. Tan simple, que parece expresada sin palabras y nos da una imagen viva e inalterada a lo largo de los milenios:

*Vide al infante llorar a la costa de su madre y a las tetinas
tetar.*

Esa es la poesía a la que habría que volver, pero no es fácil, porque los poetas han perdido hace tiempo la inocencia.

La ciudad donde yo estaba era, como digo, tierra baja, con brisas ya del levante mediterráneo.

Yo pensaba: «Si Valentina supiera que tengo los domingos una amiga campesina a quien acaricio y que probablemente va a venir a mi casa, no sentiría celos». ¿Cómo era posible que Valentina tuviera celos? Por eso me parecía mi conducta más

miserable.

Y sin embargo esperaba el domingo lleno de impaciencia.

Pero precisamente aquel domingo don Víctor V., padre de mi amigo Elíseo, decidió que íbamos al Cabezo del Cuervo, lugar donde unos profesores de Tarragona habían encontrado puntas de flecha y trozos de cerámica prehistórica. Don Víctor, que era hombre aficionado a aquellas cosas, decía que los yacimientos pertenecían al grupo almeriense y añadía con entusiasmo otras cosas no menos sensacionales.

Vino a la farmacia para llevarme a comer a su casa y salir luego todos de allí. Don Víctor, con sus barbas recortadas a la francesa, era como un agente del destino que velaba sin querer por la pureza de mi conducta. Yo no quería ir en modo alguno.

Pero ¿cómo iba yo a decir que no a un hombre afable, mayor y sobre todo barbado?

Cuando llegó a la farmacia estaba allí el médico don Bruno, y al decir que no me sentía bien y que me dolía la cabeza, me aconsejó que fuera con don Víctor porque aquella excursión me harían bien. Yo alegué que me esperaban en la casa campesina para comer, y que no había avisado. No quería ir al Cabezo del Cuervo ni tampoco a casa de don Víctor, y aunque este grave señor me parecía digno de respeto y amistad, era amigo de mi padre y me invitaba para complacerlo a él y no a mí.

Además, sus hijos se consideraban superiores por el simple hecho de que yo trabajaba en una farmacia y ellos no. Especialmente Elíseo, que además tenía dos años más que yo, lo que representaba una superioridad incómoda.

Como si el cambio de objetivos pudiera influir en mi decisión, don Víctor dijo, con el acento del que hace concesiones difíciles, que en lugar de ir al Cabeza del Cuervo iríamos al Cascarujo, donde había un yacimiento no tan antiguo pero muy interesante

también, de un período mixto celta e ibero del siglo vi antes de Cristo. Don Víctor me hacía merced de quince mil años de desarrollo histórico, y esperaba a ver lo que decía.

—Es que... tengo que ir a avisar a la señora Bibiana, que me espera. Lo mejor será que vaya a comer allí.

—La verdad —comentaba el padre del farmacéutico— es que Pepe no tiene mucho interés por el Cabezo del Cuervo ni por el Cascarujo. Como dice la Biblia, «dejad que los muertos entierren a los muertos», ¿verdad?

Después de una breve discusión, don Víctor se rascó la barba sumido en graves reflexiones y dijo que tendría que ir a su casa, porque su hijo iba a prestarme los libros del sexto año del bachillerato, según mis deseos. Yo creía que su hijo podría traérmelos, los libros.

En fin, quedamos en que iría a comer a casa de la señora Bibiana y volvería a la farmacia, adonde vendrían a recogerme. Yo repetía de vez en cuando que no me sentía muy bien y que tenía zumbidos en el lado derecho de la cabeza. Dejaba sentada aquella premisa para maniobrar más tarde según como se presentaran las cosas.

Fui a casa de Bibiana. Aquel día había en su casa otra mujer y con ella su hija, una niña de unos catorce años, bastante lozana y atractiva. Yo la miraba demasiado, y las dos mujeres viejas se dieron cuenta.

Iba a marcharse la madre y hablaba de dejar a la mocita allí para volver más tarde a recogerla, pero mientras hablaba me miraba a mí con recelo, como si pensara: «ese chico se va a quedar aquí algún tiempo con ella y mi niña le gusta. Si se queda aquí con ella ¿qué le hará?». La madre me miraba a mí, la chica miraba a su madre y la señora Bibiana iba y venía con los platos, la sal, el pan. Todos callábamos, pero al parecer, pensando en lo

mismo. Y Bibiana, con su voz alta y sin control, dijo de pronto, dirigiéndose a su vieja amiga: —Deja aquí a la doncelleta y no pases cuidado, que el hombre y las bestias salvajes no hacen mal en el lugar donde comen.

Yo aseguré a las tres mujeres que tenía que salir en seguida porque me esperaban. Así, pues, con el postre en la mano volvería a la farmacia.

—¿Algún enfermo grave? —preguntó Bibiana.

—Muy grave.

Ellas se pusieron a hablar de la gente que moría y de si en la parte alta de la ciudad morían más jóvenes que en la baja. La chica de catorce años me miraba un poco impresionada, como si yo fuera un famoso doctor, lo que no me disgustaba. Ahora su madre parecía un poco decepcionada de que me fuera tan pronto yo, que había mostrado interés por su niña.

Como digo, volví a la farmacia, pero dispuesto a desairar a don Víctor, me acosté en la cama como si estuviera enfermo aunque sin desnudarme del todo, es decir, en mangas de camisa y sin zapatos. Cuando llegaron, les abrí la puerta: —La verdad es que no me siento bien —repetí.

Elíseo miraba el cuarto con una curiosidad distante, como si pensara: «Aquí es donde duerme este ser ordinario que nunca pertenecerá al cuerpo jurídico de la Armada». Don Víctor tomaba en serio mi estado de salud y hablaba de avisar a don Bruno. Estaba visto que ningún pretexto me valdría y que estaban decididos a llevarme consigo, de grado o por fuerza. Yo me puse en pie, resignado: —Está bien, vámonos. Cuanto antes, mejor.

—No, Pepe, si no quieres venir... —decía don Víctor, mientras Elíseo iba dejando en la mesa los libros que había traído.

Aquella atención me obligaba más, pero ¿cómo iba yo a sacrificar a Isabelita por una excursión con don Víctor al Cabezo

del Cuervo?

Mientras salíamos, Elíseo dijo que habían decidido ir a los dos lugares, al Cabezo y al Cascarujo, como si dijera: ¿no quieres caldo? ¡Taza y media!

Venían otros dos hijos de don Víctor, muy pequeños. Uno se me aficionó en seguida y me cogió la mano. El otro no quería ser menos y se colgó de la otra. Los dos querían que les regalara pastillas de mentol de la farmacia, pero yo no les hacía caso. Me decía entre dientes, mirando al cielo: «Dejad que los niños se acerquen a mí... —como en la Biblia, pero añadía—: y veréis la patada que les doy». Sin embargo, allí delante de su padre tomé un aire neutro, de circunstancias.

Probablemente Isabelita iría tarde al cine, como yo le había dicho, pero era posible que al ver la tardanza mía se enfadara y buscara la amistad de cualquier vecino, como antes había buscado la mía.

Esta reflexión me irritaba, como si yo tuviera ya derechos sobre Isabelita. Y trataba de imaginar que su vecino metía la mano por debajo de su blusa para cogerle un pecho desnudo, y luego el otro mientras la besaba frenéticamente. Entretanto estaría yo con un niño a cada lado buscando pedazos de cerámica en el Cascarujo (¡vaya un nombre grotesco!) o puntas de flecha en el Cabezo del Cuervo.

Iba haciendo don Víctor alardes de erudición sobre el período neolítico y la cultura almeriense, y explicaba cómo se hacían los enterramientos en un período y en otro. En todo aquello siempre debía intervenir alguna clase de patriotismo, y el barbado patriarca decía que los franceses no tenían nada tan antiguo como Morella y aludía al magdalenense y al aurignaciense. Decía aquellas cosas dirigiéndose a mí, como si yo fuera un arqueólogo.

Viéndome aburrido y desanimado, trató de mostrarme el

lado práctico de la excursión.

—Todo esto te puede servir para tus cursos en los escolapios, Pepe. ¿No te das cuenta?

Le dije que en mis cursos no había prehistoria ni cosa parecida. Había sólo historia natural. Y don Víctor añadió, irreductible: —Muy bien. Mientras nosotros buscamos puntas de flecha, tú puedes buscar fósiles. Cada cual a lo suyo.

—¿A qué hora volveremos? —preguntaba yo, aburrido.

—No antes del oscurecer —decía Elíseo, que se dio cuenta de mi prisa y quería hacer las cosas lo más incómodas posible.

Pero don Víctor volvía a su tema favorito. En el Cascarujo había alfarería ibérica y también celta. Los celtas preferían pintar caballos y los iberos, toros.

—¿Está seguro de que son toros? Podrían ser vacas.

Al lado del camino había una comiendo hierba. Y el más pequeño de los hijos de don Víctor, soltando mi mano, señaló a la vaca y preguntó: —¿Esa vaca es un toro?

Su padre rió y el chico, que tenía sus buenos seis años, comenzó a lamentarse de tener que caminar tanto. Yo lo miré por vez primera con simpatía.

—No te quejes —le dije para que lo oyera su padre—, que volveremos pronto. ¿Verdad, don Víctor?

Peto el busnó feliz volvía a decir que los celtas estimaban mucho al caballo. En cierto modo era el animal sagrado para ellos. Ese «cierto modo» no sé qué clase de limitaciones establecía. Para los iberos, en cambio, el toro era el animal tutelar.

Y el chico, sin haber tenido una respuesta sobre la vaca, decía que tenía sed. Yo le respondía: —Tienes que aguantarte hasta volver a casa, porque el agua del río o de los arroyos es malsana y da fiebres, ¿verdad, don Víctor?

El no solía escuchar, era hombre de fijaciones obtusas y

encarnizadas. En aquel momento hablaba del neolítico del Cabezo del Cuervo y de las puntas de flecha de sílex.

El niño, que no quería caminar, me preguntaba: —¿Es verdad que los antiguos hacían cuchillos de piedra?

—Verdad es —le respondió su padre— y esos cuchillos cortaban como navajas de afeitar, hijo. Yo podría afeitarme con esos cuchillos muy bien.

Dándose cuenta de que todos pensábamos en su barba, añadió: —Si quisiera afeitarme, claro. Pero no quiero, ¿Cuándo he dicho yo que quería afeitarme?

Caminábamos de prisa y seguíamos hablando de las barbas. Poca gente usaba barba, entonces. Yo hablé de una mujer barbuda que vi en el circo, y todos pusieron gran atención. Añadí, por mi cuenta y mintiendo, que estaba casada y que conocí a su marido en los pasillos del circo.

—¿Tenía barba también? —preguntó Eliseo.

—No. Estaba afeitado. Vivía de las barbas de su mujer. Y yo le dije: su esposa parece hermosa a pesar de las barbas y todos nos preguntamos en el circo: ¿por qué no la hace usted afeitarse? El marido hizo un gesto raro y respondió: ¿Afeitarse? No. ¡Qué asco! Parecería un hombre.

Elíseo me miró sin reír, extrañado. Los pequeños rieron por cortesía y el que rió de buena gana fue don Víctor: —¡Qué salidas tienes! —me dijo cuando acabó de reír—.Ya me había dicho tu padre que eres un sinsubstancia.

Seguía Eliseo mirándome con una curiosidad despegada, y un poco celoso porque había hecho reír tanto a su padre.

Tardamos bastante en llegar al Cascarujo, y cuando llegamos calculé el tiempo. Por fortuna, no era hora todavía de comenzar el cine, y mi Isabelita no estaría aún allí.

Don Víctor nos desplegó como a un Ejército en ataque, y al

decirme cuál era mi puesto, repitió condescendiente: «Tú no tienes que buscar pedazos de alfarería, sino fósiles». Yo callaba y pensaba: «¿Qué más fósil que tú?».

A mí el pasado y el futuro me eran indiferentes. Me interesaba sólo el presente y no precisamente el de Cascarujo (¡vaya un nombre desdichado!). El niño que preguntaba si la vaca era un toro, vino y me cogió la mano, pero su padre, como un capitán en acción, le llamó al orden y le hizo volver a su puesto. Iban todos mirando al suelo y caminando despacio como si estuvieran muy tristes, y don Víctor quiso reanimarnos diciendo que si descubríamos algo sensacional podríamos hacer ilustre nuestro nombre como el marqués de Cerralbo, gran arqueólogo.

Y concluía:

—Nuestra línea es la misma línea celtibérica de Numancia, que derrotó a los Escipiones romanos.

El lado patriótico no se le olvidaba nunca a don Víctor.

Yo pensaba que sería una desgracia encontrar algo, porque el hallazgo le estimularía a seguir buscando. Él hablaba de Numancia y del marqués de Cerralbo con gran abundancia de datos.

No quería yo hacerme inmortal encontrando cazuelas rotas o fósiles, sino ser mortal y ordinario al lado de Isabelita. Al fin, también la mujer ofrece alguna forma de inmortalidad en la fecundación y en la sucesión de las generaciones, y es un poco más amable ese procedimiento que el del marqués de Cerralbo en Numancia.

Naturalmente, esto no lo decía. Tampoco lo pensaba, pero lo sentía en mi sangre mientras los otros buscaban cazuelas rotas.

Si he de decir la verdad, no esperaba mi iniciación en el amor sin un poco de inquietud. Habría sido mayor si la mujer, en lugar de ser mi Isabelita semivirginal (tal vez virginal), fuera la experta Trini. Al fin, mi supuesta amante sólo tenía un año más que yo, y

estaba quizá tan deseosa de llegar al acto como yo mismo y más inquieta, porque la mujer arriesga algo, en eso, mientras que el hombre no arriesga nada. Si hubiera sido Trini, ella tendría la iniciativa y yo habría sido víctima de una especie de violación. Pensando en esto, recordaba lo que me contó un estudiante de los escolapios, chico muy simple, diciendo que a un pobre vagabundo que vivía debajo de un puente lo violaron cuatro lavanderas desvergonzadas. Cuatro, una detrás de otra, al pobre hombre.

Pensando en Isabel mientras buscábamos testimonios de la vida del pasado, yo sentía el deseo y el recelo compensados. Y un inmenso aburrimiento. «Para esto sirve la vida de familia — pensaba—, para destruir lo que hay de vivo en la gente.» Si los amigos de la familia, por ese simple hecho, son ya nocivos y nefastos y le llevan a uno a lugares tan absurdos como el Cascarujo ¿a qué miserables lugares no le llevará la familia misma?

El caso era que don Víctor encontró algo empotrado en el suelo y nos llamó en su ayuda. Comenzamos a excavar alrededor cuidadosamente porque, según don Víctor, tan importante como el objeto era el lecho en el cual estaba. Era un casco de pichel o tinaja, pero mientras buscábamos en el lecho yo hice alguna torpeza y el casco de tinaja se rompió.

—Caramba, Pepe, a ver si pones atención, porque parece que estás en Babia.

—¡Bah!, eso no tiene ningún valor.

—¿Quién sabe si tiene valor o no? Primero vamos a desenterrarlo.

Cada vez que los niños estaban libres de la atención de su padre volvían a mí, y el más pequeño me cogía otra vez la mano. Había decidido hacer de mí su niñera. Bah, niños. Yo tenía millones de gérmenes en mis glándulas, gérmenes nuevos y nunca

usados, aún. Cada uno de ellos era un niño en potencia y todos gritaban en mi sangre pidiéndome que les ofreciera la oportunidad, la única que iban a tener de venir a la vida. Muchos se malograron el domingo anterior y perecieron en la frialdad de la sala oscura, surgidos con vivacidad y alegría a una nada viciosa. Aquello no debía repetirse, pero tampoco podía evitarlo.

Aquél era mi día, el día en fin de mi primera cita seria con una verdadera mujer, pero se había interpuesto el busnó. Don Víctor quería hacer ilustre su nombre y allí estaba yo, esclavo de su gloria.

Por fortuna el trozo de cerámica era de un cántaro moderno roto en alguna fiesta campestre y, para mayor ignominia, en el lecho se encontraron dos botones de gabán y un pequeño harapo al que habían estado cosidos. El cántaro tenía, por si quedaba alguna duda, un letrero que decía: «Viva mi d...»: La parte que faltaba era fácil de reconstruir: «Viva mi dueño». Yo aguantaba la risa y don Víctor, que se había hecho tantas ilusiones con aquel hallazgo, se decepcionó y por un momento creí que iba a dejar las búsquedas para otro día.

Lo que hizo fue cambiar de lugar. Por otro lado de la colina se puso a apartar una capa de cuarzo y feldespatos (esos toscos cristales naturales que se llaman «espejuelos de asnos»), con el mismo buen ánimo de antes. Yo dije al niño pequeño que aquellas piedrezuelas planas y transparentes se llamaban «lentes de burro» (traduciendo el nombre al lenguaje vulgar), y al chico le dio tanta risa que el mismo padre interrumpió el trabajo y se lo quedó mirando, intrigado. El muchacho, con el aliento cortado, repetía: —¡Espejuelos de burro!

—... de asno! —corrió don Víctor, y en aquel momento se le cayeron sus propias lentes.

La ocurrencia hizo reír más al muchacho, quien repetía:

«¡Gafas de asno!». Pero su padre volvía a corregir: —No gafas, sino espejuelos. ¡Espejuelos de asno!

Y se ponía los suyos, después de haberlos limpiado contra la chaqueta.

Al salir de casa yo había confiado en que podría haber una tormenta, algún hecho inesperado que nos obligara a volver, pero el cielo estaba limpio como una patena y sin la más pequeña nube. Para justificar mi impertinente desaliento, dije que lo mejor sería volver otro día con un mapa de aquellos lugares donde los arqueólogos habían excavado anteriormente, es decir, con alguna clase de orientación y no a ciegas. Porque, yendo a ciegas, sólo encontraríamos espejuelos de asno.

Su padre interrumpió la búsqueda, me miró encarnizada y silenciosamente y comenzó a explicar qué lugares de aquel valle eran los más probables y cuáles los menos. Yo me permití decir, sólo por poner dificultades, que el lugar donde estábamos no era a propósito porque los antiguos, igual que los modernos, cuando levantan una vivienda en el campo buscan siempre un terreno donde el agua de lluvia no se estanque y no pueda llegar fácilmente el río en caso de crecida y de inundación.

No sé si en serio o en broma, don Víctor me preguntó cuáles eran los lugares según mi opinión, y yo los indiqué al azar. «Pues allí —dijo él— vas a ir tú solo, a ver lo que encuentras, ya que sabes tanto.»

Se sentó y nos sentamos todos cerca de él. Entonces se puso a hablar de religión, dijo lo que sucedía en el cielo, en el purgatorio y en el infierno y después preguntó al chico menor a cuál de aquellos sitios quería ir.

—Yo quiero ir a casa —dijo, muy razonable.

Todos soltaron a reír.

Estuvo don Víctor un momento vacilando (se diría que se le

contagiaban nuestras impaciencias), pero se reafirmó en sus propósitos y comenzó a marchar en dirección de los promontorios que había indicado.

—Microlitos. ¡Aquí hay microlitos!

Mientras yo acudía a su lado, él decía a su hijo mayor que hasta entonces aquellos yacimientos habían dado sólo alfarería celtibérica y alguna falcata y hebilla de hierro, pero que él encontraba microlitos.

—Es del aurignaciense —dijo, mostrando unas puntas de sílex de forma triangular.

Yo no entendía una palabra, aunque recordaba las expresiones de los historiadores del neolítico, y dije: «¿No será perigourdiense?» Don Víctor me miró, sorprendido y con el gesto del que se siente insultado. Su hijo Eliseo, que en aquel momento tenía una expresión femenina o seráfica —solía tenerla siempre que hablaba con su padre— me miró con desdén y dijo: —¿Qué sabes tú de esas cosas, Pepe?

Por si no bastaba, Eliseo añadió que yo siempre estaba hablando de temas para los que no estaba preparado.

Dije a don Víctor, sin dignarme responder a su hijo, que aquello que parecía punta de flecha y que me estaba mostrando no era sino un microburil o microescalpelo (palabra que vagamente recordaba de mis textos escolares), y don Víctor pareció de pronto interesado en mis opiniones. Con asombro de su hijo, me dio la piedrecita, que yo observé con aire experto.

—Tiene usted razón —dije, devolviéndosela—. Parece ser una punta de flecha.

Creía don Víctor que podría haber algún enterramiento en los alrededores y que la flecha podría pertenecer al ajuar de un difunto. Yo seguía opinando como si de veras supiera de aquellas cosas. Don Víctor no tenía por qué dudar de mis conocimientos.

Eliseo se desentendió de nosotros y se puso a buscar por su cuenta. Decía que quería encontrar alguna fíbula de hierro, y su padre le dijo: «Tú confundes las épocas. Serás un hombre de ley, pero no un arqueólogo». Luego añadió: —Yo encontré una fíbula de codo, pero no aquí sino en San Antonio de Mazaleón.

—¿Y qué hizo con ella?

—Se la envié al marqués de Cerralbo.

Podía haberlo imaginado.

Para llamar la atención de su padre, preguntaba Eliseo desde lejos si la alfarería con incisiones era más antigua que con excisiones. Y me miraba a mí, altivo. Su padre le respondió que incisiones y excisiones se encontraban en un mismo objeto y eran, por lo tanto, de la misma época.

—Por lo que veo —le dije a Eliseo— te has perdido una oportunidad para callarte.

Estas palabras hicieron reír a don Víctor, pero entretanto el segundo de los hijos, del que no he hablado aún, quería llamar también la atención de algún modo por el sistema gastro-intestinal, es decir, que si para hacerse conspicuo Eliseo hablaba de fíbulas y el pequeño quería ir a casa y no al cielo, este chico tenía deseos de evacuar sus intestinos.

—¿Dónde? —preguntaba.

—Donde no te veamos, hombre —decía su padre, impaciente—. Eso pertenece a la vida privada de cada cual. Detrás de aquella colina.

Estimaba yo a don Víctor por su bondad natural y por aquella manera que tenía de «gozar de sus hijos», que mi padre no había aprendido ni aprendería ya nunca. Porque don Víctor gozaba de ellos como una gallina de sus pollitos.

Pero entretanto, el sol descendía sobre el horizonte y llegaba la hora del regreso. No era muy tarde. El hambre de los chicos

aconsejó a su padre dejar las búsquedas, y comenzamos a regresar.

Caminaba yo más ligero que los otros, pensando en Isabelita, y me despedí de ellos al llegar al paseo de la Alameda.

Entré en el pueblo con sol todavía en los tejados, me fui directamente al cine y, en la oscuridad, me senté en el mismo lugar del domingo anterior. Cuando mi vista se acostumbró a las sombras vi que mi retozona amiga no estaba. Tampoco las otras dos.

Calculé que podía llegar todavía, y traté de interesarme en lo que sucedía en la pantalla. Se trataba de un film donde exhibía sus gracias un galán de una belleza equívoca. He sentido siempre un odio instintivo por esos tipos de teatro o de cine que triunfan por sus atractivos físicos y nos disputan a nosotros la imaginación de las dulces hembras. La imaginación, y también ocasionalmente, como es natural, el lecho. Es decir, admiro a donjuán y siento por él una especie de devoción, pero donjuán no era un efebo con ojos insinuantes y gestos decadentes. No había en don Juan Tenorio —al menos el que uno imagina— nada narcisista.

Mi joven novia me había olvidado o tal vez acudió y, al ver que no estaba, se acercó a otro y se fue con él. Oh, fémina vágula, blándula.

Sentía cierto desaliento. Era mi primera frustración en materia sexual. Habría de tener otras, pero era una materia en la que no acabaría por educarme. Todo el mundo se domestica y aprende. Yo, no. Morimos de viejos algunos, tan ilusos y doctrinos (o tan agrestes e ilusos) como a los quince años.

Salí del cine antes de que terminara porque era hora de cenar, y me fui como siempre a casa de la señora Bibiana, a quien le dije que había andado de excursión por el campo.

—¿Adónde han ido? —preguntó ella con su chillona voz.

—Al Cascarujo.

—¿Adonde dicen que hay una reina mora enterrada?

Mientras comíamos, hablábamos y me aventuré a preguntarle quién era el tío P... floja: para decir este nombre tuve que hacer un esfuerzo y superponerme a la vergüenza. Ella replicó, sin la menor extrañeza: —Es un hombre muy cabal, mejorando lo presente.

Esto de mejorando lo presente se lo agradecí. Y me contó cuando aquel vecino entró en quintas (el mismo año que su marido), cuando se casó, los hijos que tuvo a pesar de su apodo (esto del apodo no lo dijo ella, pero yo lo imaginaba) y otras muchas circunstancias, por ejemplo, que había hecho algún dinero comprando orujo y revendiéndolo como combustible.

Mientras ella hablaba, yo pensaba en Isabelita. Aquella noche volví a mi habitación despacio, y todas las muchachas que tropecé por el camino me parecieron Isabelita.

Ya en mi cuarto, me acosté, y sin otra luz que el reflejo de un farol que entraba por la ventana, estuve algunas horas pensando en mí y en mi futuro. Cada día era no poco más viejo y me acercaba a la edad temible de las responsabilidades. «Por ahora soy sólo un muchacho y los demás me conceden los privilegios de mi edad», pensaba. Era «un muchacho», pero en cuanto pasaran algunos años entraría en la gran masa uniforme. Sería una parte de eso que llaman «gente» y al mismo tiempo que lo pensaba sentía una vaga inquietud, por las responsabilidades que tendría como tal «gente».

La ausencia de Isabelita me hizo pensar en mí mismo seriamente y con una cierta contricción —cosa rara— por el no cometido pecado.

Lo único importante —me dije— es que debo acabar el bachillerato, como prometí a Valentina. Si fallaba en aquella

empresa, tal vez fallaría en todas las demás.

Iba a encender la luz y a ponerme a estudiar, pero decidí dejarlo para el famoso «mañana». Me dormí pensando, humorístico aburrido y burlón, en Eliseo y en sus dos hermanos. Los tres estuvieron toda la tarde celosos entre sí por las preferencias del padre, y Eliseo se comparaba conmigo y la consecuencia era (como la de todas las comparaciones) inquietante. Es lo peor de las relaciones sociales, la necesidad de la comparación. Creo que es Shakespeare quien dice que «las comparaciones huelen». No dice que «huelen mal», sino que huelen. El mal olor se sobrentiende. Tener olor no es lo mismo que tener aroma.

Algunos chicos se comparaban conmigo —digo de los de la escuela— y por el hecho de estar yo empleado en la farmacia, me consideraban por un lado inferior y por otro superior. Cuando trabajaban los chicos de mi edad no hacían sino barrer y llevar recados. Yo estaba en la farmacia como un empleado mayor, manejando venenos y sales y álcalis y maniobrando con ellos.

Eran agradables las cosas que pensaba, y la decepción de Isabelita había sido cancelada. Yo tenía esa cualidad. Podía suprimir a voluntad las cosas que me molestaban, si no eran demasiado dramáticas. Esperaba encontrar a la muchacha el domingo siguiente, en el cine. Tal vez ella no tenía vacación sino cada quince días, costumbre frecuente en muchas casas con las doncellitas.

Y como digo, me dormí.

No necesitaba yo entonces recurrir a juegos de ilusión ni a trucos conmigo mismo para que llegara el sueño. Cuando estoy desvelado, tengo que pensar en cosas al mismo tiempo interesantes e indiferentes, es decir, que interesen sólo esa zona de inteligencia que está activa durante el sueño. Pienso a veces

cosas raras y neutras, para proponerle el sueño a mi cerebro. Por ejemplo, anoche pensaba antes de dormirme en el polígono de tiro de Melilla. Me han dicho que durante la guerra civil se hacían allí ejecuciones. Yo imaginaba esas ejecuciones a mi manera, para estimular la parte del cerebro que se ocupa de las imágenes falsas del sueño.

Por ejemplo, imaginaba que la persona que tiraba con la ametralladora era tal vez una dama vestida con un pijama rosa.

Antes de tirar esperaba la mujer que se disipara esa neblina que flota sobre el campo de tiro, igual que en esos jardines otoñales con estanques y musgo gris donde hay un zapatito de niño olvidado.

El polígono que yo recuerdo tenía barandales de origen levantino, con los intersticios grises de mar o cielo. En ellos se había enfriado antes alguna clase de gloria fenicia.

Anoche pensaba al mismo tiempo en dos cosas, las dos con calidad onírica. Por ejemplo, el polígono de tiro y la escala de Jacob.

Las pequeñas cosas de la escala de Jacob y las que flotan entre lo inmanente y lo trascendente del jardín de Platón, esas cosas pequeñas son las mías.

Las caracolas llenas de rayas helicoidales por las que circula un rumor muerto, pero no extinguido. Siguiendo aquellas rayas, yo caía a veces en el sueño.

Tenía repertorios de rumores como el de las palmas de Denia colonial, porque esas palmas sueñan en las patrias donde no cuenta el domingo, allí donde

sólo existe el aliento entre los labios y el silencio vibrando en la delicia.

En el polígono de Melilla un hombre murió y fue a caer sobre

las piedras del laberinto que da al norte, allí donde menos esperaba. En la oposición o conjunción de ángulos, donde los ecos son devueltos después de repercutir tres veces.

En aquel mismo lugar se recogían los peregrinos de Yebel Alan a descansar, y descansaban evitando las ideas sangrientas aunque sobre el talud había siluetas móviles bastante sugeridoras.

Con ellas, los cabos furrieles y los jóvenes del reemplazo jugaban a las victorias en días fijos.

Algunas balas maullaban como gatos, otras balaban como recentales, pero faltaban aún esas granadas que llegan por el aire con un gemido igual que el de las norias, como si los espacios estuvieran oxidados.

En aquel polígono había momentos en los cuales el amor se hacía aborrecible, pero nunca grotesco y ni siquiera cómico.

Allí aprendí yo a ver cómo Dios se contempla en los espejos de nuestras almas, especialmente los días nublados con un poco de fuego en las vertientes.

Había alacranes rubios, que son los más peligrosos, y otras amenidades funestas. Todas juntas no llegaban a ser sino un pequeño accidente luminoso en la escala de Jacob. Por ejemplo, las mujeres demasiado virginales y condenadas por esa razón a formas raras de supervivencia.

Esas cosas u otras parecidas suelo pensar para llamar al sueño, ahora.

Había lugares alrededor del polígono de tiro donde la hierba estaba un poco roja y unos decían que era sangre, otros óxido de hierro. Todavía los más enterados decían que era un césped especial, cuyas semillas vinieron de la tundra de Groenlandia.

Pero la sangre humana viene de más lejos que todo eso.

Con cosas como éstas ofrezco el comienzo del sueño a la parte del cerebro donde actúa la «razón irracional» imperfecta,

pero a menudo inspirada.

Cuando tenía quince años, esos trucos no eran necesarios. Dormía fácilmente. Confiaba en la vida. Todas las cosas me esperaban entonces y eran para mí, todas.

Es diferente, ahora, pero no me quejo. La vida es muy incómoda aquí, pero la muerte no ha sido incómoda, nunca.

Y al parecer, me queda poco tiempo de verdadera incomodidad. ¿Meses? ¿Semanas? No sé. Sólo días, probablemente. Antes quiero contar aquel verano cuando, entre otras cosas, conocí el amor. Eso es lo más importante que me sucedió, tal vez todo lo que me sucedió, y es bastante. Digo el amor, pero debía decir la voluptuosidad, más bien.

Hasta entonces sólo había conocido turbaciones pasajeras y presentimientos más o menos voluptuosos. Los juegos sexuales de la infancia, las caricias de la niñera que «no quería hacer san Miguel» y alguna experiencia incompleta o falsamente completa con Isabelita, en el cine. Todo aquello parecía anunciar grandes prodigios y no era sólo el placer del espasmo, porque la esperanza y la promesa del coito era mucho más rica y compleja. Era mucho más que el espasmo, el amor.

Y yo sólo conocía el amor de Valentina, es decir, el del delirio de los ángeles.

La verdad es que debía haberme bastado aquel amor, por entonces, pero mi naturaleza exigía más. Y pensando a veces en mi miembro erecto y pegado a mi vientre como por un muelle o una ballesta de acero, pensaba que tenían razón las personas mayores diciendo que el amor era una virtud y el sexo un vicio. Pero ¿qué hacer con el sexo, que se subleva contra cualquier clase de continencia y de virtuosa reflexión?

Dice la Biblia: si un miembro te ofende, arráncalo de ti. Yo, para ser un buen cristiano, habría tenido que mutilarme mucho

tiempo antes.

La semana siguiente comencé a estudiar de veras, aunque sin el menor sentido de la eficacia y con la intención solamente de ser aprobado en los exámenes. No era fácil engañar a los profesores diez veces. (Eran diez asignaturas de las que tendría que examinarme.) Sin embargo, tenía tiempo para otras cosas, incluso para aburrirme. Un día escribí una comedia farmacopeica con personajes que tenían nombres de productos medicinales. La protagonista se llamaba Valeriana. Tenía una sirvienta —Melisa— y su viejo marido (que era farmacéutico), don Piramidón. El asunto de la comedia no era original porque lo había sacado de uno de esos cuentos antiguos franceses que se llaman fabliaux, y era el del mancebo de botica enamorado de la esposa del viejo farmacéutico. Era el mancebo una especie de Arlequín de la comedia ddiArte italiana. Y sucedía lo siguiente. El farmacéutico se iba de viaje y el mancebo declaraba su amor a la hermosa. Pero ella le decía: «No seas travieso. Si insistes se lo diré a mi marido».

El mancebo estaba tan enamorado que, para conquistar a la hermosa, decidió un procedimiento heroico: se negó a comer y se quedó en la cama, dispuesto a morir de hambre. Ella le decía: «Si no te levantas y comes y haces la vida ordinaria, se lo diré a mi marido cuando vuelva, y te matará». El chico se negaba, a pesar de las amenazas. Miraba tiernamente a la señora y decía: «Morir de hambre o atravesado por la espada de tu marido, me da lo mismo». Suspiraba y cerraba los ojos. Sin embargo, no había tristeza en nada de aquello porque en los fabliaux no suele haberla nunca, y la gracia estaba en que todo fuera ligero e ingenioso.

Cuando volvió el farmacéutico, la hermosa boticaria amenazó por última vez al enamorado: «Si no te levantas ahora mismo, se lo digo todo a mi marido». El mancebo negó, y entonces apareció

el farmacéutico preguntando por el chico. Ella dijo: —Se niega a comer y está dispuesto a dejarse morir, porque se le ha antojado algo y yo no se lo doy.

—¿Es verdad?

El mancebo afirmaba. La boticaria amenazaba con la mirada al chico y decía: —Quiere algo que te pertenece a ti y que yo no puedo darle.

—¿Qué es? —preguntaba él.

Y viendo ella que el chico estaba dispuesto a morir por su amor, tenía un momento de generosa ternura: —Cuando tú te fuiste se obstinó en que yo le permitiera montar tu caballo.

El boticario rió, paternal:

—¡Qué tontería! Si no es más que eso, ¿por qué no concedérselo? Vamos, muchacho, levántate, que desde mañana yo te lo permito.

Quería el mancebo estar seguro y preguntaba a la señora: —¿Usted también me lo permite?

Ella suspiraba y decía por fin que sí. El chico se levantaba feliz y la vida ordinaria continuaba. Se sobrentendía que el mancebo se había salido con la suya. «Montar», en el campo aragonés, es sinónimo de fornicar.

En el diálogo había toda clase de alusiones a productos de farmacia de nombre equívoco y a veces con implicaciones pornográficas. Como se ve, me sobraba tiempo.

Había inventado —al menos eso creía yo— licores con combinaciones de alcohol refinado, algunas gotas de tinturas aromáticas, agua de rosas y otras delicadezas. Algún tiempo después comencé a tener amigos y los obsequiaba con aquellos licores. Como es natural, el boticario no lo sabía.

Pero antes sucedieron otras cosas. Digo, con Isabelita. Habré de contarlas en toda su complejidad y extensión.

Comienzo por decir que «aquello» no era amor y que el mío era entero para Valentina. Le escribía cartas a Panticosa que le llegaban o no, pero que nunca contestaba. Si estaba allí don Arturo, seguramente iban a parar a sus manos de jurista y en ellas desaparecían.

Más tarde pude comprobar con dolor que no era sólo don Arturo quien interceptaba las cartas.

En fin, como decía antes, conocí el amor. El domingo siguiente al de la excursión arqueológica fui al cine, encontré a Isabelita sola y sin preguntarle por sus amigas ni por lo que sucedió el domingo anterior me dediqué a besarla y a acariciarla. De vez en cuando le decía al oído: «Si tú quisieras podríamos estar a solas, mucho más tranquilos y a salvo de las miradas de la gente». Ella preguntaba, con los ojos encendidos: —¿Dónde, granuja?

—En mi casa. ¿No quieres verla, mi casa? Está al lado del cine.

Ella se levantó y salimos. Íbamos sin hablar, pensando los dos en la gran picardía que íbamos a osar. Todavía en silencio llegamos al zaguán. Al entrar ella miraba las puertas, el suelo, el techo, como un animal que recela.

—¿Ésta es tu casa? —me dijo.

—Sí.

—¿Tu familia vive aquí?

—No. Vivo yo solo.

—¿La casa es tuya?

—No. Yo...

No quería decepcionarla, si se había hecho una alta idea de mí. Por fin, renunciando a cualquier arrogancia, dije: —Yo trabajo en la farmacia.

—¿Eres boticario?

—No. Soy estudiante.

Ella me miró con picardía:

—Estudiante tunante —dijo.

Abrí la puerta de mi cuarto y entramos. Isabelita seguía mirando alrededor. Fui a quitarle el gabancillo que llevaba pero ella veía él aquel intento mío algo peligroso y delictivo. En el cine se lo quitaba y yo podía besarla y abrazarla, pero en una sala pública se sobrentendía que no podía suceder nada definitivo ni grave.

Yo pensé que debía ser una putidoncella que reservaba su virginidad para el matrimonio, para el sagrado matrimonio. Más tarde vi que me equivocaba.

Habia hecho el día anterior varios planes de conquista, pero los olvidaba y pensaba que lo mejor era abandonarse a lo más espontáneo y natural. Me gustaba y quería abrazarla y besarla. Eso era todo, en cuanto a táctica, y lo demás vendría solo, si había de venir. La palabra táctica, referida a las preparaciones para el amor, no dejaba de tener gracia. Táctica, de tacto. Táctil. Experiencia táctil.

Yo reía y ella reía también, feliz. Comprendí que la ligereza y la alegría eran los mejores auxiliares del amor, porque suponían un estado de saludable euforia que es la mejor recomendación para los sentidos y para el inconsciente erótico de cada cual.

La abracé, la besé y fui empujándola hacia el muro y no hacia la cama. Mis besos la sofocaban y ella me puso de pronto la mano en el pecho, me apartó con un gesto de enfado que no había visto aún en ella, y luego se puso a llorar. Entre lágrimas balbuceaba: — Tú lo que quieres es deshonrarme, ¿verdad?

Yo le desabroché el gabancito, abrí los dos lados como las alas de un pájaro y me ceñí a ella. Sus vestidos ligeros daban la impresión de que iba desnuda y ella notaba los accidentes de mi

cuerpo y yo los de ella, que ya no lloraba, sino que parecía otra vez ligera y feliz.

La habitación estaba en una discreta penumbra. No había otra luz que la de la tarde que entraba por la ventana, pero como ésta daba a oriente la luz no era mucha. Tenía ella esa distinción natural que se ve en las chicas del campo, resultado de siglos de herencia y selección endogámica, es decir, en un mismo círculo reducido de población en el cual todos son más o menos parientes. Y con el transcurso de las generaciones la nariz que es graciosa va siéndolo más, y la boca sensual refinando también su estilo.

Yo la tenía abrazada estrechamente contra el muro y los dos cuerpos se cambiaban su calor natural. Cuando la vi a ella deseosa y excitada, me aparté un poco y le pregunté con voz ronca: — ¿Tienes sed?

Ella no sabía qué contestar. Tenía los ojos dormidillos y una expresión anhelante. Yo pensaba: «Así y todo, si trato de llevarla a la cama se opondrá con todas sus fuerzas. Lo que ella quiere es una satisfacción sin cumplimiento, es decir, un sustitutivo del amor».

Yo quería más, si era posible.

Ella dijo por fin que sí, que tenía sed, y yo llené dos pequeños vasos del licor preparado por mí. En el de ella puse unas gotas de éter con la intención de tranquilizarla y de evitar que gritara o que cayera en alguna crisis de nervios. Todo está permitido en el amor.

Bebió ella su vino de un solo sorbo, y vi que las aletas de su nariz vibraban mientras decía: —Es muy bueno, pero huele a farmacia.

Eso no quería decir nada en contra. Las farmacias olían entonces muy bien. Se usaban todavía hierbas aromáticas. Por otra parte, hay pocas personas a quienes no les guste el olor del

éter. Yo lo percibía en sus labios y me embriagaba, no sabía si de ella o del éter o de las dos cosas.

Cuando pasaron algunos minutos yo ceñido a ella desde la cintura para abajo, hablando de cosas indiferentes por el gusto de oír cada uno la voz del otro, pensé que el éter había hecho su efecto y, tomándola por la cintura, la despegué del muro y la llevé hacia el lecho.

Ella resistía como un tigrecito. Me separé y dije: —Yo también tengo sed.

Había puesto bastante azúcar en el licor, es decir, jarabe y un poco de extracto de vainilla además de otros ingredientes. No puse más éter, temeroso de que nos intoxicáramos de veras. Yo quería sólo ayudarla a abandonarse y hacerla feliz. Creía que el éter sería bueno para aquello si no ponía demasiado.

No sabía entonces que de la felicidad física de uno de los amantes depende la del otro. Tiene que haber acuerdo. ¿Será ese acuerdo, es decir, ese goce recíproco, el amor? En todo caso, ella resistía y en aquella resistencia había siglos y siglos de miedo a la violación animal, de miedo metafísico al infierno y sobre todo, tal vez, de miedo a perder el precinto de garantía de la noche canónica de novios.

Si yo le hubiera propuesto francamente dos o tres maneras viciosas de conducirnos, habría aceptado en seguida. Lo que no quería era la manera natural. He ahí que la virtud se hacía aliada de la perversión y con ella se defendía.

Cuando comenzaba yo a recelar y a pensar que estaba perdiendo el tiempo, ella me mordió la barba, la mejilla, los labios, y me ofreció la boca entreabierta y un poco fragante a éter: —¿Me quieres? —le pregunté.

—Sí, vamos a emborracharnos los dos y a hacer el amor toda la noche y el día de mañana y el otro, por los meses y los años y

los siglos de los siglos amén.

Estaba borrachita y la embriaguez le iba muy bien. Todo le iba bien y la hacía más deseable.

Lo demás fue... ¿cómo diría? No hay palabras para eso. A pesar de su extrema juventud Isabelita no era tonta, tenía la sabiduría de los instintos y sabía que no debía dar su virginidad al cura, o al viejo rico, o al esposo convencional, sino a otro adolescente para quien aquélla fuera también la primera vez.

Yo apenas percibí resistencia —digo en la penetración—, pero ella se quejó dos veces y además yo no tenía experiencia venusta de ninguna clase. A mí me atenuó el placer la gloriosa sensación de triunfo. Es decir, qué estaba demasiado atento a mi victoria, a la grandeza sensacional de mi victoria.

El deseo de gozar de mi victoria se me subía a la cabeza y me aturdí un poco. Hasta para gozar de los grandes arrebatos sensuales hace falta un mínimo de serenidad.

Cuando ella supo que yo era virgen también, se echó a reír, burlona, pero luego, dijo: —¿Sabes tú que eso parece hecho adrede? Los dos novatos y sin estrenar. A pesar de todo—añadió con picardía—, no lo has hecho del todo mal.

Luego decía, con una expresión de ebriedad: «No quiero hacer otra cosa en la vida sino el amor. No comer ni beber ni dormir, sino hacer el amor otra vez y otra y otra hasta morirme. ¿Y tú?». Yo decía lo mismo y no terminaba mi respuesta porque las bocas se buscaban de nuevo.

Después de hacer el amor varias veces, quedamos unos minutos quietos y callados escuchando nuestras respiraciones. Yo oía rumores dentro de mi cabeza y fuera también, en la calle dominguera.

El hombre es una circunstancia formada por la confluencia y cruce de miríadas de ecos en cada minuto. Ecos físicos, afectivos,

intelectuales, espirituales y oníricos. Desde la planta del pie (y debajo de ella, desde las raíces de los árboles de mañana y del polvo de los huesos de los muertos) hasta la sustancia de nuestros sueños. Ecos, ecos. En aquel momento una voz de mujer gritaba en la plaza de la colegiata, un poco tontamente: —Olivas verdes, manzanillas, corniales...

Yo la imaginaba con su cesto lleno de aceitunas que en lugar de hueso tenían un relleno de algo que completaba y adobaba el sabor ya en sí exquisito de la oliva: queso, pimiento, pulpa de sardina, alcaparras, limón. Eran aceitunas para comerlas como aperitivo o entremés.

Sentía a un tiempo los sabores, los colores y los sonidos, en la voz tonta de aquella mujer.

No aceitunas sino olivas, y la distinción era importante porque aceituna es palabra de origen árabe y oliva latino. La figura de aquella mujer yo la reconstruía en mi imaginación por el timbre de voz y por la manera de modular las palabras. Eran palabras vivas que proyectaban el sonido en los ojos al mismo tiempo que en los oídos, y establecían sutiles diferencias: manzanillas, corniales. Las olivas son verdes, digo que el nombre —oliva— sugiere ese color, y en cambio las aceitunas parece que deben ser negras o color violeta oscuro. La oliva es romana y la aceituna, cartaginesa. Pero además, unas eran manzanillas (es decir, redondas) y otras corniales, es decir, en forma alargada y tal vez ligeramente curvadas sugiriendo un cuerno. En el idioma español hay muchas expresiones relativas a los cuernos o a sus poseedores: cabras, boques, toros, bucardos, vacas, ciervos y muchos más, porque fue España especialmente favorecida de Pan (y ahí el origen de su nombre, digo el de Spanna) y el llamar cornial a una clase de aceituna nos invitaba a proyectar nuestra fantasía en dimensiones extrañas. Los cuernos de la Luna y los de

Venus (Venus cornuta) eran los que habían determinado el folclore hispánico de la cuerna, tan prestigioso. Manzanillas, corniales. Y yo veía a aquella campesina con su voz silvestremente tonta como la de la señora Bibiana, clamando en medio de la indiferencia de las luces de la tarde. De las luces últimas. En la plaza de la colegiata no vivía nadie. No había sino el aire acostumbrado a vibrar bajo las campanas. Cuando una de éstas sonó (debía de ser la más grande, que suele llamarse Bárbara porque poniéndola bajo la advocación de esa santa creen librar el campanario del estrago de las tormentas y de los rayos), cuando una campana sonó en su vibrar, fue disolviéndose la voz de la vendedora de aceitunas. Miré a mi lado a Isabelita adormecida, y pasé la punta de mi lengua por la línea de sus labios frescos. Ella sonrió: —Ya sé que no duermes —le dije.

—¿Cómo voy a dormir aquí a tu lado?

Luego me dijo que habitualmente no dormía más de cuatro o cinco horas cada noche.

Volvió a sonar otra campanada en la colegiata. Estaba tan cerca que el zumbido del bronce vibraba en uno de los cristales de la ventana.

—¿Qué hora es? —dijo Isabelita.

—No es hora ninguna. Es que tocan las campanas por otra causa.

—¿Tocan a oración?

No, porque el toque de oración o del ángelus era de tres campanadas seguidas, un espacio, otras tres campanadas seguidas, y así cuatro o cinco veces. En aquel momento se oía una campana más grave. Un solo golpe y un largo silencio vibrador. Pasado el espacio de tres respiraciones, se oía una tercera campana alta y como quejumbrosa.

—¿A qué tocan? —preguntó ella, intrigada—. ¿A boda?

Con mi brazo en torno a su cintura, acostados en la cama, le dije: —¿No te asustarás si te lo digo? Tocan a agonía.

Solía coincidir aquel toque con la llegada de algún cliente a la farmacia buscando un balón de oxígeno. Agonía. Ella se quedó un momento callada y luego dijo: —Si crees que tengo miedo a esas cosas, estás equivocado.

Añadió una larga peroración que me pareció muy brillante y aguda.

—A mí —decía con una rara decisión en los ojos— no me importa. Nada de eso me importa a mí. ¿Tú crees que yo no sé lo que nos espera a todos? Esto de vivir está muy bien, pero a la vuelta de cada esquina nos aguarda la calavera y los dos huesos. Yo lo sé igual que tú. Pero no me importa. Aquí donde me ves, yo soy fuerte. Sé muy bien lo que estoy haciendo esta noche. No soy tu novia, ni tu esposa, ni tu querida, ni tu amiga, porque no hemos tenido siquiera tiempo de ser amigos. ¿Sabes lo que soy?

Y bajando su voz hasta hacerla casi imperceptible y acercando sus labios hasta tocar con ellos mi oreja, me dijo: —Sí que lo sabes y no importa. Sólo tengo miedo a una cosa.

—¿A cuál?

—A mi padre. Bueno, es padrastro, porque el mío se murió hace ya diez años y mi madre volvió a casarse con un mal hombre que vino aquí después de rodar medio mundo. ¿Comprendes? Hace años que mi padrastro me busca. Cuando tenía yo once, venía y me tocaba las piernas y levantaba la mano por los muslos. Luego, cuando me nacieron pechos, andaba detrás de mí todo el día. La cosa se llegó a poner fea de verdad y mi madre me envió a vivir con una hermana suya, y hace dos años entré a trabajar como doncella en casa de los Suárez de la Puebla de Híjar.

—¿No vives aquí?

—Sí, es que la familia ha venido de la Puebla de Híjar porque el señor es ingeniero y está poniendo una refinería de aceite a la última moda, con motores de no sé qué. Gente rica. Y ahora, mi padrastro no me ve el pelo sino una vez de Pascuas a Ramos. Cuando me ve, me hace la rosca como los pavos, pero que si quieres arroz, Catalina. No es muy viejo ni feo, mi padrastro, no. Pero es el que duerme con mi madre. ¿Cómo voy yo a quitarle su amor a mi madre? ¿No sería eso un sacrilegio? Es lo que digo, pero él me busca y me dice a veces: «El que se te lleve la flor, ése tiene pena de la vida». Siempre está con esa monserga. ¿Cómo? ¿Qué quiere decir, preguntas? Es lo que yo le preguntaba a mi padrastro haciéndome la tonta, y él me respondía: «Digo la flor que Dios puso en tu cuerpo al nacer, eso. Y al que se lleve tu flor, a ése le pico la nuez». Eso dice mi padrastro, que ha estado más de una vez en la cárcel. Y ahora tú ves, me has quitado la flor y yo te la doy a ti. El me la quería robar por las malas y yo te la he dado por las buenas, a ti que ni eres mi padrastro ni mi marido ni siquiera mi novio. A ti. Si mi padrastro lo supiera, te mataría.

Yo reí falsamente en las sombras.

Pasaron algunos minutos en silencio y se oyó otra campanada —ahora grave y profunda—. En la vibración sentía que el aire tiene superficies, densidades, profundidades y también el anverso y el reverso; hay pájaros que vuelan por lo cóncavo y otros por lo convexo del aire, y estos últimos son tal vez los que no cantan. Hay aves como los vencejos que buscan las curvas de lo convexo para resbalar por ellas como por un tobogán, y aunque no se puede decir que canten, están siempre probando a cantar. Gritando, chirriando como los niños que saltan desde un ribazo demasiado alto y sienten cosquillas en el neuma.

En el aire hay también rincones sin oxígeno, donde se desmayan las vírgenes y los enfisematosos. Otros tienen

demasiado oxígeno, en ellos la piel se tuesta y a veces se quema, y así hay pueblos cuyos hombres están socarrados en todas partes menos en el sobaco (los hindúes) y hasta en el sobaco (los gitanos), porque éstos viven en una intemperie despiadada desde que su madre los dio a luz debajo de un puente. Es decir, los parió. Los gitanos son más paridos —no dados a luz— que nadie.

Hay también algunos gitanos que se podría decir que no nacieron de sus madres, sino de sus tías.

Cuando le dije esto a Isabelita, se estuvo riendo como una niña de cinco años o como el loro —que diría Shakespeare— cuando ve pasar al gaitero tocando la gaita y se contagia y chifla y ríe, imitando el sonido lo mejor que puede.

En el aire del cuarto había también accidentes, por eso después de la risa le dio a Isabelita hipo, y con cada sacudimiento del hipo temblaban sus pechos gemelos y discrepantes, sus pechos lúbricos, polarizadores del deseo.

Sus pechos, simplemente. Dicho el nombre así, en plural, está dicho todo. En singular, no. El pecho es el que da la nodriza al bebé, y el que guarda el secreto y el que esconde el tesoro de la fidelidad. La ch con una s, antes o después, tiene mucho poder sugestivo y libidinoso.

Merecían los pechos de Isabelita picardías del Arcipreste, y giros líricos del marqués de las serranillas y trovas de Juan del Enzina. Mis manos se embriagaban ellas solas independientes de mí mismo y les daban un masaje cuidadoso con el monte de Venus y las dos palmas, mientras ella entreabría los labios y cerraba los ojos.

Era entonces —es decir, después de la primera y segunda vez— cuando yo comenzaba a sentir alguna clase de calma y a gozar realmente de Isabelita. Por entonces yo no sabía aún que el placer se refina y agudiza con el exceso.

Mi vanidad de conquistador ya no interfería en mi gozo físico.

Volvió a llorar Isabelita como una magdalena, no sé si su virginidad perdida, o su madurez de hembra ganada, o su extenuación por el gozo, o su futuro de meretriz probable. Yo entonces le di dos o tres golpes en su trasero con la mano plana, diciéndole: —Por lo menos, llora con motivo.

Ella se sentó en la cama y se me quedó mirando muy seria: —¿Qué sabes tú si lloro o no con motivo?

Yo le dije que me dolía verla triste.

—No —dijo ella, despreocupada—, si yo no lloro por tristeza. Lloro porque este placer del amor, que es el gran tesoro de los hombres y de las mujeres, se acaba tan pronto. Ya ves, aún no empieza una a gustarlo y ya pasó. ¡Qué vida tonta!

Si ella hubiera hecho al hombre y a la mujer, les habría dado menos estómago y más sexo.

Allí estaba Isabelita enmendándole la plana a Dios.

Y sonaba otra campanada y el cristal de la ventana volvía a vibrar. Estábamos ella y yo muy juntos. Mi cuerpo, entretanto, tenía curiosas reacciones. Mientras nuestros muslos estaban juntos, el deseo no era mucho y descansaba en el rezume del placer, pero si nos separábamos un poco, mi cuerpo se alarmaba con la falsa impresión de perder a Isabelita y resucitaba el deseo más apremiante. Ella había vuelto a llorar y yo pensaba, después, en su padrastro con cierta alarma. Pregunté, dándole a mi voz un tono lo más indiferente que pude: —¿Por qué motivo estuvo tu padre en la cárcel?

—Por una herida en riña dice él, pero yo creo que la herida trajo un funeral. El las gasta así. Pero no te preocupes. No sabrá nunca que el que me ha quitado la flor has sido tú.

Dije yo que no me importaba, y que solía llevar en el bolsillo un arma.

—Cállate, mi vida. No quiero que mi padrastro te mate, porque te necesito. Yo, aquí donde me ves, quiero ser tu novia toda la vida.

—Mi amante —dulcifiqué yo, asustado, pensando en Valentina, que era mi verdadera novia.

Bajando la voz, ella dijo una palabra muy fea, y luego otras dos prohibidas, más sonoras aún. Se excitaba con el sonido de sus propias palabras. Yo no sabía aún que había un tipo de mujer libidinosa —y no el peor—, que se excitaba de ese modo.

—Ahora —dijo, desafiadora— soy tan puta como la Trini.

—¿Quién es? Quiero decir, si es pariente tuya.

—No. No me toca nada.

Las formas de aquella muchacha no habían alcanzado aún la madurez y eran encantadoras. Todo en ellas era promesa que un día —cuando dejara de ser lo que era y se casara— probablemente alcanzaría plenitud. Lo mejor era la primicia y ésa no la gozaba su padrastro, sino yo.

Sonaban aún las campanas y yo pensaba que tal vez vendría alguien a buscar un balón de oxígeno para el muriente, pero aquel día no era mi farmacia la que estaba de turno, sino otra. En la puerta cerrada había un cartelito impreso con el nombre de la farmacia que estaba de servicio. Así, pues, podrían venir, encontrarían el cartelito y se irían a la otra. No tocarían el timbre siquiera, y si lo tocaban era igual, porque yo no abriría.

Isabelita volvía a hablar. A mí el abuso erótico me hacía melancólico y silencioso y a ella, jovial y parlanchína.

—A mí me tiene sin cuidado la muerte. Ya te digo que si tú quieres, por mí podemos seguir en esta cama haciendo el amor sin comer ni beber, haciendo el amor hasta morirnos. Bueno, aquí sería imposible, porque vendrían a sacarnos de la cama.

—¿Quién?

—Pues el boticario, los curas...

—Eso es verdad.

—Pero si quieres vamos al monte, nos metemos en una de esas corralizas de ganado que ahora están vacías porque sólo las emplean en invierno, y nos estamos allí sin comer aunque, eso sí, con agua para beber, ¿verdad? Nadie sabrá que estamos y nadie nos encontrará, aunque nos busquen. Y nosotros, venga a hacer el amor. Y cuando nos muramos...

Se quedó un momento callada, reflexionando, y de pronto preguntó: —¿Quién de los dos se moriría antes?

—No sé.

—¿Y cuánto tiempo podríamos vivir sin comer?

—Un mes, más o menos.

—Anda —dijo ella retadora—, que no íbamos a tener tiempo que digamos, ¿verdad?

Y después de otra pausa reflexiva, añadió: —Si quieres, lo haremos. Cuando tú quieras, nos iremos a la corraliza de Abenoza y allí nos estaremos hasta que vengan y nos encuentren acabaditos el uno junto al otro. ¿Qué te parece? Como los amantes de Teruel. Pero mejor, porque ellos ni tan siquiera se dieron un beso, que yo he leído la historia. Y he visto la tumba. ¿No la has visto? ¿No? ¿No has estado en Teruel?

—No, pero he estado en Zaragoza, que es la capital de Teruel.

—Entonces ¿qué más te da? Lo único que me preocupa a mí es que mi padrastro se entere y venga a sacarnos de la cama a correazos y a patadas. O a tiros.

—¿Cómo se va a enterar? Yo no lo conozco ni pienso ir a decírselo.

—Ni yo tampoco. No soy tan mema. Pero puede enterarse. Supón que quedo encinta, ¿eh?

Yo me levanté, fui a un armario y saqué una caja de

preservativos. Me puse uno, aunque un poco tardíamente, la verdad. Y le conté una historia que me había contado el hombre chusco que solía venir a la farmacia con su reuma.

El cuento es así. Un padre de familia un poco estúpido va a ver a su médico, y le dice que tiene ya nueve hijos y no puede ni debe tener más. A él le han dicho que hay manera de evitarlos. El médico le dice que compre una caja de preservativos y use uno en cada ocasión.

El buen hombre se va a su casa, sigue su consejo y a los pocos meses su esposa está embarazada, como siempre. Entonces, va otra vez en busca del médico y le dice: —Compré tres docenas de discos de esos y antes de estar con mi señora tomaba uno, que por cierto no son muy fáciles de engullir. Bebía un vaso de agua y... ya ve usted las consecuencias.

Isabelita, con su disposición receptiva para lo cómico, reía a mandíbula batiente y luego dijo, muy segura de sus propias palabras: —Si quedo embarazada, yo sé muy bien lo que tengo que hacer. Yo tengo mucha trastienda, aquí donde me ves. Soy muy larga. Diré que ha sido mi padrastro. Todos lo creerán, la primera mi madre, porque sabe que hace años me persigue. Entonces, a él lo meterán en la cárcel. Estará eso bueno, ¿verdad? Yo soy muy menor. Y mi padrastro irá a la cárcel sin comerlo ni beberlo. Eso sí que estará bueno.

Y reía. Yo dije, razonable:

—No me gusta que mientas, Isabelita.

—Pues hijo, si digo la verdad estás listo. Te digo que te has lucido. Mi padrastro vendrá y vivirás el tiempo que tardes en abrir la puerta.

Sentí yo en mi sangre el hormigueo del terror.

Y sonaba otra campanada. Tocaban a agonía. Por decir algo y simular una tranquilidad que no tenía, dije que en cada instante

morían millones de seres y nacían otros tantos millones en la Tierra. ¿Qué importaba uno más o menos? Me escuchaba ella incorporada sobre un codo y mirándome con la boca abierta, una boca de bebé con la forma triangular de una punta de flecha. Tenía una imaginación figurativa muy ágil y estaba viendo esos millones de murientes en sus camas y otros tantos millones o más de nacientes saliendo del vientre materno y buscando afanosos el pecho para disponerse a vivir. Lo uno y lo otro no se interrumpía nunca. Seguía y seguía y seguía día y noche, por los siglos y los milenios, alrededor del planeta.

—Eso es como una rueda —decía Isabelita— que da vueltas y vueltas: nacer, pecar, morir, nacer, pecar, morir, nacer, pecar, morir, así siempre, siempre, hasta el infinito.

Yo la escuchaba y no estaba de acuerdo en cuanto a los tramos o fragmentos de la rueda: —Más bien —le decía— nacer, gozar, reír, soñar, morir; nacer, gozar, reír, soñar, morir; nacer, gozar, reír, soñar, morir...

—Ahora nosotros estamos —decía ella, saltando como un monito en la cama— en el gozar. Nos queda un rato largo de cuerda todavía, gracias a Dios.

La besé, y en mi beso sonó el hueco de su boca entreabierta. Pero la campana grande de la colegiata volvía a tocar. Su vibración quedaba temblando en el aire. Yo dije: —Ese pobre hombre por el que tocan a agonía ha dado ya la vuelta entera.

—Debe ser viejo. ¿Qué, más da?

Y seguía con la rueda. Luego me decía: «Suenan eso como una noria dando vueltas. La noria de la existencia». Y suspiró.

A mí, aquello de la «noria de la existencia» me pareció muy bien.

—Ahora estamos en el gozar —repetía.

Pensaba que dentro de aquella grande rueda de la existencia

total del hombre, había también otras ruedas menores que daban vueltas, más de prisa, con velocidades diferentes. Por ejemplo, cada día del despertar al anochecer y al dormir, cada día, en la vida de cada cual, era una ruedecita: despertar, comer, soñar, reír, llorar, dormir; despertar, soñar, comer, reír, llorar, amar, dormir... y cada hora otra ruedecita menor: recordar, desear, olvidar; recordar, desear, olvidar... y cada minuto otra ruedecita menor: quizá sí, quizá no; quizá sí, quizá no; quizá sí, quizá no. Y cada segundo: me voy, me voy, me voy, me voy, me voy, me voy, porque todos estamos yendo siempre. Y cada tercero: yo, yo, yo, yo, yo, yo, yo... Estas cosas no se las decía a Isabelita, pero las pensaba.

Y así pasaba con el orbe entero, con el universo. Los hombres damos vueltas sobre nosotros mismos, las naciones sobre su historia en grandes ciclos, la Tierra sobre su eje, la Luna alrededor de la Tierra, y ésta, la Luna y el Sol en torno a la constelación que llamamos Vía Láctea, y la Tierra, la Luna, el Sol y la Vía Láctea alrededor del universo. Todavía todos esos cuerpos celestes y el universo entero, ¿alrededor de quién? Un día tal vez lo sabremos. Si esas cosas pasaban en la vida física, en la vida moral todo sucedía de la misma manera; por ejemplo, el padrastro de Isabelita quería hacer lo que hacía yo con ella y si se enteraba me mataría. Así pues, quería fecundarla a ella y matarme a mí. Vivir, dar la vida, quitarla; vivir, dar la vida, quitarla. Y el orbe entero que conocería la nada un día se estaba cumpliendo en ciclos inmensos: la nada, la materia, la forma, el todo (para mí entonces el todo venía de la forma); la nada, la materia, la forma, el todo; la nada... y así: el amor de Isabelita quizá se podía representar por una rueda también. Entonces yo —digo en aquella noche placentera

—, yo no sabía qué rueda podía ser ésa, pero ahora lo sé muy bien: el placer, la plenitud, el rencor, el odio, la destrucción, el vacío, el rencor... Entonces yo estaba en el placer con Isabelita y ella y yo estábamos encantados y no podíamos imaginar los segmentos opuestos de la gran rueda.

Si todo sucede en rueda, ¿cómo el hombre no se aburre ni se maree? A veces suceden las dos cosas y el hombre se maree y se aburre, pero, en general, no sucede nada de eso porque las vueltas son siempre ligeramente diferentes y con cada una nos hacemos la ilusión de una vida nueva. No se puede decir, por lo tanto, que las cosas suceden en rueda, sino en esfera, eso es. La Luna no rehace nunca el mismo camino alrededor de la Tierra, ni la Tierra alrededor del Sol. El camino alrededor de la esfera no es, por lo tanto, un círculo exacto, sino una espiral. Todas las cosas giran y se mueven avanzando, y se podría decir que el amor de hoy ya no es el de ayer, y que la muerte de mañana no será la de hoy. La que parece y es tal vez la misma, siempre, invariablemente, es la agonía. La misma agonía siempre, eternamente, y como siempre hay millones de seres agonizando y siempre hay millones de seres fornicando y millones de seres naciendo —sin interrupción alguna— y siempre millones de seres gozando (sin intervalos ni pausas) y también millones de seres llorando (sin pausa ni reposo), resulta que cada una de esas circunstancias es constante, permanente, simultánea a las otras y, por decirlo así, eterna.

Como digo, estas cosas no las pensaba entonces, sino ahora. Aquella noche tenía sólo intuiciones de aspectos aislados del misterio. En realidad, yo he tenido una actitud ante las cosas de hombre que piensa con los instintos, y por eso he gozado más y he sufrido más que otros, creo yo. Aunque esto último lo suele pensar cada cual. Todos quieren ser más que los otros, incluso en

el sufrir.

En el amor yo sentía a veces, como dice Góngora, las horas ya de números vestidas, pero mis números no eran ordinales, sino cifras de lo absoluto. Entre los números hay uno que especialmente me gusta y que fue inventado por los árabes: el cero. He aquí un signo misterioso, como parece corresponder a la mágica perfección de su forma: el cero. A la izquierda no es nada. Es decir, revela menos diez. A la derecha, más diez. Un signo que puede representar valores tan opuestos tenía que encerrar en sí una parte del misterio, porque allí donde una verdad revela — implícita— su contraria, se nos ofrece un vano y un claro en la urdimbre del tiempo, a través del mal podemos presentir la turbación de lo eterno. Pero no es sólo el cero. Recordemos que la única presencia que el infinito se permite ante nosotros es la que nos ofrece la secuencia sin fin de los números, infinita en cantidad y en la formulación de la cantidad.

Las horas ya de números vestidas. Y recordaba algo infausto y triste. El número tres de las evacuaciones de las que había hablado Checa en los porches, frente al cine Doré de Zaragoza. Infausto y deprimente. Pero si era una evacuación era de veras trascendente, ya que en ella se liberaban millones de gérmenes, cada uno de los cuales buscaba su propia realización y plenitud. Millones de gérmenes desnudos que aguardaban su momento. Podría cada uno de ellos fecundar un óvulo. Millones de óvulos fecundables. Cada evacuación —de las del número, tres— era, pues, como una inmensa ciudad de hombres y mujeres cuya ansiedad y el clamor de cuya angustia (impaciencia de vivir) oía yo en mi sangre cada vez que ponía mi mano en el cuerpo desnudo de Isabelita. Millones de seres potenciales, cada uno con sus deseos, sus sueños, sus secretas necesidades y sus celos de ser. Tal vez ya con alguna pugna en su contradicción interior —ser

existir— y tal vez —antes de fecundar un óvulo propicio— con el instinto de la muerte y con la oscura voluntad del suicidio.

La pasión de vivir en millones de seres potenciales que salían de mí e iban a Isabelita, algunos de ellos por la vida en sí y, sobre todo, por la gloria de la luz, otros por el calor de la sensibilidad prometido en la tibieza de mis congenitores, millares, quizá, por la necesidad de la expresión, más aún, por la oscura voluntad del crimen y la voluptuosidad del negar. El cero a la izquierda o a la derecha. Si con una raya y un círculo pueden ser expresadas según su orden dos abstracciones contrarias, ¿cuál no será el poder de expresión del hombre?

Las horas ya de números vestidas eran como un jubileo de ciudades vírgenes saliendo de mi cuerpo. Toda una humanidad nueva y no expresada saliendo al auspicio de los besos de Isabelita.

Al final, todos vamos a lo mismo, y el final mío está cerca. Está cerca ahora, quiero decir. Cada cual lleva su carga de experiencia, y la que adquirimos por el conocimiento intuitivo es la más ligera y la menos mortal. Aquella noche con Isabelita yo me asomé al gran misterio, que no es la muerte, sino el amor.

Pero, como si alguien quisiera advertirnos, de vez en cuando sonaba la campana de la agonía. Mi cuarto parecía estar en la misma colegiata bajo el círculo sonoro de la campana mayor.

¡Cómo sonaban los bronces dentro de mi cuarto!

A Isabelita no le impresionaba aquello y seguía pensando en el marido de su madre y en lo que haría o no haría cuando se enterara. Aunque hablaba ligeramente, se veía que tenía miedo y, a veces, su miedo se me transmitía a mí.

—¿Qué edad tiene tu padrastro? —le pregunté.

—Unos cincuenta años, no creas que es viejo. Al menos no lo aparenta.

Yo callaba y ella seguía:

—Fuerte como un toro. Lástima que sea tan mala persona, porque, por lo demás, es un hombre cabal y mi madre está enamorada de él, no vayas a creer. Por eso yo nunca he querido hacerle caso. Tú comprendes: una madre es una madre.

Añadió que era un criminal nato y que la policía le seguía los pasos. Oyéndola, yo pensaba en mi puñalito de siete filos.

—Mi padrastro es muy cabezón, y cuando se le pone una idea dentro tiene que salirse con la suya.

Mientras hablaba Isabelita se oyó en la colegiata un golpe de múltiples sonidos que daban a un tiempo varias campanas, quizá todas las campanas de la torre, con una especie de rabia contenida. Después de aquel acorde furioso, hubo una pausa y se oyó luego una campana atenorada y tímida. Yo dije: —Ya murió.

—¿Quién?

—¡Quién ha de ser! El que agonizaba. Ahora, en lugar de sonar una sola campana, suena de vez en cuando un acorde rabioso. Todas ellas juntas en un acorde furioso.

En aquel momento volvía a sonar ese acorde.

—¿Ves? Ese toque es de muerto.

Creía Isabelita que no debíamos hablar de aquello, porque traería mala suerte.

Yo le preguntaba si iría el domingo próximo al cine o si vendría directamente a mi casa. Estuvo pensando y dijo, con el acento de una persona medio decepcionada: —¿Puedes esperar tú hasta el domingo que viene? ¿Siete días? Después de haber descubierto esta cama que da tanto gozo, yo no puedo esperar una semana. Yo vendré aquí cuando quieras.

—¿No dices que trabajas?

—Pero puedo venir cuando todos duermen, a escondidas. Yo también tengo mi cuarto en la planta baja y la distancia no es mucha.

—¿Dónde vives?

—Al lado contrario del cine. Puedo venir hasta en camisa echándome un gabán encima o un mantoncillo.

—Bien. Esta noche te acompañaré y así aprenderé dónde vives.

Ella dudaba, pero pareció de pronto decidirse: —Bien, una vez es una vez, pero no más. No es por nada, pero si a mano viene, está esperando en la calle mi padrastro, que no sería la primera vez. Los domingos sabe que salgo, y si nos descubre juntos no te arriendo la ganancia. ¿Tú sabes? Dos novios que he tenido hasta ahora me los espantó él, y eso que eran novios para casarse y no como tú, que eres sólo para lo que yo me sé. ¡Pillo!

Reía con gorjeos de hartura y de felicidad. Luego bostezó y yo bostecé también. En Aragón se dice que el bostezo revela sueño, hambre o desvergüenza grande. La nuestra era desvergüenza grandísima, dijo ella.

Me preguntó la hora. Se tranquilizó pensando que los domingos la dejaban estar fuera hasta la salida del cine, a las once. Teníamos una hora más y, acostados el uno junto al otro, oíamos sonar las campanadas todavía, el acorde de todos los broncees juntos, graves o agudos.

—Parece como si estuvieran enfadadas las campanas —dijo ella.

Yo intentaba a mi gusto.

—Es la rabia de Dios, que le dice al diablo: «¡Fuera de aquí! ¡Deja esa alma, que es mía!».

—¿El alma del muerto?

—Precisamente: «¡Déjala, que es mía!».

—Pero las campanas las toca el sacristán.

—Por orden del cura. Y el cura cree que representa la voluntad de Dios.

Volvía a sonar el acorde y ella repetía: —¡Déjala, que es mía! Mira que tiene gracia eso. Dios peleando con el diablo.

Le dije que la religión usaba las campanas porque la vibración del bronce sacudía el aire donde las almas flotan, y gustaba a los buenos —las campanas estaban bendecidas— y molestaba a los malos. Los ángeles gustaban de aquellas vibraciones, entre las que jugaban y brincaban como los chicos en la playa con las olas. Ella preguntaba: —¿Quieres que venga mañana? ¿Sí? ¿A qué hora?

Su cintura breve y tibia y las redondeces adolescentes de las nalgas eran encantadoras. Igual que sus pechos, sus caderas y sus nalgas eran de una dura y breve redondez exquisitas. La besé en ellas y girando sobre sí misma, Isabelita se volvió hacia mí. Al oír otro acorde de campanas, suspiró: —Ese pobre hombre que ha muerto ya no está en ninguna parte. Porque un muerto no cuenta, y si está en la cama o en el cementerio, no es el hombre el que está, sino sólo los huesos y el pellejo. ¿Y no has visto lo que pasa con los muertos? Hace un momento, cuando vivía, todos lo rodeaban, lo besaban, rezaban por él, pero ahora ya nadie se le acerca. Le tienen miedo. Es que los muertos imponen de veras con su seriedad. A mi padrastro, que es muy serio, le tienen miedo también y le llaman por mal nombre el Palmao. Es serio como un muerto. Pero el apodo no le viene de ahí, yo lo sé muy bien. Antes lo llamaban el Empalmao, porque parece que tenía la navaja en la mano por menos de nada. Del que tiene un arma en la mano dicen que está empalmao, y luego la gente, por entender mal la palabra o por lo que sea, le llama el Palmao. Serio como un muerto es, la verdad, y aquí y allá, el que más y el que menos le tiene canguelitis.

—¿Le tienes miedo tú?

—Con nosotras las mujeres es diferente. Todo lo que quiere mi padrastro es hacer conmigo lo que has hecho tú. ¿Comprendes? Y eso, la verdad sea dicha, a las mujeres tampoco nos desagrada, y el Palmao es hermoso a su manera, pero yo antes me dejaría hacer pedazos que acostarme con él, porque sería un insulto contra mi madre y contra el orden de las cosas de Dios. Ni más ni menos. El será como sea, pero yo soy como soy.

Sonaron las campanas juntas de la colegiata una vez más, y el sonido fue esta vez más fuerte, inesperado y brusco. Sorprendió a Isabelita y la hizo estremecerse: —¡Qué susto! —dijo.

Después se dirigió a mí:

—¿En qué estás pensando? ¿No dices nada? No te quedes ahí amodorrado, anda, hombre, di algo.

—Pues bien —dije yo, soñoliento y pensando en el Palmao—, me gustas más que comer con los dedos. Eso es todo lo que tengo que decirte. Y me gustarás siempre.

Ella reía y me recriminaba:

—Sí, pero lo que quieres ahora es que me marche para dormir. En cambio, yo me iría ahora a recorrer el mundo entero o a nadar al río. Fresca como una lechuga. A nadar al río.

—¿Por qué no vas? ¿Quién te lo impide? ¿Tu padrastro?

Debí decirlo con alguna clase de acento especialmente revelador, porque ella acertó al responderme: —Ya veo, tienes celos. ¡Celos de mi padrastro! Haces mal. Con él no hay que tener celos, sino tomar precauciones, cuantas más, mejor. Hay que evitarlo como a una mala tronada o a un pedrisco o a una locomotora del tren, porque yo no sé si es valiente o cobarde, pero sé muy bien que le gusta la fama que tiene de matón, y por mantenerla no le hace ascos a ninguna buena ocasión de sacar el cuchillo. Bueno, ahora no lleva cuchillo, sino revólver, y los vecinos

le dan la razón en todo, y no quieren cuentos con él ni para bien ni para mal. Como hombre, lo es. Nadie le lleva la contraria por miedo, y nadie querría darle la razón del todo, porque adular al Palmao es tanto como pregonar en la calle el propio miedo. Así es que cuando lo ven, toman otra calle. Eso es lo que tú debes hacer.

La oía decir el apodo de su padrastro y sentía una impresión de envilecimiento. Antes había dicho, refiriéndose al ingeniero de Puebla de Híjar, el señor. También entonces había tenido yo la misma impresión. Y miraba a Isabelita en la media sombra de mi cuarto —por la ventana entraba el reflejo de un farol— pensando para mí: eres delicada y graciosa y si tuvieras un título de marquesa, ese título no te embellecería a ti, sino que tú lo embellecerías a él. Y sin embargo, aquí estás diciendo «el señor» cuando hablas del ingeniero y llamando a tu padrastro con un apodo innoble: el Palmao. Algo iba mal en el mundo, si eran posibles aquellas cosas.

Otra vez aún las campanas. Yo seguía pensando en el Palmao: —¿Dices que estuvo en la cárcel?

—Varias veces. La última le dio una puñalada a uno por no sé qué discusión que tuvieron sobre una hembra. Ese es mi padrastro. Muy hombrazo, eso sí, y las mujeres lo buscan. Algunas andan locas por él... menos yo, claro; lo que es yo, castañas de la China.

Por decir algo, aunque sólo fuera por tranquilizarme a mí mismo, dije que me gustaría encontrarlo cara a cara. Ella dio uno de sus graciosos saltos en la cama, estremecida como un pez en la arena: —La santa Virgen no lo permita. No sabes lo que dices. Un brazo de él es mayor que tu pierna, y lleno de nudos y de músculos, y un golpe de él debe de ser como la cox de un caballo percherón. Y como no cree en Dios, pues está dicho todo.

—Y tu —pregunté—, ¿crees en Dios?

—Pues hombre, cristiana y decente soy, aunque caiga en pecados como los de ahora, que Dios los perdona porque para algo nos hizo a los hombres y a las mujeres como somos y nos puso sangre caliente en las venas, digo yo.

—¿Cómo os hizo Dios a las mujeres? —pregunté.

—Muy putas —respondió ella con un acento de sincera desolación.

—¿Es posible? —dije yo, escandalizado, pensando en Valentina.

—Desde que nacemos. Todas, sin remedio, y la que diga otra cosa, mente.

Se santiguó rápidamente y la oí besar después su propio dedo pulgar. Nos quedamos los dos callados y ella dijo, pensativa: —Yo en tu caso, cambiaría de calle cuando encontrara a mi padrastro. ¿Qué sacas con hacerte matar?

Cuanto más hablaba del Palmao, más miedo tenía yo y, sin embargo, era el mismo caballerito valiente de algunos años antes. Más tarde he pensado que si tenía miedo, era porque me sentía culpable. Pensaba en Valentina y sabía que no debía haber hecho lo que acababa de hacer. El sentimiento de culpabilidad me debilitaba y generaba aquel miedo que, en algunos momentos, lo confieso, era verdadero pánico.

Por otra parte, Isabelita se conducía de un modo innoble y yo tenía el miedo innoble que me correspondía como amante de la hijastra del Palmao. Todo aquello, aunque era natural, resultaba envilecedor y yo no era ya el caballerito sin tacha que había sido antes.

Un hombre recto y justo no puede tener miedo a nada en el mundo.

—Que se ande con cuidado tu padrastro —dije, haciéndome el matón a mi vez—, porque cada cual tiene su corazón en el

pecho. Si te vuelve a molestar, me lo dices y tú verás quién soy.

—No, hombre. Tú no eres persona para hablar así. ¿Qué haces cuando viene sobre ti en la calle un autobús? ¿Vas a su encuentro? No. ¿Qué haces? Te apartas, eso es todo. Y eso es lo que hay que hacer con el Palmao. Apartarse. Tú eres un pollito que acaba de salir del cascarón. Déjalo que hable y que amenace y que diga y que mate gente. ¿Qué te importa a ti? Lo mejor que puedes nacer es tener miedo y escurrir el bulto y salir de estampía cuando veas que se acerca, y venir a acostarte conmigo por la noche. Déjalo que dispare tiros al aire con su revólver, mientras tú y yo nos damos la gran vida. ¿No te parece?

Era la primera vez que veía una mujer dispuesta a preferir el cobarde al valiente. Es verdad que un hombre en peligro de ser atropellado por un autobús debe apartarse y no insultar al chófer ni comenzar a patadas con el motor. Pero aquel descubrimiento me dejaba perplejo y no sabía qué decir.

Frente a Valentina, las cosas habrían sido diferentes. Dudaba de que Valentina quisiera a un Pepe Garcés cobarde, y allí estaba Isabelita que me aconsejaba la cobardía como una manera de mantenerme en su buena gracia.

No lo entendía. Lo mejor que puede hacer un hombre cuando no entiende a una mujer es abrazarla y besarla, y yo lo hice.

Por fin, Isabelita se fue y yo dormí como un leño, toda la noche de un tirón. Al día siguiente, viéndome el farmacéutico ojoso y mercurial, volvió a repetir que tuviera cuidado con la Trini.

La semana siguiente transcurrió en un soplo. Aunque Isabelita me había hablado de venir entre semana, no vino porque no la dejaron salir.

Y el domingo siguiente nos dedicamos el uno al otro desde las tres de la tarde hasta las nueve. Yo preparé más vino artificial —

incluidas las gotas de éter— y mi amiga bebió, rió, lloró, me habló de su padrastro otra vez, y sin dejar de tener en cuenta su peligrosidad, trató de convencerme de que debía estar tranquilo.

Ella estaba preocupada por la posibilidad del embarazo, y cuando me vio taciturno (pensando en el Palmar), lo entendió a su manera y me dijo que no me preocupara, porque si resultaba embarazada, se iría a servir a Barcelona y allí daría a luz y se dedicaría a nodriza. «O mejor, a puta.» Y añadía, muy convencida: «No hay mal que por bien no venga». El bien era, al parecer, la prostitución.

Yo le dije que mientras llegaba a Barcelona, se instalaba, daba a luz, se restablecía, etc., necesitaría la ayuda de alguien, y yo no podía ayudarla porque no tenía dinero y en aquellas ciudades grandes sin dinero no se podía hacer nada. «Suponiendo que estuviera encinta.»

Pero ella reía y se burlaba de todos los peligros. Sabía muchas cosas y tenía además una prima muy honesta que trabajaba en Barcelona y la había invitado varias veces a ir. Ella trabajaba todo el día y sólo volvía a casa de noche, pero Isabelita, si iba a Barcelona estando embarazada, podía ir a coser, bordar y hacer jersey y media todo el día a una especie de hospital de mujeres donde daban muy bien de comer a las embarazadas, cualquiera que fuera su situación y sin preguntar maldita sea la cosa. Así pues, en el peor caso, ella no tendría problema alguno y si yo quería ir después a Barcelona y buscarla, podríamos vivir juntos muy bien. Aunque yo no tuviera dinero.

Estas palabras me parecieron incómodas, pero al mismo tiempo me conmovieron, sin saber por qué. Vislumbré, extrañado, que en las mayores formas de depravación podía haber un cierto sentido moral, y amor y honradez. Pero luego me dije: «Así deben pensar los chulos y los rufianes». Y me asusté de veras. Más que

con la amenaza del Palmao, me asusté con aquel riesgo de la indignidad.

Qué diferentes eran las perspectivas mías con Valentina y con Isabelita. Con Valentina debía estar todavía seis u ocho años trabajando duro para ponerme en condiciones de conseguirla, y todavía entonces sería dudoso que sus padres me la dieran. En cambio, Isabelita se acostaba conmigo el primer día y me proponía que fuera a Barcelona a vivir con ella y «de ella». Prefería no pensar en aquello, porque se me ocurrían cosas demasiado extravagantes.

Isabelita seguía hablando y decía algunas cosas de un humor desgarrado y absurdo del que no se daba cuenta, Por ejemplo, tenía un primo segundo que había ido a Barcelona buscando empleo y allí pasó grandes dificultades y trabajó como lavacoches, lavaplatos, fregasuelos. Limpió todo lo que había que limpiar, y un día se vio sin trabajo, y no sólo un día, sino una semana, un mes y otro mes. El hambre apretaba tanto, que el pobre diablo se puso un día una toca de campesina, se afeitó, se cubrió de polvos de arroz, se vistió de mujer con una almohada debajo de la falda, como si fuera una hembra embarazada, y se presentó en aquel hospital o preventorio. Le dieron de comer durante algunas semanas, y al descubrir el truco, unos querían enviarle a la cárcel y otros entregarlo a la policía para que le obligara a volver a su pueblo por conducción ordinaria, es decir, a pie. Pero el pobre diablo logró convencerlos, y entre bromas y veras y risas y denuestos se quedó como empleado y, una vez más, se puso a fregar vajilla y a barrer suelos. Como comentario final a esta larga y pintoresca historia de familia, Isabelita dijo: —Ahora se dedica a maricón y gana su vida en el Paralelo. Después de una pausa, añadió: —Tiene las piernas, según me dice mi prima, más bonitas que muchas mujeres.

Y alzaba la suya en el aire para mostrársela a sí misma.

Sabía otras cosas de Barcelona, unas veces por ella misma y otras porque se las contaba Trini, que había estado en la capital de Cataluña, y todo consistía en evitar caer en el barrio chino porque eso sí, la que caía en ese barrio era una tirada y no la levantaban ni con una grúa.

Yo no sabía qué pensar, oyéndola. A veces me parecía miserable y digna de desprecio, pero sus atractivos me convencían una vez más. Era hermosa y yo había caído con ella, pero cualquiera en mi caso habría caído también, aunque fuera un juez o un canónigo, y todavía ella, a pesar de las cosas que decía, era persona decente, se acostaba sólo conmigo y caer con ella era caer hacia arriba, es decir, hacia el cielo del orgullo viril. Pero de pronto, me hablaba de putas y de maricones, y la verdad es que yo me desorientaba y no entendía que todo aquello fuera compatible con el delicado estilo de su cuerpo adolescente.

En un largo silencio, suspiró y dijo:

—¿Sabes que echo en falta las campanas? El domingo pasado era como si tú y yo nos hubiéramos casado y fuéramos marido y mujer. ¿No te parece? Por las campanas.

—Se oirán luego, cuando toquen a oración.

—¿El ángelus?

Eso es. Angelus Domini nunciavit Maria...

—¿Al caer la tarde? A lo mejor estoy embarazada, porque al caer la tarde estos últimos días tenía ganas de llorar. Pero no te preocupes. A mí no me importa estar preñada de ti, y ya sabes cuál es mi plan si eso sucede. Esto que me ha sucedido a mí, tenía que sucederme de todas maneras porque tengo padrastro. Casi siempre las hijas de las viudas que se casan otra vez acaban siendo mujeres de la vida.

—Tú no lo eres aún.

—Pero lo seré. Es una ley que no falla.

Lo decía como podría decir yo: «Para septiembre seré bachiller».

Pensaba en mi padre y en el hermano bastardo que me había dado. Tal vez mi hijo, si un día lo tenía, estaría en el mismo asilo de niños abandonados y no reconocidos, y pensando en eso no lo odiaba, a mi padre, y comenzaba a pensar que el sexo era el diablo y el amor, Dios. Yo trataba de lograr mi unidad interior convenciéndome a mí mismo de que cada día hacía algo en favor del lado divino de la creación. Lo que hacía era no más escribir cartas a Valentina, llenas de protestas de fidelidad y constancia. Y sentir remordimiento. La vergüenza no me dejaba vivir. A veces pensaba cosas heroicas y tremendas y aceptaba incluso la posibilidad de la caída hacia abajo y no hacia arriba. Si no lograba terminar el bachillerato para septiembre y mi amante resultaba embarazada, habría que perder toda esperanza y dejarse llevar a donde fuera Isabelita, incluso al barrio chino. Allí yo la defendería contra los chulos profesionales y contra el Palmao si venía a molestarla, pero de éste tendría que defenderme yo a mí mismo y no a ella, porque el padrastro iría a Barcelona a picarme la nuez a mí. Esa expresión me inquietaba a veces. ¿Cómo se le pica la nuez a un rival triunfante en el amor?

El misterio de esas clases de venganza las hacía más temibles.

A veces, el barrio chino no me parecía mal. Una miseria absoluta me parecía mejor que una honradez relativa, aunque en mi fracaso fracasaría también Valentina y aquello no podía imaginarlo, es decir, que fracasara lejos de mí. Fracasos los dos juntos habría sido otra cosa.

Cuando Isabelita supo que iba yo a comer a casa de la señora Bibiana, se llevó las manos a la cabeza y dijo: —Dios mío, y qué comidas más ricas te hará.

Añadió que la señora Bibiana tenía una hija que había estado años atrás en Barcelona y hecho su dinerito en el Paralelo, y que cuando le preguntaban en aquel tiempo qué hacía su hija en Barcelona, ella decía en la misma calle a grandes voces, como solía hablar: —Putita de un pez gordo, es.

Estuvo la Bibiana a verla más de una vez, y a la vuelta decía con admiración que su hija tenía «un cuarto todo blanco, con las paredes llenas de jetas» —es decir, de llaves de agua—. Más tarde la chica, con su dinerito hecho, volvió a su pueblo natal un poco fondona y se casó como si tal cosa, y tenía en la colegiata su silla con las iniciales grabadas y los canónigos la llamaban señora. Isabelita concluía: —Tú ves. Lo único malo es que ahora ella se avergüenza de sus padres campesinos. Ellos serán cazurros y todo lo que se quiera, pero yo sé cómo hizo ella el dinero de la dote. A mí con ésas, no.

Aquella tarde, al sonar el toque de oración y sentirse envuelta en la vibración de las campanas, Isabelita lloró un poco. Teníamos la cabeza en la almohada y estábamos tan juntos que, al hablar, los labios de ella rozaban los míos y nuestros alientos se confundían. Isabelita lloraba y hablaba a un tiempo: —¿Esas campanas suenan como si estuviéramos casados ya, verdad? ¿Te casarías conmigo, tú?

—Si fuera grande, sí —mentí.

—Eso es lo más lindo que he oído en mi vida. Si fuera grande, sí. Pero cuando seas grande, yo habré tenido un hijo hace tiempo y estaré en Barcelona, ¿Qué remedio me quedará? ¿Qué va a hacer una hembra parida y sin marido? A mi madre no le importará eso mucho, porque está deseando que desaparezca de la vista del Palmar.

—¿Ella lo quiere, a su segundo marido?

—Lo adora, aunque a veces el Palmar coge la guitarra y canta

coplas bastante feas. Por ejemplo, una que dice que no debía haberse casado con una viuda.

para no poner las manos en donde las puso un muerto.

Isabelita miraba de medio lado esperando mis reacciones, pero yo pensaba en otra cosa y ella seguía: —¿Qué te parece el zancarrón mal criado? Otras veces no dice las manos, sino otra cosa.

En lugar de otra cosa, decía la palabra entera y terrible que yo no había oído decir en privado sino al Bronco y en público, a la señora Bibiana, cuando llamaba con grandes voces sin control a su vecina.

Después del toque de oración, Isabelita se fue, porque el domingo anterior había causado con su tardanza grandes alarmas.

Poco después, me fui a cenar a casa de la señora Bibiana.

Pensando constantemente en el Palmao, miraba a mi patraña, que iba y venía de mi mesa al hogar de leña con un plato en el que volcaba algún pucherito de barro lleno de alguna vianda o legumbre bienoliente. Yo necesitaba hablar del hombre terrible y ver si la señora Bibiana lo conocía y qué decía de él. Vaya si lo conocía, la campesina. Después de servirme un plato rebosante de coliflor bien rociada de aceite, se puso las manos cruzadas en la cintura —con tantas faldas almidonadas parecía que la viejecita estuviera encinta— y dijo, con su agria y honesta voz: —¿El Palmao? Ése yo no lo conozco más que para servirle, pero según lenguas que corren, lo mismo le saca las tripas de una cuchillada a un vecino que a su propio padre. Estuvo en Ceuta por una muerte cuando era joven, y en la cárcel de Teruel por un navajazo y algunas cosas que hizo contra el Gobierno. Tiene la mano pronta, el hijo de la gran cabra cornuda.

Vaya, la mano pronta. Las expresiones navajazo y cuchillada

me helaban la sangre en las venas.

Aquella noche, en mi cuarto, tardé mucho en dormirme. Estuve despierto hasta después de las doce. Pensaba cosas raras. Por ejemplo, pensaba que la expresión hijo de la gran cabra cornuda que había dicho mi patrona le daba un cierto aire de bruja. No importaba. Era posible ser dulce, simple y un poco bruja. Una especie de bruja propicia.

Estaba tan desvelado, que me levanté y salí a pasear por la plaza de la colegiata. La noche era sin luna. Había un solo farol mortecino que parpadeaba con la brisa.

Al final de la plazuela, ésta quedaba como suspendida sobre la noche estrellada.

No había una sola persona.

Cruzaba yo la plaza en diagonal cuando vi venir en dirección contraria un sacerdote, que debía ser muy viejo porque caminaba con lentitud y torpeza, pero lo que me llamó la atención no fue su manera de caminar, sino el hecho de que llevara un paraguas abierto. No llovía. El cielo estaba despejado y lleno de estrellas. Cuando estuvo más cerca, vi que era un cura escolapio, el viejecito con fama de místico (cuyo nombre no recuerdo), pero a quien llamaban el santo del paraguas. Al pasar, lo saludé.

—Buenas noches, padre.

Se detuvo y me miró por debajo del paraguas.

—Dios te las dé mejores que a mí, hijo.

—¿Es que no se encuentra bien?

—Sí, gracias a Dios. Pero vengo de ver a un pariente que está en las últimas.

Vio que yo miraba el paraguas, intrigado, y añadió, sonriendo: «¿Te extraña que vaya con el paraguas abierto? Es que no puedo salir de noche sino de esta manera, es decir, con algo encima de mi cabeza que me oculte la vista del cielo estrellado».

—Pero es hermoso, el cielo estrellado —le dije yo.

—Demasiado, hijo. Es tan hermoso y se me ocurren tantas cosas cuando lo veo, que me da una especie de vértigo. Y miedo.

—¿Miedo?

—El miedo del vértigo es un miedo a caer. Pero no en tierra. No es eso. Deja que me explique. No tengo miedo a caer en tierra, sino a caer en el cielo.

Yo sonreía y quise justificar su extravagancia: —¿Lo dice de un modo simbólico?

El alzó su cabeza arrugada con grandes ojos azules: —No, hijo mío. Lo digo tal como suena. Caer hacia las estrellas. En noches como éstas tengo miedo de mirar arriba. Siento vértigo.

Comprendía el cura mi desconcierto y se ponía a explicar: «Eso de arriba y abajo no existe en la creación de Dios. Lo han inventado los hombres, pero no existe, y lo mismo que caemos hacia abajo podemos caer hacia arriba, sobre todo un hombre como yo que pesa tan poco. Si miro al cielo estrellado, se altera y descompone mi sentido de la gravedad, me siento desprendido del suelo y hay en el espacio una succión tremenda que me arrastra».

—¿Hacia el cielo?

—Eso es. Se ve que comprendes, hijo.

—Si es hacia el cielo, ¿qué le importa a usted? ¿No es mejor que la tierra? —dije yo, bromeando.

—Sí, pero yo estoy vivo todavía. El cielo no es para los vivos. Cada cual debe esperar su hora.

Yo no decía nada y él me miraba, risueño, e infantil: «No debemos ir al cielo sino después de muertos, hijo. ¿Qué iba a hacer yo en el cielo con esta sotana y estos zapatos? ¿En qué libro sagrado o profano has leído tú que alguien haya ido al cielo calzado y vestido?».

Le besé la mano en señal de despedida, y él retuvo la mía para que no me marchara aún —Espera, que te voy a bendecir, hijo.

Hizo una señal en el aire recitando una frase en latín. Luego se fue muy despacito, arrastrando los pies. Yo miré al cielo esperando sentir vértigo, sin que esa sensación llegara. «Quizá para sentir ese vértigo —pensé— hay que ser cura, aunque sea en los escolapios de una ciudad del Bajo Aragón.»

Me gustaba que hubiera alguien en el colegio con fama de santo, para compensar la mala impresión del fraile pederasta. Y volví al cuarto pensando en aquello. Me acosté y estaba ya en la cama cuando oí todavía los pies del santo del paraguas sobre las losas de la acera, dando la vuelta a la esquina, tan despacio caminaba.

No dormía aún. Entonces no había aprendido a hacer juegos de fantasía con mi mundo inconsciente ni a invitar así el sueño. Aquí, en el campo de concentración de Argelés, los hago, y anoche, por ejemplo, pensaba en aquel pariente lejano que era —creo— sobrino segundo de mi abuelo y gritaba: «No, si yo no quiero que me comprendan así, tan pronto. Prefiero que me nieguen. Negadme, protestad entre dientes o mejor aún a grito herido. En el secreto de mi alma yo estaré a vuestro lado cuando protestéis. Porque no importa. Yo sé muy bien que no importa. La historia es como un bosque de banderas ardiendo. Caídas por el valle y ardiendo».

Es verdad. A través de la obstinación de los tontos, yo veo aún el candil antiguo bajo los siete cielos con sus jerarcas. Esos cielos que daban vértigo al santo del paraguas.

Las beatitudes se podrían distinguir y hasta contar, porque

están separadas por anillos y clasificadas por segmentos de esfera. Ahí es donde estaba, quizá, el sistema de proporciones generador del vértigo.

Todos parecían inmóviles en sus colores, pero giraban poco a poco con el zodíaco, esperando quizás a los santos nocturnos del paraguas.

En el segmento más alto se veía toda la familia de Dios, menos la Madre Virgen que estaba lavando pañales en el río.

Ver todo eso, imaginarlo desde el polígono de Melilla engalanado y festival, es un poco deprimente en el campo de concentración de Argelés. (Porque, por ejemplo, las madres — todas menos la Virgen María— tienen máquinas de lavar, ahora.) El padre parecía bastante eterno y genuino, pero estaba enfermo, unas veces ciego, otras sordomudo y las mayores veces sano pero ausente.

Llevaba un cinturón de cuero trenzado, teñido con los colores de la tribu de Essaú. (Digo tal como lo veía anoche cuando esperaba en vano al sueño.) En el segmento siguiente estaban los pontífices bravos, así como Julio II que les pegaba a sus cardenales y que no había sentido nunca el vértigo de las alturas.

La tiara cuajada de gemas con sus dos picos, el del Alto Nilo y el del Bajo Nilo. El pontífice llevaba todavía su pulsera de oro macizo, con la cual su puño resultaba temible de veras.

En la pulsera tenía un pequeñísimo tabernáculo y en él la hostia consagrada, para poder así en cualquier momento y lugar arrepentirse, darse a sí mismo la comunión y no ser sorprendido en pecado por la muerte.

Como todos los hombres de fe, tenía una secreta vocación de pecado.

Todos los pontífices iban con su sombra auestas porque la luz les llegaba de abajo, de las llamas del infierno.

El bosque les había huido y había todavía alguna rama seca que se levantaba y, como el áspid, quería morder a alguno. Pero nadie caía hacia arriba.

Solían decir, aquellos pontífices, que Dios había muerto y querían organizar grandiosos funerales y obtener con ellos grandes limosnas y substanciales donativos.

Una voz lejana decía: «Lo sabía y no importa».

Digo todo esto para dar una idea de las cosas que suelo pensar cuando espero el sueño debajo de mi manta de refugiado. De mi manta frecuentemente mojada, de hombre que duerme a la intemperie. Es decir, mojada aunque no llueva, porque al amanecer la moja el rocío. O, como dice un vecino mío campesino: la rosada. La humedece la rosada.

En fin, volviendo a mis recuerdos, la semana siguiente me pareció más larga, primero, porque no me escribía Valentina ni me contestaba su madre. Segundo, porque me impacientaba esperando el día de volver a ver a Isabelita, a quien comenzaba a considerar como parte de mi vida.

En cuanto al farmacéutico, viendo que yo no le hacía confidencias, pensaba que estaba perdido entre las uñas de Trini, la puta agrícola y olivarera, quien me iba devorando igual que una araña a su mosca después de envolverme en el ovillo de sus hilos viscosos. El boticario comenzaba a compadecerme, pero al ver que yo no respondía a sus insinuaciones (quería hacerme hablar), encendía un cigarrillo de boquilla de corcho y salía a la puerta de la calle. Recostado en el quicio con el cigarrillo perfumado en los labios, la chaqueta abierta, la mano en el bolsillo del pantalón y el chaleco de gamuza (pequeños botones de cristal) bien visibles, se dejaba admirar de las vecinas tomando un aire afectadamente distraído.

Yo admiraba aquellos chalecos suyos, que a veces eran

cruzados y con doble hilera de botones. Veía al boticario de espaldas y, sin embargo, en su disposición y en los leves movimientos de su cabeza y de su brazo, me daba cuenta de que estaba consciente de ser contemplado por una vecina que era hija del registrador de la propiedad señor Guerrero.

A aquella muchacha de cabello castaño claro, estatura media y ojos grises y anchos, la llamaba mi patrón la guerrera. Yo asociaba ese apodo con figuras alegóricas griegas de una gran belleza, semidesnudas y armadas para alguna clase de guerra inefable como, por ejemplo, Pallas Atenea.

La verdad era que no veía la posibilidad de emparejar a un camello, aunque fuera de plata y nácar, con Pallas Atenea. Era ella muy hermosa y el farmacéutico decía que quería atraparlo y casarse con él. Nada mejor podía hacer mi patrón que dejarse atrapar por aquella criatura, que parecía haber salido del friso del Partenón.

A veces entraba el boticario después de una larga exhibición en la puerta, y yo le decía: —Parece que hoy no sale la guerrera al balcón.

—Bah —decía él, seguro de sí—. No ha salido, pero quizás está detrás de la persiana, mirando. Todas las mujeres son así.

Algunos días, la vecina entraba temprano a comprar algo y cuando yo se lo decía al boticario, él reía con una risa que podríamos llamar visceral (de estómago e hígado), sin mostrar los dientes, que es como suelen reír los camellos, y decía entre compasivo y burlón: «Creía que iba a encontrarme en la farmacia, pero esta vez se equivocó».

Yo comenzaba a pensar lo contrario es decir, que ella lo espiaba para no coincidir con él, porque se había dado cuenta de sus aprensiones. Entrando ella en la farmacia, todo parecía hacerse noble y distinto. Yo al menos tenía esa impresión cuando

llegaba, pero —¡ay!— la señorita Guerrero me miraba como a un mueble, como a una cosa.

Deseaba yo con toda mi alma que llegara el domingo. A veces el boticario me decía, con una bondadosa expresión: —La cara de usted está cambiando, y yo no diría que para mejor. Algo nuevo sucede en su vida.

Yo no decía nada y él añadía, muy convencido: —A esa Trini habría que ahorcarla en un farol público. ¡El daño que hace entre la juventud!

La pobre no tenía culpa de nada, pero yo no quería desengañar a mi patrón.

Un día me preguntó qué hacía los domingos. Yo le dije que me reunía con mis amigos. Esta expresión —mis amigos— le extrañó, porque no creía que tuviera yo ninguno. Alguna vez me había visto hablando con Santiago, el de la mueblería de enfrente, y con Tadeo, el estudiante de último año del bachillerato matriculado en los Escolapios, que tenía la cara llena de lunares.

Santiago pasaba a veces a la farmacia a verme a mí. El boticario no le tenía mucha simpatía y lo trataba como a un inferior. Santiago se había creado un problema grave. Había una muchacha que se llamaba Felisa, hija de un escribiente del juzgado, y un día, apurado por las preguntas, sospechas, recelos, dudas y sátiras de sus empleados, dio a entender Santiago que era ella la que le escribía las cartas de amor, con lo cual no sólo mintió —sabido es que se las escribía a sí mismo— sino que excitó las iras de un pretendiente de Felisa que era un joven contratista de obras públicas. Solía pasar a veces por la calle mayor en una motocicleta con el escape de gas abierto y haciendo un gran escándalo. El pretendiente fue a pedir explicaciones a Santiago, éste lo recibió con su altivez acostumbrada de onanista, y la escena acabó con una paliza que el de la moto le dio a mi amigo.

Por una rara ocurrencia, después de recibir su paliza, Santiago comenzó a interesarse profundamente por la muchacha. De vez en cuando, pasaba a la farmacia y me hablaba de ella. Yo le preguntaba, prudente: —¿Y el otro, digo, el de la motocicleta?

Santiago alzaba la ceja izquierda:

—Está aquí solamente de paso.

Añadía que era catalán, de Tarragona, y que se marcharía pronto a su tierra. Yo insistía: Podría ser que se fuera con la novia, digo, que se casara antes.

—No, qué va. ¡Si no son siquiera novios!

Era aquella calle Mayor la calle distinguida. Allí estaban los comercios de alguna importancia. Había un ferretero vasco, dos almacenes de maquinaria agrícola, la oficina de la compañía de teléfonos, un almacén de fertilizantes y una tienda, la más grande y antigua de todas, que se llamaba de un modo clásico y ligeramente poético: «El laurel de Mercurio», y en la que había las cosas más dispares, como faisanes disecados, aparatos para tomar duchas al estilo antiguo y al moderno, barómetros muy historiados, cartuchos de caza de todos los calibres, pistolas de época, bragueros para los herniados, braseros de cobre labrado, muletas para cojos, estribos para jinetes, maletas de piel de cocodrilo y también baúles antiguos forrados de terciopelo granate con clavitos dorados, como en las Mil y una noches. Había alfombras de piel de oso, con las fauces del animal abiertas y los ojos de vidrio, jaulas de canarios y reclamos de perdiz para la caza, orinales de vidrio grabados al boro con flores y figuras humanas alrededor, santos sin nariz en viejas tallas medio podridas, y otros con nariz y ojos de vidrio (como el oso), sólo que en éxtasis.

Había gatos disecados que parecían vivos, y lo que más me atraía a mí era un ave disecada también, de largas patas, que tenía en el pedestal de madera un nombre grabado en cobre:

oropéndola. Nunca había visto yo una oropéndola, y cuando tenía ocasión entraba a verla con el pretexto de comprar algo que no tenían, aunque para imaginar un artículo que no tuvieran era preciso estar tres o cuatro días cavilando. Las viejas eran tres hermanas solteras a quienes llamaban las tres Marías, que durante el invierno estaban siempre alrededor de un brasero de época, todo rojo de buen calivo. Tenían fama de beatas, tacañas y rapaces y de engañar en materia comercial al mismo Caco.

Pero Tadeo las engañó a ellas. Después de haberse comido el canario de su tía, urdió una intriga que le salió bien. Envío a una docena de amigos a distintas horas a la tienda a comprar hollín, diciendo que el profesor de dibujo lo exigía para sombrear los trabajos. Al cuarto chico que fue a comprar hollín refinado las viejitas le dijeron que no lo tenían, pero que estaba encargado. Y al día siguiente fue Tadeo con un saco de hollín refinado que ofreció en venta, y que las tres Marías compraron. Nadie se presentó después a, comprar hollín.

El domingo siguiente, Isabelita vino a media tarde. En el cine daban una película muy buena, según decían, y yo temía que quisiera ir, pero por fortuna prefirió quedarse a mi lado. También ella creía que mi cara estaba cambiando.

Recuerdo que el Bronco, entre sus teorías sobre el sexo, tenía una muy curiosa. Decía que cuando un joven no tiene amores aún, es decir, cuando no conoce a la hembra, su cuello es menos ancho y vasto que cuando fornicaba regularmente, y que había una manera de saber la situación de las personas en ese delicado respecto. Consistía en medir el cuello con una cuerda doblada. Si esa cuerda desdoblada formaba un lazo —es decir, un círculo— por el que podía pasar la cabeza entera, era que ese individuo hacía uso regular del sexo. Yo hice la prueba la tercera semana y vi que mi cabeza pasaba, aunque muy justamente, lo que parecía natural en

alguien que había comenzado a hacer el amor recientemente. El Bronco, a pesar de su barbarie del paleolítico, tenía razón, o tal vez sólo se trataba de una casualidad. Me propuse hacer la experiencia con Eliseo, de quien estaba seguro de que era virgen.

Apareció en la farmacia el domingo por la mañana, al volver de misa de la colegiata. Me preguntó como otras veces, si había ido y le respondí alzando las cejas y los hombros, como si dijera: «¡Vaya una pregunta chocante!». Poco después saqué un trozo de cuerda de atar paquetes: —Quiero hacer una experiencia contigo ¿Me permites?

—¿De qué se trata? —preguntó, mirando la cuerda con recelo. Yo vi que iba a ser difícil, y expliqué: —Es que quiero medir tu cuello y compararlo con el mío.

—Espero —dijo él, retrocediendo un paso— que no pretendas estrangularme.

Yo reía y él continuaba: «Porque todo se puede esperar de una persona que no va nunca a misa».

Con la cuerda doblada medí su cuello, no sin alguna resistencia, desdoblé la cuerda y quise hacer pasar en vano su cabeza por el círculo que formaba. Faltaban tal vez diez centímetros para que aquello fuera posible. Lo miré con ironía: —Eso es todo —dije, con el acento del peluquero que ha terminado su tarea.

Supongo que vio alguna ironía en mi mirada, porque el muchacho se ruborizó. Para que viera que no le había mentado, medí mi propio cuello y comparé la extensión de las cuerdas: —Es verdad que el mío es más ancho, a pesar de que soy más joven —le dije.

—¿Y eso qué?

—Nada. Era sólo por saberlo.

Eliseo se fue, un poco intrigado. Desde la puerta, antes de

salir, se volvió a mirar con deseos de decir algo desagradable tal vez, pero probablemente había comulgado en la colegiata y no quería perder tan pronto su estado de gracia.

Por la tarde llegó Isabelita hacia las cinco. Creo haber dicho que, por vivir el farmacéutico al otro lado de la ciudad, en la parte más alta, no era probable que apareciera en la farmacia cerrada ningún domingo por la tarde a no ser que necesitara alguna medicina para sí mismo. En este caso, y con objeto de evitarse la molestia de abrir los cierres metálicos, es seguro que iría a entrar por la plazuela de la colegiata y pasaría junto a mi cuarto, pero no llamaría ni entraría, supongo. En realidad, no había estado nunca en mi cuarto el boticario.

Sin embargo, la posibilidad de ser sorprendido algún día con Isabelita me inquietaba y, naturalmente, yo cerraba por dentro y pensaba que si llamaba alguien a la puerta, no abriría, con el pretexto, si era mujer, de que estaba desnudo, y si era hombre, de que estaba muy resfriado y en la cama.

Tenía las cosas previstas para salvar —como decía yo, galante y cortés— el honor de mi amante. Un honor que a ella le importaba un bledo.

Isabelita tenía curiosidades sexuales, sin duda porque hablaba con Trini, que debía ser un manual de perversiones, y aquella tarde me besó en mis lugares genéricos y ensayó lo que en latín llaman el fellatio. Luego dijo, con una expresión de asombro en su carita de niña: —Me gusta. ¿Sabes que me gusta?

Tuvimos la suerte de que sonaran las campanas, aunque esta vez no era por la agonía de nadie ni tampoco por el toque de oración, sino que se trataba de un bautizo. Debía de ser gente rica, porque se hacía por la tarde con invitados y fiesta. Isabelita estaba encantada.

El fellatio. No voy a contar todas las cosas que hacíamos,

porque entonces estos cuadernos tomarían un aire pornográfico de cuento milesio, y nada más lejos de mí. Pero tampoco puedo poner unos puntos suspensivos al llegar la escena amorosa. He odiado siempre esos puntos suspensivos que sugieren al fin orgías mayores, y trato de llamar las cosas por sus nombres aunque con ciertas limitaciones no de moral, sino de buen gusto. Éste, sin embargo, depende de mil circunstancias, y yo al mío me atengo ya que el ajeno me parece un buen gusto entre comillas, es decir, dudoso y sujeto a interpretaciones.

Cualquier lector que lea estas páginas, si llegan a publicarse, ha tenido estas mismas experiencias muchas veces y no va a sentir su conciencia moral herida en lo más mínimo. Si se siente ofendido, es que se trata de un farsante. La moral nuestra, de fondo religioso, es bastante ridícula. En el Antiguo Testamento hay historias más libertinas —por ejemplo, la del viejo y virtuoso Lot—, y los padres de la Iglesia, como el mismo santo Tomás, describen el coito con los súcubos llamando las cosas por sus nombres. Lo mismo hace san Buenaventura, y si tuviera memoria, pondría aquí las citas enteras. Es verdad que lo hacían en latín, pero en aquel tiempo todo el mundo leía latín, incluidas las damas de cierta cultura.

Eran, las campanas de bautizo, ligeras y alegres, y comunicaban su alegría a Isabelita. Yo solía ser alegre y jovial también antes del amor y después, a medida que reincidíamos me iba poniendo taciturno. Hay un proverbio latino —cuya exactitud no recuerdo ahora— que dice: «Todos los animales, después del coito, están tristes». Pero eso no va con la mujer. Es cierto que a veces lloran, pero es sin tristeza y por una especie de saber inconsciente según el cual las glorias del sexo y las de la muerte andan juntas. Supongo que son los grandes placeres los que nos matan. O tal vez lloran por no saben qué. El llanto de las hembras

puede ser orgiástico y su risa puede ser trágica. Esto último también en los hombres, claro.

El caso es que, si algo le faltaba a mi amante para mostrarse jovial, las campanas del bautizo se lo proporcionaban.

—Debe ser —decía— un bebé nacido en buenas mantillas. ¿Y sabes lo que te digo? Que no se me da nada tener un hijo siendo soltera. ¿Es que Dios dijo alguna vez que había que casarse? Sólo dijo creced y multiplicaos. Eso es todo lo que dijo, porque yo lo he visto en mi libro de misa. Creced y multiplicaos, Bueno, pues por nosotros no quedará, hijo mío, ¿no te parece? Los hombres no esperan la bendición del cura para buscarnos, ni tampoco la mujer para dejarse encontrar. ¿Tú sabes? A mí, esto que hacemos me parece más importante que todas las iglesias y las bendiciones, y no puede ser cosa mala habiéndole querido Dios. Los mismos curas buscan por detrás de la Iglesia a las mujeres y hacen lo que pueden por conseguirlas. Hacen unas cosas que ¡para qué te voy a contar!

—Eso pienso yo también —dije, sin interesarme en la cuestión.

Y ella seguía:

—Mi madre viene a planchar y a hacer costura a casa de los señores, cuando la llaman.

—¿Qué señores? —dije yo, molesto porque mi amante hablara como una esclava.

—Los de la Puebla de Híjar, y la llamaron el jueves y vino y me miraba y volvía a mirarme como si quisiera descubrir algo. Por fin, movió la cabeza con lástima y dijo: pareces otra, Sabela, porque estás cambiando y no para mejor. Eso dijo. Una criada vieja que hay en la casa y que me tiene inquina porque mi piel es fresca y la de ella arrugada, dijo, dice: «Hace dos semanas que está así, como salida». Eso dijo, y mi madre se enfadó y no dijo nada, por el

momento. Luego, yo le pregunté qué quería decir «salida», y resultaba que es una mala palabra para hablar de las hembras de los animales cuando buscan el macho.

—En celo. Están en celo —advertí yo.

—Eso creía también, pero para las malas personas que no han tenido educación, la perra que está en celo la llaman perra salida. Y eso dijo la vieja, que yo estaba salida. ¿Qué te parece? Yo no soy perra ninguna, y si estoy en celo, es contigo, porque te tengo ley. ¿Sabes lo que le respondió mi madre? Por el momento nada, porque ella es tarda en la palabra, pero después de un rato le dijo, dice: «Las perras viejas como usted son más honradas, eso sí, porque ya no están salidas nunca». Eso le dijo. Porque mi madre parece una mosca muerta, pero tiene sus prontos, y cuando se trata de defender a una hija es una tigresa con doce uñas bien afiladas. Y hay que tener mucho ojo con ella. Pero no acabó todo ahí, sino que la vieja añadió: «entre sacada y salida, eso quiero decir de la Sabela, y no lo digo con mala sangre». Y mi madre respondió: «Y tú, entrometida y momificada, que tienes las manos de sarmiento y la lengua de víbora» .Y además, bien cochina que es esa vieja, porque un día, y no es broma, hablando con la señora...

—¿Con qué señora?

—Con la de Puebla de Híjar —replicó Isabela, sin comprender mi incomodidad—. Pues el ama de llaves dijo a la señora, hablando de una vieja bruja nuestra vecina: Va y dice, digo: «es tan cochina, que tiene entre los dedos de las manos esas cosas negras que los demás sólo tenemos entre los dedos de los pies». Eso dijo, y la señora la miró muy extrañada, y desde entonces le hace llevar a su cuarto un cubo de agua caliente cada día, para que se lave los pies. Mi madre no la puede ver, al ama de llaves, y menos desde eso de la perra salida. Es que la vieja me tiene

envidia porque ella se va de este mundo y yo vengo. Eso es todo y a mí me parece natural, ¿verdad? El que se va del mundo debe estar lleno de reconcomio.

Después de una pausa añadió, con el acento más dramático que le había oído hasta entonces: —Debe de ser horrorosa la vejez. Yo no seré nunca vieja, ¿verdad?

Rompió a reír, sin transición. Su risa y las campanadas del bautizo parecían rimar. Reía orgiásticamente, y yo pensaba: «¡Qué extraña esa risa!». A mí el amor, como he dicho antes, me ponía taciturno y me hacía pensar cosas graves. Me daba autoridad, y profundidad y serenidad. Creía Isabelita que el hombre debía tener tres efes: feo, fuerte y formal. Yo las tenía. Ciertamente es que no me he creído nunca un hombre hermoso y sé que no lo he sido nunca, pero mi hermana Concha solía decir: «Mi hermano Pepe es más que hermoso. Es interesante. Tampoco lo he creído. Como si Isabelita adivinara mi pensamiento y quisiera desagraviarme —lo que tenía cierta gracia—, siguió hablando: —Tú sólo tienes dos efes: fuerte y formal. Pero yo te pongo la otra: facineroso. Porque me has robado el corazón, y a mí me gustan los facinerosos como tú. Quiero que tengas otra efe: fiel. ¿Verdad que me eres fiel y que me serás fiel hasta que te cases?

—Yo, ¿casarme?

—Un día tendrás novia formal y te casarás. Es lo que pasa. Pero hasta entonces ¿por qué vas a molestarte en buscar otra chica que te deshaga la cama? ¿No estoy yo? Siempre que quieras, vendré a donde me llames. Y yo estoy buena ¿verdad? Era lo que decía mi padrastro cuando yo tenía doce años y me nacían los pechos: «Estás buena, Sabela». Eso decía. «Ven aquí.» Y me tocaba las piernas. La mano subía por el muslo y cuando llegaba a cierta altura, yo me apartaba de él y me iba con mi madre. Entonces mi padrastro resollaba como un toro y repetía: «está

buena, rediós, y mi hija de sangre no eso». Eso decía. Entonces fue cuando mi madre me llevó fuera de casa, con una hermana suya. Para librarme de la gran bestia.

Después de una pausa con campanas de bautizo, Isabel dejó caer estas palabras: —El día menos pensado vendrá por aquí mi padrastro, digo a tu farmacia a comprar algo, porque tiene reuma.

—¿Cómo sabré yo quién es?

Fue a su bolso, volviéndome la espalda y mostrando sus nalgas preciosas, y trajo una pequeña foto donde estaban su madre y su padrastro.

—Llevo la foto por ella y no por él. ¿Lo ves? Aunque aquí parece moreno, tiene el pelo colorado y bizquea bastante, por eso puedes acabarlo de conocer. Cuando se enfada bizquea más que de costumbre, y si viene a la farmacia a comprar un líquido para el reuma, puedes saber que es él porque le falta el dedo pequeño de la mano derecha. Se lo llevó un hombre con el que peleaba, uno de sus compinches, de un «viaje» con la faca. Eso dice él. De un viaje. El otro no perdió dedo ninguno, que se fue con los diez a la sepultura, y creo que por eso enviaron a mi padre al penal de Ceuta a cumplir condena. Allí le pintaron el pecho con una tinta azul representando mujeres desnudas.

—¿Cómo lo sabes tú? ¿Cuándo lo has visto desnudo? —dije, con un asomo de celos.

—Pues en el verano, a veces se quita la camisa.

Luego añadió, después de meditar un poco: —No tengas malas ideas, tú, que antes me daría a los perros sarnosos que a él. ¡Por éstos!

Hizo una cruz, con el pulgar y el índice de la misma mano, y la besó. Yo me tranquilizaba por el momento, pero no estaba seguro de ella. Si su padrastro la perseguía con bastante obstinación, tal vez llegaría a alcanzarla, porque no creía que fuera difícil alcanzar

a aquella dulce hembra. Cuando lo pensaba, me habría gustado vengarme también anticipadamente —es decir, sin motivo—, de un modo sangriento y criminal.

Me habría gustado aniquilarlo, a él.

Pero ¿cómo? Un día, pensando en eso —mientras preparaba una receta en la farmacia—, alcé los ojos y vi un frasco lleno de pequeños gránulos en una estantería: cianuro de potasio. Ah, un buen veneno. Pero qué oportunidad tendría yo de dejar caer aquello en el café o la sopa del Palmar? No quiero decir que yo estaba dispuesto a matarlo, y menos de aquella cobarde manera, sino que mi fantasía volaba y me ofrecía, complaciente, algunas soluciones. Me habría gustado que alguien lo matara por mí, desde luego. ¿Qué ganaba la humanidad con la vida de aquella bestia apocalíptica que quería picarme la nuez?

Era legítimo desear el asesinato del rival, la naturaleza es así en todas partes, y por eso Dios no deja de seguir siendo, en el alma de cada cual, el buen heraldo de la primavera. El Palmar debía morir de una muerte ominosa.

Por la noche, cuando oímos ese ruidito motor que enciende auras en los dinteles de nuestro sueño, pensamos que Él está allí vivo. Él, vivo. Digo Dios. Vivo también —ay— en nuestro rival, a quien habría que asesinar a traición.

Y en todos los momentos, incluso en los más bobos, está Él, porque la simplicidad y el prodigio gustan de ir juntos. Así, cuando al salir de la escuela los chicos preguntan por los cinco lobitos de la loba, allí está Él. Y en el alma de la víctima del criminal. Que también un día lejano salió de la escuela y se puso a mear contra una tapia, el criminal.

Sabemos que están vivos los cinco lobitos de la loba y que se han perdido ayer en las arenas rubias de las playas. Y que en ellos está Dios, también.

Nadie quiere irlos a buscar y su madre los llama, exasperada. Ululando. Porque la loba no aúlla, sino que ulula.

Las sombras de esos lobitos que tenía la loba y que se acostaban a dormir detrás de la escoba han acompañado a todos los niños como perros fieles, y con los lobos y los niños estaba Dios. Y con el mismo Palmao, que quería picarme la nuez.

Éramos como animales, de esos que propician el milagro en las aldeas donde nunca llueve. Dios también parece a veces un animal pobre, esperando que el santo del paraguas caiga hacia arriba.

Entre esos segmentos tan altos del cielo y los otros segmentos opuestos de la esfera, están graduadas todas las cosas inefables y triviales por las cuales vivimos nuestra vida y a veces un poco de la vida ajena. Y entre la una y la otra, andan las actividades criminosas fomentadas por los hombres, de bien y por las cámaras de comercio. Al padraastro de Isabelita lo necesitaban las asociaciones de padres de familia como «mal ejemplo».

También estaba el amor. Ese amor bajo los remotos espacios es, quizás, el que daba vértigo al santo del paraguas.

Este amor, del que hablamos tanto cada día cuando somos mayores, con ocas en el jardín de la casa o bramidos de ciervos lejanos y abuelas que cuecen el pan comunal, parece otro, pero es el mismo.

El amor que los hombres hemos querido feudalizar desde los orígenes hasta hoy, y que las mujeres socializan en sus barrios con la ayuda de Dios.

«Todo para mí», decimos nosotros, los hombres, a solas en nuestro cubil.

Y las mujeres dicen: «Cada una para todos, y no en los cubiles, sino en la orilla del bosque». Eso dicen. Y Dios aprueba sus palabras. Las mujeres hermosas son para ser gozadas de todos,

como el amanecer. Y como las buenas brisas mostrencas. De todos, incluso del Palmao.

Y así va el mundo, marchando a sus fines entre los ladridos de los perros que miran extrañados. Y el silencio iluminado de los grandes sufridores secretos castigados por su propia indiscreción, así como nosotros. Que podríamos, sin embargo, como el santo del paraguas, caer hacia arriba en el arrebató del vértigo.

Los que robamos el fuego y corremos con él a nuestro cubil para aislarlo y gozarlo. (El fuego que quiere ser público, y gratuito o gozadero.) Los que lo hemos robado no hemos pecado tanto por el fuego como por la luz. Y sentimos a veces un cierto vértigo, pero durante el día.

Esa luz de los demás, que los poetas antiguos y los de ahora, inicuos, quieren reservarse para las ocasiones de las grandes cegueras privadas, para las grandes —se podría decir— cegazones secretas, esa luz es el peligro para todos, menos para tipos oxidados por el crimen, como el pelirrojo Palmao.

¿Está eso bien? Al menos es un hecho.

Yo entonces no pensaba así, claro. Yo, esclavo de todos los prejuicios de nuestros instintos (porque a veces el mismo instinto tiene prejuicios).

También aquella noche, después de marcharse Isabelita, con la alegoría de las campanas bautismales en su sangre adolescente, yo tardé en dormirme. Una vez más el amor, que por un lado distendía y aflojaba mis nervios, por otro encendía raras luces en mi cerebro, me desvelaba. No tenía sueño. Es decir, había ocasiones en que el amor me hacía dormir y otras en que me desvelaba. Si hacía el amor una sola vez, me sentía solamente despejado y ágil para el pensamiento y para la acción. Si lo hacía tres veces, me desvelaba. Si lo hacía cinco veces, caía después en las sábanas sintiendo un sopor reparador y podía dormir diez

horas sin despertar.

Aquella tarde había quedado en la disposición del que no necesita dormir. Ella se había marchado temprano y no quiso beber, porque mi vino olía demasiado a farmacia —el éter— y luego se lo notaban en el aliento.

Ya he dicho otras veces que aquí en el campamento, como me paso todo el día escribiendo y sin hacer ejercicio, por la noche encuentro dificultades en esto de dormir, y tengo que recurrir al sistema de las figuraciones oníricas. Esto es, a un género esencial de recordar.

Pero no vale la pena hablar más de estas cosas. Es decir, tal vez vale la pena, o al menos a mi me gusta anotar aquí una vez más —como ejemplo— lo que son esas figuraciones, porque este cuaderno que escribo ahora no es como los anteriores. Es el último, y quiero poner en él cosas que pienso en un sentido por decirlo así no positivo. Anoche, por ejemplo, yo pensaba en lo inmensamente grande y también en lo trivial de la realidad que he vivido y que estoy viviendo. Entre los dos segmentos, es decir, entre lo inmensamente grande que es por su grandeza invulnerable y lo muy pequeño —invulnerable también—, discurrimos nosotros con nuestra luz robada (Dios).

Los otros nos persiguen, como a esos pobres paranoicos a quienes todo el mundo quiere agredir sin motivo.

Huyendo de esa persecución inicua y buscando alguna paz, hay muchos que van a las guerras y en ellas se pierden. A las guerras civiles de la palabra escrita e impresa. Y dicen que se pierden. Se pierden como me he perdido yo. No matando ni muriendo, sino sobre todo diciendo la verdad. Porque los héroes somos los que decimos la verdad. Todos los héroes decimos la verdad, incluso el Palmao (héroe a su manera).

A veces es tan simple la verdad, que la toman por una

afectación de sencillez. De modestia.

Y avanzamos por la batalla de los papeles impresos y de las celebridades, sin otra resistencia que la del aire.

No tenemos jefe, es decir, tenemos uno muerto, embalsamado y puesto de pie en el rincón del ascensor que nos lleva a nuestro dormitorio eterno cada noche. Es lo que me pasa a mí. (Lo que me pasaba.) En los peores momentos, ese jefe nos recuerda que la primavera ha pasado ya y que no importa. Al menos, nos queda su nombre. Seguimos con el nombre de la primavera en el recuerdo, huyendo de los enemigos que persiguen a los paranoicos en el nombre de Dios.

A veces es triste, de veras. Pero entre la pequeñez invulnerada, yo querría ser en la vida algo un poco peculiar, es decir, como un árbol que hablara.

Casi lo soy, pero hasta ahora no he hecho más que balbucear y es ya demasiado tarde para intentar otra cosa.

Sobre todo, en tiempos de guerra (y siempre son tiempos de guerra entre los hombres). Las guerras en las que yo intervengo las perdemos todas, porque no me han dado a mí bastante libertad de iniciativa. Así, la última.

(Y en todas intervengo como oficial de Estado Mayor. Para estimular mi verbo uso las cosas accesibles, especialmente los gemelos de campaña. Los llevaba colgados del cuello y cuando llegaban los aviones enemigos todos creían que yo los miraba, pero lo que miraba con los gemelos era la Luna.) Es verdad. O Sirio. O la Osa Mayor, acordándome de Valentina.

Mientras caían las bombas, yo sentía mis pulmones llenos de luz.

Y gozaba de una especie de orgullo basado en mi mala fortuna privada.

A veces me amenazaban de muerte y cuando todos

esperaban que tuviera miedo, yo me preguntaba: ¿me quitan la vida o me ofrecen la inmortalidad? Cambiar mis zapatos sucios por los espacios sin vereda de lo absoluto, ¡Qué negocio espléndido! Entonces, viéndome tan contento, se desorientaban y cambiaban de parecer. «No matarlo —decían— sino desvivirlo lentamente.» Y me acordaba de mis años mozos en la farmacia de Zaragoza y me parecían años de una gran felicidad inexplicada. Incluidos el Checa, pobre y glorioso, y la pioja enferma y la cocainómana de la nariz autónoma.

Así me he quedado más tarde en la ciudad de Dios, entre lo pequeño invulnerable, etc., acompañado de todos mis recuerdos.

Algunas veces los escribo y suscito pequeñas guerras privadas, procurando que no trasciendan a la vía pública. En lugar de muertos y heridos hay perplejos, estupefactos, suspensos, prisioneros perpetuos y seducidos. También hay amadores inefables en el nombre de Dios, de un dios muerto pero vigilante. Su ciudad —la ciudad de Dios— es este campo de concentración donde toda felicidad física es imposible, donde sólo son posibles los placeres del alma, y por eso los busco en el recuerdo y a ellos me adhiero escribiendo estas páginas mientras el cuerpo se hunde un poco más en la tierra —en la arena.

Pero creo que debo volver a contar los sucesos de mis días en aquella ciudad olivarera del Bajo Aragón.

La semana siguiente fui varias veces al colegio de los escolapios. Mis visitas eran muy irregulares, porque dependían de que el boticario pudiera quedarse en la farmacia, A veces venía y me decía: —Si quiere darse una vuelta por los escolapios, yo me quedaré aquí.

Como no estaba matriculado mis visitas tenían, sólo, por decirlo así, un carácter diplomático: que los frailes (especialmente el director) me vieran. Cada vez que iba esperaba que no estaría

ya el fraile faunesco porque no podrían menos de haberlo sorprendido en sus viciosos manoseos. Su especialidad era, según me dijeron, meter la mano por debajo de la pernera buscando la entrepierna. Siempre lo veía en algún pasillo saludándome con un gesto de cabeza y con su extraña sonrisa de cabra adulta.

A quien no veía nunca era al santo del paraguas. Parece que sólo salía de noche, a acompañar a algún agonizante. Y dormía de día.

Mis amigos en los escolapios eran chicos grandes de los últimos cursos. Presentaban un aspecto menos civilizado que los de Zaragoza, y se veía en algunos que sus familias eran de campesinos acomodados pero toscos y montaraces. Uno de los más conspicuos —aunque no campesino— era Tadeo, de quien he hablado ya, con su extraña apariencia. Su cara era delgada y afilada con algo de hacha, pero lo más raro no consistía en la forma sino en el contenido. En un lado del rostro tenía seis lunares negros, uno de ellos grande como una moneda de cinco céntimos. A veces, para evitar que se vieran los lunares, miraba a la gente de medio lado. Aquel chico tenía las cejas juntas sobre la nariz y un aire desorganizado y monstruosamente silvestre. No en su carácter, sino en su físico. Me habría gustado encontrarlo más tarde, a ver lo que la sociedad había podido hacer con él. No podía concebirlo. Era alto, pero desgarrado y sin la menor sombra de armonía. Siempre sus brazos o sus piernas decían cosas diferentes de las que pensaba y, como la nariz de la cocainómana de Zaragoza, eran independientes del resto del cuerpo. Había una canción, popular entonces, cuyo estribillo decía:

Tadeo, Tadeo.

no te dejes el bigote, que estás feo.

Siempre que oía esa canzoneta me acordaba de aquel Tadeo,

tan brutalmente irregular, que habría seguido pareciéndolo, con bigote o sin él.

Otros amigos míos de la escuela eran Arturo, Joaquín y Leandro, y los tres parecían integrados en el tipo nacional español: delgados, morenos y con un perfil intrigante. Porque el español trata de pasar por astuto y complejo y, a fuerza de quererlo a través de las generaciones, parece que ha adquirido esa naturaleza. Porque la voluntad lo es todo.

A fuerza de desearlo, le salieron patas al cocodrilo y alas al pelícano.

Era Arturo pequeño, pero bien formado y menos ambicioso que nosotros en la escuela. Estudiaba la carrera de comercio, según decía subrayando la palabra carrera con ironía —era más bien un oficio— y añadiendo que lo que le interesaba realmente era el bebercio. La verdad es que su afición por el vino comenzaba a preocupar a su madre viuda. Tadeo el de las pecas —el que se comió el canario— era hijo del notario de la ciudad, como creo haber dicho.

Arturo, estudiante de comercio y dedicado al bebercio, tenía un odio mortal al fraile pederasta, que se llamaba José, y había escrito una cuarteta que se podía cantar con cualquier jota y que era desvergonzada, pero graciosa.

Otro de los chicos, Joaquín, era hijo del comandante del puesto de la Remonta, es decir, un oficial menor de caballería que estaba destinado con sus garañones allí para mejorar la clase de los caballos de los campesinos, quienes llevaban sus yeguas a cubrir. Tenía aquel destacamento dos sargentos, cuatro cabos y unos quince o veinte soldados, que no hacían nada y que se daban la gran vida. Este chico tenía la manía sexual, y contaba cosas raras en relación con los caballos. Por ejemplo, un día me decía que llevando los soldados de paseo a uno de los garañones, éste vio

una yegua enganchada en un pequeño carruaje (una especie de tálburi) y saltó sobre el carruaje y sobre la yegua, excitado y en celo. En el tálburi estaba el dueño, quien puso la yegua al galope, consiguiendo salir del radio de acción del garañón sin más averías que el sombrero de paja machacado.

—Y es que —decía Joaquín— esos caballos, cuanto más ejercicio sexual tienen, más quieren. ¿No es raro eso? Parece que debería ser al revés.

Oyéndolo, yo pensaba que con los hombres sucede algo parecido. Cuanto más tenemos, más queremos. Esa era la razón de que yo, por ejemplo, desde que tenía a Isabelita deseaba a todas las mujeres que veía, unas por gruesas, otras por delgadas, a las rubias por su piel mate y a las morenas por su piel perlada y trigueña. Cuando veía a la Guerrero (o a la guerrera, como decía el boticario haciendo un juego de palabras inocente), sólo me faltaba relinchar, y que ella me perdone si ve estas líneas algún día, pero no podía evitar mi inclinación apasionada, tantos y tan apelativos eran sus encantos, aunque ella se condujera de un modo discreto y recatado y absolutamente honesto.

El último de los que podía yo considerar mis amigos era un tal Leandro, hijo de un impresor que, teniendo alguna fortuna, al parecer pensaba enviar al hijo a Alemania y hacer de él un maestro tipógrafo con todos los requisitos del arte.

El chico tenía una rara manía de seducción. Quería seducir y fascinar a todo el mundo por sus rasgos de carácter. Así, con los honestos era puritano, con los libertinos uno de ellos, y hasta con los bellacos un gran bellacón. De sus farsas no obtenía provechos prácticos. El arte por el arte.

Casi todo el mundo caía bajo su don fascinador. Si alguno se le resistía, trataba de ponerlo en ridículo acusando algún rasgo desfavorable de su persona, cosa que no es nunca difícil.

Nada es más fácil, en realidad, que hacer reír a costa ajena. Es decir, con una víctima.

Los que más me frecuentaban eran Santiago, por su proximidad—vivía enfrente, como he dicho—, y Arturo, porque con su afición por el bebercio y su falta de dinero encontraba siempre algún pretexto para venir a verme y pedirme un poco de mi licor sintético. Cuando los estudiantes supieron que yo pedía prestados los libros del sexto curso, se peleaban por traerme los suyos, un poco extrañados de que alguien quisiera de veras leerlos. Igual que en Reus, en los escolapios nadie estudiaba, porque los chicos estaban seguros de que los profesores del instituto de Teruel aprobarían a todo el mundo, por quedar bien con el colegio. Había en eso cierto servilismo de clase. Se suponía que los alumnos de los colegios de frailes eran gente rica.

Los libros que me había prestado Eliseo me los volvió a pedir, con el pretexto de que necesitaba repasar algo para una reválida de ingreso. Yo creo que se enfadó conmigo el día de la excursión, viendo que su padre me distinguía con atenciones especiales.

Cuando se cumplió el primer mes yo le di sus doce duros a la señora Bibiana, que los recibió muy contenta, y de los tres que me quedaban gasté uno en vino e invité a mis amigos. Era un jueves de fiesta, creo que el Corpus Christi, pero ahora pienso que no, porque cae a primeros de junio y lo que digo sucedió cuando recibí el primer sueldo, que debía ser a primeros de julio. Tal vez era la fiesta del santo patrón de la ciudad, cuyo nombre he olvidado. Lo cierto es que se trataba de un jueves y que era día festivo, con la farmacia cerrada.

No podía venir Isabelita, que tenía que ir con los señores y sus hijos a Puebla de Híjar.

Y en mi cuarto se presentaron mis amigos, algunos trayéndome libros, otros apuntes de clase, en fin, tratando de ser

amables con el único de sus colegas que vivía solo y sin familia. En esto de mi independencia, todos me envidiaban menos Santiago, que se consideraba un representante distinguido de la clase mercantil y cuando hablaba de su negocio decía mi firma.

Les di a todos, aquel día, vino comprado con mi dinero y no fabricado por mí —al menos al principio, luego cambié de opinión—. Olvidaba decir que acudió también Eliseo, y como ya sabía que no iba a tomar más que un pobre y pequeño vaso, puse en él dos tabletas de cocaína, de modo que a pesar de su parquedad y prudencia se emborrachara.

Los otros se marearon bebiendo, sin necesidad de que yo hiciera truco alguno. Pero lo curioso fue que nadie se mostró intemperante más que Eliseo, que era el chico que todos los padres ofrecían a sus hijos como modelo.

Elíseo nos mostró las interioridades de su pobre alma de candidato al cuerpo jurídico de la Armada: —Yo he venido aquí —dijo, con la nariz en el aire— porque mi padre me lo ha ordenado. No creo que haya que obedecer siempre a los padres, pero el mío es buena persona y rebelarse contra él sería inútil, incongruente y en cierto modo suicida. Es como el caso de Pepe, que se ha rebelado contra su padre y aquí lo tenemos haciendo jarabes, píldoras, lectuarios para viejos achacosos de la ciudad y otras cosas sugeridoras de enfermedad y de muerte. Ese trabajo no es digno de respeto ni es tampoco necesario. Los viejos achacosos deben morirse y dejarnos su dinero y su puesto en la sociedad a los jóvenes como nosotros.

Hubo un rumor de aprobación.

Seguía hablando como un abogado, es decir, con una especie de congruencia mecánica y énfasis retórico. Como estaba borracho de cocaína era posible que dijera la verdad. Toda su verdad. La cocaína no huele. No pudo darse cuenta de que

tomaba cocaína y aquel alcaloide le hacía hablar: —Soy el niño ejemplar. Pero cuidado, no hay que equivocarse, yo tengo mis glándulas como cada cual, más insatisfechas que muchos de vosotros, y a mí san José, la Virgen y toda su parentela me parecen una_filfa, y mi padre, que es buena persona, yo sé que va a misa por el qué dirán y para darnos a sus hijos un lugar decoroso en la sociedad. Cometió el error de enamorarse demasiado pronto, es decir, antes de que tuviera un modus vivendi. Y vine yo. Yo soy el primogénito, el mayorazgo, hidalgo, el heredero, sólo que en mi honesta familia no hay que heredar. Nací demasiado pronto, y por eso no es ahora mi padre más que un modesto secretario de ayuntamiento. Tenía que darnos de comer a mí y a mi madre. Y cada año vinieron otros. Se habla de proletariado. Bien. ¿Cuántos hijos tiene Lenin? Ninguno. ¿Cuántos mi padre? Cinco. Mi padre es más proletario que la mayor parte de los revolucionarios vuestros. ¿Qué son los padres vuestros? Como el mío, son personas que gozaron de su esposa un día y nos engendraron a nosotros sin querer y con algún arrepentimiento y contrariedad. ¿Es que vamos a venerarlos por habernos traído a la vida sin querer y por casualidad?

—A mí me trajeron a sabiendas —interrumpió Santiago, siempre satisfecho de sí—. Perdona, a mí me esperaban.

Eliseo lo miró con desdén, murmuró: «No te conocían», y siguió, impertérrito: —A mí, no. No estimo especialmente a mi padre, ni al cura de la parroquia que me bautizó, ni a los padres escolapios...

Yo tenía envidia de su elocuencia. Al oír lo de los escolapios, Leandro comenzó con una canzoneta procaz, pero no la terminó porque Eliseo dijo, con desdén: —¿Anticlericales? ¿Es que yo he venido a una reunión de anticlericales? Bah, ni siquiera eso merecen los reverendos padres escolapios.

Yo seguía asombrado y me decía: «Si un producto químico puede causar estas alteraciones en el alma, ¿qué es el alma?». Pero mi amigo Eliseo continuaba: —Señores, aquí estamos los más distinguidos representantes de la juventud de esta ilustre villa. Ahí está Pepe Garcés, que se podría considerar un burgués-proletario o un proletario-burgués, según desde donde se le mire. Aquí está Santiago, del noble gremio de almacenistas de muebles con sus consolas y tresillos a plazos, aquí Arturo y Joaquín y Tadeo con más lunas que Júpiter, aquí estamos todos y aquí no está nadie porque ninguno de nosotros tiene la valentía de gritar: ¡mueran los padres escolapios y vivan los padres jesuítas!

—¡Ah! —dijo Arturo, sombrío—, te veía venir. ¡Ya me extrañaba a mí! Tú eres de la cáscara amarga.

Leandro se sentaba al borde de mi cama y uno de sus pies tropezó con el orinal que estaba debajo produciendo un ruido típico e inconfundible. Se hizo el silencio y yo dije: —Es ese objeto que tan alto papel desempeña en nuestros virtuosos hogares: el orinal.

Imitaba el estilo forense de Eliseo y añadí, con una expresión de desdén: —Yo nunca lo uso.

Leandro en aquel momento se inclinaba, lo cogía, lo contemplaba y decía: —Es el símbolo de la hedionda familia.

—Hay dos símbolos para la familia, según la tradición: el orinal y el rosario —dijo Arturo.

Eliseo fue más lejos:

—El orinal y el Cristo.

—Bah, el Cristo —dijo yo— es un símbolo del Sol y nunca existió, realmente. Un hermoso símbolo del Sol. Y la Virgen María, de la Luna. La lumcula, se la llama en la custodia, donde la ponen para que acompañe a Dios.

Tadeo el de las pecas se alarmó:

—La verdad es —dijo— que os ponéis muy bolcheviques, y para eso os faltan las barbas.

—Yo las tendría si quisiera —dijo Santiago, que se afeitaba ya — pero en realidad ¿con qué fin nos hemos reunido aquí? Eso es lo que yo querría saber.

Joaquín, que no había hablado aún, dijo: —¡Nos hemos reunido para escuchar a éste —y miraba a Eliseo.

—Yo ya he dicho lo que tenía que decir —replicó Eliseo—. ¿Y tú?

Sin esperar respuesta, añadió:

—Mi padre es más culto y refinado y distinguido que los vuestros, y va los domingos a buscar microlitos a Cascarujo. Es un hombre sin vicios, que ni bebe, ni fuma, ni trasnocha. Sólo tiene una afición: fabricar chicos para la honra y gloria de Dios. Pues bien ¿quién de nosotros cree en Dios? ¿Quién se atreve a confesar la verdad?

Había un gran silencio, porque todos estábamos asombrados de la conducta de Eliseo, quien continuaba, como la cosa más natural del mundo: —Yo algunos días creo en Dios, pero sólo en El, y todavía si creo es porque a veces necesito una explicación del gran absurdo de mi existencia. Aquí está Pepe, con su pelo peinado hacia atrás para tener la frente más despejada, pero dudo de que eso le sirva para casarse un día con una noble y hermosa y honesta y virginal mujer, hija de un padre lo más ladrón, embustero, vicioso y tramposo posible. Esos son los que tienen el dinero. Yo necesito el virgo de la niña y el oro del padre, porque no quiero ser secretario del Ayuntamiento de Puebla de Híjar ni de Alcorcón de Abajo. Yo soy un joven de talento y no como ustedes, hijos del azar y del aburrimiento y esclavos de la necesidad Yo soy hijo de la virtud y voy a ser alguien seriamente en la vida. Entretanto, honestamente pensando, la ciudad necesita un

burdel.

—Ya hay uno —explicó Joaquín—, que yo he estado.

—Bien, pero del país. ¿Qué es un prostíbulo del país? Las putas deben ser importadas de Francia, país de las luces.

Leandro, siempre con su necesidad de seducción, intervino mirando al suelo, y con voz grave y lenta fue diciendo: —En mi modesta opinión, lo que falta es un terremoto a las tres de la madrugada que mate a toda la población, menos a esas vírgenes vestales que ahora cuidan del frío sagrado y a mí. Eso es. Iré cubriéndolas de una en una, ya que de dos en dos es imposible, y luego elevaremos nuestras preces al Eterno en acción de gracias. Todos menos Eliseo, que se reserva para la virgen millonada y que cree en el amor.

—Yo también creo.

—Y yo.

Los demás se apresuraron a decir lo mismo y Arturo, mirándose las puntas de los zapatos, añadió: —En cierto modo yo también, pero mi idea del amor es otra. Voy a explicarlo. Cuando tengo los testículos llenos de amor necesito un lugar donde vaciarlo, y ese lugar lo busco en vano. La misericordiosa providencia me lo niega en la realidad, pero me lo concede en sueños.

Eliseo lo escuchaba pensando que, aunque no estudiaba para abogado, tenía también cierta prestancia natural de orador.

—Lo que necesita la ciudad —dijo en voz alta y sonora— es un comité de salud pública y una guillotina aquí mismo, en la plaza de la colegiata.

—Los primeros que caerían —opinó Tadeo, con un gesto criminal de berberisco— serían los canónigos, luego el alcalde.

—Si no hay otro verdugo —dijo Eliseo con calma—, aquí estoy yo dispuesto a alcorzar a mi padre por arriba, en nombre del

público bienestar.

Hubo un silencio de asombro y yo traté de explicar: —No hagan ustedes caso, porque lo que le sucede a Eliseo es que está un poco ebrio. Bastante borracho, por decirlo en términos más llanos.

Luego me puse a medirles a todos el cuello con un cordel doble y a hacer pasar sus cabezas por el lazo. Sólo pasé la cabeza de Leandro. Apuntándole con el dedo, dije: —Este se acuesta con la sirvienta.

—No, con la sirvienta se acuesta mi padre. Pero yo me acuesto con una solterona vecina muy beata que, al llegar el trance, pega unos gritos como una corneja, para que la oigan todos los vecinos y sepan que está fornicando, porque este del fornicio es un pecado prestigioso desde los tiempos de Adán y Eva, caballeros. Ahora bien, dejando a un lado las debilidades de las beatas y volviendo a pensar en nosotros mismos, yo me pregunto cómo es posible que Eliseo esté borracho si no ha bebido más que un vaso. No acierto a comprenderlo.

Siguió un gran silencio. Yo, imitando el estilo oratorio que usaba Leandro, dije: —Es que, señores, en el vaso de Eliseo puse lo que podríamos llamar el alcaloide de la embriaguez.

Leandro alargó el suyo mediado:

—Vierte aquí ese mismo alcaloide, si estimas mi amistad.

Tomé el vaso y desaparecí un momento, para volver después de verter en él más o menos la cantidad de cocaína que puse en el de Eliseo.

Al volver, vi que habían sacado mi orinal otra vez de debajo de la cama e iba de mano en mano. Todos miraban al fondo y decían algo. Al parecer, se trataba de comprobar si yo había mentido o no cuando dije que no lo usaba.

Acordaron que lo usaba aunque pocas veces, y expliqué: —

Antes de venir a vivir aquí, el farmacéutico no tenía empleado alguno y todo el trabajo se lo hacía él mismo. Aquí vivía la sobrina de un cura, es decir, de un canónigo —todos rieron porque subrayé con ironía la expresión sobrina — y ustedes pueden imaginar lo aficionadas que son las beatas a los orinales. ¿Qué puedo yo hacer si quedaron en la porcelana las manchas amarillo-tornasol del ácido úrico, que son más corrosivas tal vez en una virgen del señor que en una libertina?

Todos aprobaron generosamente, y el orinal volvió a su lugar.

Eliseo, sin embargo, dudaba:

—Es posible, pero supongo que Pepe lo usa también, porque ésa es una necesidad común a todos los hombres y aún diría a todas las especies.

—No es verdad —gritó Arturo—. Las aves no hacen pis.

Se calló Eliseo, profundamente herido.

—Señores —dije yo—, ésa es materia trivial.

Tadeo, que solía estar bastante consciente de sus múltiples lunares y éstos le daban alguna clase de sentimiento, no de inferioridad sino de peculiaridad, hablaba por los codos. Trataba de burlarse de Eliseo, pero el futuro abogado de la Armada era más complejo de reacciones y estaba también mejor educado. Tadeo insistía: —Tú te muestras aquí como un rebelde librepensador, en tu casa como un hijo modelo, en la procesión como un beato y en cada lugar disfrazado según las conveniencias.

—Sólo sobreviven en la naturaleza los mejor dotados para la adaptación —replicaba Eliseo.

Intervino Arturo:

—A Tadeo le falta algo, para ser la persona que cree que es.

—Sí —añadió Eliseo—. Se diría que le falta lo que le sobra.

El pobre Tadeo comenzaba a marearse. Yo, que seguía sorprendido por la conducta de Eliseo —y muy secretamente

halagado—, dudaba aún y no sabía si su verdadera personalidad era la que mostraba con su padre o la que acababa de revelarnos a nosotros. En todo caso, el hecho de que dos tabletas de cocaína bastaran para volver su alma del revés, me hizo recelar del alma una vez más.

Pobre ánimula, blándula, vágula.

Tadeo dijo oportunamente, dirigiéndose a Eliseo: —Tú lo has dicho antes: mueran los escolapios y vivan los jesuítas.

—Los escolapios —dijo Eliseo, con una condescendencia de hombre superior— son estúpidos y los jesuítas, concupiscentes. Si grito vivan los jesuítas es porque son blasfemos, hipócritas paganos. Eso es.

Santiago, que tenía algo de espantapájaros o de muñeco mecánico en su traje correcto pero demasiado vacío (como si dentro de él no hubiera un cuerpo, sino algunos listones y cuerdas mal distribuidos), alzó la mano y dijo: —Yo acuso a alguien. Yo acuso a Elíseo que, sin base ni motivo justificado, quiere ser siempre el primero en todas partes. Aquí sospecha que somos anticlericales y no quiere quedarse atrás. Como suele decirse, tú querías ser la novia en todas las bodas y el muerto en todos los entierros. Anda, confiésalo.

Era una prueba delicada que Eliseo pasó bastante bien: —Exageras, Santiago, un poco tontamente, aunque es verdad que en todas las bodas querría ser no la novia, sino el novio y en todos los entierros no el muerto —¿quién quiere ser el muerto en ninguna parte?— pero sí el que preside, por ejemplo, el duelo. Confieso que soy un poco vanidoso.

Yo pensaba: si Santiago tomara cocaína como Eliseo, nos daría también alguna sorpresa. O haría el ridículo o se mostraría más inteligente, que era lo que le había sucedido a Eliseo.

Mientras eso llegaba me puse a hablar de la gente digestiva y

de la otra, repitiendo los argumentos del pobre Checa como si fueran míos. Me escuchaban atentamente y yo pensaba, satisfecho: «Estos chicos, si tuvieran cerca un hombre como Checa, lo seguirían igual que yo». Es decir, que aquéllos, como todos los adolescentes, necesitaban alguien que los despertara.

Sólo Leandro leía libros, y eso le daba un ligero aire intelectual que molestaba a Eliseo. Los dos habían tomado cocaína y parecían especialmente pugnaces entre sí. Yo, que pensaba poner también el polvo blanco en el vaso de Santiago, comencé a darme cuenta de que estaba cometiendo un crimen. Por un lado, influía traicionero y alevoso en sus reacciones morales, y tal vez alteraba en alguna forma su estado natural de salud. En fin, sospechaba que no debía hacerlo. Por otra parte, robaba al boticario la cocaína.

Con la cocaína, Leandro se mostró tan brillante que Santiago quiso burlarse de él, envidioso, pero el otro le interrumpió: —Tú eres un hombre de negocios, y eso te sitúa por encima de nosotros. Sin embargo, permíteme que exprese mi admiración por la belleza y la originalidad de tu corbata, ¡oh, Santiago!

Ese oh, Santiago, parecía dirigirse no al mueblista de la esquina, sino al mismo Santiago Apóstol. Nuestro vecino aceptó aquellas burlonas pruebas de admiración como si fueran genuinas. Les sucede a algunos hombres como a las mujeres: todas las mujeres creen ser hermosas y todos los hombres creen ser importantes.

Leandro se puso a increpar también a los escolapios. Algunas regulaciones de su escuela eran cómicas. A los internos que dormían en el convento los obligaban a ponerse los pantalones debajo de las sábanas, es decir, sin descubrir las piernas. Con ese fin, cada estudiante debía tener toda la noche los suyos plegados debajo de la almohada. Y Leandro decía: —¿Qué clase de

reacciones puede tener un cristiano ante las piernas de otro cristiano del mismo sexo? ¿Es que las patas de algunos de vosotros pueden inspirarme a mí ideas de pecado? A mí, no, pero a los frailes parece que sí.

Al final de su diatriba habló de su propio padre, que quería enviarlo a Alemania y le repetía, grave, un día y otro: —Irás a Alemania sin detenerte en el camino, ¿eh?

Por el camino, entendía París.

—Mi padre sabe que me acuesto con la beata de enfrente, pero la idea de que haga lo mismo en París le horroriza. En todo esto, a mí me intriga el hecho de que los padres prefieren para concubinas de sus hijos las alemanas a las francesas. Mi padre me dará el dinero en una carta de crédito para un banco de Berlín, y cuando salga de aquí llevaré sólo el billete del tren, un pollo asado y tres duros para pagar a los maleteros. Todo esto para evitar que me detenga en París. No comprendo.

Joaquín dijo que su madre y su hermana, para dificultarle las aventuras amorosas, le daban una ropa interior horrible y llevaba, por ejemplo, calzoncillos largos al estilo de los abuelos, con colorines verdes, amarillos y rojos. Los enseñó y hubo el regocijo natural.

Habían vivido hasta hacía poco en Zaragoza y el chico, al ver las violencias, restricciones y vigilancias de las que era objeto por parte de su familia, robó un día los cubiertos de plata, los vendió y con su importe se fue a una casa de niñas y pasó allí tres días y tres noches. Cuando volvió a casa, su madre le preguntó: —¿De dónde vienes?

Y él respondió: «De jugar al billar». No hubo quien le sacara de eso. Cuando vieron que volvía sin calzoncillos (los había dejado en su alegre posada), no preguntaron más, pero seguían obligándole a llevar una ropa interior ridícula.

—Tienen celos —dijo Leandro—. De veras. Nuestras madres, nuestras hermanas y hasta nuestros padres tienen envidia cuando piensan que podemos hacer mejor uso de nuestro sexo del que hicieron ellos o del que hacen ellas. Todos se creen frustrados en materia sexual, porque todos creen tener o haber tenido menos de lo que les correspondía por derecho propio. Y la posibilidad de que nosotros lo hagamos mejor los pone frenéticos y fuera de sí.

Eliseo intervino una vez más. Por entonces, el diálogo lo sostenían los que tenían cocaína en la sangre. Y Eliseo decía: —Yo, del amor sólo conozco los placeres del coito con los súcubos nocturnos, digo, durante el sueño, y los llamados con el eufemismo piadoso placeres solitarios.

—¿Quieres decir que eres virgen? —preguntó Tadeo el de los lunares.

Eliseo afirmó grave y dolientemente, y yo declaré paladinamente que conocía la intimidad con la hembra.

—¿Qué clase de hembra? —preguntó Leandro.

Eliseo intervino, sorprendido e irritado.

—Mira, Pepe, eres el más joven y el menos experto.

—Al menos no soy virgen como tú.

—Ah —dijo él con una falsa desesperación—. Ya sabía yo que ibais a aprovecharos de mi sinceridad y a denigrarme por no haber conocido mujer, Pues bien, yo sólo quiero conocer una en mi vida.

—Yo —dijo Joaquín en voz baja—, yo quisiera conocer cien mil. Querría que hubiera una peste o un terremoto que matara a todos los hombres menos a mí. Yo solo para todas las mujeres.

Y sus pupilas giraban en las córneas.

—Un hombre —dijo con calma Arturo— no puede hacer el amor más de trece o catorce mil veces en su vida, que yo lo sé.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tadeo.

—Por un cálculo elemental. Haciendo el amor cada día

durante cuarenta años, nos da un cómputo de catorce mil seiscientas veces. Suponiendo que por alguna razón el hombre pueda ser hábil diez años más, resultan diecisiete mil novecientas sesenta cinco.

Arturo creía que la cantidad no tenía sentido en la mujer, sino la calidad: «La forma de la forma. La carne no basta. La forma de la carne, tampoco. Lo que importa es la forma de la forma, es decir, el carácter».

—No hay tal forma de la forma —dijo Eliseo.

Yo me alcé apoyando a Arturo: «Hay la forma de la forma de la forma. Es decir, el estilo, que es la forma del carácter. ¿Eh? ¡Qué dices!». Eliseo movía la cabeza como si pensara: «Es absurdo, y con Pepe uno está perdiendo el tiempo». Pero él era virgen, ¡bah!

Arturo confesaba que no había tenido experiencias sexuales de veras importantes, pero decía que estaba seguro de poder hacer el amor durante treinta años, más de una vez cada día.

Sobre esto hubo una larga discusión, y yo pensaba ir a la farmacia y poner cocaína en el vino de los otros tres, a ver qué clase de confidencias hacían en su embriaguez, pero desistí pensando que no valía la pena.

Trato de recordar ahora si hubo aquel día algún hecho de relieve —digo, el primer día que acudieron los amigos a mi cuarto —, pero no acabo de recordarlo. El objeto central de nuestras discusiones era el orinal, a cuyo tema volvían todos después de opinar sobre el sexo, la religión y la familia. Tadeo lo cogía y volvía a contemplarlo, mientras preguntaba: —¿Ácido úrico de una beata?

Yo añadía algún detalle, por ejemplo, que la sobrina del canónigo vivió en aquella habitación hasta que el canónigo, que había ido a Tarragona por motivos profesionales, regresó. Yo usaba el orinal de noche, pero no sé por qué me obstiné en

demostrar que no.

El último que examinó el recipiente volvió a dejarlo sin embargo en su sitio, suspiró y dijo: —La familia es un atraso.

Luego recuerdo que se marcharon mis amigos y que yo vi desde la ventana (sería casi la medianoche) al solitario santo del paraguas pasar despacito, arrastrando un poco los pies. Llevaba el paraguas abierto y tan bajo, que casi le tocaba la cabeza.

Tenía miedo de caer hacia arriba. Es verdad que pensándolo bien tiene la noche algo de borde de un abismo, de un inmenso abismo estrellado. Iba pasando el viejo cura lentamente, sin atreverse a mirar arriba, con la vista en el suelo, primero en la punta de un zapato y después del otro.

Cuando desapareció camino de su convento, yo me acosté y me dormí. ¡Cómo dormía yo, entonces!

En cambio ahora... en este cubículo de arena del campo de concentración, duermo mal. A pesar de mi fatiga no caigo en el buen sueño de otras veces, sino en una especie de letargo febril más cerca de la vigilia que del sueño. Para facilitarlo, yo imaginaba anoche cosas que se podrían llamar terriblemente neutras.

Yo, por ejemplo, asomado al campo de la muerte. Porque todas las ventanas de la vida dan a la muerte.

Pero tienen paisajes diferentes con luces distintas, como decía el otro: desde la luz ultravioleta de los cursis hasta la infrarroja de los engañados.

También se da a veces el cursi engañado, y ése, cuando muere, causa una especie de desolación, porque frivoliza la eternidad y eso influye sobre los planetas de un modo ligeramente magnético. Mientras pasa el santo del paraguas. A pesar de la presencia del santo del paraguas.

A esos sucederes yo les soy deudor de todas las voluptuosidades de mi vida, porque yo puse junto a las ventanas

que dan a la muerte mi gran lecho nupcial hace ya tiempo.

Una de las mayores voluptuosidades es cuando la amada suspira y sentimos su aliento tibio y propenso en el cuello, debajo de la oreja.

De las otras voluptuosidades no es necesario hablar. Todos las conocen, y sin embargo nadie quiere creer que su vecino o su enemigo y mucho menos sus amigos sean capaces de disfrutarlas. (Cada uno cree haberlas descubierto y guardado sólo para sí.) Lo mismo que a Dios y al fuego y a la luz implícita en el fuego. Y al vértigo de las alturas.

Y después del amor tan higiénicamente sobrenatural, miramos al cielo, en el que dicen que cada cual tiene su estrella. Yo también, pero aún no tiene nombre mi estrella. Y no caeré, además, hacia ella, es decir, hacia arriba.

A veces hablamos de cosas cultas, por ejemplo, libros. Y abrimos con cuidado un ejemplar del Arcipreste, vemos dentro matas de jaramago y lagartos dormidos, y volvemos a cerrarlo despacito.

La casa mía, antigua, con todas sus ventanas sobre la muerte y un río al fondo —el Guatizalema—, estaba en la sierra de Guara. Eso es.

Una tía abuela nos contaba cuentos. Años atrás eran cuentos de príncipes y hadas, pero también ella había evolucionado.

Y contaba cosas adultas: «¿Recuerdas? Tú tenías una amante que era pariente del obispo y nadie la quería en la familia. La única que la quería era tu esposa. Era un amor desde los tronos de los ángeles cantores.

«A veces, arrepentidos, tus parientes trataban de envenenarte con los álcalis de la comida ordinaria.

»Pero la triaca estaba en el postre y sobre todo en los comentarios de la sobremesa. Y el alma ciega de tu amante se

confundía con la lluvia. Y todos os asomabais otra vez a la ventana del domingo, desde la cual el Guatizalema se veía todo espumas entre las rocas del barranco».

Era un barranco muy parecido al polígono (al campo de tiro). Sólo que éste era más hondo y en él los disparos eran blandos y el ruido se ahogaba en las concavidades donde duermen los buitres.

¡Cómo bajaba por aquellas torrenteras el río!

No todas las cosas que imaginaba —para atraer el sueño— eran tan dramáticas. Las había cómicas, líricas e insignificantes.

Las íntimas eran difíciles de identificar. Es igualmente difícil hallar una violeta en el bosque.

Y sin embargo, están la violeta, el miosotis, el alelí y también el llamado lirio del valle, que es el más pequeño.

Las pequeñeces invulnerables, esas son nuestro tesoro. Yo voy cargado de ellas, las inexpresadas —e inexpresables, tal vez—. Porque la gente es muy tonta y tiene miedo a escuchar.

Con esa carga invisible voy yo por el mundo, fatigado, a veces. Y ahora, por el campo de concentración. Me siento a descansar dándome cuenta, extrañado —siempre por primera vez— de la relativa importancia que tengo ante mí mismo.

Y no es raro que me adormezca del todo, con mis piernas y brazos.

Puedo dormir tranquilo, porque las pequeñeces invulnerables que no he dicho y que van conmigo me velan y me protegen. Me dan una fuerza secreta que sólo yo conozco.

No sólo la naturaleza, incluyendo las sillas, sino otras cosas más pequeñas, como las estrellas distantes, que lucen como si tal cosa.

Todas seguirán viviendo después de mi muerte, pero cambiarán terriblemente de naturaleza, porque yo influyo ahora definitivamente en ellas a través de la cadena de las cosas ínfimas

no dichas aún y que tal vez no diré nunca.

Entretanto, el orden de las sabandijas menores y do las hembras en celo quedó atrás. Ahora quedan las grandes sabandijas humanas terriblemente digestivas que salieron de la mar y al lado de la mar viven, poniendo, como las tortugas, sus huevos en la arena de la playa.

Miro yo hacia arriba, entretanto, la noche estrellada, ya sin vértigo.

Cerca de mí alguien canturrea pensando en otra cosa. Yo tengo ganas de llorar y mis ojos se humedecen. Trato de distraerme hasta sentir otra vez los ojos secos. Seguramente no voy a vivir ya mucho, porque mis ojos tienen compasión de sí mismos.

Recuerdo que por la farmacia venían a veces gentes que no querían a la familia del boticario y me hablaban mal de ella. Yo al principio se lo decía a mi patrón, pero al ver un día que se ponía taciturno y melancólico, decidí callarme.

Una mañana vino una señora de apariencia afable quien, después de comprar algo, dijo al pagar: —El padre médico, el hijo boticario y el nieto, cuando lo haya, pondrá una funeraria. Así todo quedará en casa.

En aquel momento entraban el boticario y su padre, y aquella mujer, con un acento sonriente y la voz abierta que se tiene cuando se habla con los labios distendidos, repitió sus impertinentes palabras. Se disponía a salir y yo dije: —Señora, creo que debería usted comprar también un sedante.

Ella levantó la nariz en el aire y salió con una gran dignidad. El médico se sentaba en el diván, fatigado como siempre, y suspiraba de gozo al extender las piernas. Sonreía feliz con mi respuesta.

El farmacéutico, en cambio, estaba alarmado: —Es peligroso emplear la ironía con los clientes, porque ahora es posible que esa

señora necesite un sedante, pero es seguro que no vendrá a buscarlo a esta farmacia sino que irá a la otra.

—¡Que se vaya al infierno! —dijo el médico.

Luego añadió que los hombres llevan cientos de miles de años tratando en vano de aprender a tolerar alguna forma de superioridad en el vecino. Y suspiró otra vez.

Faltaban sólo un par de semanas para las fiestas del pueblo y el boticario quería proveerse de digestónicos, magnesias, otros neutralizadores para la dispepsia y frascos de aceite de ricino con sabores de grosella, manzana, naranja, fresa, albaricoque. Había pedido algunos centenares. Parece que en los días de las fiestas todo el mundo se indigestaba.

Entre otros festejos había tres corridas de novillos-toros con toreros de profesión, y que los tres días habría un final de fiesta para los aficionados que consistiría en soltar una vaquilla embolada.

Yo no fui a los toros, que se corrían en una plaza cuadrada de los barrios bajos de la ciudad, en donde se habían cerrado las bocacalles con carretas cruzadas y dispuesto tablados alrededor en forma de anfiteatro.

Isabelita fue con la Trini y sus amigas, y me prometió andar con ellas en grupo y siempre en el centro, es decir, con una o dos amigas a su derecha y otras a su izquierda, para preservarse de los galanes ocasionales.

Yo, que había visto buenas corridas en Zaragoza con Joselito, Belmonte y otros ases de la gran baraja, despreciaba aquellos lamentables simulacros.

Iba la gente allí, esperando que hubiera hule. Se dice así a las cogidas sangrientas, y supongo que esa alusión al hule lo es al que cubre las mesas de las salas de operaciones o al menos de los laboratorios o, en fin —en último extremo—, del depósito de cadáveres. Porque en ellas suele haber hule que se lava igual que el mármol, con un chorro de agua proyectado desde lejos sin tener que tocarlo.

Vinieron los torerillos algunos días antes, y andaban por las calles como si fueran el Cid Campeador.

Hablaban muy a lo andaluz, con las haches marcadas ostensiblemente y suprimiendo las eses al final. Eso hacía torero.

Yo los vi desde mi farmacia varias veces.

Supe lo que sucedió en las corridas por tres personas: mí patrono, que fue por obligación con el botiquín de urgencia, el hombre humorístico del reuma que venía a la farmacia a contarme cuentos, y la misma Isabel.

Cada uno tenía su estilo de contar. El boticario, hombre civilizado y de tendencias puritanas, decía: —Somos cafres de la cafrería. A mí, eso de las capeas me encocora.

—¿Hay caballos?

—No, gracias a Dios, porque el cuerno del toro, después de haber entrado en los intestinos de un caballo, es un foco tremendo de infección lleno de bacterias del tétano, y si luego hiere a un hombre, se puede considerar infectado. Tenemos suero antitetánico, pero es caro y no va uno a malgastarlo con los

toreros.

Heridos verdaderos no los hubo, pero entre los aficionados salieron seis u ocho con fracturas de hueso y conmoción visceral y otras miserias. Eso dio interés a las corridas.

Isabelita me contó que a uno de los toreros lo había desatacado el toro, es decir, le había roto la parte alta del calzón y por un momento había quedado al aire una nalga. La gente reía y la Trini no pudo evitar una exclamación: —¡Qué bien mantenido, el condenao!

Al parecer estaba acostumbrada a ver hombres en cueros y a juzgarlos desde el punto de vista de la nutrición. Era experta.

Según decía Isabelita, se había aburrido en los toros porque no estaba conmigo.

El que más tenía que contar de las corridas era el hombre reumático, que solía venir temprano en la mañana arrastrando un poco su pata y me decía, con los ojos brillantes de risa.

—Estas corridas de pueblo a mí me resultan el bonito y divertido juego del ¡ay qué coño! La gente de los tablados atrapa insolaciones, los de la música que soplan en los piporros se hernian, los toreros salen con la ropa rasgada y el culo al aire, los chicos se indigestan con las salchichas y los hombres con la cerveza caliente; los paletos de las vaquillas salen con un hueso o dos trenzados y todos aburridos, sedientos y con la desgana del que aguardaba ver la sangre y no la ha visto. Pero al día siguiente hay otra corrida, y la gente se pelea por una entrada. A eso le llamo yo el bonito y divertido juego del ¡ay qué coño! La gente es más tonta que el que asaba la manteca y el presidente, que era el alcalde, cuando fue contratista de obras y tenía una casa casi terminada, quiso meter una viga atravesada por una ventana y no podía, y entonces hizo derribar la mitad del muro para meter la viga, porque no se le ocurrió que la viga podía entrar de punta. No

tiene de aquí, pero bien presidía, especialmente cuando los toreros hicieron el paseo de salida y se pusieron debajo de la presidencia y se quitaron las monteras y saludaron. Entonces se ponía orondo y se le rompían las costuras de la chaqueta. Yo fui a ver volar a la gente, porque los toreros estaban más en el aire que en la tierra, y hubo alguno que subió empujado por los cuernos más alto que Vedrines el aviador, eso es.

Y también fui por ver a don Tancredo. ¿Cómo? ¿No has visto tú a don Tancredo? Es que eso es una antigualla que sólo se hace en las corridas de las aldeas, pero cuando yo era joven se hacía también en las ciudades. Don Tancredo se llama a un hombre que se viste de blanco y se enfarina la cara y el pelo y así, todo blanco y tieso como si fuera un fantasma o una estatua de cementerio, se está quieto encima de un taburete de madera pintado también de blanco. Allí, en el centro de la plaza. El toro piensa que aquello no es hombre sino estatua, porque el toro es muy listo y distingue entre lo vivo y lo figurado, y don Tancredo, con los brazos cruzados, aguanta el aliento sin moverse porque, si el toro cae en la cuenta de que está vivo, no le vale ya sino el viático, pero como digo, don Tancredo se está quieto y sin resollar, y yo recuerdo que tal día como hoy en la Puebla de Híjar había un don Tancredo tuerto que estornudó cuando tenía el toro a los pies y el toro le embistió, le dio un varetazo en el ojo sano y cuando los peones de brega lo salvaron y se llevaron al toro, don Tancredo, con el ojo sano nublado también, dijo a los toreros: señores, buenas noches, porque se acabó el día para siempre. Don Tancredo estuvo bien este año, mejor que el año pasado, porque me acuerdo yo muy bien de que el año pasado, cuando el toro se acercaba, le dio un espanto y salió corriendo y aquel día ya no pudo haber don Tancredo. La gente le tiraba patatas y tomates y también botellas vacías. Aquel don Tancredo era lo que se llama un mandria, que

debía estar allegando olivas y creo que en invierno las allegaba, pero este pueblo es muy atrasado y no tienen don'tancredos ni putas ni cosa que lo valga, y ni siquiera obispo. Sólo tiene las costumbres más rancias, como esta de los toros, que viene de antes de que hubiera memoria escrita de los hombres, eso es, cuando el hombre andaba medio a rastras y no hablaba sino con alaridos como los perros y, dicho sea sin faltar y mejorando lo presente, ya había don'tancredos. ¿Que no lo crees? Mira, zagal, yo sé muy bien lo que digo, y acuérdate de esto que se me ocurre ahora: antes que viviera el hombre vivía el toro, y cuando el hombre llegó a levantarse en dos manos lo primero que hizo fue buscarlo, al toro, y ordeñar la vaca y comerse a los terneros, y adoraba al toro por su fuerza y su valentía, porque como valiente lo es, el toro, que es el único animal que ataca a una locomotora en marcha, pero el toro es animal de peso, cualquiera te pesa ochocientos kilos y algunos he visto que después de muertos han pesado mil, pues lo que yo digo es que si ataca con toda furia no puede detenerse cuando quiere, porque el peso lo empuja hacia adelante y de eso se vale el hombre. Cuanto más fuerte y más bravo el toro, mejor, porque más grande es la embestida y más difícil pararse, y así el torero le da la salida con la capa haciendo majezas y galleando, que es un primor, digo, cuando son buenos, pero aquí esto es el bonito y divertido juego del ¡ay qué coño!, ni más, ni menos. Esta ciudad es tan atrasada, que ni siquiera hay huelgas de obreros y ahí están trabajando los olivareros por un mueso de pan. Aquí no se sabe siquiera lo que es una huelga. Y mira tú que hay allegadores de aceituna en invierno, pobres como ratas, pero las huelgas son para Madrid, París y London. Aquí lo que hace falta es un hombre que los tenga bien puestos y le dé un disgusto al padre de tu boticario, que es el olivarero más rico de la comarca. En mis tiempos todavía no se estilaba eso de las huelgas,

que otra canción les cantara yo a esos ricachones, la verdad. Digo, cuando era yo joven.

En aquel momento llegaba el boticario, y el viejo se tocaba la visera de la gorra y se despedía de nosotros como a regañadientes. Pero aquel hombre sabía las horas en que yo estaba solo, y volvía pocos días después. Era un hombre que reía siempre, menos cuando el reuma le obligaba a quejarse. Los días nublados y sobre todo los de lluvia, se los pasaba en un quejido, pero si el mal aflojaba, se ponía a contarle cuentos al que estaba más cerca aunque fuera un sobrino o un hijo.

—¡Parece mentira que a su edad tenga tan poco juicio! decían sus parientes.

Aquel hombre a veces hacía citas bíblicas y recitaba versos.

A mí me parecía un producto de aquella pequeña urbe, falaz y populachera. Al reír, hacía los mismos gestos que hacen otros para llorar, y los ojos le destilaban en un caso como en el otro. Entonces yo, viéndolo reír, me conmovía porque parecía que lloraba, Y el viejo repetía: —Los médicos están acabando con la humanidad, y el mío cuando me pregunta que si tal o que si cual, yo le digo: vamos a echar un cigarro, y le cuento el cuento del tonelero, la mujer y el fraile motilón.

Un día le pregunté por el Palmao y él —quién iba a pensarlo — me hablé casi con elogios. En todo caso, no dijo nada en contra de él.

—Yo te diría cosas sobre el Palmao que te extrañarían más de lo que tú piensas. Cosas de hombre echao palante, pero también capaz de pensar en el prójimo. La gente habla por hablar y dice sinrazones y sandeces, eso es. Se habla mal del Palmao y no digo que ese hombre no sea capaz de hacer todo lo que le atribuyen, pero tiene un corazón aquí —se tocó la frente— y un cerebro aquí...

Rectificó precipitadamente, lo que me hizo reír.

—Matar, no es que haya matado —seguía—. Un hombre se acalora y da un mal golpe y deja a un cristiano herido y de resultas de la herida, si a mano viene, entrega el alma. Pero el Palmao es muy hombre, y se habla demasiado y se le calumnia por lo que yo me sé. Y al pan, pan y al vino, vino, que si el Palmao hace bien nadie se lo aprecia, porque le tienen más miedo que a una granizada en agosto, y no digo que no pueda hacer mal. Todo el mundo puede hacer mal, mira éste. Tampoco digo que sea hombre para condenarlo sin oírlo. Yo lo que te digo es que tiene el corazón en su sitio, y que si llega la ocasión lo demuestra como cualquier otro. Rudo y violento es, pero sólo en su ocasión y cuando se tercia.

—¿Qué ocasión?

—Cada cual tiene la suya y debe saber aprovecharla, eso es. La ocasión. Un hombre es un hombre, pero la ocasión lo hace o lo deshace. Yo lo que te digo es que el Palmao, cuando le llegue su ocasión, sabrá aprovecharla, como hay Dios.

Yo pensaba: ¿Cómo, matándome a mí? Si me inquietaba oyendo decir que era un monstruo, lo mismo me sucedía en aquel momento viendo que alguien lo defendía. Tenerle miedo al Palmao estaba bien, pero tenerle miedo y admirarlo al mismo tiempo era una actitud demasiado humilde y reverente que sólo merecía Dios. ¿Admirar al que nos puede matar y nos quiere matar?

No decía yo nunca nada sobre el Palmao, porque no quería que pensarán que tenía miedo.

Entretanto, la noticia de la reunión de estudiantes en mi cuarto circuló por la escuela de los escolapios y yo me decía: «¿Se

enterará el boticario de que le he robado algunas tabletas de cocaína?». Para mí aquello no era robo sino sustracción, y todavía sustracción sin provecho alguno. No había delito.

Como en todas las poblaciones campesinas, los días de las fiestas el aire olía a pólvora quemada y los pobres animales domésticos, especialmente los perros, que tienen el oído y el olfato muy delicados y que sufren con las explosiones de los fuegos de artificio y con el olor agrio de la pólvora, andaban muy mohínos.

En la farmacia se vendieron, como el boticario esperaba, todos los digestónicos y los purgantes.

Hubo un incidente sangriento, otro incidente que a mí me pareció típico de la tierra baja, complicado al final con la silenciosa aparición del Palmao. Una mañana, el tercer día de fiesta, me trajeron, estando yo solo, a una mujer herida que sostenían dos hombres y que daba grandes y roncadas voces. La mujer creía sin duda que iba a morir y yo lo creía también, a juzgar por las señales exteriores. La traían dos hombres casi en volandas y detrás venía una hermana de la víctima, muy pálida. Los hombres asustados repetían: —Pronto, pronto. No hay que perder tiempo.

Estaba la mujer en una situación de completa histeria, mientras yo lavaba su herida en la nuca y un poco al lado derecho. Era ancha pero no profunda y no salía sangre, ya. La mujer, por fortuna, era de aspecto robusto y saludable, y debía tener unos cuarenta años. Yo recordaba que no debía recibir a los heridos porque según la ley había tremendas responsabilidades en el caso de que muriera un herido mientras era atendido en la farmacia, pero aquello no parecía una herida grave y, por otra parte, la pobre, mujer me daba pena.

Además —todo hay que decirlo—, yo quería lucirme. Dije que iba a desinfectar la herida y a cerrarla con esparadrapos, pero

advertí que sólo le haría una cura de urgencia. La hermana de la mujer herida parecía recelar de mi extrema juventud, pero los hombres, que eran parientes también de la víctima, decían a todo que sí, instalaban a la mujer en una silla y me ayudaban sosteniendo cubetas y frascos y rollos de gasa.

La pobre mujer herida hablaba sin cesar entre espasmos, sollozos y apelaciones al dios del Sinaí: —Yo, pecadora como las demás, y lo digo en este tranee de mi vida, yo te imploro el perdón, Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Yo, pecadora. En tus manos encomiendo mi espíritu, Señor, en tus purísimas manos encomiendo mi espíritu, Señor —y de pronto y sin transición añadía alzando su voz cavernosa—: pero esa vieja ladrona que me ha querido matar, a esa dale la sarna y la sífilis y la podredumbre y siquiera caiga en un muladar y se la coman los perros.

Yo, que la vi en aquel estado, le quise poner una inyección de morfina, y con la jeringuilla preparada le dije: «Esto la calmará».

Era la primera inyección que ponía yo en mi vida, y la mitad del líquido salió fuera entre la parte superior de la aguja y el gollete de la jeringuilla, pero al parecer la mujer tenía fe en mí y se tranquilizó de veras, como le había predicho. Esto era más notable si tenemos en cuenta que, en mi confusión, le inyecté una ampolla de cacodilato, que no tenía ninguna virtud sedante.

Yo desinfectaba la herida, que tenía los bordes y el interior claros como de carne fresca y sin sangre. La herida no era ni mucho menos grave, pero era la primera que veía en mi vida —digo, de aquellas dimensiones— y estaba impresionado. Una idea humorística me rondaba. La persona que la había herido —al parecer, una mujer— quería darle la puntilla como a los toros en la plaza, pero no había encontrado el lugar exacto, que está en el centro de la nuca. Y seguía lavando la herida. Después la cubrí con

gasas sin cerrarla, porque suponía que tendría que coserla un verdadero médico, y repetí que habría que darle una inyección antitetánica en el vientre. Como se puede suponer, yo estaba actuando y haciéndome el importante ante mí mismo.

Como había que levantar las faldas de la paciente, sus acompañantes la rodearon para evitar que los curiosos la vieran desde la calle. Mientras hervía yo otra vez con alcohol la jeringuilla y la aguja y preparaba la ampolla de líquido oscuro, vi aparecer en la puerta un gigante rubio de pelo rojizo con ojos ligeramente estrábicos. Al ver tanta gente alrededor de una mujer herida, se podría suponer que tenía curiosidad por la mujer, pero no. Me miraba a mí, fijamente, con sus ojos estrábicos: el Palmao.

En una de las manos de aquel hombre faltaba el dedo meñique —el Palmao se pasó, nervioso, la mano por la cara—, y yo, con la jeringuilla llena de suero, quise clavar la aguja en el vientre de la mujer, un poco más arriba del pubis, y ella dejó de repetir una frase procaz en voz baja para chillar, como un gato a quien le pisan el rabo: —¡Ay, qué cuchillada!

Es verdad que mi mano temblaba. Allí estaba el Palmao lo mismo que lo había descrito su hijastra, obstruyendo la luz que entraba por las puertas de cristal, con su ancha espalda y sin decir una palabra. Allí, donde había tantas cosas sensacionales que ver, el Palmao me miraba sólo a mí. El Palmao. Por si había alguna duda, una voz desde la calle lo llamó: —¡Eh, Palmao!

Salía el gigante rubio, pero se le veía indeciso y aún en la puerta se volvió a mirarme, como dudando. El Palmao se había ido sin decir una palabra.

Yo tenía miedo de que la gente se fuera y me dejara solo hasta que llegara el farmacéutico, y el destino gratificó mi flaqueza haciendo que llegara don Alberto. Al ver tanta gente frente a la farmacia se había asustado. Casi detrás de él llegaron dos

sanitarios del hospital con una camilla, y se llevaron por fin a la mujer, quien, olvidada de mi cuchillada, me daba las gracias.

Y nos quedamos solos el boticario y yo. Él me hablaba y yo miraba a la puerta, sin oírle.

Luego vino don Bruno, el médico, y al saber lo que había hecho con la mujer herida, dijo: «Es exactamente lo que habría hecho yo. Ningún médico habría podido hacerlo mejor».

Por fortuna el Palmao no volvió, al menos aquel día.

Mis amigos, aficionados a las reuniones en mi cuarto, vinieron alguna otra noche de sábado, acompañado cada uno de dos o tres estudiantes que no habían estado la vez anterior. Eran tantos que casi no cabían en el cuarto, y todos esperaban que les diera vino y cocaína. Yo me asusté. Comprendo que no se podía guardar el secreto entre tanta gente.

Hablábamos de todo, pero el sexo era el gran tema prohibido y prometedor. El sexo está ligado a la voluntad, al alma —quiero decir al repertorio de los afectos naturales—, al intelecto y también al sentido críptico de las cosas. No podía imaginar cómo, pero desde entonces comprendí que el sexo decidiría el orden y la dirección de mi vida y que tal vez decidía la vida de los demás, cuyo resumen, en definitiva y bien mirado, se podría figurar como una silenciosa y más o menos secreta pelea por la hembra.

En realidad, yo comenzaba a ver hasta dónde a mis amigos les sucedía lo mismo. Había algo chocante y a veces muy desagradable en sus voces, en sus gestos, en sus silencios. Y aquello debía ser sexo, aquello que a mí me molestaba y en cambio debía gustar a las mujeres. Yo veía que los rasgos míos que irritaban a los hombres eran los que más le gustaban a Isabelita.

Todo en mis amigos era sexo. Lo veía en sus miradas, en el perfil del ángulo que su cráneo y su cuello formaban con el hombro. Un perfil a veces infantil y a veces siniestro. De pronto un

chico desconocido me pedía vino y yo me asustaba, pero acababa por dárselo. Estaban tomando mi cuarto por un lugar de perversión y de disipación.

Me acordaba del terrible Palmao que había venido a la farmacia y se había marchado sin decir una palabra. Yo no conocía su voz. Aquel gigante no sabía cómo «sonaba». Obstruía la luz en la puerta de la farmacia y no decía nada. ¿Qué voz tendría?

¿Con qué voz iba un día a insultarme? Cada vez que recordaba aquello palidecía un poco, si estaba solo. La impresión de tener muchos amigos me parecía confortadora, en todo caso.

Tadeo parecía un chico socarrado por un fuego interior, que lo con sumía sin dejarle respirar a gusto. El color tostado de su piel y los lunares que llenaban su cara parecían provenir de aquel fuego, que no le dejaba descanso. Resultaba que Tadeo había conocido a la Trini en el sentido bíblico. Y que la Trini le había hablado de Isabelita y de mí. A mí me llamaba la Trini el Chavea de la Muy. La muy es entre los gitanos la boca y eso venía, según dijo Tadeo, de que yo hablaba contra el Palmao y me atrevía a amenazarlo a distancia y sin que él pudiera oírme. Aquello, según Tadeo, era peligroso. Yo no debía hacerlo porque era muy arriesgado.

Pero la Trini no podía decir aquellas cosas sino por habérselas oído a Isabelita. Y yo me dije, con la sensación del que está perdido: «El Palmao se ha enterado de todo eso y venía el otro día a la farmacia a buscarme».

Entre aquella gente mezquina como la Trini o el Palmao se usaba mucho la jerga gitana que en parte conocía yo, también. Y solía usar conmigo mismo algunas expresiones que venían a cuento: no es miedo —me decía— lo que siento sino jindama. La jindama no es miedo al hombre ni al peligro concreto, sino al misterio, a alguna forma de misterio, como el que los gitanos

toreros ven a veces en los ojos del toro las tardes que se conducen cobardemente y arrojan la muleta y corren a la barrera. Jindama.

Pero los otros me miraban a ver qué decía sobre la revelación de Tadeo. Yo no dije nada y Tadeo, un poco extrañado, se puso a hablar de la morbosa violencia de sus deseos sexuales. Si no hubiera mujeres, se dedicaría a la bestialidad y haría el amor con las vacas y las yeguas, como los indios de los Andes peruanos con sus llamas. Y si no hubiera animales, con las plantas, con los árboles en flor. Eso decía, y hablando tenía un gesto dislocado de asesino. Para mí aquellas cosas no eran chocantes, porque yo las había imaginado antes que él. Lo que no conocía era su gesto de violador insaciable, aquel gesto con el que iba, sin embargo, los domingos a comulgar a la colegiata.

Santiago, el de la tienda de muebles, en materia de amor no necesitaba de nadie y estaba —como diría Quevedo— maridado con su mano. Esto le daba una fría suficiencia falsamente distante y falsamente superior.

Volviendo a la jerga gitana, yo chanelaba las reacciones posibles del Palmao. Como no había hablado con él, no podía sino chanelar. Para los gitanos, saber es lo que se aprende o conoce por la inteligencia y chanelar, por la intuición. Yo chanelaba.

Me iba acostumbrando a la jindama, y probablemente no me lo notaban ya mis amigos. Pensaba a veces que todos ellos juntos podían formar tal vez una especie de escuadra capaz de acabar con el Palmao. Pero no sabía cómo ni cuándo ni me atrevía a proponerlo.

En cuanto a Leandro, estaba poniéndose gordo, demasiado gordo, y decía que era desde que se acostaba con la beata gritadora. Estaba convencido de que el ejercicio del amor, es decir, el coito, cambiaba el metabolismo de todo el cuerpo y yo pensaba: ¿Por qué misteriosa razón el amor aumenta las grasas cuando

parece que debía ser lo contrario? A mí me habría gustado engordar, porque todavía estaba en esa edad en que un aumento de presencia física y de peso parece enriquecer la persona social. También Leandro sabía mis relaciones con Isabelita. Podía yo imaginar que sabiéndolas uno las sabían todos, porque eran un secreto demasiado sabroso para no compartirlo con alguien. Y me preguntó un día: —¿Tienes revólver?

Lo decía pensando en el Palmao, tal vez.

Isabelita me había dicho que, a las solteronas que no tenían amor, se les secaban las manos.

También decía Isabelita que el amor ponía la piel más fragante y luminosa. Al amor le llamaba Isabelita el arte de birlibirloque, y a ese arte atribuía todas las grandezas y las miserias de la vida. Yo me daba cuenta de que no sólo era Isabelita feliz con el amor, sino que se sentía orgullosa de tenerlo. Para ella, era glorioso aquello de tener un hombre. Y me lo agradecía con sus senos inmaduros y díscolos, que se escapaban de mis manos como peces. Lo malo era que les hablaba a sus amigas y decía a la peligrosa Trini lo que yo pensaba del Palmao.

Sin duda aquel salvaje me tenía ya entre cejas y por eso vino a la farmacia aquel día, aunque no había vuelto y yo no podía comprender por qué.

En sus transportes de amor, Isabelita me llamaba a veces nombres de animales —osito, tigrecito, leoncito—, de plantas, de flores, y un día me dijo que era su médico porque desde que teníamos relaciones se había curado de dos o tres molestias físicas. No quise preguntarle cuáles eran, porque me las habría dicho sin recato y yo no quería saberlas. Cualquier clase de funciones fisiológicas no relacionadas con el amor son repugnantes en la mujer, por ejemplo, el hablar de las glándulas sebáceas del pecho, de la espalda dolorida en los días lunares. Y

otras peores. La presencia del desnudo en nuestra imaginación con caracteres no eróticos es muy desventajosa para la hembra, porque revela la parte muerta —prematureo cadáver— y no funcional, y también supongo para el hombre por una razón parecida, aunque en nosotros la imaginación femenina prefiere lo psicológico a lo fisiológico. La única parte de mi cuerpo que, aparte del sexo, gustaba a Isabelita eran los costados, los flancos entre la cintura y la axila. Allí frotaba su hociquito febril, mugidora y ebria.

Arturo no podía concebir lo que decía Leandro sobre la bestialidad, en el caso de que se acabaran las mujeres en el mundo. «Yo —decía—, si se acabaran las mujeres creo que me castraría.» Leandro, con su cocaína en la sangre, creía que el instinto de conservación le llevaría a desviar un poco su atención erótica y ponerla tal vez en los efebos o en los animales.

—Eso no es desviarse un poco —gritaba Arturo—. Eso sería hacer el cerdo.

Leandro insistía en que a nuestro sexo le daba lo mismo una cosa que otra. Cuando los testículos estaban llenos de amor había que vaciarlos en alguna parte, y eso era todo. Los poetas podían hacer versos sobre el amor, los músicos cantarlos, los filósofos escribir tratados morales, pero el hombre era esclavo del sexo y, cada vez que quería desentenderse de él, caía en lo monstruoso. Creía Leandro, como muchos españoles —y eso es herencia árabe— que el homosexual activo no era delincuente ni vergonzante, sino sólo el pasivo. En cuanto a mis relaciones con Isabelita, él sabía que nos veíamos en aquel cuarto y miraba las paredes, el techo, con respeto, y al mirar la cama le palpitaban las aletas de la nariz. Hombre de imaginación, Leandro.

Detrás de él había dos chicos sentados en el suelo que me miraban fijamente y hacían a veces exclamaciones de asombro

después de hablar yo, aunque lo que había dicho careciera de importancia.

Yo volví a decir cosas tremendamente subversivas, que había oído de labios de Checa en Zaragoza. Todos me escuchaban encandilados y pensaba: «Si hubiera cuartel aquí, en la ciudad, yo intentaría la misma aventura que Checa».

Una rara experiencia infantil y mi instinto me decían que ninguno de aquellos doce o quince chicos denunciaría nuestros ágapes, y sólo dudaba de Santiago, que no era ya niño y que, por solidaridad de comerciante con mi patrono, podía hacer la peligrosa y traicionera revelación.

En cuanto yo dejaba de hablar de problemas sociales — recordando a Checa—, todos volvían al tema sexual. Leandro argumentaba en favor de los efebos con el ejemplo de Esparta y de sus héroes «amadores de jóvenes». Se hacía en aquel momento un silencio raro en la habitación y Leandro nos tranquilizaba, añadiendo justificaciones espaciosas. Luego hablaba de la bestialidad.

Arturo, por su parte, veía en el amor de la mujer misterios y peligros. Era un amor el suyo rencoroso y lleno de implícito odio pugnaz. Se veía que le tenía miedo a la mujer, como el Bronco, aunque éste pensaba embridar a la suya, montarla y domesticarla a golpe de látigo.

Conté el caso del Bronco y dije que, sin dejar de odiar a las mujeres, las deseaba y buscaba y para él eran seres que había que sujetar, golpear y espolear en las ingles hasta hacerles sangre. Su lema de terror sexual era "garrotazo y abre las piernas», como debía ser más o menos hace cincuenta mil años en el bajo neolítico. Aunque parezca raro, Joaquín, que daba la impresión de un chico liberal y culto, decía que el Bronco tenía razón.

—Además —añadía— eso de los golpes, las espuelas y el

látigo a la verdadera mujer le gusta. Palabra que le gusta.

Yo no podía creerlo. Pero me guardaba mis propias opiniones como siempre que los chicos venían a mi casa, porque mi madre me había dicho un día que el anfitrión no debía nunca discrepar de ninguno de sus invitados, y también porque tenía la idea de hacerles concesiones hoy para atraerlos mañana a las doctrinas ácratas o a la cruzada contra el Palmao.

Eliseo, aquella noche, daba a sus opiniones un matiz nuevo, hablando de sadismo y de masoquismo y de la milenaria costumbre de las hembras de ser cazadas en la selva como animales salvajes y sometidas por el terror del macho. Aunque él no practicaría nunca aquellos procedimientos, sin duda seguían siendo naturales para mucha gente. Y se casaría con una mujer de alta clase, y no necesitaba pensar en aquellos problemas.

El pobre no sabía que entre las mujeres de alta clase son más críticos precisamente esos problemas, porque ellas han recorrido ya todo el ciclo y no saben qué hacer, mientras que la obrera o la mujer de clase media creen todavía en la pureza, la fidelidad y el amor idílico. Seguía yo, sin embargo, sin comprender. Isabelita me había dicho que su padrastro no le pegaba nunca a su madre porque, según decía, un hombre tiene bastante con alzar la voz y decir una palabrota a tiempo —y ella la soltaba, redonda.

Entre mis amigos, cada cual contaba lo suyo, como siempre, y yo tenía que hacer esfuerzos para evitar referirles con los detalles más íntimos mis relaciones con Isabelita. Yo recordaba una canción brutal del Bronco, que solía modular entre dientes y con un tono muy nasal. Aquélla, como otras cosas del Bronco relacionadas con el sexo, eran totalmente desprovistas de ingenio, y la falta de gracia la compensaba con una especie de siniestra procacidad. ¡Qué bestia el Bronco! Contaba cosas que no quiero recordar, porque el hombre tiene también sus legítimos pudores.

El hombre viril, el macho, el másculo.

Como digo, hacía esfuerzos para mantener mi discreción de caballerito, y cuando estaba a punto de hablar de Isabelita y de lanzar algún reto público al Palmao —yo me sentía más fuerte entre mis amigos—, pensaba que él podría enterarse y venir por la noche, cuando yo estaba solo, a picarme la nuez. Me quedaba callado. Al buen callar llaman Sancho, y por la boca muere el pez, y nunca se arrepintió nadie de haber callado, y en boca cerrada no entran moscas. Si con las pocas palabras que le había dicho a Isabelita andaba la Trini llamándome el Chavea de la muy, ¿qué sucedería en el caso de que retara públicamente al Palmao con mis insultos o simplemente mis ironías?

El domingo siguiente yo le dije a Isabelita que el Palmao había venido a la farmacia, y ella se quedó profundamente pensativa. Durante tres o cuatro minutos estuvo sin decir nada, y yo no podía comprender su silencio. Era como si en aquella visita hubiera algo que no podía explicarse. Seguíamos hablando del Palmao, Isabelita y yo, pero ligeramente. Yo no quería mostrar mi pánico delante de la mujer amada. Pero ¿estaba yo enamorado de Isabelita? Más que enamorado. Ella era ya una necesidad, como el comer y el beber. No podía prescindir de ninguna de esas cosas. Ni de la tercera.

Si Isabelita me abandonaba y se iba con otro, yo me vería entonces en un gravísimo trance y no sabría qué hacer.

Pero a quien quería de veras era a Valentina.

Le escribí una carta, de la que hice antes varios borradores, diciéndoselo todo. Naturalmente, yo no le hablaba de Isabelita, pero hacía alusiones a cosas de las que no había hablado antes. La carta, más o menos, decía: «Yo querría subir a la montaña a verte. Lo que para san Juan de la Cruz era la subida al Monte Carmelo, sería para mí la subida a Biescas y a Panticosa. Yo también iría a

adorarte, querida Valentina mía, y me gustaría decir después, como san Juan, aquello de

su cabeza en mi pecho reclinaba y el ventalle de cedros aire daba.

»Pero ¿reclinarías la cabeza en mi pecho? Podría yo siquiera verte un momento a solas? Tus padres ya no ven en mí un niño como antes, sino un hombre con todas sus complicadas y peligrosas y necias cualidades. Creo que no habría oportunidad para que reclinaras tu cabeza en mi pecho, por ahora.

»Yo sé lo que es el amor y la inmensa felicidad que puedo darte a ti, mi dulce criatura. Yo, a ti. Sólo el amor puede decirte a ti lo que yo soy —para ti— y a mí, lo que tú eres y serás siempre. Y el amor es todo. Sólo por el amor se comprende que estemos aquí, en la Tierra, vivos y con los sentidos despiertos. Porque lo demás no tiene importancia.

»Todo es amor para mí, ahora. Tú no puedes imaginar por qué te digo esto. Algo ha sucedido en mi vida que no sucedió antes y que me ha abierto los ojos. Más y mejor que nunca, sé lo que es el amor. Naturalmente, he descubierto millones de cosas nuevas en este amor, que no conocía y esos millones de cosas nuevas que no tienen nombre, son para ti. Yo te las daré un día y no podrás imaginar nunca la inmensa riqueza que suponen, porque cuantas más te dé a ti, más cosas tendré yo para seguir dándotelas, y cuantas más recibas tú más querrás recibir de mí. Son cosas que no se acaban dándolas, sino que dejan otras detrás siempre. Y es inagotable la manera de crecer y aumentar para que yo pueda darte más i ti y tú recibir de mí. No puedes imaginar de lo que te estoy hablando, porque yo lo he descubierto hace poco y tampoco acabo de creerlo, Valentina. No podría explicarte cómo sucede.

«Desde que estoy en este pueblo me he dado cuenta de lo que es el mundo y el amor, y ahora sé que lo nuestro es lo único que cuenta en el universo. De veras. Mucho más de lo que suponíamos nosotros antes, con los diálogos de Dios y el alma Enamorada. ¿Comprendes? Además del amor del Alma Enamorada—lo pongo con mayúscula porque esa Alma eres tú—, hay goces inmensos. ¿Recuerdas que, cuando éramos pequeños, después de correr todo el día, teníamos los pies ardiendo y nos descalzábamos cada cual en su casa con los ojos cerrados, pensando tú en mí y yo en ti y diciendo nuestros nombres? ¿Recuerdas que cuando estábamos muy sedientos no queríamos beber y esperábamos una hora y otra para tener más sed, y cuando no podíamos más bebíamos cada uno en nuestra casa pensando el uno en el otro? ¿Y diciendo nuestros nombres? ¿Tú recuerdas que al comer un postre delicioso —aquellos pastelitos de crema helada dentro— u otro igualmente bueno, cerrabas los ojos y pensabas en mí y decías mi nombre? ¿Recuerdas que tu mamá te dio un día un golpe en las manos y te dijo: «¿Qué bobería es ésta? ¿Es que Dios me ha dado una hija tonta?». Y tú abriste los ojos y dijiste: «Sí, mamá. Una hija tonta: Pilar». ¿Te acuerdas también de cuando cogía yo un pájaro con trampas y lo echabas a volar y gritabas cuando él volaba por el aire? ¿Te acuerdas del placer de dormir y despertar un poco y poner la rodilla en un lado fresco de la sábana y volverte a dormir? ¿Recuerdas todas esas cosas y otras como la salida del sol el día de tu cumpleaños, y las campanas del día del Sábado de Gloria, cuando Dios resucita? ¿Recuerdas los avisperos de lunas del agua del baño, que refleja soles movedizos en el techo? ¿Y la estrella de la tarde en el fondo del vaso de la grande sed? ¿Y el racimo de uvas frescas? ¿Y la canción de la luna lunera cascabelera, y las de los segadores que vuelven juntos al caer el sol? ¿Recuerdas todas esas cosas? Pues

ninguna es nada al lado del placer del amor, en el que están todas y al mismo tiempo, y también en cada una está el placer de morirse y de resucitar (no creas que exagero), y los avisperos del agua del baño están en todo el cuerpo, y cada avispa nos roza la médula con sus alas y pone al mismo tiempo sabor de miel en nuestro paladar, y esos roces y sabores y delicias parece que van a durar siempre, en un mundo diferente del nuestro (porque el nuestro se pierde de vista), y no se puede hablar ni llorar ni reír ni pensar, porque está uno borracho y agónico, pero no de dolores ni penas, sino de placeres y dichas, que no querría uno volver a otro estado, sino quedarse allí siempre. Eso es. Y uno pierde el aliento y también la inteligencia (¿para qué le sirve a uno?) y es como si uno flotara en el aire y cada brisa pasara por el cuerpo desnudo y nos hiciera caricias debajo de la piel, dentro de los huesos, en la raíz de los cabellos y en el cuerpo y en el alma misma. Cómo puede ser eso de acariciarnos en la médula, yo no lo sé, pero es como una luz delicada que se transformara en millones de rayos de diferentes colores, y cada uno de ellos entrara en nuestra médula y produjera en ella millares de reacciones químicas y magnéticas, todas tan gustosas, que si aquello es la muerte, como parece, uno desearía morir. Y todo eso con mis labios en tus labios, Valentina. Te digo que es más de lo que todos los hombres juntos del mundo han podido imaginar. Te lo digo yo, que lo sé ahora, que lo he aprendido para ti ahora, aquí, y un día tú lo aprenderás también conmigo. Es el aprendizaje más dulce del mundo y todo es como un camino lleno de revelaciones, en cada una di' las cuales están todas las alegrías y goces juntos que debieron tener los hombres del pasado y los dioses que los trajeron a la vida. En serio, Valentina. Un día te daré a ti todo eso y después, ¿qué? Después, podremos morirnos los dos sin lamentar nada de lo que dejamos en la tierra, que algunos llaman injustamente valle de lágrimas. A

propósito de lágrimas, yo querría decirte que a veces, pensando a solas en ti quiero llorar, no porque esté triste, sino porque pienso en los placeres que voy a darte un día y se me llenan de agua los ojos y tengo que disimular y ponerme a silbar y hacer alguna cosa como caminar o leer el periódico, para tranquilizarme y que las lágrimas desaparezcan antes de que alguien me vea. Ya digo que no es por tristeza, sino por el anuncio secreto de lo mucho que puedo darte a ti y que un día te daré. Sólo yo a ti y a nadie más que a ti, porque vivo con esa esperanza y sólo para ese día, que llegará, porque todo llega en el mundo. Eso que te daré es como una suave vibración de varias electricidades: la del cielo, la del aire, la del tacto por fuera y por dentro que dejan el cuerpo y el alma en una dulcísima muerte de la que no querría salir nunca, nunca, nunca. Y de la que uno renace y revive para volver a empezar otra vez, cuando quiere, de día y de noche, que contigo yo querré siempre. ¿Verdad? Y si hay cosas que aquí y ahora no las entiendes piensa que tampoco entiendes a Dios ni a sus coros de potestades y tronos y dominaciones, y que sin embargo son ellos quienes organizan para ti y para mí todos esos placeres. Una vez más, te lo digo: todos esos grandísimos gozos que son cortos, pero anchísimos y profundísimos, son para ti. Yo quisiera estar ahí y es posible que vaya si me dices tú cuándo debo ir, es posible que vaya y que yo te muestre a ti todas esas maravillas. No se dan cuenta tus padres de que vivimos pocos años y de que tú no vas tampoco a tener muchos para gozar de tu felicidad, digo, la que yo te ofrezco. Si pudiera tu padre reflexionar un momento y darse cuenta, me invitaría a ir ahí o te traerían aquí, para que comenzaras a ser feliz conmigo cuanto antes. Porque edad, ya la tienes para el amor. Como yo, también. Pero no te traen ni me invitan a ir porque tienen miedo de que seamos felices. El amor es todo lo que la vida te puede ofrecer, y aquí estoy yo dándolo —yo

—, el amor a otra persona, porque estoy lejos de ti y tus padres no quieren que estemos cerca. Mañana van a morir tus padres, y todo lo que al final de su vida se les ocurrirá decir es: «pobre hija mía, que no hemos podido ayudarla tanto como quisiéramos. Pobre hija nuestra, que no ha sido tan feliz como podría ser, y que no encontrará en la vida nada que se pueda comparar al amor de Pepe». Eso dirán. Y estoy seguro de que eso lo piensan ya ahora. Y sin embargo, no quieren que me acerque a ti, porque tienen miedo de ver la felicidad en los otros, y sobre todo en nosotros, tan jóvenes. ¡Ah, Valentina! Lee despacio esta carta. Nosotros vamos siendo mayores y pensamos las cosas más de lo que tus padres creen. Tu familia es tu familia, pero no sabe lo que hace. Tu familia cree protegerte, pero, ¿protegerte contra quién? ¿Contra mí? Yo soy el único en el mundo que puede darte alguna clase de felicidad y que te daría la sangre de mis venas si la quisieras, y la vida misma si fuera necesario para salvarte de algún peligro, aunque fuera pequeño. Tú sabes muy bien quién soy. ¿Comprendes? Pero las cosas de este mundo son tan estúpidas, que yo no puedo ir sin una invitación de tus padres. Así es todo. ¿Quién puede impedirme a mí que vaya? ¿No es uno libre de tomar el tren y de ir a donde quiera? Cuando haya terminado el bachillerato será el momento de ir a verte con mi certificado de estudios debajo del brazo, por si acaso tus padres no se fían de mis palabras, pero pienso que entonces, tú ya no estarás ahí, te habrán llevado a Bilbao y entonces, ¿cómo podré verte, si estarás encerrada en un colegio de monjas? Grandes dificultades nos esperan a ti y a mí, Valentina, y todas vienen de lo mismo: de la manía que tienen tus padres de evitar que yo te bese y te abrace. Ellos sólo piensan en evitarlo y nosotros en hacerlo. ¿Quién podrá más? Sólo el tiempo lo dirá, Valentina. Tú confía en mí y haz oídos sordos a todo lo que te digan, y así no tardarás en ver cuánto te

quiere y hasta dónde es capaz de seguir queriéndote tu —Pepe».

Esta carta la envié, y para mayor seguridad, certificada y con aviso de recibo, que no tardó en llegar. Pero Valentina no me contestó, y yo vi que el recibo del correo estaba firmado por su madre. Y firmaba la madre con el nombre de Valentina. ¿No era aquello una suplantación de personalidad? ¿No estaba castigado por el código?

Yo comprendía que a mis protestas contestaría doña Julia con las palabras de su marido: «Los menores están sujetos a la patria potestad... etcétera». Y la verdad es que Valentina era muy menor, como me dijo un día Isabelita al preguntarme la edad de mi novia. Muy menor.

Envié un telegrama a mi novia y tampoco me contestó. Para compensar la violencia y el atrevimiento que representaba el telegrama, procuré que el texto fuera razonable. Así, yo preguntaba: «¿Estás bien, Valentina? Si estás bien, ¿por qué no contestas mis cartas?».

Luego supe que no recibió ninguna y que, a su vez, las que ella me escribía eran interceptadas por su familia y no llegaban al correo.

Eran crueles con nosotros.

Lo que sucedió entonces es que viéndome yo en la contradicción de mi pasión carnal con Isabelita y mi amor angélico por Valentina y sintiéndome aislado de mi novia hasta pasados los exámenes de septiembre, comencé a sospechar que todo sería inútil y que la madre de Valentina, habiendo leído mis cartas y conocido los peligros que yo representaba para su hija, haría lo posible para separarnos. Yo me preguntaba: ¿separarnos más todavía?

Aquello me hacía de veras desgraciado, y una noche me acosté con un frasco de éter destapado y aplicado a mi nariz. Tal

vez aquello acabaría conmigo en menos de una hora, y tal vez habría sido así en el caso de que otra persona me hubiera obligado a seguir respirando el éter, pero con la primera caída en el placentero letargo el frasco se apartó de mi nariz y se perdió la eficacia del resto de narcótico, que se evaporó en el aire.

De otro modo —repito—, era probable que hubiera muerto.

En cuanto a los efectos de aquella droga, fueron inmediatos y a las ocho o diez inhalaciones percibí una dulce embriaguez en mis centros nerviosos. Mi cuerpo se abandonaba, insensible, mientras que mi cerebro se iluminaba con poderosas luces interiores, de modo que se podía decir que a un tiempo estaba del todo dormido y del todo despierto. Más dormido que nunca y más despierto que nunca. Pero este despertar era una boba ilusión que no abarcaba sino una parte del cerebro, tal vez del cerebelo, en el que sentía pasar ráfagas de luz como las colas fosforescentes de los cometas, todo en un silencio gravísimo y solemnísimos. Mi mente trabajaba, además, y yo me decía: «Esto me sucede por el éter». Lo que sucedía no era anecdótico ni se podía contar como una cosa que valiera la pena. No era en realidad. No oía voces, ni tenía sueños dramáticos ni visiones apocalípticas. Era sólo la sensación de sentirse flotar en un aire fresco y ligero, recorrido por ráfagas luminosas también frescas y, sobre todo, silenciosas. Había un detalle que podía dar calidad de sueño a aquellas cosas, y era la sensación de detenerse el tiempo, de no existir el tiempo. Es decir, que el éter lo suprimía. Tal vez era ésa la razón por la cual los amantes ilustrados buscaban los estupefacientes. Y recordaba la nariz independiente y sonriente de la mujer que acudía a la farmacia de la calle de San Pablo, en Zaragoza. Aquella mujer que me acariciaba la cara, a veces.

Lo cierto es que, por una razón u otra, yo me aficionaba al éter, y como mi respiración olía mucho a ese fluido, el

farmacéutico miraba alrededor, se palpaba las aletas de la nariz y preguntaba: —¿Es que se ha vertido algún frasco?

Yo decía: «No, es que yo lo he destapado un momento para olerlos». Lo decía como si no me encontrara bien, y él se tranquilizaba y salía a la puerta de la calle a lucir su chaleco de fantasía, imaginando que la hermosa guerrera lo miraba desde detrás de las persianas del balcón.

Una vez hicimos el amor Isabelita y yo borrachos del licor que yo mismo fabricaba, y en él había puesto, como siempre, unas gotas de éter. Ella me explicaba que sentía la cabeza más ligera, como si no tuviera cabeza. Como si, en lugar de cabeza, tuviera una llama de una especie de fuego frío del que salían las ideas como de una linterna sale la luz.

Yo interrumpí eso del éter, porque ella se iba aficionando y a veces me lo pedía, y en aquellos casos yo mojaba el borde de un vaso con el tapón esmerilado del frasco, pero no ponía nada dentro. Cuando decidí negarle el éter, fue un día que me dijo que al pasar un automóvil, en la gasolina quemada sintió un olor «divino» y que de buena gana habría seguido el coche sólo por aquel olor. Ese olor era el del éter, que es uno de los subproductos de la gasolina.

Yo también renuncié a él, porque comenzaba a pensar que me empujaba a una especie de abismo sin fondo.

No sé si a consecuencia de mis embriagueces de éter o de amor físico, se me ocurrió que podía yo tal vez acercarme a Valentina, hacer con ella el amor hasta la saciedad (¿era posible con ella la saciedad?) y luego matarnos los dos. A sabiendas, claro, y a posta. Yo se lo diría antes a ella, y estaba seguro de que aceptaría, descuidada y feliz, por el simple hecho de hacer algo conmigo, de hacer lo mismo que yo. Ella no vacilaría nunca en ir conmigo, no importaba adonde. Aunque fuéramos a ninguna

parte.

Yo llegué a pensar y a planearlo en serio, pero no podía dejar la farmacia antes de septiembre, y ¿dónde estaría ella entonces? Por si acaso, entre mis ropas puse una cajita que llamaba la urna del amor y de la muerte, en mi baúl, provista de lo necesario para que dos adolescentes de nuestra edad pudieran morir sin dolor, en los brazos el uno del otro. Como se ve, yo era un jovenzuelo peligroso.

De un modo u otro, todos son peligrosos, los adolescentes. Su peligrosidad no es discernible, pero en mi caso lo era, y no podía serlo de un modo más claro, evidente e inmediato.

Por el momento, me puse a estudiar.

A veces, venía a mi imaginación la idea de mi infancia cancelada. Ahora ya no puedo hacer ligerezas —pensaba—, porque si las hago las llamarán de otra manera, las llamarán dislates. Pero matarse con Valentina no era una travesura ni un dislate, sino algo sabio, meditado, secreto y, en cierto modo, grandioso. En el fondo de mi angustia estaba dispuesto a todo, pero no sabía cuándo se presentaría la ocasión. Entretanto, yo quería a Valentina y, sin embargo, deseaba a Isabelita, cosa inesperada y tremenda.

Aquello era irregular y había que corregirlo, y un día, sin darme cuenta, conseguí la síntesis, es decir, hice el amor con Isabelita pensando en Valentina. Todo el mundo ha hecho algo parecido alguna vez.

Cuando quise darme cuenta, había ya sucedido todo, y fue complejo, con sabores encontrados y agridulces. No todo fue idílico. Había un poso amargo en aquello.

Quedaba después la sombra de una sensación grave de pecado. En primer lugar, me parecía innoble materializar en Isabelita mis sueños de enamorado de Valentina. Después me

defraudaba a mí mismo, lo que no dejaba de ser ridículo. El placer era genuino, sin duda, pero después me quedaba en un estado de perplejidad contrita. Ahora, desde mis años de madurez puedo entender aquello. Percibo, como si hubiera sucedido ayer mismo, los matices del horror vacuum que en aquellos casos de objetivación falsa de Valentina sucedía al coito. La imagen de la pobre Valentina, que estaba tan lejos de saber o de imaginar mi traición, acudía dócilmente, cuando mi fantasía la llamaba.

En ese horror vacuum yo sentía una profunda identificación con la naturaleza, de tal modo que mi horror no era mío realmente, sino de la misma naturaleza, y como la naturaleza odia, según dicen, al vacío, llenaba ese vacío, dentro de mí, con recuerdos. Y me entregaba a aquella rememoración radical que tenía raíces húmedas y profundas en los varios niveles del ser. Los ojos cerrados, acostado junto a Isabelita, yo tenía en mi memoria las imágenes más vivas del pasado. Oía el zumbido de aquella abeja —que parecía una joya de Eibar— suspendida en el aire entre ella y yo, con las patas de atrás colgando y casi desprendidas, el día que comimos la cabeza de jabalí. Y ella me decía que yo era la máscara de los dientes blancos. Y parpadeaba. Siempre parpadeaba Valentina, si yo la miraba en silencio. Aquel silencio mío la hacía parpadear.

No se trataba sólo de un recuerdo abstracto, porque para que fuera radical tenía que venir acompañado de alguna sensación física, es decir, de la ilusión completa de un aroma, de un sonido o de un contacto.

Y los tenía, como se puede suponer. Logrado el fraude contra Isabelita y contra mí mismo, lo demás era fácil. Sentía, por ejemplo, aquel aroma de humo de lentisco en su jardín (porque quemaban esa clase de ramilla para disponer el horno de modo que estuviera a punto y en condiciones de recibir el jabalí) y aquel

mismo aroma lo percibía yo entonces. No era sólo eso. Otras evocaciones acudían, solas. Veía el perro Napoleón caído en tierra con las patas en el aire y su vientre rosado, por el que cruzaba de prisa una pulga viajera. Y olía el aire a perro también, que es un olor peculiar a lanolina como el de algunas cremas de shampoo. Todavía faltaba una ilusión acústica, y yo tenía en el fondo de mis oídos la del zureo de las palomas en el solanar. Un rumor voluptuoso, con el que el macho quiere convencer a la hembra de que se pose en el suelo para cubrirla. Mis memoraciones eran muy gustosas, aunque no tanto como podrían haber sido. Estaba Isabelita, como siempre, ligera y saltarina después del amor, y me interrumpía en mi sosegado recordar, que no era una tarea de la mente, sino de todo mi cuerpo. Un día, como ella saltaba y reía y me hacía cosquillas, le dije, irritado: —¿No puedes estarte quieta, rediós?

No sólo se quedó quieta, sino que se puso a llorar dulce y silenciosamente. No era un llanto profundo, sino el lloriqueo de una hembra contrariada. Y hablaba entre dientes: —Si no te gusto, pues entonces te buscas otra.

—Cállate, mujer. No te pido sino eso, que te calles.

Se lo dije la segunda vez en un tono conciliador, como si me disculpara, lo que le sugirió a ella la idea de tomar la iniciativa: —No creas que lloro —decía— porque me has regañado. Lloro porque has dicho el nombre de otra mujer cuando estábamos en lo mejor.

—¿Qué nombre?

—Algo así como Bibiana.

Mi risa resolvió el incidente, porque la hizo reír también a ella y todo acabó así. El nombre que yo había dicho era el de Valentina y mi amante decía Bibiana.

Reíamos como idiotas repitiendo ese nombre, pero en el

fondo de mi horror vacuum, aquella risa era amarga y de una doliente falsedad. El recuerdo de la viejita campesina intervenía de pronto, y yo la veía una vez más llamando en el patio de su casa a grandes voces al vecino del apodo pornográfico.

Reír por evocaciones que sólo uno percibe para su propio uso y de las que no participaba la amiga, a pesar de que compartía mi cama, sería sospechoso y ofensivo para otra que no fuera Isabelita. Pero ella, en cuanto veía una ocasión de reír reía también por mimetismo o por tonta infantilidad, con su garganta bonita y su pecho y su estómago y su vientre y su sexo, creo yo. Tal vez en otros países, donde no se desprecia a la mujer de costumbres independientes, cualquiera que sea el uso que haga de su independencia, aquella mujercita se habría abierto camino como las grandes cortesanas francesas y llegado quizás a sentarse en el trono como madame de Maintenon. ¿Por qué no? Isabelita tenía un traserito que merecía un trono tan bien como cualquier otro.

En España, una cortesana como Isabelita a lo más que podía llegar era a la aprobación clandestina y secreta —y eróticamente interesada— de algún alto jerarca de la iglesia, pero siempre bajo la incomodidad de lo que se oculta, disimula y disfraza. Pobres mujeres españolas, que ni por el pecado ni por la virtud tienen grandes probabilidades de salir adelante con sus sueños. Porque lo que es soñar, sueñan. Isabelita, aquella noche iba y venía casi desnuda por la habitación hablando: —Ya te dije que todas nacemos malas. La única diferencia entre la mujer decente y la otra consiste sólo en que la decente quiere hacer una cosa y la otra la hace. Bien mirado, más honrada es la otra que dice aquí estoy, buena o mala o regular, pero sin careta ni disfraz alguno. ¿Para qué? Aquí estoy y con mi fama pago, y con mi cara hago frente al torbellino del bien o del mal decir de la gente. Porque a

mí se me da muy poco que digan blanco o negro. Si quieren hablar y decir pestes, duro conmigo, que yo no les pediré que se callen. A mí me gustaste tú el día que te vi en el cine. Eres un poco señorito para mí, aunque seas mancebo de botica, que yo entiendo de eso, pero no me pasa lo que a la Trini, que busca gente de su cuerda. A mí me gusta subir un poco, si puedo, y hablar bien y mejorar en lo que de mí dependa. Aquel día del cine, sólo verte le dije a la Trini: a ese chavea me gustaría morderle en la barbilla, eso le dije a la Trini, y ella me dijo que le gustaría morderte en otra parte porque así es ella, la gran pescueza. Tú eres tú, y por eso te he elegido como amante.

—¿Por qué dices que me has elegido? —le pregunté soñoliento.

—Porque eres honrado y romántico.

Yo solté a reír y ella se contagió. Como siempre, se contagiaba de la risa mía. Tal vez se contagiaría también del llanto. De lo que no se contagiaba era de los estados intermedios: contemplación, perplejidad, duda, indecisión.

Lo que ella llamaba mi romanticismo debía ser la intuición de mi amor por Valentina. Porque a veces yo me quedaba mirando un punto vago del aire, como hipnotizado y absorto, y así me estaba largos minutos sin ver ni oír. Me quedaba mirando al vacío y la naturaleza, que, según dicen, lo odia —al vacío—, ponía en él alusiones idílicas, deseos reprimidos y también —todo hay que decirlo —los muslos de Valentina, que eran ligeramente luminosos en la media sombra de la falda y dejaban ver a veces aquel entredós que los unía o los separaba. Delante, en el suelo, las micas de vidrio formaban la figura de la Osa Mayor. Yo me quedaba fuera de la realidad y me perdía en largos silencios de dobles fondos. Aquello era, sin duda, lo que Isabelita llamaba mi romanticismo.

Me gustaba Isabelita. No es que la quisiera, pero le estaba agradecido. Mis sentidos le agradecían que me diera su cuerpo.

La mayor diferencia entre ella y Valentina consistía en que mi verdadera novia me quería con toda su tierna condición angélica, y si un día teníamos amor físico sería un curioso amor que gozaría muchos espasmos, no sólo en el sistema nervioso, sino en todos los complicados laberintos del ser. Eso de querer en cuerpo y alma sólo suele decirse en español, y es una sencilla manera de decir una gran verdad.

El cuerpo en mis relaciones con Valentina —el suyo o el mío — era solo una máquina de placeres, importante, pero secundario. El cuerpo era sólo una parte de nuestro sentido vital, en que el alma y todas sus potencias gozaban sus fieras nupcias también. Nada hay en el mundo que conocemos, ni tal vez en los mundos que ignoramos, comparable a la posesión física de una mujer largamente y castamente amada antes. La esperanza de tener un día a Valentina desnuda en mis brazos y el riesgo de perderla para siempre, me enloquecían de la misma manera y al mismo tiempo.

—¿Cómo es tu novia? —preguntaba a veces mi amiga.

No quería yo contestarla, y ella, dándose cuenta, me dijo un día: —Tú no respondas más que sí o no, ¿Es morena? —yo dije que sí—. ¿Más joven que tú? —sí—. ¿Te quiere? —sí—. ¿Tú la quieres a ella? —sí—. ¿Le has dado un beso? —sí—. ¿En dónde? ¿En la boca? —sí—. ¿La has abrazado? —sí—. ¿La has tocado en lugares secretos y prohibidos? —no—. ¿Querías tocarla? —sí—. ¿Más que tocarme a mí? —sí—. ¿Querías morderla? —sí—. ¿Comerla viva sin hacerle daño? —sí—. Y hacerle daño, ¿querías? —no—. Pues mira, a mí puedes hacerme todo el daño que quieras, pero en lugares que no se vean, porque si se ven, se me hacen cardenales tremendos y luego se entera mi padrastro si a

mano viene, y entonces, ¿qué? Todos perdidos. Dime: ¿tu novia ha tenido otro novio? —no—. ¿La ha tocado algún otro chico en sitios prohibidos?

Yo, en lugar de contestar le di una bofetada. No le pegué fuerte, es decir, para hacerla daño, pero sí con bastante energía para darle a entender que aquella manera de aludir a mi novia era del todo intolerable.

Ella sollozó como una niña pequeña y dijo: —¡Qué suerte tiene tu novia! Hay mujeres que han nacido de pie.

—¿Suerte? —pregunté yo—. ¿Es que tú te conformarías con un solo hombre, es decir, por ejemplo, conmigo, para toda la vida?

—Honradamente, creo que no.

—Esa es la diferencia. Ella no necesita a nadie más.

—¿Tú qué sabes? Ahora tu novia es como un ángel, que ignora todo lo que el placer de la cama tiene para las hembras. El día que lo sepa, podrá decir que sí o que no. Nunca se sabe por dónde va a salir la mujer.

Y es porque nosotras tampoco lo sabemos.

—Ella me será fiel en cuerpo y alma, sentidos y potencias. Como yo a ella.

—¿Como tú a ella? —preguntó Isabelita, irónicamente. Yo me puse colorado. Ella siguió hablando: —No digo que ella no quiera serte fiel, no digo que no. Pero nunca será completa esa felicidad, porque en los sueños se dejará besar por otros y se acostará y hará el amor, sin querer, con otros. No existe la fidelidad que tú dices. En ninguna parte del mundo, y eso más vale que te desengañes a tiempo, Pepe. Te lo digo muy en serio.

No sé qué me pasa, pero estos días en el campo de Argeles tengo más tendencia que nunca a la divagación. No es un hecho casual ni caprichoso, creo yo (nada hay casual en mis reacciones). Es como si no pudiera yo ahora encerrarme en el marco de la

narración, según lo hacía al escribir los cuadernos anteriores. Comprendo que hay algo en mí que se quiere marchar y que tal vez se va a marchar muy pronto, y siento ya —lo digo sin amargura— que los límites me estorban, especialmente los de las palabras. Porque si en la juventud podemos expandirnos con ellas y con ellas crecer, a medida que envejecemos descubrimos lo que las palabras tienen de valla y de dique.

Casi todo lo substancial mío rebasa ya las palabras, las páginas y el discurso de la razón y la voluntad.

Todo se va o se quiere ir, aunque no sea hora todavía, porque a mí me ha gustado siempre adelantarme un poco a aquellas cosas que eran inevitables y anticiparme, por decirlo así, a mi destino en lo que de mí dependía.

Olvidaba decir que en una de las reuniones con mis amigos en mi cuarto —un domingo por la mañana—, hice un tanteo a ver hasta dónde llevaban su lealtad en relación con los peligros que me amenazaban. Yo preguntaba si creían que sería bueno organizar alguna clase de defensa para prevenirse contra la acción del Palmao. Lo decía yo como si preguntara: ¿Qué haríais vosotros en mi caso?

No me ofreció uno solo su ayuda. Se dieron cuenta muy bien de lo que yo buscaba, y veía en sus ojos un comentario unánime: «Tienes miedo». Con mi silencio argüía yo también: «No es miedo, sino jindama».

Hice la petición de ayuda más evidente y clara, pero nadie respiró; entonces me arrepentí de haber hablado, porque suponía que ellos repetirían mis palabras, exagerándolas, y mi miedo se convertiría en una especie de acontecimiento público. Además, ese miedo llegaría tal vez a oídos del Palmao, quien, como las verdaderas fieras del bosque, se sentiría provocado y obligado a atacar por eso: mi miedo.

Aunque yo quisiera adelantarme a hacer algo contra el Palmar —supongamos, agredirle por sorpresa—, ahora que había hablado yo públicamente, todos sabrían quién había sido el agresor. Aunque matara al Palmar después de la medianoche y sin testigos, todos sabrían quién había sido.

Yo imaginaba al Palmar encima de mí, en tierra, poniéndome la rodilla en el pecho y clavando su navaja en mi garganta.

Para que las cosas fueran más difíciles y yo no tuviera duda de que Elíseo se daba cuenta, me dijo al salir: —En mi casa hay una pistola del quince, antigua. No dispara más que un tiro, pero bien dirigido es bastante, ¿no crees?

Lo decía con una sonrisita de conejo.

Yo pensé una vez más que me equivocaba si creía que en aquel grupo tenía algún amigo.

Antes de dormir anoche, en mi choza de Argeles, estuve recordando que una noche, en 1927, la policía me arrestó a las cuatro de la mañana y me llevó a la cárcel. Varios oficiales de artillería que conspiraron conmigo en aquella ocasión y que fueron encarcelados en prisiones militares una vez iniciado el movimiento y declarado el estado de guerra, se vieron ante un tribunal que pedía para ellos la pena de muerte. Fueron condenados a muerte y yo (a quien sus defensores echaban la culpa de todo) vi que podía ser también condenado a muerte y ejecutado.

Es curioso observar, es decir, recordar, mis reacciones, porque no eran las que se podrían imaginar, sino muy diferentes. La primera fue de un ligero estupor. Luego de incredulidad. Me veía a mí mismo como si fuera otro, y ese otro no era mejor ni peor, sino sencillamente otro. Es fácil verse a sí mismo mejor de lo que es y alegrarse hasta la orgía, o peor y entristecerse hasta la angustia. Pero yo no era mejor ni peor. Era solamente otro, y un

otro que no había podido sospechar antes, es decir, un otro que podía ir como los amigos de Checa al muro y ser fusilado y despertar en los demás mortales una impresión mixta de inhibición, de repugnancia y de admiración, todo al mismo tiempo.

Pero hay muchas formas de extrañeza, claro. La mía era nítida y sin complicaciones. Extrañeza de verme a mí mismo otro del que creí y de haber arriesgado tanto, no con la gente del pueblo, sino con unos oficiales de artillería probablemente de origen aristocrático.

Esa era toda la diferencia. Checa creía que era el pueblo y no el proletariado quien hacía la revolución y tal vez aquellos oficiales podían incorporarse al pueblo como los famosos decembristas rusos y como algunos aristócratas franceses —Saint-Just, por ejemplo—. Estaba bien, pues, haber conspirado con aquellos oficiales.

La cosa era grave y de pronto resultaba que lo que yo hacía ligeramente y sin recelo alguno, implicaba un riesgo capital. Es decir, que me había jugado la vida y podía perderla, y no tenía otra. Y que todo aquello lo hacía por el bien de mi pueblo. Que el bien de mi pueblo supusiera el riesgo de mi destrucción me hacía, no un iluminado, ni un mártir, ni una víctima, ni un héroe, sino un hombre serio. Es decir, que yo era un hombre serio capaz de ser incorporado a la historia con escándalo, como Checa y sus amigos. Era eso —y lo había sido siempre— y no me había dado cuenta hasta aquel momento.

Me sentía hundido en una gran perplejidad. Estaba siendo yo una cosa de la que no me habría creído capaz: un héroe merecedor de morir delante de la escuadra de los fusilamientos.

Siendo un hombre ordinario y sin respetos mayores para la seriedad de la existencia, iba a caer en el centro de la silenciosa vorágine de la seriedad. Yo, grave, mudo e importante pero no

trágico como Francisco Ferrer, no heroico cómo tantos otros asesinados por la policía en las calles de Barcelona, sino sólo serio, atrapado por la seriedad jurídica de un tribunal especial y fusilado en las veinticuatro horas siguientes porque se había declarado el estado de guerra, yo fusilado sin que le debiera al destino expiaciones ni compensaciones por sus favores. ¿Qué favores?

Pasé dos días perplejo, como nunca en mi vida. Pero, también como nunca, satisfecho de mí. En cierto modo, era aquello más de lo que yo esperaba de la vida.

Es curioso observar cómo en la vida ordinaria y en lo mediocre y consuetudinario, todos tenemos la tendencia a envilecernos un poco, y en la protesta y la rebeldía nos superamos sin querer y nos ennoblecemos. Si en esta circunstancia de la protesta nos acercamos al riesgo de muerte, entonces la pureza de nuestras decisiones y de nuestros impulsos es casi sobrenatural. Y es hermoso el hombre frente a su destino, como Manuel Sender, el hermano de mi amigo Ramón, que tanto me ha estimulado para que escribiera estas páginas. Manuel Sender murió como uno de aquellos antiguos príncipes del estoicismo, sin que su pulso se alterara ni su expresión se descompusiera, sencilla y noblemente.

Mejor todavía que Checa, que es cuanto se puede decir. Y orgulloso de su inocencia, que le daba una gran superioridad sobre sus asesinos.

Recordaba anoche aquella oportunidad de 1927, en la que estuve cerca de una muerte mía propia y noble, y la recuerdo casi con un sentimiento de frustración en estos días en que me ronda la muerte impersonal de los campos de concentración, que tanto se parece a la de los animales de provecho en los rastros y en los

corrales de lo consuetudinario. Me habría gustado morir, en 1927, mi buena muerte de hombre serio.

Decía que la muerte de Argeles es impersonal como la de los animales, pero yo sé sin embargo que mi muerte será sólo mía, peculiar y sin igual. Así debe ser y así es siempre. Una muerte sin comparación posible, y lo único que me hace —aún— sonreír bajo el frío, la lluvia y la fiebre, es que estoy seguro de que con mi muerte morirá el universo entero, es decir, la que creíamos eterna creación de un eterno dios. No lo digo en un sentido figurado, porque tan cierto es esto que para el que muere —para mí mismo, ahora—, la impresión predominante no es la de que uno se acaba, sino la de que se acaba todo lo otro. Yo no me voy, sino que se va todo lo demás a otra parte —no sé adónde—, fuera y lejos de la esfera de mi idea de ser-no ser.

Sé que voy a morir y no es porque no ame ya nada, como dice un poeta, sino al revés, porque lo amo todo de un modo impersonal e indiferenciado ya, como ama la piedra —la piedra imán, animada— al norte. Dicen algunas iglesias que, al hombre que va a morir, se le da el privilegio de entender en un instante el secreto de la entera creación.

Yo no lo entiendo aún y por eso tal vez estoy relativamente alejado del fin, o tal vez esa comprensión llega sólo en el último instante y cuando el hombre se halla en un estado de incapacidad completa para comunicar su comprensión a los demás. Porque ese secreto no debe ser entendido sino por el que se marcha para no volver.

Yo sigo recordando las siete canicas sembradas en el suelo en una forma parecida a la Osa Mayor. Las recordaré por sí mismas y por aquella rodilla rubia, aquel muslo discretamente luminoso y aquel pequeño entredós (¿se dice así?) que separaba los dos muslos de Valentina o los unía con el lenzuelo azul, verde o claro.

Toda mi vida he tenido esa ilusión y esa reflexión, como las del infinito accesible dentro del amor humano. Porque el amor, como los espacios del alma, es infinito, y como tal infinito, no alcanza nunca cumplimiento ni saciedad. Se ama la belleza, se la posee y goza, se la odia y niega para buscarla en otro lugar, desearla, gozarla y odiarla otra vez de nuevo en una cadena infinita en torno a la esfera de los infinitos caminos. Esa esfera que es toda nuestra existencia, y dentro de la cual, como millares de esferas menores, se desarrollan también en sus caminos infinitos todas las vivencias menores, igual que los planetas en su sistema solar, los soles en su galaxia y las galaxias en su orbe.

Y si se prefiere el otro camino de lo infinitamente pequeño, como los electrones en sus órbitas y los átomos en las suyas viniendo del amor por el ser relativo y perdiéndose en el amor absoluto para volver aún al relativo una vez más. Todo, en esa esfera total del ser-no ser que desde aquí no podemos ver completa, ya que estamos viviendo y muriendo en uno de sus segmentos. Y si no la vemos completa, tampoco la podemos comprender por ahora, ni tal vez —por eso— amar.

Me he alejado otra vez de la narración, y me quedan cosas por contar. No siento ya por Pepe Garcés la simpatía ni el cariño que sentí al escribir los primeros cuadernos. Ya no es un niño. Ya va entrando en la corriente de la mentira interesada, el sexo, el poder, la pasión, la convicción; disfraces, en fin. Hasta para el amor, en el que la desnudez es indicada, hay disfraces posibles en la voz, el gesto e incluso el silencio. Pepe Garcés va entrando en los genuinos niveles del existir.

Lo único importante que me gustaría decir ahora es que anoche, mirando al cielo estrellado, sentí algo parecido al vértigo del santo del paraguas y, temeroso de caer hacia arriba, me acosté en la arena porque me estaba sintiendo progresivamente fluido,

yo. Y me cubrí con la manta.

Tuve miedo también por un instante, miedo a esa aventura en la que estoy ya entrando. Pero volvamos a la narración, y yo prometo no separarme ya de ella.

Un día por la mañana vino a la farmacia Isabelita. Era día de trabajo y vino —cosa rara —por la puerta principal. Se cercioró rápidamente de que estaba solo, y me dijo: «Mi padrastro lo sabe todo. Vengo a decírtelo para que tengas mucho cuidado». Y se fue. No era nuevo aquello, para mí. Sospechaba que lo sabía todo hacía tiempo, el Palmao.

Lo de menos eran las palabras de Isabelita, pero lo terrible era el acento. Me habló como si su padrastro la siguiera de cerca y fuera a entrar detrás de ella.

Era como si mi amante me dijera: «Vete por la puerta de atrás ahora mismo, si quieres salvar la vida».

Me quedé alarmado, mirando desde el otro lado del mostrador que tenía un antepecho de cristal empavonado y una taquilla grande. Por ella atisbaba ansiosamente, con un molde de hacer óvulos de gelatina y otro de hacer supositorios cerca de mí. Los dos eran de plomo, muy pesados, y podía yo abarcarlos bien con la mano.

Esperé con verdadero pánico algunos minutos. No era ya jindama sino miedo, vergonzante miedo, y yo lo sabía y estaba ya seguro de que mi pánico era resultado de la falta de nobleza de mi conducta con Valentina, a quien traicionaba. Una vez perdido el respeto de sí mismo, se pierde todo. Era un villano y tenía miedo del Palmao, criando en condiciones ordinarias jamás me habría intimidado un bellacón como aquél. Ni nadie. Una de las grandezas de la honradez es el inmenso poder que nos da.

Y la valentía. Porque esta última no se puede dividir, y nadie que sea cobarde moralmente puede tener valor físico. La cobardía

física y la moral van juntas.

Yo miraba a la puerta y sentí agitarse el corazón en mi pecho cuando vi una sombra que asomaba al umbral precediendo a un cuerpo humano, éste era, sin embargo, el del boticario, quien al entrar se dio cuenta de que algo nuevo sucedía.

—¿Ha venido alguien? —preguntó—. ¿Ha pasado algo? ¿Por qué tiene usted el molde de los supositorios en la mano?

Yo lo dejé en una mesa y dije: «Es ese hombre a quien llaman el Palmao».

—¿Qué sucede con él? —preguntó el farmacéutico, mirando el molde—. ¿Tiene hemorroides?

—Es que ha enviado un recado amenazador —mentí.

El boticario ponía los moldes en sus lugares habituales y decía: —Eso es cosa de la Trini. A lo mejor, el Palmao es el querido oficial de la Trini.

Era mi patrón el único que ignoraba en la ciudad que mi relación no era con Trini, sino con Isabelita. Luego añadió: —No sé qué decirle, la verdad. ¿Por qué no avisa a la policía?

—No, no. Eso es lo último. Tener al Palmao públicamente como enemigo es una vergüenza para cualquiera.

Mi patrón atrapaba la mitad del labio superior —hasta cerca de la nariz— con el inferior, en un juego que ahora no recordaba a los camellos sino a los simios, y decía, riendo: —¿Usted preferiría tenerlo como amigo?

—En todo caso —respondía yo, aliviado por aquella hipótesis — preferiría que ignorara que yo estoy en el mundo.

Aquel día —menos mal—, el Palmao no vino.

Yo creo que no había sido realmente infiel a Valentina, porque nuestro amor era tan superior a todas las circunstancias de la vida, que no era posible mancharlo con las salpicaduras de la sensualidad. A una persona madura, esta reflexión le parecería

absurda, pero la pureza tiene actitudes y recursos que la moral no entiende.

Una vez más, las personas maduras y pervertidas en el amor se ofenderán leyendo estas líneas, pero Valentina no era madura ni pervertida y el amor nuestro era, como dije, más fuerte que todas las circunstancias de la costumbre moral. Valentina y yo nos queríamos como Dios debe querer nos a nosotros, y Dios no tiene celos de nuestros placeres, tampoco. Él nos los proporciona.

El sexo, para Valentina y para mí, podía ser fuente de gozo al servicio de nuestro amor, que había sido antes del sexo, sería después del sexo y era superior al sexo. Yo no creo que fuera capaz de concebir la relación sexual de Valentina con otro hombre, pero si un día viniera ella y me dijera: «¿No sabes, Pepe? Un hombre ha venido, me ha tocado aquí —los senos— y me ha hecho cosas que me han dado un gran placer», si me lo dijera con la inocencia con que ella decía las cosas, yo la escucharía sonriente, luego le diría las experiencias mías con Isabelita y los dos comentaríamos asombrados los recursos que tiene el cuerpo para obtener placeres y lo rara y curiosa que podía ser la naturaleza y la vida. Por encima de todo eso, nuestro amor sería firme, fatal, invariable y eterno como las leyes del orbe por las que los astros y las galaxias giran. Toda nuestra vida —y nuestra muerte— no era sino una experiencia incidental en la inmensidad natural y sobrenatural de nuestro amor.

Ahora comprendo que los demás no amaban —no aman—, sino que fornican y adscriben al fornicio una estructura afectiva, pero todo subordinado al sexo, que es quien manda. Todo falso y vicioso. Yo le daba mi sexo a Isabelita con frecuencia. A Valentina le daría mi vida entera, incluido el sexo. Esa era la actitud lógica y virtuosa, en el amor, creía yo entonces.

Éramos nosotros el amor, el verdadero amor más importante

que el sexo, más importante que nada.

No podíamos tener celos el uno del otro. Sólo tienen celos los que dudan de ser amados. Yo no podía dudar del amor de Valentina ni ella del mío y, por otra parte, los celos respondían a un sistema animal de reacciones. El león mata al león rival y el gato a su competidor, el ave al ave que quiere ocupar su nido. ¿Por qué los hombres hemos de ser como ellos? Nosotros somos hijos de Dios y, tal vez, aprendices de dioses.

Valentina y yo no seríamos nunca como animales, aunque no renunciáramos al placer carnal.

Tenía impaciencia por ir a ver a Valentina, y más en aquellos días de angustia y de pánico por la sombra del Palmar. Pensaba ir a verla después de los exámenes, cuya fecha se acercaba.

Por fin llegó el día, se presentaron los profesores de Teruel y los exámenes transcurrieron sin pena ni gloria. Aprobé con la clasificación mínima todas las asignaturas del quinto y del sexto curso, y me vi por lo tanto bachiller a los quince años.

Pedí permiso al farmacéutico para ausentarme una semana, y me fui lo antes posible sin que las amenazas se hubieran materializado en lo que se refería al Palmar. Por el camino, en mi departamento de tercera clase, iba haciendo planes y pensando que había una universidad cerca de Bilbao, la de Deusto. Lo malo era que estaba regida por los jesuitas. Yo lo sabía por Eliseo, para quien habría sido un motivo de orgullo asistir a ella, a pesar de su violento, pero secreto anticlericalismo.

Mi caso era diferente, y me parecía que a pesar de mi pobreza, sólo debía caer en manos de los jesuitas en el caso de que esa situación extrema de mi pobreza y mi jesuitismo me facilitara, por alguna razón, mis planes con Valentina.

Había dejado a Isabelita llorosa. No era que me quisiera, Isabelita. Más bien le tenía sin cuidado, pero se había

acostumbrado a mi cama. Eso era todo. En los últimos días, me decía que había exagerado un poco al hablar del Palmar, y que no era terrible. Esto me dejaba desorientado. Tal vez lo decía para estimularme a regresar. Suponía ella que, por miedo al Palmar, podía yo marcharme para siempre.

Mientras el tren penetraba en Bilbao, bajo un cielo nuboso, yo pensaba: Tengo dos caminos. Uno, entrar como fámulo en la universidad jesuítica y ser un día hombre a la sombra de la famosa Compañía de Jesús que todo lo puede, según dicen. Otro, irme a Barcelona al Paralelo con Isabelita, y ser su chulo. Eso que llaman un rufián. A Valentina le habría parecido indiferente cualquiera de esas dos soluciones, si no me alejaban de ella. Si yo estaba bastante cerca de ella para verla y besarla cada día. Ella y yo estábamos igualmente lejos y por encima de los valores morales, de sus padres, de los jesuitas y de los chulos del Paralelo. A mí me parecía más honesto ser chulo en el Paralelo que protegido de los jesuitas.

Las convenciones sociales eran secundarias. Quizás es difícil de entender, hasta tal extremo nuestra vida ha sido viciada por el recelo, la falta de fe en nosotros mismos y en el amor de los otros. ¿Qué podríamos recelar Valentina y yo, si en cualquier momento el uno habría dado la vida por el otro? No es una manera de hablar, es la sencilla y total verdad de nuestras vidas. Si me dijeran en aquel momento que Valentina había muerto, yo saltaría por la ventana y me mataría con la mayor tranquilidad del mundo, no por deseo de matarme sino de estar en donde estaba ella, aunque ese lugar fuera la nada. Y si en otro caso yo iba a Bilbao y le decía a Valentina que iba a suicidarme y le proponía a ella hacer lo mismo, Valentina pondría la cabeza donde la pusiera yo o entraría conmigo en el mar (cogidos de la mano) hasta que el agua nos cubriera. Y el mar nos mataría, pero ni el cielo ni el infierno ni las

olas ni las corrientes submarinas soltarían nuestras manos. No habría nadie capaz de soltar nuestras manos, que seguirían enlazadas hasta la desintegración natural de la materia, entre las algas y los arrecifes de coral. Después, tal vez, de años y años.

Todo esto era tan obvio que no era necesario decirlo el uno al otro ni decírnoslo a nosotros mismos, quizá. Por lo menos, yo no había pensado en aquello hasta el instante de entrar con mi magro equipaje en la fabril Bilbao.

Es Bilbao una ciudad que vive del hierro y para el hierro. Por la noche se ven a veces relámpagos que no lo son, y que se producen por la reflexión del fuego de las sangrías de los altos hornos en las nubes bajas. Es una urbe silenciosa, grave, noble, y hay en ella como una reserva de cautela y precaución burguesa. Me gustaba Bilbao, aunque con mis objeciones naturales contra esa burguesía a la que, sin embargo, no podía menos de admirar.

La plaza, el teatro Arriaga y los puentes me parecieron dignos de Zaragoza y ése era el mejor encarecimiento, pero el río —el Nervión—, muy inferior al Ebro en caudal y en anchura. Sin embargo, el Nervión era también un río prestigioso, a su manera.

En otros tiempos yo habría ido sencillamente con mi maleta a la casa de Valentina cuya dirección tenía por mi hermana Concha, pero después de mis cartas y mis telegramas incontestados a lo largo de todo el verano, la verdad era que no debía ir. De Valentina estaba siempre seguro, pero dudaba de su madre quien, según los indicios, se había pasado al enemigo. ¡Su madre, a quien yo consideraba tan cerca de nosotros! Aquella deserción me quitaba los ánimos.

Fui a una modesta pensión de gente conocida del farmacéutico. Era una de esas pensiones típicas dirigidas por una cocinera que, habiéndose casado con un hidalgo venido a menos, tenía que ganar la vida para sí misma y para él.

Naturalmente, además del amor de Valentina, lo que a mí me daba fuerzas para desafiar las iras de don Arturo era mi título de bachiller. No lo había sacado aún, porque costaba mil pesetas, pero tenía el certificado de estudios que no costaba sino una estampilla de cincuenta céntimos, y confiaba en las reacciones de don Arturo y en su sentido de lo razonable.

La verdad es que sólo vi una vez a doña Julia y otra vez a Valentina a solas, aunque la vi de nuevo en presencia de una doncella.

Porque no salía sola, Valentina. Cave virum, que decían los humanistas.

Pero, como digo, fui a casa de Valentina y hablé con su madre. Me conduje como uno de esos charlatanes que se elogian a sí mismos y exhiben documentos. Yo no exhibía cartas personales del sultán de Turquía, pero sí mi certificado de estudios, que no dejó de impresionar a doña Julia.

En todo el tiempo que estuve hablando con ella, no pude sacarle una palabra en relación con su hija. Desde luego, no estaba en casa y podía suponer que estaba en la escuela, porque sus hijas iban al Sagrado Corazón, según me dijo así, en plural. Yo le hacía preguntas sobre Valentina y doña Julia resbalaba sobre ellas y amablemente se ponía a hablar de otra cosa.

—Pero ¿cuándo vendrá Valentina? —insistía yo.

Su madre celebraba mis triunfos de estudiante como si no me hubiera oído, y ponía tal simpatía y tanta amistad en sus elogios, que yo no podía menos de agradecersele.

Vi a Valentina más tarde, en la sala de visitas de su escuela. Fui allí y le dije a la monja portera que llevaba un recado para ella de parte de su madre, y me expresé con un aire tan familiar y por otra parte éramos Valentina y yo tan jóvenes, que las precauciones debieron parecerle innecesarias. Mi novia vino, y al

verme, se quedó congelada. Por fortuna venía sola y sin la monja, porque de otro modo ésta habría descubierto en la emoción de los dos que su confianza era arriesgada. Vino sola, como digo, y se quedó en la puerta, inmóvil y pálida por la sorpresa, mientras yo me acercaba lentamente (Dios sólo sabe lo que me costaba aquella lentitud) y en lugar de ofrecerle la mano, la abracé con un ímpetu de amante adulto. De paso, la besé en el cabello y antes de separarme volví a besarla —también dulcemente— en los labios. Ella era del todo pasiva. Ni me abrazó ni me devolvió el beso, y nada de eso me extrañaba porque la sorpresa la había paralizado.

Tenía el cabello más largo y caía caudaloso sobre un hombro en grandes caracoles.

Fuimos a sentarnos en el extremo de la sala opuesto a la puerta, que estaba un poco en sombras. Había en el muro un gran crucifijo con flores frescas al pie. Yo percibía el olor de aquellas flores, que eran de otoño: rosas enanas, claveles azules y algún crisantemo.

En dos palabras le dije a Valentina mis glorias y le pedí una dirección segura para escribirle en el futuro clandestinamente. Ella no sabía lo que aquello quería decir y, cuando se lo expliqué, dijo: «Aquí, en el colegio, me puedes escribir, porque así no verá las cartas Pilar». Ella me había escrito durante el verano, pero no había podido enviarme las cartas porque cuando iba a poner el sello y echarla al correo, su madre la descubría y decía que ya lo haría ella. Valentina sabía que su madre no haría tal cosa, pero ¿quién era ella para negarle a su madre la confianza y para —así me decía ella— sacarla embustera? Después, Valentina quería ocultar las cartas que escribía, pero su madre la descubría cuando estaba escribiéndolas y se las quitaba, con el pretexto irónico de que iba a terminar de escribirlas ella.

Valentina había crecido, estaba muy hermosa y me miraba

limpiamente a los ojos, no como una mujer a un hombre, sino con la atención entusiasta con que se mira el caballo blanco de una ecuyére en el circo, o una estrella nueva en el horizonte, o una ave de clase desconocida. Es decir, con una alegría interior y una curiosidad sin reservas y sin presentimiento aún del sexo.

No era una mujer sino una niña y toda ella era promesa, y yo, que quise comenzar a contarle mis aventuras de mancebo de botica y a hablarle de las delicias de la carne, me quedé en los alrededores de aquel tema, pensando que habría representado una gran impertinencia. Es seguro que ella habría querido comprenderme, pero me di cuenta de que mi propósito era un dislate y obedecía a alguna clase de locura. Pensando en aquella necesidad mía de decírselo todo a ella y la procacidad y desvergüenza que representaba mi propósito, dudé por un momento que estuviera en mi sano juicio y lo atribuí a causas exteriores como, por ejemplo, el éter que a veces aspiraba en la farmacia.

Había comenzado a decírselo, pero me contuve antes de llegar a lo más grave y, por otra parte, ella lo entendió a su manera. Yo le dije: —No puedes imaginar, Valentina, lo que es el amor, pero yo este verano lo he descubierto. Yo, del todo.

Ella respondió:

—Yo también. Y eso debe ser por estar separados.

Me repitió entonces aquel refrán en verso:

La ausencia es aire que apaga el juego chico y aviva el grande.

El refrán que le había dicho su madre refiriéndose a nuestro amor y a mi ausencia, cuando fui al internado de Reus. Yo insistí de un modo estúpido: —No puedes imaginar, Valentina, lo que es el amor, hasta que lo conozcas como yo.

No necesito advertir que cuando abracé y besé a Valentina, sentí en mi cuerpo las reacciones espontáneas que solía sentir con Isabelita, y fue gran suerte que no hubiera nadie más que Valentina delante, porque las señales exteriores debían ser visibles. Claro es que Valentina no se dio cuenta y que luego, sentados y separados, la tensión se redujo.

Llevaba yo una larga carta para Valentina, una carta con más de diez hojas escritas por los dos lados, pero en ella le hablaba de Isabelita y comprendía en aquel momento que mi confianza era descabellada y loca. No le podía dar la carta. Y la llevaba en el bolsillo y sentía a veces el rumor del papel en los movimientos ocasionales de mi cuerpo, pero no se la daría nunca.

Valentina seguía explicándose a sí misma mis entusiasmos por el descubrimiento del verdadero amor: —Eso te sucede porque no nos vemos ni tenemos cartas el uno del otro. A mí me ha sucedido algo parecido y por eso te digo, Pepe, que estamos cortados por el mismo patrón y que somos iguales tú y yo. A mí me sucedió este verano un día en la iglesia, después de comulgar, que Dios me dijo las palabras que antes me decías tú en los diálogos del libro de misa. Dios me las decía claramente al oído. Me decía «... ven a mí y duerme en mi regazo, amor mío». Igual que tú. Con tu misma voz.

Oyendo estas palabras tuve un asomo de celos de Dios mismo, como de un rival que se aprovechaba de mi ausencia para hablarle a mi amada al oído usando mi propia voz. Pero ella no había terminado: —Es lo que yo digo: ¿qué pueden hacer mis padres o los tuyos contra eso?

Es decir, contra Dios mismo.

Yo debía palidecer y ruborizarme alternativamente mientras que ella estaba siempre igual, dorada, tostadita aún por el sol del verano, con una gran serenidad en sus ojos brillantes y en sus

pestañas batientes.

No sé el tiempo que transcurrió allí, y lo mismo pudo haber sido un minuto o todo un día (en realidad fueron veinte minutos, que era el tiempo permitido por las ordenanzas de la escuela). Sabiendo yo que la entrevista iba a ser corta, quería preparar otra y preguntaba cuándo, cómo y dónde nos veríamos. Ella no lo sabía, aturdida como estaba con tantos acontecimientos, y yo le dejé mi dirección (la de la pensión donde vivía) para que me avisara. Estaría allí esperando su carta o su llamada, porque la pensión tenía teléfono. Valentina sonreía, pensando que los amantes que habían usado palomas mensajeras para comunicarse encontrarían otros medios más o menos regulares y legales.

—¿Tienes una carta para mí? —me preguntaba.

—Sí, digo no...

Me arrepentí de aquellas diez hojas que llevaba en el bolsillo, y que pensaba romper y arrojar al río cuando saliera.

Ella tenía en su casa una habitación para ella sola, y cuando sus padres durmieran, se levantaría a escribirme. Iba a la escuela a las ocho de la mañana y se quedaba allí hasta las cinco de la tarde porque era «medio pensionista», es decir, que tomaba allí el almuerzo. Mientras hablaba, yo la veía tan sólidamente establecida en su nueva vida y tan poderosa en su pureza, que no podía menos, a través de aquella solidez y del recuerdo de la carta en mi bolsillo, no podía menos, digo, de sentirme indigno de ella. Valentina pertenecía a un mundo diferente, donde era imposible hablar del Paralelo de Barcelona y menos aún del barrio chino.

Aquella superioridad me hería y era como un presagio de algo funesto, pero ella me hablaba: —Sólo salgo a la calle dos veces, una por la mañana a las ocho y otra por la tarde a las cinco, y voy acompañada de la doncella que es una señora de edad. Como vivimos cerca, vamos a pie.

—¿Y si voy yo a tu casa?

—No, Pepe. Es mejor que no vengas.

—¿Por qué?

—Todos están pensando en ti, ahora que saben que has venido. Todos.

Y era evidente que lo que pensaban no me favorecería mucho. A pesar de mi título de bachiller.

Me propuse esperarla el día siguiente en la calle a las horas indicadas, llevando conmigo una carta. Ella traería otra, las cambiaríamos y volveríamos de un modo u otro a nuestra relación de los buenos tiempos.

Me contó su vida en el colegio. Todas las chicas de la escuela eran amigas suyas, así, en general, pero si se detenía a pensar un poco entre ellas, había amigas, semiamigas y el resto, que eran indiferentes. Y añadió, sin ponerse colorada aunque con un poco de temblor en su voz, que ninguna de su edad tenía novio, aunque algunas tenían primos.

—Sólo primos —repitió— y... bueno, lo que una amiga mía llama amistades idílicas. ¿Qué tontería, verdad? Amistades idílicas.

Seguía contándome su vida y después de decir que había también monjas buenas, malas e indiferentes, me habló de Pilar, que estaba dos años más adelantada y que tenía novio casi formal. Sus padres no lo veían mal. Era un ingeniero que según Valentina fabricaba barcos y locomotoras. No lo veían mal, en su casa, al novio de Pilar.

Pensaba yo cuán lejos de fabricar barcos y locomotoras estaba yo, pobre mancebo de botica que cocía azufre en la puerta trasera de mi vivienda e infestaba el barrio con el olor más indecente del mundo.

La oía sin decir nada y a veces sin poner atención a lo que decía, atento al gozoso hablar y reír y parpadear y mirar al techo,

hasta que se presentó una monja.

Vengaste tú, mi infantina, que la hora ya está cumplida.

Valentina se levantó y nos presentó, llamándonos formalmente por nuestros nombres. A ella, sor Adoración y a mí, don José Garcés. Ese don, que era la primera vez que me lo aplicaban, se debía a la proeza que había hecho en mis estudios.

Valentina demostraba muy bien que sabía los derechos que a mí me daban el conocimiento de las letras humanas, como decían en el siglo XVII. Al oír la monja aquel don, me miró por encima de sus gafas, absorta. Después miró a Valentina y adiviné en su manera de callar que se arrepentía de habernos dejado solos.

En la calle mi vergüenza se hizo mayor, saqué la carta y la fui rompiendo en pequeños pedazos. Recuerdo aproximadamente lo que decía aquella carta. La había escrito embriagado con los encantos de Isabelita y pensando que se lo debía contar a Valentina todo. Así lo que había hecho dejaría de ser indecente.

Pero rompí la carta y arrojé los pedacitos al río. Había unos patos en aquel lugar acostumbrados a que les arrojaran migas de pan, y corrieron a coger con el pico los papelitos, para dejarlos al ver que no eran lo que esperaban.

Me fui a la pensión, y aquella noche hice esa experiencia torpe que consiste en llamar por teléfono a una casa y, al ver que no respondía la persona a quien buscaba, colgaba despacio el teléfono sin hablar. Pilar, o la doncella, o quien fuera —una voz femenina, desde luego—, la segunda vez que llamé dijo, con acento destemplado: —No vuelva a llamar porque es una gran insolencia, y si nos molesta demasiado llamaremos a la policía.

La pobre Valentina oyó aquellas palabras llena de impaciencia y de angustia, según me dijo después en su carta. Quería acudir al teléfono y no la dejaban.

Pasé la noche escribiendo una carta muy diferente de la que había roto. Una carta idílica repitiendo que había descubierto el amor (no podía menos de proclamar aquella gloriosa circunstancia), y que reservaba para ella inmensos placeres del cuerpo y del alma. De los primeros no decía nada más, pero de los del alma sí, y hacía mil curiosas observaciones y distinciones de las que ahora no me acuerdo. En todo caso yo sentía, en aquellos días, que a través del descubrimiento del amor mi mundo se engrandecía.

Yo me sentía con aquello del amor como un meteoro, como la luz o el viento o la luz y el viento juntos. No había fronteras ni límites para mí. Todo estaba permitido. Pero yo, poderoso y liberado por el amor de Isabelita, tenía que detenerme delante de Valentina, porque las circunstancias del mundo carecían de sentido frente a ella. No valían nada a su lado ni en relación con ella. Yo lo había visto cuando estuve con ella en el salón de visitas de la escuela. Yo. Nada significaban las grandezas ni las miserias, el bien ni el mal, a su lado.

El día siguiente a las siete y media estaba con mi carta junto a la puerta de la escuela. Aunque amanecía a las seis, el típico cielo de Bilbao, bajo y nebuloso, mantenía la urbe casi en sombras, se veían en las esquinas las luces de la noche todavía encendidas y, en las ventanas bajas de las casas, los cristales con reflejo dorado de las lámparas. Al fondo, entre dos hileras de casas, el sol era un globo, pálido como de vidrio esmerilado, con sus radiaciones borradas o absorbidas por la niebla. Aquella turbiedad en pleno día daba a las calles y al paisaje una intimidad de «interiores» y me impresionaba dulcemente. Aquella mañana, mientras llegaba o no Valentina, pensaba que podría trabajar quizás en una farmacia de Bilbao, y aunque allí no había universidad ni podría por lo tanto hacerme un futuro, al menos podría ver a Valentina con

frecuencia, y tal vez organizar con cautela y tiempo alguna entrevista, y en ellas ser los dos felices como lo era con Isabelita, y después de haber sido felices muchas veces, antes de aceptar la separación o la imposibilidad de casarnos, podríamos saltar juntos al mar desde los roquedos próximos. Como se ve, lo más frívolo y fácil en todos mis planes era la muerte. Lo difícil era vivir. Así suele ser en la vida de los enamorados.

En estas meditaciones estaba cuando vi llegar a mi novia con la doncella.

—Buenos días, Valentina.

—Hola, Pepe. Ya pensaba que no habías podido venir —dijo ella, muy nerviosa.

Nos cambiamos las cartas sin que la doncella nos viera. Era la doncella una mujer de aspecto culto, y no como las de la aldea. Al principio pensé que no era la doncella sino la madre de Valentina, lo que me alarmó bastante.

Mi novia nos presentó usando otra vez el don con orgullo, y la doncella se quedó un momento confusa, sin saber qué pensar. Yo las acompañé hasta la puerta, y Valentina y yo caminábamos tan despacio que la doncella comenzó a impacientarse.

Dijo Valentina: «Mamá me vigila tanto que para escribir esta carta tuve que estar casi toda la noche despierta. No se acostó hasta la una de la mañana, y antes de que ella se acueste es inútil, porque entra en mi cuarto y mira los papeles y se lleva la tinta y las plumas. Yo tenía un lápiz y se me acabó la mina, y no podía sacarle punta y la saqué con los dientes, que parece ahora el lápiz comido por los ratones. Y así te escribí, y sea lo que Dios quiera».

—Te esperaré aquí a las cinco —dije.

Y nos despedimos haciendo con los labios el gesto del beso en el aire. Yo creo que la doncella se dio cuenta, porque yo vi en su cara la expresión de una persona ofendida.

Luego, desaparecieron las dos dentro del gran edificio.

Más o menos, la carta de Valentina decía así: «Ya sabía yo que saldrías bien de los exámenes, y ahora mamá, y sobre todo Pilar, no hacen más que rabiar y morderse las uñas y decir que si tal y que si cual, aunque delante de mí se callan. Yo les digo que tú eres diferente y superior a ellas y a papá.

«Cuanto más lejos estoy de ti —repetía—, más grande es mi amor, y por eso comprendo lo que me decías tú de haberlo descubierto y de los placeres que te da. Yo también, cuando estoy separada tanto tiempo, tengo placeres como tú, y cuando me acuesto muy cansada o cuando aguanto la sed dos o tres horas y a veces más para beber con mayor gusto, pues entonces pienso en ti y es como si fuera de día en mitad de la noche.

«Yo te quiero como antes, que más es imposible, Pepe, mi cielo...».

Seguían las expresiones habituales de entusiasmo, de verdadera pasión, y añadía: «Mamá quiere que seamos ricos y refinados, y andar sólo con marqueses y millonarios y lacayos, y es lo que yo digo: ¿qué valen los marqueses al lado de un hombre como tú, que tiene el apellido de los reyes de Navarra y Aragón? A mí ellas me hacen reír con esas tonterías, y si tú estuvieras cerca nos escaparíamos al campo y al mar y haríamos correrías, que yo sé cómo podríamos hacerlas. Por ejemplo, cuando la doncella me deja en el zaguán del colegio, yo haría como que entraba y no entraría, y cuando ella saliera, yo saldría de puntillas detrás de ella y tú me esperarías en la esquina y nos iríamos a donde quisiéramos, pero tendría que ser un día que estuviera enferma mi hermana Pilar, porque si no, ella (que va a la escuela una hora más tarde que yo y va sola) vería que yo no había ido y entonces todo el mundo andaría buscándome, como te pasó a ti en nuestro pueblo aquella noche. ¿Te acuerdas? Todo el mundo buscándote y

sin hallarte. ¿Te acuerdas? ¡Qué bueno! Así nos pasaría a nosotros».

Aquella tarde esperé en vano a Valentina a la salida del colegio. La doncella había revelado en su casa nuestro encuentro y por la tarde fue a buscar a mi novia a las cuatro, para evitar que yo la encontrara a las cinco. Pero al día siguiente Valentina ingresó como alumna interna en el colegio, de modo que no saldría ya en todo el invierno sino algún día de fiesta acompañada de sus padres. Nuestro gozo en un pozo. Ahora comprendo que los padres de Valentina debían tener la justa intuición de los peligros que mi amor representaba.

En fin, yo recibí una carta de Pilar fría y razonable: «Te escribo por encargo de mamá. Comprende que a tu edad y a la edad de Valentina todo lo que hacéis es ridículo, y por eso ella ha entrado como alumna interna en el colegio y no la verás ni podrás hacerle llegar cartas ni recibirlas de ella, de modo que lo mejor que puedes hacer es marcharte cuanto antes y seguir tu carrera, si la tienes, o tu oficio, y no pensar más en estas cosas. De niños estaba bien, pero ahora eso es del todo objeccionable y sin sentido. Te digo todo esto para evitarte mayores contrariedades porque, si insistes, papá está dispuesto a todo».

Había dos expresiones en aquella carta que me sacaban de juicio. Una era: «... seguir tu carrera, si la tienes, o tu oficio». La otra, al final: «Papá está dispuesto a todo». El desprecio implícito en la primera y la amenaza en la segunda me producían una indignación sólo comparable al pánico que me causaba la amenaza del Palmao.

Escribí una carta a doña Julia que debía haber roto y arrojado al río, pero que por desgracia eché al correo. Era una carta casi insultante, refiriéndome a la amenaza de Pilar («Papá está dispuesto a todo») yo hacía el siguiente comentario: «¿A todo? Las

únicas proezas de don Arturo son las de la mesa, y supongo que con eso su hija quiere decir que está dispuesto a comerse un jabalí entero». Luego dije algunas tonterías, como la de que yo sería más importante que don Arturo en la vida por mis acciones, y si no, al tiempo. Al final había una postdata que decía: «Con todo esto, ustedes hacen desgraciada a Valentina, que está encarcelada en su colegio y privada de las alegrías naturales de su edad. Ustedes responderán, y no sólo ante Dios, sino también ante mí algún día». Nada menos.

Cuando eché la carta al correo, me arrepentí. «¡Cómo se reirá Pilar de mí!», pensaba.

Regresé a mi farmacia amarillo de rencor. A medida que me alejaba de Valentina, iba volviendo en cuerpo y alma a la atmósfera ignominiosa de mi vida de mancebo de botica.

El farmacéutico me había prestado sesenta pesetas, con las que hice el viaje, y por ese préstamo quedaba ligado a él y no sería fácil liberarme, ya que sólo podía descontar quince pesetas cada mes —el resto de mi salario lo necesitaba para comer— y por lo tanto, en el mejor caso pasaría cuatro meses hasta ponerme al corriente. Estaba inmovilizado por la pobreza y me sentía víctima del cruel destino. Esa reflexión me halagaba y me permitía considerarme acreedor de Dios y víctima de su injusticia.

Me había propuesto no ver más a Isabelita. En un momento en que tantas cosas infaustas me rodeaban, la peor de todas era mi remordimiento por ser amante de aquella criatura cuyo ideal era dedicarse en Barcelona a la prostitución.

Por si acaso y pensando en el futuro, escribí otra carta a doña Julia diciéndole que me perdonara la anterior. Las dos quedaron sin respuesta.

En verdad, el objeto de la segunda carta era sólo demostrarles que ya no estaba en Bilbao y que por lo que se

refería a mi presencia, podían estar tranquilos y no molestar a Valentina. Después de echar la carta al correo, quedé un poco más tranquilo por lo que a doña Julia se refería, pero con el mismo horrible sentimiento de culpabilidad.

Para no sucumbir a la tentación de Isabelita, los dos primeros domingos pasé la tarde fuera del pueblo. Isabelita debió llamar a la puerta en vano. Y si el primer domingo mi renuncia fue fácil y sin violencia, gozando yo de mi fidelidad a Valentina, el segundo me costó grandes angustias y el tercero sucumbí como se puede suponer. Cuando uno se abandona al vicio y decide no ser honrado, se exagera a sí mismo la propia bellaquería, y yo me decía: «Bien, seré el chulo de Isabelita en Barcelona». Y pensaba que chulo viene del sánscrito y quiere decir gordo. De ahí el chulé y el chulí de los gitanos.

Aquella tarde del tercer domingo, el otoño comenzaba a tender sus luces amarillas por el paisaje. El campo cambiaba de color a fines de septiembre, y la perspectiva de pasar todo el invierno allí me parecía deprimente. Pensaba a veces en la muerte con voluptuosidad.

Nunca olvidaré lo que me sucedió la noche del tercer domingo cuando, después de tres semanas de estricta fidelidad al recuerdo de Valentina, sucumbí gloriosa y miserablemente (las dos cosas eran verdad) a los encantos de Isabelita.

Mi situación no podía ser entonces más lamentable. Y no sé cómo explicarla para ser del todo veraz. Yo quisiera contar las cosas pequeñas y las grandes con la misma fruición.

Lo nimio y lo exacto —exactitud ganglionar y no lógica—, lo humilde revelado por la atención y el amor. He aquí el secreto. En lo nimio y exacto y ganglionar nos salvamos. (Yo no tengo salvación ya. Bueno, tampoco tú, lector, quienquiera que seas, aunque no te amenace el Palmao. Nadie tiene salvación.) Sabemos

que llega un momento en que la grandeza es invulnerable y segura de todo y contra todo (del viento, del tiempo, incluso de las formas del destino accesibles a nuestra imaginación, aunque nadie se salva).

Pero también llega un momento en que es invulnerable la pequeñez. Invulnerable ella, pero no yo, determinador de las pequeñeces.

Observación trivial: He visto un perro pequeño perseguido sañudamente por otro grande. Al alcanzar el grande al chico, éste se ha arrojado a tierra con las cuatro patas en el aire, desamparado y rendido. El grande ha cedido en su ira y seguido su camino sin hacerle nada. Pero yo no sabría llegar a esa humildad para salvarme del Palmao.

La humildad es una forma de pequeñez que hace invulnerables a las cosas, a los animales y a los hombres. Relativamente invulnerables, ya que al final todos estamos perdidos. Pero yo no quiero liui et me invulnerable así, en mi caso. Yo busco esa relativa invulnerabilidad en las pequeñas nociones nuevas, gracias a las cuales nos es ofrecida la sabiduría y la salvación. (A través de un fenómeno de simple y secreto gozo que todavía no tiene nombre.) Y del que todavía disfruto aquí en este campo de concentración ahora, después de haberme salvado del Palmao de la manera más inverosímil del mundo. Luego contaré cómo.

La humildad de nuestro espíritu, nuestra alma o nuestro cuerpo nos dan placeres legítimos. La humildad de nuestro intelecto nos da misteriosos poderes que no hemos buscado y cuya existencia los hombres ignoran. En aquel tiempo yo ignoraba esto último. En esos poderes el más sólido y sorprendente y genuino es el del descubrimiento y gozo de la verdad como belleza y al revés, de la belleza como verdad, bajo los auspicios, no de la

vida, sino de la muerte. Yo sentía eso vagamente a los quince años, las pocas veces que entré en la colegiata y las muchas que tuve a Isabelita en los brazos.

Las alondras, los toros, los baptisterios, los lechos nupciales y mil cosas más —el repertorio es infinito en ellas y sobre todo en sus afinidades relativas— tienen su don genuino en una dimensión, o muchas dimensiones de secreta y casi inaprensible trivialidad y pequeñez milagrosas. Hoy comprendo todo eso mejor porque se acerca el fin... el del orbe que me rodea o el mío, no sé. Me acerco al atrio auspicial.

No olvide el poeta que es el humilde quien hace el milagro y a veces el simple el que lo descubre. Siempre van unidas en las religiones la simplicidad y el prodigio. Nada más simple que mi muerte en el campo de concentración de Argeles, donde escribo. Nada más prodigioso. Creo que comienzo a gozar de ese prodigio, bajo los arcos de la gran puerta.

Hablo de estas cosas porque sé que voy a vivir poco y siento a Dios en las cosas del pasado, por las cuales le estoy agradecido. Yo también voy a caer hacia arriba, y siento el vértigo del santo del paraguas.

Aquel tercer domingo de mi regreso, después de hacer el amor, me dijo Isabelita: —Tengo malas noticias para ti.

—¿Tu padrastro?

—Ya te lo dije antes de que te fueras. Está enterado y aunque no sabe que nos vemos aquí; no me fío mucho porque podría tener un barrunto, mi padrastro. Ha sido siempre hombre de barruntos, y no me extrañaría que esta noche nos esperara en alguna esquina. Te lo aviso para que andes con ojo.

Comencé a vestirme y dije gravemente, como si todo el peligro fuera para ella y no para mí: «No te preocupes, yo te acompañaré». Ella me miraba en éxtasis, como si estuviera

pensando: «Ese eres tú, mi rufiancito valiente». Pero ella no era aún una prostituta, tal vez no lo sería nunca se casaría con un hombre honrado y en ese caso su mayor ambición se vería frustrada.

En fin, cuando salimos nos quedamos un momento en la puerta mirando a la derecha y a la izquierda, previsores. La noche era honda y silenciosa, y yo echaba en falta la presencia del santo del paraguas, que tanto me habría confortado aquella noche bajo una bóveda cóncava y estrellada, y por vez primera pensé que tal vez la religión sirve para dar a las gentes la placentera sensación de estar solos, pero milagrosamente protegidos.

Esperé un rato. Isabel se impacientaba:

—¿Qué aguardamos aquí?

Si yo le hubiera dicho que esperaba ver cruzar la plazuela en diagonal a un viejo sacerdote delgado y frágil cubierto por un enorme paraguas negro, habría pensado que estaba del coco —así decía ella, tocándose la frente—. En fin, echamos a andar. Al acercarnos a la calle de Isabelita fue ella quien se adelantó a explorar las esquinas. «Ese Caifás, mal hombre, criminal —decía— nos busca con las intenciones de Caín.»

Pero hasta el umbral de Isabelita no encontramos a nadie. Ella me besó en los labios, como si nos despidiéramos para siempre.

—Ten cuidado, porque a mí el Palmao no me hará nada, pero a ti te rebanará el pasapán. Eso dice: el pasapán. Y podría ser que estuviera aguardándote.

Se fue escaleras arriba.

Yo miré a los dos lados de la calle. No se veía un alma. Luego eché a andar por el centro y no por la acera, receloso, pero más seguro de mí que cuando iba con Isabelita. Un hombre, solo, se pertenece por entero y es más fuerte que un hombre

acompañando a una hembra.

Caminando por el centro del arroyo era más difícil que el Palmao me sorprendiera al volver una esquina, y al llegar a ellas yo tomaba mis precauciones, es decir, apretaba en el bolsillo de mi chaqueta el puñal con los gavilanes de plata. La daga de los siete filos. La verdad es que, después del amor, tenía más ganas de dormir que de pelear.

Aquel miedo irracional por el Palmao había ido haciéndose costumbre y lo consideraba una especie de expiación por mis traiciones a Valentina. El Palmao, primero quería picarme la nuez y después rebanarme el pasapán. Esta última palabra tenía una resonancia de una vileza escalofriante. El pasapán. Nunca había oído yo una expresión como esa. Pensando en ella, estiraba mi cuello fuera de la camisa y tragaba saliva.

Al llegar a la vista de la esquina de la plazuela donde vivía, me detuve, inquieto. En aquella esquina había un hombre al acecho. La predicción de Isabelita se cumplía, y yo me detuve y eché luego al caminar en dirección contraria sin hacer ruido con mis zapatos, que tenían suelas de goma. Aquella sombra debía ser el Palmao.

La dirección contraria era la del castillo y fui subiendo simulando un paso tranquilo, para no llamar la atención con mi alarma. Pero sentía detrás de mí otros pasos también sofocados, de alguien calzado igual que yo, y el rumor doble de aquellos pasos era de veras alarmante. Yo seguí en la dirección del castillo pensando, sin embargo, que cuanto más me alejaba del centro de la ciudad era peor, ya que en las soledades del castillo y entre sus murallas no habría nadie que acudiera en mi auxilio. Cuanto más de prisa caminaba más miedo tenía.

Ofendido a veces por mi propia cobardía, me volvía a mirar atrás y la primera vez no vi a nadie. La segunda, observé que un individuo corpulento pasó en dos saltos de un lado de la calle al

otro y quedó, al parecer, guarnecido detrás de una esquina.

«Ése es», pensé. Y sentí hormigueo en la nuca.

Corrí en la dirección del castillo haciéndome reflexiones contradictorias. A veces me sentía valiente y pensaba: «Bien, vamos al castillo, donde nadie nos verá ni podrá separarnos, y tú con tu cuchillo y yo con el mío, veremos quién le rebaña el pasapán al otro». Pensándolo avivaba aún el paso, lo que parecía una fuga, pero podía ser también —me explicaba a mí mismo— la prisa por llegar al lugar de la acción. Yo no podía aceptar mi propia cobardía.

El Palmao me seguía. No me importaba morir a sus manos. «Si él me mata a mí —pensaba—, lo ahorcarán por reincidente después de sus crímenes anteriores.» En cambio, si yo lo mataba a él, tal vez la justicia sería benévola porque habría liberado a la ciudad de un peligro público. Lo malo en este caso sería el escándalo, porque los periódicos hablarían y se comentaría la rivalidad amorosa en relación con Isabel. Se enterarían los padres de Valentina y podía estar seguro de que no podría casarme con mi novia, al menos mientras vivieran ellos.

Estas reflexiones no duraban mucho porque me faltaba la calma. Hubo un momento en que oí cerca los pasos sofocados de alguien que corría y yo corrí también hacia arriba, como un gamo. «Es imposible —pensaba— que el Palmao, viejo y gordo, pueda alcanzarme», pero esa reflexión me avergonzaba. Yo tenía miedo, un miedo como se suele decir cerval, es decir, de ciervo. Igual que el ciervo, yo me defendía escapando con la ligereza de mis piernas, y aquello era de veras innoble. Un miedo cerval. ¿Cómo era posible que yo tuviera un miedo cerval? Yo, el que había desafiado en el colegio de Reus al campeón de los cursos tercero y cuarto, yo, Pepe Garcés, que insultó a su propio padre y fue amigo del glorioso Checa, yo huyendo de un peligro y teniendo miedo?

Idealmente, lo tenía como nunca lo tuve antes ni volví a tenerlo después. Estaba dispuesto a morir, pero mi disposición a aceptar la muerte no me daba valentía alguna. No era la muerte la que temía, sino alguna clase de humillación. De horrenda y bellaca experiencia. Era —repito una vez más— el miedo del valiente que se traiciona a sí mismo.

Cuando llegué arriba, vi que una sombra jadeante y brutal venía sobre mí: —Espera, soy el Palmao. Digo que esperes, rediós.

Hay sombras humanas y sombras angélicas, pero aquélla era animal y me recordaba esos elefantes marinos que hay en el ártico y que suben a veces, negros y verticales, sobre el agua, con dos largos colmillos y un bigote humano que recuerda al de Castelar. Suben y bajan despacio, verticales y negros.

También él tenía un bigote que le cubría la comisura de la boca descendiendo por los labios. Y jadeaba por la larga carrera cuesta arriba.

—¿Por qué corres tanto?

Yo creo que ni escuchar podía en aquel momento. Me sentía muerto y sepultado como don Juan de Lanuza, yo con mi tratamiento de don, también, y con el cuello seccionado como el héroe que yacía en la tumba gótica a pocos pasos de mí. Juan de Lanuza con su cabeza separada del tronco, porque no se dice del cuerpo, sino del tronco.

—Te he seguido desde que saliste esta noche con Isabelita, mi hijastra, y juré por éstas que de esta noche no pasaba y que teníamos que vernos tú y yo. Pero, rediós, ¿por qué corres tanto? Es inútil correr delante de mí cuando tú sabes que voy a atraparte.

Encima de nosotros estaba el cielo negro y sembrado de estrellas. Yo pude todavía pensar en el santo del paraguas. Qué bueno sería que cayera hacia arriba, yo, aunque fuera para siempre. Que me evitaran la humillación de morir como un cerdo

con el pasapán rebanado. El vértigo lo sentí un momento, y no sólo en la cabeza, sino en la médula. Creo que balbuceé: —Aquí estoy. Bien. Aquí estamos. ¿Ahora qué?

Tenía la mano en el bolsillo y en la mano, la daga. No sacaba la mano porque, si el Palmao me veía con la daga, seguramente sacaría su navaja también. Un instante pensé: yo soy joven y él es viejo. Soy ágil y él es torpe. Soy valiente y tengo la obligación de mostrarlo. Pero no sacaba la daga porque «sólo la sacan los cobardes» y yo no la sacaría hasta que lo viera a él armado, es decir, empalmado. De ahí le venía el apodo. Empalmado, empalmao, Palmao. Aquél era el Palmao y lo tenía yo delante. Recordaba haber oído hablar un día a un rufián de Zaragoza en el café de la Perla, el de los billares verdes. Y aquel rufián le decía a otro, contándole una riña sangrienta y disculpándose de haber herido a su contrario: —Él me hizo la muestra y yo tuve que responder haciéndole un presente, como un hombre que soy. Hizo la muestra, le había hecho la muestra, es decir, le había enseñado el acero, el cuchillo. Yo no se la hacía todavía al Palmao, ni él a mí. Sin duda cuando uno la hacía, el otro tenía que hacerle un presente, es decir, mostrarle también el acero desnudo, pero aquellos términos de una jerga vil me envilecían y eso me dolía de veras.

El Palmao era un extraño animal que iba a caer, que estaba cayendo ya sobre mí, pero por el momento subía y bajaba vertical en las sombras, como el elefante marino en las aguas del Artico.

Las cosas todas de alrededor —en las sombras— reproducían una vez más el ciclo, uno, de los cielos de los que había hablado con Isabelita vivir, amar, temblar, huir, morir, matar. No. Aquello era incorrecto, por que morir debía ser lo último. Así, pues, había que decir, vivir, amar, temblar, huir, matar, morir. Eso es. Yo iba a morir, pero tendría antes como cada cual mi oportunidad, digo, la

de matar. Algunas reflexiones acudían solas y pasaban por el cielo de mi mente —en el que sentía vértigo— como aerolitos: «Yo, el novio de Valentina, tenía que acabar en los exedras del castillo con el pasapán rebanado. No cortado, sino rebanado». La miseria de aquel final era incalculable y yo no la calculaba, sino que la sentía gravitar sobre mí: vivir, amar, temblar, huir, matar, morir. ¿Matar yo? ¿A quién, si mi voz temblaba y la sentía temblar antes de emitirla, es decir, dentro de mi pecho? Entretanto, el elefante marino subía y bajaba, vertical, negro y colmilludo. Yo recordaba aquellos dos versos del romance:

... que con la muerte en los dientes al cielo se reclamaba.

El Palmao, con la mano en el bolsillo de la chaqueta, murmuraba bajo sus bigotes castelarenos de grande foca: — Tenemos que arreglar la cuestión antes que nazca el día.

Y no me hacía la muestra y no le respondía yo con el presente. Yo tampoco a él. Entretanto, llegaban otros dos versos de romance:

... de morir habéis mancebo en antes que salga el día.

O denantes, porque en el Alto Aragón se diría así: donantes. Y esa expresión, que siempre me pareció tosca y ruda, ahora me parecía poética: denantes. Yo tampoco hacía la muestra, por si acaso. Comprendía que aquello —la muestra —era el movimiento definitivo. El romance original no decía mancebo, sino condesa. Esa transposición de términos me pareció ofensiva. Retrocedí un poco y dije, alzando la voz: —Cuando quiera y donde quiera. ¿Qué se figura usted?

—Éste es un buen lugar, chavea. Éste es el mejor lugar para ciertas cosas.

Yo no entendía por qué no me había matado ya. No me mataba y además me llamaba chavea, que era un término casi amistoso. Muchacho, chavea, chaval, chico, todos los apelativos que tenían una ch eran amistosos. Sin embargo, se podía decir también:

...de morir habéis, chavea, antes de que salga el día.

pero esas palabras, como chavea, no eran antiguas sino modernas y de la jerga gitanoide. De morir habéis, chavea... También se podía decir: «de matarme habéis, chavea, antes de que salga el día». Y el Palmao, cuya expresión verdadera yo no podía ver en las sombras, oscilaba un poco hacia adelante o hacia atrás, como si flotara de veras en el agua o en el tire. Mi miedo era, como se ve, capaz de reflexionar. Con eso no disminuía, sino que se agravaba aún por la vergüenza que mis propias reflexiones me daban.

Y esas reflexiones y esas vergüenzas me hacían desear a veces la muerte. Mi decisión a aceptarla me daba una apariencia de valor: temblar de miedo, de vergüenza, rehabilitarme ante la muerte erguirme, provocar. Algo parecido era. Pero la muestra no la hacía, por si acaso. El Palmao debía conocer mejor las leyes del hampa, y le dejaba a él la iniciativa. Sospechaba que si hacía la muestra, todo estaría acabado y sin remedio.

A nuestra derecha estaba la puerta principal del castillo, con sus matacanes arriba. A nuestra izquierda, la noche infinita sobre el pueblo dormido. Y hacía frío. El temprano frío del otoño, que me erizaba la piel como a los gatos. O quizá no era el frío, sino el miedo el que me erizaba la piel.

Apretaba yo tanto el puñal, que me hacía daño en los dedos: —Bien, aquí estamos. ¿Y qué?

Eso decía yo, pero dijera lo que quisiera, era lo mismo. Más

me valía no decir nada, porque me temblaba la voz. Y hablaba y al mismo tiempo me decía a mí mismo: estoy haciendo evidente mi pánico, porque la voz me tiembla. Me tiembla porque mi pánico es evidente. Es evidente, porque me tiembla la voz y sería mejor que me callara. Y se oían por la derecha ladridos de perros custodios, esos perros grandes de las alquerías que tienen voz de barítono. Y por la izquierda se oyó un gallo temprano ro y vacilante. Los dos me llamaban a la realidad de las cosas, a la más inmediata, y parecían decirme: la muerte es una cosa seria. La muerte, que solía acudir en los romances antiguos antes del alba con el cantar litios gallos, pero los gallos cantaban también a medianoche y en los ro manees había testimonios a cada paso.

El Palmao sacó la mano del bolsillo y tal vez llevaba en ella la navaja abierta, pero en las sombras yo no la veía. Y fue a decir algo, cuando yo me anticipé: —Si tiene que hablarme de su hijastra Isabelita, yo también tengo algo que decirle, sobre eso.

Me temblaba la voz. No entendía aquel temblor, aunque habría en tendido menos mi calma. La verdad era que el cuerpo me traicionaba a mí. El cuerpo tenía más miedo que yo.

Quise dar a entender que me temblaba la voz de ira y no de miedo, y con ese fin repetí mis palabras, pero el Palmao lo entendía como miedo, quizás. Estaba en su derecho y tenía razón.

—Me habían dicho —comentó, sin acento provocativo— que eras bragadito, ¿eh? ¿Lo eres o no?

—Lo que yo sea es cuestión mía.

Al decirlo retrocedí dos pasos con la daga en la mano y vi que él no llevaba arma ninguna y que al ver la mía soltaba a reír de un modo monstruoso, no como una hiena, sino como un rinoceronte, si esos animales pudieran reír. O como una foca muy adulta, de esas que ladran en los circos.

—Guárdate eso para otra ocasión. ¿Qué crees? ¿Que vengo a

pelear por la hembra?

Yo me arrepentía de haber mostrado mi daga. El Palmao añadía: —Esa chica acabará muy mal. Yo tengo mi hembra y me basta. Pero Isabelita tiene la cabeza como una urraca en la primavera, y hace años que me busca. Desde que era pequeña. Su madre la sacó de casa por eso. Te diga Isabelita lo que te diga, no le hagas caso. Esa chica acabará mal.

Pero yo temblaba aún:

—¿Por qué viene usted detrás de mí, entonces? ¿Qué misterio es éste?

—Porque tengo que hablarte donde nadie nos vea ni nos oiga. Nadie tiene que saber que somos amigos, tú y yo. ¿Oyes? Por eso te sigo. Por eso le pregunté a Isabelita dónde podía verte.

Yo me había guardado mi daga, un poco avergonzado, y él me preguntaba: —¿No eras amigo del Checa? Digo, en Zaragoza. ¿Sí? Pues un amigo del Checa tiene que andarse con cuidado, en estas tierras, aunque sea tan joven como tú. Eso es lo que yo digo. ¿Oyes? Ha venido un enlace de Zaragoza a verme y me ha dicho que no tenemos estafeta, que nos falta una estafeta y que siendo tú antiguo amigo del Checa podrías ser la estafeta. Tú eres demasiado joven y persona de educación. Así, pues, tú podrías ser la estafeta del correo de Zaragoza, digo, del comité regional. Si lo envían a mi nombre, la policía lo abrirá por el camino y no llegará a mis manos. Pero tú eres persona de confianza.

Aquello de la estafeta, en femenino, me parecía algo pasivo y desairado. ¡La estafeta! Quería el Palmao que yo, el novio de Valentina, fuera una estafeta. Le dije francamente todo lo que Isabelita me había anunciado y el Palmao reía, con aquella su manera convulsiva y abyecta que todavía me daba horror. Como una foca sobrealimentada, reía.

—Esa chica —decía, con el aliento espasmódico— acabará

muy mal. Sólo vive para el martelo y para inventar fantasías. Es una urraca en celo.

—Pero ¿no estuvo usted en la cárcel?

—Sí. Y a mucha honra.

—Por... asesinato.

—No. Sangre hubo, es verdad, pero no muerte. Y si hubo sangre fue en la violencia de la lucha. Es difícil trabajar sin sangre... Ahora, por ejemplo, apenas he comenzado a recorrer la comarca ya he recibido amenazas: que si van a brearme a palos, que si van a alcorzarme por la cabeza. Es lo que pasa. La cosa está planeada para el mes de diciembre. Al padre de tu boticario le huele la cabeza a pólvora si no se traga el paquete de la comarcal, porque tendrá que aflojar la guita. Pues, volviendo a lo de antes, el enlace que vino de Zaragoza me dijo que tú, aunque por tu edad pareces poca cosa, eres bragadito y que contigo se puede andar seguro. A mí me gusta la gente bragadita, y ya digo, te necesitamos como estafeta. ¿Qué dices?

Yo estaba agradecido, no a él, sino a la providencia: —Pueden contar conmigo para lo que sea. Siendo de parte de Checa, lo que sea.

—De parte de Checa no puede ser ya — argüýó muy serio. Le dieron mulé.

Estábamos los dos acodados en un repecho de la muralla exterior y a nuestros pies dormía la ciudad.

Yo tardaba en acomodar mi sensibilidad al cambio tan brusco, y el Palmao seguía hablando. Tales eran mis prejuicios contra aquella bestia apocalíptica, que no podía hacerme a la idea de que fuera inocente y, al saber que trabajaba para los anarquistas, sin darme cuenta tenía la impresión de que su organización era rufianesca y vil. Tan mala era la reputación del Palmao. ¿Cómo era posible que entre todas las personas con quienes había hablado

de él, ninguna me dijera el hecho simple y obvio de que era un anarcosindicalista? De tal manera estaba arraigada en la gente la fama que las autoridades echaban sobre aquel individuo, que nadie decía de él sino que era carne de horca.

El mismo farmacéutico, hombre liberal, me había hablado en aquellos términos. No era que me encubrieran su personalidad, sino que la desconocían e ignoraban. Yo recordaba a la gente de Zaragoza hablando de Checa y diciendo que se acostaba con su hermana y que había asesinado a su padre, y los que lo decían parecían creerlo firmemente. Y entonces pensaba: ¿es posible que hablen de mí un día como hablan de esta gente? ¿Dirán que me acuesto con mi hermana? ¿Con cuál? Pensaba en ella y reía, escandalizado y ofendido.

Seguía asustado aún y no podía tutear al Palmao, a pesar de que él me tuteaba a mi lo mismo que Checa y Lucas, en Zaragoza. Y seguía hablando: —Cierra el pico y que nadie sepa nada. Cuando oigas al boticario y al médico decir mal de mí, tú dices peor, y que nadie huela la tostada de que somos amigos.

Yo calculaba los riesgos:

—En cuanto al correo —le dije— ¿se lo daré a Isabelita y ella te lo dará a ti?

—¡No! Rediós, no mezcles en nuestras cosas a esa mala pezolaga. Ella no tiene que saber siquiera que tú y yo hemos hablado. No te clarees con ella. Lo que tienes que hacer es bajar a la alameda por la noche y dejar el correo de la regional en un boquete que hay en la pared del corral de mi casa, que es la tercera del lado de acá del río contando desde la fuente de los caños, digo, del abrevadero. No tiene pierde porque verás dentro del corral dos tocinos negros, y es la única casa que tiene puercos de ese color. Mientras yo escribo a Zaragoza llégate un día por allí paseando, y para que conozcas el lugar, yo tendré puesta en la

ventana una manta de cuadros rojos y negros, los colores confederales. Cuando hayas aprendido, no pondré señal ninguna. Y mucho ojo, que el disimulo es lo que vale en estas poblaciones de borregos. De modo que si alguna vez hablas de mí, di que soy un cabrón hijo de puta, y aunque yo pase por tu lado, tú no me saludes ni me mires. Si yo tengo que decirte algo, iré a la farmacia a comprar un par de aspirinas, y eso querrá decir que a la noche tienes que venir aquí mismo a la misma hora de hoy y esperarme. Yo acudiré.

—El correo... —dije yo— ¿lo puedo abrir?

—Sí, hombre, nosotros no tenemos secretos para ti desde ahora. Los sobres irán a tu nombre, y sólo podrás saber que es correo del comité regional cuando los hayas abierto. Yo avisaré mañana dando la conformidad a Zaragoza.

Dicho esto se disponía a marcharse, pero yo lo retuve: —Entonces ¿a ti no te interesa Isabelita?

—No. Ni el canto de una uña. Ella está loca por mí desde hace años, y no es porque yo lo valga, sino porque duermo con su madre y eso le calienta la fantasía. Las mujeres son así. Soy el que duerme con su madre y no soy su padre. Cuando piensa en eso se encalabrina un poco, Isabelita.

Se fue el Palmao, y yo me quedé solo, apoyado en el muro viendo el pueblo dormido a mis pies, como podría dormir un perro grande y bueno de Terranova.

En cuanto a Isabelita, es verdad que estaba encalabrinada. Ese era su verdadero estado: encalabrinada. Yo la encalabrinaba un poco, aunque no tanto como el Palmao, quizás.

Era una embustera, y sus mentiras tomaban proporciones fabulosas. Al parecer, era ella la que deseaba que el Palmao me picara la nuez, por celos. Celos que tenía ella de su madre.

Pero no era eso todo y había otras miserias. Era yo, de

pronto, un auxiliar y un cómplice del hombre más despreciado de la ciudad, cuyas órdenes estaba obedeciendo. Con aquello, traicionaba a todas las personas a quienes conocía. Al boticario lo traicionaba mucho tiempo antes, robándole cocaína.

Habiendo sido alumno de los escolapios y admirando como admiraba al santo del paraguas —un verdadero y genuino santo, pensaba entonces—, yo traicionaba en sus principios a los anarquistas también.

A quien traicionaba antes que a nadie y por encima de todos era a Valentina. Yo la traicionaba con una urraca encalabrada.

Por su manera de mentirme aquella mujer me despreciaba y así, pues, traicionaba yo a Valentina con una mujer que me despreciaba, lo que era del todo ridículo para mí. Comenzaba a sentir cierta repugnancia por mí mismo, y después de algunas horas de confusas reflexiones sobre mi extraño destino, fui regresando a la ciudad, tranquilo en lo que se refería al Palmar, pero lleno de turbaciones interiores. Caminé por la ciudad, cuyas calles desiertas tenían una anticipación de la soledad adusta del invierno, pensando que iba cuajando en mí una determinación. Atrevida era la determinación, aunque no nueva. No era la primera vez que pensaba en aquello.

Decidí acabar aquella noche con mi vida. Por mi imaginación desfilaban las formas de suicidio que tenía a mi alcance, y ninguna me parecía bien. Odiaba el veneno, que además no era seguro, porque con los primeros síntomas tal vez acudiría alguien y me lavarían el estómago. Si pedía prestada un arma de fuego, sospecharían y me vigilarían. En cuanto al cuchillo de los siete filos, no era yo bastante valiente para hundírmelo en el pecho.

Buscaba una muerte rápida como un relámpago y que se presentara con un aspecto violento e inevitable, es decir, que no le permitiera a uno vacilar en el último instante, y mucho menos

morir a medias o cosa parecida. Cuando más sumido estaba en estas reflexiones y más indeciso, oí un silbido de locomotora, que me resolvió el problema. La mejor manera de suicidarme era la vía del tren. Llegaría la muerte en una fracción de segundo. Después de la guillotina francesa, no se podía imaginar un medio más expeditivo, fácil y probablemente incruento. Sería pasar de la vida a la muerte sin transición y casi sin conciencia y sin darse cuenta, en el espacio de un parpadeo.

Como se puede suponer, no me suicidé, pero aquella determinación mía era sincera y verdadera, y cuando la recuerdo me siento un poco más a gusto en mi piel, quiero decir, más satisfecho de mi sentido moral. Porque yo estaba desesperado por aquella necesidad mía de traicionar a tanta gente. Hacia la medianoche bajé por la calle Mayor buscando la vía del tren, aquella calle Mayor por la que había subido el Cid un día con sus capitanes. Es más fácil de lo que parece la decisión suicida, sobre todo si no se escriben cartas de despedida (ésa es la parte ardua) y no se trata de hacer retórica ni poética emocional. Acabar por acabar y sin desear hacer efecto a nadie es fácil. Y sin embargo, y como se puede suponer —repito—, yo no acabé entonces.

No por falta de ganas. Estaba decepcionado y asqueado de todo, fatigado del amor y vacío y desorientado. En el fondo de la noche creía estar viendo mi destino de renegado de todas las comunicaciones y de todas las conductas. Había traicionado y había perdido para siempre —pensaba— a Valentina. Yo, empleado ínfimo de una farmacia donde debía trabajar al menos cuatro meses más por la comida, como un perro o un mulo. No tenía futuro ni estaba seguro de que quería tenerlo. La desaparición de mi pánico por el Palmar me dejaba en una atonía completa. No me interesaba la vida, y esto era todo. Miraba encima de mí el cielo estrellado, y aquella inmensidad que otras

veces me había conmovido me dejaba entonces indiferente. «Sí — parecía pensar—. Todo eso está muy bien para los otros.» Ni la Estrella Polar, ni Venus, ni la Luna, ni la Osa Mayor o Menor me interesaban ya. Había comenzado mal y lo mejor era rectificar. Era mi error tan grande, que la única rectificación posible era la muerte.

Ahora pienso yo cuál podría haber sido mi error a los quince años. Era más bien el error de la Providencia conmigo, creo yo. No sé cuánto tiempo caminé en la oscuridad al lado de la vía del tren, pero recuerdo que oí llegar uno a toda marcha y que me crucé en los rieles poniendo el cuello en la vía. Sintiendo llegar el tren encima, cerré los ojos y no pensé en nada ni en nadie (ni siquiera en Valentina). Sentí un gran estruendo, una vibración incómoda en el pavimento y una especie de ducha de agua tibia y espesa. Yo pensaba: qué raro todo esto. No hay dolor físico, no hay violencia. Un momento pensé que debía estar muerto, y sin embargo, seguía respirando como cuando vivía. Acabó de pasar el tren, me levanté y vi que a un metro de distancia había una desviación por la que el convoy entero había pasado a otra vía. Esa vez la Providencia fue piadosa, o tal vez cruel, quién sabe.

El único daño que recibí fue una rociada de aguas sucias. Esperé una hora más, pero como al parecer no había más trenes aquella noche y yo, mojado, tenía frío, fui volviendo a la ciudad. Había consumido toda la energía del suicida y entonces mi determinación me parecía injustificable. Digo la del suicidio. En mi cuarto tuve que lavarme cuidadosamente para volver a un estado decoroso. Era como si la muerte se hubiera burlado de mí, igual que se burlaba la vida en la farmacia, en Bilbao, en los exedras del castillo. No tenía fuerzas ni para llorar.

Poco después vi pasar al santo que, como otras noches, cruzaba la plazuela con el paraguas abierto. Quise salir y hablarle,

pero era muy tarde y no quería entretenerlo a la hora en que, fatigado, buscaba tal vez su convento para acostarse.

Las aguas sucias que habían caído sobre mí aquella noche del suicidio frustrado eran como un epigrama horrible. Parecía que el destino me decía: «¿Por qué pretendes cosas como la muerte, que no son para ti? La muerte hay que merecerla, también. Así es que, por el momento, vive y calla».

Aprender a vivir no era más fácil ni más difícil que aprender a morir.

Los versos de Pepe Garcés que siguen creo que van bien a este lugar. Una vez más demuestran una serenidad interior, difícil de comprender en un hombre que los escribió en las tremendas condiciones de vida de un campo de concentración y bajo la presión de sus raras memorias.

*Alcannit de los condes, dame verdes laureles en el lado del sol
que se ve o su reverso para enramar la cabezada de mis corceles y
aprender la mentira veraz del universo.*

*Condescendida de la leve bruma del lubrican y su fluida
espuma, rodando te perdiste como una tonta rueda luna de sangre
en la arboleda.*

*Al regresar los dos del castillo trajeron en las reconocidas
tibiezas germinales la venganza de los pecheros que murieron en el
lecho sin plumas de los ríos feudales.*

*Oh, verba inaccesible del amor de los locos en febrero, oh,
estadio no visible del vendaval postrero y alegría del ir sin
derrotero.*

Si os acercáis, veréis a las caducas damas arriando las nubes

en piadosos fosales y por la primavera decorando mis camas con la cifra de las horas territoriales.

*Mi alma estaba en mí mientras que el alma del balcón neblí
está en el vuelo. ¿Y el alma tuya?*

¿Quizás en el tornar de la aleluya?

*Huyendo de la vida yo pasé la frontera entre la sierra altiva y
la loma de al lado —la muerte me esperaba en la otra ladera y el
sol iba y venía sin encontrar el vado.*

Desviado el raíl

*¿adonde ir sino con las mujeres del silencio civil
y los pandos quereres entre la orgía de los pareceres?*

*Mancebo de botica, me estaba en mi morada viendo el aire
de junio y en él aún prendido el dulce exvoto de la moza violada y
el pañuelo de encajes del amor y el olvido.*

Yo quiero desandar

*las sendas escondidas de la vida y otra vez regresar a la nada
querida*

donde una voz me habla conocida.

*Alcannit de septiembre, Collarada de mayo, mirad la Jlor
redonda que gira con el sol, rizado para la Pascua las barbas del
Moncayo y enseñadle la astronomía al caracol.*

*No os importe la huella que dejáis, porque el mismo amor os
guía hacia otra querella ni piadosa ni impía de la noche de horror
al alba fría.*

Los senos de las tres Sorores se han abierto; ibón el de las

aguas de pago, ¿cuánto quieres para darles su leche a los novios del puerto?

—Una oliva y el mármol crudo de las mujeres.

*¡Dejadme regresar
al mar de los orígenes vencido y en el barco llorar el esfuerzo
perdido y mi órgano de herir arrepentido!*

*Los osos disidentes de nuestra Val de Onsera entre lanzas
juncas dejan la sangre viva y buscan en la luna la nueva
madriguera del crimen pura o mezclada con saliva.*

*Recuerda que el placer de tu carne desnuda en mi heredad
encierra al parecer toda nuestra verdad en la orilla de la
calamidad.*

*Dile al viento que gime cómo debe ir subiendo la cuenca del
Alcannit de noche o de día desde la nada vaga hasta el nacer
horrendo, y al humor de la inevitable alegoría.*

*Sé que las multitudes que se casan y engordan no toleran el
son de los laudes de la sangre y esperan que los heridos del amor
se mueran.*

*Un torrente de enjalmas baja por las estrellas y el chico del
lagar y las tempranas vides después de violar a sus primas
doncellas se ha ahogado en el canal de los almorávides.*

*¿Para qué vais a ir llevando en vilo vuestros corazones del
cénit al nadir
y con los eslabones del hierro urdiendo nuevas aflicciones?*

Alcannit de la oliva, dame verdes laureles y mira cómo los

lagartos amarillos evitando la herradura de mis corceles cazan en las junturas de los rojos ladrillos.

Tú has regado sin tasa con el licor del cielo a las amantes y vuelves a tu casa oyendo las vibrantes harpas en tus entrañas palpitantes.

El esparver que sube al peñón de Alarico, Collarada de enero, robledades de mayo, suele llevar un cirio apagado en el pico y encenderlo en la veta del prematuro rayo.

*Yo le perdono a Él
que no acudiera en tiempos de mi ruina y a pesar del laurel de mi fe en Valentina me la negara humana o divina.*

El buen Jesús conserva en el dedo un topacio, toca el cuerno de caza en el soto de Arner y para que lo oigan los héroes del Latió grita el santo del día en el atardecer.

*Autor así loado
de una obra que a todos les ofende y que el crucificado —tu Hijo— sólo entiende como un error del que se desentiende.*

*Tu obra aterradora
—este valle de lágrimas llamadi cada mortal la llora, pero en tu alto estrado por ella eres sabido y adorado.*